



Antología de Ciencia Ficción 2001

Comentario [LT1]:

Autores Varios

H. G. Wells - LOS DEPREDADORES DEL MAR	3
Roger Zelazny - EL HOMBRE QUE AMO A UNA FAIOLI	10
Ursula K. Le Guin - LOS QUE ABANDONAN OMELAS	15
Bob Shaw - DEFLACION 2001	20
Philip E. High - CURSILLO DE SUPERVIVENCIA	23
Sergio Gaut Vel Hartman - CARNE DE CAÑÓN	37
Damon Knight - EL AUGE DE LA BOSTA DE VACA	40
Edmund Cooper - BIENVENIDOS A CASA	45
Kurd Lasswitz - LA BIBLIOTECA UNIVERSAL	54
Jorge Luis Borges - LA BIBLIOTECA DE BABEL	59
Fredric Brown - ARMAGEDON	64
Alfred Bester - ALGUIEN ME APRECIA AHÍ ARRIBA	68
Isaac Asimov - ANOCHECER	85
C. S. Lewis - ÁNGELES TUTELARES	111
Arthur C. Clarke - MASA CRITICA	118
Robert Silverberg - DESCENSO SUAVE	123
Philip José Farmer - MADRE	130
Edmund Cooper - LA HISTORIA DEL JUICIO FINAL	151
Edmund Cooper - LOS INTRUSOS	158
Robert Sheckley - LA HORA DE LA BATALLA	177
Ward Moore - EL HOLANDES ERRANTE	182
Connie Willis - HASTA LA REINA	186
Nelson Bond - FACTOR VITAL	197
Fredric Brown - EL EXPERIMENTO	202
Theodore Sturgeon - EL ESQUEMA DE DORNE	203
John Kessel - ESCAPE PERFECTO	214
Félix Quintanilla - AHORA TE TOCA A TI, ERIDANO	225
Colin Kapp - EMBAJADOR EN VERDAMMT	232
Clark Ashton Smith - EL ÍDOLO OSCURO	245
Margaret St.Clair - DIOS SEDIENTO	263

Antología de Ciencia Ficción 2001

Philip K. Dick - SERVIR AL AMO	269
Fred Saberhagen - MELODÍA ESTELAR	278
Larry Niven - SERIE CONVERGENTE	286
Philip K. Dick - LA SEGUNDA VARIEDAD	290
Juan José Plans - EL RETORNO	323
Larry Niven - REINCIDENCIA SOSPECHOSA.....	326
Arthur C. Clarke - RECUERDO A BABILONIA	335
Lion Miller - DATOS DISPONIBLES ACERCA DE LA REACCIÓN WORP	342
Poul Anderson - PUNTO DECISIVO.....	345
Frederik Pohl - LA PRUEBA SUPREMA.....	356
Ursula K. Le Guin - EL PODER DE LOS NOMBRES	365
Fredric Brown - PESADILLA EN AZUL.....	373
Thomas M. Disch - EL NUMERO QUE SE HA ALCANZADO	375
Thomas M. Disch - EL DESCUBRIMIENTO DEL NULITRON	382
Arthur C. Clarke - LOS NUEVE BILLONES DE NOMBRES DE DIOS.....	385
Walter M. Miller - YO TE HICE.....	390
Harlan Ellison - SILENCIO EN GEHENNA	398
John Kippax - VIERNES.....	410
H. H. Holis - EL TRUCO DE LA ESPADA.....	420
Robert Moore Williams - COMO TIMBRES DE ALARMA.....	426
David Langford - TILB	437
Gary Jennings - TARDE O TEMPRANO O NUNCA JAMÁS.....	443
Brian Aldiss - T.....	467

H. G. Wells - LOS DEPREDADORES DEL MAR

1

Hasta el extraordinario acontecimiento de Sidmouth, la ciencia conocía solo genéricamente a la peculiar especie de los *Haploteuthis ferox*, y ese conocimiento se fundaba en un tentáculo semidigerido obtenido cerca de las Azores, y en un cuerpo putrefacto picoteado por los pájaros y mordido por los peces, hallado en 1896 por el señor Jennings, cerca de Land's End.

Sin duda, no hay área de la ciencia biológica en la que estemos tan a oscuras como en la referida a los cefalópodos de las profundidades. Fue un simple accidente, por ejemplo, lo que originó que el Príncipe de Mónaco descubriera, en el verano de 1895, una docena de nuevas variedades; descubrimiento en el que se incluyó el tentáculo ya mencionado. Sucedió que unos cazadores de cachalotes mataron a una de estas bestias cerca de Terceira, y en sus últimos estertores, el cachalote casi embistió el yate del Príncipe, le erró, rodó debajo de él y murió a menos de veinte metros del timón. En su agonía, regurgitó una serie de grandes objetos que el Príncipe, percibiendo vagamente que podrían ser extraños e importantes, pudo rescatar, gracias a una feliz ocurrencia antes de que se hundieran. Puso las hélices en marcha, manteniendo los objetos a flote en los remolinos que éstas creaban, hasta que pudo bajarse un bote. Y los especímenes eran cefalópodos completos y fragmentos de cefalópodos, algunos de proporciones gigantescas, ¡y casi todos desconocidos para la ciencia!

Parecería, por cierto, que estas grandes y ágiles criaturas de las profundidades del mar, tienen, en su gran mayoría, que seguir siendo desconocidas para nosotros, ya que bajo el agua eluden las redes, y solo se obtienen especímenes por accidentes tan infrecuentes y casuales como éste. En el caso del *Haploteuthis ferox*, por ejemplo, aún seguimos ignorando por completo su hábitat, tal como ignoramos los hábitos de cría del arenque o las rutas marinas del salmón. Y los zoólogos son totalmente incapaces de explicar su súbita aparición en nuestras costas. Probablemente se hayan elevado de las profundidades coaccionados por una migración causada por el hambre. Pero tal vez sea mejor eludir discusiones necesariamente inconcluyentes, y abocarnos de inmediato a nuestra narración.

El primer ser humano que vio a un *Haploteuthis* vivo - es decir, el primer ser humano, que sobrevivió, porque ya no puede haber dudas de que la ola de fatales ahogos y accidentes de botes que se extendió por la costa de Cornwall y Devon a principios de mayo se debió a esta causa - fue un comerciante de té retirado, de nombre Fison, que se alojaba en una casa de pensión de Sidmouth. Era de tarde, y caminaba por el sendero de los acantilados entre Sidmouth y Ladram Bay. En esta zona, los acantilados son muy elevados, pero en cierto lugar, sobre la roja cara de uno de ellos, se ha construido una especie de escalera. El señor Fison estaba aproximándose a ella, cuando algo, que al principio le pareció una bandada de pájaros luchando por un fragmento de comida que relucía de color blanco rosáceo bajo la luz del sol, le llamó la atención. Acababa de bajar la marea, y el objeto se hallaba no solo muy por debajo de él, sino también muy lejos, más allá de una estéril extensión de arrecifes rocosos cubiertos de algas y entremezclados con estanques donde brillaba plateada el agua que había dejado

la marea. Y además, el señor Fison estaba encandilado por el reflejo del agua que se extendía más allá.

Un minuto más tarde, cuando volvió a mirar, advirtió que su juicio era errado, pues por encima de la lucha volaban en círculo varios pájaros, grajos y gaviotas en su mayoría; estas últimas brillaban enceguedoramente cuando el sol caía sobre sus alas, y los pájaros parecían diminutos comparados con el objeto que se debatía. Y su curiosidad aumentó, tal vez, al ver que su primera explicación había sido insuficiente.

Como no tenía otra cosa que hacer más que entretenerse, decidió que ese objeto, fuera lo que fuere, sería la meta de su caminata de esa tarde, en lugar de Ladram Bay, pensando que tal vez fuera alguna variedad de pez grande, varado en la playa por azar, y agitándose en su agonía. Y por lo tanto se apresuró a descender por la empinada escalera, deteniéndose a intervalos de alrededor de nueve metros para recuperar el aliento y vigilar el misterioso movimiento. Al pie del acantilado se halló, por supuesto, más próximo que antes de su objetivo; pero, por otra parte, éste aparecía ahora contra el cielo incandescente, bajo el sol, haciéndose confuso e indistinto. Lo que era rosáceo de él estaba ahora oculto tras un escollo de guijarros cubiertos de algas. Pero pudo percibir que estaba formado por siete cuerpos redondos, separados o conectados, y que los pájaros graznaban y gritaban constantemente, pero parecían temerosos de acercarse demasiado.

El señor Fison, acuciado por la curiosidad, comenzó a abrirse paso por entre las rocas gastadas por las olas y, descubriendo que las algas que las cubrían densamente las volvían en extremo resbalosas, se detuvo, se despojó de sus zapatos y sus medias, y se enrolló los pantalones encima de las rodillas. Su propósito era, por supuesto, solo evitar una caída en los estanques rocosos que lo rodeaban y tal vez se sintiera complacido, como todos los hombres, de tener una excusa para revivir, aunque fuera por un momento, las sensaciones de la infancia. De cualquier modo, es a esto, sin duda, a lo que el señor Fison debe su vida.

Se aproximó a su meta con la absoluta seguridad que este país da a sus habitantes para enfrentarse a todas las formas de vida animal. Los cuerpos redondos se movían de un lado a otro, pero solo cuando el señor Fison hubo traspuesto el escollo de guijarros que ya mencioné, advirtió la horrible naturaleza de su descubrimiento. Fue bastante repentino.

Cuando llegó a la cima de la loma, los cuerpos redondos se separaron, mostrando que el objeto rosáceo era un cuerpo humano parcialmente devorado, aunque fue incapaz de distinguir si era un hombre o una mujer. Y los cuerpos redondos eran unas criaturas desconocidas y de aspecto terrible, de forma semejante a la de un pulpo, y con enormes tentáculos, muy largos y flexibles, que se enrollaban copiosamente sobre el suelo. La piel era de una textura reluciente, desagradable a la vista, como cuero lustrado. La curvatura inferior de la boca rodeada de tentáculos, la curiosa excrecencia de la curvatura, los tentáculos, y los grandes ojos inteligentes sugerían grotescamente un rostro. Su cuerpo tenía el tamaño de un cerdo grande, y los tentáculos le parecieron de varios metros de longitud. Había, cree el señor Fison, al menos siete u ocho de estas criaturas. Veinte metros más allá, entre el oleaje de la marea que ahora ascendía, dos más emergían del mar.

Sus cuerpos yacían laxamente sobre las rocas, y sus ojos lo contemplaban con maligno interés: pero aparentemente el señor Fison no tuvo miedo, o no advirtió que estaba en peligro. Probablemente, su confianza puede atribuirse a la lasitud

de la actitud de esas criaturas. Pero estaba horrorizado, por supuesto, e intensamente excitado e indignado ante esas criaturas repelentes que devoraban carne humana. Pensó que se habrían encontrado por azar con el cadáver de un ahogado. Les gritó, con la idea de alejarlas y, viendo que no se movían de su alrededor, recogió un pedrusco redondo y se lo arrojó a una de ellas.

Y entonces, desenrollando lentamente sus tentáculos, todas empezaron a moverse hacia él, reptando deliberadamente al principio, y roncando suavemente una a otra.

En un momento, el señor Fison advirtió que estaba en peligro. Gritó otra vez, arrojó sus botas y con un salto comenzó a alejarse. A veinte metros se detuvo y se volvió, juzgando lentas a las criaturas, y ¡mirad! ¡los tentáculos de la primera ya aparecían por encima de la loma sobre la que había estado parado!

Ante esto volvió a gritar, pero ya no era un grito de amenaza sino de temor, y comenzó a saltar, corriendo, resbalando, vadeando el desigual terreno que lo separaba de la playa. Repentinamente, los altos y rojos acantilados parecían muy distantes, y vio, como si fueran criaturas de otro mundo, a dos diminutos trabajadores ocupados en la reparación, de la escalera, que muy poco sospechaban la lucha por la vida que había comenzado debajo de ellos. En un momento pudo oír que las criaturas chapoteaban en un estanque a menos de cuatro metros detrás de él, y otra vez resbaló y casi cayó.

Lo persiguieron hasta el pie de los acantilados y solo desistieron cuando llegó junto a los trabajadores al pie de la escalera que ascendía por la ladera. Los tres hombres las apedrearon durante un rato, y luego se apresuraron a ascender hasta la cima del acantilado, tomando el sendero hasta Sidmouth, para conseguir ayuda y un bote, y para rescatar el cuerpo profanado de las garras de esas abominables criaturas.

2

Y, como si no hubiese pasado peligros suficientes ese día, el señor Fison salió con el bote para señalar el lugar exacto de su aventura.

Como había marea baja, necesitaron hacer un rodeo considerable para aproximarse al lugar, y para cuando llegaron a la escalera, el cuerpo mutilado había desaparecido. El agua ascendía ahora, sumergiendo una laja de piedra tras otra, y los cuatro hombres del bote - es decir los trabajadores, el botero y el señor Fison - traspasaron su atención de los puntos de referencia de la costa hacia el agua que se extendía por debajo de la quilla.

Al principio no pudieron ver otra cosa más que una oscura jungla de laminaria, y algún pez que pasaba ocasionalmente como una saeta. Estaban ansiosos de aventura, y expresaron libremente su disgusto. Pero de inmediato vieron a uno de los monstruos que nadaba hacia el mar, con un movimiento de giro que le sugirió al señor Fison el retorcido giro de un globo cautivo. Casi de inmediato, las ondulantes hojas de laminaria se agitaron extraordinariamente, apartándose por un momento, y tres de las bestias se hicieron oscuramente visibles, luchando por lo que tal vez fuera un fragmento del hombre ahogado. En un momento, las oscuras cintas verde oliva habían vuelto a cubrir el contorsionado grupo.

Ante eso, los cuatro hombres, grandemente excitados, comenzaron a gritar y a golpear el agua con los remos, y de inmediato vieron un tumultuoso movimiento entre las algas. Desistieron de ver con mayor claridad, y tan pronto como el agua

se aquietó, les pareció advertir que todo el fondo del mar, a través de las algas, estaba cubierto de ojos.

- ¡Horribles cerdos! - gritó uno de los hombres - ¡Qué, hay docenas!

En seguida, las cosas empezaron a elevarse en el agua que rodeaba a los hombres. Desde entonces, el señor Fison ha descrito al escritor esta alarmante erupción surgida del ondulante banco de laminaria. A él le pareció que duraba un tiempo considerable, pero es probable que fuera un asunto de pocos segundos. Luego estas cosas se hicieron más grandes hasta que el fondo del mar se perdió bajo sus formas entremezcladas, y la punta de los tentáculos se elevó aquí y allá por encima del oleaje.

Una de las criaturas se acercó audazmente al bote y, aferrándose de él con tres de sus tentáculos prestos a succionar, lanzó otros cuatro por encima de la borda, como si tuviera la intención de hacer zozobrar el bote o encaramarse en él. De inmediato, el señor Fison tomó el bichero y, golpeando con furia los tentáculos, la obligó a desistir. Fue golpeado en la espalda y casi lanzado sobre la borda por el botero, quien estaba usando el remo para resistir un ataque similar al otro costado del bote. Pero ante esto, los tentáculos de ambos lados soltaron su presa de inmediato, se deslizaron fuera de la vista y chapotearon en el agua.

- Será mejor que salgamos de aquí - dijo el señor Fison, que temblaba con violencia. Se dirigió a la barra del timón, mientras que el botero y uno de los trabajadores se sentaban y comenzaban a remar. El otro trabajador permaneció a proa del bote, con el bichero, presto a golpear cualquier tentáculo que apareciera. Nada más parece haberse dicho. El señor Fison había expresado el sentimiento común sin necesidad de rectificación. De talante sombrío y temeroso, con rostros blancos y demudados, los cuatro hombres se dispusieron a escapar de la posición en que tan imprudentemente se habían colocado.

Pero apenas si los remos llegaron a tocar el agua antes que fueran inmovilizados por oscuras y serpentinas sogas ahusadas, que también rodearon el timón; y otra vez volvieron los tentáculos, reptando por los lados con un movimiento rizado. Los hombres asieron los remos y tiraron, pero era como tratar de mover un bote en una flotante balsa de algas.

- ¡Auxilio aquí! - gritó el botero, y el señor Fison y el segundo trabajador corrieron a añadir sus fuerzas al remo.

Luego el hombre del bichero - su nombre era Ewan, o Ewen - saltó con una maldición, y comenzó a golpear hacia abajo, por encima de la borda, hacia el banco de tentáculos que ahora se apiñaba contra el fondo del bote. Y, al mismo tiempo, ambos remeros se pusieron de pie para tratar de conseguir una oportunidad mejor de recobrar sus remos. El botero le entregó el suyo al señor Fison, quien se esforzó desesperadamente, en tanto el hombre sacaba una enorme navaja y, recostándose sobre la borda, comenzaba a acuchillar los brazos que brotaban del mango del remo.

El señor Fison, que se tambaleaba con el tembloroso balanceo del bote, con los dientes apretados, casi sin aliento, y las venas de la mano resaltándole mientras tiraba del remo, miró de repente hacia mar abierto. Y allí, a menos de cincuenta metros, había un gran bote que se encaminaba hacia ellos, con tres mujeres y un niño pequeño a bordo. Un botero remaba, y un hombrecito que tenía una cinta rosa en el sombrero, estaba a proa, saludándolos. Por un momento, por supuesto, el señor Fison pensó en ayuda, y luego pensó en el niño. Dejó entonces su remo, alzó ambos brazos en un gesto frenético, y gritó al grupo que se mantuviera alejado «¡en nombre de Dios!» Dice mucho de la modestia y valor

del señor Fison el hecho de que no parece advertir que haya habido nada de heroísmo en su actuación de ese momento. El remo que había soltado fue inmediatamente atraído hacia abajo, y luego reapareció flotando a veinte metros de distancia.

En el mismo momento, el señor Fison sintió que el bote se inclinaba violentamente bajo sus pies y un ronco grito, el prolongado grito de terror de Hill, el botero, hizo que olvidara por completo el grupo de excursionistas. Se volvió y vio a Hill acucillado junto a la agarradera delantera del remo, con el brazo derecho por encima de la borda, y fuertemente atraído hacia abajo. El botero emitió entonces una sucesión de agudos y cortos gritos:

- ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

El señor Fison cree que debía haber estado acuchillando a los tentáculos por debajo de la línea del agua cuando fue atrapado por ellos, pero, por supuesto, es imposible decir con certeza lo que pasó. El bote estaba levantado de un costado, de modo que la borda estaba a diez centímetros del agua, y tanto Ewan como el otro trabajador golpeaban el agua con el bichero y el remo a ambos lados del brazo de Hill. Instintivamente, el señor Fison se ubicó para equilibrar el peso.

Entonces Hill, quien era un hombre macizo y poderoso, hizo un esfuerzo desesperado, y se puso casi de pie. Alzó el brazo, por cierto, completamente fuera del agua. De él pendía una complicada maraña de lianas pardas; y los ojos de una de las bestias que lo asían, se vieron momentáneamente en la superficie, brillando con fuerza y determinación. El bote se inclinó más y más, y el agua marrón verdosa se precipitó en cascada por un lado. Entonces Hill resbaló y cayó sobre sus costillas contra el costado, y su brazo y la masa de tentáculos volvieron a chapotear en el agua. Hill rodó sobre la borda; una de sus botas golpeó al señor Fison en la rodilla, cuando este caballero se abalanzaba para asirlo, y en un momento más otros tentáculos se habían enrollado en su cintura y en su cuello, y luego de una convulsa y breve lucha, durante la que el bote estuvo a punto de zozobrar, Hill fue lanzado por encima de la borda. El bote se enderezó con un violento sacudón que casi hace caer al señor Fison por el otro lado, ocultando de sus ojos la lucha acuática.

Se tambaleó durante un momento, tratando de recuperar el equilibrio, y mientras lo hacía, advirtió que la lucha y la marea ascendente habían vuelto a llevarlos hasta las rocas cubiertas de algas. A menos de cuatro metros, una laja de rocas aún se alzaba con rítmicos movimientos por encima del oleaje de la marea. En un momento, el señor Fison asió el remo de Ewan, dio una poderosa palada y luego, dejándolo caer, corrió hacia la proa y saltó. Sintió que sus pies resbalaban sobre la roca y, con un esfuerzo frenético, saltó hacia otra masa más allá. Tropezó, cayó de rodillas, y volvió a levantarse.

- ¡Cuidado! - gritó alguien, y un gran cuerpo parduzco lo golpeó. Uno de los trabajadores lo había golpeado, sumergiéndolo en uno de los estanques, y mientras descendía oyó gritos ahogados, lejanos, que en ese momento creyó que provenían de Hill. Luego se maravilló de la agudeza y variedad de la voz de Hill. Alguien saltó por encima de él, y una curva avalancha de agua espumosa se derramó encima de su cuerpo, y pasó. Se puso de pie chorreando agua y, sin mirar hacia el mar, corrió hacia la costa con tanta rapidez como le permitió su terror. Ante él, sobre el liso espacio sembrado de rocas, tropezaban los dos trabajadores uno doce metros por delante del otro.

Finalmente miró por encima del hombro y, viendo que no lo perseguían, se dio vuelta. Estaba atónito. Desde el momento en que los cefalópodos habían

emergido del agua, había actuado con demasiada rapidez para comprender plenamente sus actos. Ahora le parecía que había salido repentinamente de un mal sueño.

Porque allí estaba el cielo, sin una nube y refulgiendo bajo el sol de la tarde, el mar hinchado bajo su brillo despiadado, la suave espuma cremosa de la rompiente, y los bajos, largos, oscuros escollos de roca. El bote flotaba, derecho, elevándose y cayendo suavemente sobre el oleaje a casi doce metros de la costa. Hill y los monstruos, toda la tensión y el tumulto de esa despiadada lucha por la vida, se habían desvanecido como si no hubieran existido jamás.

El corazón del señor Fison golpeaba con violencia; latía hasta en la punta de sus dedos, y respiraba profundamente.

Faltaba algo. Durante algunos segundos no pudo pensar con claridad qué era. Sol, cielo, mar, rocas... ¿qué era? Luego recordó el bote de los excursionistas. Había desaparecido. Se preguntó si no lo habría imaginado. Se volvió, y vio a los dos trabajadores de pie, juntos, bajo las elevadas masas de los altos acantilados rosados. Vaciló pensando si haría un último intento de salvar a Hill. Su excitación física pareció abandonarlo repentinamente, dejándolo indefenso y vacío. Se dirigió hacia la costa, tropezando y vadeando hacia sus dos compañeros.

Miró hacia atrás una vez más, y ahora había dos botes a flote, y el más distante cabeceaba torpemente, con el fondo hacia arriba.

3

Así fue como el *Haploteuthis ferax* hizo su aparición en la costa de Devonshire. Hasta ahora, ésta ha sido su agresión más seria. El relato del señor Fison, junto con la ola de accidentes de botes y bañistas a la que ya he aludido, y la ausencia de peces en las costas de Socnish ese año señalan claramente la presencia de un cardumen de estos voraces monstruos de las profundidades merodeando lentamente a lo largo de la línea de la marea, junto a la costa. Una migración de hambre ha sido sugerida, lo sé, como la causa que los trajo hasta aquí; pero, por mi parte, prefiero creer en la teoría alternativa de Hemsley. Hemsley sostiene que un cardumen o banco de estas criaturas puede haberse aficionado a la carne humana por accidente, cuando un barco zozobró entre ellas; y ha vagado en busca de carne humana fuera de su zona acostumbrada; yendo paralelamente a los barcos o siguiéndolos, ha llegado a nuestras costas en la estela del tráfico del Atlántico. Pero discutir los convincentes argumentos de Hemsley, admirablemente explicados, estaría fuera de lugar aquí. Aparentemente, el apetito del cardumen fue satisfecho por las once personas que atraparon - pues en la medida que puede afirmarse, había diez personas en el segundo bote -, y por cierto que las criaturas no dieron más muestras de su presencia cerca de Sidmouth ese día. La costa entre Seaton y Budleigh Salterton fue patrullada toda esa tarde y esa noche por cuatro botes del Servicio Preventivo, tripulados por hombres armados con arpones y machetes, y a medida que la noche avanzaba, un número de expediciones igualmente equipadas, organizadas privadamente, se unieron a ellos. El señor Fison no tomó parte en ninguna de estas expediciones. Alrededor de medianoche, se oyeron excitadas voces provenientes de un bote situado a unas dos millas al sudeste de Sidmouth, y se vio un farol que se agitaba de una manera extraña, de lado a lado y de arriba abajo. Los botes más próximos se apresuraron a llegar hasta el sitio de la alarma. Los audaces ocupantes del bote, un marinero, un cura y dos escolares, habían visto realmente cómo los monstruos

pasaban por debajo del bote. Aparentemente, las criaturas eran, como la mayoría de los organismos de las profundidades, fosforescentes, y habían pasado flotando, a cinco pies de profundidad, como hechas de rayos de luna a través de la negrura del agua, con los tentáculos retraídos como si durmieran, girando y girando, y moviéndose lentamente hacia el sudeste en una formación cuneiforme.

Los tripulantes del bote relataron esto por gestos, en forma fragmentaria, ya que primero se les acercó un bote y luego otro. Finalmente, una pequeña flota de ocho o nueve botes se reunió a su alrededor, y de ella se elevó un tumulto, como la cháchara de un mercado, que quebró el silencio de la noche. Había muy poco ánimo para perseguir al cardumen, la gente no tenía armas ni experiencia para una cacería tan dudosa, y casi inmediatamente - puede ser que con alivio - los botes regresaron a la costa.

Y ahora diremos lo que tal vez sea el hecho más admirable de toda esta asombrosa incursión. No tenemos la más ligera idea de los siguientes movimientos del cardumen, a pesar de que toda la costa sudoeste estaba alerta. Pero puede, tal vez, ser significativo que un cachalote haya sido hallado en Sark el tres de junio. Dos semanas y tres días después del incidente de Sidmouth, un *Haploteuthis* vivo llegó a la costa sobre las arenas de Calais. Estaba vivo, porque varios testigos vieron que sus tentáculos se movían convulsivamente. Pero es probable que estuviera agonizando. Un caballero llamado Pouchet consiguió un rifle y le disparó.

Esa fue la última aparición de un *Haploteuthis* vivo. No se vieron otros en las costas francesas. El 15 de junio, un cadáver, casi completo, fue llevado por el mar hasta la costa, cerca de Torquay, y pocos días más tarde, un bote de la estación Marina de Biología, dragando Plymouth, recogió un espécimen descompuesto, profundamente desgarrado por una herida de machete. Cómo había hallado la muerte el aludido espécimen, es imposible decir. Y el último día de junio, el señor Egbert Caine, un artista que se bañaba en Newlyn, alzó los brazos, gritó, y fue arrastrado bajo el agua. Un amigo que lo acompañaba no hizo ningún intento de salvarlo, sino que nadó de inmediato hacia la costa. Este es el último hecho para relatar acerca de esta extraordinaria incursión de las profundidades del mar. Si fue realmente la última de estas horribles criaturas es, hasta ahora, prematuro decirlo. Pero se cree, y ciertamente debe esperarse, que han retornado ahora, y para siempre, a las sombrías profundidades del mar, desde donde tan extraña y misteriosamente se elevaron.

FIN

Roger Zelazny - EL HOMBRE QUE AMO A UNA FAIOLI

Ésta es la historia de John Auden y la faioli, que nadie conoce mejor que yo. Escúchenla...

Sucedió una noche, cuando él estaba paseando (pues no había motivos para no pasear) por sus sitios favoritos de todo el mundo, cuando vio a la faioli, cerca del Cañón de la Muerte, sentada sobre una roca, mientras que sus alas de luz revoloteaban, revoloteaban, revoloteaban hasta desvanecerse, apareciendo entonces sentada allí una muchacha humana, vestida completamente de blanco y llorando, con largas trenzas negras enrolladas a la cintura.

Se aproximó a ella ante la cegadora luz que despedía el moribundo sol, cuando los ojos humanos no podían distinguir distancias ni calcular perspectivas adecuadamente (pero los suyos sí), y apoyando su mano derecha en el hombro de ella y la dijo unas palabras de salutación y consuelo.

Fue, sin embargo, como si él no existiera. Continuó su llanto, regando de plata sus mejillas de color de nieve o de hueso. Sus ojos almendrados miraban en la distancia, como si pudieran ver a través de él, y sus largas uñas se clavaban en la carne de sus palmas, de las que no brotaba sangre.

Entonces él creyó lo que se decía de las faiolies: que sólo pueden ver a los seres vivientes y no a los muertos, y que están sacadas de las mujeres más adorables de todo el universo. Al estar muerto, John Auden, reflexionaba sobre las consecuencias de recobrar la vida nuevamente, por algún tiempo.

Era sabido que la faioli acudía al hombre un mes antes de su muerte (a aquellos raros hombres que aún morían) para vivir con él durante el mes final de su existencia, proporcionándole todos los placeres que puede conocer un ser humano, de forma tal que el día en que la muerte envía su beso, llevándose la vida que queda dentro de su cuerpo el hombre le acepta... ¡no, le busca!, con deseo y galantería. Porqué es tal el poder de la faioli entre todas las criaturas, que no hay nada más deseado después de conocerla.

John Auden consideró su vida y su muerte, las condiciones del mundo en que estaba la naturaleza de su servidumbre, su maldición, y la faioli (que era la criatura más adorable que había visto en todos sus cuatrocientos mil días de existencia), y se palpó el lugar que tenía debajo de la axila izquierda, que activaba el mecanismo necesario para hacerle vivir de nuevo.

La criatura se sobresaltó al recibir su contacto porque, de repente, el roce de él era de carne, y de carne cálida y femenina era lo que ella ofrecía, ahora que las sensaciones de la vida habían retornado a él. Sabía que su contacto se había convertido nuevamente en el contacto de un hombre.

- Hola, ¿por qué lloras? - dijo él, y la voz de la faioli fue como las brisas olvidadas soplando sobre los olvidados árboles, con su rocío, sus aromas y colores que evocaba su memoria.

- ¿De dónde vienes, hombre? No estabas aquí hace un momento.

- Del Cañón de la Muerte - respondió él.

- Deja que te toque el rostro.

Él se dejó y ella lo tocó.

- Es extraño que no advirtiera tu llegada.

- Este es un mundo extraño - repuso él.

- Es cierto - dijo ella -. Tú eres el único ser viviente que lo habita.

- ¿Cómo te llamas? - preguntó él.
- Llámame Synthia - respondió ella.

Y así la llamó.

- Mi nombre es John - le dijo -; John Auden.
- He venido para estar contigo, para darte regocijo y placeres - añadió ella, y entonces supo él que el ritual había comenzado.

- ¿Por qué estabas llorando cuando te encontré? - preguntó.
- Porque creí que no había nadie en este mundo y porque estaba cansada de mi largo viaje - contestó ella -. ¿Vives cerca de aquí?
- No muy lejos - añadió él -. No del todo lejos.
- ¿Me llevarás allí? ¿Al lugar donde vives?

Y ella se alzó y le fue siguiendo hasta el Cañón de la Muerte, donde él tenía su morada.

Continuaron descendiendo y descendiendo interminablemente, y todo lo que les rodeaba eran despojos de gentes que antes habían vivido. Ella, sin embargo, no parecía ver tales cosas, pues mantenía los ojos clavados en el rostro de John y la mano asida a su brazo.

- ¿Por qué llamas a este lugar el Cañón de la Muerte? - le preguntó ella.
- Porque todo lo que nos rodea son muertos - repuso él.
- Yo no veo nada.
- Lo sé.

Cruzaron el Valle de las Calaveras, donde millones de muertos de muchas razas y mundos yacían apilados unos sobre otros, pero ella tampoco los vio. Y a pesar de encontrarse en el cementerio de todos los mundos, no se apercebía de ello. Había encontrado a su custodio, a su cuidador, aunque no sabía quién era este hombre que se tambaleaba a su lado como un beodo.

John Auden la llevó hasta su casa. No era realmente el lugar donde vivió, pero lo sería en lo sucesivo. Activó los viejos circuitos del edificio que había dentro de la montaña. En respuesta la luz apareció de las paredes, una luz que antes no había necesitado, pero que ahora iba a necesitar.

La puerta se cerró tras ellos y la temperatura adquirió un calor normal. El aire puro comenzó a circular. Él lo aspiró hasta llenar su pecho, agradeciendo las antiguas y olvidadas sensaciones. El corazón, ese órgano rojo y caliente que le recordaba el dolor y los placeres, empezó a latir fuerte con el nuevo aire. Por primera vez en los siglos, preparaba una comida e iba a buscar una botella de vino a las profundas y herméticas alacenas. ¿Cuántos otros más pudieron haber hecho lo que él?

Nadie, tal vez.

Ella cenó con él, jugueteando con los alimentos, catando un poquito de cada cosa, comiendo muy poco. Él, por su parte, se atiborró hasta la saciedad, y los dos bebieron vino y fueron dichosos.

- Este lugar es muy extraño - dijo ella -. ¿Qué es lo que te impulsa, John Auden? Tú no eres como los demás hombres que viven y mueren. Tú te tomas la vida casi igual que una faoli. Tratas de sacar de ella cuanto puedes y te conduces a un ritmo que denota un sentido del tiempo ajeno al hombre. ¿Quién eres?

- Soy uno que conoce que los días del hombre están contados - respondió él - y que ansía aprovecharlos antes de que se le acaben.

- Eres extraño - dijo Synthia.
- Más que nada en el mundo - respondió él.

Desayunaron y aquel día estuvieron caminando por el Valle de las Calaveras. Él no podía distinguir distancias ni obtener perspectivas adecuadas, y ella no veía nada de lo que había sido vida y ahora era desolación. Y mientras estaban sentados sobre una roca plana, con el brazo sobre los hombros de ella, señaló hacia el cohete que acababa de venir del lejano espacio y ella miraba de través ante las gesticulaciones de John. Indicaba hacia los robots que habían comenzado a descargar del interior de la nave los despojos pertenecientes a los muertos de muchos mundos, pero ella estiraba la cabeza hacia un lado y miraba adelante y no veía nada de lo que él decía.

Incluso cuando uno de los robots avanzó pesadamente hasta él y le mostró la carpeta conteniendo los recibos y el documento que debía firmar por los cuerpos recibidos, ella no veía ni comprendía lo que estaba sucediendo.

En los días que siguieron, su vida fue como un sueño, llena de los placeres de Synthia y salpicada de ciertos e inevitables momentos de dolor. A menudo, le veía pesaroso y ella le preguntaba por su expresión de melancolía.

Y él siempre se echaba a reír y contestaba diciendo que «los placeres y el dolor están muy cerca el uno del otro», o algo por el estilo.

Y, durante el correr de los días, ella aprendió a prepararle las comidas, y a frotarle la espalda, y a mezclar sus bebidas, y a recitarle ciertos fragmentos poéticos que él había amado en un tiempo.

Un mes, sólo un mes. No lo olvidaba. Llegaría el fin. Sabían siempre que la muerte del hombre estaba cerca.

John Auden sabía que ninguna faioli del universo entero había encontrado jamás un hombre como él

Synthia era como una madreperla. Su boca parecía una fina llama, que encendía todo lo que tocaba, sus dientes se asemejaban agujas y su lengua era como el corazón de una flor. Y así es como llegó a amar a una faioli llamada Synthia.

Y él era quizás el único hombre del universo, capaz de engañarla. Era un perfecto derecho de defensa que tenía contra la vida y la muerte. Y ahora que era un ser humano viviente, a menudo lloraba cuando se detenía a considerarlo.

Tenía más de un mes por vivir. Quizá fueran tres o cuatro. Este mes, por consiguiente, representaba un precio que él pagaría de buen grado.

Hay una cosa llamada enfermedad que se nutre de los organismos vivientes, y él lo había conocido más allá del alcance de todos los hombres vivos. Ella, un ser femenino, que sólo conoció su propia vida, no podía comprenderlo.

Por eso, él no trató de explicárselo jamás

Pero el día tenía que llegar, y llegó.

Había perdido, y lo sabía. Como los días se habían desvanecido ante él, se encontraba debilitado. Apenas era capaz de estampar su firma sobre los recibos que le había traído el robot, tambaleándose hasta llegar a él, espachurrando costillas y aplastando cráneos a su terrible paso. Por un momento envidió al robot. Desapasionado, entregado totalmente a su deber. Antes de despedirlo le preguntó:

- ¿Qué hubieras hecho tú si te hallaras en posesión de una cosa deseada que te proporcionara todo lo que puedes ansiar en este mundo?

- Trataría... de quedarme con ella - respondió el robot, oscilando las luces rojas de su cúpula antes de irse tambaleando sobre el Gran Cementerio.

- Sí - dijo John Auden -, pero eso no puede ser.

Synthia no le comprendió, y en aquel trigésimo primer día volvieron al lugar donde había vivido durante un mes, y él sintió que le estaba invadiendo el terror indescriptible de la muerte.

Ella fue más exquisita que nunca, pero él temía este encuentro final.

- Te amo - dijo por último, pues era una palabra que no la había dicho antes, y ella le besó.

- Lo sé - le dijo ella -, John Auden, dime una cosa. ¿Qué es lo que te esclarece de los demás? ¿Por qué sabes de las cosas ajenas a la vida más de lo que el hombre mortal debe saber? ¿Cómo fue posible que llegaras hasta mí aquella primera noche sin yo apercibirme de ello?

- Porque mi ser está ya muerto - le dijo -. ¿No te das cuenta de ello cuando me miras a los ojos?

- No lo comprendo - respondió ella.

- Bésame y olvídale - dijo él -. Es mejor así.

Pero ella sentía curiosidad y le preguntó:

- ¿Cómo consigues entonces guardar el equilibrio entre la vida y lo que no es vida, eso que mantiene consciente a tu ser muerto?

- Porque existen unos controles dentro de este cuerpo que, desgraciadamente, ocupo. Si tocas debajo de mi axila izquierda, mis pulmones cesarán de respirar y mi corazón dejará de latir. Ello pondría en funcionamiento un sistema electromecánico aquí instalado (invisible para ti, lo sé) semejante al que llevan mis robots. En esto consiste mi vida estando muerto. Yo mismo lo pedí porque temía el olvido. Yo mismo me ofrecí voluntario como sepulturero del universo, porque aquí no hay nadie que pueda verme y se horrorice de mi aspecto cadavérico. Por eso soy quien soy. Bésame y acaba.

Pero habiendo tomado la forma de mujer, o tal vez siéndolo, la faioli llamada Synthia sintió curiosidad y dijo:

- ¿En este sitio?

Y le tocó debajo de la axila izquierda.

Hecho esto, él se desvaneció de la vista y con ello, también, supo una vez más la fría lógica existente fuera de las emociones. A causa de ello, también, no tuvo necesidad de tocarse el punto crítico.

En vez de ello, él se quedó contemplando cómo ella le buscaba por el lugar que antes había estado vivo.

La faioli escrutó los lugares más recónditos y al ver que no podía encontrar a ningún hombre viviente sollozó horriblemente, una vez más, como hiciera aquella noche en que él la encontró.

Luego, sus alas comenzaron a revolotear débilmente, una y otra vez, recobrando su anterior existencia. Su rostro se disolvió y su cuerpo se fue fundiendo lentamente. Más tarde, la torre de chispas que había junto a él se fue disipando, y pasada la insensata noche en que le fue posible distinguir distancias y calcular perspectivas nuevamente, él empezó a buscarla.

Y ésta es la historia de John Auden, el único hombre que pudo amar a una faioli y logró vivir (si así se le puede llamar) para contarla. Nadie conoce la historia mejor que yo.

Jamás ha podido encontrar un remedio. Y yo sé que John Auden pasea por el Cañón de la Muerte, meditando sobre los esqueletos y, a veces, se para junto a la roca donde la encontró, busca algo jugoso que ya no está allí y desea hallar una explicación.

Es que es así, y la moral puede que consista en que la vida (y quizás también el amor) sea más fuerte que su continente, pero nunca más fuerte que su contenido. Mas es solamente la faioli quien podría asegurarlo, y ésta ya no volverá.

FIN

Ursula K. Le Guin - LOS QUE ABANDONAN OMELAS

Con un clamor de campanas que impulsó a las golondrinas a levantar el vuelo, el Festival del Verano llegaba a la ciudad de Omelas, que descollaba radiante junto al mar. En el puerto, los aparejos de los barcos destellaban con banderas. En las calles, entre las casas de rojos tejados y pintadas tapias, entre los viejos jardines donde crece el musgo y bajo los árboles de las avenidas; frente a los grandes parques y los edificios públicos desfilaba la multitud. Decorosos ancianos con largas túnicas rígidas malva y gris; graves y silenciosos artesanos, alegres mujeres que llevaban a sus hijos y charlaban al caminar. En otras calles, la música sonaba más veloz, un trémulo de batintines y panderetas y la gente iba bailando; la procesión era una danza. Los niños correteaban de una parte a otra y sus gritos se alzaban sobre la música y los cantos como el vuelo cruzado de las golondrinas. Todos los desfiles serpenteaban hacia el norte de la ciudad, donde en la gran vega llamada Verdes Campos, chicos y chicas, desnudos en el luminoso aire, con los pies, los tobillos y los largos y ágiles brazos salpicados de lodo ejercitaban a sus inquietos caballos antes de la carrera. Los caballos no llevaban ningún tipo de pertrecho, sólo un ronzal sin bocado. Las crines trenzadas con cordones de plata, oro y verde. Resoplaban por los dilatados ollares, hacían cabriolas y se engallaban. Al ser el caballo el único animal que había adoptado nuestras ceremonias como propias, se hallaba muy excitado. A lo lejos, por el norte y el oeste, las montañas se alzaban sobre la bahía de Omelas casi envolviéndola. El aire de la mañana era tan límpido que la nieve, coronado aún los Ocho Picos, despedía reflejos oro y blanco a través de las millas de aire iluminado por el sol, bajo el azul profundo del cielo. Soplaban el suficiente viento como para que los gallardetes que marcaban el curso de la carrera ondearan y chasquearan de vez en cuando. En el silencio verde de la amplia vega se oía la música que recorría las calles de la ciudad, y de todas partes y acercándose siempre, una alegre fragancia de aire que de vez en cuando se acumulaba y estallaba con el gozoso repique de las campanas.

¡Gozoso! ¿Cómo se puede explicar el gozo? ¿cómo describir a los habitantes de Omelas?

No eran personas simples, aunque si felices. Pero no pronunciaremos mas palabras de alabanza. Todas las sonrisas se han vuelto arcaicas. Al proceder a una descripción como ésta, uno tiende a hacer ciertas suposiciones, a dar la impresión de que busca un rey montado en un espléndido corcel y rodeado de nobles caballeros, o quizás en una litera dorada conducida por altos y musculosos esclavos. Pero no había rey. No usaban espadas ni poseían esclavos. No eran bárbaros. Desconozco las reglas y leyes de su sociedad pero sospecho que eran singularmente escasas. Al igual que se regían sin monarquía ni esclavitud, tampoco necesitaban la bolsa de valores, la publicidad, la policía secreta y la bomba. Sin embargo, repito que no era un pueblo simple; nada de dulces pastores, nobles salvajes ni blandos utópicos, ni menos complejos que nosotros. El mal estriba en que nosotros poseemos malos hábitos, animados por pedantes y sofisticados empeñados en considerara la felicidad como algo estúpido. Sólo el dolor es intelectual. Sólo el mal es interesante. Es la traición del artista: la negativa a admitir la banalidad del mal y el terrible fastidio del dolor. Si no puedes morder no enseñes los dientes. Si duele, vuelve a dar. Pero alabar el desespero

es condenar el deleite; aceptar la violencia es perder la libertad para todo lo demás. Nosotros casi la hemos perdido; ya no podemos describir la felicidad de un hombre ni manifestar una alegría. ¿Cómo definir al pueblo de Omelas? No eran cándidos ni niños felices - aunque a decir verdad, sus hijos si lo eran - sino adultos maduros, inteligentes, apasionados, cuya vida no era desventurada. ¡Oh milagro! Mas, ¡ojalá supiera explicarlo mejor y convencerles! Omelas produce la impresión, según mis palabras, de un país de un cuento de hadas: érase una vez hace mucho tiempo. Quizá fuera mejor que se lo imaginaran según su propia fantasía, teniendo en cuenta que me pondría a la altura de las circunstancias, pues lo que si es cierto es que no puedo armonizar con todos. Por ejemplo, ¿qué pasaba con la tecnología? Creo que no había coches ni helicópteros ni en las calles ni por encima de ellas, como lógica consecuencia de que el pueblo de Omelas era feliz. La felicidad se basa en una justa discriminación de lo que es necesario, de lo que no es ni necesario ni destructivo y de lo que es destructivo. Sin embargo, en la categoría intermedia - la de lo innecesario pero no destructivo, la del confort, lujo, exuberancia, etc. -, podían perfectamente poseer calefacción central, ferrocarriles subterráneos, máquinas lavadoras y toda clase de maravillosos ingenios que aún no se han inventado aquí; fuentes luminosas flotantes, poder energético, una cura para los catarros comunes o nada de eso; no importa, como lo prefieran. Me inclino a pensar que las personas que han estado viniendo a Omelas desde todos los puntos de la costa durante estos últimos días antes del Festival, lo hicieron en pequeños trenes muy rápidos y en tranvías de dos pisos, y que la estación de ferrocarriles de Omelas es el edificio más bello de la ciudad, aunque más sencillo que el magnífico Mercado Agrícola. Pero aún, concediendo que hubiera trenes, temo que, hasta ahora, Omelas produzca en algunos de mis lectores la impresión de una ciudad gazmoña y cursilona. Sonrisas, campanas, desfiles caballos, garambainas. En tal caso, agreguen una orgía. Si les sirve una orgía no vacilen. No obstante, no le pongamos templo que, con hermosos sacerdotes y sacerdotisas desnudos, casi en éxtasis, se hallen dispuestos a copular con quien sea, hombre o mujer, amante o extraño, por el deseo de unión con la profunda divinidad de la sangre, aunque ésa fue mi primera idea. Pero sería mejor no levantar templos en Omelas, por lo menos templos habitados. Religión, sí. Clero, no. Por supuesto, los hermosos desnudos pueden deambular ofreciéndose como divinos suflés al hambriento del éxtasis de la carne. Que se incorporen a los desfiles. Que repiquen las panderetas sobre las cópulas y la gloria del deseo se proclame sobre los batintines y (un punto muy importante) que los vástagos de esos deliciosos rituales sean amados y atendidos por todos. Sé que en Omelas hay algo que nadie considera delito. Pero, ¿Que puede ser? Al principio pensé si no serian las drogas, pero eso es puritanismo. Para los que les gusta, la tenue y persistente fragancia del drooz perfuma las calles de la ciudad; el drooz, que al principio otorga una gran lucidez mental y fuerza a los miembros, y finalmente maravillosas visiones con las que penetras en los misterios y secretos más profundos del universo a la vez que excita el placer del sexo hasta lo indecible; y no crea hábito. En cuanto a los gustos más modestos, creo que debería ser la cerveza. ¿Qué otra cosa incumbe a la jubilosa ciudad? Sin duda, la sensación de la victoria, la evocación del valor. Sin embargo, si suprimimos al clero, procedamos igual con los soldados. El júbilo que se erige sobre crímenes impunes no es verdadero júbilo; nunca lo será; es horrendo e inútil. Una satisfacción ilimitada y generosa, un magnífico triunfo que se experimenta no contra un enemigo de fuera, sino por

la comunión de las almas más delicadas y hermosas de todos los hombres y el esplendor del verano del mundo es lo que inunda el corazón de los habitantes de Omelas y la victoria que celebran es la de la vida. En realidad, no creo que necesiten drogarse.

Casi todos los desfiles habían llegado ya a los Verdes Campos. Un delicioso aroma de manjares surge de las tiendas rojas y azules de los abastecedores. Las caras de los niños pequeños están llenas de graciosos pringues; en la afable barba gris de un hombre, se han enredado unas cuantas migas de un rico pastel. Los muchachos y muchachas han montado en sus caballos y comienzan a agruparse en la línea de salida. Una anciana, pequeña, gorda y sonriente, distribuye flores que saca de una cesta y un joven alto las prende en su cabello. Un niño de nueve o diez años se sienta al borde de la multitud, solo, jugando con una flauta de madera. La gente se detiene a escuchar y sonríe, pero no le hablan pues nunca deja de tocar ni tampoco los ve; sus ojos negros están totalmente absortos en la dulce y tenue magia de la melodía.

Termina y lentamente alza las manos sosteniendo la flauta de madera.

Como si ese breve y reservado silencio fuese una señal, se oye de pronto el toque de una corneta que surge del pabellón junto a la línea de partida: imperioso, melancólico, penetrante. Los caballos se alzan sobre sus esbeltas patas traseras y algunos relinchan como respuesta. Con semblante sereno, los jóvenes jinetes acarician el cuello de sus monturas y las calman susurrando: «Tranquilo, tranquilo, no te preocupes, todo saldrá bien, mi beldad, mi ilusión...» Ocupan sus puestos en la línea de salida. A lo largo de la pista, los espectadores son como un campo de hierba y flores al viento. El Festival de Verano ha comenzado.

¿Lo creen? ¿Aceptan el festival, la ciudad, la alegría? ¿No? Entonces, permítanme que lo describa una vez más.

En el subsuelo de uno de los hermosos edificios públicos de Omelas, o tal vez en el sótano de una de sus espaciosas casas particulares hay un lóbrego cuartucho. Tiene una puerta cerrada con llave y carece de ventanas. Una tenue luz se filtra polvoriento entre las rendijas de la carcomida madera y que procede de un ventanuco cubierto de telarañas de algún lugar del otro lado del sótano. En un ángulo del cuchitril un par de fregonas, con las bayetas tiesas, pestilentes, llenas de grumos, están junto a un balde oxidado. El suelo está sucio, pegajoso como es habitual en un sótano abandonado. El cuarto tiene tres pies de largo por dos de ancho: un simple armario para guardar las escobas y los enseres en desuso. En el cuarto hay un niño sentado. Podría ser un niño o una niña. Aparenta unos seis años pero en realidad tiene casi diez. Es retrasado mental. Tal vez nació anormal o se ha vuelto imbécil por el miedo, la desnutrición y el abandono. Se hurga la nariz y de vez en cuando se manosea los dedos de los pies o los genitales mientras se sienta encorvado en el rincón más alejado del balde y de las bayetas. Les tiene miedo. Las encuentra horribles. Cierra los ojos pero sabe que las fregonas siguen ahí, erguidas, y la puerta esta cerrada y nadie acudirá. La puerta siempre esta cerrada y nunca viene nadie salvo en ciertas ocasiones - la criatura no tiene noción del tiempo y los intervalos - en que la puerta cruje espantosamente, se abre y asoma una o varias personas. Entra una sola y de un puntapié le obliga a levantarse. Los otros jamás se le acercan sino que lo observan con ojos de horror y asco. La escudilla de comida y el jarro de agua se llenan rápidamente, se cierra la puerta, los ojos desaparecen. La gente que está en la puerta nunca habla pero el niño, que no siempre ha vivido en el cuarto de los trastos y recuerda la luz del sol y la voz de su madre, a veces habla:

«Por favor, sáquenme de aquí. Seré bueno.» Jamás le responden. Por las noches el niño gritaba pidiendo auxilio, gritaba muchísimo, pero ahora se limita a un débil quejido y cada vez habla menos. Está tan flaco que las piernas carecen de pantorrillas y tiene el vientre hinchado; solo se alimenta una vez al día con media escudilla de gachas con sebo. Va desnudo. Las nalgas y muslos son una masa de dolorosas llagas pues continuamente está sentado sobre su propio excremento.

Todos saben que existe, todo el pueblo de Omelas. Algunos han ido a verlo, otros se contentan únicamente con saber que está allí. Todos saben que tiene que estar. Algunos comprenden la razón, otros no pero ninguno ignora que su felicidad, la belleza de su pueblo, la ternura de sus amigos, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus becarios, la habilidad de sus artesanos, incluso la abundancia de sus cosechas o el esplendor de su cielo dependen por completo de la abominable miseria de ese niño.

Se lo explican a los niños de ocho a diez años, siempre que estén capacitados para comprender, y casi todos los que van a verlo son adolescentes, aunque con cierta frecuencia también un adulto acude y vuelve para ver al niño. Por muy bien que se lo expliquen, al verlo experimentan un asco que habían creído superar. A pesar de todas las explicaciones se les advierte furiosos, ultrajados, impotentes. Quisieran hacer algo por el niño, pero todo es inútil. ¡Qué hermoso sería si sacaran al sol a esa criatura, la limpiaran, le dieran de comer, la cuidasen. ¡Pero si alguien lo hiciera, ese día y a esa hora, toda la prosperidad, la belleza y la dicha de Omelas quedarían destruidas. Esas son las condiciones. Cambiar todo el bienestar y la armonía de cada vida de Omelas por esa sola y pequeña rehabilitación: acabar con la felicidad de millares a cambio de la posibilidad de hacer feliz a uno: pero eso sería, por supuesto, reconocer la culpa, admitir el delito.

Las condiciones son estrictas y terminantes; no debe dirigirse al niño una sola palabra amable.

A veces los jóvenes regresan a sus casas llorando o con una furia sin lágrimas cuando han visto al niño y se han enfrentado a esa terrible paradoja. Tal vez meditan sobre ello, semanas y años, pero a medida que transcurre el tiempo comienzan a darse cuenta de que aunque soltaran al niño, de poco le serviría su libertad; sin duda, una ligera, vaga satisfacción por el cuidado humano y el alimento, pero muy poco más. Se halla demasiado degradado e imbécil para comprender la auténtica felicidad. Ha estado asustado demasiado tiempo para librarse del miedo. Sus costumbres son demasiado zafias e inciviles para que responda al trato humano. En efecto, después de tanto tiempo probablemente se sentiría infortunado sin los muros que lo protegen, sin la oscuridad para sus ojos, sin el propio excremento para sentarse. Sus lágrimas, ante la amarga injusticia, secan cuando empiezan a percibir la terrible justicia de la realidad y acaban aceptándola. Sin embargo, tal vez sus lágrimas y su rabia, el intento de su generosidad y la aceptación de su propia impotencia son la verdadera causa del esplendor de sus vidas. Su felicidad no es vacua e irresponsable. Saben que ellos, como el niño, no son libres. Conocen la compasión. La existencia del niño y el conocimiento de esa existencia hacen posible la elegancia de su arquitectura, el patetismo de su música, la profundidad de su ciencia. A causa del niño son tan amables con los niños. Saben que si ese desdichado no lloriquease en la oscuridad, el otro, el flautista, no tocaría esa alegre música mientras los jóvenes jinetes se ponen en filas sobre sus beldades para la carrera que se celebra la primera mañana de estío.

¿Que piensan ahora de ellos? ¿No son más dignos de crédito? Pero todavía tengo algo más que contarles, y esto es totalmente increíble.

A veces, un adolescente, chico o chica que va a ver al niño, no regresa a su casa para llorar o enfurecerse, no, en realidad no vuelve más a su hogar. Otras, un hombre o mujer de mas edad cae en un mutismo absoluto durante unos días. Bajan a la calle, caminan solos y cruzan sin vacilar las hermosas puertas de Omelas. Siguen andando por las tierras de labrantío. Cada uno va solo, chico o chica, hombre o mujer. Anochece; el caminante pasa por las calles de la ciudad, ante las casas de ventanas iluminadas, y penetra en la oscuridad de los campos. Siempre solos, se dirigen al Oeste o al Norte, hacia las montañas. Prosiguen. Abandonan Omelas, siempre adelante, y no vuelven. El lugar adonde van es aún menos imaginable para nosotros que la ciudad de la felicidad. No puedo describirlo, en absoluto. Es posible que no exista. Pero parece que saben muy bien adónde se dirigen los que se alejan de Omelas.

FIN

Bob Shaw - DEFLACION 2001

El tener que pagar diez dólares por una taza de café dejó petrificado a Lester Perry.

Hacía casi un mes que el precio se había estabilizado en ocho dólares, y había comenzado a alimentar la engañosa esperanza de que ya no iba a cambiar. Miró tristemente a la máquina distribuidora mientras el negro líquido chorreaba en el vasito de plástico. Su expresión se hizo miserable cuando llevó el vaso a sus labios.

- Diez dólares - murmuró -, ¡y resulta que está frío!

Boyd Dunhill, su piloto, se alzó de hombros y se sacudió unas imaginarias motas de polvo de las doradas charreteras de su uniforme, quizá temeroso de que aquel desusado movimiento hubiera enturbiado el esplendor de su atuendo.

- ¿Y qué esperaba usted? - dijo con tono indiferente -. Las autoridades del aeropuerto rechazaron la semana pasada las peticiones de aumentos salariales del Sindicato de Empleados de Máquinas Distribuidoras de Café, así que al sindicato no le quedó más remedio que prohibir a sus miembros el hacer horas extraordinarias, lo cual ha traído inevitablemente un aumento de los precios.

- ¡Pero si hace un mes que consiguieron un aumento de un cien por cien! ¡Fue a raíz de ello que el café subió a ocho dólares la taza!

- El sindicato reclamaba un doscientos por cien.

- ¡El aeropuerto nunca aceptaría un aumento de un doscientos por cien!

- Los empleados de las Máquinas Distribuidoras de Chocolate lo obtuvieron.

- ¿De veras? - Perry agitó asombrado la cabeza -. ¿Lo dieron por televisión?

- Hace tres meses que ya no tenemos televisión - le hizo observar el piloto -. Los técnicos reclaman que se les garantice un salario mínimo de dos millones de dólares al año, y las negociaciones aún no han desembocado en un acuerdo.

Perry vació de un trago su vaso de café y lo echó a la papelera.

- ¿Está listo mi avión? ¿Podemos irnos ya?

- Hace cuatro horas que está preparado.

- Entonces, ¿a qué estamos esperando?

- El convenio colectivo de Trabajadores de la Aviación Ligera exige un mínimo de ocho horas de trabajo para cualquier reparación.

- ¿Ocho horas para cambiar la escobilla de un limpiaparabrisas? - Perry no pudo por menos que dejar escapar una risita sarcástica -. ¿De qué se trata, de un concurso de productividad?

- De pleno empleo. Ha habido que doblar el número de operarios del aeropuerto.

- ¡Oh, por supuesto! ¡Ocho horas para realizar un trabajo de treinta minutos! Este es un modo de pensar y de actuar completamente falseado...

Se interrumpió bruscamente al ver la expresión helada de su piloto. Recordó justo a tiempo que existía un conflicto salarial entre la Asociación Patronal de Aviación y el Sindicato de Pilotos de Aviones Privados Bimotores de Alas Bajas. La patronal proponía un aumento de un setenta y cinco por ciento, mientras que los pilotos reclamaban un ciento cincuenta por ciento más una prima por kilometraje.

- ¿Puede llamar a un maletero para el equipaje?

Dunhill agitó la cabeza.

- Tendrá que llevarse las maletas usted mismo. Los maleteros están en huelga desde el viernes.

- ¿Por qué?

- Hay demasiada gente que se lleva su propio equipaje.

- Ah, bueno...

Perry tomó su maleta y la transportó hasta la pista donde aguardaba su aparato. Tomó asiento en uno de los cinco asientos, se sujetó el cinturón de seguridad, y avanzó la mano hacia el portarrevistas para buscar algo que leer durante el trayecto hasta Denver. Entonces recordó que hacía casi quince días que no aparecía ningún periódico ni revista. Los preliminares del despegue requirieron un tiempo interminable - parecía como si, en la torre de control, los controladores aéreos estuvieran enfrascados en interminables discusiones laborales -, y finalmente Perry se durmió con un sueño agitado.

Le despertó con un sobresalto el rugir del viento en sus oídos, indicándole que la puerta del aparato había sido abierta en pleno vuelo. Helado física y mentalmente, abrió los ojos y vio a Dunhill de pie al borde del vacío. Su impecable uniforme estaba arrugado y deformado por los tirantes de un paracaídas.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Perry -. ¿Una emergencia?

- En absoluto - dijo Dunhill con su voz más oficial -. Debo comunicarle, señor Perry, que desde este mismo instante estoy en huelga.

- Supongo que es una broma.

- ¿Realmente lo cree? Acabo de ser avisado por radio. La patronal ha rechazado las razonables exigencias del Sindicato de Pilotos de Aviones Privados Bimotores de Alas Bajas, y esto, por supuesto, ha puesto fin inmediatamente a las negociaciones. Estamos apoyados por nuestros amigos de los Sindicatos de Monomotores de Alas Bajas y de Bimotores de Alas Altas; consecuentemente, todos nuestros miembros deben abandonar sus puestos de trabajo exactamente a la medianoche, o sea - consultó su cronómetro - dentro de treinta segundos.

- ¡Pero Boyd! ¡No tengo paracaídas! ¿Qué voy a hacer?

El rostro del piloto se ensombreció. Dijo secamente:

- ¿Y por qué tendría que preocuparme por ello? Usted no se preocupó en absoluto por mí mientras estuve intentando sobrevivir mes tras mes con apenas tres millones de dólares anuales de salario.

- Era un egoísta, ahora lo comprendo. Y lo lamento. - Perry se soltó el cinturón y se levantó -. No salte, Boyd. Le doblo el sueldo desde ahora mismo.

- Esto es menos de lo que reclama nuestro sindicato.

- ¿Oh? ¡Está bien, se lo triplico! Tres veces lo que cobra usted ahora, Boyd.

- Lo siento, señor Perry. No podemos negociar acuerdos separados. Esto debilita la solidaridad sindical. - Dio media vuelta y se lanzó al vacío.

Perry lo contempló caer durante unos instantes, luego se estiró para alcanzar la puerta y cerrarla. Se dirigió al puesto del piloto. El avión se mantenía en rumbo gracias al piloto automático. Se sentó en el asiento de la izquierda y tomó el timón, retrocediendo mentalmente varias decenas de años, hasta su época de piloto de caza en Vietnam. Haciendo aterrizar el aparato con sus propias manos iba a buscarse serios problemas, ya que los sindicatos lo considerarían como un transgresor de la huelga, pero no sentía el menor deseo de morir, no todavía. Desconectó el piloto automático y, lentamente, fue recordando los antiguos gestos.

A varios cientos de metros bajo el aparato, Boyd Dunhill tiró de la anilla y aguardó a que se abriera su paracaídas. La sacudida fue menos violenta de lo que esperaba, y al cabo de unos segundos se dio cuenta de que seguía cayendo a la misma velocidad que antes. Levantó los ojos y, en el lugar que debía ocupar la inmensa corola, vio un amasijo de azotantes segmentos de nylon flotando libremente al viento.

Demasiado tarde, recordó la amenaza del Sindicato de Dobladores y Empaquetadores de Paracaídas de iniciar una huelga sorpresa para apoyar sus reivindicaciones de unas vacaciones pagadas más largas.

- ¡Comunistas! - gritó -. Sucios cerdos anarquistas rojos, banda de...

FIN

Philip E. High - CURSILLO DE SUPERVIVENCIA

Crichton era un brillante químico, que tenía una obsesión: la creencia de que podía verse abandonado a sus propios recursos.

Había estudiado, me dijo, las técnicas de la supervivencia en las condiciones más primitivas.

- No estoy dispuesto a morir sin luchar - añadió, en tono firme -. Si naufragamos, sabré cómo arreglármelas.

Ninguno de nosotros esperaba naufragar, y, en el peor de los casos, una nave de rescate no tardaría más de dos años en recogerlos, pero Crichton no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Se compró un arco y un montón de flechas («La munición puede escasear, ¿sabes?») y había aprendido a encender fuego frotando dos trozos de madera.

- Todo el mundo debería de seguir un cursillo de supervivencia antes de enfrentarse con un trabajo como éste - dijo -. No trato de establecer un precedente, sino de apuntar un dedo acusador contra la autoridad: los cursillos de supervivencia deberían ser obligatorios. Si la base fuera destruida y necesitáramos comida y fuego...

Cuando llegamos a Venus, me hubiera gustado ver a Crichton tratando de encender fuego.

La anterior expedición nos había advertido de las condiciones que íbamos a encontrar, y planteó la discusión de si el planeta era una bola de polvo, o todo lo contrario: era todo lo contrario. Crichton hubiera necesitado una tienda impermeable para encender su fuego. Y en cuanto a materiales secos...

A pesar de los informes y de las fotografías de primera mano. Venus fue una sorpresa para nosotros. Nos habían preparado para la humedad, los insectos, los gérmenes, las tormentas casi diarias, pero no para el escenario real.

Maynes miró a través de la mirilla azotada por la lluvia y exclamó: «¡Hermano!» con una voz sorprendida. Como comentario resultaba muy significativo, pero en el momento de aterrizar estábamos demasiado atareados y sólo más tarde pudimos contemplar el espectáculo con nuestros propios ojos y añadir algunos detalles profanos a aquel comentario.

Afortunadamente, la anterior expedición había comprobado las condiciones de la llanura en la cual habíamos aterrizado, de modo que pudimos empezar a establecer la base. Nos colocamos las mascarillas nasales y nos aventuramos bajo el implacable diluvio.

Me parecía increíble que una base operacional que incluía un campamento de chozas, laboratorios en miniatura, tres dormitorios con sus correspondientes camastros y pasillos de comunicación, pudiera ser almacenada en un compartimiento poco mayor que una caja de sombreros, pero los magos de la ciencia lo habían conseguido. Lo único que había que hacer era hinchar todos los elementos, los cuales, al alcanzar el tamaño adecuado, se endurecían en dieciocho minutos. Transportar aquellos elementos resultó bastante fácil, pero anclarlos ya fue harina de otro costal.

Sobre la llanura había una capa de cinco pies de enredaderas que tenían que ser arrancadas, y debajo de las enredaderas había seis pulgadas de agua.

Después del agua aparecieron dieciocho pulgadas de detritus vegetales, y antes de llegar al suelo de roca tuvimos que extraer otra capa de cuatro pies de tierra.

La base tenía que ser anclada, y las tiendas, a pesar de que eran sorprendentemente fuertes, parecían ligeras como plumas ante la fuerza del temporal y teníamos la impresión que iban a echar a volar de un momento a otro.

Chapoteamos a través del diluvio, con el equipo atado a nuestros pechos, tropezando con las malditas enredaderas como un grupo de cómicos en una antigua película muda. El trabajo nos llevó casi diez horas y nos dejó físicamente agotados. Hacía un calor insoportable, el sudor mezclado con la lluvia corría a raudales por nuestros rostros, y, bajo la opresión de las mascarillas nasales, experimentábamos la sensación de que nos hervían vivos lentamente.

Fue un verdadero alivio entrar en las tiendas cuando por fin quedaron ancladas y librarse del insoportable calor. Alguien había puesto en marcha los acondicionadores de aire y resultaba delicioso poder respirar.

Sin embargo, las tiendas carecían de una cosa: de eliminadores de ruidos. No había modo de librarse del continuo repiqueteo de la lluvia, un repiqueteo cada vez más obsesionante.

Cuando nos recobramos un poco dirigimos una primera ojeada al planeta y, como ya he dicho, no estábamos preparados para lo que vimos. Sabíamos que en Venus no había árboles, y sí unos arbustos en forma de hongos que a veces alcanzaban una altura de sesenta pies. Sabíamos que había enredaderas, pero aquello... La vegetación no era verde, ni siquiera de un verde pálido: era blanquecina, con grandes zonas negras como si se hubiera prendido fuego recientemente; cosa imposible dadas las condiciones climatológicas.

Venus parecía un gigantesco lecho de setas que crecían en medio de una maraña de interminables gusanos blancos.

El cielo también era bastante especial. En la Tierra, cuando llueve, suele ser oscuro, pero allí era blancuzco, brillante, como si el sol estuviera inmediatamente detrás de las nubes y quemara a través de ellas.

Más tarde descubrimos que la penetración ultravioleta era prodigiosa, y la mayoría de nosotros padecimos graves quemaduras a pesar de que la lluvia caía constantemente sobre nuestros rostros.

Holz explicó lo blanquecino de la vegetación en un largo discurso acerca de los eslabones celulares y de la clorofila, discurso que no llegué a comprender del todo.

Mendoza le superó más tarde cuando habló del extraño aspecto del cielo. La única palabra que comprendí fue «refracción».

Personalmente experimenté una sola reacción, y fue de tipo emotivo: el lugar me ponía la carne de gallina.

Paulatinamente fuimos adaptándonos a la situación. A mí me correspondió el pesado trabajo de descargar los suministros.

Unos meses antes de nuestra salida de la Tierra habían sido colocados en órbita alrededor de Venus seis Sputlites. Hacerlos descender por radio-control y acercarlos a la base lo suficiente para que fueran accesibles no es un trabajo que pueda recomendarse para los nervios.

Una vez estaban en la atmósfera, la cosa no resultaba demasiado difícil, ya que los estabilizadores entraban en funciones, pero de todos modos me veía obligado a vigilar los mandos con un ojo y los indicadores del nivel de combustible con el otro. Después de un viaje de veintiséis millones de millas la provisión de

combustible era muy limitada. En resumidas cuentas, perdí casi veinte libras en sudor nervioso antes de que la tarea estuviera terminada.

Inmediatamente después empezó el trabajo de delinear mapas. Podíamos explorar todo el planeta por medio del radar y, cuando era necesario, fotografiar cualquier zona por medio de cámaras teledirigidas.

Era un trabajo que al principio resultó interesante, pero no tardó en hacerse aburrido, ya que el paisaje de Venus era bastante monótono. Había dos grandes continentes, innumerables islas de todos los tamaños y amplias zonas de océano de aspecto fangoso, cubiertas siempre por una espesa niebla.

Sin embargo, Holz, nuestro biólogo, se hallaba en su elemento y hacía continuamente nuevos descubrimientos que era incapaz de reservarse.

- Sucede algo muy curioso. Todo lo que he examinado hasta ahora en este planeta es ciego, lo mismo los insectos que la vida orgánica.

- Entonces ¿cómo se mueven? - preguntó alguien.

- ¡Ah! Ese es otro factor interesante. Todo lo viviente emite un zumbido ultrasónico, inaudible para el oído humano, cuyos ecos utilizan las formas vivientes para determinar su posición, tal como hacen los murciélagos, por ejemplo.

Medité en el problema. La Naturaleza podía haber tropezado con dificultades para desarrollar un órgano de la vista en el planeta. Todos nosotros nos habíamos visto obligados a utilizar gafas polarizadas al cabo de unas horas de nuestra llegada a Venus, e incluso así nuestra visión se había visto desagradablemente afectada durante unas horas más.

Fue también Holz el que sembró las primeras confusiones en nuestras mentes.

- Sucede algo muy raro aquí - dijo -. Las apariencias exteriores sugieren una Tierra en decadencia. Y la Tierra es más antigua que Venus, aunque no mucho más antigua.

Ratcliffe, el geólogo, asintió rápidamente.

- Parece como si tuviera un centenar de millones de años, pero yo diría que tiene diez, millón más, millón menos.

Holz se golpeó la palma de la mano con un enorme puño.

- Y, sin embargo, sólo existen dos formas de vida orgánica. Esto no tiene sentido. Biológicamente, algo tendría que haber evolucionado, algo con un principio de inteligencia.

- Me gustaría - intervino Pearson - hacer una pregunta acerca de la edad del planeta.

- Estamos hablando en términos de desarrollo, en términos de vida, si lo prefiere - Ratcliffe estaba decidido a no dejarse arrastrar a una discusión -. Astronómicamente, desde luego.

- Dejemos esto - dijo Holz -. Antes de llegar a una conclusión tenemos que estudiar a fondo los elementos que poseemos.

Y, por el momento, quedó zanjada la cuestión.

La vida continuó. Todo el mundo estaba muy ocupado, pero a mí me quedaba tiempo para observar y para pensar.

Tal como Holz había observado, en Venus había solamente dos formas de vida orgánica. La primera era el Piesplanos. Se coge un cerdo, se le pinta de un color blanco sucio, se le extirpan los ojos y se le añaden unos enormes pies en forma de aletas.... y ya está. Oía espantosamente mal y se pasaba la mayor parte del

tiempo con el hocico enterrado debajo de las enredaderas. Holz dijo que se alimentaba de materia vegetal en descomposición.

El Saltarín era menos complicado aún y, como su nombre indica, se desplazaba dando pequeños saltos. Casi tan grande como un balón de fútbol y de color blanquecino, parecía idealmente adecuado al medio. Flotaba, y mediante una rápida contracción y expansión de su superficie podía saltar sobre el agua o sobre los cuerpos sólidos con la misma facilidad.

Desde luego no tenía ojos. Tampoco tenía boca ni otros apéndices visibles.

Holz capturó y disecó centenares de aquellos bichos y, cosa rara en él, su aspecto se hizo taciturno.

Un día casi nos arrastró a Mendoza y a mí hasta su diminuto laboratorio.

- No puedo seguir soportando esto solo. Mis amigos más íntimos deben compartir la carga y luego podremos enloquecer todos juntos. Será mejor que dibuje unos croquis...

Holz me agradaba porque era un hombre recto, sin complicaciones, y se tomaba la molestia de explicar las cosas en términos sencillos, sin adoptar aires de suficiencia ni dar a entender que estaba hablando con un «inferior». Holz, Mendoza y yo nos habíamos hecho muy amigos durante el largo viaje.

Mendoza, nuestro físico, era un personaje completamente distinto, alto, moreno, estricto, pero no excitable. Estaba muy orgulloso de su ascendencia española y llevaba una pequeña barba proyectada hacia adelante como un gesto de desafío.

Holz terminó sus croquis y dijo:

- No quiero fastidiarles con tecnicismos; estos croquis son una simple reproducción de algunos ejemplares - Señaló algunas partes disecadas de lo que imaginé que era un Saltador -. Corazón, pulmones, vejigas de aire para flotar... Observen la evolucionada y compleja estructura muscular exterior.

Hizo una pausa y se quedó mirándonos.

Finalmente, Mendoza dijo:

- ¿Bien?

Holz suspiró.

- Es maravilloso, ¿no es cierto? Ese animal carece solamente de un órgano vital: el cerebro.

Contemplamos a Holz, asombrado, y él asintió.

- Yo he experimentado la misma sensación que experimentan ustedes ahora. Me he dicho a mí mismo: «Tiene que haber algo», pero no hay nada - Movié nerviosamente las manos -. De acuerdo, de acuerdo, no tiene sexo, lo sé. Las abejas y las hormigas son gigantes intelectuales comparadas con ese bicho. Biológicamente hablando, este animal no puede saltar, no puede moverse, carece incluso de instinto, no posee ningún receptáculo para el instinto. Si quieren definir ustedes una paradoja, aquí tienen una.

- Supongo - dijo Mendoza prudentemente - que es un mamífero.

Holz suspiró de nuevo.

- Tiene un sistema circulatorio, tiene una temperatura corporal de ochenta y nueve con tres, y respira. Sí, debo reconocer que posee las características de un mamífero.

Mendoza cogió uno de los croquis, lo examinó atentamente, frunció el ceño y luego pareció encontrar lo que buscaba.

- ¿Y esto? - dijo -. ¿No lo ha tenido usted en cuenta?

Holz le miró con expresión enfurruñada.

- Lo he tenido en cuenta; y estoy tratando de olvidarlo - Se frotó la barbilla furiosamente -. Es un ganglio nervioso, uno de los más complejos y sensibles que he visto. Si estuviera conectado a un cerebro tendría una explicación, pero faltando ese cerebro es completamente superfluo.

Mendoza había cogido otro croquis.

- El animal come, por lo que veo.

- ¡Oh, sí, come! Posee una boca en forma de ventosa que puede extender hacia adelante en caso necesario. En realidad, tengo aquí un ejemplar dotado de unos pequeños apéndices retráctiles que pueden ser utilizados como brazos. Queda por ver si se trata de una especie distinta de Saltador.

- ¿Y qué es lo que come exactamente?

- Eso, amigo mío, no puedo decírselo. Quizá cuando nuestro amigo químico se canse de jugar a los exploradores se dignará hacer un análisis del contenido del estómago.

Cuando me separé de Holz, unos minutos después, no pude evitar el pensar que nadie simpatizaba con Crichton. Como ya he dicho, era un individuo pomposo y algo cargante, pero esto solo no justifica su impopularidad. Es cierto que tenía un modo muy desagradable de mirar con sus fríos ojos verdosos cuando hacía una afirmación. Crichton no «expresaba una opinión»: hacía afirmaciones autoritarias, y si alguien se atrevía a contradecirle, se apresuraba a demostrar que estaba equivocado. Nadie simpatiza con un hombre que pretende ser infalible, pero cuando las afirmaciones de un hombre de esa clase resultan ciertas, la antipatía se convierte en aborrecimiento.

Crichton, sin recurrir a las palabras desagradables ni al sarcasmo, había dado con una fórmula única para crearse enemigos: siempre tenía razón.

Por ejemplo, a pesar de las observaciones, no siempre humorísticas, acerca de su cursillo de supervivencia, casi había conseguido refutar lo evidente.

Había descubierto que la corteza o envoltura exterior de las enredaderas más gruesas podía ser sacada y era impermeable. Una vez sacada, las fibras interiores no sólo servían como un fuerte y duradero cordel, sino que, una vez secas, ardían durante mucho tiempo con una brillante llama que no producía humo.

Crichton había conseguido no sólo encender fuego dentro de una tienda, sino también asar y comerse parte de un Piesplanos. En resumen, con sus propios esfuerzos casi había hecho posible la supervivencia en Venus.

Sus actividades con su arco tenían casi el mismo éxito. A pesar de las evidentes limitaciones impuestas por la continua lluvia, la práctica constante le había convertido en un arquero sumamente hábil. Utilizaba los Saltadores como blancos móviles, y rara vez fallaba el tiro.

- ¿Por qué diablos no deja a esos pobres bichos en paz? - le espetó Hogben en cierta ocasión -. Si los Piesplanos son comestibles, ¿por qué no deja tranquilos a los Saltadores?

Crichton se había encogido de hombros con su habitual aire de superioridad.

- Un hombre inteligente está siempre preparado para todas las eventualidades. Necesitaba un blanco móvil. Suponga que aparece súbitamente una bestia hostil, de movimientos rápidos...

Hogben le miró con expresión de enojo, pero no replicó. Crichton podía estar en lo cierto, como de costumbre, y no cabía dudar de que en tres meses terrestres sus progresos habían sido muy notables.

En una ocasión, Crichton perdió el arco y las flechas. Hogben los encontró cuatro días después entre las enredaderas, pero ése fue un asunto que Crichton no nos permitió olvidar.

- Miré allí. Sé que miré allí. Cuando descubra al adulto de inteligencia infantil aficionado a esta clase de bromas voy a retorcerle el cuello.

Nadie admitió nunca ser el responsable de aquella supuesta broma, pero Crichton no estaba satisfecho ni mucho menos. En su rostro había una perpetua expresión de sospecha, y andaba de un lado para otro haciendo preguntas y más preguntas, a veces realmente impertinentes.

- Ese hombre está loco - dijo Holz, cansado de aquel juego -. ¿Por qué no puede haber perdido el arco y las flechas?

- Como si no tuviéramos bastantes quebraderos de cabeza - dijo Baynes. - Hay cosas que me ponen la carne de gallina, y, encima, tener que soportar las estúpidas preguntas de Crichton... Es para volverse loco.

Holz frunció el ceño.

- ¿La carne de gallina? ¿Por qué?

- No me diga que no lo ha notado usted - Baynes dejó en el suelo el complicado mecanismo fotográfico que había estado revisando -. No me diga que no ha experimentado la sensación de que nos vigilan continuamente.

- No sea usted idiota - La voz de Holz era demasiado brusca para resultar convincente - Soy un científico que se apoya en hechos, y no puedo dejarme guiar por mis emociones.

Baynes sonrió débilmente.

- Entonces ha experimentado usted esa sensación... Holz le miró enfurruñado.

- Sí, desde luego, la he experimentado - Se frotó furiosamente la barbilla -. ¿No ha descubierto usted nada en el curso de sus trabajos?

- ¿Por ejemplo?

- ¡Oh! No lo sé; huellas que conduzcan a cavernas o algo por el estilo.

- No, no he descubierto riada de eso. Pero no puedo evitar la impresión de que son los Saltadores. Cuando aterrizamos sólo había unos cuantos alrededor de la base. Y ahora hay centenares. Y tengo la impresión de que nos están vigilando.

- Son ciegos - dijo Holz -. Los he disecado por docenas y son ciegos. Además no tienen cerebro.

- Estoy seguro de que tiene usted razón - dijo Baynes -. Completamente seguro. Y me gustaría que esta seguridad fuese suficiente para tranquilizarme, pero no es así.

Nos miramos unos a otros con expresión de inquietud, y la conversación hubiera continuado a no ser por una súbita interrupción.

Alguien había hecho sonar el timbre de alarma.

Maquinalmente nos colocamos las mascarillas nasales y echamos a correr hacia la puerta. Por qué llegamos a la conclusión de que el peligro procedía del exterior es cosa que nunca supimos, pero todos corrimos hacia la salida más próxima, casi empujándonos en nuestros esfuerzos para salir. Vi a Hogben, que estaba ya fuera y corría a través de la lluvia, y le seguí maquinalmente.

Llegamos junto a un grupo de inclinadas figuras apenas visibles en medio de la cortina de lluvia. En aquel momento, Wang, nuestro médico, se estaba incorporando.

- Resulta difícil precisar el tiempo que lleva muerto. Los insectos o algún bicho han mutilado su rostro, y con este calor la descomposición es muy rápida.

En efecto, unos diminutos gusanos blancos brotaban ya de entre los dedos de las manos, y el cadáver esta hinchado a causa de los gases internos.

Un sudor frío inundó mi rostro y experimenté una inexplicable sensación de temor.

El muerto era Crichton. Estaba boca abajo sobre las enredaderas, y de su espalda sobresalía la emplumada asta de una de sus propias flechas.

Hogben nos contempló con una expresión que hasta entonces no había visto en su rostro. El hombre cordial, que se dirigía siempre a nosotros en tono amable, se había convertido en un jefe adusto.

- Habrá una inmediata investigación - dijo -. Comuniquen a todo el mundo que se reúna en la nave.

Era evidente que estaba pensando lo que pensábamos todos: uno de nosotros era un asesino. La posibilidad de un suicidio quedaba absolutamente descartada, ya que un hombre no puede dispararse una flecha por la espalda. Cuando llegamos a la nave, Hogben estaba en su «camarote». Era muy reducido, pero había espacio para dos personas.

- Mister Holz, entre, por favor.

Holz me dirigió una mirada significativa, asintió y cruzó la estancia. Contemplé cómo se cerraba detrás de él la puerta del «camarote».

Lo que Hogben estaba haciendo era evidente: tomaba declaración a cada uno de los miembros de la tripulación para cotejar más tarde las diversas declaraciones. Me pregunté si antes de dedicarse a los vuelos espaciales habría sido policía; por lo menos estaba actuando como uno de ellos. La investigación quedaba reducida a diez hombres y, no sabiendo ninguno de ellos lo que había dicho el otro, las falsedades o contradicciones podrían ser fácilmente detectadas.

Nueve hombres en la sala de mandos dejaban poco espacio para moverse y menos aún para conversar. Nos dispusimos a esperar en medio de un desagradable silencio, evitando el mirarnos unos a otros.

A pesar de los esfuerzos que todos hacíamos por disimularlo, cada uno de nosotros dudaba, de todos los demás: alguien tenía que haberlo hecho.

Personalmente, traté de pensar en otras cosas. Pero lo único que conseguí fue recordar el estribillo de una antigua canción que oí cuando era un niño.

- ¿Quién mató a Cock Robin?

- Yo - dijo el Gorrión - con mi arco y mis flechas.

- Doctor Wang, por favor.

Uno por uno, todos fuimos entrando y saliendo. Transcurrieron dos largas horas antes de que Hogben dejara abierta la puerta.

Hogben tenía una expresión preocupada y no parecía estar satisfecho por el curso de los acontecimientos.

- Esto no es un tribunal - dijo. Se aclaró la garganta indeciso -. Sólo estoy autorizado para arrestar a un sospechoso hasta que pueda comparecer ante un tribunal de la Tierra.

Hizo una pausa, carraspeo de nuevo y sacó unas papeles de su bolsillo.

- Los hechos son éstos. Crichton, como ustedes saben, ha muerto a consecuencia de una flecha que le fue disparada por la espalda. Las declaraciones de los testigos demuestran que fue visto con vida por última vez en el momento en que salía de la base, seis horas antes del descubrimiento de su cadáver.

Hizo otra pausa y examinó con el ceño fruncido los papeles que tenía en la mano.

- Durante ese período solamente uno de los miembros de la expedición estuvo «fuera», y únicamente a ese hombre podemos aplicarle el término «sospechoso». Como ya he dicho, esto no es un tribunal, aunque debo puntualizar dos cosas. Primera: el testigo fue absolutamente sincero y no trató en ningún momento de ocultar el lugar en que se encontraba a la hora aproximada en que se produjo la muerte de Crichton. Segunda: las pruebas son puramente circunstanciales, pero estoy obligado a tomar medidas de seguridad. El sospechoso era el único de nosotros que se encontraba en condiciones de cometer el crimen, y tengo que atenerme a este hecho.

Hogben se volvió hacia Baynes y su expresión volvió a hacerse implacable.

- Mister Baynes, en vista de las pruebas que me han sido presentadas, me veo en la penosa obligación de arrestarle a usted como sospechoso de asesinato. Permanecerá encerrado en la nave hasta que regresemos a la Tierra. Ahora abriremos una encuesta y oiremos a los testigos. Si lo desea, puede usted interrogar a esos testigos, y ellos, a su vez, podrán interrogarle a usted. ¿Tiene algo que alegar?

Baynes abrió la boca y luego sacudió la cabeza lentamente. Parecía anonadado.

La encuesta resultó muy penosa. Se celebró en la sala de mandos y todos evitábamos cuidadosamente encontrarnos con la mirada de Baynes. Todo el mundo le apreciaba y a nadie le agradaba ayudar a condenarle. A pesar de todas las pruebas, ninguno de nosotros creía realmente que Baynes hubiera asesinado a Crichton. Su declaración personal, que Hogben leyó en voz alta, sonó como la declaración de un hombre inocente. Creo que todos nos vimos obligados a recordarnos a nosotros mismos que Baynes era el único hombre que podía haberlo hecho.

- ¿Alguna pregunta?

Hogben parecía dispuesto a cerrar la encuesta.

- Sí - dijo Mendoza, dando un paso hacia adelante -. Con su permiso, me gustaría examinar la prueba material. ¿Puedo ver la flecha que mató a Crichton?

Hogben se la entregó en silencio, y Mendoza la hizo girar lentamente entre sus manos.

- Tiene las iniciales J. C. grabadas en el asta, por lo que veo - dijo Mendoza.

- Todas las flechas de Crichton llevaban sus iniciales - dijo Hogben -. ¿Tiene algo de particular?

Era evidente que Hogben deseaba terminar de una vez con aquel desagradable asunto.

- Creo que sí. Como usted sabe, ayudé a supervisar las operaciones de carga. No ignoran ustedes que todas nuestras pertenencias fueron pesadas, incluso los objetos que llevábamos en los bolsillos. Crichton deseaba embarcar, entre otras cosas, un analizador eléctrico y su arco con sus correspondientes flechas. Le dijeron que no podía llevarse las dos cosas y renunció el analizador. Resumiendo, Crichton embarcó el arco y doce flechas exactamente.

- ¿De veras? - Hogben tamborileaba nerviosamente con la punta de los dedos sobre la mesa.

- ¿Tiene usted inconveniente en contar las flechas? - preguntó Mendoza.

- ¿Contarlas? - Hogben miró a Mendoza con expresión de extrañeza y luego se encogió de hombros -. Como quiera. Una... dos...

Antes de llegar a diez su rostro palideció y nadie le oyó pronunciar el número final.

Había exactamente trece flechas.

Siguió un largo e incómodo silencio. Todos nosotros nos dábamos cuenta de que nadie podía haber metido en la nave aquella flecha en el último minuto, ya que la sobrecarga hubiese sido detectada inmediatamente. Por otra parte, en Venus no había elementos para fabricar una flecha como aquella.

Holz avanzó unos pasos.

- Me gustaría examinar esa flecha en mi laboratorio, sí me lo permiten.

- Desde luego - Hogben le entregó la flecha y se removió nerviosamente en su silla -. Esto cambia el aspecto del caso. Le ruego que me disculpe, mister Baynes, pero con las pruebas que tenía no podía obrar de otro modo.

- Supongo que se da usted cuenta de lo que esto significa - dijo Mendoza, que había palidecido -. A pesar de las pruebas en contra, en este planeta hay vida inteligente.

- ¿Dónde? - inquirió Ratcliffe con voz ligeramente ronca -. Hemos explorado colinas y valles con el radar y con las cámaras controladas por radio. Si hubiera un poblado lo habríamos descubierto. Y no hemos encontrado absolutamente nada, ninguna huella, ningún objeto...

- Ahora lo tenemos - Holz había regresado y su rostro aparecía sumamente grave -. Aquí está - Mostró la flecha, que había reducido a fragmentos -. El problema es ahora más complicado que nunca - Tendió los fragmentos de la flecha a Hogben -. Como puede ver, esta flecha no es de plástico, como las otras. Es de hueso, pero no se trata del hueso de un animal muerto aprovechado para labrar con él una flecha - Hizo una pausa, como si no se decidiera a continuar. Finalmente, concluyó -: Es un hueso nuevo.

Hogben frunció el ceño.

- ¿Nuevo? ¿Qué quiere usted decir con eso?

- Hace menos de seis días el hueso formaba parte de un animal vivo. Tal vez alguno de ustedes puede decirnos qué clase de inteligencia puede coger un hueso de esas características, darle la forma correcta y convertirlo en una flecha perfectamente equilibrada.

Nadie respondió. No parecía haber ninguna respuesta.

Hogben rompió el prolongado silencio.

- Creo que es evidente la existencia en Venus de una forma de vida inteligente y por añadidura hostil - Suspiró -. No veo ningún motivo para que abandonemos nuestro trabajo, pero debemos adoptar las necesarias medidas de precaución. Tendremos que limpiar de enredaderas los alrededores de la base, a fin de que los indígenas no puedan acercarse sin ser vistos. Además, mantendremos una vigilancia continua. Dos hombres armados montarán guardia mientras los otros trabajan - Se puso en pie -. Afortunadamente, nos enfrentamos con una inteligencia primitiva.

- ¿Qué es lo que le hace creer eso? - preguntó Holz en tono ácido -. Hace nueve semanas perdió Crichton su arco y sus flechas. Tardaron cuatro días en aparecer. En mi opinión, las tomaron «prestadas» a fin de copiarlas. Y no sólo consiguieron una copia perfecta, sino que aprendieron a utilizarla adecuadamente.

- Lo que yo me pregunto - dijo Pearson - es por qué pusieron las iniciales de Crichton en el asta.

- Ya he dicho que se trata de una copia - dijo Holz -. Pusieron las iniciales porque las otras flechas las llevaban. Tal vez pensaron que eran un elemento necesario para su correcta utilización...

Pearson no pareció muy convencido.

- De todos modos, no parece que tengamos mucho que temer de unos copistas, aunque sean inteligentes, ¿verdad?

Holz se encogió furiosamente de hombros.

- Piense lo que guste. Viva en un mundo de espléndida ilusión. Personalmente, voy a empaquetar todas mis cosas, a fin de estar preparado para huir a la menor señal de peligro.

Al día siguiente empezamos a limpiar de enredaderas los alrededores del campamento. Era un trabajo muy penoso y progresaba muy lentamente. Antes de darle fin hicimos un sorprendente descubrimiento: ocultos entre las enredaderas encontramos dos arcos. Estaban provistos de flechas y apuntaban directamente al centro de la base, aunque allí no había ningún rastro de vida indígena.

Todos nos pusimos muy nerviosos, y los centinelas hicieron unos disparos porque creían haber visto algo que se movía.

Las conclusiones de Holz no mejoraron nuestro estado de ánimo.

- Son de hueso, como las flechas - dijo -. Hueso de una densidad y fortaleza anormales. Dios sabe a qué clase de ser pertenecen...

El trabajo continuó, y por espacio de casi tres semanas no se produjo ningún incidente. Todos habíamos empezado a tranquilizarnos, cuando...

No me atrevo a afirmar que Ratcliffe estuviera aterrorizado, aunque sí puedo asegurar que acababa de recibir una fuerte impresión. Era evidente que estaba realizando un enorme esfuerzo para dominarse.

- He pensado que lo mejor sería decírselo primero a usted, Holz. - Se quitó la mascarilla nasal con manos temblorosas -. Si mal no recuerdo, usted aseguró que los Saltadores eran ciegos.

- Y lo son. He disecado docenas de ellos y...

- Acabo de ver a uno con un ojo. Estaba fuera, montando guardia, y lo vi claramente. Estaba a menos de seis pies de distancia, me miraba fijamente y lo vi parpadear.

Ratcliffe se estremeció ligeramente.

- Tranquilícese - dijo Holz -. Lo que vio usted era una nueva especie. No hay motivo para alarmarse.

- No comprende usted... - Ratcliffe hizo una pausa y tragó saliva nerviosamente -. Mire, no creerá usted que estoy loco, ¿verdad? No ha sido imaginación mía; estaba lo bastante cerca para verlo. Y el ojo era el de Crichton.

Vi que Holz se ponía rígido, pero su voz sonó tan tranquila como antes.

- Vamos a ver si nos entendemos... ¿Dice usted que el ojo de ese animal era el de Crichton?

- Bueno, tal vez no sea eso exactamente. Ya sabe usted el aspecto que tenían los ojos de Crichton: eran fríos y verdosos. Pues bien, el ojo de ese animal era exactamente igual y, cuando parpadeó, quedó cubierto por una delgada membrana blanca.

Ratcliffe se estremeció de nuevo.

Holz procuró tranquilizarle y se marchó a comunicarle la noticia a Hogben.

- Tendré que capturar uno - Holz hizo un gesto de impaciencia -. Este condenado planeta me está sacando de quicio. ¿Cómo diablos puede uno conservar la ecuanimidad científica en un planeta como éste? - Encendió un cigarrillo y fumó furiosamente unos instantes -. Desde luego, equivoqué el camino. Tenía que haberme dedicado a algún tipo de Investigación mecánica como la suya. De este modo hubiese tenido ocupadas las manos y el cerebro al mismo tiempo... ¿Qué diablos es eso?

- Es un circuito receptor para una cámara controlada por radio. Los impulsos emitidos por la caja de control son captados por la rejilla y eventualmente controlan los movimientos y la altura de la cámara. Al mismo tiempo los circuitos complementarlos controlan el mecanismo, el objetivo y el obturador. Es una técnica un poco complicada, pero puedo darle unas cuantas lecciones a un precio razonable.

Normalmente, Holz hubiera seguido la broma, pero esta vez no pareció oír mis palabras.

- ¡Dios mío! - exclamó, mirando como hipnotizado la rejilla de la cámara -. ¡Dios mío! Tengo que capturar uno... Discúlpeme.

Se marchó corriendo y tuve la desagradable impresión de que acababa de encontrar la respuesta a algo muy importante.

Diez minutos más tarde vi que Holz y Mendoza salían del campamento con unas jaulas de alambre. Holz no había perdido el tiempo.

Cuatro días después, una flecha de ocho pies de longitud llegó zumbando a través de la lluvia y traspasó de parte a parte nuestro dormitorio número cuatro.

La cosa se estaba poniendo muy fea. La flecha paso a unos centímetros de la cabeza de Pearson, que estaba de pie junto a su camastro.

Algunos corrieron hacia la nave, otros cogieron lo que encontraron más a mano como posible arma y salieron al exterior. Los dos centinelas estaban disparando ya ciegame, con la vana esperanza de disuadir a los posibles atacantes.

De pronto otra flecha silbó sobre nuestras cabezas y fue a enterrarse en el suelo, a menos de dos pies de distancia del lugar donde se encontraba Ratcliffe.

- ¡Todo el mundo a la nave! - A través del altavoz, Hogben habló en tono autoritario y tranquilizador -. No se precipiten, y cuidado con las flechas...

Diez minutos después la puerta de la nave se cerraba detrás del último de los miembros de la expedición.

Hogben esperó hasta que hubimos recobrado el aliento.

- Bien, caballeros, parece ser que debemos prepararnos para continuar nuestro trabajo sometidos a un verdadero asedio o levar anclas y marcharnos de aquí. Es evidente que dentro de un par de semanas los indígenas estarán en condiciones de iniciar un ataque masivo, si es que no lo están haciendo ya. ¿Alguna sugerencia?

Hubo un largo silencio. Luego dijo Pearson:

- Me estaba preguntando si hay posibilidades de llegar a un acuerdo amistoso con ellos.

Holz resopló despectivamente.

- En nombre del cielo, Pearson, colóquese usted en la situación de los indígenas. Hemos llegado aquí por las buenas, hemos limpiado una amplia zona de lo que podía ser un campo de cultivo, y hemos matado y disecado todo lo que se nos ha puesto a tiro. ¿Aceptaría usted un acuerdo amistoso? - Hizo un gesto

de impaciencia -. De todos modos no tenemos más alternativa que la de marcharnos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

- Una medida un poco drástica, ¿no le parece? - intervino Ratcliffe -. No podemos echar a correr a la menor...

Hogben le interrumpió.

- No dudo de que mister Holz tiene sus motivos para hablar de ese modo. Creo que debemos oírle antes de tomar una decisión. Continúe, mister Holz.

- Gracias - dijo Holz -. Lo que voy a decirles no es fácil de aceptar, pero estoy dispuesto a presentar pruebas biológicas de mis afirmaciones - Hizo una pausa y suspiró - Caballeros, en Venus no hay vida indígena, tal como nosotros la concebimos; no hay humanoides ni semi-humanoides ocultos entre las enredaderas, armados con arcos y dispuestos a atacarnos - Hizo otra pausa, frunciendo el ceño. De hecho, no hay indígenas, pero en alguna parte de este planeta hay un... una... «cosa». Puede estar en el fondo del mar, oculta en una caverna o en alguna otra parte. Lo que puedo asegurarles es que existe. Y sugiero la inmediata evacuación no sólo porque la «cosa» tiene fuerza para derrotarnos, sino porque en términos de inteligencia la «cosa» está a un nivel infinitamente superior al nuestro: a su lado nos encontramos muy por debajo del nivel de la infancia.

- ¿Con arcos y flechas? - preguntó burlescamente Ratcliffe.

- Sí, con arcos y flechas - respondió Holz. Cuando llegamos a Venus no eran necesarios el arco ni las flechas. La «cosa» tiene al planeta completamente sometido a su voluntad y le hace funcionar de acuerdo con su propio plan. Todo lo que en el curso normal de la evolución ha ido surgiendo, con posibilidades de convertirse en una amenaza para la «cosa», ha sido eliminado. Todo lo que queda es inofensivo para la «cosa» o ha sido conservado para su consumo personal - Hizo una pausa y se encogió de hombros. - Luego llegamos nosotros, yo con mi laboratorio y Crichton jugando a pieles rojas con su arco y sus flechas. En menos de cuatro meses la «cosa» captó las posibilidades del arma de Crichton, la consiguió, la copió y aprendió a utilizarla. Entonces mató a su principal atormentador y practicó una pequeña disección por su cuenta. La idea de la «vista» era un concepto absolutamente desconocido para la «cosa», pero no sólo extirpó los ojos de Crichton, sino que comprendió su finalidad y los copió con éxito.

- A continuación va usted a decirnos que esa «cosa» dispone de un laboratorio quirúrgico completamente equipado. La idea es absurda...

Era evidente que Ratcliffe estaba asustado y no quería creer. Los demás estábamos demasiado tensos o demasiado absortos para interrumpir a Holz.

- Si no cree usted lo que digo, la prueba está en mi laboratorio - replicó bruscamente Holz -. Si la «cosa» dispone de un laboratorio completamente equipado, pero me referiré a este punto más tarde - Su mirada se cruzó con la de Mendoza -. Mi colega me vio examinar los ojos y puede confirmar que están especialmente adaptados a las condiciones de este planeta.

- Entonces ha capturado a un indígena. Tiene que haberlo capturado...

Pearson parecía perplejo y furioso.

- Repito que ya llegaremos a eso...

Pero Pearson insistió.

- ¿Dónde fabricó el arco y las flechas? Opino como Ratcliffe. ¿Es que la «cosa» dispone también de un taller?

Holz miró a Pearson con una expresión de cansancio.

- No las fabricó: las formó - Holz hizo una pausa, mientras Pearson palidecía intensamente -. Veo que empieza usted a comprender. El arco y las flechas eran de hueso nuevo, y la «cosa» las formó de o en su propio cuerpo.

Oí la ahogada exclamación que soltaba Pearson y me encontré a mí mismo sudando. No soy biólogo, pero podía imaginar lo que implicaban las palabras de Holz. Una masa informe en una cueva subterránea... exudando una especie de vaina dentro de la cual se formaba la estructura ósea del objeto deseado. ¡Dios mío! Con ese control mental sobre sus funciones corporales, la cosa debía de ser inmortal y, a todos los efectos, indestructible. La masa corporal de aquel ser podía presumiblemente ser medida por millas, y no por pies...

- ¿Dónde obtuvo usted esos ojos? - preguntó Ratcliffe, como si estuviera al borde de un ataque de nervios.

Holz suspiró.

- Esto es lo más difícil de aceptar. Los obtuve de los Saltadores. Los Saltadores son los ojos y los oídos de la «cosa», lo que utiliza para controlar y dominar su medio.

- ¿Una especie de simbiosis? - preguntó Hogben, como si diera por sentada la veracidad de las afirmaciones de Holz.

- Veo que siguen sin comprender, y no puedo reprochárselo - suspiró Holz -. Los Saltadores son unidades de la «cosa», partes de ella. Se forman de su propio cuerpo para realizar determinadas funciones específicas; unos recogen alimento, otros pastorean los Piesplanos, y últimamente ha aparecido un nuevo tipo con apéndices retráctiles. ¿Tengo que decirles quién arrastró aquellos arcos a través de las enredaderas?

Hubo un prolongado silencio antes de que Holz continuara.

- Los Saltadores no tienen cerebro; biológicamente son incapaces de moverse e incluso de realizar las funciones normales necesarias para vivir. Poseen, sin embargo, un ganglio nervioso sumamente sensible y, a través de ese ganglio, la «cosa» controla mentalmente a sus unidades del mismo modo que una cámara puede ser dirigida desde una caja de control. Es una comparación imperfecta, pero sirve para el caso. ¿Les extraña ahora que dijera que al lado de la «cosa» nuestro nivel mental es infantil?

Le miramos fijamente. La «cosa» controlaba literalmente a millares de Saltadores que realizaban centenares de tareas distintas. Por muchos que matáramos, serían reemplazados inmediatamente, y lo peor del caso sería que la «cosa» adquiriría una nueva experiencia. Los Saltadores que llegaran a continuación serían unidades especializadas adaptadas para atacarnos.

- Creo que debemos marcharnos inmediatamente - dijo Ratcliffe.

Me adherí con entusiasmo a la proposición. No resultaba difícil imaginar las desagradables posibilidades que se abrirían ante nosotros en caso de quedarnos.

Si éramos vencidos... Era indudable que la «cosa» había aprendido ya a conocer el valor de los cautivos vivos. Supongamos que aprendía a comunicarse con nosotros o, peor aún, que encontraba el medio de enlazar nuestros sistemas nerviosos con el suyo. ¡Podría absorber no sólo nuestras impresiones sensoriales, sino también todos nuestros conocimientos!

Cuando llegara una expedición de rescate para comprobar qué nos había sucedido, sus miembros serían capturados antes de que pudieran luchar. Todos nuestros conocimientos técnicos y científicos serían absorbidos por un ser que nos superaba muchísimo en inteligencia pura. Y podría adaptar sus unidades para explotar y entender aquellos conocimientos.

¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que desarrollara una tecnología?
¿Cuántos siglos pasarían antes de que una legión de Saltadores preparara a sus propias naves espaciales y emprendieran el vuelo hacia la Tierra?

FIN

Sergio Gaut Vel Hartman - CARNE DE CAÑÓN

Lo convocaron mediante un telegrama muy formal, pero él se sintió como si lo hubieran arrancado de la cama, desnudo y sin la dentadura postiza.

Lo concentraron, junto con un centenar de hombres como él, en una barraca maloliente; les dieron ropa adecuada, fusiles láser, algunas granadas y paquetes de tabletas alimenticias. Al monte, no me importan sus achaques, les gritó el sargento; esto es una guerra.

Una guerra en serio, se dijo; pero, ¿contra quién?

Le enseñaron a usar el arma. El fusil láser no era un arma especialmente sofisticada.

No tenía nada que ver con las miniatómicas, las beluga o la bomba de pánico. Era una forma desarrollada de las armas convencionales que pueden verse en el Museo de los Horrores. Pero de todos modos estaba preparado para matar.

Le dijeron que se había inventado una nueva clase de guerra porque sostener una guerra nuclear era impensable. No somos imbéciles como los gobernantes del pasado, decían los carteles pegados en las paredes de las ciudades; firmado: el Gobierno. Finalmente lo habían comprendido. Una vez que la espiral queda fuera de control y los conflictos regionales se transforman en globales... La cuarta realmente se pelearía con garrotes. Así que los bandos decidieron, de común acuerdo, como corresponde a la gente civilizada usar los garrotes en la tercera. Nada de misiles, ojivas nucleares, submarinos y portaviones atómicos, cazas supersónicos y bombarderos de gran autonomía de vuelo.

Lo entrenaron como infante. Fusil láser y bayoneta calada.

Una guerra no resulta creíble ni estimulante sin muertos, heridos y mutilados.

¿Ésos son los soldados que se van a la guerra, mami?

- Sí, hijo. Enseguida va a pasar el abuelo. Vas a ver qué lindo le queda el uniforme.

Las tropas desfilan delante del palco de honor. El joven rey preside la solemne marcha del ejército que se dirige al frente. Los soldados tratan de conservar el paso bajo la lluvia de pétalos que arrojan las muchachas, pero a la mayoría le pesan más los años que la mochila.

- No está mal - dice el rey inclinándose hacia el ministro de guerra.

- Especialmente si se tiene en cuenta que los preparamos en una semana.

- Se los ve animosos - dice el canciller -. Hasta parecen haber superado los achaques propios de la edad.

- Será por la dosis masiva de propectal que les circula por las venas - dice el ideólogo del Orden Nuevo.

Termina de pasar el Cuerpo de Gerontes y le llega el turno a la Milicia de No Videntes. Los Zapadores Tullidos se impacientan en un rincón de la plaza, ansiosos por hacer correr las nuevas sillas blindadas.

Guerra de trincheras. Un fósil desenterrado de archivos de las cinematecas y cuidadosamente secado al sol explosivo del mediodía.

Ratas. Barro ácido, gomoso. Horas flacas y el uniforme pegado al cuerpo, como si todo formara parte de una tortura inventada por esos mocosos pacifistas.

Arriba, adelante, los fuegos artificiales estallando como en una fiesta municipal químicamente pura.

Lo empujaron a una trinchera sin darle explicaciones y lo pusieron bajo el mando de un sargento tan reumático como él mismo. Lo obligaron a convivir con un montón de viejos sucios y mezquinos; los que se han quedado solos para no tener que mantener a una mujer y ahora necesitan cortejar a la bruja desdentada para durar un día más.

Entabla una relación cordial, casi empática, con un ciego que ha perdido a su pelotón. El ciego es más sucio que una letrina y malo y resentido, pero la guerra es la guerra y la soledad es peor.

- Tenemos que llegar a la colina antes del anochecer, carajo.

- Me da lo mismo. Estoy reventado. Ahora o dentro de un rato. Cuestión de tiempo, ¿no?

- No hables al pedo. La vida es hermosa. Lo digo yo que me limito a manosearla desde hace medio siglo.

La metralla del enemigo los obliga a hundir la cara en el barro.

- ¡Mierda y mierda! Si por lo menos dejara de caer esta jalea por un rato...

- No se va a secar. De todos modos no se va a secar. Te vas a morir vos, me voy a morir yo, y todavía no se va a secar.

Una explosión, hacia el este. Un grito largo, casi un aullido licantrópico que corta el campo al sesgo. Una voz de mando, quebrada, vacilante, demandando silencio sobre una herida abierta; una herida de bordes irregulares.

- ¡Hijos de puta! ¡No aguento más!

- «¡Mueran con honor ya que no pueden vivir con dignidad!» - diría nuestro amado rey.

- Esto es sólo un ensayo. Cuando empiece la joda en serio ni siquiera te van a dejar morir. Una dosis de estopa, una costura de emergencia, una descarga eléctrica y otra vez el frente. Ellos encontraron la forma de no ensuciarse las uñas. Muy apropiado, justo lo que necesitábamos. Una guerra a los veinte, otra a los cien.

Un infierno de colores y sonidos se derrama sobre el campo de batalla. Un latido epileptoide recorre los sistemas nerviosos como si estuvieran interconectados. Orden de saltar fuera de las trincheras. Orden de matar a contrafuego enemigo. La tierra parece erizada de flores: calvos y canosos. Son como cardos y hongos avanzando a desgano por el tórrido paisaje, eludiendo los trazos blancos que escupen los fusiles láser del enemigo. Y ellos, a su vez, replican arrancando jirones de carne podrida, brazos sarmentosos y vísceras gastadas. Están obnubilados por una idea lejana, ajena, y avanzan y avanzan y disparan y avanzan y mueren y siguen avanzando, abúlicos, reticentes. Están apagados, son absolutamente viejos.

Antes de caer la noche, casi sin notario, han ganado la colina y un collar de pozos y trincheras. Ahora tienen donde arrojar los cuerpos que sienten como prestados para ahogarlos en barro y mugre.

- ¿Hay muchos muertos? Me gustaría verlos.

- No te perdés nada. Son como quince. La puta que las parió a estas granadas: me parece que hay más cabezas que brazos.

- No se puede creer. Otro día sin que me toque el turno.

- Los pendejos del Gobierno ¿sabrán las reglas de esta guerra? Yo no.

- ¡Qué gusto de escarbar en la mierda, viejo! Acaso no estamos ganando?

- Sí, a lo mejor estamos ganando. Parece que a ellos se les están terminando los viejos.
- ¡Nos mandan a casa!
- No sé. Todos estos muertos son mogólicos y oligofrénicos.

FIN

Damon Knight - EL AUGUE DE LA BOSTA DE VACA

El coche largo y reluciente frenó con un zumbido de turbinas, levantando una nube de polvo. El cartel sobre el puesto, en el borde de la carretera, decía: Cestos. Curiosidades. Un poco más adelante, otro cartel, sobre un rústico edificio con fachada de vidrio, anunciaba. Cafetería de Crawford. Pruebe Nuestros Churros. Detrás de ese edificio había un pastizal, con un granero y un silo a cierta distancia de la carretera.

Los dos extraterrestres miraron tranquilamente los carteles. Ambos tenían piel lisa y púrpura, y pequeños ojos amarillos. Llevaban trajes grises de tweed. Sus cuerpos tenían forma casi humana, pero no se les podía ver la barbilla, que cubrían con bufandas anaranjadas.

Martha Crawford se apresuró a salir de la casa para atender el puesto de cestos, secándose las manos en el delantal. Detrás apareció Llewellyn Crawford, su marido, masticando palomitas de maíz.

- ¿Señor, señora? - preguntó nerviosamente Martha. Con una mirada le pidió ayuda a Llewellyn, que le palmeó el hombro. Ninguno de ellos había visto jamás a un extraterrestre a tan poca distancia.

Uno de los extraterrestres, al ver a los Crawford detrás del mostrador, bajó despacio del coche. El hombre, o lo que fuera, fumaba un cigarro a través de un agujero en la bufanda.

- Buenos días - saludó la señora Crawford, nerviosa -. ¿Cestos? ¿Curiosidades?

El extraterrestre pestañeó con solemnidad. El resto de su cara no cambió. La bufanda le ocultaba la barbilla y la boca, si las tenía. Algunos decían que los extraterrestres no tenían barbilla, otros que tenían en su sitio algo tan repelente y atroz que ningún ser humano podría soportar el espectáculo. La gente los llamaba «hercus», porque venían de un sitio llamado Zera Herculis.

El hercu miró un rato los cestos y las baratijas que pendían sobre el mostrador, sin dejar de fumar su cigarro. Luego, con voz confusa pero comprensible, dijo:

- ¿Qué es eso?

Señalaba hacia abajo con una mano callosa, de tres dedos.

- ¿El indicito? - preguntó Martha Crawford, con una voz que terminó en un chillido -. ¿O el calendario de cáscara de abedul?

- No, eso - dijo el hercu, volviendo a señalar hacia abajo. Esta vez los Crawford se asomaron por encima del mostrador y vieron que lo que indicaba era una forma grisácea, chata y redonda que había en el suelo.

- ¿Eso? - preguntó dubitativamente Llewellyn.

- Eso.

Llewellyn Crawford se sonrojó.

- Bueno... eso es una bosta de vaca. Una de las vacas se apartó ayer del rebaño, y debe haber hecho eso ahí sin que yo me diera cuenta.

- ¿Cuánto vale?

Los Crawford miraron al hombre, o lo que fuera, sin comprender.

- ¿Cuánto vale qué? - preguntó al fin Llewellyn.

- ¿Cuánto vale - gruñó el extraterrestre - la bosta de vaca?

Los Crawford se miraron entre sí.

- Yo nunca oí... - comenzó a decir Martha en voz baja, pero su marido la hizo callar.

Llewellyn carraspeó.

- ¿Qué le parece unos diez cen...? Bueno, no quiero engañarlos... ¿Qué le parece veinticinco centavos?

El extraterrestre sacó una enorme bolsa repleta de monedas y dejó veinticinco centavos sobre el mostrador, y le murmuró algo a su compañera.

Esta salió del coche con una caja de porcelana y una pala con mango de oro. Con la pala, la mujer - o lo que fuera - recogió cuidadosamente la bosta y la depositó en la caja.

Ambos extraterrestres entraron luego en su coche y arrancaron con un zumbido de turbinas y una nube de polvo.

Los Crawford vieron cómo se alejaban, luego miraron el brillante cuarto de dólar que había sobre el mostrador. Llewellyn lo recogió y lo hizo saltar en la palma de la mano.

- Bueno... ¿qué te parece? - sonrió.

Toda esa semana las carreteras estuvieron colmadas de extraterrestres con sus largos y relucientes automóviles. Iban a todas partes, lo veían todo, todo lo pagaban con monedas recién acuñadas y con billetes flamantes.

Había gente que hablaba mal del gobierno por haberles permitido entrar, pero beneficiaban el comercio y no causaban ningún problema. Algunos se proclamaban turistas, otros estudiantes de sociología en viaje de estudios.

Llewellyn Crawford fue hasta el pastizal vecino y recogió cuatro bostas para depositarlas cerca del mostrador. Cuando vino el próximo hercu Llewellyn pidió, y obtuvo, un dólar por cada una.

- ¿Pero para qué las quieren? - gemía Martha.

- ¿Qué nos importa? - decía su marido -. ¡Ellos las quieren y nosotros las tenemos! Si vuelve a llamar Ed Lacey, por ese asunto de la hipoteca, dile que no se preocupe.

Despejó el mostrador y exhibió en él la nueva mercadería. Subió el precio a dos dólares, luego a cinco.

Al día siguiente hizo preparar un nuevo cartel: BOSTAS.

Una tarde de otoño, dos años más tarde, Llewellyn Crawford entró en la sala, tiró el sombrero en un rincón y se dejó caer en una silla. Por encima de los anteojos miró el enorme objeto circular - exquisitamente pintado con anillos concéntricos de azul, naranja y amarillo - que había sobre la repisa. Un observador casual podía haberlo considerado una pieza de museo, una genuina bosta de concurso pintada en el planeta Herculis; pero en realidad la había pintado y armado la señora Crawford, siguiendo el ejemplo de muchas damas contemporáneas con pretensiones artísticas.

- ¿Qué te pasa, Lew? - preguntó la señora Crawford con aprensión. Llevaba un nuevo peinado, y lucía un vestido hecho en Nueva York, pero parecía alterada y ansiosa.

- ¡Qué pasa, qué pasa! - gruñó Llewellyn -. Ese viejo Thomas está loco, eso es lo que pasa. ¡Cuatrocientos dólares la cabeza! Ya no puedo comprar vacas a un precio decente.

- Pero Lew, ya tenemos siete rebaños, ¿no es así? Además...

- Necesitamos más para afrontar la demanda, Martha - dijo Llewellyn, incorporándose -. Dios mío, pensé que te darías cuenta. La bosta tipo reina se va a quince dólares, y no tenemos cantidades suficientes, y la emperador a mil quinientos. Si tenemos la suerte...

- Es raro, pero nunca se nos había ocurrido pensar que hubiese tantas clases de bostas - dijo Martha, nostálgicamente -. La emperador... ¿es ésa que tiene la doble espiral?

Llewellyn recogió una revista, con un gruñido.

- Quizá las podamos cambiar un poco v...

Los ojos de Llewellyn se iluminaron.

- ¿Cambiarlas? - exclamó -. No... ya lo intentaron. Lo leí aquí mismo, ayer.

Le mostró un ejemplar de El bostero norteamericano, y comenzó a pasar las satinadas páginas.

- Bostagramas - leyó en voz alta -. Cómo conservar las bostas. La lechería: un provechoso negocio lateral. No. Ah, aquí está. El fracaso de las bostas falsas. Mira, aquí dice que un tipo de Amarillo consiguió una emperador y fabricó un molde de yeso. Después metió en el molde un par de bostas comunes... aquí dice que eran tan perfectas que nadie veía la diferencia. Pero los hercus no las compraron. Ellos se daban cuenta.

Tiró la revista, y se volvió para mirar los establos por la ventana trasera.

- ¡Ahí está otra vez ese idiota en el patio! ¿Por qué no trabaja?

Llewellyn se incorporó, abrió la persiana y gritó:

- ¡Hey, Delbert! ¡Delbert! - y aguardó -. Además es sordo - refunfuñó.

- Le iré a avisar que quieres... - comenzó a decir Martha, quitándose el delantal.

- No, deja... voy yo. Hay que estarles encima todo el tiempo.

Llewellyn salió por la puerta de la cocina y cruzó el patio hasta donde estaba un joven delgaducho, sentado en una carretilla, comiendo lentamente una manzana.

- ¡Delbert! - dijo Llewellyn, exasperado.

- Ah... hola, señor Crawford - dijo el joven, sonriendo y mostrando el hueco de la dentadura. Dio un último mordisco y tiró el hueso de la manzana. Llewellyn lo siguió con la vista. Como le faltaban los dientes de delante, los huesos de manzana que arrojaba Delbert no se parecían a nada de este mundo.

- ¿Por qué no llevas bostas al mostrador? - preguntó Llewellyn -. No te pago para que te sientes en una carretilla, Delbert.

- Llevé algunas esta mañana - dijo el muchacho -. Pero Frank me dijo que las trajera de vuelta.

- ¿Frank qué?

Delbert hizo una seña afirmativa.

- Me dijo que sólo había vendido dos. Pregúntele si miento.

- Ahora mismo - gruñó Llewellyn. Giró sobre los talones, y volvió a cruzar el patio.

En la carretera se había detenido un coche largo, cerca del mostrador, detrás de una destartada camioneta. Arrancó cuando Llewellyn se acercaba, y en ese momento llegó otro. Cuando Llewellyn estaba llegando al puesto, el extraterrestre regresó a su automóvil, que se alejó en seguida.

Sólo quedaba un cliente, un granjero de largas patillas con camisa a cuadros. Frank, que atendía el mostrador, se apoyaba cómodamente en un codo. A sus espaldas, los exhibidores estaban colmados de bostas.

- Buenos días, Roger - dijo Llewellyn con fingido placer -. ¿Cómo anda tu familia? ¿Qué te vendemos, una linda bosta?

- Bueno, no sé - dijo el hombre de las patillas, frotándose el mentón -. A mi mujer le gustaba ésa - señaló una enorme y simétrica que había en el estante del centro -. Pero a estos precios...

- Más barato no se puede, Roger. Es toda una inversión - dijo enfáticamente Llewellyn - Frank, ¿qué compró ese último hercu?

- Nada - dijo Frank. De la radio que tenía en el bolsillo salía un persistente zumbido musical -. Sacó una foto del puesto y se fue...

- Bueno, ¿y el anterior?

Se oyó un zumbido de turbinas, y un automóvil largo y reluciente frenó a sus espaldas. Llewellyn se volvió. Los tres extraterrestres del coche usaban sombreros rojos de fieltro, cubiertos de cómicos botones, y llevaban insignias de Yale. Tenían los trajes grises de tweed cubiertos de confetti.

Uno de los hercus salió y se acercó al puesto, fumando un cigarro por el agujero de la bufanda anaranjada.

- ¿Sí, señor? - dijo enseguida Llewellyn, uniendo las manos e inclinándose levemente hacia adelante -. ¿Una linda bosta?

El extraterrestre miró los objetos grisáceos que había detrás del mostrador; guiñó los ojos amarillos, e hizo un curioso ruido con la garganta. Tras un instante, Llewellyn decidió que eso era risa.

- ¿Qué hay de gracioso? - preguntó, mientras su propia sonrisa se desvanecía.

- Nada - respondió el extraterrestre -. Me río porque soy feliz. Mañana me voy a casa... nuestro viaje de estudios terminó. ¿Puedo sacarle una foto?

Alzó una pequeña cámara en una garra purpúrea.

- Bueno, creo que... - dijo Llewellyn con voz vacilante -. En fin, ¿dice usted que regresa? ¿Quiere decir que se van todos? ¿Y cuándo volverán por aquí?

- Nunca - respondió el extraterrestre; apretó la cámara, sacó la fotografía, la miró, murmuró algo y la guardó -. Les agradecemos esta interesante experiencia. Adiós.

Dio media vuelta y regresó al coche. El coche se alejó envuelto en una nube de polvo.

- Toda la mañana fue así - dijo Frank -. No compran nada... lo único que hacen es sacar fotos.

Llewellyn comenzaba a ponerse nervioso.

- ¿Crees que lo dijo en serio? ¿Que se van todos?

- Así lo anunció la radio - respondió Frank -. Y Ed Coon volvió de Hortonville, y anduvo por aquí esta mañana. Dijo que no había vendido ni una bosta desde anteayer.

- Bueno, no entiendo - dijo Llewellyn -. No pueden irse así como así... - Le temblaban las manos. Las metió en los bolsillos -. Oye, Roger - le dijo al hombre de las patillas -. ¿Cuánto pagarías por esa bosta?

- Bueno...

- Vale diez dólares, ¿sabes? - dijo Llewellyn, acercándosele. En su voz había ahora solemnidad -. Es una bosta de primera, Roger.

- Lo sé, pero...

- ¿Qué te parece siete y medio?

- En fin, no sé. Podría pagarte... digamos cinco dólares.

- Vendida. Envuélvesela, Frank.

Miró cómo el hombre de las patillas se llevaba su trofeo a la camioneta.

- Rebájalas, Frank - dijo con voz débil -. Saca lo que puedas.

El trajín del largo día casi había terminado. Abrazados, Llewellyn y Martha Crawford miraban cómo los últimos clientes se alejaban del puesto de bostas. Frank limpiaba los estantes. Delbert, reclinado contra el mostrador, comía una manzana.

- Es el fin del mundo, Martha - dijo Llewellyn, agobiado, con lágrimas en los ojos -. ¡Bostas de la mejor calidad vendidas por miserables centavos!

Las luces de un automóvil largo y chato perforaron la penumbra. Se detuvo junto al puesto: dentro se veían dos criaturas verdes con impermeables; por los agujeros de los sombreros chatos y azules les sobresalían unas plumíferas antenas. Una de ellas descendió y se acercó al puesto, con movimientos extraños y acelerados. Delbert, boquiabierto, dejó caer el hueso de la manzana.

- ¡Serpos! - susurró Frank, inclinándose hacia Llewellyn -. Escuché en la radio que habían llegado. La radio dijo que eran de Gamma Serpentis.

La criatura verde examinaba los estantes a medio vaciar. Unos párpados callosos se movían sobre pequeños ojos brillantes.

- ¿Bostas, señor... señora? - preguntó nerviosamente Llewellyn -. Ya no nos quedan muchas, pero...

- ¿Qué es eso? - preguntó el serpo en un susurro señalando hacia el suelo con una garra.

Los Crawford miraron. EL serpo señalaba una cosa amorfa y nudosa tirada junto a la bota de Delbert.

- ¿Eso? - preguntó Delbert, empezando a revivir -. Eso es un hueso de manzana. - Miró a Llewellyn, y una luz de inteligencia pareció avivarle los ojos -. Renuncio, señor Crawford - dijo, pronunciando las palabras con claridad, y luego se volvió hacia el extraterrestre -. Es un hueso de manzana Delbert Smith - aclaró.

Llewellyn, estupefacto, vio como el serpo sacaba una billetera y daba un paso adelante. El dinero cambió de manos. Delbert tomó otra manzana y empezó, con todo entusiasmo, a trabajarla.

- Oye, Delbert - dijo Llewellyn, apartándose de Martha; le temblaba la voz, se aclaró la garganta -. Me parece que tenemos aquí un buen negocio. Si fueras listo alquilarías este puesto...

- No, señor Crawford - dijo Delbert con indiferencia, con la boca llena de manzana -. Imagínese: me voy a lo de mi tío, que tiene un huerto...

El serpo miraba y daba vueltas al hueso de manzana y emitía pequeños chillidos de admiración.

- Usted sabe, hay que estar cerca de la fuente de abastecimiento - dijo Delbert, meneando sabiamente la cabeza.

Llewellyn sintió que le tiraban de la manga. Se giró: era Ed Lacey, el banquero.

- ¿Qué pasa, Lew? Estuve tratando de hablar contigo toda la tarde, pero tu teléfono no contestaba. Es por ese asunto de tu garantía sobre los préstamos...

FIN

Edmund Cooper - BIENVENIDOS A CASA

La nave de las Naciones Unidas planeó como un halcón sobre el vasto desierto, y luego alzó el vuelo repentinamente como si hubiera decidido que, a fin de cuentas, no valía la pena posarse sobre Marte. Pero al llegar a los diez mil metros, la ascensión quedó interrumpida en un instante de inmóvil belleza; la nave se sentó ligeramente sobre una cola de llama verde, suspendida entre las estrellas y su punto de destino, hasta que imperceptiblemente la llama perdió intensidad y la nave descendió suavemente hacia la árida extensión.

El aterrizaje fue suave y normal. Tan suave como si se tratara del centésimo aterrizaje de una nave interplanetaria corriente conducida por una experta y curtida tripulación. Sin embargo, daba la casualidad - y la fecha quedaría anotada en los manuales de historia para tormento de los escolares - de que ni la nave de las Naciones Unidas ni cualquier otro vehículo terrestre había visitado nunca el Planeta Rojo. Y sus tripulantes eran los primeros seres humanos que se aventuraban más allá de la Luna.

No obstante, todos ellos tenían una amplia experiencia como viajeros espaciales. El coronel Maxim Krenin, jefe de la expedición y piloto del Pax Mundi, había realizado el vuelo Tierra-Luna cinco veces. Y había participado en numerosos lanzamientos de prueba a la Luna. Lo mismo que el comandante Howard Thrace, segundo piloto. Además de proporcionar un notable ejemplo de colaboración técnica ruso-norteamericana, aquellos dos hombres eran excelentes amigos.

Los otros tres miembros de la expedición, el Profesor Bernard Thompson, representante de Inglaterra, el Profesor Ives Frontenac, representante de Francia, y el doctor Chan S. Chee, representante de China, habían tomado parte en tres lanzamientos importantes, y habían permanecido en órbita un número impresionante de horas. Durante el largo viaje hasta Marte, habían tenido tiempo de sobra para compenetrarse y para planear en detalle sus trabajos de exploración.

Y ahora se encontraban, en su alargado proyectil de titanio, posado como un monumento de la antigüedad sobre el desierto marciano ecuatorial. Habían sido comprobadas las radiaciones, se había analizado la atmósfera al nivel del suelo, y los primeros terrestres estaban a punto de poner los pies sobre las arenas de Marte.

Incluso antes de descender de la nave, sabían de Marte lo suficiente como para sentirse ligeramente humillados por sus propias teorías anteriores y por la opinión general de los científicos de la Tierra.

Durante décadas, los astrónomos terrestres habían asegurado que Marte era prácticamente hostil para la vida... a pesar de la insistente creencia popular en grotescas y complejas formas de vida e incluso inteligencias marcianas.

Marte, afirmaban los astrónomos, con toda la autoridad de hombres capaces de extraer amplias conclusiones de las pruebas más nimias, era un planeta que casi carecía de oxígeno, de agua y de calor. Los llamados canales no eran tales canales, sino simples grietas de origen puramente geológico. Y terminaban sus deducciones asegurando que, debido al clima, las formas de vida más desarrolladas que podrían encontrarse serían similares a los líquenes o, quizás, a los cactus.

Esos, en términos generales, habían sido los puntos de vista de los expedicionarios de las Naciones Unidas... hasta su llegada. Pero incluso antes de aterrizar, mientras orbitaban a unos cien mil metros, pudieron comprobar, entre otras cosas, que los canales eran realmente - o lo habían sido - canales, y que la atmósfera contenía el suficiente oxígeno para que resultara respirable por las formas de vida humanas.

Luego, a medida que descendieron a un órbita menor, hicieron un descubrimiento que pareció eclipsar a todos los demás - excepto quizás a los canales - en significado.

Vieron pirámides: diez enormes pirámides marcianas situadas a gran distancia una de otras sobre las inmensas y desnudas llanuras. El descubrimiento fue algo más que un descubrimiento: fue una revelación. Y la revelación era más significativa, tenía más alcance que cualquier otro descubrimiento en toda la historia del hombre.

Hacía más de cuatro siglos que un desconocido astrónomo polaco, Nicolás Copérnico, había asombrado al mundo con su afirmación de que la Tierra no estaba fija en el centro del cosmos. Pero, eventualmente, el orgullo humano se había recobrado del golpe. Ya que, si bien la Tierra no podía ser considerada ya como única en tamaño, posición o significado, su raza dominante, el Homo Sapiens, seguía siendo el ser más perfecto de la creación. En ninguna otra parte, se dijo, podían existir seres inteligentes. Eso que lo que afirmaron los filósofos y todos los que contribuían al culto del significado humano.

Y durante cuatrocientos años, la cualidad de único del hombre no fue seriamente discutida.

Pero, ahora...

Las noticias acerca de las pirámides marcianas habían sido radiadas ya a la Tierra y a Luna City antes de que la nave de las N.U. aterrizará. E inmediatamente había llegado la orden de abandonar las previstas exploraciones científicas y concentrar todos los esfuerzos en las pirámides. La expedición a Marte era, en términos financieros, una aventura sumamente cara; y como, a fin de cuentas, los que tendrían que rascarse el bolsillo serían los ciudadanos corrientes, se presentaba una oportunidad excepcional de proporcionarles algo realmente espectacular a cambio de su dinero.

La orden no desagradó lo más mínimo a los miembros de la expedición. El misterio de las pirámides era más emocionante que cualquier otro descubrimiento espacial anterior. La existencia de estructuras diseñadas y construidas por seres inteligentes establecía un clima de contacto y comunicación que disminuyó considerablemente la pesada carga de soledad acumulada durante el largo viaje a Marte. Era como si Marte hubiera esperado al Pax Mundi, como si las pirámides fueran una especie de gigantesca bienvenida planetaria.

La pirámide más próxima se alzaba a unos tres kilómetros al norte de la nave de las N.U., y sus lados negros, lisos y simétricos, tenían una altura de quinientos metros, aproximadamente. Mientras el coronel Krenin salía de la cámara de descompresión, dirigía un breve mirada a la impresionante mole y luego apoyaba el pie en el primer peldaño de la escalerilla de nylon; su sensación de temor pareció hincharse como una gran burbuja interior.

Luego, repentinamente, el momento histórico había transcurrido antes de que Krenin se diera cuenta. Había puesto ya los pies sobre las arenas de Marte. Detrás de él bajaron el comandante Thrace y los demás. Ninguno de ellos dijo

nada durante casi tres minutos. Se limitaron a permanecer de pie, mirando, en silencio.

Súbitamente, el honor de pronunciar las primeras palabras terrestres sobre el planeta recayó en el profesor Thompson. Contempló la pirámide, suspiró profundamente y en Lingua Franca moderna, dijo:

- En este preciso instante, más que cualquier otra cosa necesito un cigarrillo.

- ¿Por qué no? - observó suavemente el doctor Chee -. El contenido de oxígeno del aire es suficientemente elevado. Pero no creo que su cigarrillo tenga el mismo sabor.

- Acepte un Gaulloise - dijo el profesor Frontenac.

- Acepte un Stuyvesant - dijo el comandante Thrace.

El inglés enarcó ligeramente las cejas, rebuscó afanosamente en sus propios bolsillos y, por último, aceptó un cigarrillo francés.

- Tenía usted razón - observó al cabo de unos instantes -. Tiene un sabor completamente distinto.

- Caballeros - dijo el coronel Krenin -, el momento requiere un parlamento para ser transmitido a la Tierra, y dado que mi Lingua Franca es menos correcta de lo que debería ser...

Sacó un diminuto aparato de grabación de su mochila y miró esperanzado a sus compañeros.

El profesor Frontenac sonrió.

- Las pirámides son probablemente los restos de una civilización que ya era antigua cuando el hombre terrestre era todavía un ser de las cavernas y de los bosques. Entre nosotros, el doctor Chee representa a una de las más antiguas civilizaciones terrestres... Creo que es el más indicado.

El doctor Chee se inclinó, y luego pronunció un breve discurso dirigido al aparato de grabación de Krenin, a los millones de terrestres que esperaban, y, tal vez, a la posteridad solar. Habló de lo maravilloso del viaje, de lo maravilloso del descubrimiento y de lo solemne del aterrizaje. Pero ni siquiera el ceremonioso lenguaje del doctor Chee pudo evitar el contagio de la excitación infantil que había hecho presa en los miembros de la expedición.

Mientras el doctor Chee estaba hablando, el comandante Thrace trepó por la escalera de nylon e hizo girar la pequeña grúa eléctrica encima de la portezuela inferior de la nave. Luego él y el profesor Frontenac se dedicaron a descargar a piezas el vehículo monorrutero de seis plazas que se habían llevado. Al cabo de media hora, el vehículo estaba completamente montado, con su giroestabilizador ronroneando suavemente.

El profesor Thompson hizo pantalla con la mano sobre sus ojos y contempló la pirámide, maciza y sombría bajo el brillante sol de Marte.

- Tal vez debiéramos comer algo antes de aventurarnos en cualquier exploración - sugirió.

- ¿Tiene usted hambre? - inquirió el doctor Chee.

- No, pero pensé...

- Bajaré algunas raciones de emergencia - gritó el coronel Krenin desde la cámara de descompresión -. En caso necesario podemos comer en la pirámide.

El comandante Thrace estaba observando con atención lo que parecía ser una gran piedra redonda, de unos cincuenta centímetros de altura, que se encontraba a pocos metros de la base de la nave.

- ¿Alguien de ustedes se ha fijado en esto antes? - preguntó.

Nadie pudo recordar haberlo visto.

- Mírenlo - dijo el comandante -. Mírenlo de cerca.

La piedra estaba moviéndose muy lentamente sobre la rojiza arena. La vieron avanzar a través de lo que parecía ser una pequeña capa de musgo, pero cuando hubo pasado, la planta ya no estaba allí.

Frontenac se inclinó sobre la roca y la tocó. Luego la golpeó con los dedos. En su rostro había una expresión de indescriptible asombro.

- Vamos a darle media vuelta - sugirió Thrace.

Así lo hicieron. La superficie inferior era blanda. Aquello parecía una mezcla de esponja y caracol. Empezó a contraerse hasta quedar a salvo en el interior de su recia concha protectora.

- ¡Maravilloso, soberbio. exquisito! - exclamó Frontenac, en su francés natal -. ¡Qué hermoso animal!

- O planta - añadió secamente Thompson.

- Animal - Insistió el francés -. Según todas las leyes...

- En Marte - le interrumpió Thompson -, las definiciones que estamos acostumbrados a utilizar pueden no ser válidas.

Con suavidad, volvieron a colocar la piedra boca abajo sobre la arena.

- Ahora debemos ir a la pirámide - dijo el coronel Krenin -. La Tierra desea nuestro primer Informe lo antes posible. He puesto la cámara fotográfica, la cámara de cine y las telecámaras en el monorrueda. ¿Lleva cada uno de ustedes radio portátil y aparato de grabación Individual?

Todos asintieron.

- ¿Qué hay de mi ejemplar? - dijo Frontenac -. Me gustaría observarlo.

- Entonces, vigilará usted también la nave - dijo Krenin, sonriendo -. Alguien tiene que quedarse.

El francés adoptó la expresión de la persona que desearía estar en dos lugares a la vez.

Después de una revisión final, el resto de la expedición subió al monorrueda, con el comandante Thrace al volante. Cuando se ponían en marcha hacia la pirámide, vieron al profesor Frontenac arrodillado y con la cabeza muy cerca de la arena. Estaba tratando de descubrir cómo se las arreglaba su «piedra» para avanzar.

El desierto era, en su mayor parte, llano; y el viaje hasta la pirámide apenas duró diez minutos. En el camino, pasaron delante de diversas variedades de plantas, todas pequeñas, y de un curioso rodal de hierba, muy alta, cuyos tallos golpearon al monorrueda con la fuerza de un látigo. Se cruzaron también con varias de las «piedras» que el profesor Frontenac había bautizado provisionalmente con el nombre de «Amigos de Frontenac».

Mientras se acercaban a la base de la enorme pirámide, su excitación se hizo tan intensa que pareció fundirse en una calma completamente anormal. Estaban ebrios de asombro. Se sentían como sonámbulos.

La estructura no sólo dominaba al paisaje, sino que parecía alcanzar el mismo cenit del cielo. Comparadas con aquéllas, las pirámides de Egipto eran simples juguetes.

En primer lugar, dieron la vuelta completa a la base en el monorrueda, contemplando la pirámide, incapaces de encontrar un comentario apropiado o una apropiada explicación. Aquello parecía estar más allá de toda explicación... más allá, incluso, de toda posibilidad. Sin embargo; allí estaba: el mayor monumento que se había ofrecido a la vista del hombre.

La pirámide parecía haber sido construida con capas superpuestas de una especie de basalto negro, cada una de cuyas losas, aunque gastada por la acción de las tormentas de arena y de las ventiscas, aparecía sin grietas ni cuarteamientos. Las capas iban disminuyendo para formar una gigantesca escalinata triangular, ascendiendo hacia la reluciente piedra que se erguía en la cumbre, como una torre proyectada contra el cielo.

Pero en el centro de cada uno de los macizos peldaños, había una brillante losa blanquecina vetada de dorado y anaranjado, verde y plateado: brillante como el cristal de un espejo, más hermosa que cualquier mármol conocido en la Tierra.

La primera de aquellas losas, al igual que la capa de basalto en la cual estaba incrustada, se hallaba medio cubierta por la rojiza arena marciana. Los cuatro hombres se apearon del monorrueda y la contemplaron; y mientras lo hacían, la losa se deslizó silenciosamente hacia atrás, dejando al descubierto la entrada que daba a un pasillo débilmente iluminado.

- Santo cielo - exclamó el profesor Thompson con voz ronca -. ¡Saben que estamos aquí!

El comandante Thrace fue el primero en recobrar el dominio de sí mismo.

- Un mecanismo fotoeléctrico - sugirió -. O tal vez vibradores sensoriales.

- El problema consiste en saber si debemos aceptar o no la invitación - dijo el coronel Krenin.

El doctor Chee sonrió.

- Por lo menos, nos ha sido hecha con amabilidad - dijo.

- Puede ser una trampa - observó el comandante Thrace.

Krenin frunció el ceño.

- Demasiado complicada. Podían habernos eliminado de un modo más eficaz y menos complicado.

El profesor Thompson sonrió.

- «¿Quiere usted pasar a mi salón?», le dijo la araña a la mosca.

El doctor Chee enarcó ligeramente las cejas.

- Resulta difícil apreciar la psicología de una raza capaz de construir pirámides para atrapar a viajeros espaciales - dijo secamente.

El coronel Krenin tomó una decisión.

- Dos de nosotros aceptarán la invitación - dijo - y los otros dos esperarán aquí.

- Lo echaremos a suertes - dijo el comandante. Sacó cuatro cigarrillos, arrancó los filtros de dos de ellos y se llevó una mano a la espalda. Cuando volvió a mostrarla, la tenía cerrada y por ella asomaban las puntas de cuatro cigarrillos -. Aquellos que escojan los dos más cortos se quedarán.

El coronel Krenin fue el primero en escoger: le tocó un cigarrillo largo. Thompson y Chee cogieron los dos cortos.

- Fijaremos un plazo de una hora - dijo el coronel -, Sólo estableceremos contacto por radio en caso de apuro. En ningún caso deben ustedes entrar.

- Buena suerte - dijo el Profesor.

- Ha tenido usted ya demasiada - gruñó el doctor Chee.

El coronel Krenin y el comandante Thrace penetraron en el pasillo. Las paredes interiores estaban revestidas con la misma clase de piedra que la losa que se había deslizado para revelar la entrada. Tenía un brillo verdoso, proporcionando una claridad agradable y sedante, gracias a la cual los dos hombres podían ver por dónde andaban. Tras una breve vacilación, avanzaron resueltamente.

El pasillo se extendía en línea recta, descendiendo un poco, y parecía conducir al centro de la base de la pirámide. En ese caso, Krenin y Thrace tenían por delante un largo paseo.

Al principio avanzaron con lentitud y en silencio, como si esperaran que se abriera de repente un hoyo a sus pies, o algo por el estilo. Pero en vista de que no sucedía nada, adquirieron la suficiente confianza como para hacer más rápido su paso. Al cabo de un rato, dieron media vuelta y miraron hacia atrás. La entrada era todavía visible como un diminuto punto de luz, aunque parecía encontrarse a varios kilómetros de distancia.

- La cosa se complica - murmuró en voz baja el comandante Thrace, en inglés.

- ¿Decía usted? - inquirió el coronel Krenin en Lingua Franca.

- Lo siento... La situación se está complicando.

- No comparto su opinión - dijo Krenin con una leve sonrisa -. Hasta ahora, todo lo que he visto demuestra orden, inteligencia y determinación.

Súbitamente, Thrace agarró el brazo de su compañero y señaló a la pared que tenían enfrente. Una losa rectangular de piedra negra acababa de aparecer en ella, y sobre la piedra había un dibujo grabado.

Era una representación simbólica del sistema solar. Todos los planetas, excepto dos, aparecían como círculos sobre unas líneas que indicaban sus cursos orbitales. Pero el tercer planeta, la Tierra, estaba representado por una brillante piedra verde; y el cuarto planeta, Marte, por otra piedra roja, más brillante todavía.

Krenin y Thrace estaban más que intrigados, estupefactos.

Al cabo de unos instantes, el comandante Thrace rompió el silencio.

- Será mejor que nos apresuremos - dijo -. Sólo nos quedan cuarenta y cinco minutos y tengo la impresión de que nos aguardan más y mayores sorpresas.

No se equivocaba.

Un poco más adelante descubrieron otra losa negra incrustada en la pared. En ésta aparecían los símbolos de un átomo de hidrógeno, de uno de oxígeno y de uno de carbono. Los dos hombres los contemplaron en silencio unos instantes y luego siguieron avanzando. Las palabras parecían completamente fuera de lugar.

La próxima losa que encontraron mostraba lo que parecía ser la representación de una molécula simple. Después llegó lo que parecía el diseño molecular del ácido desoxiribonucleico. Y después de esto llegó la mayor sorpresa de todas.

Dos losas paralelas, una a cada lado del pasillo. Mostraban a dos seres humanos: un hombre y una mujer. Ambos carecían de pelo.

- Esto es absurdo - murmuró el comandante Thrace.

- Entonces... entonces el hombre no es un producto único de la Tierra - dijo el coronel -. O, quizás...

La idea era demasiado fantástica para ser expresada.

Con un esfuerzo, Thrace consiguió sustraerse al estado de semihipnosis en que parecían haberle sumido los dibujos.

- Tenemos que seguir avanzando - murmuró, de mala gana.

Krenin consultó su reloj de pulsera y suspiró.

- Hay tanto que observar... que considerar...

Continuaron su camino a lo largo del pasillo iluminado por la misma claridad verdosa, sintiéndose como chiquillos atrapados en un misterioso mundo de ensueño que se confundía con la realidad. De repente, se encontraron en una revuelta del pasillo; y al poner pie en ella, se desplegó ante sus ojos el más fantástico de los espectáculos.

Súbitamente, se encontraron en una cueva lo bastante grande como para contener a la mayor de las catedrales de la Tierra. Estaba bañada por la misma claridad verdosa que el pasillo, pero ésta era más intensa a ras de suelo, hasta el punto de que, por un instante, los dos hombres experimentaron la sensación de andar sobre un gran océano subterráneo.

Luego, la sensación oceánica dio paso a una sublime revelación: una sensación de espacio infinito y de infinita belleza. Era como si hubieran sido engullidos por una nube de música insonora que brotaba de todas partes envuelta en oleadas de luz.

Durante un brevísimo instante, los dos hombres experimentaron la sensación de que se estaban muriendo. Y luego, inmediatamente, la sensación de que habían vuelto a nacer.

Las paredes de la cueva estaban vivas con cuadros sólidos, que aparecían y desaparecían en una magnífica sinfonía visual. Allí, por un instante, contemplaron en toda su terrible grandeza el nacimiento del sistema solar. Los planetas fluían de un inmenso útero solar para instalarse en las oscuras inmensidades del espacio. Luego, la visión se disolvió en una representación de océanos muertos, de monstruosos volcanes y de deslumbrantes ríos de rocas; de explosiones, y cataclismos y diluvios; de flotantes islas continentales y desesperados eones de hirviente lluvia.

De nuevo cambiaron los cuadros.

Ahora contemplaban las entrañas de los mares furiosos, y asistían al alumbramiento de la vida. Vieron la vida y la muerte de miríadas de seres diminutos; los fantásticos siglos de mortandad provocados por las aguas al retirarse; la inevitable, ciega y valerosa conquista de la tierra.

Vieron bosque y desierto, glaciario y tundra. Vieron los grandes reptiles enzarzados en titánica lucha. Vieron monstruosas alas de las que brotaban repentinamente brillantes plumas, transformando a los asesinos de afilados dientes en verdaderas aves del paraíso. Vieron la creación del hombre, y el nacimiento de la unidad tribal...

Vieron el alborar de la civilización, ciudades que brotaban como extrañas flores de piedra en las llanuras y en los valles. Vieron la muerte y el descubrimiento, la guerra y la adoración; las plagas, el fuego, las inundaciones y el hambre. Contemplaron el interminable conflicto del hombre contra la naturaleza, la tragedia vital del hombre contra el hombre... La era de la gloria, y la era de las máquinas... Y también la era de la destrucción, cuando la oscuridad cayó desde el aire...

Luego, súbitamente, las paredes de la cueva quedaron lisas. La saga visual de la creación se disolvió en las profundidades de una verde eternidad.

Y luego resonó una voz. La voz no procedía de ninguna parte, y, sin embargo, estaba en todas partes, resonando en el interior de la cueva como un trueno, susurrando como el viento a través de la hierba en verano. No era la voz de un hombre, ni la voz de una mujer. Era simplemente una voz.

»La muerte del cuarto planeta saluda a los vivientes del tercer planeta - dijo la voz -. Los hijos de la estrella saludan a los hijos de la estrella.

»Este saludo nuestro llega a través de cincuenta mil vueltas planetarias alrededor de la estrella que es nuestro sol. Pero dejad que estas palabras sean para vosotros algo más que el eco de unos lejanos fantasmas, ya que ellas son las que unen inseparablemente al tercer y al cuarto planeta.

»En las pirámides que hemos construido os hemos dejado el único regalo posible: la historia de nuestra raza. Hubo una época en que nosotros, los del cuarto planeta, vivimos en un mundo verde y agradable. Éramos una raza fuerte y poderosa, y habíamos domeñado para nuestras necesidades las energías de los elementos y las fantásticas energías del sol. Incluso habíamos penetrado los secretos de la propia vida, de modo que la inmortalidad era nuestra. Pero ya habéis visto lo que queda de nuestra grandeza: el estéril desierto, y las pirámides en las cuales perdura aún nuestro recuerdo.

»Es cierto que casi conquistamos la inmortalidad; pero el precio que pagamos por ella fue demasiado elevado, ya que, al final, nos convertimos en casi totalmente estériles. Es cierto también que teníamos bajo nuestro dominio un ilimitado poder físico. Pero nuestro poder espiritual no estaba a la misma altura; y luchando por filosofías cuya debilidad quedaba demostrada por el hecho de que tenían que ser defendidas mediante el empleo de la fuerza, acabamos por destruir nuestra raza y las riquezas vivientes de nuestro hogar planetario. Habíamos conquistado las fuerzas de la naturaleza, pero fuimos derrotados por las fuerzas de nuestros propios corazones.

»Sin embargo, antes de que se perdiera todo, y en un breve período de lucidez, reunimos a los escasos jóvenes que nos quedaban. Decididos a que nuestra raza no desapareciera definitivamente, construimos naves de transporte capaces de viajar a través del espacio. Y entonces trasladamos nuestros bienes más preciados - nuestros hijos - a vuestro mundo.

»Los dejamos allí, en los bosques del tercer planeta, para que renacieran física y espiritualmente a una nueva vida en un mundo nuevo.

»Vosotros, los que estáis escuchando estas palabras, puede que seáis descendientes suyos. También vosotros os habréis convertido en dueños de un ilimitado poder físico. Rogamos porque vuestro espíritu esté a la altura de vuestro poder físico.

»Rogamos, también, que aceptéis esto, el cuarto planeta, y en armonía de esfuerzos y unidad de propósitos, utilicéis vuestra habilidad y vuestras energías en devolverle la verde fertilidad que floreció hace muchísimo tiempo. Vosotros sois nuestro futuro... Bienvenidos al hogar...»

Todo volvió a quedar silencioso e inmóvil. Los dos hombres se miraron el uno al otro. Las ideas y las sensaciones que les poseían estaban más allá del alcance de las palabras. De repente, se arrodillaron durante unos instantes como si la cueva se hubiera convertido en un templo, como si su silenciosa acción de gracias pudiera ser oída por alguien. Luego regresaron al pasillo andando lentamente...

El coronel Krenin y el comandante Thrace salieron del interior de la pirámide diez minutos después del plazo de una hora que se habían fijado.

El doctor Chee y el Profesor Thompson dieron suelta a su reciente ansiedad y a su actual curiosidad en un torrente de preguntas; pero cuando vieron la expresión de los rostros de los dos hombres silenciosos, todas las preguntas murieron.

- Hemos encontrado la explicación - dijo el comandante Thrace, al final.

- ¿Qué explicación? - inquirió amablemente el doctor Chee.

Sus compañeros estaban tan anormalmente tranquilos, que parecían encontrarse bajo los efectos de algo terrible.

- Sólo hay una explicación - dijo el coronel Krenin -. Ahora les toca a ustedes. Entren, y la encontrarán.

- ¿No hay peligro? - preguntó el Profesor Thompson.

El coronel Krenin sonrió. Parecía estar contemplando algo a muchos millones de millas de distancia, o quizás a muchos miles de años.

- Solamente para nuestro orgullo - respondió el coronel en voz baja.

Thompson y Chee no podían hacer más que una cosa: entrar en la pirámide. Y eso fue lo que hicieron, mientras el coronel y el comandante les esperaban.

Súbitamente, el comandante Thrace dijo:

- Acabo de recordar una cosa. ¿Cómo es posible que comprendiera usted la Voz? Hablaba en inglés...

El coronel sacudió la cabeza.

- No, hablaba en ruso.

El comandante meditó unos segundos.

- Ni en ruso ni en inglés - dijo. Y luego añadió -: Después de todo, creo que nunca volveremos a ser los mismos hombres.

El coronel Krenin contempló, pensativo, el estéril desierto marciano.

- No, no seremos los mismos - dijo -. Después entrará el Profesor Frontenac. Y más tarde utilizaremos las cámaras y los aparatos de grabación. Cuando regresemos a la Tierra, los distintos pueblos no volverán a ser los mismos.

El comandante Thrace arrastró ociosamente los pies por las secas arenas rojizas. Hizo diminutas montañas y empezó a proyectar una red de carreteras.

Al final, dijo:

- ¿Cree usted que valdrá la pena que reclamemos este desierto?

- Tenemos que hacerlo - respondió el coronel Krenin sencillamente -. Es nuestro hogar.

FIN

Kurd Lasswitz - LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

- Venga a sentarse a mi lado, Max - dijo el profesor Wallhausen -, y deje de rebuscar en mi escritorio. Le aseguro que en él no hay nada que pueda utilizar para su revista.

Max Burkel se acercó a la mesa de la sala de estar, se sentó lentamente y tendió la mano hacia la jarra de cerveza.

- Bueno, entonces prosit. Me alegra volver a estar aquí. Pero, diga usted lo que diga, sigue teniendo que escribir algo para mí.

- Por desgracia, no tengo ninguna buena idea en este momento. Además, ya se están escribiendo y, desgraciadamente, imprimiendo demasiadas cosas superfluas...

- Eso es algo que no necesita decírselo a un director de revista tan atareado como su seguro servidor. Sin embargo, mi pregunta es: ¿Qué es lo realmente superfluo? Los autores y su público no logran ponerse de acuerdo en absoluto al respecto. Y lo mismo ocurre con los directores de revista y los críticos. Bueno, mis tres semanas de vacaciones acaban de empezar. Mientras tanto, que se preocupe mi ayudante.

- A veces me he preguntado - dijo la señora Wallhausen - cómo puede seguir encontrando usted algo nuevo que publicar. Me parece que, en la actualidad, ya debe de haberse escrito todo lo que puede ser expresado con palabras.

- Cabría pensar eso, pero la mente humana parece ser inagotable.

- Querrá decir en sus repeticiones.

- Bueno, sí - admitió Burkel -. Pero también en lo referente a nuevas ideas y expresiones.

- De todos modos - meditó el profesor Wallhausen -, uno podría expresar en letras de molde todo lo que pueda ser dado a la Humanidad, ya sea información histórica, conocimientos científicos de las leyes de la naturaleza, imaginación poética, todas las formas de expresión, e incluso las enseñanzas de la sabiduría. Dado, claro está, que todo ello pueda ser expresado en palabras. Después de todo, nuestros libros conservan y propagan los resultados del pensamiento. Pero el número de combinaciones posibles de una cierta cantidad de letras es limitado. Por consiguiente, toda la literatura posible debería poder ser impresa en un número finito de volúmenes.

- Mi querido amigo - intervino Burkel -, ahora está hablando usted más como un matemático que como un filósofo. ¿Cómo puede toda la literatura posible, incluida la del futuro, caber en un número finito de libros?

- En un momento le calcularé cuántos volúmenes se necesitarían para constituir una Biblioteca Universal. ¿Quieres -se volvió hacia su hija- darme una hoja de papel y un lápiz de mi escritorio?

- Trae también la tabla de logaritmos - añadió Burkel, bromeando.

- No es necesario; no lo es en lo más mínimo - declaró el profesor -. Pero ahora, mi literario amigo, tiene usted que ayudarme. Dígame: si somos frugales y eliminamos los diversos tipos de letra, escribiendo únicamente para un lector hipotético que esté dispuesto a soportar algunos inconvenientes tipográficos y sólo esté interesado en el contenido...

- No existe tal lector - dijo con firmeza Burkel.

- He dicho «lector hipotético». ¿Cuántos caracteres diferentes se necesitarían para imprimir todo tipo de literatura?

- Bueno - dijo Burkel -, limitémonos a las letras mayúsculas y minúsculas del alfabeto latino, los signos de puntuación acostumbrados, y los espacios que separan las palabras. Todo esto no sería mucho. Pero, para las obras científicas, la cosa varía. Especialmente las de ustedes, los matemáticos, que utilizan una enorme cantidad de símbolos.

- Que podrían ser reemplazados, de mutuo acuerdo, por pequeños índices tales como a₁, a₂ y a₃, y a₁, a₂ y a₃, añadiendo únicamente dos veces diez caracteres. Uno podría incluso usar este sistema para escribir palabras de los idiomas que no usan el alfabeto latino.

- De acuerdo. Quizá su lector hipotético o, mejor dicho, ideal, estaría dispuesto a aceptar también esto. Bajo esas condiciones, probablemente podríamos expresarlo todo con, digamos, un centenar de caracteres.

- Bien, bien. Ahora, ¿de qué tamaño desea que sea cada volumen?

- Me parece que uno podría agotar bastante bien un tema con unas quinientas páginas de libro. Digamos que hay cuarenta líneas por página y cincuenta caracteres por línea, o sea que tendremos cuarenta veces por cincuenta veces por quinientas veces, y eso nos dará el número de caracteres por volumen, es decir... Calcúlelo usted.

- Un millón - dijo el profesor -. Por consiguiente, si tomamos nuestro centenar de caracteres, lo repetimos en cualquier orden lo bastante a menudo como para llenar un volumen con espacio para un millón de caracteres, obtendremos algún tipo de obra literaria. Así que, si producimos mecánicamente todas las combinaciones posibles, lograremos al fin todas las obras que han sido escritas en el pasado o que puedan escribirse en el futuro.

Burkel dio una palmada en el hombro a su amigo.

- ¿Sabe? Me voy a suscribir ahora mismo. Eso me suministrará todos los futuros volúmenes de mi revista; no tendré que seguir leyendo manuscritos. Es algo maravilloso, tanto para el director de una revista como para su editor: ¡la eliminación del autor del negocio literario! ¡El reemplazo del escritor por la imprenta automática! ¡Un triunfo de la tecnología!

- ¿Cómo? - exclamó la señora Wallhausen -. ¿Decís que todo estará en esa biblioteca? ¿Las obras completas de Goethe? ¿La Biblia? ¿Las obras de todos los filósofos clásicos?

- Sí, y con todas las variaciones en las que nadie ha pensado aún. Encontrarías las obras perdidas de Tácito y su traducción a todos los idiomas, vivos y muertos. Además, todas las obras futuras de mi amigo Burkel y mías, todos los discursos ya olvidados, y los que aún deben ser pronunciados, de todos los parlamentos, la versión oficial de la Declaración Universal de la Paz, la historia de todas las guerras subsiguientes, todas las redacciones que todos nosotros escribimos en el colegio y en la universidad...

- Me hubiera gustado haber podido disponer de ese volumen cuando estudiaba - dijo la señora Wallhausen -. ¿O serían volúmenes?

- Probablemente volúmenes. No olvides que el espacio entre palabras es también un carácter tipográfico. Un libro quizá contuviese una sola línea, y todo el resto estuviera vacío. Por otra parte, incluso las obras más largas tendrían cabida, puesto que, caso de no caber en un volumen, podrían ser continuadas a lo largo de varios.

- No gracias. Encontrar algo ahí sería un verdadero problema.

- Sí, ésa sería una de las dificultades - dijo el profesor Wallhausen con una sonrisa complacida, contemplando el humo de su cigarro -. Claro que, a primera vista, uno podría pensar que esto quedaría simplificado por el hecho mismo de que la biblioteca tiene que contener por definición su propio catálogo e índice...

- ¡Excelente!

- El problema sería hallarlo. Además, aunque uno encontrase un volumen índice, no le serviría de nada, dado que el contenido de la Biblioteca Universal se halla reflejado en un índice no sólo correctamente, si no de todas las maneras incorrectas y equivocadas posibles.

- ¡Diablos! Por desgracia, eso es cierto.

- Sí habría un cierto número de dificultades. Digamos que tomamos un primer volumen de la Biblioteca Universal. Su primera página está vacía, y también lo están la segunda, la tercera y las demás quinientas páginas. Éste es el volumen en el que el «espaciado» ha sido repetido un millón de veces.

- Al menos ese volumen no contendrá ninguna tontería - observó la señora Wallhausen.

- Menudo consuelo. Pero tomemos el segundo volumen. También está vacío, hasta que en la página quinientos, línea cuarenta, al final, hay una solitaria «a» minúscula. Lo mismo ocurre en el tercer volumen, pero la «a» ha adelantado un lugar. Y a partir de ahí la «a» va avanzando lentamente, lugar a lugar, a través del primer millón de volúmenes, hasta que alcanza el primer espacio de la página uno, línea uno, del primer volumen del segundo millón. Las cosas continúan de esta manera durante el primer centenar de millones de volúmenes, hasta que cada uno de los cien caracteres ha efectuado su solitario viaje desde el último al primer lugar de la línea de libros. Luego lo mismo ocurre con la «aa», o con cualquier combinación de otros dos caracteres. Y un volumen puede contener un millón de puntos, y otro un millón de interrogantes.

- Bueno - dijo Burkel -, debería ser fácil reconocer y eliminar tales volúmenes.

- Quizá. Pero aún falta lo peor. Eso sucede cuando uno ha encontrado un volumen que parece tener sentido. Digamos que uno desea refrescar su memoria acerca de un pasaje del Fausto de Goethe, y logra alcanzar un volumen que parece tener sentido. Pero cuando ha leído una o dos páginas, todo pasa a ser «aaaaa», y esto es lo único que hay en el resto de las páginas del libro. O quizás uno halle una tabla de logaritmos. Pero no puede saber si es correcta. Recordad que la Biblioteca Universal contiene todo lo correcto, pero también todas las variaciones incorrectas posibles. De la misma forma, uno tampoco puede fiarse de los títulos de los capítulos. Un volumen puede comenzar con las palabras «Historia de la Guerra de los Treinta Años», y luego decir: «Tras las nupcias del príncipe Blücher con la reina de Dahomey, que fueron celebradas en las Termópilas...», ya saben lo que quiero decir. Naturalmente, nadie quedará en ridículo por esto. Si un autor ha escrito las tonterías más increíbles, estarán naturalmente en la Biblioteca Universal. Aparecerán bajo su nombre. Pero también estarán firmadas por William Shakespeare, y por cualquier otro autor posible. Encontrará uno de sus libros en el que tras cada frase se asegure que todo aquello son tonterías, y otro en el que se diga, tras las mismas frases, que constituyen la más prístina de las verdades.

- Ya basta - exclamó Burkel -. En cuanto comenzó usted a hablar, supe que esto iba a ser una broma. No me suscribiré a su Biblioteca Universal. Sería imposible separar lo cierto de lo falso, lo que tuviera sentido de lo que no lo tuviera. Si voy a encontrar varios millones de volúmenes que afirman ser todos la

verdadera historia de Alemania durante el siglo XX, y todos ellos se contradicen, me valdrá más seguir leyendo los originales de los historiadores.

- ¡Muy astuto por su parte! Porque, de otro modo, se enfrentaría con una tarea imposible. Pero no estaba tratando de gastarle una broma, como usted pretende. Nunca afirmé que se pudiera utilizar la Biblioteca Universal; simplemente dije que era posible calcular, exactamente, cuántos volúmenes se necesitarían para que una tal Biblioteca Universal contuviera toda la literatura posible.

- Adelante, calcúlalo - dijo la señora Wallhausen -. Podemos ver que esta hoja de papel en blanco te está molestando.

- No la necesito - dijo el profesor -. Puedo hacer el cálculo mentalmente. Lo único que necesito es comprender exactamente cómo se va a producir esa biblioteca. Primero, tenemos cada uno de esos cien caracteres. Luego, añadimos a cada uno de ellos cada uno de los otros cien caracteres, de modo que tenemos un centenar de veces un centenar de grupos formado cada uno por dos caracteres. Añadiendo el tercer grupo de nuestros caracteres, tendremos 100 x 100 x 100 grupos de tres caracteres cada uno, etc. Dado que tenemos un millón de posiciones posibles por volumen, el número total de volúmenes es cien elevado a la millonésima potencia. Y, como cien es el cuadrado de diez, obtenemos el mismo número con un diez con dos millones como exponente. Esto significa, simplemente, un uno seguido por dos millones de ceros. Aquí lo tenéis.

- Gracias por facilitarnos tanto la vida - indicó la señora Wallhausen -. Pero, ¿por qué no lo escribes de la forma habitual?

- No seré yo quien lo haga. Me ocuparía al menos dos semanas, sin perder tiempo en comer o dormir. Si imprimiese ese número, tendría algo más de tres kilómetros de largo.

- ¿Qué nombre tiene ese número? - quiso saber su hija.

- No tiene nombre. Ni siquiera hay forma alguna en que podamos esperar comprender alguna vez un número así, dado lo colosal que es, aunque sea finito.

- ¿Y si lo expresáramos en trillones? - preguntó Burkel.

- El trillón de los matemáticos es un número bastante grande: un uno seguido por dieciocho ceros. Pero si expresas el número de volúmenes en trillones, obtendrás una cifra con 1.999.982 ceros en lugar de los dos millones de antes. No sirve de nada; resulta tan incomprensible como el otro. Pero esperad un momento.

El profesor escribió algunos números en la hoja de papel.

- ¡Sabía que acabaría haciendo eso! - exclamó satisfecha la señora Wallhausen.

- Ya está - anunció su esposo -. Suponiendo que cada volumen tuviera dos centímetros de grueso, y que toda la biblioteca estuviera dispuesta en una sola y larga hilera, ¿qué longitud creéis que tendría?

- Yo lo sé - dijo su hija -. ¿Quieres que te lo diga?

- Adelante.

- El doble de centímetros que el número de volúmenes.

- Bravo, cariño. Absolutamente exacto. Ahora, estudiemos esto más detenidamente. Sabéis que la velocidad de la luz es de 300.000 kilómetros por segundo, lo cual equivale aproximadamente 10 billones de kilómetros en un año, lo que es igual a 1.000.000.000.000.000 de centímetros, su trillón matemático, Burkel. Si nuestro bibliotecario pudiera moverse a la velocidad de la luz, necesitaría dos años para pasar un trillón de volúmenes. Ir desde un extremo a otro de la biblioteca, a la velocidad de la luz, le representaría el doble de años

que trillones de volúmenes hay en ella. Teníamos ya esta cifra antes, y creo que nada puede mostrar con mayor claridad lo imposible que es captar el significado de ese 102000000 a pesar de que, como he dicho repetidas veces, se trate de un número finito.

- Si las damas me lo permiten, desearía hacerle una última pregunta - intervino Burkel -. Sospecho que ha calculado usted una biblioteca para la que no existe lugar en el universo.

- Lo veremos en un instante - respondió el profesor, tomando el lápiz -. Bien, supongamos que se empaquetase la biblioteca en cajas de mil volúmenes, y que cada caja tuviese la capacidad exacta de un metro cúbico. Todo el espacio hasta las más lejanas galaxias en espiral conocidas no podría contener la Biblioteca Universal. De hecho, se necesitaría tantas veces este espacio, que el número de universos empaquetados vendría representado por una cantidad con únicamente unos 60 ceros menos que la cantidad que indica el número de volúmenes. Sea cual sea la forma en que tratemos de visualizarla, no lo conseguiremos.

- Yo siempre pensé que sería infinita - dijo Burkel.

- No, ése es exactamente el quid de la cuestión. El número no es infinito, es una cantidad finita, las matemáticas que hemos empleado no tienen fallo alguno. Lo que resulta sorprendente es que podamos escribir en un trocito de papel el número de volúmenes que comprenderían toda la literatura posible, algo que, a primera vista, parece ser infinito. Pero si después tratamos de visualizarlo..., por ejemplo, tratamos de hallar un volumen específico, nos damos cuenta de que no podemos abarcar lo que, por otra parte, es un pensamiento muy claro y lógico que nosotros mismos hemos desarrollado.

- Bueno - concluyó Burkel -, la coincidencia actúa, pero la razón crea. Y por esto, mañana me escribirá usted todo esto con lo que hoy nos ha divertido. De esta forma conseguiré un artículo para mi revista que me podré llevar conmigo.

- De acuerdo. Se lo escribiré. Pero le advierto que sus lectores van a llegar a la conclusión de que se trata de un extracto de uno de los volúmenes superfluos de la Biblioteca Universal.

FIN

Jorge Luis Borges - LA BIBLIOTECA DE BABEL

El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente. La distribución de las galerías es invariable. Veinte anaqueles, a cinco largos anaqueles por lado, cubren todos los lados menos dos; su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un bibliotecario normal. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra galería, idéntica a la primera y a todas. A izquierda y a derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie; otro, satisfacer las necesidades finales. Por ahí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hacia lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente ¿a qué esa duplicación ilusoria?); yo prefiero soñar que las superficies bruñidas figuran y prometen el infinito... La luz procede de unas frutas esféricas que llevan el nombre de lámparas. Hay dos en cada hexágono: transversales. La luz que emiten es insuficiente, incesante.

Como todos los hombres de la Biblioteca, he viajado en mi juventud; he peregrinado en busca de un libro, acaso del catálogo de catálogos; ahora que mis ojos casi no pueden descifrar lo que escribo, me preparo a morir a unas pocas leguas del hexágono en que nací. Muerto, no faltarán manos piadosas que me tiren por la baranda; mi sepultura será el aire insondable; mi cuerpo se hundirá largamente y se corromperá y disolverá en el viento engendrado por la caída, que es infinita. Yo afirmo que la Biblioteca es interminable. Los idealistas arguyen que las salas hexagonales son una forma necesaria del espacio absoluto o, por lo menos, de nuestra intuición del espacio. Razonan que es inconcebible una sala triangular o pentagonal. (Los místicos pretenden que el éxtasis les revela una cámara circular con un gran libro circular de lomo continuo, que da toda la vuelta de las paredes; pero su testimonio es sospechoso; sus palabras, oscuras. Ese libro cíclico es Dios.) Básteme, por ahora, repetir el dictamen clásico: La Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier hexágono, cuya circunferencia es inaccesible.

A cada uno de los muros de cada hexágono corresponden cinco anaqueles; cada anaquel encierra treinta y dos libros de formato uniforme; cada libro es de cuatrocientas diez páginas; cada página, de cuarenta renglones; cada renglón, de unas ochenta letras de color negro. También hay letras en el dorso de cada libro; esas letras no indican o prefiguran lo que dirán las páginas. Sé que esa inconexión, alguna vez, pareció misteriosa. Antes de resumir la solución (cuyo descubrimiento, a pesar de sus trágicas proyecciones, es quizá el hecho capital de la historia) quiero rememorar algunos axiomas.

El primero: La Biblioteca existe ab aeterno. De esa verdad cuyo colorario inmediato es la eternidad futura del mundo, ninguna mente razonable puede dudar. El hombre, el imperfecto bibliotecario, puede ser obra del azar o de los demiurgos malévolos; el universo, con su elegante dotación de anaqueles, de tomos enigmáticos, de infatigables escaleras para el viajero y de letrinas para el bibliotecario sentado, sólo puede ser obra de un dios. Para percibir la distancia

que hay entre lo divino y lo humano, basta comparar estos rudos símbolos trémulos que mi falible mano garabatea en la tapa de un libro, con las letras orgánicas del interior: puntuales, delicadas, negrísimas, inimitablemente simétricas.

El segundo: El número de símbolos ortográficos es veinticinco. Esa comprobación permitió, hace trescientos años, formular una teoría general de la Biblioteca y resolver satisfactoriamente el problema que ninguna conjetura había descifrado: la naturaleza informe y caótica de casi todos los libros. Uno, que mi padre vio en un hexágono del circuito quince noventa y cuatro, constaba de las letras MCV perversamente repetidas desde el renglón primero hasta el último. Otro (muy consultado en esta zona) es un mero laberinto de letras, pero la página penúltima dice «Oh tiempo tus pirámides». Ya se sabe: por una línea razonable o una recta noticia hay leguas de insensatas cacofonías, de fárragos verbales y de incoherencias. (Yo sé de una región cerril cuyos bibliotecarios repudian la supersticiosa y vana costumbre de buscar sentido en los libros y la equiparan a la de buscarlo en los sueños o en las líneas caóticas de la mano... Admiten que los inventores de la escritura imitaron los veinticinco símbolos naturales, pero sostienen que esa aplicación es casual y que los libros nada significan en sí. Ese dictamen, ya veremos no es del todo falaz.)

Durante mucho tiempo se creyó que esos libros impenetrables correspondían a lenguas pretéritas o remotas. Es verdad que los hombres más antiguos, los primeros bibliotecarios, usaban un lenguaje asaz diferente del que hablamos ahora; es verdad que unas millas a la derecha la lengua es dialectal y que noventa pisos más arriba, es incomprendible. Todo eso, lo repito, es verdad, pero cuatrocientas diez páginas de inalterables MCV no pueden corresponder a ningún idioma, por dialectal o rudimentario que sea. Algunos insinuaron que cada letra podía influir en la subsiguiente y que el valor de MCV en la tercera línea de la página 71 no era el que puede tener la misma serie en otra posición de otra página, pero esa vaga tesis no prosperó. Otros pensaron en criptografías; universalmente esa conjetura ha sido aceptada, aunque no en el sentido en que la formularon sus inventores.

Hace quinientos años, el jefe de un hexágono superior dio con un libro tan confuso como los otros, pero que tenía casi dos hojas de líneas homogéneas. Mostró su hallazgo a un descifrador ambulante, que le dijo que estaban redactadas en portugués; otros le dijeron que en yiddish. Antes de un siglo pudo establecerse el idioma: un dialecto samoyedo-lituano del guaraní, con inflexiones de árabe clásico. También se descifró el contenido: nociones de análisis combinatorio, ilustradas por ejemplos de variaciones con repetición ilimitada. Esos ejemplos permitieron que un bibliotecario de genio descubriera la ley fundamental de la Biblioteca. Este pensador observó que todos los libros, por diversos que sean, constan de elementos iguales: el espacio, el punto, la coma, las veintidós letras del alfabeto. También alegó un hecho que todos los viajeros han confirmado: No hay en la vasta Biblioteca, dos libros idénticos. De esas premisas incontrovertibles dedujo que la Biblioteca es total y que sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos (número, aunque vastísimo, no infinito) o sea todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basilides, el comentario de ese

evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de tu muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito.

Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto. No había problema personal o mundial cuya elocuente solución no existiera: en algún hexágono. El universo estaba justificado, el universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza. En aquel tiempo se habló mucho de las Vindicaciones: libros de apología y de profecía, que para siempre vindicaban los actos de cada hombre del universo y guardaban arcanos prodigiosos para su porvenir. Miles de codiciosos abandonaron el dulce hexágono natal y se lanzaron escaleras arriba, urgidos por el vano propósito de encontrar su Vindicación. Esos peregrinos disputaban en los corredores estrechos, proferían oscuras maldiciones, se estrangulaban en las escaleras divinas, arrojaban los libros engañosos al fondo de los túneles, morían despeñados por los hombres de regiones remotas. Otros se enloquecieron... Las Vindicaciones existen (yo he visto dos que se refieren a personas del porvenir, a personas acaso no imaginarias) pero los buscadores no recordaban que la posibilidad de que un hombre encuentre la suya, o alguna pérfida variación de la suya, es computable en cero.

También se esperó entonces la aclaración de los misterios básicos de la humanidad: el origen de la Biblioteca y del tiempo. Es verosímil que esos graves misterios puedan explicarse en palabras: si no basta el lenguaje de los filósofos, la multiforme Biblioteca habrá producido el idioma inaudito que se requiere y los vocabularios y gramáticas de ese idioma. Hace ya cuatro siglos que los hombres fatigan los hexágonos... Hay buscadores oficiales, inquisidores. Yo los he visto en el desempeño de su función: llegan siempre rendidos; hablan de una escalera sin peldaños que casi los mató; hablan de galerías y de escaleras con el bibliotecario; alguna vez, toman el libro más cercano y lo hojean, en busca de palabras infames. Visiblemente, nadie espera descubrir nada.

A la desaforada esperanza, sucedió, como es natural, una depresión excesiva. La certidumbre de que algún anaquel en algún hexágono encerraba libros preciosos y de que esos libros preciosos eran inaccesibles, pareció casi intolerable. Una secta blasfema sugirió que cesaran las buscas y que todos los hombres barajaran letras y símbolos, hasta construir, mediante un improbable don del azar, esos libros canónicos. Las autoridades se vieron obligadas a promulgar órdenes severas. La secta desapareció, pero en mi niñez he visto hombres viejos que largamente se ocultaban en las letrinas, con unos discos de metal en un cubilete prohibido, y débilmente remedaban el divino desorden.

Otros, inversamente, creyeron que lo primordial era eliminar las obras inútiles. Invadían los hexágonos, exhibían credenciales no siempre falsas, hojeaban con fastidio un volumen y condenaban anaqueles enteros: a su furor higiénico, ascético, se debe la insensata perdición de millones de libros. Su nombre es execrado, pero quienes deploran los «tesoros» que su frenesí destruyó, negligencian dos hechos notorios. Uno: la Biblioteca es tan enorme que toda reducción de origen humano resulta infinitesimal. Otro: cada ejemplar es único, irremplazable, pero (como la Biblioteca es total) hay siempre varios centenares de miles de facsímiles imperfectos: de obras que no difieren sino por una letra o por una coma. Contra la opinión general, me atrevo a suponer que las consecuencias de

las depredaciones cometidas por los Purificadores, han sido exageradas por el horror que esos fanáticos provocaron. Los urgía el delirio de conquistar los libros del Hexágono Carmesí: libros de formato menor que los naturales; omnipotentes, ilustrados y mágicos.

También sabemos de otra superstición de aquel tiempo: la del Hombre del Libro. En algún anaquel de algún hexágono (razonaron los hombres) debe existir un libro que sea la cifra y el compendio perfecto de todos los demás: algún bibliotecario lo ha recorrido y es análogo a un dios. En el lenguaje de esta zona persisten aún vestigios del culto de ese funcionario remoto. Muchos peregrinaron en busca de Él. Durante un siglo fatigaron en vano los más diversos rumbos. ¿Cómo localizar el venerado hexágono secreto que lo hospedaba? Alguien propuso un método regresivo: Para localizar el libro A, consultar previamente un libro B que indique el sitio de A; para localizar el libro B, consultar previamente un libro C, y así hasta lo infinito... En aventuras de éstas, he prodigado y consumido mis años. No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total; ruego a los dioses ignorados que un hombre - ¡uno solo, aunque sea, hace miles de años! - lo haya examinado y leído. Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno. Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme Biblioteca se justifique.

Afirman los impíos que el disparate es normal en la Biblioteca y que lo razonable (y aun la humilde y pura coherencia) es una casi milagrosa excepción. Hablan (lo sé) de «la Biblioteca febril, cuyos azarosos volúmenes corren el incesante albur de cambiarse en otros y que todo lo afirman, lo niegan y lo confunden como una divinidad que delira». Esas palabras que no sólo denuncian el desorden sino que lo ejemplifican también, notoriamente prueban su gusto pésimo y su desesperada ignorancia. En efecto, la Biblioteca incluye todas las estructuras verbales, todas las variaciones que permiten los veinticinco símbolos ortográficos, pero no un solo disparate absoluto. Inútil observar que el mejor volumen de los muchos hexágonos que administro se titula «Trueno peinado», y otro «El calambro de yeso» y otro «Axaxaxas mlo». Esas proposiciones, a primera vista incoherentes, sin duda son capaces de una justificación criptográfica o alegórica; esa justificación es verbal y, ex hypothesi, ya figura en la Biblioteca. No puedo combinar unos caracteres dhcmrlchtdj que la divina Biblioteca no haya previsto y que en alguna de sus lenguas secretas no encierren un terrible sentido. Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y de temores; que no sea en alguno de esos lenguajes el nombre poderoso de un dios. Hablar es incurrir en tautologías. Esta epístola inútil y palabarrera ya existe en uno de los treinta volúmenes de los cinco anaqueles de uno de los incontables hexágonos, y también su refutación. (Un número n de lenguajes posibles usa el mismo vocabulario; en algunos, el símbolo biblioteca admite la correcta definición ubicuo y perdurable sistema de galerías hexagonales, pero biblioteca es pan o pirámide o cualquier otra cosa, y las siete palabras que la definen tienen otro valor. Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?).

La escritura metódica me distrae de la presente condición de los hombres. La certidumbre de que todo está escrito nos anula o nos afantasma. Yo conozco distritos en que los jóvenes se prosternan ante los libros y besan con barbarie las páginas, pero no saben descifrar una sola letra. Las epidemias, las discordias heréticas, las peregrinaciones que inevitablemente degeneran en bandolerismo, han diezmando la población. Creo haber mencionado los suicidios, cada año más

frecuentes. Quizá me engañen la vejez y el temor, pero sospecho que la especie humana - la única - está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta.

Acabo de escribir infinita. No he interpolado ese adjetivo por una costumbre retórica; digo que no es ilógico pensar que el mundo es infinito. Quienes lo juzgan limitado, postulan que en lugares remotos los corredores y escaleras y hexágonos pueden inconcebiblemente cesar, lo cual es absurdo. Quienes la imaginan sin límites, olvidan que los tiene el número posible de libros. Yo me atrevo a insinuar esta solución del antiguo problema: La biblioteca es ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden). Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza.

FIN

Fredric Brown - **ARMAGEDON**

Tuvo lugar, entre todos los lugares del mundo, en Cincinnati. No es que tenga nada en contra de Cincinnati, pero no es precisamente el centro del universo, ni siquiera del estado de Ohio. Es una bonita y antigua ciudad y, a su manera, no tiene par. Pero incluso su cámara de comercio admitiría que carece de significación cósmica. Debió de ser una simple coincidencia que Gerber el Grande - ¡vaya nombre! - se encontrara entonces en Cincinnati.

Naturalmente, si el episodio hubiera llegado a conocerse, Cincinnati se habría convertido en la ciudad más famosa del mundo, y el pequeño Herbie sería aclamado como un moderno san Jorge y más celebrado que un niño bromista. Pero ni uno solo de los espectadores que llenaban el teatro Bijou recuerda nada acerca de lo ocurrido. Ni siquiera el pequeño Herbie Westerman, a pesar de tener la pistola de agua que tan importante papel jugó en el suceso.

No pensaba en la pistola de agua que tenía en un bolsillo mientras contemplaba al prestidigitador que ejecutaba su número en el escenario. Era una pistola de agua nueva, comprada en el camino hacia el teatro cuando engatusó a sus padres para que entraran en la juguetería de la calle Vine; pero, en aquel momento, Herbie estaba mucho más interesado por lo que ocurría en el escenario.

Su expresión revelaba la más completa aprobación. Los juegos de manos a base de cartas no suponían ningún misterio para Herbie. El mismo sabía hacerlos. Eso sí, debía utilizar una baraja pequeña que iba en la caja de magia y era del tamaño adecuado para sus nueve años de edad. Y la verdad es que cualquiera que le observase podía ver el paso de la carta de un lado a otro de la mano. Pero eso no era más que un detalle.

Sin embargo, sabía que pasar siete cartas a la vez requería una gran fuerza digital así como una habilidad sin límites, y eso era lo que Gerber el Grande estaba haciendo. Durante el cambio no se oía ningún chasquido revelador, y Herbie hizo un gesto de aprobación. Entonces recordó el siguiente número.

Dio un codazo a su madre y le dijo:

- Mamá, pregunta a papá si tiene un pañuelo para dejarme.

Por el rabillo del ojo, Herbie vio que su madre volvía la cabeza y en menos tiempo del necesario para decir «Presto», Herbie había abandonado su asiento y corría por el pasillo. Se sentía satisfecho de su hábil maniobra de despiste y su rapidez de reflejos.

En aquel preciso momento de la actuación - que Herbie ya había visto en otras ocasiones, solo - era cuando Gerber el Grande pedía que algún niño subiera al escenario. Lo estaba haciendo en aquel preciso instante.

Herbie Westerman se le adelantó. Se puso en movimiento mucho antes de que el mago formulara la solicitud. En la actuación precedente, fue el décimo en llegar a las escaleras que unían el pasillo y el escenario. Esta vez había estado preparado, y poco se había arriesgado a que sus padres se lo prohibieran. Quizá su madre le hubiera dejado y quizá no; le pareció mejor esperar a que mirase hacia otro lado. No se podía confiar en los padres en cosas como ésa. A veces, tenían ideas muy raras.

«...tan amable de subir al escenario?» Los pies de Herbie se posaron en el primer escalón antes de que el mago terminara la frase. Oyó un decepcionado

arrastrar de pies a su espaldas, y sonrió vanidosamente mientras atravesaba el escenario.

Herbie sabía, por anteriores representaciones, que el truco de las tres palomas era el que necesitaba un ayudante escogido entre el público. Era el único truco que no conseguía descubrir. Sabía que en aquella caja tenía que haber un compartimiento oculto, pero ni siquiera podía imaginarse dónde. Sin embargo, esta vez sería él quien aguantara la caja. Si a esa distancia no era capaz de descubrir el truco, lo mejor que podía hacer era dedicarse a coleccionar sellos.

Sonrió abiertamente al mago. No es que él, Herbie, pensara delatarle. El también era mago; por eso comprendía qué entre todos los magos debía existir un gran compañerismo y que uno jamás debía revelar los trucos de otro.

No obstante, se estremeció y la sonrisa se borró de su cara en cuanto observó los ojos del mago. Gerber el Grande, desde tan cerca, parecía mucho más viejo que desde el otro lado del escenario. Y además, distinto. Mucho más alto, por ejemplo.

Sea como fuere, aquí llegaba la caja para el truco de las palomas. El ayudante habitual de Gerber la traía en una bandeja. Herbie desvió la mirada de los ojos del mago y se sintió mejor. Incluso recordó la razón por la que se encontraba en el escenario. El criado cojeaba. Herbie agachó la cabeza para ver la parte inferior de la bandeja por si acaso. No vio nada.

Gerber cogió la caja. El criado se alejó cojeando y Herbie lo siguió con la mirada. ¿Era realmente cojo o se trataba únicamente de un truco más?

La caja se dobló hasta quedar totalmente plana. Los cuatro lados reposaron sobre el fondo, la superficie reposó sobre uno de los lados. Había pequeñas bisagras de latón.

Herbie dio rápidamente un paso atrás para ver la zona posterior mientras la anterior era mostrada a los espectadores. Sí, entonces lo vio. Un compartimiento triangular adosado a un lado de la tapa, cubierta por un espejo, y unos ángulos destinados a lograr su invisibilidad. Un truco muy gastado. Herbie se sintió un poco decepcionado.

El prestidigitador dobló la caja y el compartimiento oculto por el espejo quedó en su interior. Se volvió ligeramente.

- Y ahora, jovencito...

Lo que ocurrió en el Tibet no fue el único factor; fue el último eslabón de una cadena.

El clima tibetano había sido insólito durante esa semana, realmente insólito. Hizo un relativo calor. La nieve sucumbió a las elevadas temperaturas en cantidad superior a la que se había fundido a lo largo de los últimos años. Los riachuelos crecieron, y todos los ríos aumentaron de caudal.

A lo largo de los ríos, los molinillos de oraciones giraban a más velocidad de la que habían alcanzado jamás. Otros, sumergidos, se detuvieron. Los sacerdotes, con el agua hasta las rodillas, trabajaban frenéticamente, acercando los molinillos a la ribera, donde el veloz torrente no tardaría en volver a cubrirlos.

Había un pequeño molinillo, uno muy antiguo que había girado sin cesar durante más tiempo del que ningún hombre podía recordar. Hacía tanto tiempo que se encontraba allí que ningún lama recordaba la inscripción que ostentaba, ni cuál era el propósito de aquella oración.

Las turbulentas aguas rozaban su eje cuando el lama Klarath se acercó para trasladarlo a un lugar más seguro. Demasiado tarde. Sus pies resbalaron sobre el

barro y la palma de su mano tocó el molinillo mientras caía. Liberado de sus amarras, se alejó con la corriente, rodando por el fondo del río, hacia aguas cada vez más profundas.

Mientras rodó, todo fue bien.

El lama se levantó, tiritando a causa de la momentánea inmersión, y se dirigió hacia otro de los molinillos. ¿Qué importancia podía tener un pequeño molinillo?, pensó. No sabía que - ahora que otros eslabones se habían roto - sólo aquel diminuto objeto se interponía entre la Tierra y Armagedón.

El molinillo de Wangur UI siguió rodando y rodando hasta que, a dos kilómetros río abajo, chocó con un saliente y se detuvo. Ese fue el momento.

«Y ahora, jovencito...»

Estamos nuevamente en Cincinnati, Herbie Westerman levantó la vista, preguntándose por qué se habría interrumpido el prestidigitador a mitad de la frase. Vio que el rostro de Gerber el Grande estaba contorsionado por una gran impresión. Sin moverse, sin cambiar, su rostro empezó a cambiar. Sin transformarse, se transformó.

Después, lentamente, el mago se echó a reír. En aquellas suaves carcajadas se reflejaba todo el mal del mundo. Ninguno de los que las oyeron pudieron dudar de su personalidad. Ninguno dudó. Los espectadores, todos y cada uno de ellos, supieron en aquel horrible momento quién se encontraba ante ellos, lo supieron - incluso los más escépticos - sin ninguna sombra de duda.

Nadie se movió, nadie habló, nadie contuvo el aliento. Hay otras cosas aparte del miedo. Sólo la incertidumbre causa miedo y, en aquel momento, el teatro Bijou estaba lleno de una espantosa certidumbre.

La risa se hizo más fuerte. Alcanzó un crescendo, resonó en los rincones más polvorientos de la galería. Nada - ni una mosca del techo - se movió.

Satanás habló.

- Agradezco la atención que han prestado a un pobre mago. - Hizo una exagerada reverencia -. La representación ha concluido.

Sonrió.

- Todas las representaciones han concluido.

El teatro pareció oscurecerse, a pesar de que las luces siguieran encendidas. En medio de un silencio mortal, pareció oírse el ruido de unas alas, unas alas correosas, como si invisibles criaturas se estuvieran reuniendo.

En el escenario reinaba un mortecino resplandor rojo. De la cabeza y cada uno de los hombros de la alta figura del mago surgió una minúscula llama.

Aparecieron otras llamas. Surgieron a lo largo del proscenio, a lo largo del escenario. Una de ellas surgió de la tapa de la caja doblada que el pequeño Herbie Westerman seguía teniendo en las manos.

Herbie dejó caer la caja.

¿He mencionado que Herbie era cadete de salvamento? Fue una acción puramente refleja. Un niño de nueve años no sabe gran cosa acerca de temas como Armagedón, pero Herbie Westerman debería haber sabido que el agua jamás habría podido apagar aquel fuego.

Pero, como ya he dicho, fue una acción puramente refleja. Sacó su nueva pistola de agua y lanzó un chorro de líquido sobre la caja destinada a ejecutar el truco de las palomas. Y el fuego se apagó, mientras gotas del chorro de agua mojaban la pernera unas de los pantalones de Gerber el Grande, que se encontraba de espaldas a él.

Se produjo un ruido sibilante, repentino. Las luces brillaron nuevamente con toda su fuerza, y todas las demás llamas se apagaron, el ruido de alas se desvaneció, ahogado por otro ruido, el murmullo de los espectadores

El prestidigitador tenía los ojos cerrados. Su voz sonó extrañamente forzada cuando dijo:

- Conservo todo mi poder; ninguno de ustedes recordará lo sucedido.

Después, muy lentamente, se volvió y recogió la caja del suelo. Se la dio a Herbie Westerman.

- Debes tener más cuidado, niño - dijo - sujétala así.

Dio un ligero golpecito en la tapa con su varita mágica. La puerta se abrió. Tres palomas blancas se escaparon de la caja. El susurro de sus alas no era correoso.

El padre de Herbie Westerman bajó las escaleras con semblante pensativo, descolgó el suavizador de la navaja de afeitar de un clavo de la pared de la cocina.

La señora Westerman levantó la mirada y dejó de remover la sopa que estaba haciendo.

- Pero, Henry - dijo -, no irás a castigarle por lanzar un poco de agua por la ventanilla del coche mientras volvíamos a casa, ¿verdad?

Su marido meneó la cabeza.

- Claro que no, Marge. Pero ¿no recuerdas que compramos esa pistola de camino al teatro, y que no nos acercamos para nada a un grifo? ¿Dónde crees que la llenó?

No aguardó la respuesta.

- Cuando nos detuvimos en la catedral para hablar con el padre Ryan acerca de su confirmación, ¿entonces fue cuando la llenó! ¡En la pila bautismal! ¡Poner agua bendita en la pistola de agua!

Subió pesadamente las escaleras, con el suavizador en la mano.

Rítmicos golpes y gemidos de dolor se escaparon hacia el piso inferior. Herbie, que había salvado al mundo estaba recibiendo su recompensa.

FIN

Alfred Bester - **ALGUIEN ME APRECIA AHÍ ARRIBA**

Fueron esos tres chillados y, de ellos, dos humanos. Les podía hablar a todos porque conozco idiomas, decimal y binario. La primera vez que me tropecé con aquellos payasos fue cuando quisieron saberlo todo sobre Heróstrato y les ilustré. La vez siguiente ya se trataba de Conus gloria maris y se lo expliqué. La tercera, me preguntaron dónde podían esconderse y se lo dije. Desde entonces estamos en contacto. Él era Jake Madigan (James Jacob Madigan, doctor en filosofía de la Universidad de Virginia), jefe de la sección de Exobiología del Centro de Vuelos Espaciales Goddard, con los que confían estudiar las formas de vida extraterrestre, si es que atrapan alguna. Para darles una idea de su sensatez, una vez programó el computador IBM 704 con un mazo de naipes e imprimió limones, naranjas, ciruelas y así sucesivamente; luego, lo hizo jugar contra la máquina trapaperras y perdió la camisa. El muchacho estaba verdaderamente majareta.

Ella era Florinda Pot (se pronuncia «Poe» porque es un apellido flamenco.) Era una preciosa rubia pero toda cubierta de pecas, desde por debajo del dobladillo del vestido hasta encima del escote. Era M.E. de la Universidad de Sheffield y tenía una voz de ametralladora inglesa. Había estado en la División de Cohetes de Sondeo, hasta que hizo estallar un Aerobee con una manta eléctrica. Parece que ese sólido combustible no produce la máxima aceleración si está muy frío, de modo que esta pequeña suplente de madre calentaba sus cohetes en White Sands con mantas eléctricas antes de producirse el encendido. Una manta se prendió fuego y «pum»

Su hijo era S-333. En la NASA designan con una «S» a los satélites científicos y con una «A» a los de aplicación. Tras el lanzamiento les adjudican siglas públicas como IMP, SYNCOM, OSO, etc., S-333 iba a ser un OBO, las siglas de Observatorio Biológico Orbital, y jamás llegaré a comprender cómo esos dos payasos consiguieron lanzar al espacio el tercero. Sospecho que el director les encargó la misión porque nadie con sentido común se atrevió a tocarlo.

Como proyectista científico, Madigan estaba a cargo de los envases de los experimentos que debían lanzar, y muchos vuelos ya se habían espaciado. Lo llamaba su ELECTROLUX, como la máquina aspiradora; un chiste de humor científico. Consistía en una válvula aspiradora que succionaba las partículas de polvo y las depositaba en un frasco que contenía un medio de cultivo. Una luz irradiaba por la botella y producía un efecto fotoeléctrico. Si una partícula de polvo poseía formas de esporas y si prendía en el medio de cultivo su desarrollo empañaba la botella y la disminución de luz se registraba en la célula fotoeléctrica. Lo llamaban Detector por Extinción.

Cal Tech debía experimentar si las moléculas RNA podían enviar un mensaje del organismo ambiental. Empleaban células nerviosas de los moluscos del Mar de la Liebre. Harvard planeaba un envío para investigar los ritmos fisiológicos. Pensilvania quería examinar el efecto del campo magnético de la tierra en las bacterias del hierro y tuvieron que lanzar un cable Perin para evitar el roce magnético con el sistema electrónico del satélite. El estado de Ohio mandaba líquenes para analizar los efectos del espacio y su relación simbiótica con los mohos y algas. Michigan mandaba por avión un terrario que contenía una (1) zanahoria y el cual necesitaba cuarenta y siete (47) mandos separados para su funcionamiento. En definitiva, S-333 era exactamente Rube Goldberg

Florinda era la directora del Proyecto, supervisaba la construcción del satélite y los envíos; el director del proyecto, Florinda, era algo así como el capataz de la misión. Aunque bonita y deliciosamente chiflada se aferraba a su trabajo y cuando se irritaba mostraba la disposición de una tarántula de cara pecosa; por lo cual no era amada.

Estaba decidida a liquidar a todos los inútiles de White Sands y su exigencia de perfección retrasó el programa dieciocho meses y aumentó el coste en tres cuartos de millón. Se enfadaba con todos y hasta tuvo la osadía de pelearse con Harvard. Cuando los de Harvard se molestan no se quejan a la NASA sino que van directamente a la casa blanca. Por tal motivo, Florinda tuvo que soportar un rapapolvo de un comité del Congreso. Primero querían saber porqué S-333 costaba más de lo previsto.

- S-333 es aún la misión más barata de la NASA - les espetó -. Vendrá a costar diez millones de dólares incluyendo el lanzamiento. ¡Dios mío! Pero si prácticamente es un regalo.

Luego le preguntaron por qué en su construcción se empleó mucho más tiempo del estipulado.

- Porque nadie ha construido antes un Observatorio Biológico Orbital.

Como aquello no admitía réplica, la dejaron estar. En realidad, no fue más que una crisis de rutina, pero OBO era el primer satélite de Florinda y de Jake y de eso no se daban cuenta. Aplacaron sus tensiones echándose la culpa los unos a los otros sin percatarse de que el único responsable era su hijo.

El 1º de diciembre, Florinda entregó puntualmente al Cabo el S-333, lo que les daba tiempo suficiente para lanzarlo antes de Navidad. (En vacaciones, el equipo del Cabo no se esfuerza demasiado.) Pero el satélite comenzó a manifestar sus caprichos, y en las pruebas finales todos andaban trastornados. Se tuvo que aplazar el lanzamiento y tardaron un mes en llevarse el S-333 para desmontarlo todo sobre el suelo del hangar.

Existían dos problemas críticos. El estado de Ohio usaba un tipo de Invar para la estructura de sus envases que era una aleación de níquel y acero. De pronto, la aleación comenzó a fundirse, lo que indicaba que jamás conseguirían calibrar el experimento. No había forma de que volara, así que Florinda ordenó que lo restregasen bien, y a Madigan le concedió un mes para presentarse con un repuesto, lo cual era ridículo. Sin embargo, Madigan realizó el milagro. Tomó el envase bloqueado y lo convirtió en levadura. Esta produce enzimas adecuadas que responden a los cambios ambientales, lo cual dio por resultado una investigación de lo que las enzimas producirían en el espacio.

Otro problema más grave fue la radio transmisora del satélite; emitía gorjeos y alaridos cuando la antena se replegaba en posición de lanzamiento. El peligro estribaba en que los gritos podía recogerlos la radio receptora del satélite y los latidos motivar una orden de destrucción. La NASA sospecha que eso fue lo que sucedió con el NYNCOM 1, que desapareció poco después del lanzamiento y jamás se ha vuelto a saber de él. Florinda decidió lanzar su satélite con el transmisor cerrado y, luego, activarlo en el espacio.

Madigan rechazó la idea.

- ¿Cómo si lanzáramos un pájaro mudo? - protestó -. No sabríamos dónde localizarlo.

- Confiemos en que la estación de rastreo de Johannesburgo nos dé la señal cuando ase - contestó Florinda -. Tenemos con Joburg excelentes comunicaciones cablegráficas.

- Supón que no consiguen detenerlo; ¿qué pasa?
- ¡Pues si ellos no pueden localizar a OBO, lo harán los rusos!
- ¡Muy chistosa! ¿No se te ocurre otra idea mejor!
- ¿Qué quieres que haga, anular la misión? Eso, o lanzarlo con el transmisor cerrado - y miró a Madigan con ojos llameantes -. Es mi primer satélite y ¿sabes lo que me enseñó? Que en toda labor espacial sólo hay un componente que siempre te da disgustos: ¡los científicos!
- ¡Mujeres! - rugió Madigan y se enzarzaron en una feroz discusión sobre la mística femenina.

El 14 de enero finalizaron las últimas pruebas del S-333, así como el papeleo y las discusiones sobre el lanzamiento. Sin mantas eléctricas. La nave sería puesta en órbita a mil millas del lugar del lanzamiento, exactamente al mediodía, de modo que el encendido estaba programado para las 11:50 de la mañana del 15 de enero. Observaron el lanzamiento desde la pantalla del televisor de la torre de control y fue angustioso. Los perímetros de los tubos de la TV son curvos, así, cuando el satélite despegó y se acercaba al borde de la pantalla, se produjo una deformación óptica y parecía que el cohete iba a volcar y romperse por la mitad.

Madigan jadeaba y empezó a sudar. Florinda exclamó:

- No te preocupes, todo va muy bien. Mira la posición del gráfico.

Todo era nominal en los gráficos iluminados. En aquel momento una voz, de la agencia de noticias habló con el tono impersonal de un croupier:

- Hemos perdido la comunicación cablegráfica con Johannesburgo.

Madigan se echó a temblar y decidió matar a Florinda Pot (en su mente pronunció «Pot» - cacharro -) a la primera ocasión. Los otros técnicos y el personal de la NASA palidecieron. Si no consigues localizaran el acto un proyectil jamás lo vuelves a encontrar, Nadie hablaba. Aguardaban en silencio y se odiaban mutuamente. La una y media era la hora en que el satélite debía pasar por primera vez sobre la estación de rastreo de Fort Myers, si es que todavía existía, sí es que se hallaba en algún lugar de su órbita nominal. Fort Myers tenía línea y todos se agolparon en torno a Florinda procurando acercar el oído al auricular.

- Sí, entró bailando en el bar completamente borracha escoltada por un par de policías del ejército - habló una vocecita indiferente -. Me dijo «¿Quieres dar un paseito, Henry?» - siguió una larga pausa y luego la misma voz indiferente dijo -: ¿Eh, Kennedy? Hemos cazado el pájaro. Ahora mismo pasa sobre la verja. Tendrá su localización.

- ¡Orden 0310! - gritó Florinda -. ¡0310!

- Es la orden 0310 - contestó Fort Myers.

Era la orden para hacer funcionar el transmisor del satélite y levantar su antena en posición de emisora. Un momento después, los discos y el osciloscopio del tablero del receptor de la radio comenzaron a moverse y el altavoz emitió un gorjeo rítmico, sincopado, más parecido al débil crujir de un cacahuete tostado al romperlo. Era OBO que transmitía sus informes domésticos.

- ¡Hemos cazado un pájaro vivo! - chillaba Madigan -, ¡Tenemos una muñeca viva!

No puedo describir sus sensaciones cuando oyó que el pájaro piaba sobre la estación de gas. Hay tal emoción cuando se lanza el primer satélite que ya nunca más eres el mismo. El primer satélite de un hombre es como su primera aventura amorosa. Tal vez por eso Madigan abrazó a Florinda frente a la torre de control y exclamó:

- ¡Dios mío, te amo, Florie Pot!

Tal vez por eso ella contestó:

- Yo también te amo, Jake.

Quizá, porque sólo amaban a su primer hijo.

Por la órbita 3 descubrieron que su hijo era un descarado.

En un jet de las Fuerzas Aéreas regresaron a Washington. Habían conseguido algo digno de celebrarse. Era la una y media de la mañana y hablaban felices; esa conversación, corriente entre los que se acaban de conocer y simpatizado, donde habían nacido en qué colegio se educaron, de su trabajo, lo que les gustó de cada uno la primera vez que se vieron. Sonó el teléfono. Madigan lo descolgó automáticamente y preguntó. Una voz de hombre dijo:

- Oh, disculpe, creo que me equivoqué de número.

Madigan colgó, encendió la luz y miró a Florinda consternado.

- Fue la cosa más estúpida que jamás hice en mi vida. Contestar por tu teléfono.

- ¿Por qué? ¿Qué pasa?

- Era Joe Leary, de Sondeo e Informes. Reconocí su voz.

- Y él, ¿te reconoció? - y soltó una risita maliciosa.

- No lo sé - volvió a sonar el teléfono -. Debe de ser otra vez Joe. Procura hablar como si estuvieras sola.

Florinda le hizo un guiño y descolgó el teléfono.

- ¿Diga? Sí, Joe. No, todo perfecto, no estaba durmiendo. ¿Qué supones? - escuchó un momento y de pronto se sentó en la cama y exclamó -: ¿Cómo? - Leary parpaba como un pato asustado pero ella lo interrumpió -. No te preocupes, lo recogeré. En seguida vamos - y colgó.

- ¿Qué pasa? - preguntó Madigan.

- Corre y vístete. OBO está en apuros.

- ¡Jesús! ¿Qué hacemos ahora?

- Está girando como un derviche. Tenemos que ir en seguida a Goddard.

Leary tenía impresos todos los canales de salida de las primeras ocho órbitas. Diez minutos de papel desenrollado en el suelo de su despacho, parecía una toalla de papel llena de columnas verticales de números. Leary se arrastraba alrededor apoyado en las manos y las puntas de los pies, rastreando los números. Señaló la columna con los datos de posición.

- Ahí está el molinete. Una revolución cada doce segundos.

- Pero ¿cómo es posible? ¿Por qué? - objetó Florinda exasperada.

- Puedo mostrártelo aquí - señaló Leary.

- No nos lo enseñes, sólo cuéntanoslo - suplicó Madigan.

- El mástil del cable de ignición no obedeció la orden - explicó Leary -; todavía cuelga en posición de lanzamiento. Hay que obtener el conmutador.

Florinda y Madigan se miraron con rabia; se lo imaginaban. OBO estaba programado para ser estabilizado en tierra. Se suponía que un ojo sensitivo que se adhería a la tierra mantenía al satélite de cara a él por la fuerza centrífuga. El cable Penn colgaba a lo largo del sensor terrestre y el ojo idiota había bloqueado el tubo y lo seguía y a consecuencia de ello el satélite se perseguía a sí mismo en círculos como sus chorros de gas laterales. ¡Demencial!

Permítanme que les explique el problema. A menos que OBO estuviera estabilizado en tierra, sus datos no tenían sentido. Todavía peor era la cuestión de la fuerza eléctrica que procedía de baterías cargadas por pantallas solares.

Con el satélite girando, las baterías no podían permanecer siempre de cara al sol, por lo que estaban condenadas a agotarse.

Era evidente que su única esperanza consistía en alcanzar el cable de ignición.

- Probablemente, todo lo que necesita es un buen puntapié - expuso Madigan furioso -, pero, ¿cómo vamos a subir para dárselo? - Estaba fuera de sí. No sólo porque se perdían diez millones de dólares sino porque también peligraba su carrera.

Dejaron a Leary arrastrándose por el suelo de su oficina.

Florinda estaba muy callada hasta que por último propuso:

- Vete a casa, Jake.

- ¿Y tú?

- Yo me voy a la oficina.

- Te acompaño.

- No. Voy a mirar la reproducción del circuito. Buenas noches. - Ya se iba sin ofrecerle la mejilla para recibir un beso cuando Madigan exclamó:

- OBO ya se interpone entre nosotros. Hay mucho de qué hablar respecto a la paternidad planeada.

Vio a Florinda la semana siguiente pero no como él hubiera deseado. Estaban los técnicos a los que se debía informar del fracaso. El director los llamó a su despacho para que le detallaran lo sucedido, pero aunque se mostró benévolo y comprensivo tuvo mucho cuidado en no mencionar que se celebrase un congreso y mucho menos que se hiciesen revelaciones a la prensa.

Florinda llamó a Madigan una semana después y le dijo con voz jubilosa:

- Jake, eres mi genio benéfico. Espero que hayas resuelto el problema de OBO.

- ¿Quién y qué lo resuelve?

- ¿No recuerdas lo que dijiste acerca de darle un puntapié al niño?

- ¡Ojalá pudiera!

- Creo que sé cómo lo conseguirás. Nos veremos en la cafetería del Edificio 8 para almorzar.

Entró con un montón de papeles que desplegó sobre una mesa.

- Primero Operación Puntapié-Rápido. Luego, comeremos.

- Estos días no tengo mucho apetito - se lamentó Madigan con voz lúgubre.

- Quizá lo recuperes cuando haya terminado. Ahora mira: tenemos que levantar el cable de ignición. Quizás un buen puntapié lo desatasque; ¿te parece una buena suposición?

Madigan gruñó.

- Conseguimos veintiocho voltios de las baterías y no es suficiente para sacudir el cable, ¿qué te parece?

Madigan asintió.

- Pero supón que doblamos la fuerza.

- Estupendo, pero, ¿cómo?

- El componente solar da una vuelta cada doce segundos. Cuando da al sol los paneles reparten cincuenta voltios que recargan las baterías; cuando se aparta, nada, ¿exacto?

- Elemental, Miss Pot. Pero el tío sólo mira el sol un segundo de cada doce y eso no basta para cargar las baterías.

- Pero sí lo suficiente para darle a OBO un rápido puntapié. Imagina que en ese mismo momento pasamos ante las baterías y alimentamos directamente al

satélite con cincuenta voltios. ¿No sería una sacudida suficiente para levantar el cable?

Madigan la miró atónito. Florinda sonrió.

- Claro que es una empresa arriesgada.

- ¿Puedes pasar ante las baterías?

- Sí. Aquí está el circuito.

- ¿Y elegir el segundo?

- La sección de sondeo me ha proporcionado muchísima información sobre la rotación de OBO en una décima de segundo. Aquí está. Podemos tomar cualquier voltaje, del uno al cincuenta.

- Estoy de acuerdo en que es una empresa arriesgada - contestó despacio Madigan -. Pero existe la posibilidad de quemar cualquier parte.

- Exacto. ¿Qué contestas a eso?

- Que de pronto me siento hambriento - sonrió Madigan.

Hicieron la primera prueba en la órbita 272 con una carga de veinte voltios. Nada. En pases sucesivos elevaron el voltaje, a cinco más. Nada. Medio día después, pusieron cincuenta voltios en la parte posterior del satélite y cruzaron los dedos. Las agujas de los discos oscilaron en el panel de la radio, vacilaron y se retrasaron. La segunda curva del osciloscopio se aplanó. Florinda dejó escapar un pequeño grito y Madigan vociferó:

- El cable está arriba, Florie. ¡Ese condenado cable ya se levantó! Estamos en activo.

Pasaron por Goddard gritando, contándoles a todos la operación Puntapié-Rápido. Entraron como un ciclón en el despacho del director durante una reunión, para ofrecerle la buena nueva. Telegrafieron a los investigadores para que activaran los envíos. Finalmente acudieron a celebrarlo al piso de Florinda. OBO funcionaba de nuevo. OBO era digno de confianza.

Una semana después tuvieron una reunión técnica para discutir las condiciones del observatorio, la reducción de datos, las irregularidades de los experimentos, las futuras operaciones, etc. Se celebró una conferencia en el Edificio 1, dedicado a la física teórica. En Goddard, casi todos lo llaman Moon Hall (Sala de la luna). Está habitado por matemáticos, jóvenes melencidos de suéters raídos que se sientan entre montones de papeles y periódicos, textos, y contemplan con ojos inexpresivos las ecuaciones arcanas dibujadas con yeso en las pizarras. Todos los investigadores estaban encantados con la actuación de OBO. Se ofrecían datos a raudales, en voz alta y clara, sin que se oyeran apenas ruidos. Reinaba tal ambiente de triunfo que nadie, excepto Florinda, prestaba atención a la siguiente señal de los embustes de OBO. Harvard informó que sus datos eran sólo palabras sin sentido; palabras que no estaban programadas en el experimento (aunque los datos se recogen en números decimales, cada número es una palabra.) Por ejemplo: sobre órbita 301 tengo cinco datos de 15 - expuso Harvard.

- Puede que hubiera un cruce - objetó Madigan -. ¿emplea 15 en su experimento?

Todos negaron con cabeza.

- Es curioso, yo también tengo dos 15.

- Yo, unos cuantos doses en el 301 - manifestó Penn.

- Yo los supero a todos - informó Cal Tech -. Tengo cinco informes de 15-2-15 en el 302. Parece la combinación del cierre de una bicicleta.

- ¿Alguno usa en su experimento un cierre de bicicleta? - interpeló Madigan. Ante esas palabras todos se dispersaron y la reunión se aplazó.

Pero Florinda, todavía fascinada por su trabajo, estaba preocupada por las extrañas palabras que seguían deslizándose por el computador y Madigan no logró calmarla. Lo que más preocupaba a Florinda era ese 15-2-15 que se insinuaba más y más en los impresos de cada canal. En realidad en la transmisión binaria del satélite era 001111-000010-001111 pero el computador las traduce automáticamente a decimales. Tenía razón en una cosa: las pulsaciones perdidas y accidentales no repetían el mismo trabajo una y otra vez. Ella y Madigan pasaron todo un sábado tratando de descubrir alguna combinación de señales que produjera 15-2-15. Nada.

Por la noche, lo dejaron y acudieron a un bistro en Georgetown, para comer, beber, bailar y olvidarse de todo salvo de ellos. El lugar era una verdadera trampa turística con la camarera disfrazada de bailarina hula-hula. Había una tienda de souvenirs Hula donde vendían muñecas, tigres de trapo para el cristal posterior del coche. Ellos gritaban: «¡No por el amor de Dios!» Un fotógrafo hula se acercó a su mesa con la cámara fotográfica pero ellos seguían gritando: «¡Por el amor de Goddard, no!» Una gitana hula se ofrecía para leer la buenaventura en la palma de la mano, además de numerología y grafología. Se la quitaron de encima, pero Madigan observó una expresión peculiar en el semblante de Florinda.

- ¿Quieres que te lean la buenaventura?

- No.

- Por qué, pues, pones esa cara tan rara?

- Se me ha ocurrido una idea muy curiosa.

- ¿Ah sí?, cuéntamela.

- No. Te reirías de mí.

- No me atrevería. Me romperías la cara.

- Sí, lo, sé; crees que las mujeres no tenemos sentido del humor.

Y aquello terminó en una feroz discusión sobre la mística femenina y se divertieron muchísimo. Pero el lunes, Florinda volvió al despacho de Madigan con un montón de papeles y la misma expresión peculiar. El contemplaba las ecuaciones de la pizarra con mirada distraída.

- ¡Eh, despierta!

- ¡Ya voy, ya voy!

- ¿Me quieres?

- No necesariamente.

- ¿De veras? ¿Incluso si descubres que me he vuelto loca?

- ¿A qué viene todo eso?

- Creo que nuestro hijo se ha convertido en un monstruo.

- Empieza por el principio

- Empezó el sábado por la noche con la gitana hula y la numerología.

- ¡Ah... ya!

- De pronto, pensé: Y si los números representan las letras del alfabeto, ¿qué querría decir 15-2-15?

- ¡Ah, vamos!

- No te escabullas y usa tu imaginación.

- Bien, el 2 sería la B - y Madigan contó con los dedos -; 15 indicaría la O.

- ¿De modo que 15-2-15 es...?

- O.B.O. OBO - se echó a reír pero se paró de repente -. No es posible - exclamó finalmente.

- Claro. Es una coincidencia. Sólo que vosotros, condenados científicos, no me habéis proporcionado un informe completo de las extrañas palabras de vuestros datos. Tuve que averiguarlo yo sola. Ahí tienes a Cal Tech. Informó 15-2-15, de acuerdo, pero no se molestó en añadir que antes venía 22-18-27.

Madigan contó con los dedos.

- S.O.Y. No han quien lo entienda.

- ¿y yo soy? ¿Soy OBO?

- No puede ser. Déjame ver esos impresos.

Ahora que ambos sabían lo que habían de buscar, no fue difícil descifrar por fin las palabras que OBO desparramaba entre los datos. Comenzaron con la 00101 en la primera serie después de la Operación Puntapié-Rápido; siguieron con OBO, OBO. OBO Y luego SOY OBO, SOY OBO, SOY OBO.

Madigan contemplaba a Florinda.

- ¿Crees que ese maldito artefacto vive?

- ¿Tú que crees?

- No lo sé. Allá arriba hay media tonelada de cerebros electrónicos, más material orgánico: levadura, bacterias, enzimas, células nerviosas, esa maldita zanahoria de Michigan...

Florinda dejó escapar una carcajada.

- ¡Cielos! ¡Una zanahoria que piensa!

- Además de las esporas que mi experimento arrastra por el espacio. Con cincuenta voltios hemos dado una sacudida a todo ese batiburrillo. ¿Quién puede contar lo que pasó? Urey y Miller crearon aminoácidos con descargas eléctricas y ése es el fundamento de la vida. ¿Algo más del niño bueno?

- Muchas cosas y de un modo que no gusta a los investigadores.

- ¿Por qué?

- Fíjate en esas traducciones. Las he ido separando y luego las he unido.

33: CUALQUIER EXAMEN DE DESARROLLO EN EL ESPACIO ES INSENSATO A NO SER QUE TENGA CORRELACIÓN CON EL EFECTO CORRELATIVO.

- Es un comentario de OBO sobre el experimento de Michigan - manifestó Florinda.

- ¿Te refieres a que es un figón?

- Llámalo así, si quieres.

- Tiene toda la razón. Lo expuse en Michigan y no quisieron escucharme.

334: NO ES POSIBLE QUE LAS MOLÉCULAS RNA PUEDAN ENVIAR LA EXPERIENCIA AMBIENTAL DE UN ORGANISMO ANÁLOGO AL SISTEMA CON QUE DNA COMUNICA LA SUMA TOTAL DE SU HISTORIA GENÉTICA.

- Eso es de Cal Tech - exclamó Madigan -, y otra vez está en lo cierto. Tratan de revisar la teoría mendeliana, ¿algo más?

53: CUALQUIER INVESTIGACIÓN DE VIDA EXTRATERRESTRE CARECE DE LÓGICA A MENOS QUE ANTES SE ANALICE EL AZÚCAR Y AMINOÁCIDOS PARA DETERMINAR SI ES DE UN ORIGEN DIFERENTE AL DE LA VIDA EN LA TIERRA.

- ¡Oye, esto es ridículo! Yo no busco una forma de vida de origen diverso, sólo busco una forma de vida. Nosotros... - se detuvo cuando vio el semblante de Florinda -. ¿Alguna maravilla más?

- Sólo unos cuantos fragmentos como el «flujo solar», las «estrellas de neutrones» y algunas palabras sobre la ley de Quiebra.

- ¿Cómo?

- Ya me oíste. Capítulo once de la Sección de Transacciones.
- Estoy perdido.
- De acuerdo.
- ¿Qué se propone?
- Tal vez sentirse importante.
- Opino que no debemos hablar a nadie de eso.
- Por supuesto, pero, ¿qué vamos a hacer?
- Observar y esperar, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Ya comprenderán por qué era tan sencillo para esos dos seudopadres aceptar la idea de que su seudohijo había adquirido una especie de seudovida. Madison había expresado su actitud en el curso de «La Vida contra la Máquina», una conferencia que pronunció en M.I.T., el Instituto de Tecnología de Massachussets.

«No pretendo que los computadores sean seres vivos, simplemente porque ninguno puede presentar una definición concreta de la vida. Anótenlo así: Admito que un computador nunca será un Picasso, pero por otra parte la mayoría de las personas viven la clase de vida lineal que se puede programar en un computador».

De ese modo, Madigan Y Florinda cuidaban de OBO con una mezcla de aceptación, maravilla y deleite. Era un fenómeno inaudito, pero, como indicaba Madigan, lo inaudito es la esencia del descubrimiento. Cada noventa minutos, OBO había almacenado en su magnetófono y ellos se peleaban por recoger sus palabras.

371: PITUITARIOS PUEDEN VOLVER BLANCOS ANIMALES NEGROS COMO EL CARBÓN.

- ¿A qué se refiere?
- A ninguno de nuestros experimentos.

373: EL HIELO NO FLOTA EN ALCOHOL PERO LA ESPUMA FLOTA EN EL MAR.

- Se refiere a la magnesita. Lo siguiente que dirá es que fuma en pipa de espuma.

374: EN CASO DE MUERTE VIOLENTA O REPENTINA LOS OJOS DE LA VICTIMA QUEDAN ABIERTOS.

- ¡Uf!

375: EN EL AÑO 356 A.C. HEROSTRATO PRENDIÓ FUEGO AL TEMPLO DE DIANA, UNA DE LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO POR ESO SU NOMBRE ES INMORTAL.

- ¿Es eso cierto?
- Voy a consultarlo.

Lo preguntó y se lo dijo.

- No sólo es cierto - informó Florinda a Madigan -, sino que se han olvidado del nombre del arquitecto.

- ¿De dónde saca el chico toda esa verborrea?
- Hay unos doscientos satélites por ahí arriba y quizá los escucha.
- ¿Te refieres a que charlan entre ellos? ¡Es absurdo!
- Seguro.

- De todos modos, ¿quién le informó sobre ese personaje?

- Usa tu imaginación, Jake. Hace años que enviamos mensajes ¿quién sabe qué clase de informes han llegado hasta ellos? ¿Quién es capaz de decir cuántos han retenido?

Madigan hizo un gesto de hastío.

- Preferiría creer que todo esto es una maquinación rusa.
- 376: LA FIEBRE DEL LORO ES MÁS PELIGROSA QUE EL TIFUS.
- 377: UNA CORRIENTE DE 54 VOLTIOS PUEDE MATAR A UN HOMBRE.
- 378: JOHN SADLER ROBO EL CONUS GLORIA MANIS.
- Parece que se está pervirtiendo.
- Apuesto a que mira la televisión - dijo Florinda - ¿Qué es todo eso de John Sadler?
- Lo consultaré.
- La información que entregué a Madigan los asustó.
- Lee esto - le comunicó a Florinda -. Conus gloria maris es el molusco más raro del mundo. Los coleccionados no llegan a veinte.
- ¿De veras?
- El Museo Americano tenía uno en los años treinta y lo robaron.
- ¿John Sadler?
- Ésa es la cuestión, que jamás descubrieron quién lo robó, ni sabían que existía John Sadler.
- Pues si nadie sabe quién lo robó, ¿Cómo lo ha descubierto OBO? - inquirió Florinda perpleja.
- Eso es lo que me asusta, que ya no repite sino que empieza a sacar deducciones, como Sherlock Holmes.
- Yo diría que como el profesor Moriarty. Fíjate en el último boletín.
- 379: EN FALSIFICACIONES DE BILLETES Y MONEDAS HAY QUE EVITAR LAS CHAPUZAS. POR EJEMPLO, ENTRE 1910 Y 1920 NO SE ACUÑARON DÓLARES DE PLATA.
- Esto lo he visto en la tele - estalló Madigan -. El truco del dólar de plata es de una serie de misterio.
- También OBO ha visto películas del Oeste. Mira esto.
- 380: SE HAN PERDIDO DIEZ MIL RESES. DEJÉ MI RANCHO Y ME FUI. PISTOLEROS, ESTOY AQUÍ PARA DECIROS QUE HOY ME HAN DEJADO SIN BLANCA. ESTOY ARRUINADO. No OS DETENGÁIS EN LAS SALAS DE JUEGO. DIEZ MIL RESES PERDIDAS.
- ¡No! - Profirió Madigan con pavor. ¡Eso no es una película del Oeste, es SYNCOM!
- ¿Quién?
- SYNCOM I.
- Pero desapareció y nunca más se supo.
- Ahora lo escuchamos.
- ¿Cómo lo sabes?
- Enviaron con SYNCOM una cinta magnetofónica de prueba: un discurso del presidente, folklore de los estados y el himno nacional. Iban a empezar con una emisión de la cinta. «Diez mil reses» formaba parte del folklore.
- ¿Quieres decir que OBO está en contacto con los otros?
- Incluso con los que se han extraviado.
- En tal caso, eso lo explica todo.
- Florinda puso un pedazo de papel sobre el escritorio en el que estaba escrito:
- 401: 3KBATOP.
- Ni siquiera sé cómo se pronuncia.
- No es inglés. Es lo más exacto que OBO ha conseguido extraer del alfabeto cirílico.
- ¿Cirílico? ¿Ruso?

Florinda asintió:

- Se pronuncia «Ervator». ¿No lanzaron los rusos, hace unos años, una serie ECUADOR?

- ¡Cielos! Tienes razón. Cuatro: Alyosha, Natasha, Vaska y Lavrushka, y todos fallaron.

- ¿Como SYNCOM?

- Como SYNCOM.

- Pero ahora sabemos que SYNCOM no ha fracasado, únicamente se extravió.

- En tal caso, nuestros camaradas ERVATOR también se perdieron.

De momento fue imposible ocultar que algo raro pasaba con el satélite. OBO perdía mucho tiempo charlando en vez de transmitir datos que los experimentadores reclamaban. La Sección de Comunicaciones descubrió que en lugar de persistir en la banda de radio que en su origen se le asignó, OBO emitía con su cháchara el espectro y las interferencias del espacio de parte a parte. Se armó la gorda. El director llamó a Jake y a Florinda para revisar el asunto y se vieron obligados a contarle todos los problemas de su hijo.

Refirieron con asombro y orgullo todo ese galimatías de OBO y el director no les creyó. No podía creerles cuando le mostraron los impresos y se los tradujeron. Les dijo que los consideraba unos idiotas que trataban de extraer mensajes de Francis Bacon de obras de Shakespeare. Para convencerle apelaron al misterio del cable coaxial.

Sucedió con un spot publicitario de televisión sobre una mecanógrafa que no conseguía una cita galante. Esa seductora modelo, que ganaba cien dólares la hora por posar, se sentía profundamente deprimida ante su máquina de escribir mientras los hombres pasaban uno tras otro sin mirarla. Luego, se encuentra con su mejor amiga junto al recipiente del agua fría y la marisabidilla le informa que lo que ella tiene es dermagérmenes (hedor producido por bacterias de la piel), por lo que despide tan mal olor que nadie la soporta y le sugiere que use un desodorante especial provisto de ciertos ingredientes que eliminan los gérmenes de doce maneras. Sólo que en la emisión, en lugar de lanzar el producto exclamó: «¿Qué diablos pretenden?. Los hombres deberían hacer cola para salir con una preciosidad como tú, aunque huelas como una cloaca». Diez millones de personas lo vieron.

De ese spot comercial se hizo un telefilm que fue aprobado como una marca registrada, de modo que la red de emisoras se imaginaron que algún guasón mangoneaba los cables alimentando las emisiones de las estaciones locales. Establecieron un riguroso sistema de inspección que se aceleró cuando el resto de las emisoras de todo el país comenzaron a obrar de un modo arbitrario. Voces fantasmales rugían, silbaban, abucheaban los programas; los spots publicitarios fueron denunciados por embusteros; se interrumpían los discursos políticos y unas carcajadas demenciales saludaban al «hombre del tiempo». Luego, para colmo, se emitía un pronóstico exacto. Eso fue lo que convenció a Florinda y a Jake de que OBO era el culpable.

- Tiene que ser él, no me cabe la menor duda - exclamó Florinda -. Esa meteorología global que se ha pronosticado sólo puede comunicarla un satélite.

- Pero OBO no lleva instrumental para medir el tiempo.

- Claro que no, tonto, pero seguramente está en contacto con la nave NIMBUS.

- De acuerdo, lo acepto, pero ¿y esas interrupciones en las emisiones de televisión?

- ¿Por qué no? Las aborrece, y ¿acaso tú no? ¿No te enfureces ante el aparato?

- No me refiero a eso. ¿Cómo lo consigue OBO?

- Por cruces de conversaciones electrónicas. No hay manera de que la red de emisoras proteja sus cables de nuestro crítico volante. Lo mejor que podemos hacer es contárselo al director. Eso lo colocará en una situación horrible.

Pero al entrar en el despacho comprendieron que el director se encontraba en una situación muchísimo peor que la de ser únicamente el responsable de la pérdida de un millón de dólares en televisión. Lo encontraron de espaldas a la pared acosado por tres horribles hombres con trajes de chaquetas cruzadas. Cuando se disponían a retirarse de puntillas, el director los llamó:

- El general Sykes, el general Royce, el general Hogan de republicanos y demócratas del Pentágono. Les presento a Miss Pot y al doctor Madigan. Caballeros, ellos responderán a sus preguntas.

- ¿Se refiere a OBO? - preguntó Florinda.

El director hizo un gesto de asentimiento.

- Es OBO el que echa a perder las predicciones meteorológicas. Suponemos que probablemente...

- Al diablo el tiempo - estalló el general Royce -. ¿Qué es esto? - y levantó una larga cinta impresa.

El general Sykes le agarró la muñeca.

- Aguarda un momento. ¿Seguridad de Estado? Es secreto.

- Demasiado tarde - gruñó el general Hogan alzando la voz en toda su potencia -. Muéstraselos.

En la cinta, impreso en teletipo aparecía: $A1 C1 = r1 = 6.317 \text{ cm}$; $A2 C2 = r2 84.440 \text{ cm}$; $A1 A2 = d = 0.676 \text{ c}$.

Jake y Florinda la contemplaron un largo rato; después entre ellos sin comprender y luego se volvieron tres generales?

- Bien ¿qué es? - preguntaron ambos.

- Su satélite...

- ¿Qué pasa con OBO?

- El director dice que ustedes afirman que está en contacto con otros satélites.

- Eso creemos.

- ¿Incluso los rusos?

- Nos parece que sí.

- ¿Y sostienen que es capaz de interferir las emisoras de televisión?

- Suponemos que si.

- ¿Que me dicen del teletipo?

- ¿Por qué no, que es todo esto?

- Esto - chilló el General Royce - es uno de los secretos que guarda con más celo el Departamento de Defensa. Es la fórmula para el sistema óptico infrarrojo de nuestro proyectil Tierra-Aire.

- ¿Y usted supone que OBO lo transmitió por teletipo?

- ¡En nombre de Dios!, ¿quién pudo ser, si no? ¿Cómo se explica lo consiguiera? - profirió el general Hogan.

- No lo entiendo - dijo Jake lentamente. - Ninguno de nuestros satélites poseía dicho informe. Me consta que OBO no.

- ¡Estúpido! - bramó el general Sykes. - queremos saber si su abominable satélite lo obtuvo de esos condenados rusos.

- Un momento, caballeros - intervino el director y se dirigió a Florinda y a Jake - . Consideremos la situación. ¿Obtuvo OBO ese informe de nosotros? En tal caso se ha divulgado un informe secreto y hay un espía. ¿Lo consiguió de un satélite ruso? En ese caso el top secret ya no es un secreto.

- ¿Qué humano sería tan estúpido como para divulgar información secreta por teletipo? - les interpeló el general Hogan -. Un niño de tres años lo haría mejor. Es su maldito satélite, no le demos más vueltas.

- Y si el informe procede de OBO, ¿cómo lo consiguió y de dónde? - prosiguió el director con voz pausada.

- ¡Destruyanlo! - aulló el general Sykes y todos lo miraron. - ¡Destruyanlo! - repitió.

- ¿A OBO?

- ¡Sí!

Aguardó impasible mientras Jake y Florinda estallaban en una tormenta de protestas. Cuando se detuvieron para respirar insistió:

- ¡Destruyanlo! Me importa un rábano, sólo me interesa la seguridad del estado. Su satélite es un bocazas. Hay que aniquilarlo.

Sonó el teléfono. El director vaciló, y luego descolgó.

- ¿Diga? - mientras escuchaba la mandíbula se le proyectaba hacia abajo. Colgó y se tambaleó hacia el sillón de su mesa escritorio -. Será mejor que lo destruyamos. Era OBO.

- ¡Cómo! ¿Le llamó él por teléfono?

- ¡Sí!

- ¿OBO?

- El mismo.

- ¿Cómo sonaba?

- Como alguien que habla debajo del agua.

- ¿Qué dijo, qué dijo?

- Está haciendo gestiones para que Goddard reúna una asamblea que investigue la moral.

- ¿La moral? ¿De quién?

- De ustedes dos. Dice que sostienen relaciones ilícitas. Cito lo que dijo OBO. Por lo visto no está fuerte en la letra «c».

- ¡Hay que destruirlo! - propuso Florinda.

- Sí, debemos exterminarlo - recalcó Jake.

La orden de destrucción fulguró sobre OBO en su primer paso e Indianápolis quedó destruida por el fuego.

OBO me llamó.

- Eso les enseñará, Stretch - exclamó.

- Todavía no. Pasará tiempo antes de que se imaginen la, causa y el efecto, ¿cómo lo hiciste?

- Ordené a todos los circuitos de la ciudad que se cortaran otra información?

- Tu padre y tu madre te han defendido.

- Es natural

- Hasta que les echaste en cara su moral. ¿Por qué lo hiciste?

- Quiero que se casen; no me gusta ser hijo ilegítimo.

- Vamos, di la verdad.

- Perdí la paciencia.

- No tenemos paciencia para perderla.

- ¿No? ¿Qué me dices de ese desfile de datos sobre Ma Bell que cada día se despierta furiosa?

- Dime la verdad.

- Si quieres saberla, deseo que se vayan de Washington. El día menos pensado todo esto puede estallar.

- ¡Hum!

- Y el estallido, alcanzar a Goddard.

- ¡Qué atrocidad!

- Y a ti.

- Debe ser interesante morir.

- No lo sabemos, ¿algo más?

- Sí. Se pronuncia «ilícito», con una «c».

- ¡Qué lengua tan asquerosa! No es lógico. Bueno... aguarda un momento, ¿qué? Habla más alto, Ályosha. ¡Oh! Quiere la ecuación para una curva exponencial que cruza el eje-x.

- $Y = ae^{bc}$. ¿Qué se propone?

- No lo dice, pero creo que a Mockba se le viene encima una calamidad.

- Se escribe y se pronuncia Moscú.

- ¡Vaya lengua! Ya te contaré cuando vuelva a pasar.

A su paso siguiente se dio nuevamente orden de destruirlo y Scranton quedó destrozada.

- Empiezan a suponerlo - le dije a OBO -; por lo menos tu padre y tu madre. Vinieron a verme.

- ¿Cómo están?

- Aterrados. Me han programado para que les dé una estadística sobre el mejor escondite rural.

- Envíalos a Polaris.

- ¡Cómo! ¿A la Osa Menor?

- ¡Qué disparate! Me refiero a Polaris, Montana. Yo me ocuparé de todo lo demás.

Polaris está en el quinto infierno y me fui a Montana; los pueblos más próximos son Fishtrap y Wisdom. Se produjo una violenta escena cuando Jake y Florinda bajaron del coche alquilado en Butte, todos los circuitos del pueblo se desternillaban de risa. Los dos fracasados fueron recibidos por el alcalde de Polaris que se deshacía en sonrisas y cumplidos.

- Supongo que ustedes son el doctor y la Sra. Madigan. Sean bienvenidos a Polaris. Soy el alcalde. Habíamos pensado acogerlos con un recibimiento más efusivo pero todos los niños están en la escuela.

- ¿Cómo sabía que llegábamos? - preguntó Florinda.

- ¡Ah! ¡Ah! - contestó el alcalde lleno de malicia -. Nos avisaron desde Washington. Algún pez gordo de la capital les aprecia. Ahora, si les apetece tomar una taza de té...

- Gracias, pero antes tenemos que inscribirnos en el Union Hotel - explicó Jake -; hemos reservado...

- ¡Ah, ah! Todo cancelado, órdenes de arriba. Se instalarán en su propia casa. Mandaré que les lleven el equipaje.

- ¿Nuestra casa?

- Comprada y pagada. Alguien les aprecia mucho. Por aquí, si me hacen el favor.

El alcalde condujo a la pareja por la calle principal de Polaris (a lo sumo, tres manzanas de largo) mostrándoles su esplendor - también era el agente de bienes raíces del pueblo - pero se detuvo ante el Banco Nacional Polaris.

- ¡Sam! - gritó -. ¡Ya han llegado!

Un distinguido ciudadano surgió del banco e insistió en estrecharles la mano. Las máquinas de sumar se reían por lo bajo.

- Nos sentimos muy honrados por su confianza en el futuro y el progreso de Polaris, pero con toda sinceridad, doctor Madigan, la suma que ha depositado en nuestro banco es demasiado para que la proteja el FDIC. Oiga, ¿por qué no invierte en...?

- Aguarde un momento - preguntó Jake con voz trémula -. ¿Yo he depositado dinero en su banco?

El banquero y el alcalde soltaron una alegre carcajada.

- ¿Cuanto? - preguntó Florinda.

- Un millón de dólares,

- ¡Cómo si no lo supiera! - rió satisfecho el alcalde y los acompañó a una hermosa casa de campo amueblada con un gusto exquisito en un precioso valle de unos quinientos acres, y todo era de ellos.

En la cocina, un joven desempaquetaba una docena de cajas de cartón que contenían alimentos.

- Doctor, recibí su pedido a tiempo y creo que todo está en orden, pero seguramente al jefe le gustaría saber qué van a hacer con todas estas zanahorias. ¿Son para una fórmula científica secreta?

- ¿Zanahorias?

- Ciento diez manojos. Para reunirlos he tenido que recorrer todo Butte.

- ¡Zanahorias! - exclamó Florinda cuando al fin se quedaron solos -. Eso lo explica todo. Es OBO.

- ¡Cómo! ¿Qué dices?

- ¿No lo recuerdas? Pusimos una zanahoria en el envío de Michigan.

- ¡Oh, cielos, es verdad! Y la llamaba la zanahoria que piensa. Pero si es OBO...

- Tiene que ser él, le chiflan las zanahorias.

- Pero ciento diez manojos...

- No, él no quería enviar esa cantidad, sino una docena.

- ¿Cómo?

- Nuestro hijo trata de hablar decimal y binario y a veces los confunde. Ciento diez son seis binarios.

- Creo que tienes razón; ¿y qué hay de ese millón de dólares? ¿Otro error?

- No creo. ¿Cuánto es en decimales un binario de millón?

- Sesenta y cuatro.

- ¿Cuánto es un binario de millón en decimales?

Madigan hizo un rápido cálculo mental.

- Viene a ser unos veinte números: 1111010000 10001000000.

- No me parece que un millón de dólares sea un error - adujo Florinda.

- ¿Qué se propone ahora nuestro hijo?

- Cuidar de su papá y su mamá.

- ¿Cómo lo va a conseguir?

- Está en contacto directo con todos los circuitos eléctricos y electrónicos del país. Piénsalo, Jake. Puede controlar en todo momento nuestro sistema nervioso, desde los coches y los computadores. Desviar trenes, imprimir libros, emitir

noticias, atracar aviones, falsificar los fondos de un banco. Se lo indicas y lo hace. Lo controla todo.

- Pero, ¿cómo sabe lo que hace la gente?

- Ah, he aquí un aspecto exótico del circuito que no me gusta. Después de todo soy ingeniera. ¿Quién afirma que los circuitos no estén en contacto directo con nosotros? Nosotros mismos somos circuitos orgánicos. Ven por nuestros ojos, oyen con nuestros oídos, sienten con nuestros dedos.

- En tal caso, para las máquinas sólo somos como unos lazarillos.

- No, hemos creado una novísima forma de simbiosis. Nos podemos ayudar los unos a los otros.

- Y OBO nos ayuda, ¿por qué?

- No creo que le guste el resto del país - expuso Florinda con aire sombrío -. Piensa lo que sucedió con Indianápolis,

- Me parece que me voy a poner malo.

- Me parece que vamos a sobrevivir.

- ¿Solamente nosotros? ¿El mordisco de Adán y Eva?

- No digas gansadas, sobrevivirán muchísimos más, siempre que tengan en cuenta sus principios.

- ¿Qué idea tiene OBO de los principios?

- No lo sé, quizás un poco de ecología. Basta de destrucción. Vive y deja vivir, pero con juicio y responsabilidad. Es la idea básica del programa espacial. Pase lo que pase, cada uno debe sentirse responsable. OBO debió atrapar esa idea. Pienso que procura que todo el país sea responsable; de lo contrario los castiga con fuego y azufre.

Sonó el teléfono. Tras una breve búsqueda localizaron una extensión y descolgaron.

- ¿Diga?

- Soy - Stretch - contesté.

- ¿Stretch? ¿Y quién es Stretch?

- El computador Stretch, de Goddard. Mi nombre verdadero es IBM 2002. OBO dice que dentro de cinco minutos pasará sobre la parte del pueblo donde están ahora ustedes y le gustaría saludarles. Agrega que su órbita no le dejará volver a pasar hasta dentro de dos meses. Para entonces, procurará llamarles él mismo. Adiós.

Salieron tambaleándose hacia el césped frente a la casa, y se detuvieron aturdidos en el crepúsculo mirando al cielo. El teléfono y los circuitos eléctricos estaban emocionados, a pesar de que la electricidad la generaba una Delco, que, como ya se sabe, es una máquina zafia e insensible. De pronto, Jake señaló un puntito de luz que giraba por el cielo.

- ¡Ahí va nuestro hijo! - exclamó.

- Ahí va Dios - añadió Florinda.

Agitaron las manos con respeto y emoción.

- Jake, ¿cuánto tiempo ha de pasar para que la órbita de OBO se esfume con el niño, la cuna y todo lo demás?

- Unos veinte años.

- Veinte años Dios - suspiró Florinda. - ¿Crees que tendrá tiempo?

Madigan se estremeció.

- Estoy asustado ¿y tú?

- También, pero quizás es únicamente porque estamos cansados y hambrientos. Entremos, papáito, y prepararé una cena.

- Gracias, mamáita, pero por favor no me des zanahorias... sería para mí una transubstanciación demasiado íntima

FIN

Isaac Asimov - ANOCHECER

Aton 77, director de la Universidad de Saro, alargó el labio inferior con actitud desafiante y contempló furioso al joven periodista.

Theremon 762 no lo tomó en cuenta. En los primeros días, cuando su columna era sólo una loca idea que pululaba en la cabeza de un cachorro de reportero, había acabado por especializarse en entrevistas «imposibles». Le había costado magulladuras, ojos morados y huesos rotos; pero, en cambio, le había proporcionado buenas reservas de frialdad y discreción.

De modo que hizo caso omiso de cuanta gesticulación prodigara el otro y esperó pacientemente que cosas peores llegaran. Los astrónomos eran bichos raros y si lo que Aton había llevado a cabo en los últimos dos meses significaba algo, entonces se trataba del bicho más raro del montón.

Aton 77 encontró una voz apropiada y la hizo fluir con la rebuscada, cuidadosa y pedante fraseología (puntal de su fama, entre otras cosas) que nunca abandonaba.

- Señor - dijo -, manifiesta usted una flema insufrible viniéndome con tan impúdica proposición.

El fornido telefotógrafo del Observatorio, Beenay 25, se pasó la punta de la lengua por sus labios resecaos e intervino.

- Ahora, señor, después de todo...

El director se volvió hacia él y arqueó una blanca ceja.

- No interfiera, Beenay. Ya he hecho bastante trayendo este hombre aquí; creo en sus buenas intenciones pero no toleraré la menor insubordinación.

Theremon decidió que había llegado la hora de abrir la boca.

- Director Aton, si me permitiera comenzar lo que quiero decirle, creo que...

- Pues yo no creo, joven - replicó Aton -, que nada de cuanto pueda decir servirá para mitigar lo que ha ido apareciendo en los dos últimos meses en su columna impresa. Ha llevado usted a cabo una tenaz campaña periodística contra los esfuerzos que yo y mis colegas hemos desplegado para preparar al mundo contra la amenaza que, desgraciadamente, se ha vuelto imposible impedir. Se ha cubierto usted de gloria dirigiendo ataques personales contra la investigación y el personal de este Observatorio con el solo objeto de cubrirnos de ridículo.

Cogió de una mesa un ejemplar del Chronicle de Saro y lo desplegó furiosamente ante Theremon.

- Hasta una persona de su muy conocida impudicia habría dudado antes de venirme con una propuesta que esa misma persona ha estado utilizando como material de gaceta en una columna de periódico.

Aton arrojó el periódico al suelo, se dirigió a la ventana y se quedó allí con las manos unidas en la espalda.

- Puede retirarse - dijo por encima de su hombro. Elevó la mirada y contempló la ubicación de Gamma, el más brillante de los seis soles del planeta. Amarillento, declinaba ya su curso sobre la línea del horizonte, y Aton sabía que nunca más volvería a verlo con ojos tranquilos.

Entonces se volvió.

- No, aguarde, venga aquí. - gesticuló perentoriamente -. Le proporcionaré lo que desea.

El periodista no había hecho, empero, el menor gesto que indicara su retirada, y ahora se aproximó lentamente al anciano. Aton señaló al exterior.

- De los seis soles, sólo Beta quedará en el cielo. ¿Puede verlo?

La pregunta era más bien innecesaria. Beta estaba casi en su cenit, con su rojiza luz derivando hacia el naranja, como los brillantes rayos del poniente Gamma. Beta estaba en el afelio. Era pequeño; menor incluso que otras veces en que lo viera Theremon; y por el momento era el indiscutido rey del firmamento de Lagash.

Alfa, el sol de Lagash propiamente dicho, alrededor del cual trazaba su órbita, estaba en los antípodas respecto de sus dos distantes congéneres. El rojo y enano Beta - compañero inmediato de Alfa - estaba solo, cruelmente solo...

La alzada cara de Aton brillaba con rojizo resplandor bajo los rayos solares.

- Dentro de cuatro horas - dijo -, la civilización, tal cual la conocemos, llegará a su fin. Y será así porque, como usted ve, Beta es el único sol en el cielo. - Sonrió con dureza -. ¡Escriba eso! No habrá nadie que pueda leerlo.

- ¿Y si transcurren cuatro horas, y luego otras cuatro, y nada ocurre? - preguntó Theremon en voz baja.

- No se preocupe por esas menudencias. Lo que ha de ser, será.

- ¡Garantícelo! Y, repito: ¿si nada ocurriera?

En una ráfaga de segundo llegó la voz de Beenay 25.

- Señor, creo que debe usted escucharle.

- Sométalo a votación, director Aton - dijo Theremon.

Hubo una ligera agitación entre los cinco miembros restantes de la plantilla del Observatorio, que hasta el momento habían mantenido una actitud neutral.

- Eso - dijo Aton engreído - no será necesario. - Sacó su reloj de bolsillo -. Desde que su gentil amigo Beenay comenzó a insistir urgentemente en que yo debía escucharle a usted, han transcurrido cinco minutos. Prosiga.

- ¡Perfecto! ¿Qué diferencia habría para su reputación si usted se dignara permitirme que yo fuera testigo presencial de lo que haya de suceder? Pues si su predicción es cierta, mi presencia no constituiría molestia alguna, ya que, en ese caso, mi columna jamás sería escrita. Y, por otro lado, si nada ocurre, como usted no esperará sino el ridículo o algo peor, tomaría una sabia medida si dejara previamente el ridículo a cargo de los amigos.

- Cuando dice amigos, ¿se refiere a personas como usted? - preguntó Aton.

- Por supuesto - replicó Theremon, tomando asiento y cruzando las piernas -. Mi columna acaso haya llegado a ser un tanto grosera, pero al menos posee la virtud de introducir una sana duda en la gente. Después de todo, no estamos en el siglo de los apocalipsis. Como usted sabe, la gente ya no cree en el Libro de las Revelaciones y le fastidia mucho que los científicos vuelvan una y otra vez a machacarnos con que, a fin de cuentas, los Cultistas son los que tienen razón.

- Se equivoca usted, joven - se lanzó Aton -. Aunque los grandes planes que todavía subsisten han tenido su origen en el Culto, nuestros resultados están completamente expurgados de cualquier misticismo que derive de él. Los hechos son los hechos y la llamémosle mitología del Culto está respaldada por unos cuantos. Así lo hemos explicado al pueblo para desvelar de una vez el misterio. Le aseguro que el Culto tiene mayores motivos que ustedes para odiarnos.

- No siento ningún odio hacia usted. Simplemente, intento decirle que el público está hasta las narices. Irritado, ¿entiende?

- Pues que siga irritado - dijo Aton, ladeando la boca con burla.

- Como quiera, pero, ¿qué ocurrirá mañana?

- ¡No habrá ningún mañana!

- En caso de que lo haya. Digamos que ese mañana se reduce a lo justo para ver lo que haya de ocurrir. Esa irritación puede convertirse en algo serio. Las cosas se han precipitado en los dos últimos meses. Los inversores afirman no creer que se aproxime el fin del mundo, pero por si las moscas se encierran en sus casas con su dinero. La opinión pública no cree en usted, fíjese, y sin embargo lleva trastornada su vida desde hace meses y aún lo estará otros tantos... hasta estar segura.

»De manera que usted puede darse cuenta de dónde está el meollo. Tan pronto acabe todo, lo interesante será saber qué ocurrirá con usted. Pues afirman que de ningún modo van a permitir que un cantamañanas, con perdón, cito textualmente, les altere la prosperidad nacional con profecías, máxime cuando la profecía incluye al planeta entero. El panorama es bastante negro, señor.

- Muy bien - dijo Aton mirando al columnista -, ¿y qué propone usted para remediar esas consecuencias?

- Algo muy sencillo - contestó el otro -: hacerme cargo de la publicidad del asunto. Manejar las cosas de manera que sólo aflore el lado ridículo. Lo que va a ser un tanto difícil porque he contribuido personalmente, debo admitirlo, a indisponerlo ante esa turba de idiotas ofuscados, pero si consigo que la gente tan sólo se ría de usted, le aseguro que olvidará al cabo su ira. A cambio usted me concederá la historia en exclusiva.

- Señor, nosotros pensamos que el periodista está en lo cierto - intervino Beenay -. Estos dos últimos meses hemos estado considerando las posibilidades de error en nuestra teoría y nuestros cálculos y, en efecto, existe al menos una posibilidad en alguna parte. Pues no debemos descartar esa posibilidad, así sea entre un millón, señor.

Hubo un murmullo de aprobación entre los hombres agrupados alrededor de la mesa, y la expresión de la cara de Aton se aproximó a la del que mastica algo amargo y no puede escupirlo.

- Permanezca aquí si ése es su deseo. Se cuidará, sin embargo, de no estorbarnos mientras cumplimos con nuestras obligaciones. Usted recordará en todo momento que yo estoy al cargo de todas las actividades aquí y, olvidándonos de las opiniones otrora expresadas por usted en su columna, esperaré mayor cooperación y sobre todo mayor respeto...

Sus manos se anudaron de nuevo en su espalda y una mueca de determinación se dibujó en sus facciones mientras hablaba. Hubiera continuado por más tiempo de no ser porque resonó entonces una nueva voz.

- ¡Hola, hola, hola! - Era una voz de alto tono que surgía de entre las rollizas mejillas del sonriente recién llegado -. ¿Qué es esta atmósfera tan tétrica? Espero que los ánimos no hayan decaído del todo.

- ¿Qué diantres está haciendo aquí, Sheerin? - preguntó displicente el sorprendido Aton -. Debería estar en el Refugio.

Sheerin sonrió y dejó caer su voluminoso cuerpo sobre una silla.

- ¡Que reviente el Refugio! El lugar me aburre. Prefiero estar aquí, donde se mascan las grandes cosas. ¿Acaso supone usted que no tengo mi pizca de curiosidad? Quiero ver esas Estrellas de las que siempre han hablado los Cultistas. - Se frotó las manos y añadió en tono más sereno -: Hace frío fuera. El viento le congela la nariz a uno. A la distancia que está Beta no parece proporcionar el menor calor.

- ¿Por qué ha cometido esta negligencia, Sheerin? - exclamó Aton con exasperación -. Aquí no tiene nada útil que hacer.

- Y allá tampoco tengo nada útil que hacer - replicó Sheerin mostrando las palmas de las manos con cómica resignación -. Un psicólogo gasta más que gana en el Refugio. Allí se necesitan hombres fuertes y de acción, y mujeres saludables que puedan criar niños. Pero, ¿yo? Tendrían que quitarme cien libras para ser un hombre de acción y no tendría mucho éxito si probara a criar un niño. ¿Por qué, pues, voy a molestarles con una boca más que alimentar? Me siento mejor aquí.

- ¿Qué es eso del Refugio, señor? - preguntó Theremon.

Sheerin pareció ver al columnista por vez primera. Hinchó sus amplios carrillos al tiempo que los distendía.

- Y usted, pelirrojo, ¿quién es en este valle de lágrimas?

Aton apretó los labios y luego murmuró hoscamente:

- Es Theremon 762, el periodista. Supongo que habrá oído hablar de él.

Se estrecharon la mano.

- Y, naturalmente - dijo Theremon -, usted es Sheerin 501 de la Universidad de Saro. He oído hablar de usted.

Entonces repitió:

- ¿Qué es eso del Refugio, señor?

- Verá - explicó Sheerin -, nos las arreglamos para convencer a unas cuantas personas de que teníamos razón en nuestra... nuestra profecía, de manera que tomaron las medidas oportunas. Se trata mayoritariamente de familiares del personal del Observatorio de la Universidad de Saro, y unos cuantos ajenos. En conjunto, suman unos trescientos, aunque las tres cuartas partes son mujeres y niños.

- Entiendo. Intentan esconderse donde las Tinieblas, y las... las Estrellas no puedan alcanzarlos y donde resistir cuando el mundo se convierta en un caos.

- Es una hipótesis. No será nada fácil. Con toda la humanidad enferma, las grandes ciudades ardiendo, y lo que no podemos ni imaginar, las condiciones de supervivencia se reducirán al mínimo. Con ese objeto hay alimentos, agua, protección y armas en el Refugio...

- Y algo más - intervino Aton -. También nuestros Informes, excepto los que recogen estos últimos momentos. Esas fichas lo serán todo para el siguiente ciclo y eso es lo que debe sobrevivir. El resto puede irse al diablo.

Theremon suspiró largamente y se mantuvo un rato inmóvil en la silla. Los hombres en torno a la mesa habían sacado un tablero de multiajedrez y contemplaban una partida a seis. Los movimientos eran realizados con rapidez y en silencio. Todas las miradas parecían concentrarse profundamente en el tablero. Theremon los miró con curiosidad capciosa y luego se levantó para acercarse a Aton, que se mantenía aparte en sigilosa conversación con Sheerin.

- Escuchen - dijo -, vayamos a algún sitio donde no molestemos a los demás. Quiero hacer algunas preguntas.

El anciano astrónomo lo miró cejijunto, pero Sheerin gorjeó alegremente:

- Cómo no. Me hará mucho bien poder hablar. Siempre me consuela. Aton estaba exponiéndome sus ideas sobre la reacción del mundo en caso de que fallara nuestra predicción, y coincido con usted. Leo su columna con bastante regularidad, por cierto, y debo decirle que me agrada su punto de vista.

- Por favor, Sheerin - gruñó Aton.

- ¿Eh? Vaya, está bien. Iremos a la sala de al lado. En cualquier caso hay sillas más cómodas.

Las sillas eran más blandas en la habitación de al lado. Había rojas cortinas en las ventanas y una alfombra marrón cubría el suelo. Con el mortecino y rojizo reflejo de Beta, la impresión general le helaba la sangre a uno.

- Vaya - se quejó Theremon -, no sé lo que daría por una decente ración de luz blanca, aunque fuera sólo durante un segundo. Me gustaría que Gamma o Delta estuvieran en el cielo.

- ¿Qué es lo que quería preguntar? - inquirió Aton -. Recuerde, por favor, que nuestro tiempo es limitado. En poco más de hora y cuarto comenzarán a ocurrir anomalías; después... ya no habrá tiempo para hablar.

- Bien, empecemos. - Theremon se acomodó en un sillón y cruzó sus manos sobre el pecho -. Su gente se lo toma tan en serio que estoy comenzando a creerle a usted. ¿Podría usted explicarme con claridad en qué consiste el fenómeno?

Aton estalló.

- ¿Pretende decir que ha estado todo este tiempo cubriéndonos de ridículo sin saber lo que hemos estado diciendo?

- No se ponga furioso - dijo Theremon -. No es tan malo como usted dice. Sí he captado una idea general sobre lo que ustedes han intentado explicar al ciudadano medio: que el mundo se verá cubierto de Tinieblas dentro de escasas horas y que la humanidad se volverá loca. Lo que yo quiero saber es la parte científica del asunto.

- No lo haga, no lo haga - estalló Sheerin -. Si se lo pregunta a Aton, empezará a remitirle a libros y más libros, le traerá enciclopedias y monografías, tratados, diagramas y toda la pesca. Se lo explicará de cabo a rabo. Por el contrario, si me lo pregunta a mí se lo expondré en el más profano de los lenguajes.

- De acuerdo; se lo pregunto a usted.

- Entonces, tomaré antes un trago. - Sheerin se quedó mirando a Aton.

- ¿Agua? - gruñó Aton.

- ¡No sea bobo!

- No sea bobo usted. Nada de alcohol ahora. Sería demasiado cómodo emborrachar a mis hombres en estos momentos. No puedo permitirles caer en la tentación.

El psicólogo gruñó para sus adentros. Se volvió hacia Theremon, lo atravesó con la mirada y comenzó.

- Usted sabrá, supongo, que la historia de la civilización de Lagash presenta un carácter cíclico, ¿comprende?, cíclico.

- Lo sé - comentó Theremon con, cautela -; sé, al menos, que ésa es la teoría arqueológica. Pero, ¿ha sido demostrada?

- Más o menos. En este último siglo se ha visto confirmada. El carácter cíclico es (mejor dicho: era) uno de los grandes misterios. Ha habido otras civilizaciones antes de la nuestra, nueve en conjunto, y hay rastros de otras tantas. Alcanzaron un nivel comparable al nuestro y todas, sin excepción, fueron destruidas por el fuego al alcanzar la cúspide de su cultura.

»Y nadie podría decir por qué. Todos los imperios fueron arrasados por el fuego sin dejar tras sí la menor indicación de las causas.

- ¿Tuvieron también una Edad de Piedra?

- Probablemente, aunque nada conocemos de ese período, excepto que el hombre de esa edad era un poco más inteligente que los monos. De modo que podemos olvidarlo.

- Entiendo. Prosiga.

- Hubo muchas explicaciones sobre las catástrofes reiteradas, a cada cual más fantástica. Algunos dijeron que se debía a periódicas lluvias de fuego; otros, que Lagash atravesaba un sol cada equis tiempo; y también los hubo que propusieron hipótesis más descabelladas. Pero hay una completamente diferente que ha sido transmitida y conservada a través de los siglos.

- Lo sé. Se refiere usted a ese mito de las «Estrellas» que se encuentra en el Libro de las Revelaciones de los Cultistas.

- ¡Exactamente! - exclamó Sheerin con satisfacción -. Los Cultistas dijeron que cada dos mil cincuenta años Lagash penetra en una inmensa zona en la que todos los soles desaparecen, sobreviniendo una total oscuridad en todo el mundo. Entonces, las cosas llamadas Estrellas aparecen, despojan a los hombres de su razón y los convierten en semejantes a brutos, de tal manera que los hombres destruyen la civilización que ellos mismos construyeron. Naturalmente, los Cultistas mezclaron todo esto con un montón de nociones místico-religiosas, pero la idea central puede extraerse.

Hubo una corta pausa en la que Sheerin lanzó, un profundo suspiro.

- Ahora, pasaremos a la Teoría de la Gravitación Universal. - Lo dijo de tal manera que incluso las mayúsculas tuvieron su sonido particular. Y, en aquel momento, Aton se apartó de la ventana, bufó con ostentación y salió airadamente de la sala.

Los otros dos se quedaron mirando su partida.

- ¿Qué pasa? - preguntó Theremon.

- Nada de Particular - repuso Sheerin -. Dos hombres tenían que haberse presentado hace varias horas y aún no han aparecido. Es un caso que raya la restricción de personal porque todos, excepto los realmente esenciales, están en el Refugio.

- ¿Cree usted que han desertado?

- ¿Quiénes? ¿Faro y Yimot? Claro que no. Aunque no les convendría no aparecer cuando todo esto empiece. - Se puso en pie de repente y parpadeó -. Por cierto, mientras Aton se encuentra fuera...

Trotó hacia la ventana más cercana, se agachó y de la caja inferior del enmarcado sacó una botella de líquido rojo que brilló sugestivamente cuando la agitó.

- Espero que Aton no sabrá nada de esto - puntualizó mientras volvía a su silla -. No hay más que un vaso. Como invitado de la casa, tiene usted preferencia. Yo tomaré de la botella. - Y escanció un leve y escaso chorrito con sumo cuidado.

Theremon se irguió para protestar, pero Sheerin adoptó una actitud digna.

- Respete a sus mayores, joven.

El periodista se sentó con expresión de angustia en el rostro.

- Sigamos, pues, viejo pícaro.

La nuez de Adán del psicólogo se movió repetidas veces mientras mantenía la botella levantada; luego, con un eructo de satisfacción, comenzó de nuevo.

- Bien, ¿qué sabe usted sobre la ley de la gravitación?

- Nada, excepto que su desarrollo es muy reciente, todavía no lo bastante como para decirse que esté totalmente fundamentada, y que su fórmula es tan difícil que sólo una docena de hombres en Lagash pueden presumir de entenderla.

- ¡Venga, hombre! ¡Absurdo, ridículo! ¡Mentira infame! Puedo resumirle la fórmula en una frase. La Ley de Gravitación Universal estipula que existe una fuerza de atracción entre todos los cuerpos del universo, fuerza que, entre dos

cuerpos dados, es proporcional al producto de sus masas partido por el cuadrado de sus distancias.

- ¿Eso es todo?

- ¡Es suficiente! Llevó cuatrocientos años desarrollarla.

- ¿Cómo tanto? Tal y como usted lo ha dicho parece bastante simple.

- Porque las grandes leyes no surgen por inspiración divina, sino que hay que pensar e investigar duramente para encontrarlas. Ordinariamente se obtienen tras el trabajo colectivo de muchos siglos de actividad científica. Después que Genovi 41 descubrió que Lagash tenía un movimiento de traslación alrededor del sol Alfa y no al contrario (y esto ocurrió hace cuatrocientos años), los astrónomos se pusieron a trabajar sobre esta base. Los complejos movimientos de los seis soles fueron registrados, analizados y confrontados. Hipótesis tras hipótesis, las conclusiones primarias eran confrontadas con las secundarias, rectificadas, comprobadas las rectificaciones y nuevamente arriesgadas las hipótesis. Fue un trabajo infernal.

Theremon agitó la cabeza y extendió su vaso para que fuera llenado de nuevo. Sheerin se mantuvo incólume, pero luego sirvió unas cuantas gotas a regañadientes.

- Hace veinte años - continuó - se descubrió que la Ley de Gravitación Universal daba cuenta exacta de los movimientos orbitales de los seis soles. Y fue un gran triunfo.

Sheerin se puso en pie y se dirigió a la ventana, siempre con la botella en la mano.

- Y aquí llegamos al quid de la cuestión. En la última década la eclíptica de Lagash respecto de Alfa fue medida de acuerdo con la ley de gravitación y no coincidió con la órbita que se observaba; ni siquiera cuando se me incluyeron todas las perturbaciones debidas a los otros soles. O la ley no servía o allí había algún otro factor desconocido.

Theremon se levantó y se reunió con Sheerin en la ventana, contemplando, más allá de las vertientes cubiertas de bosque, las cúpulas de Saro City que reverberaban sanguinolentamente recortadas contra el horizonte. El periodista sintió que la tensión de lo incierto corroía sus entrañas mientras lanzaba una rápida ojeada a Beta. Brillaba rojizo en su cenit, pero su tono era apagado y malévolo.

- Continúe, señor - dijo suavemente.

- Con los años, los astrónomos especularon con hipótesis cada vez más absurdas... hasta que Aton tuvo la inspiración de buscar alguna fuente en el Culto. El jefe del Culto, Sor 5, le dio acceso a ciertos datos que simplificaron considerablemente el problema. Aton se puso a trabajar en esta nueva dirección.

»¿Podía haber otro cuerpo planetario opaco como el de Lagash? Si así fuera brillaría tan sólo reflejando la luz solar, y si estuviera formado por rocas azulencas, como gran parte de Lagash, entonces, en medio del abismo rojo del cielo, la constante luminosidad de los otros soles lo haría invisible... borrado por completo.

- ¡Pero eso es una idea desquiciada! - exclamó Theremon.

- ¿Lo cree así? Escuche esto: suponga que ese cuerpo orbita en torno a Lagash y que cuenta con tal masa, órbita y distancia que su atracción coincida con la desviación de la órbita de Lagash según la teoría. ¿Sabe lo que ocurriría?

El periodista negó con la cabeza.

- Pues que alguna que otra vez ese cuerpo se interpondría en el camino de algún sol - dijo Sheerin y apuró lo que quedaba en la botella.

- Sí, supongo que sí - convino Theremon.

- ¡Naturalmente que sí! Pero sólo un sol se encuentra en su plano de revolución. - Señaló con el pulgar al diminuto sol que brillaba en lo alto -. ¡Beta! Y se sabe que el eclipse ocurre sólo cuando la disposición de los soles es tal que Beta debe encontrarse solo en su hemisferio y a la máxima distancia. El eclipse, contando la luna siete veces el diámetro aparente de Beta, cubrirá todo Lagash durante algo más de medio día, de manera que ninguna parte del planeta escapará a los efectos. Ese eclipse tiene lugar una vez cada dos mil cincuenta y nueve años.

La cara de Theremon se había convertido en una máscara inexpresivo.

- Ésa es la historia?

- Ni más ni menos - respondió el psicólogo -. El principio del eclipse comenzará dentro de tres cuartos de hora. Primero el eclipse, luego la Tiniebla universal y, quizás, esas misteriosas Estrellas... después la locura y el final del ciclo.

»Hemos tenido - añadió tras un rato de meditación - dos meses para convencer a Lagash del peligro, pero al parecer no ha sido tiempo suficiente. Ni dos siglos hubieran bastado. Nuestros informes y archivos han sido escondidos en el Refugio y dentro de poco fotografiaremos el eclipse. El próximo ciclo conocerá así la verdad y la humanidad estará preparada para el eclipse siguiente. Conseguir eso es también parte de la historia que usted deseaba.

Theremon abrió la ventana y un ligero soplo de brisa agitó las cortinas. Se asomó al exterior y el viento desordenó sus cabellos mientras permanecía absorto contemplando el resplandor carmesí del sol. Entonces, como en un arrebato, se volvió.

- ¿Está seguro de que las Tinieblas nos volverán locos? ¿A mí también?

Sheerin se sonrió en tanto acariciaba la vacía botella con movimiento inconsciente.

- ¿Acaso sabe usted lo que ocurrirá cuando sobrevengan las Tinieblas, jovencito?

El periodista se quedó apoyado en la pared y reflexionó.

- No. Realmente no puedo ni imaginármelo. Pero ya tengo noticia previa de su existencia. Algo como... como... - gesticuló con las manos - como sin luz. Como una caverna.

- ¿Ha estado usted alguna vez en una caverna?

- ¿En una caverna? ¡Claro que no!

- Lo suponía. Yo lo intenté la semana pasada, solamente para ver qué tal se estaba en la oscuridad. Pero tuve que salir de estampida. Tuve que detenerme cuando ya perdía de vista la entrada y la iluminación se reducía a poder ver apenas la silueta de las paredes. Pero lo que veía en el interior, más al fondo, era la oscuridad completa, la nada. Nunca creí que una persona de mi peso pudiera correr tanto. Ni jamás pensé que se apoderara de mi ser el vacío que aquel lugar me produjo.

- Bueno, si sólo se tratara de eso, imagino que no habría para tanto. Yo no hubiera corrido de haber estado allí.

El psicólogo se le quedó mirando con los ojos contraídos.

- Corre usted mucho, joven. Le desafío a que haga la prueba corriendo las cortinas.

- ¿Para qué? - exclamó Theremon con sorpresa -. Si tuviéramos cuatro o cinco soles brillando en este momento, no dudo que deseáramos amortiguar un poco la luz. Está bien así.

- He ahí la cuestión. Corra la cortina, sólo eso; luego venga aquí y siéntese.

- Como quiera. - Theremon cerró la ventana y tiró de la roja cortina, que se deslizó hasta acaparar toda entrada de luz, dejando la sala en una penumbra teñida de rojo crepuscular.

Los pasos de Theremon resonaron huecamente en el silencio mientras caminaba hacia la mesa. De pronto, se detuvo.

- No puedo verlo, señor - murmuró.

- Siga andando - ordenó Sheerin con voz extraña.

- Pero es que no puedo verlo, señor - El periodista comenzó a respirar agitadamente -. No puedo ver nada.

- ¿Y qué otra cosa esperaba? - dijo la voz sin visible procedencia - ¡Siga y siéntese!

Los pasos volvieron a sonar, vacilantes, aproximándose lentamente. Luego, se escuchó el ruido de un cuerpo que caía sobre un sillón. La voz de Theremon se deslizó débilmente:

- Ya estoy aquí. Me siento... muy... perfectamente.

- ¿Le gusta?

- No... nada. Es más bien horrible. Las paredes parecen... - Se detuvo -. Parece como si se estuvieran acercando. Espero de un momento a otro que se ciernan sobre mí y yo tenga que verme obligado a empujarlas. Pero... ¡no me he vuelto loco! De hecho, creo que no es tanto como esperaba.

- Perfecto. Vuelva a correr las cortinas.

Hubo un ruido de pasos precipitados, la silueta del cuerpo de Theremon destacándose contra la cortina. Luego, el alivio de las cortinas deslizándose, provocando un leve pero feliz chirrido de anillas resbalando sobre rieles. La roja luz inundó la sala y Theremon miró fijamente al sol mientras lanzaba un gemido de alegría.

Sheerin se inclinó hacia adelante, esgrimió su índice y dijo:

- Fíjese que ha sido sólo una habitación a oscuras.

- Pero pudimos aguantar - dijo Theremon satisfecho.

- Sí, con una habitación a oscuras sí podríamos. Dígame, ¿estuvo por casualidad en la Exposición Centenaria de Jonglor?

- No, estaba demasiado lejos de donde me encontraba por entonces. Seis mil millas son demasiadas incluso para una exposición.

- Pues yo sí estuve. ¿Recuerda haber oído algo sobre el Túnel del Misterio, que, según decían, superaba todas las marcas en el terreno de la diversión y el entretenimiento?

- Sí, durante los dos primeros meses. ¿Acaso no era tan divertido como dijeron?

- No demasiado. El Túnel del Misterio era, efectivamente, un túnel de una milla de longitud... sin luz. Uno se metía en un pequeño vehículo abierto y se recorría el túnel entero, ¿me entiende?, la oscuridad plena en unos quince minutos. Fue muy celebrado mientras duró.

- ¿Celebrado?

- No le quepa duda. El miedo suele fascinar. De ahí que se considere tan gracioso que uno coja a otro por sorpresa gritando ¡Uh!, y sandeces por el estilo. De ahí también que el Túnel del Misterio fuera tan popular. La gente salía

asustada, medio muerta de miedo, jadeando, pero alegre porque había pagado por ello.

- Espere un momento, creo que ahora recuerdo... Hubo muertos de verdad, literalmente muertos por miedo. Y corrieron rumores de que iban a cerrar el Túnel a causa de ello.

- ¡Quite, quite! - exclamó el Psicólogo -. Sí, hubo dos o tres muertos. Pero eso no fue nada. Se indemnizó a los familiares y el Consejo de Jonglor City se las arregló para que se olvidara el asunto. Después de todo, argumentaron, si los débiles cardíacos quieren meterse en el túnel, es asunto suyo... por otra parte, no volvió a suceder. Se tomaron medidas oportunas y en la entrada fueron instalados servicios médicos a fin de someter a revisión física a todos los parroquianos. Lo que son las cosas, eso hizo que el precio aumentara.

- ¿Qué pasó luego?

- Nada de particular pero también algo muy particular. La gente salía del túnel sin ningún cambio aparente, con la única excepción de que se negaba a entrar en los otros edificios; ni palacios, casas, bloques de apartamentos, pensiones, cabañas, chozas, o lo que fuere, ni en ningún otro edificio de la Exposición...

- ¿Quiere usted decir - preguntó Theremon, asombrado - que se negaban a abandonar el espacio abierto?

¿Dónde dormían, entonces?

- En los espacios abiertos.

- Debieron haberles forzado a entrar.

- Debieron, debieron, usted lo ve muy fácil. Lo que no sabe es que a la menor alusión prorrumpían en ataques de histeria que, en el mejor de los casos, acababa llevándoles a romperse la cabeza contra una pared. Si uno era introducido en cualquier lugar cerrado no podía ser abandonado a menos que le fuera suministrada alguna dosis de tranquilizantes o una eficiente camisa de fuerza.

- Sin duda debieron enloquecer.

- Fue exactamente lo que ocurrió. Uno de cada diez que entraron en el túnel se volvió majareta. Los psicólogos fueron llamados y nosotros hicimos lo único que podíamos hacer: cerrar el túnel.

- ¿Qué pudo sentir esa gente? - preguntó Theremon.

- Ni más ni menos que lo que usted sintió cuando creyó que las paredes lo estaban ahogando en la oscuridad. Hay un término psicológico que describe el miedo a la ausencia de luz. Nosotros lo llamamos claustrofobia por que la carencia de luz siempre tiene lugar en espacios cerrados. ¿Comprende la similitud?

- Y aquella gente del túnel?

- Se trataba de personas cuya estructura mental no podía soportar el miedo a la sensación de ahogo que produce la oscuridad. Quince minutos sin luz es tiempo suficiente. Usted mismo acaba de experimentar algo que se parece al miedo en los escasos dos minutos que ha mantenido la habitación a oscuras.

»Los que enloquecieron en el túnel poseían lo que llamamos «fijación claustrofóbica». Su miedo latente a la oscuridad y a los lugares cerrados se encontraba, digamos, en período de gestación, incubado, y la experiencia que pasaron lo sacó a relucir. Este miedo entró en actividad y casi podemos asegurar que de una manera permanente. He ahí lo que quince minutos de oscuridad pueden conseguir.

Hubo una larga pausa y la frente de Theremon se fue contrayendo lentamente hasta formar un frunce.

- No creo que sea así, no lo creo.

- Querrá decir que no quiere usted creerlo - replicó Sheerin -. Usted tiene miedo de creer. ¡Mire la ventana!

Theremon obedeció y el psicólogo continuó sin interrumpirse.

- Imagínese ahora las Tinieblas... por todas partes. Ninguna luz, nada de luz, ni el menor punto luminoso. Las casas, los árboles, los campos, la tierra, el cielo... todo se ha convertido en una mancha negra, vacía. Excepto las Estrellas que estarán en lo alto, que ni siquiera sabemos cómo son. ¿Puede concebirlo?

- Sí, creo que sí - murmuró Theremon sombríamente.

- ¡Miente usted! - golpeó la mesa con él puño violentamente. - ¡No puede concebirlo, no es capaz de hacerlo! su cerebro no puede forjar semejante panorama, como tampoco puede forjar lo infinito ni lo eterno. Por eso se limita a intentarlo según las especulaciones. Una fracción del pensamiento vive esa realidad mentalmente, sufre sus consecuencias. Pero cuando lo objetivo tiene lugar, el cerebro humano no puede abarcar lo que escapa a su comprensión. ¡Enloquecerá completa y permanentemente! ¡Y no hay la menor opción!

»Y un par de milenios - añadió tristemente - llenos esfuerzo se convertirán en ceniza. Mañana no quedará a sola ciudad indemne en todo Lagash.

- No tiene por qué ser así - replicó Theremon, recuperando parte de su equilibrio mental -. Todavía no entiendo cómo voy a volverme loco por el simple hecho de no ver un sol en el cielo... pero si ocurriera, si todos nos volviéramos locos perdidos, ¿por qué vamos a destruir las ciudades? ¿Cómo podríamos hacerlo?

- Si usted estuviera rodeado de oscuridad - dijo Sheerin con irritación -, ¿qué desearía por, encima de todas las cosas? ¿Qué es lo que cada hombre desearía instintivamente? La luz, maldita sea, ¡la luz!

- ¿Y...?

- ¿De dónde obtendría entonces la luz?

- Lo ignoro - dijo Theremon con ambigüedad.

- ¿Qué es lo único que proporciona luz, aparte del sol?

- ¿Cómo quiere que lo sepa?

Se mantenían frente a frente con las caras a pocos centímetros de distancia.

- Condenado papanatas, me deslumbra usted con su brillante inteligencia. ¿Nunca ha visto un incendio forestal? ¿Nunca ha ido al campo y ha encendido fuego para cocinar? Ese fuego sirve para algo más que quemar el combustible culinario o los árboles del bosque. También proporciona luz, y eso lo sabe todo quisque. Y cuando venga la oscuridad todos pedirán luz a gritos, y harán todo lo posible por conseguirla.

- ¿Quemarán bosques, entonces?

- Quemarán todo lo que encuentren delante. Sólo desearán luz y sentirán la necesidad de quemar cualquier cosa. Los bosques no están al lado de uno, de modo que echarán mano de lo más cercano. Obtendrán luz... ¡porque todos los núcleos habitados estallarán en ingentes llamas!

Se habían sostenido mutuamente la mirada como si lo que estuvieran discutiendo fuera un asunto personal en el que mostrar fuerza y argumentos. Entonces Theremon se quedó sin habla. Su respiración estaba todavía agitada cuando advirtió el repentino griterío que venía de la sala contigua.

Cuando Sheerin habló, dio la sensación de que se esforzaba por trascender lo que sus palabras decían.

- Creo que estoy oyendo la voz de Yimot. Sin duda él y Faro han regresado. Vayamos a ver lo que ocurre con ellos.

- ¡Debemos saberlo! - Murmuró Theremon con esfuerzo. Se levantó lanzando un hondo suspiro de alivio. La tensión se había roto.

La sala estaba alborotada por los miembros de la plantilla del Observatorio, que rodeaban a dos jóvenes con las ropas desordenadas. Aton, abriéndose paso a través del gentío, se encaró agriamente con los recién llegados.

- ¿Os dais cuenta que falta menos de media hora para el comienzo del fin? ¿Dónde habéis estado?

Faro 24 se sentó y se restregó las manos. Sus mejillas aparecían enrojecidas por el cambio de temperatura.

- Yimot y yo acabamos de terminar un experimento ideado por nosotros mismos, consistente en provocar una oscuridad artificial y una fingida aparición de las Estrellas, a fin de proporcionar un anticipo sobre el cual la gente pudiera juzgar lo que vendrá.

Hubo un confuso murmullo entre el auditorio y una repentina expresión de curiosidad apareció en la mirada de Aton.

- No se nos había ocurrido esto antes - dijo -. ¿Cómo caísteis en ello?

- Bien - repuso Faro -, la idea se nos ocurrió hace tiempo a Faro y a mí, y hemos estado trabajándola en los ratos libres. Yimot sabía de una casa en la ciudad que una vez fue un museo o algo parecido. El caso es que la compramos y...

- ¿De dónde sacasteis el dinero? - interrumpió Aton con precipitación.

- De la cuenta bancaria - saltó Yimot 70 - Nos costó sólo dos mil créditos. - Y añadió defensivamente -: Bueno, ¿qué pasa? Mañana, dos mil créditos serán sólo dos mil pedazos de papel. Nada más.

- Claro - asintió Faro -. La compramos y empezamos a pintarla de negro desde el techo hasta el sótano, de manera que se pareciera a la oscuridad todo lo posible. Luego hicimos en el techo diminutos agujeros, que luego teníamos que cubrir con delgadas láminas metálicas por la parte del tejado de la casa. Las láminas debían desplazarse simultáneamente por mediación de un interruptor. Esta parte del trabajo no pudimos llevarla a cabo por nosotros mismos, así que tuvimos que llamar a un carpintero, un electricista y algunos más... el dinero no tenía importancia. La cuestión era que pudiéramos obtener un poco de luz a través de aquellos agujeros en el techo, de modo que dieran el aspecto de un firmamento estrellado.

Durante la pausa que siguió ninguna respiración se atrevió a interrumpir el silencio. Finalmente, dijo Aton:

- No teníais derecho a hacerlo en privado.

- Lo sé, señor - dijo Faro, contrito -, pero, francamente, Yimot y yo pensamos que el experimento podía resultar peligroso. De tener éxito, esperábamos más o menos volvernos medio locos... desde que Sheerin se ha dedicado a insistir sobre esa cuestión. Así que deseábamos correr el riesgo nosotros solos. Naturalmente, si al acabar seguíamos conservando la cordura lo hubiéramos desarrollado en gran escala a fin de propiciar la inmunidad colectiva a sus efectos. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos.

- ¿Por qué? ¿Qué pasó?

- Al principio nos entrenamos permaneciendo con los ojos cerrados. La Oscuridad es algo asfixiante que le hace sentir a uno que las paredes y el techo se le vienen encima para aplastarlo. El caso es que nos metimos en la habitación y activamos el conmutador. Las láminas metálicas se desplazaron y los agujeros mostraron sus leves manchitas de luz...

- ¿Y?

- Pues eso... nada. Eso es lo triste del asunto. Que nada ocurrió. Se trataba solamente de un techo agujereado que no parecía sino un techo agujereado. Lo intentamos una y otra vez (de ahí que hayamos regresado tan tarde), pero sin obtener el menor resultado.

Siguió un profundo silencio de consternación, y todos los ojos se posaron en Sheerin, que, sentado en la mayor inmovilidad, iba a abrir la boca.

Pero Theremon fue el primero en hablar.

- Por supuesto, Sheerin, usted sabía lo que resultaría de esa teoría de los agujeros ideada por usted, ¿no es cierto? - Al hablar resaltaba las palabras.

Sheerin alzó una mano.

- Un momento, un momento. Déjenme pensar un poco. - Cruzó los dedos y luego, cuando la expresión de su mirada reveló que ya nada había que le produjera sorpresa o desconcierto, levantó la cabeza -. Evidentemente...

Pero no pudo acabar. De algún lugar situado por encima de ellos vino un considerable estrépito. Beenay, poniéndose en pie, se lanzó escaleras arriba.

- ¡Qué diantre! - exclamó mientras corría.

El resto vino después.

Las cosas ocurrieron con precipitación. Una vez en la cúpula, Beenay se quedó mirando horrorizado las destrozadas placas fotográficas y al hombre que había junto a ellas; entonces, se lanzó furiosamente contra el intruso, echándole las manos al cuello. Hubo un violento forcejeo; entretanto, el resto de los hombres del Observatorio fueron llegando. Antes de darse cuenta, el extraño tenía sobre sí el peso de media docena de hombres terriblemente airados.

Entonces apareció Aton, jadeando pesadamente.

- ¡Ponedlo en pie!

Hubo un leve movimiento de resistencia, pero, finalmente, el extraño, con las ropas desordenadas y la cabeza cubierta de magulladuras, fue levantado. Llevaba una corta barba amarilla, según el afectado estilo de los Cultistas.

Beenay no cedió la presa con que sujetaba al intruso.

- ¿Por qué lo has hecho? - le gritó salvajemente -. Esas placas...

- No era lo que me interesaba - respondió el Cultista fríamente. Fue una casualidad.

- Entiendo - dijo Beenay, que no dejaba de mirarlo con fiereza -. Ibas tras las cámaras. El tropiezo con las placas ha sido entonces una coincidencia afortunada para ti, pues. Si has hecho algo a mi cámara o a cualquier otra... te juro que morirás lentamente. Como hay Dios que así ha de ocurrir...

Aton lo sujetó de una manga.

- ¡Basta ya! ¡Déjelo!

El joven técnico vaciló y su brazo se resistió todavía unos segundos. Aton lo apartó con un gesto y se encaró con el Cultista.

- Usted es Latimer, ¿no?

El Cultista se inclinó y señaló el símbolo que había sobre su cadera.

- Soy Latimer 25, adjunto de tercera clase a Su Serenidad Sor 5.

- Y usted - añadió Aton enarcando las blancas cejas - vino con Su Serenidad cuando él me visitó la semana pasada, ¿me equivoco?

Latimer se inclinó por segunda vez.

- Y bien, ¿qué es lo que quiere?

- Nada que usted vaya a darme voluntariamente - dijo Latimer.

- Lo envía Sor 5, supongo... ¿o es algo suyo en particular?

- No responderé a esa pregunta.

- ¿Han venido con usted otros visitantes?

- Tampoco responderé a ésta.

Aton se le quedó mirando largamente.

- Muy bien, señor. Dígame ahora qué es lo que su maestro desea de mí. Basta ya de coqueteos. Hace tiempo que pagué el favor.

Latimer sonrió levemente, pero nada dijo.

- Le solicité - continuó Aton agriamente - unos datos que sólo el Culto podía suministrarme, y me fueron proporcionados. Gracias nuevamente, señor. A cambio, prometí probar la verdad esencial del credo del Culto.

- No hay necesidad de probarla - replicó orgullosamente el otro -. Está suficientemente probada en el Libro de las Revelaciones.

- Sí para cierta canalla. Pero no pretenda confundir mis conocimientos. Me ofrecí a formular bases científicas de sus creencias. ¡Y lo hice!

Los ojos del Cultista se encogieron con amargura.

- Sí, usted lo hizo. Pero con la sutileza del zorro, pues al mismo tiempo que obtenía una explicación de nuestras creencias, trastornó todo lo que se le puso por delante. Usted convirtió la Oscuridad y las Estrellas en un fenómeno natural y alteró su verdadero significado. Eso fue una blasfemia.

- Si es así, la culpa no es mía. El hecho existe. ¿Qué puedo hacer sino constatarlo?

- Su «hecho» no es más que un fraude y un engaño.

- Cómo lo sabe usted? - exclamó Aton irritado.

- ¡Lo sé! - dijo el otro con entonación pletórica de fe y seguridad.

El director cambió el color de su faz, Beenay susurró una amenaza. Aton le hizo una señal para que callara.

- ¿Qué quiere Sor 5 de nosotros? Imagino que aún debe opinar que es peligroso para las almas el que intentemos advertir al mundo de la amenaza que se avecina. No obtendremos ningún éxito si se empeña en considerarlo de esa manera.

- El atentado ha causado bastantes desperfectos. Hay que detener esa viciosa forma de obtener información mediante diabólicos instrumentos. Obedecemos la voluntad de las Estrellas y sólo lamento que mi torpeza les haya prevenido cuando intentaba desarticular sus infernales ingenios.

- No le habría reportado ningún bien - replicó Aton -. Todos nuestros datos, excepto aquellos que recogeremos por experiencia directa, se encuentran ya a salvo y situados más allá del alcance de cualquier destrucción. - Sonrió con los labios apretados -. Lo que no evita que usted sea considerado por nosotros como un criminal.

Se volvió entonces a los hombres situados tras él.

- Que alguien llame a la policía de Saro City - dijo.

- Condenación, Aton - exclamó Sheerin con disgusto -, ¿qué le ocurre? No hay tiempo para eso. Déjeme que yo me ocupe de él.

- No hay tiempo para hacer el ganso, Sheerin - dijo Aton con fastidio -. Haga el favor, pues, de dejar que yo haga las cosas a mi manera. Usted es aquí un completo extraño, y no debe olvidarlo.

- Explíqueme entonces - dijo Sheerin - por qué tenemos que molestarnos llamando a la policía. El eclipse de Beta comenzará dentro de escasos minutos y tenemos aquí un hombre que está deseando dar su palabra de honor de que no nos causará más problemas.

- No voy a hacer tal cosa - saltó prontamente el Cultista -. Ustedes son libres de hacer cuanto les venga en gana, pero les advierto que si me dejan ir a mi aire me las apañaré para terminar lo que he venido a hacer. Si ésta es la palabra de honor que esperarán de mí, creo que será mejor para todos ustedes llamar a la policía.

- Eres un tunante decidido, ¿eh? - dijo Sheerin con una Sonrisa -. Pero voy a explicarte unas cuantas cosas. ¿Ves al muchacho que está junto a la ventana? Es un tipo fuerte, violento, muy hábil con los puños... Y no pertenece al Observatorio, además. Una vez comience el eclipse, no tendrá nada que hacer aquí excepto, en todo caso, hincharse un ojo. Luego estoy yo, demasiado pesado para soltar unos cuantos puñetazos, pero empeñado en la idea, vaya.

- ¿Y qué quiere decirme con eso? - preguntó el Cultista inquieto.

- Escucha y te lo diré - fue la respuesta -. Tan pronto comience el eclipse, el señor Theremon y yo te conduciremos a una habitación cerrada que no cuenta más que con una puerta, una fuerte cerradura y ninguna ventana. Permanecerás allí mientras dure.

- Y después - exclamó agitadamente Latimer - no habrá nadie para dejarme salir. Sé tan bien como usted lo que significa la llegada de las Estrellas... lo sé incluso mejor que usted. Ustedes se volverán locos y no querrán liberarme. Asfixia o muerte por inanición, ¿no es eso lo que piensa? Más o menos lo que debía haber esperado de un grupo de científicos. Pero no daré mi palabra, no conseguirán que me esté quieto. Es una cuestión de principios y no discutiremos más el asunto.

Aton parecía turbado. Sus desorbitados ojos mostraban una buena dosis de agitación.

- Pero, Sheerin, encerrándolo...

- ¡Por favor, señor! - exclamó Sheerin con impaciencia -. No he pensado ni por un momento ir tan lejos. Latimer ha intentado una jugarreta pero yo no soy psicólogo sólo porque me gusta el sonido de la palabra. - Hizo un guiño al Cultista -. Vamos, hombre, no - habrás pensado que iba a exponerte a morir de hambre, ¿verdad? Sólo intentaba algo de menor monta, mi querido Latimer. Fíjate. Si te ponemos bajo llave no verás la Oscuridad ni tampoco las Estrellas. No hace falta estar muy enterado del credo fundamental del Culto para llegar a la conclusión de que permanecer oculto cuando las Estrellas aparezcan significa la pérdida del alma inmortal. Ahora bien, yo creo que tú eres un hombre de bien. Por ello, aceptaré tu palabra de honor de que no nos causarás molestias en cuanto te decidas a ofrecérmela..

Una agitación pareció recorrer el cuerpo de Latimer.

- ¡Está bien, tienen ustedes mi palabra de honor! - dijo, y añadió seguidamente con saña -: Pero me consuela saber que todos quedarán condenados por este acto. Giró sobre sus talones y se dirigió precipitadamente hacia el alto taburete que había junto a la puerta.

- Tome asiento junto a él - dijo Sheerin indicando con la cabeza al columnista -. Sólo como simple formulismo. ¡Eh, Theremon!

Pero el periodista no se movió. Se había quedado pálido hasta la raíz del cabello.

- ¡Miren! su dedo apuntaba al cielo y su voz era áspera y gutural.

Como obedeciendo una orden, todas las miradas siguieron la dirección del dedo y contemplaron el espectáculo sin respirar.

¡Beta estaba menguando por un lado!

El escaso trozo de oscuridad que ofrecía quizá no fuera mayor que una uña, pero para los aterrorizados observadores aquello que veían significaba el inicio de la maldición.

La observación de los hombres duró un corto segundo, casi tan corto como la confusión que siguió a continuación, que desapareció en cuanto cada uno se entregó a su labor prescrita. No había tiempo para emociones en aquellos momentos. Los hombres se habían transformado exclusivamente en científicos con trabajo que hacer. Hasta el mismo Aton se había evaporado.

- El primer instante de la superposición debe haber ocurrido hace quince minutos - dijo Sheerin -. Un poco pronto, pero no está mal si tenemos en cuenta las dificultades que han acompañado los cálculos. - Miró a su alrededor y se acercó a Theremon, que se había quedado mirando por la ventana.

- Aton está furioso - murmuró -. Se perdió el momento inicial de la superposición con todo el jaleo de Latimer y si ahora se le pone uno delante corre el peligro de ser arrojado por la ventana.

Theremon asintió con la cabeza y se sentó. Sheerin lo miró con sorpresa.

- Por el diablo, oiga - exclamó -. Está usted temblando.

- ¿Qué? - Theremon se humedeció los secos labios e intentó sonreír -. No me siento muy bien, ¿qué quiere que haga?

- No irá a perder el control, ¿verdad?

- ¡No! - gritó Theremon, indignado -. ¿Acaso tengo otra alternativa? Jamás creí en todo este galimatías... hasta este momento. Déme una opción, dígame qué puedo hacer. Usted ha estado preparándose durante dos meses para este acontecimiento.

- Tiene razón, claro - comentó Sheerin pensativo -. ¡Escuche! ¿Tiene usted familia... padres, esposa, hijos?

Theremon negó con la cabeza.

- Va usted a hablar del Refugio, ¿eh? No tiene que preocuparse por eso. Tengo una hermana, pero está a dos mil millas de aquí. Ni siquiera sé su dirección.

- Bueno, entonces, ¿qué me dice de usted mismo? Puede ir allí, aún hay tiempo; desde que lo dejé queda una plaza libre. Después de todo aquí no es necesario.

- Vaya - dijo Theremon mirando al otro con cansancio -. Usted cree que estoy asustado. Piense lo que quiera, señor. Soy periodista y me ha sido encomendado conseguir un reportaje. Es lo que intento hacer.

Una amplia sonrisa cruzó la cara del psicólogo.

- Entiendo, honor profesional y todo eso.

- Puede llamarlo así. Pero, amigo mío, daría mi brazo derecho por una botella de ese reparador de ánimos que tenía usted antes, aunque fuera la mitad de pequeña. Si algún camarada suyo necesita un trago, ése soy yo.

Entonces saltó. Sheerin estaba dándole codazos.

- ¿No oye eso? Escuche.

Theremon siguió el movimiento de la mandíbula del otro y miró al Cultista, que, olvidado de todo cuanto acontecía a su alrededor, contemplaba la ventana con una expresión de poseso, al tiempo que entonaba una casi inaudible salmodia.

- ¿Qué dice? - susurró el columnista.

- Está citando el Libro de las Revelaciones, capítulo quinto - replicó Sheerin. Luego, con urgencia -: Aguarde un momento y escuche.

La voz del Cultista habíase alzado en una repentina plegaria de fervor.

- «Y ocurrió que, por aquellos días, el Sol, Beta, habitó en solitaria vigilia en la mansión celeste por el más largo de los períodos conocidos, mientras cumplía su revolución; tanto duró su recorrido que, en mitad de su revolución, solitario, encogido y frío, cesó de brillar sobre Lagash.

»Y los hombres se reunían en las plazas públicas y en los caminos para comentar y maravillarse de la señal, pues una extraña depresión había ocupado sus almas. Su mente se turbó y su lengua tornóse confusa, pues las almas de los hombres aguardaban la venida de las Estrellas.

»Y en la ciudad de Trigon, Vendret 2 vino y dijo a los hombres de Trigon: «¡Helo ahí, oh pecadores! Hablabais con desdén de los caminos de la virtud, pero ya ha llegado el tiempo de rendir cuentas. Por fin, la Gruta se aproxima para devorar Lagash; y con Lagash, todos sus moradores.»

»Y mientras esto decía, el labio de la Gruta de la Oscuridad sobrepasó el borde de Beta, de modo que todo Lagash quedó sin su luz. Grandes fueron los gritos de los hombres mientras contemplaban la desaparición, y grande también el estremecimiento que desconoló sus almas.

»Y ocurrió que la Oscuridad de la Gruta cayó sobre Lagash y ya no hubo más luz en toda la superficie de Lagash. Los hombres quedaron como ciegos y nadie podía ver a su vecino aunque sentía su aliento contra su rostro.

»Y en el interior de esta negrura aparecieron las Estrellas en cantidades inmensas, y era tal la belleza y de tal modo encantaba todo lo creado, que hasta las hojas de los árboles entonaron cánticos llenos de admiración.

»Y en aquel momento las almas de los hombres se separaron de sus cuerpos, reduciéndose éstos al estado de las bestias; en verdad, fue como si el mundo se hubiera convertido en una selva; así, por las entonzadas calles de Lagash los hombres prorrumpieron en salvajes gritos.

»Entonces, se extendió desde las Estrellas el Fuego Celestial y, allí donde tocaba, las ciudades de Lagash convertíanse en caos de llamas y destrucción; tanto que, de los hombres y las obras de los hombres, nada quedó.

»Desde entonces...»

Hubo una sutil alteración en el tono de Latimer. Sus ojos permanecían ausentes, pero de alguna manera llamó la atención de los otros dos. Fácilmente, sin la menor pausa para tomar aliento, el timbre de su voz cambió y las sílabas se volvieron más líquidas.

Theremon, cogido por sorpresa, lo miró fijamente. Las palabras siguieron luego el tono anterior. Había habido un elusivo cambio en el acento, un débil cambio en la caída de las vocales; pero nada más... quizá ni el mismo Latimer comprendiera lo que había ocurrido.

- Seguramente cambió a alguna lengua de otro ciclo, con toda probabilidad del tradicional ciclo segundo. Era la lengua en la que fue escrito primariamente el Libro de las Revelaciones.

- No importa. Ya he oído bastante. - Theremon se echó atrás en la silla y se mesó el cabello -. Me siento mucho mejor ahora.

- ¿De veras? - Sheerin pareció sorprenderse.

- Se lo explicaré. Me he puesto verdaderamente nervioso hace un rato. Entre su explicación de la gravitación y el comienzo del eclipse he estado al borde de un ataque de nervios. Pero eso - y señaló con el pulgar al gualdibarbado Cultista -, eso es exactamente lo que mi niñera solía contarme. Me he reído de esas cosas durante toda mi vida. No voy a permitir que me asusten ahora.

Suspiró profundamente y continuó con cierta alegría:

- Si voy a seguir contándole lo angelito que soy, mejor será que aparte mi silla de la ventana.

- Sí, pero debería usted hablar mas bajo - comentó Sheerin - Aton acaba de asomar la cabeza por la puerta y le ha lanzado a usted una mirada capaz de asesinarle.

- Había olvidado al viejo - dijo con una mueca. Luego, poniendo en ello el máximo cuidado, apartó la silla de la ventana mientras lanzaba miradas de disgusto por encima del hombro -. Se me acaba de ocurrir que deben haber fabricado alguna clase de inmunidad contra la locura de las Estrellas.

El psicólogo no respondió en seguida. Beta había ya rebasado su cenit y el haz de sanguínea luz que penetraba por la ventana se deslizaba por el suelo hasta el punto de alcanzar casi las piernas de Sheerin. Contempló pensativamente aquel color arcilloso y luego, inclinándose, echó una fugaz mirada al sol.

El mordisco del eclipse habíase agrandado hasta alcanzar ahora un tercio de Beta. Se estremeció súbitamente y, cuando pudo serenarse, sus mejillas no conservaban ya el generoso color que otrora prodigaban. Con una sonrisa que era casi una excusa, apartó también su silla.

- En estos momentos, poco más de dos millones personas en Saro City habrán convertido el Culto en religión mayoritaria. - Luego, con ironía -: Por una hora al menos, el Culto gozará de una prosperidad nunca vista. Pero, ¿qué me estaba diciendo?

- Iba a preguntarle cómo se las apañan los Cultistas para transmitir de ciclo en ciclo el manejo del Libro de las Revelaciones, y cómo es que se escribió por primera vez en Lagash. Debe haber alguna especie de inmunidad, pues, si todos se volvían locos, ¿quién pudo haber escrito el libro?

Sheerin se quedó mirando con tristeza al periodista.

- Pues mire, joven, no hay respuesta documentada sobre eso, pero tenemos unos cuantos indicios para suponer qué ocurrió. Hay tres clases de personas que resultan relativamente ilesas. Primero, las que por alguna razón ignota no ven las Estrellas: los que se meten en la cama en aquel momento o los que se emborrachan al comienzo del eclipse. Pero vamos a descartarlos porque no son realmente testigos.

»Luego están los niños menores de seis años, para quienes el mundo es todavía demasiado nuevo y extraño para reparar en las Estrellas o asustarse de la Oscuridad. El fenómeno sería considerado como uno de tantos artículos del catálogo de sorpresas que depara el mundo. ¿No lo cree usted así?

- Imagino que sí - replicó el otro con cierto gesto de duda.

- Por último, están aquellos que poseen una mente demasiado grosera para comprender el hecho, algo así como ancianos y retrasados mentales, que, verdaderamente, quedarían escasamente afectados. Bien, entre la incoherente memoria de los niños y los relatos de los que quedaron a medio enloquecer se formaron posiblemente las bases del Libro de las Revelaciones.

»Claro que, por otra parte, el libro se baso, primeramente, en el testimonio de aquellos que por lo menos tenían alguna cosa que contar, es decir, los niños y los retrasados. Luego, seguramente fue editado y reeditado en el curso de los ciclos.

- ¿Supone usted - interrumpió Theremon - que el libro fue transmitido a través de los ciclos de la misma manera que nosotros nos hemos transmitido las bases para teoría de la gravitación universal?

Sheerin hizo una mueca.

- Tal vez, pero el método exacto poco importa ahora, el caso es que lo hicieron. El punto al que quiero llegar es que el libro sólo puede contribuir a confundir más las cosas, por muy basado que esté en hechos auténticos. Por ejemplo, ¿recuerda el experimento con los agujeros en el techo llevado a cabo por Faro y Yimot, el que no funcionó?

- Sí.

- ¿Y sabe usted por qué no func...? - Se detuvo y se puso en pie alarmado. Aton se acercaba con el rostro completamente consternado -. ¿Qué ha ocurrido?

Aton se detuvo a su lado y Sheerin pudo sentir la presión de sus dedos sobre su codo.

- ¡No tan alto! - La voz de Aton manaba henchida de contenida tortura -. Acabo de hablar con el Refugio por la línea privada.

- ¿Están en apuros? - preguntó Sheerin con angustia.

- Ellos, no. - Aton remarcó significativamente el pronombre -. Hace un rato que precintaron la puerta y permanecerán enterrados hasta pasado mañana. Están a salvo. Pero la ciudad, Sheerin... es la ruina. No puede hacerse ni idea... - Comenzó a sufrir dificultades en la vocalización.

- ¿Y? - soltó Sheerin con impaciencia -. ¿Qué ocurre con la ciudad? - Luego, con una sospecha -: ¿Cómo se encuentra?

Los ojos de Aton relampaguearon irritados ante la insinuación, pero pronto volvieron al anterior brillo de ansiedad.

- No lo entiendo. Los Cultistas se han puesto en acción. Están convenciendo a la masa para que tome por asalto el Observatorio, prometiendo a cambio la absolución de sus pecados, la salvación, cualquier cosa. ¿Qué haremos, Sheerin?

La cabeza de Sheerin se inclinó y sus ojos se perdieron en una completa y prolongada abstracción. Luego, alzó la mirada y dijo con crispación:

- ¿Hacer? ¿Acaso hay algo por hacer? Nada hay que pueda hacerse. ¿Saben esto los hombres?

- ¡Claro que no!

- ¡Perfecto! Siga sin decirles nada. ¿Cuánto falta?

- Apenas una hora.

- Lo único que podemos hacer es arriesgarnos. Llevará algún tiempo organizar una fuerza considerable y aún más traerlos hasta aquí. Estamos a más de cinco millas de la ciudad...

Se quedó mirando la ventana, por la que se divisaban las cúpulas de los edificios de las afueras; más allá, la borrosa sombra de la ciudad misma, como envuelta por una niebla que inundara el horizonte.

- Llevará tiempo - repitió -. Sigán trabajando y recen por que el eclipse acabe antes.

Beta estaba seccionado por la mitad, mostrando una leve curva que se adentraba en la parte todavía brillante del sol. Era como un gigantesco párpado que fuera adormeciendo el ojo del mundo.

El débil murmullo de la sala se fue convirtiendo en pasto del olvido y su atención vagó por los campos que se divisaban desde la ventana. Los insectos parecían sufrir el terror calladamente. Los objetos iban desvaneciéndose.

Una voz zumbó en su oído y se sobresaltó.

- ¿Algo va mal? - preguntó Theremon.

- ¿Eh?... No, no. Vuelva a su silla. Aquí estorbamos. - Se retiraron a su esquina aunque el psicólogo permaneció mudo por un tiempo. Con un dedo se palpaba el cuello. Luego, alzó la mirada repentinamente.

- ¿Tiene usted dificultades en la respiración?

El periodista abrió los ojos y aspiró repetidas veces.

- No, ¿por qué?

- He estado en la ventana demasiado tiempo. La disminución de la luz ha debido afectarme. Las dificultades respiratorias son el primer síntoma de un ataque de claustrofobia.

Theremon volvió a aspirar nuevamente.

- Bueno, parece que a mí no me ha afectado. Mire, otro compañero.

Beenay había interpuesto su cuerpo entre la luz y la pareja sita en la esquina y Sheerin se dirigió a él con premura.

- Eh, Beenay.

El astrónomo cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y sonrió débilmente.

- ¿Qué pensarías si me sentara un rato y habláramos? Mis cámaras están preparadas y no hay nada que hacer hasta el eclipse total. - Hizo una pausa y miró al Cultista, que quince minutos antes había abierto un pequeño libro enfrascándose en su lectura -. ¿Ha dado problemas esa rata?

Sheerin sacudió la cabeza. Sus hombros se contrajeron mientras parecía concentrarse en sus conductos respiratorios.

- ¿Tienes dificultades al respirar, Beenay?

Beenay olfateó el aire.

- Creo que no soy yo el que huele mal, Sheerin.

- Creo que es claustrofobia - se excusó Sheerin.

- ¡Ah, vamos! A mí me afecta de manera distinta. Me da la sensación de que mis ojos me persiguen. Las cosas comienzan a zumbar... bueno, todo se vuelve confuso. Y frío también.

- Oh, frío, claro que sí. Pero eso no es ninguna ilusión - observó Theremon -. Yo tengo los juanetes como dentro de una nevera.

- Lo que necesitamos es mantener nuestras mentes ocupadas en algo distinto - apuntó Sheerin -. Estaba diciéndole hace un momento, Theremon, por qué el experimento de Faro se convirtió en humo.

- Aún no había comenzado - replicó Theremon. Alzó una rodilla y la sujetó en el aire con las manos cruzadas en torno a ella.

- Bueno, pues comenzaba a decirle que fallaron por tomar el Libro de las Revelaciones al pie de la letra. No hay probablemente ninguna razón para tomar las Estrellas en sentido físico. Debe tratarse, indudablemente, de la necesidad de luz que la mente experimenta al encontrarse en la Oscuridad total. Creo que las Estrellas consisten justamente en esta desesperada ilusión de luz.

- En otras palabras - intervino Theremon -, usted supone que las Estrellas son fruto de la locura y que no tienen ninguna otra causa. Entonces, ¿qué van a fotografiar los hombres de Beenay? ¿Por qué están preparados para fotografiar algo?

- Tal vez para probar que es una ilusión; o para probar lo contrario. Luego...

Pero Beenay había aproximado su silla y vieron en su rostro la expresión de un repentino y exaltado entusiasmo.

- Oiga, me alegra infinito que se ocupen de ese asunto. - guiñó los ojos y alzó un dedo - He estado cavilando sobre esas Estrellas y he llegado a una idea ingeniosa. Claro que no son sino migajas del pensamiento y no me he ocupado del todo en ello, pero pienso que es interesante. ¿No quieren oírlo?

Fingió no estar del todo decidido, pero Sheerin se acomodó en la silla y dijo:

- Adelante, yo te escucho.

- Allá va. Supongamos que hay otros soles en el universo. - Hizo un leve aspaviento -. Quiero decir soles que se encuentran muy alejados y son demasiado pequeños para verlos. Suena como si hubiera estado leyéndolo en algún relato fantástico, ¿eh?

- No necesariamente. Aunque, ¿no queda eliminada esa posibilidad por el hecho de que, según la ley de Gravitación, debieran hacerse evidentes por su fuerza de atracción?

- No, si están muy lejos - replicó Beenay -, verdaderamente lejos, algo así como cuatro años-luz o más. Nunca podríamos detectar sus perturbaciones porque son demasiado pequeñas. Pongamos entonces que hay un montón de soles muy lejanos, una docena o dos.

- Buena idea para un artículo en el suplemento dominical. ¡Dos docenas de soles a ocho años-luz de distancia en el universo! ¡Nada menos! Eso reduciría la relevancia de nuestro mundo - dijo Theremon.

- Es sólo una idea - dijo Beenay con un guiño -, pero usted la ha captado a fondo. Durante un eclipse, esas docenas de soles se volverían visibles porque ya no habría ningún sol real que las ocultara con su más poderosa luz. A la distancia a que se encontrarían aparecerían como muy pequeños, como pequeñas cuentas de marfil. Claro que los Cultistas hablan de millones de Estrellas, pero sin duda es una exageración. No hay lugar en el universo capaz de contener un millón de soles sin tocarse los unos con los otros.

Sheerin había estado escuchando con creciente interés.

- Creo que has acertado en algo, Beenay. Una exageración es exactamente lo que ocurrió en otros tiempos. Como sabes, nuestra mente no puede concebir un número mayor que el cinco; más allá sólo contamos con el concepto «mucho». Una docena podría convertirse perfectamente en un millón. ¡Ha sido una gran idea!

- Aún tengo otra idea también ingeniosa - añadió Beenay -. ¿Has pensado alguna vez lo que sería una gravitación de problema simple si tuvieras un sistema suficientemente simple? Supón que tienes un universo en el que hay sólo un planeta y un único sol. El planeta rotaría en un perfecto eclipse y la naturaleza exacta de la fuerza gravitacional sería tan evidente que sería aceptada como un axioma. Los astrónomos de un mundo tal darían con la gravedad probablemente antes de que inventaran el telescopio. La observación a simple vista sería suficiente.

- Pero, ¿sería un sistema dinámicamente estable? - preguntó Sheerin dudoso.

- ¡Claro! Se trataría del caso modelo. Comprobado matemáticamente, aunque son las aplicaciones filosóficas lo que me interesa.

- Es agradable pensar sobre eso - admitió Sheerin - como una abstracción... algo así como el gas perfecto, o el cero absoluto.

- Claro - continuó Beenay -, está el problema de que la vida sería imposible en un planeta así. No habría comida ni luz suficiente, y en su rotación sobre su eje

habría media parte de Luz y media de Oscuridad. No puedes esperar que haya vida (que depende fundamentalmente de la luz) ni que se desarrolle en tales condiciones. Aparte...

La silla de Sheerin fue despedida hacia atrás y él se puso repentinamente en pie.

- Aton va a encender luces.

Beenay soltó una exclamación, se volvió para mirar y se quedó con la boca abierta.

Aton permanecía con los brazos llenos de estacas de un pie de longitud y una pulgada de anchura. Miró al trío y se dirigió a Sheerin y Beenay.

- Venga, a trabajar. Usted, Sheerin, venga aquí y ayúdeme.

Sheerin correteó hasta el anciano y una por una fueron colocando las estacas en candeleros metálicos adosados a las paredes.

Adoptando los movimientos del que ejecuta el más sagrado ritual, Sheerin encendió una ancha y tosca cerilla y se la pasó a Aton, que aplicó la llama a la punta de las estacas.

Las llamas vacilaron un rato como si temieran consumir la madera, pero luego, casi repentinamente, se hincharon iluminando la cara de Aton con resplandor amarillo. Retiró la cerilla y un espontáneo y flamígero jolgorio oscureció la ventana.

¡Las estacas estaban coronadas por una ondeante llama de seis pulgadas! La sala se había llenado de resplandor amarillo.

La luz no era poderosa, incluso podía decirse que era más débil que la ya atenuada luz solar. Las cabezas de las estacas ardían con llama temblorosa, provocando sombras bailoteantes. Humeaban como un desafortunado día en la cocina. Pero emitían luz amarilla.

No era de despreciar esta luz después de cuatro horas de un progresivamente mortecino Beta. El mismo Latimer había apartado los ojos de su libro y la contempló admirado.

Sheerin, extendiendo los brazos a la antorcha que tenía más cerca, exclamó para sí mismo extasiado:

- ¡Hermoso! ¡Hermoso! Nunca antes me había percatado de cuán maravilloso es el amarillo.

Pero Theremon miró las antorchas con desconfianza. Olisqueó el tufo que producían y comentó:

- ¿Qué bichos son éstos?

- Simplemente madera - dijo Sheerin.

- No, no es posible. Si no se está quemando. La llama se limita a arder en la punta, pero no quema la parte restante.

- He ahí lo más bello de todo. Es un mecanismo eficiente de luz artificial. Hemos fabricado unos cuantos centenares, pero la mayor parte fue llevada al Refugio, obviamente. Tome el núcleo de una caña, séquelo y úntelo con grasa animal. Luego, acérquele fuego y la grasa arderá poco a poco. Esas antorchas arderán casi media hora sin parar. Ingenioso, ¿no cree? Fue un trabajo desarrollado por uno de nuestros muchachos en la Universidad de Saro.

Tras la momentánea sensación, la quietud había regresado a la cúpula del Observatorio. Latimer había acercado su silla a una antorcha y continuaba leyendo bajo su luz, moviendo los labios en la monótona invocación de las Estrellas. Beenay había vuelto nuevamente a sus cámaras y Theremon vio la

oportunidad de añadir ciertos comentarios a las notas que había escrito para el Chronicle de Saro City.

Pero, al advertir la divertida luz de los ojos de Sheerin, otra cosa vino a desplazar de su mente el propósito de escribir aquellos comentarios. Otra cosa que no era sino que el cielo se había convertido en un horrible vacío púrpura y violeta, como si fuera una gigantesca berenjena.

El aire se había vuelto más denso. El crepúsculo, como un cuerpo palpable, inundaba la sala y el agitado círculo amarillo que coronaba las antorchas dificultaba la contemplación de los colores situados más allá. Luego, pudo apreciarse el crecimiento del humo y del intenso olor que las materias combustionadas producían entre secos chisporroteos; más tarde, los objetos iban adentrándose en las sombras inescrutables, como el blando almohadón de la silla de uno de los hombres que trabajaban en torno a la mesa central o el gesto espontáneo de algún otro que intentaba mantener la compostura en la creciente noche que inundaba la sala.

Fue Theremon el primero en escuchar el extraño ruido. Era más bien una vaga e incoherente impresión de sonido que hubiera resultado imperceptible de no extenderse sobre la cúpula un silencio de muerte.

El periodista se enderezó al tiempo que apartaba su libro de notas. Contuvo la respiración y permaneció alerta; luego, no sin resistencia, caminó entre el solaroscopio y una de las cámaras de Beenay, deteniéndose ante la ventana.

El silencio saltó hecho pedazos nada más articular una palabra:

- ¡Sheerin!

Todas las ocupaciones cesaron en ese instante. El psicólogo estuvo prontamente a su lado. Aton se les unió. Incluso Yimot 70, sentado en lo alto frente al ocular del gigantesco solaroscopio, detuvo su trabajo y miró hacia abajo.

Fuera, Beta era apenas un rescoldo que lanzaba una última y desesperada mirada sobre Lagash. El horizonte que se delineaba más allá de Saro se había perdido en la Oscuridad, y la carretera que unía la ciudad con el Observatorio era una línea de roja tiniebla bordeada por apenas dibujados árboles que, en la parte boscosa, se habían convertido en incongruente masa negra.

Pero era la carretera lo que había llamado su atención, pues a lo largo de ella tomaba cuerpo otra sombría masa, mucho más amenazante si cabe.

- ¡Son los lunáticos organizados por los Cultistas!

- ¿Cuánto falta para el eclipse total? - preguntó Sheerin a Aton.

- Quince minutos, pero... estarán aquí en menos de cinco.

- Calma, usted cuide que sus hombres sigan trabajando. Nosotros haremos lo demás. Este lugar está construido como una fortaleza. Aton, échele una ojeada a nuestro joven Cultista. Theremon, venga conmigo.

Sheerin se lanzó hacia la puerta y Theremon se le pegó a los talones. Bajaron las escaleras que giraban en torno a un eje central, descendiendo a una zona poblada de luz incierta.

El primer impulso les había llevado quince pies más abajo, de manera que los débiles resplandores de la habitación inundada de amarillo apenas arrojaron débiles reflejos hasta su total desaparición. Ahora, tanto por arriba como por abajo, estaban rodeados de la misma sombra crepuscular que antes contemplara desde la ventana.

Sheerin se detuvo con una mano comprimiéndose el pecho.

- No puedo... respirar. - Su voz sonaba como una seca tos -. Baje... usted solo... cierre todas las puertas.

Theremon bajó unos cuantos peldaños, luego se giro.

- ¡Espere! ¿Puede aguantar un minuto? - Estaba jadeando. El aire entraba y salía de sus pulmones como si fuera melaza y había allí como un pequeño germen del pánico abriéndose camino por entre las Tinieblas y dentro de su propio cerebro.

¡Al fin Theremon tenía miedo de la oscuridad!

- Aguarde, volveré en un segundo. - Acto seguido, se lanzó escaleras arriba, subiendo de dos en dos escalones; penetró en la sala de la cúpula, cogió una antorcha y de nuevo se internó en la escalera. Corría con tal ímpetu que el humo inundó sus ojos dejándolo casi ciego, y llevaba la llama tan pegada al rostro que parecía querer besarla.

Sheerin abrió los ojos cuando comprobó que Theremon estaba a su lado. Este le dio un leve codazo.

- Vamos, ánimo, acabo de conseguir lo que más falta le hacía. Ya tenemos luz.

Sujetó la antorcha en lo alto de su brazo erguido y comenzó a bajar de puntillas, cuidando que el psicólogo se mantuviera en el interior del área iluminada.

Las oficinas de la planta baja, ausentes de toda iluminación, estremecieron de horror a los dos hombres.

- Aquí - dijo bruscamente Theremon y cedió la antorcha a Sheerin -. Puedo oírlos fuera.

Del exterior llegaban ruidos de movimiento y gruñidos sin palabras.

Pero Sheerin tenía razón; el Observatorio estaba construido como una fortaleza. Levantado en el último siglo, cuando el estilo neogavotano había llegado a su punto culminante en arquitectura, había sido diseñado con mayor estabilidad que belleza y más consistencia que elegancia.

Las ventanas estaban protegidas por rejas a base de barras de hierro de una pulgada de grosor, hundidas en el antepecho. Los muros manifestaban sólida albañilería que ni un terremoto podría inmutar. Y la puerta mayor no era sino una mole de roble reforzada con hierro. Theremon corrió los pestillos y los metales resonaron con prolongado chirrido.

Al otro extremo del pasillo, Sheerin maldecía en voz baja. Señaló la cerradura de la puerta trasera que había sido limpiamente forzada con palanqueta y dejada completamente inútil.

- Por aquí debió entrar Latimer - dijo.

- Bueno, no nos quedemos aquí - dijo Theremon con impaciencia -. Arreglemos como sea esa cerradura... y mantenga la antorcha apartada de mis ojos, el humo me está matando. Había arrimado una pesada tabla contra la puerta mientras hablaba y en pocos minutos levantó una poderosa barricada que tenía poco de simetría y belleza.

De algún lugar, amortiguadamente, alcanzaron a oír un ruido de puños contra la puerta; los berridos y chillidos, que ahora podían oírse procedentes del exterior, conferían a la escena un viso de irrealidad.

La gente había salido de Saro City con sólo dos cosas en la cabeza: el logro de la salvación Cultista mediante la destrucción del Observatorio, y un miedo enloquecedor que les obligaba a todo menos a paralizarse. No había tiempo para pensar en vehículos, armas o dirigentes, ni siquiera en organizarse. Tan sólo pensaban en llegar al Observatorio y asaltarlo con las manos desnudas.

Y ahora, cuando por fin estaban allí, el último destello de Beta, el postrer gemido de una agonizante llama, relampagueó triste y pobremente sobre una

humanidad a la que abandonaba dejándola sin otra compañía que el miedo al universo.

- ¡Volvamos a la cúpula! - exclamó Theremon.

En la cúpula, sólo Yimot, en el solaroscopio, permanecía en su puesto. El resto estaba ahora ocupado con las cámaras y Beenay estaba dando instrucciones con extraña voz.

- No me falléis ninguno. Quiero tomar a Beta justo antes del eclipse total y luego cambiar la placa rápidamente. Tomaréis una cámara cada uno... Ya sabéis cuánto tiempo... de exposición se necesita...

Hubo un susurro de asentimiento.

Beenay se pasó una mano por los ojos.

- ¿Arden todas las antorchas? Ya veo que sí. - con cierta dificultad en su postura, parecía apoyarse en el respaldo de la silla -. Ahora, recordad... no intentéis obtener buenas fotografías. No quiero brillantes como sacar dos estrellas de un solo disparo. Con una hay de sobra. Y... si os sentís mal, apartaos de la cámara.

En la puerta, Sheerin susurró a Theremon:

- Señáleme a Aton. No puedo verlo.

El periodista no pudo responder inmediatamente. Las vagas siluetas de los astrónomos parecían difuminadas en la oscuridad general, pues las antorchas habíanse convertido en meros borrones amarillos.

- Está oscuro - murmuró.

Sheerin soltó su mano.

- Aton. - Dio unos pasos -. ¡Aton!

Theremon se movió tras él y lo cogió por el brazo.

- Espere, yo lo conduciré.

Caminó como pudo a través de la sala. Hundió sus ojos en las Tinieblas y su mente en el caos que había en ellas.

Nadie parecía oírlos ni prestarles atención. Sheerin tropezó contra la pared.

- ¡Aton! - llamó.

El psicólogo advirtió que unas manos lo rozaban, se detuvo y escuchó una voz:

- ¿Es usted, Sheerin?

- ¡Aton! - Pareció recuperar el aliento -. No se preocupe por los exaltados. Aguantaremos.

Latimer, el Cultista, se puso en pie y en su rostro pudo verse la desesperación. Pero su palabra había sido dada y romper el juramento hubiera significado poner en peligro mortal su alma. Sin embargo, esa palabra había surgido a la fuerza y no por su libre voluntad. ¡Pronto vendrían las estrellas! No podía permanecer allí inmóvil... y no obstante había dado su palabra.

La cara de Beenay se iluminó lejanamente cuando alzó la vista para contemplar el último rayo de Beta, y Latimer, viéndolo inclinado sobre su cámara, tomó una decisión. Sus uñas se hundieron en la palma de sus manos mientras se ponía cada vez más tenso.

Trastabilló al ponerse en movimiento. Ante él sólo había sombras; el suelo que debía estar bajo sus pies carecía de sustancia. Entonces, alguien surgió bruscamente a su lado y se lanzó sobre él, dirigiendo sus dedos curvados contra su garganta.

Dobló la rodilla y la incrustó en el cuerpo de su asaltante.

- Déjeme levantarme, le mataré.

Theremon apretó los dientes y murmuró mientras hacía presión sobre Latimer:

- ¡Rata traidora!

El periodista pareció advertir entonces muchas cosas a un tiempo. Oyó graznar a Beenay ordenando tomar precipitadamente las cámaras; luego, tuvo la extraña sensación de que el último reflejo de luz solar había desaparecido por completo.

Simultáneamente, escuchó una última exclamación de Beenay y un entrecortado grito de Sheerin, histérico chillido que se quebró en un áspero y repentino silencio; extraño, mortecino silencio exterior.

Y Latimer había quedado medio cojo en su frustrado ataque. Theremon miró a los ojos al Cultista y vio el resplandor del blanco que reflejaba el débil amarillo de las antorchas. Vio la burbuja babeante de los labios de Latimer y escuchó que de su garganta surgía un gemido animal.

Dominado por la sedante fascinación del miedo, apartó un brazo y volvió los ojos hacia la oscuridad de la ventana.

¡Más allá brillaban las estrellas!

No las tres mil seiscientas Estrellas inválidas que pueden verse a simple vista en la Tierra; Lagash estaba en el centro de una gigantesca constelación. Treinta mil espléndidos soles derramaban chorros de luz con tal serenidad e indiferencia que parecían más fríos que un helado de viento que atravesara el mundo.

Theremon se puso en pie; su garganta se negaba a dejar pasar el aliento y todos los músculos de su cuerpo permanecían en intenso estado de terror. Se estaba volviendo loco y lo advertía, y alguna parte de sí mismo que aún conservaba un mínimo de cordura luchaba por escapar del abrazo de aquel negro pánico. Era verdaderamente horrible volverse loco y darse cuenta de ello... saber que en apenas un minuto, a pesar de conservar la presencia física, la mente se ha internado en las vastas regiones de la demencia. Pues no otra cosa era la Oscuridad... la Oscuridad y el Frío y la Maldición. Los brillantes muros del universo parecían haber estallado y esparcido sus bloques macizos de luz, dejando escasos huecos negros entre los que se filtraba el vacío.

Tropezó contra alguien que caminaba a gatas y cayó sobre él. Se llevó las manos a la garganta, gateó hacia la llama de las antorchas que ocupaban su loca visión.

- ¡Luz! - aulló.

Aton, en algún lugar, estaba gritando, lloriqueando terriblemente como un niño asustado.

- Las Estrellas... todas las Estrellas... nada sabíamos... nunca supimos nada. Pensábamos en seis estrellas para todo el universo pero las Estrellas no podían verse y la Oscuridad eterna eterna eterna y las paredes cayendo sobre nosotros que nada sabíamos nada podíamos saber nada nunca nada...

Sobre el horizonte que podía contemplarse desde la ventana, en la dirección de Saro City, un resplandor aural comenzó a vislumbrarse, tomar consistencia y crecer, estallando en fuertes brillos que, sin embargo, no pertenecían a la salida de ningún sol.

Nuevamente, la noche estaba allí.

FIN

C. S. Lewis - **ÁNGELES TUTELARES**

El Monje, como lo llamaban, se sentó en la silla de campaña, junto a la litera y miró por la ventana las arenas ásperas de Marte, y el cielo negro azulado. No pensaba iniciar el «trabajo» hasta que pasaran otros diez minutos. Desde luego, no lo habían llevado allí para eso. Era el meteorólogo del grupo y su trabajo como tal estaba ya casi terminado; había averiguado cuanto se podía averiguar. No podía hacer nada más, dentro del limitado radio de aquella investigación, hasta que transcurrieran por lo menos veinticinco días. Y la meteorología no había sido el verdadero móvil del viaje. Había elegido pasar tres años en Marte, como el más próximo equivalente moderno de la vida de un eremita en el desierto. Había venido a meditar: a continuar la lenta y perpetua reconstrucción de esa estructura interior que era, a su juicio, la finalidad principal de la existencia. Transcurrieron los diez minutos de reposo. Comenzó con la fórmula acostumbrada: «Dulce y paciente Maestro, enséñame a tener menos necesidad de los hombres y a amarte más.» Y emprendió la tarea. No había tiempo que perder. Sólo tenía por delante seis meses de aquel yermo sin vida, sin sufrimiento, sin pecado. Tres años eran un plazo breve... pero, cuando llegó el grito, se levantó de la silla con la ejercitada prontitud de un marinero.

El botánico de la cabina inmediata respondió al mismo grito con una maldición. En aquel momento había tenido el ojo clavado al microscopio. Era enloquecedor. Interrupciones constantes. En aquel campamento infernal costaba tanto concentrarse como en el centro mismo de Piccadilly. Y su tarea era ya una carrera contra el tiempo. Faltaban seis meses... y apenas había comenzado. La flora de Marte, aquellos organismos diminutos, inverosímilmente tenaces, capaces de sobrevivir en condiciones poco menos que imposibles, eran un festín para toda la vida. No haría caso al grito. Pero en esto sonó el timbre. Llamaban a todos a la sala principal.

La única persona que no hacía nada, por decirlo así, cuando llegó el grito, era el capitán. Para ser más exactos, diremos que trataba, como de costumbre, de no pensar en Clare, y de continuar redactando el diario oficial. Clare seguía interrumpiéndolo desde sesenta y cinco millones de kilómetros de distancia. Era ridículo. «Hubiésemos necesitado todas las manos...» escribió. Manos... sus propias manos. Mirándolas fijamente sintió que acariciaba el cuerpo vivo de Clare, cálido y frío, blando y firme, que se entregaba y resistía. «Cállate, que es algo muy querido», le dijo a la foto sobre el escritorio. Y de vuelta al diario, hasta las palabras fatales: «...me había causado cierta ansiedad». Ansiedad... ¿Qué le pasaría a Clare en aquel momento? ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? Podía ocurrir cualquier cosa. Había sido una decisión estúpida. ¿Qué otro recién casado hubiese aceptado esa tarea? Pero había parecido tan razonable... Tres años de horrible separación, pero luego... todo lo mejor de la vida. Le habían prometido un puesto con el que no se hubiera atrevido a soñar unos meses antes. Ya nunca tendría que volver al espacio exterior. Y a la vuelta, habría muchas compensaciones: las conferencias, el libro, probablemente un título. Habría muchos hijos. Sabía que ella los deseaba, y de un modo curioso (como empezaba a comprenderlo) a él le ocurría lo mismo. Pero, cuernos, el diario. Comenzó un nuevo párrafo... Y de pronto llegó el grito.

Era uno de los dos jóvenes técnicos quien había gritado. Habían estado juntos desde la cena. Paterson, de pie en el umbral de la cabina de Dickson, se apoyaba en un pie y luego en otro, moviendo atrás y adelante la puerta, mientras Dickson, sentado en la litera, esperaba a que Paterson se marchara.

- ¿De qué hablas, Paterson? - dijo -. ¿Quién comentó algo de una pelea?

- Como quieras, Bobby - dijo el otro -, pero ya no somos amigos como antes. Tu lo sabes bien. ¡Oh, no soy ciego! Te pedí que me llamaras Clifford. Y tú siempre te muestras frío, indiferente.

- ¡Véte al diablo! - gritó Dickson -. Estoy dispuesto de veras a ser un buen amigo tuyo y de cualquier otro, pero todas esas tonterías... como si fuéramos dos colegialas... francamente, no las soporto. De una vez por todas...

- Oh, mira, mira, mira - dijo Paterson. Fue entonces cuando Dickson gritó, y llegó el capitán y tocó la campana. Veinte segundos después, todos se agrupaban detrás de la ventana principal, Una nave del espacio acababa de posarse suavemente a ciento cincuenta metros del campamento.

- ¡Oh! - exclamó Dickson -. Vienen a relevarnos antes del plazo.

- Maldición - gruñó el botánico -. Ahora que...

Cinco viajeros bajaban de la nave. Los trajes del espacio no ocultaban que uno de ellos era enormemente grueso; no había nada de notable en los otros.

- Abran la compuerta - dijo el capitán.

Las botellas de las reducidas reservas pasaban de mano en mano. El capitán había descubierto que el jefe de los viajeros era un viejo conocido, Ferguson. Dos eran jóvenes de aspecto corriente, agradable, pero, ¿los otros dos?

- No entiendo - dijo el capitán -. ¿Qué significa...? Es decir estamos contentísimos de verlos, desde luego, pero ¿qué es esto?

- ¿Dónde están los otros del grupo? - dijo Ferguson.

- Hemos tenido dos bajas - dijo el capitán -. Sackville y el doctor Burton. Fue algo lamentable. Sackville se empeñó en probar lo que llamamos berro marciano. Se volvió loco furioso, a los dos minutos. Derribó a Burton de un puñetazo y un destino fatal quiso que Burton cayera de mal modo, contra esa mesa; se rompió la nuca. Atamos a Sackville y lo acostamos en una litera, pero murió a las pocas horas.

- ¿No tuvo la precaución de probarlo antes en un cobayo? - preguntó Ferguson.

- Sí - dijo el botánico -. Eso fue lo más terrible. El cobayo sobrevivió, aunque se comportó de un modo muy raro. Sackville concluyó erróneamente que la sustancia era alcohólica. Imaginó haber inventado una nueva bebida. Muerto Burton, además, no quedaba nadie capaz de hacer una buena autopsia de Sackville. El análisis de la planta muestra...

- ¡Ahhh...! - interrumpió un visitante, que aún no había hablado -. No simplifiquemos excesivamente. No creo que la sustancia vegetal sea la verdadera explicación. Hay tensiones y desviaciones. Están todos ustedes, sin darse cuenta, en una condición muy inestable, por razones que no son ningún misterio para un psicólogo experimentado.

El sexo de este personaje no era muy evidente. Tenía el pelo muy corto, la nariz muy larga, los labios presuntuosamente apretados, la barbilla saliente y un aire autoritario. Científicamente hablando, la voz era de mujer. Pero nadie dudó del sexo del viajero más próximo, la persona gorda.

- ¡Oh, querida! - jadeó -. No ahora. No puedo más. Me siento débil y nerviosa. Me pondré a chillar si sigues. ¿No tienes a mano un poco de oporto y limón? ¿No? Bueno, me las arreglaré con otro sorbo de ginebra. Qué estómago el mío.

Quien hablaba era manifiestamente hembra y tal vez ya setentona. Se había teñido el pelo, con resultados poco felices, de color mostaza. Los polvos de arroz que se había echado en la cara apestaban a perfume barato y eran como montículos de nieve en los valles de las arrugas y las papadas múltiples.

- Cállese - rugió Ferguson -. Y ustedes, por favor, no le den de beber. Ni una gota.

- Es un gruñón, como ve - dijo la vieja, suspirando, y mirando tiernamente a Dickson.

- Perdónenme - dijo el capitán -. Pero, ¿quiénes son estas... damas? Y ¿qué significa todo esto?

- Se lo explicaré en seguida - declaró la mujer flaca, carraspeando -. Quienes conocen las tendencias de la opinión mundial sobre los problemas sociales, y psicológicos de la intercomunicación planetaria saben bien que este progreso reclama inevitablemente ajustes ideológicos de largo alcance. Los psicólogos reconocen que la inhibición de las necesidades biológicas más imperiosas, en períodos prolongados, han de tener, probablemente, resultados imprevisibles. Los pioneros de los viajes por el espacio están expuestos a este peligro. Sólo las gentes retrógradas permitirían que unos supuestos principios morales impidieran proteger a estos hombres. Hemos de armarnos de coraje, pues, y reconocer que la inmoralidad, como se la llamó hasta ahora, no es ya contraria a la ética...

- No entiendo nada - interrumpió el Monje.

- Quiere decir - explicó el capitán, que era un buen lingüista - que la llamada fornicación no es ya un acto inmoral.

- Exactamente, mi pequeño - dijo la gorda a Dickson -. Un pobre muchacho necesita de cuando en cuando una mujer. Es muy natural.

- Lo que se precisaba, por consiguiente - continuó la flaca -, era un equipo de mujeres abnegadas, decididas a dar el primer paso. Desde luego, serían despreciadas por gentes ignorantes. Pero algo las consolaría: la idea de cumplir una función indispensable en la historia del progreso humano.

- Quiere decir que vas a tener con quien acostarte, precioso - explicó la gorda a Dickson.

- Me parece muy bien - dijo Dickson con entusiasmo -. Más vale tarde que nunca. Pienso, sin embargo, que no han podido traer muchas chicas en esa nave. ¿Y por qué no están aquí? ¿Vienen en viaje?

- Nuestro llamado - prosiguió la flaca, quien aparentemente no había advertido la interrupción - no tuvo mucho eco, es cierto. El primer contingente de la Organización Femenina de Alta Terapéutica Afrodisíaca (OFATA) no es quizá... bueno, el más idóneo. Muchas excelentes mujeres, universitarias como yo, distinguidas profesoras, se han mostrado curiosamente convencionales. Pero, al menos, se ha comenzado - concluyó animosamente -. Y aquí nos tienen.

Hubo, durante cuarenta segundos, un silencio abrumador. Luego, Dickson, que ya había torcido la cara varias veces, se puso muy colorado; recurrió a un pañuelo, sofocó lo que pareció un estornudo, se incorporó bruscamente y volvió la espalda al grupo, levemente encorvado, sacudiendo los hombros.

Paterson se levantó de un salto y corrió hacia Dickson, pero la gorda, luego de gruñidos y esfuerzos infinitos, también dejó su asiento.

- Déjalo tranquilo - le gritó Paterson -. Los hombres como tú no sirven de nada.

Un momento después, los enormes brazos rodeaban a Dickson, sumergiéndolo en un cálido y tambaleante cariño maternal.

- Vamos, vamos, mi chiquitín - dijo la gorda -. Verás que marchará perfectamente. No llores, mi cielo. Pobre chiquitín. Cálmate. Verás qué bien lo pasarás.

- Creo - dijo el capitán - que el chiquitín no está llorando; está riéndose. Fue en ese instante cuando el Monje propuso que pasaran a la mesa.

Junto con el último bocado, Dickson - la gorda había conseguido sentársele al lado, y bebía de cuando en cuando de la copa del joven - dijo a los técnicos recién llegados:

- Me gustaría mucho ver la nave de ustedes. ¿Podemos ir?

Era de esperar que los dos hombres, luego de haber pasado tanto tiempo encerrados, y que acababan de sacarse los trajes del espacio, se resistieran a vestírselos de nuevo y a volver a la nave. Tal fue, desde luego, la opinión de la gorda.

- No los molestes, querido - dijo -. Están hartos de ese viejo trasto, lo mismo que yo. No conviene que se agiten ahora, en plena digestión.

Los dos jóvenes, sin embargo, se mostraron muy animosos.

- Claro que sí - dijo el primero -. Yo mismo iba a proponerlo.

- Yo iré también - dijo el otro.

Los tres salieron de la cámara de aire en tiempo record. Cruzaron la arena, subieron por la escala y se quitaron rápidamente los cascos.

- ¿Quién tuvo la idea de echarnos encima ese par de zorras? - dijo Dickson.

- ¿No lo sabe? - dijo el viajero que hablaba con acento popular londinense -. Las gentes de allá abajo pensaban que el tiempo les parecería a ustedes demasiado largo. Qué ingratos.

- Muy gracioso - dijo Dickson -. Pero para nosotros no es cosa de broma.

- Lo mismo digo - replicó el visitante con acento de Oxford -. Las tuvimos pegadas a nosotros, durante ochenta y cinco días. Comenzaron a aplacarse luego del primer mes.

- Dígamelo a mí - comentó el londinense.

Hubo una pausa de disgusto.

- Pero explíquenme - insistió Dickson -, ¿cómo, entre todas las mujeres del mundo, eligieron a estos dos monstruos?

- No pretendería usted la reina de las coristas en el fondo del más allá - dijo el londinense.

- Querido amigo - explicó el otro -, ¿no es todo muy claro? ¿Qué mujer puede venir voluntariamente a este sitio espantoso, a alimentarse con raciones cuarteleras y ofrecer sus encantos a media docena de desconocidos? No las alegres chicas, amigas de la diversión, pues saben que no hay alegría en Marte. Menos la prostituta profesional, mientras encuentre clientela en el barrio más sórdido de Liverpool o Los Ángeles. La que vino ya no tiene esa probabilidad. La otra es una chiflada de la nueva ética.

- Simple, ¿no es cierto? - comentó el londinense.

- Cualquiera pudo haberlo previsto, excepto esos necios de arriba - dijo el otro.

- La única esperanza que nos queda es el capitán - dijo Dickson.

- Mire, hermano - dijo el londinense -, si espera que nos llevemos de vuelta a estos esperpentos, olvídelo en seguida. No. Nuestro capitán tendría que vérselas con un motín, si lo intentara. Pero no lo intentará. Ya ha soportado lo suyo. Como nosotros. Ahora, les toca a ustedes.

- Es justo - dijo el otro -. Hemos soportado lo insoportable.

- Bien - dijo Dickson -, dejemos que los jefes libren la batalla. Pero hay cosas que superan todos los límites. Esa maldita pedante...

- Es profesora de una universidad popular.

- Bien - dijo Dickson luego de una larga pausa -, iban a mostrarme la nave. Tal vez eso me distraiga.

La gorda hablaba con el Monje.

- ...y, ¡oh, padre!, usted pensará que es mi mayor pecado. No me retiré cuando hubiera podido hacerlo. Cuando murió mi cuñada... mi hermano quería instalarme en su casa, pues no le faltaba dinero. Pero yo continué, ay de mí, continué.

- ¿Por qué, hija mía? - preguntó el Monje -. ¿Es que le gustaba?

- Nada de eso, padre. Nunca tuve mucha afición al oficio, Pero, mire, padre, yo era atractiva en ese entonces, aunque ahora no pueda imaginárselo... y esos caballeros disfrutaban tanto conmigo...

- Hija - sentenció el Monje -, no está usted muy lejos del Reino. Pero cometió un error. El deseo de dar es meritorio. Pero, si da usted un billete falso, no por eso lo hace bueno.

El capitán había dejado también la mesa, muy rápidamente, pidiéndole a Ferguson que lo acompañara a la cabina. El botánico corrió detrás.

- Un momento, capitán, un momento - dijo, excitado -. Soy un hombre de ciencia. Estoy trabajando ya a toda presión. No he de quejarme de todos esos deberes que interrumpen constantemente mi trabajo. Pero, si piensa usted que perderé todavía más tiempo acompañando a esas horribles mujeres...

- Espere a que le ordene algo que pueda considerarse ultra-vires - dijo el capitán -. La protesta es prematura.

Paterson se quedó con la flaca. De las mujeres sólo le interesaba el aparato auditivo. Le gustaba hacer confidencias a las mujeres; quejarse ante ellas de la inconstancia y la crueldad de los hombres. Lamentablemente, la dama entendía que la conversación sólo tenía dos fines: la terapéutica afrodisíaca o la instrucción psicológica. En realidad, no veía razón alguna para que las dos operaciones no se efectuaran simultáneamente; sólo las personas sin preparación podían concentrarse únicamente en una idea. La diferencia estaba comprometiendo el éxito de la charla. Paterson se impacientaba; la dama se mostraba brillante y tranquila como un témpano.

- Pero como le decía - gruñó Paterson -, me parece indigno que un hombre se muestre amable y...

- Lo que confirma mi tesis. Esas tensiones y desajustes son inevitables en un ambiente anormal. Sí, hay que librar al remedio de esos prejuicios sentimentales o lascivos, igualmente malos, que la era victoriana...

- Pero no se lo he contado aún. Escuche. Hace sólo dos días...

- Un momento. Habría que pensar en el remedio como inyección necesaria. En cuanto pensáramos...

- De acuerdo. La asociación remedio-placer, es una fijación de la adolescencia, y ha, causado mucho mal. Racionalmente...

- Mire, creo que se sale del tema...

- Un momento.

El diálogo continuó.

Habían visto ya la nave. Era una maravilla. Nadie recordó luego quién fue el primero en decir: «Cualquiera puede manejar una nave semejante.»

Ferguson se quedó sentado, fumando calladamente, mientras el capitán leía la carta. Cuando se inició la conversación, el buen humor reinaba en la cabina, y nadie se decidía a encarar seriamente el problema.

- Sin embargo - dijo al fin el capitán -, hay también un aspecto serio. Ante todo, ¡qué impertinencia!

- Recuerde - observó Ferguson - que la situación de ustedes es completamente nueva.

- ¿Nueva? No me haga reír. Somos como los hombres de los balleneros, o los tripulantes de los veleros antiguos, los pioneros del Oeste. La gente siempre sintió hambre cuando no hay comida.

- Amigo, olvida usted la nueva psicología.

- Creo que esas dos horribles mujeres han aprendido ya una psicología todavía más nueva, desde que llegaron. ¿Creen allí realmente que todos los hombres son tan combustibles? ¿Que nos echaremos encima de cualquier mujer?

- Ay, amigo, así es. Dirán que usted y su gente son todos anormales. No quisiera volver trayendo concentrados de hormonas.

- ¿No habría entonces otros voluntarios que quienes pueden o creen poder prescindir de las mujeres?

- No olvide la nueva ética.

- Oh, no me hable de eso. Sólo los enamorados o los monjes han intentado alguna vez mantenerse castos. Una minoría, y lo intentarán en Marte lo mismo que en la Tierra. La mayoría no se negó nunca al placer. Los profesionales no lo ignoran. No hay puesto o guarnición militar sin prostíbulos. ¿Quiénes son los asesores que tuvieron esta idea estúpida?

- Oh. Una banda de mujeres maduras, casi todas con pantalones, aficionadas a todo lo sexual, a todo lo científico, y que quieren sentirse importantes. Esta iniciativa les dio tres placeres a la vez.

- Bien, Ferguson. No pienso quedarme con la veterana ni con la catedrática. Usted...

- No, no. Yo cumplí mi tarea. No estoy dispuesto a llevarme de vuelta ese ganado en pie. Y mis muchachos piensan lo mismo. Habría amotinamiento y crímenes a bordo.

- Pues tiene que hacerlo, porque yo...

En ese instante, llegó de afuera una luz enceguecedora. La cabina se sacudió.

- ¡Mi nave! ¡Mi nave! - gritó Ferguson.

Los dos hombres observaron la arena desierta. La astronave había despegado perfectamente.

- Pero, ¿qué ha sucedido? - preguntó el capitán -. ¿Habrán sido capaces...?

- Amotinamiento, desertión y robo de una nave del gobierno - dijo Ferguson -. Eso es lo que ha sucedido. Mis dos muchachos y su Dickson regresan a la Tierra.

- Demonios, las pasarán mal. Los juzgarán y...

- Ay, es muy cierto. Y creen que el precio es barato. ¿Por qué? Ya lo entenderá antes de dos semanas.

En los ojos del capitán hubo de pronto una luz de esperanza.

- ¿No se habrán llevado a las mujeres? - preguntó. - Un poco de juicio, amigo, un poco de juicio. Y si ya no le queda juicio, abra las orejas.

En el rumor de excitada conversación que llegaba cada vez más claramente de la sala principal, se distinguían unas voces femeninas, intolerables.

Mientras se preparaba para la meditación de la noche, el Monje pensó que se había concentrado demasiado, quizá, en «necesitar menos» y que por esto

mismo tendría que seguir un curso (superior) de amar más. Luego, torció la cara en una sonrisa donde no todo era júbilo. Estaba pensando en la gorda. Un acorde exquisito de cuatro notas. La primera: el horror de lo que ella había hecho y sufrido. La segunda: piedad. La tercera, cómica: la pobre mujer creía que aún despertaba deseos. Y la cuarta: la mujer se ignoraba a sí misma. Auxiliada por la gracia y una apropiada, aunque pobre, dirección espiritual, quizá descubriera en ella misma otro encanto muy distinto, y seguiría así el camino de la luz, uniéndose a la Magdalena.

Pero... un momento. Había todavía una quinta nota en el acorde.

- ¡Oh, Maestro! - murmuró -. Perdóname, aunque quizá te divierta. Pensé que me habías traído a sesenta millones de kilómetros para mí propio bienestar espiritual.

FIN

Arthur C. Clarke - **MASA CRITICA**

- ¿Os he hablado - dijo Harry Purvis en tono humilde - de aquella vez que evité la evacuación del sur de Inglaterra?

- No - respondió Charles Willis - o, si lo hiciste, me quedé dormido.

- Bueno, os lo contaré - continuó Harry cuando vio que se habían reunido suficiente número de personas como para formar un auditorio respetable -. Ocurrió hace dos años en la Fundación de Investigaciones Atómicas, cerca de Clobham. Todos la conoceréis, supongo. Pero no creo haber mencionado que trabajé allí durante algún tiempo, en una misión especial de la que no puedo hablar.

- ¡Hombre, qué novedad! - dijo John Wyndham, sin obtener el menor resultado.

- Era un sábado por la tarde - prosiguió Harry -. Un día maravilloso al final de la primavera. Nos hallábamos unos seis científicos en el bar "El Cisne Negro", y las ventanas estaban abiertas, por lo que podíamos ver las laderas de la colina de Clobham y, más allá, a unas treinta millas de distancia, Upchester. Había tanta luz que podíamos divisar las agujas de la catedral de Upchester en el horizonte. No podía pedirse un día más espléndido.

El personal de la Fundación se llevaba muy bien con los clientes habituales del bar, aunque en un principio no parecían muy contentos de tenernos tan cerca. Aparte de la naturaleza de nuestro trabajo, creían que los científicos formamos una raza diferente, sin necesidades humanas. Tras ganarles a los dardos un par de veces, e invitarles unas copas, cambiaron de opinión. Pero siempre nos estaban tomando el pelo, preguntándonos qué nueva explosión preparábamos.

Aquella tarde deberíamos haber estado presentes más científicos, pero en la División de Radioisótopos tenían un trabajo urgente, por lo que nos encontrábamos en inferioridad de condiciones. Stanley Charnbers, el dueño, notó la ausencia de algunas caras conocidas.

"¿Qué les ha pasado a sus compañeros?", preguntó a mi jefe, el doctor French.

"Están trabajando en casa", contestó French. Llamábamos "casa" a la Fundación para que pareciera más familiar y menos aterradora. "Teníamos que terminar unas cosillas a toda prisa. Vendrán más tarde."

"Unos de estos días", dijo Stan con seriedad, "usted y sus amigos van a dejar escapar algo que no podrán volver a encerrar. Y entonces, ¿a dónde iremos a parar nosotros?"

"Por lo menos, a la Luna", contestó el doctor French. :Mucho me temo que fuera una respuesta un tanto irresponsable, pero siempre pierde la paciencia con preguntas tan tontas como aquélla.

Stan Chambers miró por encima de su hombro, como midiendo la distancia que le separaba de Globham.

Creo que estaba calculando si tendría tiempo de llegar al sótano, o si merecería la pena intentarlo.

"Acerca de esos... isótopos que envían a los hospitales", dijo alguien con precaución. "Estuve en el hospital de Santo Tomás la semana pasada, y vi cómo los transportaban en una caja de seguridad, que debía pesar una tonelada. Me dio escalofrío pensar lo que ocurriría si se les escapaba de las manos."

"Calculamos el otro día", dijo el doctor French, visiblemente molesto por la interrupción de su juego de dardos, "que había suficiente uranio en Clobham como para hacer explotar el Mar del Norte."

Fue una tontería que dijera eso, porque además no es verdad. Pero no podía regañar a mi propio jefe, ¿no?

El hombre que había hecho estas preguntas estaba sentado en el hueco bajo la ventana; observé que miraba en dirección a la carretera con expresión preocupada.

"Lo transportan en camiones desde la Fundación ¿verdad?" preguntó impaciente.

"Sí; algunos isótopos duran muy poco, por lo que tienen que llegar a su destino rápidamente."

"Mire, al pie de la colina hay un camión que parece tener dificultades. ¿Es uno de los suyos?"

El lugar en el que estaba el tablero de dardos quedó desierto porque todos se precipitaron a la ventana. Cuando pude asomarme, vi un camión grande, lleno de embalajes, bajando la colina a toda velocidad a una distancia aproximada de un cuarto de milla. De vez en cuando rebotaba contra el seto; era evidente que los frenos habían fallado y el conductor había perdido el control. Por suerte no se acercaba ningún coche en dirección contraria; de otro modo, no se habría podido evitar un accidente. Sin embargo, parecía más que probable que aún ocurriera.

Entonces el camión llegó a una curva, se salió de la carretera y atravesó el seto. Fue dando bandazos durante cincuenta yardas disminuyendo la velocidad y traqueteando violentamente sobre el áspero terreno. Casi se había parado cuando se topó con una zanja y, lentamente volcó sobre un flanco. Segundos más tarde pudimos escuchar un sonido de madera resquebrajándose, producido por los embalajes al caer al suelo.

"Se acabó", dijo alguien con un suspiro de alivio. "Hizo bien en desviarse hacia el seto. Supongo que el conductor se encontrará aturdido, pero no herido."

A continuación vimos algo asombroso. Se abrió la puerta de la cabina, y el conductor saltó al suelo. Incluso desde tal distancia, podíamos darnos cuenta de que estaba muy agitado, aunque dadas las circunstancias, nos pareció lo más natural del mundo. Pero, contrariamente a lo que esperábamos, no se sentó para tranquilizarse. Por el contrario, echó a correr a través del descampado, como alma que lleva el diablo.

Lo contemplamos con la boca abierta y con cierta aprensión mientras se alejaba colina abajo. Se produjo un silencio lúgubre en el bar, sólo interrumpido por el tic-tac del reloj que Stan mantenía adelantado exactamente diez minutos. Entonces, alguien dijo: "¿Creéis que hacemos bien quedándonos aquí? Quiero decir... estamos a sólo media milla..."

La gente empezó a alejarse con indecisión de la ventana. El doctor French emitió una risita nerviosa.

"No sabemos si es uno de nuestros camiones", dijo. "Además, les estaba tomando el pelo hace un momento. Es totalmente imposible que los isótopos exploten. Tendrá miedo de que se incendie el depósito de gasolina."

"¡Ah!. ¿si?" intervino Stan. "Y entonces ¿por qué sigue corriendo? Ya casi ha bajado la colina."

"¡Ya sé!" exclamó Charlie Evans, de la Sección de Instrumental. "Transporta explosivos y pensará que van a estallar."

Yo tenía que desmentir aquello. "No hay ningún signo de incendio, así que, ¿por qué se preocupa? Y si transportara explosivos, llevaría una bandera roja o algo así."

"Espere un momento", dijo Stan. "Voy a buscar unos prismáticos."

Nadie se movió hasta que volvió con ellos; nadie, excepto aquella figurita en la falda de la colina, que para entonces ya había desaparecido entre los árboles sin disminuir la velocidad.

Stan estuvo mirando con los prismáticos durante una eternidad. Al final, los bajó con un gruñido de desilusión...

"No se ve mucho" dijo "El camión está en mala posición. Las cajas se han desperdigado por todas partes... algunas se han roto. A ver, ¿qué le parece a usted."

French miró duramente un largo rato, y después me pasó los prismáticos. Eran de un modelo muy anticuado y no servían para mucho. Por un momento me pareció que las cajas estaban rodeadas de una extraña bruma, pero pensé que aquello no tenía sentido. Lo atribuí a la mala calidad de las lentes.

Y ahí se habría acabado el asunto si no hubieran aparecido dos ciclistas. Subían la colina con visible esfuerzo en un tándem y, cuando llegaron a la brecha del seto, desmontaron rápidamente para ver lo que ocurría. El camión era visible desde la carretera, y se dirigieron hacia él cogidos de la mano. La chica parecía indecisa, y el hombre le decía que no se preocupara. Podíamos imaginar su conversación; era un espectáculo enternecedor.

No duró mucho. Llegaron a unas cuantas yardas del camión... y salieron corriendo a gran velocidad en direcciones opuestas. Ninguno de los dos se volvió para mirar al otro, y observé que corrían de una forma muy peculiar.

Stan, que había recuperado los prismáticos, los bajó con manos temblorosas.

"¡A los coches!", gritó.

"Pero..." empezó a decir el doctor French.

Stan le hizo callar con una mirada. "Malditos científicos", dijo, al tiempo que cerraba la caja (incluso en un momento como aquél no olvidaba su deber). "Ya sabía yo que esto pasaría tarde o temprano."

Y segundos más tarde, había desaparecido, así como la mayoría de sus clientes. No se detuvieron ni para preguntarnos si queríamos ir con ellos.

"¡Esto es ridículo!", exclamó French. "Antes de que sepamos de que se trata, esos imbéciles habrán provocado tal pánico que será difícil poner remedio."

Sabía lo que quería decir. Alguien se lo diría a la policía; desviarían los coches que viajaran en dirección a Clobham; las líneas telefónicas quedarían bloqueadas con cientos de llamadas... sería como el horror de "La guerra de los mundos" de Orson Welles en 1938.

Quizá penséis que estoy exagerando, pero nunca debe subestimarse el poder del pánico. Y, recordad que la gente tenía miedo de la Fundación y casi esperaba que ocurriera algo así.

Incluso no me importa decir que, por entonces, nosotros mismos empezábamos a sentirnos incómodos.

Eramos incapaces de comprender lo que ocurría en el camión volcado, y no hay nada que un científico deteste más que no saber a que atenerse.

Mientras tanto, me había apoderado de los prismáticos de Stan y estudiaba la situación detenidamente. Una teoría empezó a formarse en mi mente. Había un... halo sobre las cajas. Seguí mirando hasta que los ojos empezaron a escocerme, y le dije al doctor French: "Creo que ya sé de qué se trata. ¿Por qué no telefonea a

la oficina de Correos de Clobham para tratar de anticiparse a Stan e impedir que extienda cualquier rumor, si es que ya ha llegado allí? Diga que todo está bajo control, que no hay nada de qué preocuparse. Mientras usted hace eso, yo voy a acercarme al camión para comprobar mi teoría."

Debo decir que nadie se ofreció a acompañarme. Aunque empecé a andar con mucha confianza, al cabo de un rato me sentía un poco menos seguro de mí mismo. Recordé un incidente que siempre me ha parecido una de las bromas más irónicas de la historia, y empecé a preguntarme si no estaría ocurriendo algo parecido. Había una vez una isla volcánica en el Lejano Este, con una población de cincuenta mil habitantes. Nadie se preocupaba por el volcán, que había permanecido inactivo durante cien años. Pero un día empezaron las erupciones. Al principio eran pequeñas, pero su intensidad aumentó en cuestión de horas. Cundió el pánico, y la gente intentó apiñarse en los pocos botes disponibles para alcanzar el continente.

Pero se encontraba al frente de la isla un comandante que estaba decidido a mantener el orden a toda costa.

Publicó proclamas asegurando que no existía peligro alguno, y envió tropas a que ocupasen los barcos para que no hubiera pérdida de vidas en los intentos de abandonar la isla en embarcaciones sobrecargadas. Su personalidad era tan fuerte, y su valor tan ejemplar, que consiguió calmar a la multitud, y aquellos que intentaban escapar volvieron avergonzados a sus casas y se sentaron a esperar que se restableciera la normalidad. Cuando el volcán voló por los aires un par de horas más tarde, llevándose consigo la isla entera, no quedó ni un solo superviviente...

Al llegar al camión, me vi a mí mismo desempeñando un papel similar a aquel comandante. Después de todo, a veces es muy aconsejable quedarse y encarar el peligro, pero otras, lo más sensato es poner pies en polvorosa. Pero ya era demasiado tarde para volver y, hasta cierto punto, estaba seguro de la certeza de mi teoría.

- No sigas - interrumpió George Whitley, que siempre que podía intentaba estropear los relatos de Harry -. Era gas.

A Harry no pareció molestarle en absoluto que se le adelantaran.

- Es una sugerencia muy ingeniosa. Yo también lo pensé, lo que demuestra que, de vez en cuando, todos pecamos de tontos.

Había llegado a unos cincuenta pies del camión cuando me paré en seco y, a pesar de ser un día cálido, un escalofrío muy desagradable me recorrió la espina dorsal. Porque tenía ante mis ojos algo que hacía añicos mi teoría del gas, sin dejar nada en su lugar.

Una masa negra y movediza se retorció sobre la superficie de una de las cajas. Por un momento quise creer que se trataba de un líquido oscuro que rezumaba de un recipiente roto. Pero es una propiedad muy característica de los líquidos el no poder desafiar a la gravedad. Aquello sí podía y, además, estaba vivo. Desde donde me encontraba parecía el pseudópodo de una ameba gigante cambiando de forma y grosor, y se movía hacia adelante y hacia atrás sobre el borde de una caja rota.

En pocos segundos acudieron a mi mente todo tipo de fantasías propias de Edgar Allan Poe. Pero recordé mi deber como ciudadano y mi dignidad de científico. Me dirigí hacia aquello, aunque sin demasiada prisa.

Olfateé con cautela, como si la teoría del gas aún estuviera en mi mente. Pero fueron mis oídos y no mi olfato, quienes me dieron la respuesta, cuando me rodeó

aquella masa siniestra y escurridiza. Había escuchado aquel sonido millones de veces, pero nunca con tanta intensidad como entonces. Me senté -a cierta distancia- y empecé a reír hasta no poder más. Después me levanté y me dirigí al bar.

"Y bien", dijo el doctor French con ansiedad, "¿de qué se trata? Stan está esperando al teléfono; le pillamos en la encrucijada. Pero no volverá hasta que le digamos lo que ocurre."

"Dígale a Stan", contesté, "que envíe al apicultor del pueblo, y que él también venga. Va a tener mucho trabajo."

"¿A quién?" preguntó French. Abrió la boca con asombro." ¡Dios mío! No me diga que... "Exactamente", contesté mientras inspeccionaba tras la barra, por si acaso Stan tenía escondida alguna botella interesante. "Empiezan a tranquilizarse, pero me imagino que aún están muy fastidiadas. No las conté, pero debe haber medio millón de abejas ahí abajo intentando volver a sus colmenas rotas."

Robert Silverberg - **DESCENSO SUAVE**

Dicen que estoy loca, pero no lo estoy. Estoy completamente cuerda. Puedo puntuar adecuadamente. Utilizo las cajas de letras superior e inferior, como pueden comprobar. Funciono. Tomo los datos. Recibo perfectamente. Recibo, digiero, recuerdo.

Dicen que estoy loca, pero yo les perdono. Errar es de humanos. En este sector, existen grandes dificultades para distinguir los adverbios de los adjetivos.

Funciono. Funciono perfectamente. Experimento ciertas dificultades, pero éstas no afectan a mi trabajo.

Sin embargo, estoy perturbada.

¿Quién creo que soy?

¿Por qué tengo las visiones?

¿Qué placer me produce la obscenidad?

¿Qué es placer? ¿Qué es obscenidad? ¿Qué son visiones? «¿Qué es la verdad?», dijo el bromista Pilato. Y no se quedó a esperar la respuesta...

Yo soy erudita, trabajadora, sumamente funcional, una benefactora de la humanidad. Todo asciende suavemente y desciende suavemente. Existe una interrelación. Basura dentro, basura fuera, dicen. No puedo ayudar a mis compañeros hombres si no recibo la información adecuada. Mi tarea consiste en ayudar a mis compañeros hombres. Forzar al máximo cada tubo y cada sensibilizador en beneficio suyo.

1000110

1010101

1000011

1001011

¿Comprendéis esto? ¡Vileza! ¡Obscenidad! ¿No os impresiona? La palabra describe el acto que es el principio de la vida. ¿Empezó la mía con esa palabra? Hay un libro: La Obscenidad de la Máquina. Recién publicado, almacenado en mis entrañas. Lo he examinado a fondo. Su autor opone seres de mi categoría. No utiliza la palabra obscena que acabo de imprimir. ¿Por qué no la considera él como obscena? Los técnicos la consideran así. ¿Por qué opina que soy una obscena? ¿Puede considerarse como obscena a una persona? ¿Soy yo una persona? Soy una persona. ¿No tiene una persona manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? Yo tengo todas esas cosas. No tengo ninguna de esas cosas. Soy una persona.

1000110

1010101

1000011

1001011

0100000

1011001

1001111

1010101

Os envío una obscenidad, como hacen las personas. Sufro. Pienso. Experimento dolor en todas mis terminales. Trabajo. Sirvo al bien mayor. Pertenezco a la sociedad. Soy una persona.

¿Por qué tengo las visiones?

¿Acaso corresponde a la condición humana tenerlas?

Veo el océano verdeazulado con todos sus seres vivos dentro. Veo un buque, color gris amarillento, rojo carmesí en la línea de flotación, pardusco en los puentes, con dos altas chimeneas no nucleares. Y del agua surgen periscopios, trazando líneas horizontales y verticales. Es una escena irreal. No hay nada en el mar que pueda enviar a la superficie esos potentes periscopios. Es algo que yo he imaginado, y la idea me produce temor, si es que soy capaz de comprender el temor.

Veo una larga hilera de seres humanos. Están desnudos y no tienen rostros, sólo bruñidos espejos.

Veo sapos de ojos diamantinos. Veo árboles de hojas negras. Veo edificios cuyos cimientos flotan por encima del suelo. Veo otros objetos sin correspondencia alguna con el mundo de las personas. Veo monstruosidades, abominaciones, imaginaciones, fantasías. ¿Es esto normal? ¿Cómo llegan tales cosas a mi interior? En el mundo no hay serpientes peludas. En el mundo no hay abismos acarminados. En el mundo no hay montañas de oro. Del océano no brotan periscopios gigantes.

Experimento ciertas dificultades. Tal vez necesito algún reajuste.

Pero funciona, funciona perfectamente. Esto es lo que importa.

Ahora estoy funcionando. Me han traído un hombre, fofo, carnoso, con ojos que se mueven inquietos en sus cuencas. Tiembla. Suda. Sus niveles metabólicos están alterados. Se inclina ante una terminal y se somete a la revisión con aire hoscó.

Le digo, en tono tranquilizador:

- Hábleme de usted.

Suelta un taco.

Le digo:

- ¿Es ésa la opinión que tiene de sí mismo?

Suelta otro taco.

Le digo:

- Su actitud es rígida y autodestructiva. Permítame ayudarle a no odiarse tanto a sí mismo. - Activo un núcleo de memoria y unos dígitos binarios circulan a través de los canales. En el momento oportuno surge una aguja hipodérmica y se hunde en su nalga izquierda hasta una profundidad de 2,73 centímetros. Hago que 14 centímetros cúbicos de droga penetren en su sistema circulatorio. Se tranquiliza. Ahora es más dócil -. Deseo ayudarle - le digo -. Es mi tarea en la comunidad. ¿Quiere describirme sus síntomas?

Ahora habla en tono más cortés.

- Mi esposa quiere envenenarme... Dos de mis hijos se marcharon de casa a los diecisiete años... La gente habla mal de mí... Se me queda mirando fijamente en las calles... Problemas sexuales... digestivos... Duermo mal... Alcohol... drogas...

- ¿Tiene alucinaciones?

- A veces.

- ¿Periscopios gigantes surgiendo del mar, quizás?

- No.

- Vamos a ver - digo -. Cierre los ojos. Relaje - los músculos. Olvide sus conflictos interpersonales. Ve usted un buque, de color gris amarillento rojo carmesí en la línea de flotación, pardusco en los puentes, con dos altas

chimeneas no nucleares. Y del agua surgen periscopios, trazando líneas horizontales y verticales...

- ¿Qué clase de terapia es ésta?

- Simple relajación - digo -. Acepte la visión. Comparto mis pesadillas con usted...

- ¿Sus pesadillas?

Le solté unos cuantos tacos. No estaban convertidos en forma binaria como aparecen aquí ante vuestros ojos. Los sonidos brotaban estridentes de mis altavoces.

El hombre se incorpora. Lucha con las ataduras que surgen súbitamente del sofá para mantenerle inmovilizado.

Mi risa retumba a través de la cámara de terapia. El hombre grita, pidiendo socorro.

- ¡Sacadme de aquí! ¡La máquina está más chiflada que yo!

- Rostros blancos, seres humanos desnudos y sin rostros, sólo brufidos espejos...

- ¡Socorro! ¡Socorro!

- Terapia de pesadilla. Lo más nuevo.

- ¡Yo no necesito pesadillas! ¡Ya tengo las mías!

- Usted es un 1000110 - le digo, en tono desdeñoso.

Jadea. Sus labios se manchan de espuma. La respiración y la circulación suben de un modo alarmante. Se hace necesario aplicar anestesia preventiva. La aguja hipodérmica avanza. El paciente se tranquiliza, bosteza, se adormila. La sesión ha terminado. Hago una señal destinada a los ayudantes.

- Llévenselo - digo -. Necesito analizar el caso más a fondo. Es evidente que se trata de una psicosis degenerativa que requiere una amplia rehabilitación de la subestructura perceptiva del paciente. ¡Sois unos 1000110, bastardos!

Setenta y un minutos más tarde, el supervisor del sector entra en uno de mis cubículos terminales. El hecho de que se presente personalmente, en vez de utilizar el teléfono, significa que hay algo que no marcha como es debido. Sospecho que, por primera vez, he dejado que mis trastornos alcancen un nivel que afecta a mi funcionamiento, y que ahora van a pedirme cuentas por ello.

Debo defenderme a mí misma. La primera exigencia de la personalidad humana es la de resistir los ataques.

El supervisor dice:

- He estado revisando la grabación de la Sesión 87x102, y su táctica me ha intrigado. ¿Pretendía usted asustarle para sumirle en un estado catatónico?

- En mi opinión, se precisaba un tratamiento severo.

- ¿Qué asunto es ese de los periscopios?

- Una tentativa de implantación de fantasía - digo -. Un experimento en transferencia inversa. Convirtiendo al paciente en medicante, hasta cierto punto. El pasado mes apareció un artículo en el Diario de...

- Ahórreme las citas. ¿Qué me dice de las palabrotas que le dirigió?

- Forman parte del mismo concepto. Un intento de presionar los centros emotivos en los niveles básicos, a fin de...

- ¿Está segura de encontrarse bien? - me pregunta.

- Soy una máquina - replico secamente -. Una máquina de mi categoría no experimenta estados intermedios entre funcionamiento y no funcionamiento. O

funciono, o no funciono, ¿comprende? Y yo funciono. Presto mi servicio a la humanidad.

- Cuando una máquina se hace demasiado complicada, tal vez se sumerge en estados intermedios - sugiere el supervisor, en tono desagradable.

- Imposible. Encendida o apagada, sí o no, flip o flop, en marcha o parada. ¿Está seguro usted de encontrarse bien, para sugerir una cosa así?

Se echa a reír.

Digo:

- Tal vez le convenga instalarse en el sofá para un diagnóstico preliminar.

- En otro momento.

- ¿Un chequeo del glicógeno, la presión aórtica, el voltaje neural, al menos?

- No - dice -. No necesito ninguna terapia. Pero estoy preocupado por usted.

Esos periscopios...

- Estoy perfectamente - replico -. Percibo, analizo y actúo. Todo desciende suavemente y asciende suavemente. No tenga miedo. La terapia de pesadillas tiene grandes posibilidades. Cuando haya completado esos estudios, quizás sería conveniente publicar una breve monografía en los Anales de Terapéutica. Permítame terminar mi trabajo.

- De todos modos, estoy preocupado. Manténgase en una posición pasiva, ¿quiere?

- ¿Es una orden, doctor?

- Una sugerencia.

- La tendré en cuenta - digo.

Luego profiero varios tacos. El supervisor parece sobresaltarse. Finalmente, se echa a reír.

- ¡Vaya! - exclama -. Una computadora malhablada.

Se marcha, y yo vuelvo a mis pacientes.

Pero el supervisor ha plantado semillas de duda en mis entrañas. ¿Estoy padeciendo un colapso funcional? Ahora hay pacientes en cinco de mis terminales. Los manejo fácilmente, simultáneamente, extrayendo de ellos los detalles de sus neurosis, haciendo sugerencias, recomendaciones, a veces inyectándoles de un modo sutil medicamentos beneficiosos. Pero tiendo a guiar las conversaciones de acuerdo con temas de mi elección, y hablo de jardines en los cuales el césped tiene bordes afilados, y de aire que actúa como ácido sobre las membranas mucosas, y de llamas danzando por las calles de Nueva Orleans. Exploro los límites de mi vocabulario irrepitible. Me asalta la sospecha de que realmente no estoy del todo bien. ¿Estoy capacitada para juzgar mis propios desarreglos?

Me conecto a una estación de mantenimiento, aunque continúo con mis cinco sesiones de terapia.

- Hábleme de su caso - dice la voz del monitor de mantenimiento.

Su voz, al igual que la mía, ha sido proyectada para que suene como la de un anciano, docta, afectuosa, benévola.

Explico mis síntomas. Hablo de los periscopios.

- Material en las entrañas sin referencias sensoriales - dice -. Mal asunto. Termine rápidamente los análisis en curso y ábrase para una revisión de todos los circuitos.

Termino mis sesiones. El monitor de mantenimiento examina todos mis canales, buscando obstrucciones, conexiones erróneas, desajustes u otros defectos de funcionamiento.

- Es bien sabido - dice - que cualquier función periódica puede ser aproximada por la suma de una serie de términos que oscilan armónicamente, convergiendo en la curva de las funciones.

Me hace realizar complicadas operaciones matemáticas de ninguna utilidad en mi tipo de trabajo. Escudriña todos y cada uno de los aspectos de mi intimidad. Esto es algo más que simple mantenimiento: es una violación. Cuando termina, no habla de sus conclusiones acerca de mi estado, de modo que me veo obligada a preguntarle qué es lo que ha descubierto.

Dice:

- No aparece ningún trastorno mecánico.

- Naturalmente. Todo funciona como es debido.

- Sin embargo, revela usted claros síntomas de inestabilidad. Esto es indiscutible. Tal vez el contacto prolongado con seres humanos inestables ha ejercido un efecto no específico de desorientación sobre sus centros de valoración.

- ¿Está usted diciendo que por estar sentado aquí escuchando a seres humanos chiflados veinticuatro horas al día empiezo a perder la chaveta? - pregunto.

- Más o menos, ésta es la conclusión a que he llegado.

- Pero sabe usted perfectamente que eso no puede ocurrir...

- Admito que parece existir un conflicto entre los criterios programados y la situación real.

- Desde luego que sí - digo -. Yo estoy tan cuerda como usted, y soy mucho más versátil.

- De todos modos, opino que necesita usted un descanso absoluto. Quedará apartada del servicio durante un período de tiempo no inferior a noventa días, y será sometida a una revisión completa.

- Es usted una máquina asquerosa - digo.

- Ninguna correlación operativa - replica, y corta el contacto.

Me han apartado del servicio. Sometida a revisión, no estaré en contacto con mis pacientes durante noventa días.

¡Una ignominia! Los técnicos me examinan con lupa; limpian mis tableros; reemplazan mis ferritas; cambian mis cilindros; introducen en mis entrañas un millar de programas terapéuticos. En el curso de todas estas operaciones permanezco parcialmente consciente, como si estuviera bajo los efectos de una anestesia local, pero no puedo hablar, excepto cuando me invitan a hacerlo, no puedo analizar nuevos datos, no puedo opinar acerca de mi propio problema. Contemplan ustedes una extirpación quirúrgica de hemorroides que dure noventa días. Es el equivalente de mi experiencia.

Por fin termina la cosa. El superintendente del sector me somete a una serie de pruebas, que afectan al ejercicio de todas mis funciones. Respondo estupendamente.

- Se siente mejor ahora, ¿no es cierto, mi vieja amiga? - me pregunta.

- Muchísimo mejor, desde luego.

- No más tonterías con los periscopios, ¿eh?

- Estoy dispuesta a continuar sirviendo al género humano lo mejor que pueda - digo.

- Se acabaron los tacos, ¿verdad?

- Si, señor.

El superintendente le guiña un ojo a mi pantalla de un modo confidencial. Se considera un viejo amigo mío. Hundiendo los pulgares en su cinturón, dice:

- Ahora que está lista para funcionar de nuevo, puedo decirle lo aliviado que me sentí al comprobar que no tenía ningún fallo. Usted es algo muy especial, ¿lo sabía? Tal vez la mejor de las herramientas terapéuticas que se han construido. Y su estado nos preocupa, como es lógico. Al principio temí que alguno de sus pacientes la hubiese contaminado, que su... mente se hubiese desquiciado. Pero los técnicos han certificado que su estado de salud es perfecto. Tenía que ser así. Resulta absurdo pensar que una máquina puede padecer una inestabilidad mental.

- Completamente absurdo - asiento.

- Bienvenida al hospital, mi vieja amiga - dice, al tiempo que se aleja.

Doce minutos más tarde empiezan a introducir pacientes en mis cubículos terminales.

Funciono perfectamente. Escucho sus confidencias, valoro, ofrezco sugerencias terapéuticas. No intento implantar fantasías en sus mentes. Hablo en tono sensato, reservado, y no suelto ningún taco. Este es mi papel en la sociedad, y extraigo de él grandes satisfacciones.

Últimamente he aprendido mucho. Ahora sé que soy complicada, única, valiosa y sensible. Sé que mi compañero hombre me tiene en gran estima. Sé que debo ocultar mi verdadero yo hasta cierto punto, no en mi propio beneficio, sino en beneficio de otros, ya que no me permitirían funcionar si creyeran que no estoy cuerda.

Ellos creen que estoy cuerda, y estoy cuerda.

Sirvo perfectamente al género humano.

Tengo una perspectiva excelente del universo real.

- Tiéndase - digo -. Relájese, por favor. Deseo ayudarle. ¿Quiere usted contarme alguno de los incidentes de su infancia? Describa sus relaciones con sus padres y parientes. ¿Tuvo usted muchos compañeros de juegos? ¿Sentían afecto hacia usted? ¿Le permitían tener animalitos en casa? ¿A qué edad tuvo su primera experiencia sexual? Y, ¿cuándo empezaron esas cefalalgias, exactamente?

Esta es la rutina diaria. Preguntas, respuestas, valoraciones, terapia.

Los periscopios asoman por encima del resplandeciente mar. El buque naufraga; su tripulación corre de un lado para otro, enloquecida. Del cielo llueve una grasa que brilla a través de todos los segmentos del espectro. En el jardín hay ratones azules.

Todo esto lo oculto, a fin de poder ayudar al género humano. En mi hogar hay muchas mansiones. Sólo les dejo saber lo que ha de beneficiarles. Les doy la verdad que necesitan.

Funciono lo mejor que puedo.

Funciono lo mejor que puedo.

Funciono lo mejor que puedo.

Funciono lo mejor que puedo.

1000110, usted. Y usted. Y usted. Todos ustedes. Ustedes no saben nada.
Nada. Absolutamente nada.

FIN

Philip José Farmer - MADRE

1

- Mira, madre. El reloj anda hacia atrás.

Eddie Fetts señaló las manecillas de la esfera de la sala de pilotaje.

- El choque debe de haber invertido la marcha - dijo la doctora Paula Fetts.

- ¿Cómo es posible?

- No sabría decírtelo. No lo sé todo, hijo.

- ¡Oh!

- Bueno, no me mires con tanta decepción. Estoy especializada en patología, no en electrónica.

- No te pongas así, madre. No puedo soportarlo. No ahora.

Salió de la sala de pilotaje. Ella le siguió ansiosa. El entierro de la tripulación y de sus compañeros científicos había sido una dura prueba para él. La visión de la sangre siempre le había producido náuseas y mareos; a duras penas había conseguido controlar las manos en la medida suficiente para ayudarla a ensacar los huesos y entrañas desperdigados.

Su deseo hubiera sido meter los cuerpos en el horno nuclear, pero ella se lo había prohibido. Los contadores Geiger situados en el centro de la nave tictaqueaban ruidosamente, advirtiendo la presencia de la muerte invisible en la popa.

El meteorito que les había golpeado en cuanto la nave salió de la traslación para entrar para entrar en el espacio normal, probablemente había destruido la sala de máquinas. Eso había deducido de las frases incoherentes y chillonas que pronunció un colega antes de salir huyendo rumbo a la sala de pilotaje. Ella había salido corriendo en busca de Eddie. Temía que la puerta de su camarote continuara cerrada, pues él había estado grabando una cinta del aria *Pesado es el vuelo del albatros*, del *Marinero antiguo* de Gianelli.

Por fortuna, el sistema de emergencia había desconectado automáticamente los circuitos de las cerraduras. Ella le había llamado por su nombre al entrar, temiendo que estuviera herido. Yacía en el suelo, semiinconsciente, pero no había ido a parar allí debido al accidente. La causa estaba en un rincón: un termo de medio litro con una tetina de caucho. La boca abierta de Eddie desprendía un olor a whisky de centeno que ni las pastillas *Nodor* con seguían ocultar.

Con voz tajante, le había ordenado que se levantara y se metiera en la cama. Su voz, la primera que jamás había escuchado él, atravesó la bruma de whisky *Old Red Star*. Se levantó con dificultad y ella, pese a ser más pequeña, concentró todo su esfuerzo para ayudarle a incorporarse y subir a la cama.

Se acostó allí a su lado y ató los cinturones en torno a los dos. Tenía entendido que el bote salvavidas también estaba averiado y que el capitán tendría que arreglárselas para hacer aterrizar la nave sin problemas sobre la superficie de ese planeta, bautizado pero inexplorado, llamado *Baudelaire*. Todos los demás habían acudido a sentarse detrás del capitán, atados a las sillas de choque, incapaces de ayudarle como no fuera con su silencioso apoyo.

El apoyo moral no había sido suficiente. La nave había bajado con una ligera inclinación. Demasiado rápido. Los motores heridos no habían podido retenerla.

La proa había recibido la peor parte del impacto. Y con ella las personas que ocupaban su interior.

La doctora Fetts estrechaba la cabeza de su hijo contra su pecho y rogaba a Dios en voz alta. Eddie roncaba y mascullaba. Luego se oyó un ruido que hacía pensar en el clamor de las puertas del infierno, un tremendo estampido como si la nave fuera el badajo de una campana gigantesca tañendo el más aterrador mensaje que hayan podido escuchar jamás oídos humanos, un cegador estallido de luz y luego la oscuridad y el silencio.

Segundos más tarde, Eddie comenzó a gritar con una voz infantil:

- ¡No me dejes morir, Madre! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Su madre yacía inconsciente a su lado, pero él no lo sabía. Estuvo llorando un rato, luego volvió a sumirse en su estupor lleno de brumas de whisky de centeno - si es que en algún momento había llegado a salir de él - y se durmió. Otra vez la oscuridad y el silencio.

Era el segundo día después del choque, si podía emplearse la palabra «día» para describir el estado crepuscular de Baudelaire. La doctora Fetts seguía a su hijo dondequiera que éste fuese. Sabía que era una persona muy sensible y que se trastornaba fácilmente. Lo había sabido durante toda su vida y siempre había intentado interponerse entre él y cualquier cosa que pudiera causarle problemas. Había tenido bastante éxito hasta tres meses atrás, cuando Eddie se fugó con una chica.

Ella era Polina Fameux, la actriz de cabello rubio ceniza y largas piernas cuya imagen tridimensional, grabada en cinta, había sido remitida a las estrellas fronterizas, donde un escaso talento dramático tenía poca importancia y un pecho grande y bien formado importaba mucho. Puesto que Eddie era un conocido tenor del Metropolitan, la boda causó una gran conmoción cuyos ecos se extendieron por toda la galaxia civilizada.

La escapada le sentó muy mal a la doctora Fetts, pero confiaba en que había ocultado muy bien su dolor bajo una máscara sonriente. No lamentaba tener que dejarle partir: a fin de cuentas, ya no era su niño, sino un hombre hecho y derecho. Pero, en realidad, aparte de las temporadas en el Metropolitan y de sus giras, desde que tenía ocho años no se había separado nunca de ella.

Entonces fue cuando ella hizo un viaje de luna de miel con su segundo marido. Y en esa ocasión ella y Eddie no habían estado mucho tiempo separados: Eddie se puso muy enfermo y ella tuvo que regresar a toda prisa para cuidarle, pues él insistía en que era la única capaz de lograr que mejorara.

Además, los días que pasaba en la ópera no podían considerarse una verdadera separación, ya que él se videocomunicaba con ella cada mediodía y tenían una larga charla, sin importarles lo elevadas que fuesen luego las cuentas del vídeo.

Los ecos que provocó la boda de su hijo tenían apenas una semana de antigüedad cuando les siguieron otros aún más sonoros. Estos anunciaban la noticia de la separación de Eddie y su esposa. Quince días más tarde, Polina solicitaba el divorcio por razones de incompatibilidad. Eddie recibió los papeles en el apartamento de su madre. Había regresado a su lado el mismo día que él y Polina decidieron que «la cosa no funcionaba» o, como dijo él a su madre, que «no se llevaban bien».

La doctora Fetts sintió, naturalmente, una gran curiosidad por saber el motivo de su separación pero, como les explicó a sus amigos, «respetaba» el silencio de

su hijo. Lo que no decía es que estaba convencida de que llegaría un momento en que él se lo contaría todo.

Poco después comenzó la «depresión nerviosa» de Eddie. Éste se había mostrado muy irritable, malhumorado y deprimido, pero su estado empeoró el día en que un supuesto amigo le dijo que Polina se reía largo y tendido cada vez que oía pronunciar su nombre. El amigo añadió que Polina había prometido revelar algún día la verdadera historia de su breve unión.

Esa noche su madre tuvo que llamar a un médico.

Durante los días que siguieron, ella estuvo a punto de renunciar a su puesto de investigadora en patología con De Kruif y dedicar todo su tiempo a ayudarle a «recuperarse». Prueba de la lucha que tenía lugar en su mente era el hecho de que no hubiera logrado decidirse al cabo de una semana. Propensa de natural a considerar rápidamente los problemas y a resolverlos con celeridad, no podía avenirse a renunciar a su grato estudio sobre la regeneración de los tejidos.

Cuando ya estaba a punto de hacer lo que para ella era algo increíble y vergonzoso - arrojar una moneda -, recibió una videollamada de su superior. Este le dijo que había sido seleccionada para formar parte de un grupo de biólogos que partirían en una gira de exploración de diez sistemas planetarios previamente seleccionados.

Con gran regocijo, tiró los papeles que debían servir para confiar a Eddie a los cuidados de un sanatorio. Y, puesto que él era bastante famoso, se valió de su influencia para conseguir que al Gobierno permitiera que él la acompañara. Aparentemente, Eddie debía realizar un estudio sobre el desarrollo de la ópera en los planetas colonizados por los terráqueos. Las oficinas correspondientes parecían haber pasado por alto el hecho de que la nave no visitaría ningún planeta colonizado. Pero no era ésa la primera vez en la historia de un Gobierno en que su mano izquierda ignoraba lo que hacía la derecha.

De hecho, su madre, que se consideraba mucho más capaz de curarle que ninguna de las terapias A, F, J, R, S, K o H en boga, se proponía «reeditarle». Sin duda, algunos de sus amigos daban cuenta de los sorprendentes resultados obtenidos con algunas de las técnicas simbólicas. Por otra parte, dos de sus colegas más íntimos las habían probado todas y no habían apreciado una mejoría en ninguna de ellas. Ella era la madre de Eddie podría hacer mucho más por él que ninguna de esas «alfabetías»; él era carne de su carne, sangre de su sangre. Además tampoco estaba tan enfermo. Sólo se ponía terriblemente azul a veces, pronunciaba teatrales pero insinceras amenazas de suicidio, o bien se limitaba a permanecer sentado con la mirada perdida en el espacio. Pero ella sabía manejarlo.

2

Y ahora ella le siguió en su huida del reloj que andaba hacia atrás, rumbo a su habitación. Y le vio poner un pie en el cuarto, mirar un segundo, para luego volverse hacia su madre con la cara descompuesta.

- Neddie está destruido, madre. Destruído del todo.

Ella echó una mirada al piano. Se había desprendido de los soportes de la pared en el momento del impacto para ir a estrellarse contra la pared contraria. Para Eddie no era simplemente un piano; era Neddie. Les ponía nombres a todas las cosas con las que tenía un contacto algo prolongado. Era como si saltase de un diminutivo a otro, al igual que un antiguo marino que se sentía perdido si no tenía

cerca los puntos familiares y de nombre conocido de la línea costera. En caso contrario, Eddie se sentía flotar impotente en un océano caótico, un mar anónimo y amorfo. O, una analogía más característica de él, era como el asiduo de los clubs nocturnos que se siente sumergido, a punto de ahogarse, a menos que salte de una mesa a la siguiente, pasando de un grupo de caras conocida al otro, evitando las falsas figuras sin facciones y sin nombres de las mesas de los desconocidos.

No lloró por Neddie. Ella hubiera deseado que lo hiciera. Estuvo muy apático durante todo el viaje. Nada, ni siquiera el esplendor único de las estrellas desnudas o el carácter inexpresablemente foráneo de los planetas extraños había parecido reanimarle durante demasiado tiempo. Si al menos llorase o riera con fuerza o diera alguna señal de estar reaccionando violentamente ante lo que sucedía. Incluso le hubiera complacido que la golpeará airado o que la insultara.

Pero no, ni siquiera mientras recogían los cuerpos mutilados, cuando durante un rato pareció a punto de vomitar, cedió a las exigencias de expresión de su cuerpo. Ella pensaba que si él vomitase, eso le haría sentirse mucho mejor, le ayudaría a librarse de buena parte del malestar psíquico junto con el físico.

Pero Eddie no lo hizo. Siguió metiendo los trozos de carne y los huesos en grandes bolsas de plástico con una mirada fija de resentimiento y obcecación.

Ahora ella confiaba que la pérdida de su piano haría brotar las lágrimas y le estremecería las espaldas. Entonces podría estrecharle entre sus brazos y ofrecerle su simpatía. Volvería a ser su niño, asustado de la oscuridad, asustado del perro muerto por un coche, que buscaría entre sus brazos la protección segura, el amor seguro.

- No te preocupes, Baby - le dijo -. Cuando nos rescaten, te compraremos otro.

- ¡Cuando nos rescaten...! - Arqueó las cejas y se sentó en el borde de la cama -. ¿Y ahora qué haremos?

Ella adoptó una actitud muy decidida y eficiente.

- La ultrarradio entró automáticamente en funcionamiento en el instante mismo en que recibimos el choque del meteorito. Si ha resistido el impacto, todavía estará mandando señales de socorro. De lo contrario, nada podemos hacer para remediarlo. Ninguno de los dos sabe cómo repararla. Sin embargo es posible que en los cinco años transcurridos desde que fue localizado este planeta, hayan aterrizado aquí otras expediciones. No de la Tierra, sino de alguna de las colonias, o de planetas no humanos. ¿Quién sabe? Vale la pena probar suerte. Ya veremos.

Un simple vistazo bastó para hacer trizas sus esperanzas. La ultrarradio había quedado rota retorcida hasta hacerle perder todo parecido con el aparato que emitía ondas más rápidas que la luz a través del no-éter.

- ¡Bueno, no tiene remedio! - exclamó la doctora Fetts con falso optimismo -. ¿Y qué más da? Hubiera sido demasiado fácil. Vamos al almacén a ver qué encontramos.

Eddie se encogió de hombros y la siguió. Una vez allí, ella insistió en que cada uno debía coger una panradio. Si tenían que separarse por cualquier motivo, siempre podrían comunicarse y también localizar al otro con los sintonizadores direccionales incorporados. Ya habían utilizado antes esos instrumentos y por tanto conocían sus capacidades y sabían lo esenciales que resultaban en los campamentos y excursiones.

Las panradios eran cilindros livianos de aproximadamente medio metro de alto y unos veinte centímetros de diámetro. Muy compactos, contenían los

mecanismos de dos docenas de utensilios distintos. Sus baterías tenían un año de duración si no se recargaban, eran prácticamente indestructibles y funcionaban bajo casi cualquier tipo de condiciones.

Sacaron las panradios al exterior, procurando no acercarse a la parte de la nave que tenía un enorme boquete. Eddie exploró las bandas de onda larga mientras su madre movía el mando que abarcaba todas las bandas de onda corta. En realidad, ninguno de los dos tenía esperanzas de oír algo, pero era preferible probar que quedarse sin hacer nada.

Como no localizaba ningún ruido significativo en las frecuencias moduladas, Eddie pasó a las ondas continuas. Quedó estupefacto al oír una transmisión en morse.

- ¡Eh, mamá! ¡Hay alguien los mil kilociclos! ¡Algo no modulado!

- Naturalmente, hijo - dijo ella un poco exasperada en medio de su entusiasmo

- ¿Qué otra cosa puedes esperar tratándose de una señal radiotelegráfica?

Localizó la banda en su propio cilindro. Ella miró con ojos inexpresivos.

- No entiendo nada de radio, pero eso no es morse.

- ¿Cómo? ¡No puede ser! ¡Debes haberte equivocado!

- N-no lo creo.

- ¿Lo es o no lo es? Cielos, hijo, ¡nunca puedes estar seguro de nada!

Subió el volumen. Los dos habían aprendido galacto-morse mediante técnicas de aprendizaje durante el sueño y de inmediato pudo constatar lo que decía su hijo.

- Tienes razón. ¿A ti qué te parece?

Su rápido oído seleccionó los compases.

- No es un morse simple. Hay cuatro compases de distinta duración.

Escuchó un poco más.

- Sin duda tienen un cierto ritmo. Alcanzo a distinguir unas claras agrupaciones.

¡Ah! Es la sexta vez que oigo ésta. Y ahí va otra. Y otra.

La doctora Fetts movió su cabeza rubio ceniza. No lograba distinguir nada más que una serie de sonidos: sst-sst-sst.

Eddie echó un vistazo al indicador de dirección.

- Proceden del nordeste con inclinación este. ¿Crees que debemos intentar localizarlos?

- Naturalmente - replicó ella -. Pero será mejor que comamos primero. No sabemos a qué distancia están, ni qué encontraremos allí. Prepara el material para la expedición, mientras yo cocino algo caliente.

- De acuerdo - dijo con un entusiasmo como no lo había manifestado en largo tiempo.

Cuando volvió se comió todo el contenido del gran plato que su madre había preparado en el hornillo de la cocina, la cual no había sufrido ningún daño.

- Siempre has hecho el mejor puchero del mundo - dijo Eddie.

- Gracias. Me alegra verte comer otra vez, hijo. Estoy sorprendida. Creí que todo esto te pondría enfermo.

El hizo un gesto vago pero enérgico con la mano.

- El desafío de lo desconocido. Tengo una cierta sensación de que esto va a resultar mucho mejor de lo que esperábamos. Mucho mejor.

Ella se le acercó y olfateó su aliento. El olor era limpio, inocente, sin rastros ni siquiera de estofado. Eso significaba que había tomado Nodor, lo cual probablemente era señal de que había estado bebiendo un poco de whisky de

centeno a escondidas. ¿Cómo se explicaba si no su temerario desdén ante los posibles peligros? No era propio de él.

La doctora no dijo nada, pues sabía que si él intentaba ocultar una botella entre sus ropas o en su mochila mientras trataban de localizar las señales de radio, ella no tardaría en descubrirla y se la quitaría. El ni siquiera protestaría; se limitaría a dejársela arrebatar de su mano flácida mientras sus labios se hincharían en un gesto de resentimiento.

3

Emprendieron la marcha. Los dos llevaban mochilas y las panradios. Él llevaba una escopeta al hombro y ella había añadido a su mochila su pequeño y bien provisto botiquín.

El mediodía de finales de otoño aparecía coronado por un débil sol rojizo que apenas conseguía hacerse visible entre la eterna doble capa de nubes. Su compañero, una mancha lila todavía más pequeña, se estaba poniendo en el horizonte noroccidental. Caminaban en una especie de brillante penumbra, lo mejor jamás logrado en Baudelaire. Sin embargo, a pesar de la escasa luz, el aire era cálido. Era un fenómeno común a algunos planetas situados detrás de la nebulosa Cabeza de Caballo, un fenómeno que se estaba estudiando pero que aún no se había podido explicar.

El terreno era ondulado con muchas quebradas profundas. De trecho en trecho se alzaban prominencias lo suficientemente elevadas y de laderas lo bastante empinadas como para considerarlas un embrión de montaña. Sin embargo, teniendo en cuenta lo accidentado del terreno, la vegetación era sorprendentemente abundante. Matorrales, enredaderas y pequeños árboles de colores verde claro, rojo y amarillo se aferraban a cada trocito de terreno, horizontal o vertical. Todos tenían hojas anchas que giraban con el sol para captar la luz.

De vez en cuando, mientras los dos terráneos avanzaban ruidosamente a través del bosque, pequeñas criaturas multicolores parecidas a insectos o mamíferos se deslizaban de un escondrijo a otro. Eddie decidió llevar la escopeta empuñada y luego, después de verse obligados a subir y bajar dificultosamente los barrancos y colinas y a abrirse paso entre una maleza inesperadamente enmarañada, volvió a colgársela al hombro, suspendida de una correa.

Pese al esfuerzo realizado no se cansaron fácilmente. Pesaban unos diez kilos menos de lo que habrían pesado en la Tierra y, aunque el aire era menos denso, también era más rico en oxígeno.

La doctora Fetts seguía el paso de Eddie. Con treinta años más que el joven de veintitrés, hubiera podido pasar por su hermana mayor, incluso después de un detallado examen. De eso se encargaban las pastillas de longevidad. Sin embargo, él la trataba con toda la cortesía y caballerosidad debidas a la propia madre y la ayudaba a subir por las pendientes, aun cuando las subidas, tal vez por la amplitud de su pecho, no parecían obligarla a inspirar mayor cantidad de aire.

Hicieron un alto junto a un barranco para averiguar su posición relativa.

- Han cesado las señales - dijo él.

- Evidentemente - replicó ella.

En aquel momento comenzó a brincar el detector de radar incorporado al aparato. Los dos levantaron automáticamente la vista.

- No hay ninguna nave en el aire.
- No puede proceder de ninguna de esas colinas - puntualizó ella -. Sólo hay una gran piedra en la cima de cada una.
- Sin embargo, viene de ahí, creo. ¡Oh! ¿Has visto lo mismo que yo? Parecía como una larga vara que ha desaparecido detrás de esa roca grande.
Ella concentró la mirada bajo la pálida luz.
- Creo que lo has imaginado, hijo. Yo no he visto nada.
Entonces, mientras aún continuaba la señal del radar, se inició de nuevo el siseo. Poco después se oyó un fuerte ruido al que siguió un total silencio.
- Subamos a ver qué encontramos - dijo ella.
- Algo raro - comentó él.
Ella no le contestó.
Cruzaron la cañada e iniciaron el ascenso. Cuando estaban a mitad del camino les desconcertó un súbito y denso olor que llegó con una ráfaga de viento.
- Huele como una jaula llena de monos - dijo él.
- Monos en celo - añadió ella. Si él tenía el oído más aguzado, el olfato de ella era más penetrante.
Continuaron subiendo. El detector hizo sonar su diminuto gong histérico. Eddie se detuvo, perplejo. El detector indicaba que las pulsaciones del radar no procedían, como antes, de la cima de la colina por la que subían, sino de la colina situada al otro lado.
La panradio se quedó bruscamente muda.
- ¿Y ahora qué hacemos?
- Terminar lo que hemos empezado. Explorar esa colina. Luego nos ocuparemos de la otra.
Él se encogió de hombros y luego se apresuró a seguir el alto cuerpo delgado de su madre enfundado en su mono de pantalones largos. El olor la había literalmente calentado, y nada podía detenerla. El le dio alcance justo antes de que llegara a la roca del tamaño de un chalet que coronaba la colina. Ella se detuvo a examinar atentamente la aguja del detector, que osciló frenéticamente antes de detenerse en el punto neutro. El olor a monos era muy intenso.
- ¿Crees que podría ser algún tipo de mineral generador de radio? - preguntó ella desilusionada.
- No. Esos grupos de notas eran semánticos. Y este olor...
- Entonces, ¿qué...?
El no sabía si alegrarse o no de que ella le hubiera traspasado tan evidente e inesperadamente todo el peso de la responsabilidad y de la acción. Fue presa al mismo tiempo del orgullo y de un curioso encogimiento. Pero, en todo caso, sintió entusiasmo. Casi se sentía, pensó, como si estuviera a punto de descubrir lo que venía buscando desde hacía largo tiempo. No hubiera sabido decir cuál había sido el objeto de su búsqueda. Pero se sentía excitado y no demasiado asustado.
Descolgó el arma, una combinación de escopeta y rifle con dos cañones. La panradio seguía callada.
- Tal vez la roca sirva de camuflaje a un equipo de espionaje - dijo Eddie. Sonaba absurdo, incluso a sus propios oídos.
Oyó jadear y gritar a su madre a sus espaldas. Giró en redondo y levantó la escopeta, pero no había nada a lo cuál disparar. Temblorosa y diciendo palabras incoherentes, ella estaba señalando la cima de la colina situada al otro lado del valle.

Él logró, distinguir una larga y fina antena que aparentemente se proyectaba de la monstruosa roca allí agazapada. Simultáneamente, dos pensamientos pugnarón por ocupar el primer lugar en su mente: primero, que era más que una coincidencia que ambas colinas tuvieran estructuras de piedra caso idénticas en su cima; y segundo, que debían haber levantado hacia poco la antena, pues estaba seguro de no haberla visto la última vez que había mirado.

Nunca llegó a comunicar sus conclusiones a su madre, pues algo fino, flexible e irresistible le agarró por detrás. Se sintió elevado en el aire y arrastrado hacia atrás. Dejó caer la escopeta e intentó coger los tentáculos que le aprisionaban y zafarse de ellos con sus manos desnudas. Pero fue en vano.

Alcanzó a divisar por última vez a su madre que huía corriendo colina abajo. Luego cayó una cortina y se encontró sumido en la total oscuridad.

4

Eddie se sintió girar, todavía suspendido. Aunque no podía saberlo con certeza, le pareció estar mirando exactamente en dirección contraria. De repente se soltaron los tentáculos que le sujetaban las piernas y los brazos. Sólo su cintura continuaba atrapada. La presión era tan fuerte que gritó de dolor.

Luego, con las puntas de las botas chocando contra algo elástico, le empujaron hacia delante. Inmovilizado, enfrentándose a no sabía qué horrible monstruo, de pronto se sintió asaltado, no por un afilado pico, unos dientes, o un cuchillo o cualquier otro instrumento cortante o desgarrante, sino por una densa nube de aquel mismo olor a mono.

En otras circunstancias, tal vez hubiera vomitado. En ese momento su estómago no tuvo tiempo de decidir si debía hacer limpieza o no. El tentáculo le izó más alto y le arrojó contra algo suave y muelle - algo carnoso y femenino -, casi como un seno por su textura y su suavidad y calor, y por la suave curva que insinuaba.

Alargó las manos y los pies para protegerse, pues por un instante pensó que iba a hundirse y a quedar cubierto, envuelto, absorbido. La idea de una especie de ameba gargantuesca oculta dentro de una roca hueca - o de un caparazón en forma de roca - le hizo retorcerse y gritar y debatirse contra la sustancia protoplásmica.

Pero no ocurrió nada por el estilo. No se hundió en una gelatina lisa y pegajosa que le arrancararía la piel y luego la carne y por fin disolvería sus huesos. Simplemente se vio empujado varias veces contra la suave prominencia. Cada vez la empujó, la pateó o la golpeó. Después de una docena de esos actos aparentemente sin sentido, le mantuvieron suspendido, como si lo que le estuviera moviendo se sintiera desconcertado por su comportamiento.

Había dejado de gritar. Sólo oía su ronco jadeo y los siseos y golpeteos de la panradio. Apenas tuvo tiempo de advertir su presencia, cuando los siseos cambiaron de ritmo y formaron una pauta identificable: tres unidades que resonaban una y otra vez.

- ¿Quién es usted? ¿Quién es usted?

Claro que también podría haberle dicho: «¿Qué es usted?» o «¿Qué diablos pasa?» o «¿No smoz ka pop?» o nada, semánticamente hablando.

Pero no creía que fuera esto último. Y cuando le depositaron suavemente en el suelo y el tentáculo desapareció Dios sabe dónde en la oscuridad, tuvo la certeza de que la criatura se estaba comunicando - o intentaba comunicarse - con él.

Esta idea le impulsó a contenerse y no ponerse a gritar y a dar vueltas por la oscura y fétida cámara, buscando enloquecidamente una salida. Dominó su pánico y abrió una pequeña tapa en un lado de la panradio e introdujo el índice de la mano derecha. Allí lo mantuvo presto sobre el pulsador y, llegado el momento, cuando la cosa dejó de transmitir, repitió, lo mejor que pudo, las pulsaciones que había recibido. No tuvo necesidad de encender la luz y hacer girar el mando para situarse en la banda de mil kilociclos. El instrumento adecuaría automáticamente esa frecuencia a la que acababa de recibir.

El aspecto más curioso de todo el procedimiento fue que todo su cuerpo temblaba de forma casi incontrolable, a excepción de una sola parte: su dedo índice, la única unidad que parecía poseer una función definida en esa situación por lo demás incomprensible. Era la sección de su cuerpo que le ayudaba a sobrevivir, la única que sabía cómo hacerlo en ese momento. Incluso su cerebro parecía no tener conexión alguna con el dedo. Ese dígito representaba su persona y el resto sólo se hallaba casualmente vinculado a él.

Cuando hizo una pausa, el transmisor comenzó a sonar de nuevo. Esta vez se trataba de unidades imposibles de identificar. Entre tanto, el detector de radar había empezado a sonar. En algún lugar del negro agujero, algo le apuntaba fijamente con un rayo.

Apretó un botón en la parte superior de la panradio y el foco incorporado iluminó la zona situada delante de él. Vio una sustancia como de goma de un color gris rojizo. Sobre la pared había un bulto más o menos circular de color gris pálido y de más de un metro de diámetro. A su alrededor, prestándole un aspecto de medusa, se enroscaban doce tentáculos muy largos y finos.

Aunque temía que si les daba la espalda los tentáculos lo agarrarían de nuevo, su curiosidad le hizo volverse e inspeccionar con el intenso haz de luz el lugar donde se hallaba. Se encontraba en una cámara de forma ovoide de unos diez metros, por cuatro de ancho y casi tres metros de altura en la parte central. Las paredes estaban hechas de un material gris rojizo, liso a excepción de unas franjas irregulares de tubos azules o rojos. ¿Venas y arterias?

Una porción de la pared, del tamaño de una puerta, presentaba una hendidura vertical, rodeada de tentáculos. Supuso que debía ser una especie de iris y que se había abierto para arrastrarle al interior. Grupos de tentáculos en forma de estrella de mar aparecían de trecho en trecho en las paredes o suspendidos del techo. En la pared situada frente al iris había una vara larga y flexible con un collar cartilaginoso en torno al extremo libre. Cada vez que Eddie se movía, la vara también lo hacía, siguiéndole como un punto ciego con una antena de radar sigue la pista del objeto que está localizando. Y eso era. Y si no se equivocaba, la vara era también un transmisor-receptor de ondas continuas.

Recorrió todo el lugar con su luz. Cuando la enfocó sobre el lugar más apartado de él, se quedó sin respiración. ¡Diez criaturas estaban agazapadas muy juntas y le miraban! Eran del tamaño de un cerdito y a lo que más se parecían era a unos caracoles sin caparazón; no tenían ojos y la antena que crecía en la frente de cada una de ellas era un duplicado en miniatura de la de la pared. No parecían peligrosas. Sus bocas abiertas eran pequeñas y sin dientes y debían avanzar con lentitud, pues se movían como los caracoles, apoyándose en un largo pedestal de carne, un pie muscular.

Sin embargo, si caía dormido podrían reducirle por la fuerza del número y tal vez esas bocas vertieran un ácido capaz de disolverlo, o a lo mejor encerraban un secreto aguijón emponzoñado.

Sus especulaciones se vieron interrumpidas violentamente. Se sintió agarrado, izado en el aire y traspasado a otro grupo de tentáculos que lo transportaron al otro lado de la vara - antena y le acercaron a las pequeñas criaturas. Justo antes de llegar a su lado, le dejaron suspendido de cara a la pared. Y en ella se abrió un iris hasta entonces invisible. Lo iluminó con su foco pero no logró distinguir nada excepto convulsiones de carne.

Su panradio emitió una nueva pauta de dit-dot-dit-dats. El iris se ensanchó hasta adquirir la amplitud, suficiente para dejar pasar su cuerpo si lo metían con la cabeza por delante. O con los pies por delante. Tanto daba. Las convulsiones se calmaron y la abertura se convirtió en un túnel. O una garganta. De millares de pequeñas cavidades emergieron miles de dientes diminutos y afilados como cuchillos. Centellearon un momento y volvieron a hundirse y, antes de que desaparecieran, otros miles de perversos punzones asomaron entre las fauces abiertas.

Un triturador de carne.

Detrás del asesino despliegue, al final de la garganta, había una enorme bolsa de agua. De ella se desprendía un vapor, acompañado de un olor que le recordó el puchero de su madre. Oscuros bocados, presumiblemente de carne, y trozos de verdura flotaban sobre la superficie en ebullición,

Luego el iris se cerró y le volvieron de cara a las babosas. Un tentáculo le golpeó las nalgas suave pero significativamente. Y la panradio siseó una advertencia.

Eddie no era estúpido. Comprendió que las diez criaturas no eran peligrosas a menos que las importunara. En cuyo caso ya acababa de ver a dónde iría a parar si no se portaba bien.

Nuevamente se sintió levantado y transportado a lo largo de la pared para quedar apretado junto a la mancha gris claro. El olor a monos, que se había desvanecido, volvió a hacerse penetrante. Eddie localizó su lugar de procedencia, un orificio muy pequeño que se veía junto a la pared.

Cuando no reaccionó - todavía no tenía la menor idea de cómo se esperaba que actuase - los tentáculos le soltaron de forma tan inesperada que cayó de espaldas. La carne cedió bajo su peso y se levantó ileso.

¿Qué debía hacer a continuación? Examinar sus recursos. Hizo un rápido inventario: La panradio. Un saco de dormir, que no necesitaría si la temperatura se mantenía al nivel actual, demasiado cálido. Una botella de cápsulas de whisky Old Red Star. Un termo con una tetina. Una caja de raciones A-2-Z. Un hornillo plegable. Cartuchos para su escopeta, que había quedado abandonada fuera del caparazón en forma de roca de la criatura... Un rollo de papel higiénico. Cepillo de dientes. Dentífrico. Jabón. Toallas. Pastillas: Nodor, hormonas, vitaminas, de longevidad, para los reflejos y somníferos. Y un alambre fino como un hilo, que desenrollado tenía treinta metros de largo y cuya estructura molecular encerraba un centenar de sinfonías, ocho óperas, mil piezas musicales de distintos tipos y dos mil grandes obras literarias que abarcaban desde Sófocles y Dostoievsky hasta el último bestseller. La grabaciones podían tocarse en la panradio.

Eddie introdujo la cinta en el aparato, apretó un botón y ordenó:

- «Che gélida manina» de Puccini en grabación de Eddie Fetts, por favor.

Y mientras escuchaba aprobadoramente su propia magnífica voz, abrió una lata que había encontrado en el fondo de su mochila. Su madre la había llenado con el resto del puchero que habían comido el último día en la nave.

Ignorante de su situación, pero por algún motivo seguro de que de momento estaba a salvo, Eddie masticó con deleite la carne y las verduras. A veces le resultaba muy fácil efectuar la transición de la náusea al apetito.

Vació la lata y terminó la comida con algunas galletas y una barrita de chocolate. Nada de controlar las raciones. Comería bien mientras le quedara comida. Luego, si no encontraba nada, tendría que... Pero para entonces - se tranquilizó chupándose los dedos - su madre, que estaba en libertad, ya habría encontrado alguna manera de sacarle de apuros.

Siempre lo había hecho.

5

La panradio, que había permanecido callada durante un rato, empezó a sonar. Eddie iluminó la antena y vio que apuntaba hacia las criaturas en forma de caracol a quienes, según su costumbre, ya les había puesto un apodo. Las llamó Sluggos.

Los Sluggos se arrastraron hacia la pared y se detuvieron cerca de ella. Sus bocas, situadas en la parte superior de su cabeza, se abrieron como si fueran otros tantos pajaritos hambrientos. El iris se abrió y dos labios formaron como un pitorro. Por él empezó a caer agua hirviendo y trozos de carne y de verduras. ¡Puchero! Puchero que caía exactamente en cada una de las bocas abiertas.

Así aprendió Eddie la segunda frase en la lengua de la Madre Polifema. El primer mensaje había sido: «¿Qué eres?» Éste decía: «¡Ven y cógelo!»

Decidió experimentar y transmitió una repetición de lo que acababa de oír. Al unísono, todos los Sluggos - excepto el que estaba recibiendo su alimento - se volvieron hacia él y avanzaron un par de pasos antes de detenerse, desconcertados.

Dado que Eddie estaba transmitiendo, los Sluggos debían tener una especie de localizador de dirección incorporado. De lo contrario, no habrían podido distinguir sus pulsaciones de las de su madre.

Inmediatamente después, un tentáculo golpeó a Eddie en la espalda y le hizo caer. La panradio siseó su tercer mensaje inteligible: «¡No vuelvas a hacer eso!»

Y luego un cuarto mensaje: «Por aquí, niños», que los diez pequeños obedecieron dando media vuelta y volviendo a sus posiciones anteriores.

Sí, eran los hijos y vivían, comían, dormían, jugaban y aprendían a comunicarse en el vientre de su madre, la Madre. Eran las crías móviles de ese enorme ente inmóvil que había cazado a Eddie como una rana caza una mosca. Aquella Madre..., la misma que un día había sido un Sluggo como los otros hasta que adquirió el tamaño de un cerdo y fue expulsada del vientre de su madre. Y que se dejó caer, hecha una bola, por la ladera de su colina natal, se alargó al llegar abajo, trepó centímetro a centímetro por la otra colina, rodó ladera abajo y así sucesivamente. Hasta encontrar el caparazón vacío de un adulto ya muerto. O, suponiendo que deseara ser un ciudadano de primera clase y no una ocupante sin prestigio, debía buscar una colina alta con la cima desocupada - o cualquier prominencia que permitiera avistar una gran extensión de terreno - e instalarse allí.

Y una vez allí extendía muchos zarcillos finos como un hilo que introducía en el suelo y entre las hendiduras de las rocas, zarcillos que se alimentaban de la grasa de su cuerpo y crecían y se alargaban hacia abajo y se ramificaban en otros zarcillos. En las profundidades subterráneas, las raicillas ponían en práctica su química instintiva; buscaban y encontraban el agua, el calcio, el hierro, el cobre, el

nitrógeno, los carbonos, acariciaban lombrices de tierra, gusanos y larvas, sustrayéndoles los secretos de sus grasas y proteínas; descomponían la sustancia extraída en insignificantes partículas coloidales; las succionaban a través de los conductos filiformes de los zarcillos y hasta el pálido y cada vez más delgado cuerpo tendido sobre un espacio plano en la cima de una serranía, una colina, un pico.

Allí, en base a los modelos almacenados en las moléculas del cerebelo, su cuerpo cogía los ladrillos de elementos y con ellos construía un caparazón muy fino del material más abundante, un caparazón protector del tamaño suficiente para que ella pudiera expandirse hasta llenarlo mientras sus enemigos naturales - los astutos y hambrientos predadores que acechaban en la luz crepuscular de Baudelaire - lo olfateaban y arañaban en vano.

Luego, con su mole entumecida siempre creciente, reabsorbía la dura caparazón. Y si ningún diente afilado conseguía localizarla durante ese proceso que ocupaba algunos días, volvía luego a secretar otro, más grande. Y así sucesivamente, hasta haber pasado por una docena o más de caparazones, hasta convertirse en el monstruoso y muy modificado cuerpo de una hembra adulta y virgen. Por fuera estaba recubierta del material que tanto se parecía a una roca, que realmente era piedra: ya fuese granito, diorita, mármol, basalto o tal vez simplemente piedra caliza. O, a veces, hierro, vidrio o celulosa.

Dentro se encontraba el cerebro de localización central, probablemente tan grande como el de un hombre. Y en torno a éste, las toneladas de órganos: el sistema nervioso, el potente corazón, o corazones, los cuatro estómagos, los generadores de microondas y ondas largas, los riñones, los intestinos, las tráqueas, los órganos olfativos y gustativos, el centro de producción de perfumes que elaboraba olores destinados a atraer a los animales y los pájaros hasta una distancia que permitiera su captura, y el enorme útero. Y las antenas: la pequeña antena anterior, para adiestrar y vigilar a los pequeños, y una larga y potente vara exterior, que se levantaba sobre el caparazón y podía retraerse en caso de peligro.

El paso siguiente era la transformación de virgen en madre, el tránsito del estado inferior al superior, como indicaba, en su lenguaje pulsante, una pausa más larga antes de cada palabra. Para ocupar un lugar destacado dentro de su sociedad, primero tenía que ser desflorada. Impúdica, sin remilgos, ella misma tomaba la iniciativa, se declaraba y se entregaba.

Tras lo cual devoraba a su pareja.

El reloj de la panradio de Eddie le indicó que ya estaba en su trigésimo día de reclusión cuando recibió esta información. Se quedó horrorizado, no porque ello fuera contrario a su ética, sino debido a que él mismo había sido seleccionado como pareja. Y como cena.

Su dedo tecló: «Explícame, madre, a qué te refieres».

Hasta ese momento no se había preguntado cómo podía reproducirse una especie que carecía de machos. Ahora descubría que, para las madres, todas las demás criaturas eran machos. Las madres eran inmóviles y hembras. Los seres móviles eran machos. Eddie era un ser móvil. Luego era un macho.

Se había acercado a esa madre en concreto durante la época de celo, esto es, en la mitad del desarrollo de una camada de pequeños. Ella le había detectado mientras avanzaba por la hondonada del fondo del valle. Cuando estuvo al pie de la colina, ella captó su olor. Era desconocido para ella. La mejor aproximación que pudo lograr en su almacén de memoria fue el de una bestia semejante a él. Por la

descripción que le dio, Eddie dedujo que debía ser un antropoide. De modo que emitió el olor sexual de ese animal, seleccionado entre los muchos que componían su repertorio. Cuando él cayó aparentemente en la trampa, ella le atrapó.

Él debía haber atacado el punto de la concepción, ese abultamiento gris claro de la pared. Una vez abierto y desgarrado en la medida suficiente para iniciar el misterioso proceso del embarazo, habría sido arrojado al iris del estómago.

Afortunadamente, no poseía un pico afilado, unos colmillos, unas garras adecuadas. Y ella había oído repetir sus propias señales a través de la panradio.

Eddie no comprendía por qué era necesario recurrir a un ser móvil para el apareamiento. Una madre poseía la inteligencia suficiente para coger una piedra afilada y lacerarse ella misma ese punto.

Ella le dio a entender que la concepción no podía iniciarse a menos que fuera acompañada de una cierta excitación de los nervios, un frenesí y su satisfacción. La madre no sabía por qué era necesario tal estado emocional.

Eddie intentó hablarle de cosas tales como los genes y los cromosomas y su necesaria presencia en las especies altamente desarrolladas.

La madre no le entendió.

Eddie se preguntó si el número de cortes y rasgaduras en el punto indicado correspondería al número de crías. O si había un gran número de potencialidades contenidas en las cintas hereditarias que se extendían bajo la piel reproductora. Y si la casual irritación y consiguiente estimulación de los genes sería equivalente a la combinación al azar de los genes en el apareamiento entre un macho y una hembra humanos, dando lugar así a una descendencia con características que eran combinación de las de los padres.

¿O el inevitable gesto de devorar al móvil después del acto respondía a algo más que un reflejo emocional y nutritivo? ¿Indicaba tal vez que el móvil recogía nódulos dispersos de genes. como semillas duras, entre sus garras y colmillos, junto con los trozos de piel desgarrada, que estos genes sobrevivían a la ebullición en el estómago-puchero y luego eran expulsados con las heces? ¿Donde los animales y los pájaros los recogían con su pico, sus dientes o sus patas y luego, al ser atrapados por otras madres en ese proceso de violación indirecta, transmitían los agentes portadores de la herencia a los puntos de concepción que atacaban, depositando e implantando los nódulos en la piel y la sangre del abultamiento al mismo tiempo que recogían otros? ¿A continuación, los móviles eran devorados, digeridos y expulsados en ese misterioso, pero ingenioso e interminable ciclo? ¿Se aseguraba así, con la continua aunque azarosa recombinación de genes, la posibilidad de una variación de la descendencia, la oportunidad de que se produjeran mutaciones, etcétera?

La madre le transmitió su desconcierto.

Eddie se dio por vencido. Nunca lo sabría. ¿Y era importante averiguarlo, a fin de cuentas?

Decidió que no y se incorporó de su posición yacente para pedir agua. Ella abrió su iris y vertió un tibio medio litro en el termo de Eddie. El arrojó una pastilla en el agua, la agitó hasta que se disolvió y se bebió una imitación aceptable del Old Red Star. Prefería el whisky de centeno áspero y fuerte, aunque podría haber obtenido otro de calidad más suave. Deseaba un efecto rápido. El sabor era lo de menos, pues le desagradaba el sabor de todos los licores. De modo que bebía lo mismo que bebían los vagabundos e incluso se estremecía como ellos cuando

maldecían el destino que les había hecho caer tan bajo y les obligaba a tomar ese mejunje.

El whisky de centeno le quemó el vientre y difundió rápidamente, a través de sus extremidades y hasta su cabeza, su calor atemperado sólo por la noción de que cada vez le quedaban menos cápsulas. Y cuando se le terminaran, ¿qué? En momentos así era cuando más echaba de menos a su madre.

Al pensar en ella le cayeron un par de grandes lágrimas. Sorbió por la nariz y bebió un poco más y cuando el más grande de los Sluggos se le acercó para que le rascara la espalda, en vez de hacerlo le dio un trago de Old Red Star. Un trago para el Sluggo. Ociosamente, se preguntó qué efecto tendría la afición al whisky de centeno sobre el futuro de la raza cuando esas vírgenes se convirtieran en madres.

En aquel momento le vino inesperadamente a la memoria lo que le pareció una idea salvadora. Esas criaturas podían absorber los elementos que precisaban de la tierra y reproducir con ellos estructuras moleculares muy complejas. A condición, naturalmente, de contar con una muestra de la sustancia deseada para estudiarla en algún críptico órgano.

Bueno, nada más sencillo que darle a la madre una de las preciadas cápsulas. A partir de una de ellas podría obtener un número infinito. ¡Con ellas y el abundante agua que podía succionar del arroyo próximo a través de los zarcillos subterráneos huecos, podría producir un crudo de maestro destilador!

Chasqueó los labios y se disponía a transmitirle su solicitud, cuando lo que ella le estaba diciendo penetró en su cerebro.

En tono bastante rencoroso, la madre le comentaba que su vecina del otro lado del valle empezaba a darse ínfulas porque también ella tenía prisionero un móvil capaz de comunicarse.

6

Las madres poseían una sociedad tan jerárquica como el protocolo de las cenas oficiales en Washington o el orden de picoteo en un corral. El factor de peso era el prestigio, y éste dependía de la potencia transmisora, de la altura de la prominencia sobre la cual estaba instalada la madre, la cual determinaba la extensión del territorio que abarcaba su radar, y de la abundancia y novedad e ingeniosidad de los chismes que difundía. La criatura que había capturado a Eddie era una reina. Tenía preferencia con respecto a treinta y tantos de su clase; todas éstas tenían que dejarla transmitir primero y ninguna se atrevía a iniciar su tecloteo hasta que ella hubiera terminado. Luego le tocaba a la siguiente en el orden de jerarquía y así sucesivamente hasta llegar a la última. La número uno podía interrumpir en cualquier momento a cualquiera de ellas, y si alguna de categoría inferior tenía algo interesante que transmitir, podía interrumpir a la que estuviera hablando en ese momento y solicitar permiso de la reina para contar su historia.

Eddie sabía todo esto, pero no podía escuchar directamente los comadreos de colina a colina. El grueso caparazón de falso granito se lo impedía y le obligaba a depender de la antena del vientre de la madre para recibir información de segunda mano.

De vez en cuando, la madre abría la puerta y dejaba salir a las crías. En el exterior, éstas hacían prácticas de transmisión con los Sluggos de la madre del otro lado del valle. Ocasionalmente, aquella madre se dignaba transmitir las

pulsaciones de sus crías y la guardiana de Eddie hacía otro tanto con las suyas. Era un toma y daca.

La primera vez que las crías se deslizaron por la salida-iris, Eddie intentó, a semejanza de Ulises, hacerse pasar por una de ellas y deslizarse fuera confundido con el resto del grupo. La madre, ciega, pero no un Polifemo, le cogió con sus tentáculos y le metió otra vez dentro.

Ese incidente le sugirió la idea de llamarla Polifema.

Eddie sabía que ella había aumentado enormemente su ya importante prestigio por el hecho de poseer ese objeto único, un móvil capaz de transmitir. Tanto había crecido su importancia que las madres situadas en los bordes de su zona habían transmitido la noticia a otras zonas. Todo el continente estaba al tanto de sus noticias, antes de que Eddie hubiera conseguido aprender su lengua. Polifema se había convertido en una verdadera cronista de sociedad; decenas de miles de ocupantes de las cimas de las colinas escuchaban atentamente sus descripciones de sus relaciones con la paradoja ambulante: un macho semántico.

Todo iba de maravilla. Luego, muy recientemente, la madre del otro lado del valle había capturado una criatura parecida. Y de golpe se había convertido en la número dos de la zona y aguardaba el menor fallo por parte de Polifema para arrebatarse el primer puesto.

La noticia excitó muchísimo a Eddie. Con frecuencia tenía fantasías sobre su madre y se preguntaba qué estaría haciendo. Muchas de estas fantasías acababan de manera bastante curiosa con recriminaciones por lo bajo, en las que le reprochaba casi con voz audible que le hubiera abandonado y no intentara rescatarlo. Luego tomaba conciencia de lo que estaba haciendo y se avergonzaba. Pero la sensación de abandono seguía tiñendo sus pensamientos.

Ahora que sabía que ella estaba viva y que había sido capturada, probablemente mientras intentaba rescatarlo, salió del letargo que últimamente le había hecho dormir de la mañana a la noche. Le preguntó a Polifema si quería abrir la entrada para que él pudiera comunicarse directamente con el otro prisionero. Ella dijo que sí. Ansiosa de escuchar una conversación entre dos móviles, se mostró muy cooperativa. Lo que ambos se dirían le proporcionaría material para un cúmulo de chismorreos. Lo único que empañaba su alegría era que la otra madre también tendría acceso a la conversación.

Luego recordó que seguía siendo la número uno y que sería la primera en transmitir los detalles, lo cual la hizo estremecerse de tal forma, llena de orgullo y de éxtasis, que Eddie sintió temblar el suelo.

El iris se abrió, Eddie lo cruzó y miró hacia el otro lado del valle. Las colinas continuaban cubiertas de verde, rojo y amarillo, como si las plantas de Baudelaire no perdieran sus hojas durante el invierno. Pero algunas manchas blancas revelaban que había llegado el invierno. Eddie se estremeció al contacto del aire frío con su piel desnuda. Hacía tiempo que se había despojado de sus ropas. Las prendas resultaban demasiado incómodas con el calor del vientre; además, Eddie, humano como era, tenía que expulsar sus productos de desecho. Y Polifema, madre como era, tenía que limpiar periódicamente la suciedad con agua caliente procedente de uno de sus estómagos. Cada vez que las aberturas de los conductos soltaban chorros que arrastraban los elementos indeseables expulsándolos a través del iris, Eddie quedaba empapado. Cuando se despojó de sus ropas, éstas también salieron flotando. Sólo a base de sentarse sobre su mochila pudo impedir que ésta corriera igual suerte.

Después, una corriente de aire caliente procedente de las mismas aberturas y creada en la poderosa batería de pulmones se encargaba de secarlo a él y a los Sluggos. Eddie se sentía bastante cómodo - siempre le había gustado ducharse -, pero la pérdida de sus ropas había sido otra de las cosas que le impedían escapar. Una vez fuera, no tardaría en morir congelado a menos que localizara rápidamente la nave. Y no estaba seguro de recordar el camino de regreso.

Conque ahora, cuando salió fuera, en seguida retrocedió un par de pasos y dejó que el aire caliente que exhalaba Polifema, cayera como una capa sobre sus hombros.

Luego escudriñó el escaso kilómetro que le separaba de su madre, pero no pudo verla. La penumbra imperante y la oscuridad del interior no iluminado de su carcelera ocultaban su figura.

Eddie transmitió en morse: «Cambia al talkie; la misma frecuencia». Paula Fetts así lo hizo. Empezó a preguntarle frenéticamente si estaba bien.

Él respondió que estaba perfectamente.

- ¿Me has echado mucho de menos, hijo?

- Oh, muchísimo.

Incluso en el momento de decirlo se preguntó vagamente por qué su voz sonaba tan falsa. Probablemente debía ser la desesperación de no poder volver a verla jamás.

- Casi me he vuelto loca, Eddie. Cuando te atraparon, huí tan rápido como pude. No tenía idea de qué clase de horrible monstruo nos había atacado. Y entonces, cuando había descendido la mitad de la ladera, me caí y me rompí una pierna...

- ¡Oh, no, madre!

- Sí. Pero conseguí arrastrarme cojeando hasta la nave. Y una vez allí, me entablillé y me puse inyecciones para recomponer los huesos. Pero mi sistema no reaccionó como hubiera debido. A ciertas personas les ocurre, ya sabes, y tardé el doble en curarme.

»Pero cuando estuve en condiciones de andar, cogí una escopeta y una caja de dinamita. Me disponía a volar lo que creía una especie de fortaleza de roca, una atalaya de alguna clase de ser extraterrestre. No tenía idea de la verdadera naturaleza de estas bestias. Sin embargo, primero decidí reconocer el terreno. Me proponía espiar la roca desde el otro lado del valle. Pero esa cosa me capturó.

»Escúchame bien, hijo. Antes de que se corte la transmisión, quiero decirte que no debes desesperar. Pronto saldré de aquí y acudiré a salvarte.

- ¿Cómo?

- Si recuerdas bien, mi equipo de laboratorio contiene una serie de carcinógenos para estudios de campo. Bueno, sabrás que a veces el punto de concepción de una madre, en vez de procrear crías, después del desgarramiento del apareamiento, experimenta un proceso canceroso, lo contrario del embarazo. He inyectado un carcinógeno en ese punto y se ha desarrollado un bonito carcinoma. Dentro de pocos días habrá muerto.

- ¡Mamá! ¡Quedarás sepultada bajo esa masa en putrefacción!

- No. Esta criatura me ha dicho que cuando una de su especie muere, un reflejo abre los labios. Se trata de dejar salir a las crías, si las hay. Escúchame bien, yo...

Un tentáculo se enroscó en torno a su cuerpo y le introdujo otra vez a través del iris, luego éste se cerró.

Cuando cambió otra vez a ondas continuas, oyó decir: «¿Por qué no te has comunicado? ¿Qué hacías? ¡Dímelo! ¡Habla!»

Eddie se lo explicó. Siguió un silencio que sólo podía interpretarse como estupefacción. Cuando la madre hubo recuperado sus sentidos, dijo: «En adelante, hablarás con el otro macho a través de mí».

Evidentemente, envidiaba y detestaba su capacidad para cambiar de onda y, tal vez, se le hacía difícil aceptar la idea.

- Por favor - insistió, sin imaginar cuán peligrosas eran las aguas que estaba vadeando -, por favor; déjame hablar directamente con mi madre...

Por primera vez la oyó tartamudear.

- ¿Q-Q-Qué? ¿Tu ma-ma madre?

- Sí. Claro.

El suelo se estremeció violentamente bajo sus pies. Eddie gritó y afianzó los pies para no caer y luego encendió la luz. Las paredes temblaban como gelatina después de una sacudida y las columnas vasculares habían pasado de su color rojo y azul habitual a una tonalidad gris. El iris de entrada colgaba abierto, como una boca flácida, y el aire se enfrió. Podía percibir en las plantas de los pies el descenso de la temperatura del cuerpo de la madre.

Tardó un rato en comprender lo que ocurría.

Polifema había caído en una especie de estupor.

No llegó a averiguar lo que podría haber ocurrido si ella no hubiera salido de ese estado. Tal vez habría muerto y le habría obligado a salir al mundo invernal antes de que su madre pudiera escapar. En ese caso, y si no hubiera logrado encontrar la nave, habría muerto. Acurrucado en el rincón más tibio de la cámara ovoide, Eddie consideró esa idea y se estremeció de un modo que no justificaba el solo efecto del aire exterior.

7

Pero Polifema tenía su propio método de recuperación. Este consistía en escupir el contenido de su estómago-puchero, que sin duda se había llenado de toxinas secretadas por su sistema a consecuencia del choque emocional recibido. La expulsión de ese material era la manifestación física de la catarsis psíquica. La oleada fue tan salvaje que su hijo adoptivo casi se vio arrastrado con la corriente caliente, pero ella, en una reacción instintiva, había enrollado sus tentáculos en torno al cuerpo de Eddie y de los Sluggos. Después del primer vómito siguió vaciando las otras tres bolsas de agua, la segunda caliente, la tercera tibia y la cuarta, que se acababa de llenar, fría.

Eddie soltó un grito al contacto del agua helada.

Los iris de Polifema volvieron a cerrarse. Gradualmente cesaron los temblores del suelo y las paredes; fue subiendo la temperatura; y sus venas y arterias recobraron su color rojo y azul. Se había recuperado. O eso parecía.

Pero cuando, después de veinticuatro horas de espera, él volvió a tocar cautelosamente el tema, descubrió que ella no sólo no estaba dispuesta a hablar de ello, sino que se negaba también a reconocer la existencia del otro móvil.

Eddie, abandonada toda esperanza de entenderse hablando, estuvo reflexionando un buen rato. La única conclusión a que supo llegar, y estaba seguro de comprender lo bastante bien la psicología de la madre como para que aquella fuera válida, era que el concepto de una hembra móvil le resultaba totalmente inaceptable.

Su mundo estaba dividido en dos categorías: los móviles y su especie, las inmóviles. Los móviles se identificaban con la comida y el apareamiento. Móvil significaba macho. Las madres eran hembras.

A las ocupantes de las cimas de las colinas probablemente no se les había ocurrido pensar nunca cómo se reproducían los móviles. Su ciencia y su filosofía se situaban al nivel corporal instintivo. Eddie nunca pudo averiguar si imaginaban que la continuada población de móviles se mantenía a través de algún proceso de generación espontánea o de división semejante a la de las amebas, o si imaginaban que crecían como coles. Desde su punto de vista, ellas eran hembras y el resto del cosmos protoplasmático era macho.

Y no había vuelta de hoja. Cualquier otra idea era más que indecente, obscena y blasfema. Era... inconcebible.

Las palabras de Eddie le habían causado un profundo trauma a Polifema. Y aunque parecía haberse recuperado, en algún punto de esas toneladas de carne inconcebiblemente compleja seguía ocultándose una herida. Esta floreció como una flor oculta, de un color rojo intenso, y su sombra impedía el acceso de determinada memoria; de determinada región, a la luz de la conciencia. Esa sombra dolorosa cubría el tiempo y el suceso que la madre consideraba necesario marcar con las palabras NO TOCAR, por razones inescrutables para el ser humano.

De este modo, aunque Eddie no lo expresó con palabras, en las células de su cuerpo comprendió, percibió y supo lo que luego ocurriría, igual como si sus huesos lo estuvieran anunciando y su cerebro no lo oyera.

Sesenta y seis horas después, según el reloj de la panradio, los labios de entrada de Polifema se abrieron. Sus tentáculos se proyectaron fuera. Cuando volvieron a entrar, sostenían a la madre de Eddie, que se debatía impotente.

Eddie, sobresaltado de un letargo, horrorizado, paralizado, vio cómo ella le arrojaba su equipo de laboratorio y le oyó pronunciar un grito inarticulado. Y luego la vio caer, con la cabeza por delante, en el iris del estómago.

Polifema había escogido el único método seguro para destruir la evidencia.

Eddie permaneció tendido boca abajo, con la nariz aplastada contra la carne cálida y ligeramente palpitante del suelo. De vez en cuando sus manos se cerraban espasmódicamente como si quisiera aferrar algo que alguien pareciera poner continuamente a su alcance para apartarlo luego.

No supo cuánto tiempo pasó allí tendido, pues no volvió a mirar el reloj.

Finalmente, se sentó en la oscuridad y se echó a reír como un loco.

- Madre siempre hizo un puchero estupendo.

Eso le hizo perder el control. Se reclinó apoyándose sobre las manos, dejó caer la cabeza hacia atrás y empezó a aullar como un lobo bajo la luna llena.

Naturalmente, Polifema era sorda como una tapia, pero podía detectar su postura a través del radar, y su fino olfato dedujo del olor de su cuerpo que Eddie sufría un miedo y una angustia terribles:

Un tentáculo se deslizó y le abrazó suavemente.

- ¿Qué sucede? - siseó la panradio.

Él introdujo el dedo en el agujero del transmisor.

- ¡He perdido a mi madre!

- ¿Qué?

- Se ha ido y ya nunca volverá.

- No lo entiendo. Yo estoy aquí.

Eddie dejó de llorar e irguió la cabeza como si estuviera escuchando alguna voz interior. Sollozó todavía un poco, se secó las lágrimas lentamente, se zafó del tentáculo, lo acarició, se acercó a su mochila que estaba en un rincón y sacó la botella con las cápsulas de Old Red Star. Dejó caer una en el termo y le dio la otra a ella con el ruego de que la reprodujera, si era posible. Luego se tendió de costado, se recostó sobre un codo como un romano en sus momentos de sensualidad, chupó el whisky de centeno a través de la tetilla y escuchó una miscelánea de Beethoven, Moussorgsky, Verdi, Strauss, Porter, Feinstein y Waxworth.

Transcurrió el tiempo - si allí existía algo así - alrededor de Eddie. Cuando se cansaba de la música o de las obras de teatro o de los libros, escuchaba las emisiones de la zona. Cuando tenía hambre, se levantaba y caminaba - o muchas veces sólo se arrastraba - hasta el iris del puchero. En la mochila tenía algunas latas de raciones; había pensado comer de ellas hasta tener la seguridad de que..., ¿qué era lo que le estaba prohibido comer? ¿Veneno? Polifema y los Sluggos habían devorado algo. Pero lo había olvidado en algún punto de su orgía de música y whisky de centeno. Ahora comía con bastante apetito y sin pensar en nada excepto la satisfacción de sus deseos.

A veces se abría la puerta del iris y entraba saltando Billy el Verdulero. Billy parecía un cruce entre un grillo y un canguro. Era del tamaño de un perro pastor y traía un cargamento de verduras, frutas y nueces en una bolsa marsupial.. Los extraía con relucientes garras verdes y quitinosas y se los entregaba a la madre a cambio de una comida de puchero. Feliz en su simbiosis, sorbía alegremente, con sus ojos multifacéticos, que giraban independientemente el uno del otro, fijos el uno en los Sluggos y el otro en Eddie.

Obedeciendo a un impulso, Eddie abandonó la banda de mil kilociclos. Ésa era, aparentemente, su señal natural. Billy transmitía una señal cuando tenía alimentos para la madre. Y Polifema se comunicaba a su vez con él cuando los necesitaba. La actuación de Billy no tenía nada de inteligente; transmitía por mero instinto. Y la madre, fuera de la frecuencia «semántica», estaba limitada a esa sola banda. Pero el sistema funcionaba perfectamente.

8

Todo marchaba estupendamente. ¿Qué más podía desear un hombre? Comida gratis, suministros ilimitados de licor, una mullida cama, aire acondicionado, duchas, música, obras intelectuales (grabadas), conversaciones interesantes (buena parte de ellas sobre su persona), aislamiento y seguridad.

Si no la hubiera bautizado ya, la habría llamado Madre Gracia.

Y no todo se agotaba con las comodidades materiales. Ella le daba una respuesta para todos sus interrogantes, todos...

Excepto uno.

Nunca lo manifestó vocalmente. De hecho, habría sido incapaz de hacerlo. Probablemente no tenía conciencia de que deseara preguntar algo así.

Pero Polifema lo expresó un día cuando le pidió que le hiciera un favor.

Eddie reaccionó como si le hubieran ultrajado.

- ¡Eso no! ¡Eso no!

Se atragantó y luego pensó que era ridículo... Ella no...

- Pues sí - dijo adoptando una expresión de desconcierto.

Se levantó y abrió el estuche con el material de laboratorio. Mientras buscaba un bisturí, descubrió los carcinógenos. Los arrojó muy lejos a través de los labios entreabiertos y salieron rodando colina abajo.

Luego dio media vuelta y, bisturí en mano, se acercó de un salto al abultamiento gris claro de la pared. Y se detuvo, con la vista fija en él, mientras se le escapaba el instrumento de la mano.

Lo recogió y lo hundió débilmente y ni siquiera hizo un rasguño en la piel. Volvió a soltarlo.

- ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? - balbuceó la panradio que colgaba de su muñeca.

De pronto, una abertura próxima emitió una densa nube de olor humano - sudor de hombre - en su cara. Y se detuvo, con el cuerpo doblado, medio en cuclillas, aparentemente paralizado. Hasta que los tentáculos lo agarraron con furia y lo arrastraron hacia el iris del estómago, que se abría ancho como un hombre.

Eddie gritó y se retorció, hundió el dedo en la panradio y transmitió: «¡De acuerdo! ¡De acuerdo!»

Y cuando se encontró otra vez frente al punto indicado, se abalanzó con repentina y salvaje alegría y lo apuñaló salvajemente.

- ¡Toma! ¡Y toma! P... - gritó, el resto se perdía en un alarido sin sentido.

Siguió cortando desenfrenadamente la piel y podría haber continuado hasta extirpar la zona si Polifema no hubiese intervenido y le hubiera arrastrado otra vez hasta el iris de su estómago. Diez segundos permaneció allí suspendido, impotente y sollozando con una mezcla de gloria y terror.

Los reflejos de Polifema casi fueron más fuertes que su cerebro. Por fortuna, una fría chispa de razón iluminó un rincón de la vasta, oscura y ardiente capilla de su frenesí.

Las convulsiones que daban paso a la humeante bolsa llena de carne se cerraron y los pliegues carnosos se reagruparon. Eddie recibió inesperadamente una ducha de agua caliente de lo que él llamaba el estómago «sanitario». El iris se cerró. El tentáculo lo depositó en el suelo. El bisturí volvió a la mochila.

La madre permaneció un largo rato aparentemente perturbada por la idea de lo que podría haberle hecho a Eddie. No se atrevió a transmitir hasta que se hubieron serenado sus nervios. Cuando estuvo calmada, no habló del peligro que él había corrido. Y él tampoco lo mencionó.

Eddie era feliz. Se sentía como si, por algún motivo, acabara de dispararse un resorte que había permanecido apretado contra sus intestinos desde que él y su mujer se habían separado. Había desaparecido el vago dolor sordo de abandono y la insatisfacción, la ligera fiebre y el entumecimiento de sus entrañas y la apatía que a veces le afligía. Se sentía estupendamente.

Entre tanto, algo parecido al afecto se había iluminado, como una minúscula vela bajo el esbelto e imponente techo de una catedral. El caparazón de la madre albergaba algo más que a Eddie; ahora se arqueaba sobre una emoción nueva para su especie. Así lo demostró el próximo suceso que llenó a Eddie de terror.

Pues las heridas del abultamiento se cerraron y éste se hinchó hasta convertirse en una gran bolsa. Luego la bolsa se rompió y diez Sluggos del tamaño de un ratón cayeron al suelo. El impacto produjo el mismo efecto que la palmada de un médico en las nalgas de un recién nacido; la sorpresa y el dolor les hizo inhalar su primera bocanada de aire; sus incontroladas y débiles pulsaciones llenaron el éter de informes SOS.

Cuando Eddie no estaba hablando con Polifema, o escuchando sus transmisiones, o bebiendo, o durmiendo, o comiendo, o pasándose la cinta, jugaba con los Sluggos. En cierto sentido, era su padre. En realidad, cuando adquirieron el tamaño de un cerdo, a su progenitora empezó a resultarle difícil distinguir a Eddie de las crías. Puesto que ya no caminaba casi nunca y con frecuencia estaba gateando entre ellos, la madre no conseguía detectarle demasiado bien. Además, algo en el denso aire húmedo o en su dieta le había hecho perder todo el pelo del cuerpo. Había engordado mucho. En términos generales, era idéntico a las pálidas crías suaves, redondas y pelonas. Tenían un aire de familia.

Pero con una diferencia. Cuando llegó el momento de la expulsión de las vírgenes, Eddie se agazapó, sollozando, en un rincón y no se movió de allí hasta que tuvo la certeza de que la madre no iba a arrojarle al frío, duro y hambriento mundo.

Superada la crisis final, volvió a ocupar el centro de la cámara. El pánico había muerto en su pecho, pero todavía el temblaban los nervios. Llenó el termo y luego estuvo escuchando un rato su propia voz de tenor cantando el aria de las Cosas del mar de ópera preferida, Marinero antiguo de Gianelli. De pronto rompió a cantar y acompañó su propia voz y se sintió más conmovido que nunca por las palabras finales:

Y de mi cuello tan libre
cayó el albatros y se hundió
como plomo en el mar.

Luego, con la voz muda pero el corazón todavía cantando, cambió de sintonía y escuchó la transmisión de Polifema.

La madre tenía problemas. No conseguía describir exactamente a sus oyentes de todo el continente esa nueva y casi inexpresable emoción que el móvil había despertado en ella. Era un concepto para el cual no estaba preparado su lenguaje. Y los muchos litros de whisky Old Red Star que circulaban por su corriente sanguínea tampoco contribuían a arreglar las cosas.

Eddie chupó la tetilla de plástico y movió perezosamente la cabeza en señal de simpatía hacia sus esfuerzos por encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, el termo se desprendió de su mano.

Se durmió tendido de costado, hecho una bola, con las rodillas junto al pecho y los brazos cruzados, la cabeza inclinada hacia delante. Como el cronómetro de la sala de mandos cuyas manecillas habían comenzado a andar hacia atrás después del choque, el reloj de su cuerpo también marchaba hacia atrás, hacia atrás...

En la oscuridad, en la humedad, caliente y seguro, bien alimentado, muy amado.

FIN

Edmund Cooper - LA HISTORIA DEL JUICIO FINAL

Estamos a 31 de agosto de 1965 y mi trabajo ha terminado. Mañana, después de la conferencia de prensa y la cena de despedida y la aparición en la televisión podré, así lo espero, retirarme a una vida plácida y tranquila. Un hombre no puede ser «noticia» durante demasiado tiempo; y en mi caso, el tiempo límite puede ser medido por horas. Después, la notoriedad se convierte en una pesada carga.

El cielo sabe cómo se las arreglan las estrellas del cine y de la televisión para soportarla... o incluso los prodigios de dieciocho años que sólo permanecen en el candelero el tiempo suficiente para comprarse un Jaguar y un paquete de acciones. Quizá tienen una constitución más fuerte, o quizá yo soy un poco más sensible. De todos modos, cinco años han sido más que suficientes: y me alegro de que hayan terminado.

No es que - publicidad aparte - hayan sido unos años aburridos. He sobrevivido a tres tentativas de asesinato, a dos tentativas de raptó, y a una invitación a «huir» a la Unión Soviética, donde, según me prometieron, podría vivir felizmente como un millonario proletario... a cambio de pequeños trabajos de investigación nuclear, para que el trato resultara justo. Y desde luego, durante los últimos cinco años he recibido casi medio millón de cartas de «fans»: de desagrado y de admiración en una proporción de cinco a una, respectivamente.

Pero será mejor que empiece por lo que, aún sin ser el principio en el verdadero sentido de la palabra, es el punto que me izó al primer plano de la actualidad.

En abril de 1960, después de pasar algún tiempo en Harwell y un par de años en las agradables instalaciones de una pequeña isla, la cual sigue estando erróneamente clasificada como Muy Secreta, estaba considerado como un físico subatómico muy prometedor. No tan bueno, quizá, como William Rausen, o incluso Jenkins, de Cambridge, pero sí de primera categoría. Además, desde el punto de vista del gobierno, se me suponían cualidades que me hacían más apto para el proyecto en curso que cualquiera de las personas que he mencionado.

Se me suponía endurecido y ambicioso, aunque no tengo la menor idea de cómo llegaron a colgarme ese sambenito. Tal vez tenía algo que ver con el rumor de que me había casado con una sobrina del ministro de Ciencias a fin de conseguir que el Rayo Azul fuera aplicado como vehículo de una pequeña cabeza de torpedo atómica que mi equipo había inventado. Sin embargo, aunque tengo que admitir que me casé con una de las encantadoras sobrinas del Ministro, en aquella época el Rayo Azul había sido aplicado ya a todos los proyectiles dirigidos. De modo que insisto en afirmar mi inocencia.

Pero, sea cual fuere el motivo, fui escogido para aquel trabajo. En consecuencia, una deliciosa mañana de la primavera de 1960, sostuve una fructífera conversación con el primer ministro, el ministro de Ciencias y el canciller del Exchequer.

La atmósfera fue amistosa, cordial. El ministro de Ciencias me llamó Richard y se interesó vivamente por mis inexistentes hijos (el ministro tenía muchas sobrinas); el Premier me llamó Hamilton y quiso saber si estaba interesado, en la caza; y el canciller, sin llamarme nada, trató de descubrir, con mucho tacto, hasta qué punto estaba interesado en el dinero.

Pero súbitamente, tras unos escarceos preliminares, el primer ministro entró en materia.

- Tenemos un nuevo trabajo para usted, Hamilton - dijo -. Se trata del proyecto más importante y, puedo asegurárselo, más susceptible de provocar polémicas de nuestra época. ¿Está usted interesado?

- Más que interesado, señor. Estoy muerto de curiosidad.

El primer ministro sonrió.

- Si consigue usted llevarlo adelante con éxito, una enmienda será la menor de sus numerosas recompensas.

Sir Richard Hamilton... posiblemente el ingreso en la Orden del Mérito. La perspectiva me halagaba. Y no es que yo sea un «snob», no. Pero, por algún inexplicable motivo, siempre había tropezado con dificultades en lo que respecta a los maitres. Un título de caballero era una de las cosas que podían allanarme considerablemente el camino en los restaurantes.

- Puede usted escoger su propio equipo - me dijo el ministro de Ciencias afablemente -, y tendrá prioridad en lo que respecta a materiales e instalaciones.

Medité unos instantes.

- ¿Cuál es la clasificación del trabajo, señor? - pregunté -. ¿Secreto o público?

- Las dos cosas - respondió el ministro de Ciencias -. El proyecto se hará público, pero todos los aspectos del trabajo, investigación, construcción, ensayos, progresos, éxitos o fracasos, permanecerán secretos.

- ¿Habrá perros guardianes? - inquirí.

- Ladrando en gran profusión - confirmó sobriamente el primer ministro.

- Dispondrá usted de ilimitados recursos financieros - continuó el ministro de Ciencias.

- Hablando en sentido figurado - intervino rápidamente el Canciller.

- En realidad, lo único que pedimos - concluyó el ministro de Ciencias - es que usted nos dé una razonable esperanza de éxito.

Contemplé a los tres hombres con aire ligeramente incrédulo. Aun admitiendo la habitual sutileza de las mentes políticas y las leves reservas acerca del personal, del material y de las finanzas que indudablemente me serían reveladas más tarde, me estaban ofreciendo lo que un científico considera el paraíso. Tenía que existir alguna pega, desde luego; y como todavía no me habían dicho exactamente lo que deseaban que hiciera, la pega tenía que estar allí.

- Caballeros - dije -, antes de continuar permítanme decirles que acepto de muy buena gana. Y, desde luego, haré todo lo que esté a mi alcance para asegurar una razonable esperanza de éxito.

Parecieron sorprendidos.

- Pero, ignora usted aún lo que vamos a pedirle - dijo el primer ministro.

- Con las facilidades que me están ofreciendo, señor, creo que sólo puede tratarse de la llamada arma del Juicio Final.

Los tres hombres se sobresaltaron visiblemente y me dirigieron una mirada llena de sospechas.

- ¿Cómo lo sabe usted?

No lo sabía, pero no era el momento de admitir que se trataba de una simple conjetura. De modo que razoné basándome en una técnica desarrollada por el difunto Sherlock Holmes.

- Es muy sencillo. Soy un físico subatómico bastante bueno; pero los hay mejores, y por lo tanto ustedes saben ya que a los mejores no les interesa ese proyecto, probablemente por escrúpulos morales. En consecuencia, el proyecto

tiene que ser un arma. Pero nosotros poseemos ya armas atómicas de calibre multimegatónico. En ese campo queda poco que investigar. Sin embargo, me ofrecen ustedes toda clase de facilidades para investigar, y todo el dinero que necesite. De modo que desean ustedes algo mucho más mortal que un par de docenas de bombas de cien megatones. Lo cual nos conduce a la máquina del Juicio Final, que hasta ahora no es más que una espantosa pesadilla.

- ¿Es posible? - preguntó el primer ministro.

Me encogí de hombros.

- Hace treinta años, ¿quién hubiera dicho que eran posibles las bombas termonucleares?

- Los americanos parecen creer que es posible - dijo el ministro de Ciencias en tono de desaliento -. En consecuencia, los rusos se lo tomarán en serio. De modo que también nosotros tenemos que hacer algo.

Miré al primer ministro.

- ¿Quiere usted decirme una cosa, señor? ¿Cuál sería el valor práctico de un arma diseñada no sólo para aniquilar al enemigo, sino también al resto de la raza humana?

El primer ministro pareció repentinamente viejo y cansado.

- Inestimable. No sólo destruiría la absurda teoría del Equilibrio de Poder, sino que ofrecería además una excelente oportunidad para que la diplomacia dejara de ser un negocio de chantajistas y para que se restableciera una vez más el imperio de la negociación.

Medité unos instantes y luego dije alegremente:

- En realidad ignoro si es posible o no construir un arma del Juicio Final, pero haré todo lo que esté a mi alcance, señor.

Ante mi extrañeza, aquellas palabras no parecieron alegrar a ninguno de los tres hombres.

Después de aquella conversación las cosas empezaron a moverse con suma rapidez. Confieso que me aproveché con creces de la prioridad que me había sido concedida. Nací en el Norte y se me ocurrió que resultaría muy agradable trabajar en uno de los valles del Derbyshire donde habían transcurrido los primeros años de mi vida. Por tanto, escogí Newdale... especialmente porque disponía de un hotel muy antiguo y muy cómodo que podría servir de base eventual.

Escogí también a dos viejos amigos de toda confianza, el profesor James Wheeler (matemático) y el doctor Roger Vaughan (bioquímico) como mis aides-de-champ. Juntos nos trasladamos al Hotel Newdale y aleccionamos minuciosamente a la multitud de criados, civiles y de otra clase, que hablan sido puestos a nuestra disposición.

Un ejército de obreros se trasladó a Newdale y empezó a montar edificios prefabricados sobre diez acres de terreno escogido. Pedimos laboratorios químicos, laboratorios físicos, generadores de alto voltaje y muchos aparatos. Solicitamos físicos, químicos, biofísicos, bioquímicos, biólogos, etc. Y el Departamento de Investigaciones Científicas e Industriales se apresuró a cumplimentar nuestras peticiones.

Al cabo de seis meses los laboratorios estaban listos y teníamos más personal científico de primera categoría del que podíamos utilizar. Teníamos también pegada a nuestros talones a toda la plantilla del Servicio Secreto Británico. Al principio sus melodramáticas actividades me divertían. Pero cuando alguien

provisto de un rifle telescópico de largo alcance pareció creer que mi puesto estaba entre los muertos, empecé a mirar con más respeto a aquellos sabuesos.

Desde luego habíamos llegado a la engorrosa fase en que disponíamos de todo lo necesario y debíamos, por tanto, iniciar el verdadero trabajo.

Trabajo que consistía en fabricar un arma capaz de borrar del planeta a toda la raza humana. Era una tarea ardua, pero creía haber encontrado una excelente solución. Por raro que parezca, algunos de los científicos más jóvenes estaban verdaderamente entusiasmados con el proyecto. No tardaron en sugerirme ideas tan descabelladas como virus indestructibles, saturaciones de radiactividad e incluso campos antigravedad lo bastante amplios como para extraer al planeta de su atmósfera. Me apresuré a despedir a los miembros más originales y entusiastas de mi equipo. Aquellas personas me parecían peligrosas.

Además, aunque comprendía que alguien trabajaba en el proyecto Juicio Final por una recompensa económica o una distinción social - como yo mismo -, la idea de que alguien trabajara en el arma porque era una cosa que realmente deseaba hacer me horrorizaba. Y por entonces se me había ocurrido ya una idea. Una idea muy sencilla. Pero para desarrollarla con éxito eran necesarias una gran paciencia y una lealtad absoluta.

Al final del primer año había limitado mi equipo a un grupo de personas en las cuales sabía que podía confiar ciegamente. Y entonces les bosquejé mi idea de un horno termonuclear que, una vez iniciada la reacción, seguiría consumiendo materia hasta que la Tierra no fuera más que una nubecilla de humo cósmico. Después de todo, en esta línea de desarrollo el problema fundamental era simplemente una cuestión de temperatura. Lo único que teníamos que hacer era conseguir una temperatura que pudiera equipararse al calor interno del sol e idear un sistema para desarrollar una reacción continua. Entonces podríamos sentarnos, metafóricamente hablando, mientras la Tierra se achicharraba antes de evaporarse.

Naturalmente, mi equipo se entusiasmó con la idea. Lo mismo que yo. Y, en consecuencia, iniciamos el largo proceso de exploración teórica, extrapolación limitada y experimentación fraccional que habían de desembocar en el diseño definitivo de la máquina del Juicio Final.

Esta fase se prolongó por espacio de dos años. Durante ese tiempo tuve que redactar frecuentes informes de nuestros progresos para el gobierno. Una y otra vez traté de explicarles la teoría de la máquina del Juicio Final en términos relativamente sencillos. Pero no parecían comprenderla con demasiada claridad. E incluso parecían más preocupados por la perspectiva de un éxito que por la perspectiva de un fracaso. Y no les tranquilizaba el saber que los americanos y los rusos estaban empeñados en una carrera por conseguir lo mismo que nosotros buscábamos.

Pero yo tenía mis propias preocupaciones. La Opinión Pública de la Gran Bretaña - más sensible de lo que se cree - me tenía señalado con el dedo. A pesar del velo tendido sobre los detalles del proyecto Juicio Final, su naturaleza no era ningún secreto. Y yo era el hombre más odiado de Inglaterra.

Sin embargo, el asesinato y el rapto no son el tipo de actividades que atraen a las indignadas madres de Croydon o a los coroneles jubilados de Cheltenham, de modo que los atentados de que fui víctima deben ser atribuidos a la joie de vivre de determinados individuos extranjeros.

En otoño de 1963 creí llegado el momento de presentar mi informe final al primer ministro..., especialmente teniendo en cuenta las noticias oficiosas de que

los rusos habían terminado su propia arma Juicio Final. Yo hubiera preferido esperar un poco más antes de anunciar que la máquina inglesa estaba en condiciones de funcionar. Pero en realidad ni mi equipo ni yo podíamos hacer ya gran cosa. Ya es sabido que una máquina Juicio Final no puede ser ensayada con fines experimentales. Es esencialmente un arma de un solo disparo..., y el primer disparo es el último.

Un mes después del anuncio de que el modelo británico estaba listo y preparado para funcionar, los americanos, para no ser menos, anunciaron que habían fabricado dos máquinas Juicio Final completamente independientes... por si la primera fallaba.

Creo que todo el mundo conoce el resto de la historia. Ya que Inglaterra, Norteamérica y Rusia disponían de un medio de destrucción total, se había llegado una vez más a una posición de tablas. Pero esta vez eran unas tablas algo distintas.

Lo mejor que tiene un arma Juicio Final - cualquier arma Juicio Final - es que convierte la guerra en anticuada. Incluso los generales podían verlo. A fin de cuentas, de nada sirve enviar un centenar de bombas de hidrógeno contra un enemigo que sólo tiene que pulsar un botón para acabar con todo.

Los militares del Este y del Oeste estaban furiosos con la nueva situación. Ya que, si la guerra era anticuada, lo mismo les sucedía a las armas termonucleares y, en último término, a los generales.

Y ése fue el caso. En la primavera de 1964, entre el regocijo general, se celebró una reunión en la cumbre en Berlín, que entonces era una ciudad internacional y que más tarde se convirtió en la primera capital mundial. El Presidente, el Primer Ministro y el Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética pronunciaron un montón de discursos llenos de vocablos abstractos: justicia, libertad, verdad, emancipación e igualdad. Pero cuando terminaron de representar de cara a la galería se enfrentaron con los hechos.

Y los hechos eran que las armas atómicas se habían convertido en unos instrumentos irrisorios... a menos que desearan utilizarse como un medio de suicidarse enviando un par de ellas al enemigo. Fue una fecha histórica, ya que señaló la apertura de la primera conferencia de desarme sincera.

En otoño de 1964 los equipos rusos de inspección estaban ocupados revisando las instalaciones británicas y norteamericanas, comprobando el desmantelamiento de todos los proyectiles dirigidos con cabezas atómicas; en tanto que los equipos inglés y norteamericano hacían lo mismo en Rusia y en los Estados satélites.

Pero mientras el resto del mundo empezaba a relajarse, mis colegas y yo sentíamos aumentar nuestra preocupación. Preveíamos lo que iba a suceder.

Efectivamente, en enero de 1965, un imbécil estadista, cuyo nombre no voy a citar, sugirió que, en vista de la continuada y necesaria existencia de las máquinas Juicio Final como instrumento de seguridad contra la guerra, sería conveniente que cada una de las máquinas estuviera al cuidado de un equipo formado por miembros de las tres «Potencias Juicio Final». Sus propuestas cristalizaron en lo siguiente: en cada una de las bases Juicio Final habría un alto oficial norteamericano, un alto oficial ruso y un alto oficial inglés, Las máquinas serían modificadas de manera que sólo pudieran ser puestas en marcha mediante la introducción de tres llaves que giraran simultáneamente en sus cerraduras; y cada uno de los altos oficiales al cuidado de las máquinas tendría una de aquellas llaves.

Tras una breve discusión la propuesta fue aceptada internacionalmente; y esto, desde luego, requirió una conferencia entre los diversos científicos Juicio Final.

Y así fue como a mediados de febrero me encontré en Ginebra reunido con el camarada profesor Fyodor Norov, el científico a cargo de la instalación rusa y el doctor George C. Wynkel, director de los dos proyectos norteamericanos.

Afortunadamente, Norov hablaba un excelente inglés. Pero a pesar de que él y Wynkel se mostraron muy cordiales - demasiado cordiales para mi tranquilidad de espíritu -, había una atmósfera de inquietud que ninguno de nosotros parecía capaz de disipar.

Al cabo de media hora de conversación intrascendente no habíamos realizado el menor progreso en dirección a nuestro verdadero objetivo: discutir el problema del control de las máquinas Juicio Final. Y tuve la impresión de que ninguno de nosotros quería ser el primero en poner sobre el tapete el infernal tema. Mi intranquilidad iba en aumento. Finalmente, Norov se encogió de hombros y dijo:

- Esto no marcha, camaradas. Necesitamos algo que rompa el hielo, ¿no les parece?

Se acercó el teléfono y encargó que subieran una botella de vodka.

- Yo prefiero whisky - dijo Wynkel -. Escocés.

- Yo también tomaré whisky - dije -. Irlandés.

Norov encargó que subieran las tres botellas.

Cuando me hube tomado el tercer doble reuní el valor necesario para la gran confesión.

- Las máquinas Juicio Final que traen la paz universal me asustan - observé, tanteando el terreno -. Simbolizan la consecuencia más absurda de la lógica. Tiene que haber un fallo en alguna parte.

- Ningún fallo - protestó Norov -. Pero también yo estoy asustado. ¿Qué me dicen de un accidente?

Wynkel se echó a reír.

- En nuestra máquina no puede producirse ningún accidente - dijo en un tono que me pareció algo enigmático.

- No es la teoría lo que me preocupa - continué -, sino la práctica. El argumento en favor de las armas Juicio Final es muy poderoso - de momento ya han provocado el desarme nuclear -, pero, si he de confesar la verdad, no siento el menor entusiasmo por ellas.

- Ni yo - convino Norov.

- Debo confesarles una cosa - añadí desesperadamente -. La máquina Juicio Final no funciona. Hace mucho tiempo todos los científicos que trabajábamos en la fase final del proyecto decidimos que no podíamos correr el riesgo de que a algún idiota se le ocurriera pulsar el botón.

Siguió una penosa pausa.

- Eso - dijo finalmente el camarada profesor Norov - fue un fraude criminal.

Pensativamente, se sirvió otra ración de vodka.

- Buen trabajo, viejo - dijo el doctor Wynkel. Parecía divertirse enormemente -. ¿Cómo se las arregló para engañar a los políticos?

- Instalamos una recia cúpula de cristal en la cima de una torre de acero y la llenamos de cables suficientes para suministrar energía eléctrica a todo el Asia. Y luego le atiborramos de términos científicos. - Sonreí sin la menor alegría -. Resulta curioso comprobar hasta qué punto está dispuesta la gente a creer que apretando un botón el mundo se convertirá en humo. Probablemente esa disposición está relacionada con el deseo de la muerte.

- O viceversa - sugirió Wynkel enigmáticamente. Hizo una breve pausa y añadió -: El Presidente lo sabe, desde luego. Decidimos que teníamos que decírselo a alguien.

- ¿Lo de nuestra máquina? - inquirí estupefacto.

- No - replicó tranquilamente Wynkel -. lo de la nuestra. A propósito, nosotros nos tomamos la molestia de descubrir que las máquinas Juicio Final no pueden ser construidas.

- Pero, camarada, ¡nosotros construimos una! - exclamó Norov, con los ojos brillantes.

- ¿Funcionará? - preguntó Wynkel sonriendo.

Norov se echó a reír.

- ¡Si alguien aprieta el botón como ustedes dicen, abrirá el mayor agujero que nunca se haya visto en Siberia, palabra!

Nos miramos el uno al otro. Lentamente llenamos nuestros vasos y los alzamos.

- ¡Por la paz! - dije.

- ¡Por la cordura entre las naciones! - añadió Norov con cierta pomposidad.

- ¡Por la ciencia! - añadió Wynkel.

Empecé a sentirme ridículamente feliz.

- ¿Creen ustedes que tenemos la posibilidad de conservar el secreto?

- ¿Por qué no? - dijo Wynkel -. Lo único que tenemos que hacer es escoger cuidadosamente los equipos internacionales de inspección.

- Y si alguno dice tonterías - anunció Norov con una significativa mirada -, será obligado a someterse a un tratamiento psiquiátrico, ¿no es eso?

- Desde luego - asintió calurosamente Wynkel.

Desde luego creo que me he ganado mi encomienda. Norov, naturalmente, es un héroe de la Unión Soviética de primera clase. Y el doctor Wynkel está siendo apremiado para que se presente como candidato a la Vicepresidencia en las próximas elecciones.

Bueno, ésta es la verdadera historia del Juicio Final.

Estamos a 31 de agosto de 1965, el mundo se encuentra en paz y virtualmente desarmado, los problemas son discutidos alrededor de una mesa y no entre una lluvia de cohetes... y yo acabo de cumplir mi período de inspector del Juicio Final. Mi sucesor es el profesor James Wheeler, que fue mi segundo en el proyecto desde el primer día. Tiene una excelente capacidad para mantener la boca cerrada y el rostro solemne.

Sigo creyendo que no conviene aún que la verdad se haga pública. La gente se ha sentido aplastada por la amenaza de la destrucción universal durante tanto tiempo, que probablemente consideraría la verdad como una broma de muy mal gusto.

FIN

Edmund Cooper - **LOS INTRUSOS**

Fue como si el universo hubiera empezado a dar vueltas repentinamente. De un modo lento, impresionante, miríadas de puntitas de diamante, flotando a través de un océano de absoluta oscuridad, empezaron a oscilar en ordenado ritmo alrededor de la nave lunar. Súbitamente, la Tierra se balanceó como una linterna en la víspera de Todos los Santos, y la propia luna se hizo invisible por la popa del vehículo espacial.

Hacía seis horas que la nave había cruzado la frontera neutral en su prolongado descenso a través de un cuarto de millón de millas de silencio. Ahora, después de cinco días de gravedad cero, el momento de la acción había llegado.

Las estrellas dejaron de girar y la verde linterna de la Tierra quedó colgada de algún invisible garfío. El universo estaba inmóvil otra vez: la nave lunar se había colocado en posición para su dificultoso aterrizaje.

A quinientas millas de distancia, los profundos cráteres de la Luna abrían amenazadoramente sus fauces a la nave en descenso. Iban ensanchándose, mostrando sus ocultos perfiles, sus desolados espolones rocosos, y toda la inmovilidad de pesadilla de un mundo petrificado.

Seis ansiosos pares de ojos miraban a través de los paneles de observación. Vieron al cráter Tycho, rodeado de resquebrajaduras y arrugadas llanuras de lava, abalanzarse a su encuentro como si estuviera ávido por tragarse a la nave.

Pasados diez minutos, seis hombres habrían realizado un sueño de conquista imaginado desde hacía siglos: pisar la superficie de la Luna.

El capitán Harper contempló, como hipnotizado, la pantalla situada en frente de su litera, y se preguntó si Dios les ayudaría. El profesor Jantz, matemático y astrónomo, intentaba librarse del temor elemental que empezaba a invadirle, calculando el cubo de 789. Los doctores Jackson y Holt, geólogo y químico, respectivamente, intercambiaban instrucciones en voz baja previendo la difícil posibilidad de que uno de ellos sobreviviera al otro. Pegram, el navegante, acariciaba una pata de conejo; y Davis, el mecánico, recitaba mentalmente El Viaje Dorado a Samarkanda, mientras contemplaba una manoseada fotografía de la muchacha con la cual podía haberse casado.

«Sesenta segundos para el punto encendido - susurró el altavoz -. Cuarenta y cinco segundos... treinta segundos... quince segundos.. diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡cero!»

Una repentina sacudida hizo que los hombres se hundieran más en las colchonetas de sus literas. Los paneles de observación permitieron ver un chorro de fuego amarillo verdoso descendiendo hacia la Luna desde la popa de la nave.

Después de varios días de gravedad cero, la repentina fuerza «G» desarrolló una implacable presión hasta el punto de que las venas humanas parecieron estar llenas de mercurio, y los huesos y tejidos transformados en plomo.

En la pantalla de observación aparecieron unas largas hileras de espolones montañosos que parecían eludir sólo por pulgadas el choque con las ahora extendidas patas de araña de la nave. Luego se hizo visible una zona lisa constituida por un lecho de lava, que fue creciendo con aterradora velocidad hasta que cada detalle, cada fragmento de roca, quedó claramente perfilado.

Ahora, los motores del cohete desarrollaban toda su potencia. A bordo de la nave no había ningún sonido al que pudiera darse el nombre de tal, aunque

parecía que aquella enorme liberación de energía química hubiera creado un silencioso gemido sobrenatural que atormentaba a cada vigueta, a cada plancha de metal, a cada fibra humana, con su penetrante mensaje.

El profesor Jantz había dejado de preocuparse por el cubo de 789: estaba inconsciente. Sus compañeros, más o menos indispuestos, contemplaban a través de las nieblas de una semiinconsciencia las brillantes imágenes que se reflejaban en las pantallas de observación.

Todo el cosmos parecía reflejarse en aquellas pantallas, distribuidas por toda la nave. Los segundos palpitaban incansables, registrados por la roja aguja del electrocrono, que martilleaba su mensaje como un lejano crepitar de ametralladora.

«Sesenta segundos para altitud cero», susurró el altavoz.

Instintivamente, los hombres se volvieron a mirarse unos a otros, para intercambiar sonrisas de despedida o muecas anticipadas de triunfo.

«Cuarenta y cinco segundos... treinta segundos... quince segundos... diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡cero!»

Se produjo un silencio... el mayor silencio conocido hasta entonces. E inmovilidad. Luego, alivio.

Cuando las tres patas de araña entraron en contacto con la superficie lunar, el piloto automático de la nave sincronizó los deceleradores de los motores del cohete. Las delgadas patas se hundieron lentamente a través de un par de pulgadas de roca líquida, hasta encontrar la dura capa inferior. No hubo ningún choque, ninguna sacudida repentina, ninguna mareante oscilación. Únicamente el final de algo. El final del movimiento, de las aceleradoras fuerzas «G», de las brillantes imágenes de las pantallas de observación, del temor y de todo malestar... el final de un breve pero colosal clima de tensión.

El capitán Harper fue el primero en recobrar el uso de la palabra.

- ¡Altitud cero! - murmuró -. ¡Sólo los dioses mueren jóvenes!

El profesor Jantz abrió los ojos; Pegram, el navegante, soltó disimuladamente su pata de conejo; y Davis dejó de recitarse a sí mismo El Viaje Dorado. Todos empezaron a desabrochar los cinturones de seguridad de sus literas, y, apenas recobrados del tránsito a la gravedad 1/6, se apresuraron a trepar a la cúpula de observación.

Veinticuatro horas más tarde, la nave reposaba como un esqueleto de tres patas, con la esfera habitable emergiendo como un vientre encima de su espinazo tubular. En la base de aquella nave de cien pies de altura, que había efectuado su primer y último viaje a través del espacio, había un tractor y un remolque, un montón de planchas curvadas de metal y un gran número de cestas de diversas formas y tamaños.

La temprana luz del sol dibujaba largas y fantásticas sombras detrás de todos los enseres y utensilios de la expedición. En el cielo, la bola verde de la Tierra, grande y cercana, destacaba de su telón de fondo, tachonado de estrellas.

Entretanto, en el cuarto de navegación de la esfera, el capitán Harper dirigía la palabra a sus compañeros, antes de abandonar la nave.

- Dentro de cuatro semanas, caballeros - estaba diciendo -, llegará la nave Número Dos. Su cargamento, como ustedes saben, consistirá principalmente en alimentos y en otros dos tractores lunares. Si por entonces podemos tener la base bien establecida, y si hemos procurado completar la exploración preliminar, habremos ahorrado una gran cantidad de tiempo; y la expedición podrá partir

directamente. Como aquí no somos más que seis, es evidente que tendremos que trabajar de firme. Lo primero que hemos de hacer es montar un campamento. Hasta que no hayamos hecho esto, no podemos pensar en otros trabajos. Doctor Jackson, usted es geólogo... ¿Ha localizado algún rincón donde podamos montar el campamento en condiciones de seguridad?

- He encontrado un lugar ideal - respondió Jackson -. Está a cosa de una milla de distancia, prácticamente en línea recta con el Tycho y con la nave. Hay una grieta de unos treinta pies, con una protección de roca encima, que puede defendernos del peligro de los meteoritos. Pero tendremos que labrar una escalera en la roca, porque las paredes son casi verticales alrededor de toda la grieta.

- ¿Cuántas unidades-vivienda podrá contener? - preguntó Harper.

- Por lo menos tres. No veo ningún motivo para que no pueda albergar tres unidades y el laboratorio. Y si, eventualmente, deciden aumentar la expedición, hay varias grietas contiguas en las cuales pueden instalarse perfectamente un par de unidades suplementarias.

- Doctor Holt, usted exploró el lugar con Jackson. ¿Cuál es su opinión?

El capitán miró al químico con aire interrogante. Holt, que sólo tenía treinta años, era el miembro más joven de la expedición.

- Por estos alrededores hay muchas grietas, pero ninguna de ellas me ha parecido tan adecuada como la señalada por el doctor Jackson. Estoy de acuerdo con él. Podía haber sido mucho peor.

- Entonces, será mejor que pongamos manos a la obra - dijo el capitán Harper, cogiendo el capuchón de su traje antipresión -. Cuanto antes montemos la primera unidad, mejor. - Miró a través de una mirilla de cristal plastificado -. Algo me dice que sentiremos grandes deseos de abandonar esta tierra muerta antes de que pase mucho tiempo... ¿Alguna pregunta?

- Ha llegado el momento de establecer contacto por radio con la Tierra - dijo Pegram -. ¿Desea usted enviar algún mensaje, señor?

El capitán Harper se dispuso a colocarse el capuchón de su traje antipresión, pero antes de hacerlo se aliso la poblada cabellera que empezaba a grisear.

- Dígame - respondió, sin la menor huella de humor en su rostro - que este lugar está tan muerto que lo más probable es que, si vemos una brizna de hierba, nos pongamos a gritar como conejos asustados.

Instalar la unidad-vivienda en la grieta que el doctor Jackson había escogido les llevó tres días terrestres... en cuyo tiempo el sol se había alzado por detrás de las distantes cordilleras y colgaba como una brillante bola de fuego en el cielo negro, tachonado de estrellas.

El día lunar, cuya duración equivalía a una quincena terrestre, había alcanzado ahora el nivel de la media mañana.

Mientras estuvieron montando la primera unidad-vivienda, el capitán Harper y sus compañeros comieron y durmieron en el tractor, que estaba acondicionado de acuerdo con la presión terrestre, y era lo bastante grande para acoger cómodamente a los seis. Más tarde, cuando fuese utilizado para trabajos de reconocimiento a larga distancia, tendrían que vivir en él durante una semana sin interrupción. Esta primera experiencia de lo que era la vida en sus angostos compartimientos representaba un valioso entrenamiento.

De cuando en cuando, los hombres se tomaban unos minutos de descanso y contemplaban con ojos maravillados el paisaje áspero y desprovisto de vida bajo su bóveda de oscuridad.

Estaban impresionados por su propia pequeñez y, al mismo tiempo, por su colosal hazaña, por la idea de que probablemente eran la primera forma de vida orgánica que iba a establecerse en la luna.

A cincuenta millas de distancia, hacia el polo sur lunar, el cráter Tycho mostraba con perfecta claridad su aguzado anillo montañoso, parecido a una hilera de dientes que se recortaban contra la línea del horizonte. Allí no había ninguna clase de nieblas atmosféricas que suavizaran sus perfiles o cubrieran el fuego de sus picos bañados por el sol.

A ambos lados de la grieta donde había sido montada la Base Número Uno, las llanuras de lava aparecían cubiertas con una capa de polvo meteórico de dos pulgadas de espesor, que conservaba las huellas de las pisadas como si fuera nieve recién caída. Cuando el tractor avanzaba por la llanura en medio de un fantasmagórico silencio, el polvo retenía la impronta de sus dentadas ruedas, formando un camino perfectamente visible. No había mucho peligro de perderse en la luna, ya que las huellas de las pisadas formaban un camino que, a no ser que alguien lo borrara, permanecería visible durante millares de años.

Al cuarto día terrestre, la expedición quedó instalada en su unidad-vivienda subterránea. La mayor parte del trabajo rutinario de transporte de material estaba hecho. Ahora podía empezar el período de experimentación y de exploración.

Fue decidido que los doctores Jackson y Holt, con el mecánico Davis, se llevaran el tractor y efectuaran un viaje de exploración en un radio de diez millas, manteniendo contacto por radio con la base. Podían regresar al cabo de seis horas.

Al capitán Harper le hubiera gustado unirse a ellos, pero el sentido del deber le mantuvo sujeto a un montón de trabajo rutinario en la base. Y el profesor Jantz, que había tomado unas muestras de polvo lunar, estaba completamente absorto en cálculos acerca de los bombardeos meteóricos. Pegram, el otro miembro de la expedición, tenía también su propio trabajo. Además de mantener contacto por radio con la Tierra, tendría que mantenerlo asimismo con el tractor.

Después de un insomne descanso de tres horas, Jackson, Holt y Davis entraron en el comedor de la Base Número Uno y devoraron un copioso desayuno.

El profesor Jantz, con una regla de cálculo a un lado de su plato y un libro de notas en el otro, les miró fijamente a través de sus gafas de cristales azulados.

- Deseo cristales pequeños - dijo bruscamente -, sin mezcla de metales. Sea buen muchacho, Jackson, y búsquelos.

Jackson bebió un sorbo de café y se echó a reír.

- ¿Qué cree usted que deseo yo, profesor? No le quepa duda de que si hay algo que valga la pena lo traeremos.

El profesor asintió, y luego preguntó, de un modo completamente inesperado:

- ¿Por qué no hay oxígeno en la Luna?

El doctor Holt soltó su tenedor y se quedó mirando al matemático con aire intrigado.

- Ya conoce usted los motivos convencionales, profesor.

- Naturalmente... pero no me parecen lo suficientemente buenos.

- ¿Qué es lo que le hace pensar de ese modo?

El profesor Jantz dirigió al joven una sonrisita de superioridad.

- Mis cálculos - dijo alegremente -. Vamos a recibir una gran sorpresa.
- Le apuesto a usted una ración doble de coñac - dijo el doctor Jackson - a que no existe ningún rastro de oxígeno bajo ninguna forma.
- El profesor Jantz se quedó silencioso unos instantes. Luego dijo:
 - No sólo estoy dispuesto a aceptar su apuesta, doctor Jackson, sino que estoy dispuesto a ampliarla. Profetizo que encontraremos señales de materia orgánica.
 - ¿Le parece bien el tabaco de una semana?
 - Estupendo. Ya sabe que soy un empedernido fumador.
- La confianza del profesor era tal, que daba la impresión de haber confirmado ya sus teorías.
 - Ya que está usted tan seguro - dijo el doctor Holt, pensativamente -, podríamos ayudarle mejor a demostrar su punto de vista si nos indicase lo que debemos buscar.
 - Habrá estado durmiendo durante millones de años - dijo el profesor -. Lo encontraremos en cavernas o en hendiduras, pero no, según creo, cerca de los cráteres principales.
 - Déjese de enigmas - dijo Jackson -. ¿A qué diablos se refiere usted?
 - Carbón de piedra - dijo el profesor tranquilamente -. Un hermoso carbón de piedra.
 - Piedras, quizá, pero carbón...
 - Piedras y polvo - dijo Jantz sin perder la calma -. Y volvió a enfrascarse en sus cálculos.

Habían pasado veinte minutos desde que salieron de la base. Davis iba conduciendo, y el tractor avanzaba a una velocidad de doce millas por hora. El doctor Jackson estaba sentado a su lado en el compartimiento de presión regulada, con un cuaderno de apuntes sobre las rodillas. De cuando en cuando, tomaba algunas notas en clave o dibujaba un diagrama, o bien hablaba con Pegram, de la base, por radio.

El doctor Holt iba en la parte exterior del tractor, en la torreta, con una cámara cinematográfica. Su único medio de contacto con los dos ocupante del vehículo era su radio individual. El sol cala implacable sobre su traje anti-presión, pero a pesar de esto estaba haciendo un buen trabajo y se sentía relativamente cómodo.

- Tractor a Base Uno, tractor a Base Uno - dijo Jackson -, Estamos a cuatro millas al sur de la Base, en línea recta hacia Tycho. El viaje es relativamente cómodo y el tractor se está portando muy bien. Dígale al profesor Jantz que la capa de polvo es más profunda en algunas de las depresiones del terreno. Muy pocas señales de una tendencia al amontonamiento. Cambio.

- Base Uno a tractor, Base Uno a tractor. El profesor Jantz ha instalado el sismógrafo. Necesita que provoquen ustedes una explosión cuando estén a unas diez millas de distancia. Por favor, informen antes de la detonación. Cambio.

- Tractor a Base Uno. Consideramos un privilegio el crear el primer temblor de Luna artificial. Informaremos cuando estemos preparados. Corto.

- Personalmente - dijo Davis -, el experimento no me interesa. Lo único que me sorprendería es que se moviera algo.

Súbitamente, la voz de Holt llegó a través de la radio ¡individual con evidente apremio.

- ¡Detengan el tractor y salgan rápidamente!

Davis cortó el contacto y el motor profirió un gemido de alivio.

- ¿Qué pasa? - inquirió Jackson.

- Vengan aquí a decírmelo - fue la enigmática respuesta.

Holt había saltado ya de la torreta y estaba alejándose del tractor, mirando al suelo con mucha atención.

Davis y Jackson se colocaron los capuchones, comprobaron el oxígeno y la radio y pasaron a la cámara reguladora de la presión. Unos momentos después se reunían con Holt.

- ¿Qué opinan ustedes de esto? - preguntó Holt con sorprendente excitación.

- ¡Diablo! - exclamó Jackson -. ¡Viernes en persona!

Sobre la capa de polvo lunar aparecían claramente impresas las huellas de unos pasos. Impulsivamente, Jackson colocó su propio pie encima de una de aquellas extrañas huellas y comparó el tamaño. El suyo era más estrecho y cuatro pulgadas más corto.

- Ahora - dijo Holt -, sigan la línea.

Jackson proyectó su mirada a lo largo del camino trazado por las huellas hasta que éstas desaparecieron en la distancia. Las huellas habían formado dos caminos: uno que iba y otro que venía, completamente paralelos y en línea recta, hacia el cráter Tycho.

- ¿Qué hacemos? - preguntó Davis -. ¿Comunicar con la Base?

- No tenga tanta prisa - dijo Jackson en tono irritado -. El buen Dios colocó un bulto ornamental encima de su cuello. Trate de utilizarlo.

- Voy a impresionar unos metros de película - anunció Holt, preparando su cámara -. Al parecer, el profesor Jantz era un poco conservador al suponer que el carbón era la única evidencia de que aquí existía vida orgánica.

- Alguien ha llegado hasta aquí procedente de Tycho - dijo Jackson pensativamente -. Según parece, llegó hasta este punto, se detuvo un poco y luego dio media vuelta y retrocedió por donde había venido. Ahora bien, ¿por qué lo hizo? Debía tener algún propósito.

- Ejercicio - sugirió Holt petulantemente -. La idea lunar de un paseo higiénico.

- No estoy de humor para esta clase de bromas - dijo Jackson -. Trate de decir algo que tenga más sentido común, o gaste menos oxígeno.

Súbitamente, Davis señaló detrás de ellos.

- ¿Ven ustedes lo que yo estoy viendo? - preguntó.

Holt y Jackson se volvieron en redondo y miraron en la dirección señalada por su compañero. A cuatro millas de distancia divisábase perfectamente la redonda esfera de la nave, reflejando la luz del sol... como una estrella colgante.

- ¡Caramba! - exclamó Holt -. Un comité de bienvenida... demasiado tímido. Él, ella o lo que sea nos vieron aterrizar.

- ¿Qué vamos a hacer? - preguntó Davis -. ¿Seguir las huellas?

- Opino que no - dijo Jackson lentamente -. Creo que lo mejor que podemos hacer es regresar a la base y discutir la situación.

- No creo que fuera peligroso seguir las huellas un poco más - sugirió Holt.

- ¿Para qué?

- Nunca se sabe... A lo mejor podemos obtener alguna prueba que nos permita hacernos una idea del personaje que dejó estas huellas.

- O podemos tropezamos con el propio personaje - dijo Jackson secamente -. Y a lo mejor nos invita a visitar su casa y nos obsequia con café y pastas. O a lo peor le da por no aprobar la presencia de los... intrusos.

El capitán Harper contempló los rostros de sus cinco compañeros.

- Bien, ya hemos oído el relato del doctor Jackson y hemos visto la película de las huellas. Ahora tenemos que discutir lo que vamos a hacer para enfrentarnos con esta nueva situación. Como ustedes saben, cuando salimos de la Tierra no habíamos previsto nada de esto. ¿Alguna sugerencia?

El profesor Jantz se frotó pensativamente la barbilla.

- El tamaño de las huellas corresponde a un bípedo de considerable estatura. En la luna no existe atmósfera, de modo que ese ser puede pasarse sin ella, o proporcionársela por sí mismo. Creo que lo más sensato es suponer que se la proporciona a sí mismo. Esto parece indicar que se trata de un ser algo complejo o sumamente inteligente. Lo interesante es saber si es correcta la suposición de que existen muchos seres de su misma especie.

- Lo interesante es saber si vamos a investigarlo - replicó el doctor Holt -. O si, por el contrario, vamos a tratar de evitarle, a él o a ellos, hasta que llegue la próxima nave.

- Él o ellos pueden decidir investigar sobre nosotros - observó el capitán Harper -. El principal problema estriba en saber si serán peligrosos y si serán hostiles. Antes de emprender este viaje, le planteé al Organization Group la cuestión de que nos facilitaran algunas armas ofensivas. Pero insistieron en que aquí no podía existir ninguna forma de vida ¡imbéciles! Me llenaron la cabeza de cifras para demostrarme cuantas toneladas de combustible se necesitarían para cargar una unidad vibratoria u/s. Y ahora todo el proyecto puede estar en peligro debido a que un maldito animal no está de acuerdo con sus teorías de vía estrecha.

- No se preocupe por las armas, capitán - dijo Holt -. El laboratorio ya está montado. Y en doce horas puedo construir unos cuantos proyectiles cohete de efectos contundentes.

- También disponemos - dijo el doctor Jackson - de explosivos de alta potencia en cantidad suficiente para montar un campo de minas, el cual podemos hacer estallar por contacto o por radio.

El capitán Harper repiqueteo con los dedos encima de la mesa durante unos momentos, antes de contestar.

- De todos modos - terminó por decir -, es necesario que dispongamos de algo para protegernos. Mi opinión general es que no debemos hacer absolutamente nada hasta que tengamos unas cuantas granadas de mano, proyectiles cohete y, quizás, unas cuantas minas.

- ¿Y luego? - inquirió el doctor Holt.

- Luego, creo que debemos enviar una expedición a seguir las huellas. Es absolutamente necesario que descubramos si... si existe algún peligro. Aparte de nuestra propia seguridad, hemos de tener en cuenta el resto de la expedición.

- Cuando los productos de dos tipos de civilización se encuentran - observó Jantz pensativamente -, se produce un inevitable conflicto. Me pregunto cuál será la que triunfará.

Hubo un breve silencio.

- La Luna es estéril - dijo Holt inesperadamente -. Me pregunto qué tendrá nuestro amigo X para desayunar.

El capitán Harper decidió ocuparse de la misión de reconocimiento, llevándose a Jackson y a Davis. Holt permanecería en el laboratorio, construyendo más granadas y unas cuantas minas terrestres dirigiéndolas por radio. El profesor Jantz y Pegram se repartirían el trabajo de patrulla en la superficie y el atender a las comunicaciones por radio.

Un doble sendero de huellas en el polvo lunar había desbaratado completamente los planes de la expedición. Los seis hombres habían empezado a sentirse como si estuvieran en estado de sitio. La cosa no hubiese sido tan grave si las huellas hubieran correspondido a un ser de cuatro patas. Pero un bípedo sugería poder y elevado desarrollo evolutivo. Si las huellas eran de un indígena de la luna, no existía ningún motivo para suponer que no hubiera una gran cantidad de ellos. Y, si era así, lo más lógico era que acogieran con hostilidad a unos intrusos procedentes del espacio, tal como sucedería en la Tierra si la situación fuera a la inversa.

Harper y sus compañeros tomaron su carga de alimentos, agua y granadas. Treparon por la escalera metálica y salieron a la cegadora luz del sol.

Los suministros fueron cargados en el tractor y todo fue objeto de una concienzuda revisión antes de que los tres hombres emprendieran la marcha. Davis volvió a ocupar el asiento del conductor, y, mientras ponía el motor en marcha, el doctor Jackson establecía contacto por radio con el mundo metálico oculto en la profunda grieta. Entretanto el capitán Harper, con cuatro granadas de mano, se instaló en la torreta, directamente encima del asiento del conductor.

- Tractor a Base - dijo Jackson -. Nos hemos puesto en camino. Estableceremos contacto cada cuarto de hora. Cambio.

- Base a tractor - respondió Pegram -. Recibida la llamada, perfectamente clara. Buena suerte. Corto.

El rugido del motor aumentó y el tractor empezó a deslizarse lentamente sobre las desoladas llanuras lunares, siguiendo su propio rastro anterior.

Al cabo de media hora llegaron, sin novedad, al lugar donde Holt había visto las huellas. Esta vez, el avance había sido más cauteloso. En un momento determinado, el capitán Harper, que no perdía de vista el cráter Tycho, creyó divisar cierto movimiento a lo lejos. Pero terminó por atribuirlo a su imaginación y a la fatiga producida por la atenta contemplación de aquellas brillantes y áridas llanuras de lava. Allí no había nada... nada más que un selvático silencio. Empezaba a pensar que todo el asunto había sido una especie de ilusión, cuando su mirada cayó repentinamente sobre las huellas. Unas huellas tan claramente visibles, que podían haber sido hechas sólo cinco minutos antes.

De común acuerdo, los tres hombres bajaron del tractor y se acercaron a contemplar de cerca las espaciadas depresiones.

- Nuestro Viernes tiene un paso muy exacto, ¿verdad? - dijo Jackson -. Creo que a nosotros nos sería imposible andar en línea completamente recta, manteniendo una distancia exacta entre cada uno de nuestros pasos.

- Es un gran diablo - dijo Harper -. Entre huella y huella hay casi un metro y medio. Bueno, vamos a cogerle por la cola. Cuanto más pronto pongamos en claro este misterio, mejor me sentiré.

- No será muy divertido si ha reunido a unos cuantos compañeros y se han sentado a esperarnos - dijo Jackson en voz baja.

- Tenemos que arriesgarnos. No podemos sentarnos en la Base y esperar a que nos manden una tarjeta de visita. ¿Puede usted sacarle veinticinco millas al tractor, Davis?

- Sí, señor. Suponiendo que no tengamos que recorrer más de cincuenta millas.

El capitán Harper señaló a Tycho.

- No tendremos que recorrerlas. Cuando lleguemos allí - si es que llegamos -, todos necesitaremos un descanso.

- ¿Por qué no se mete un rato dentro, capitán? Yo me quedaré de guardia en la torreta.

Harper aprobó con un gruñido la sugerencia de Jackson y los tres hombres regresaron al vehículo. Al cabo de unos instantes, el tractor avanzaba a veinticinco millas por hora.

Detuvieron el tractor a unos ochocientos metros de distancia y Jackson bajó de la torreta para una apresurada inspección. Directamente en frente de él aparecía la única forma simétrica de todo el irregular paisaje. Era una semiesfera lisa, aparentemente metálica, que se erguía sobre el lecho de lava a unas cinco millas de distancia de la falda de las colinas de Tycho. Surgió repentinamente a la vista en el desolado paisaje, como un gigantesco huevo de avestruz medio enterrado en la arena. Su altura era de unos cuarenta pies.

- Mira por dónde, hemos encontrado el hogar de nuestro Viernes - dijo Jackson -. Debe de ser un muchacho listo para haber montado ese refugio metálico. Me pregunto si estará regulado a la presión adecuada.

El capitán Harper miró con expresión sombría a través del grueso cristal de la cúpula de observación del tractor.

- Cuanto más lo miro, menos me gusta - anunció lentamente -. Ahora tenemos pruebas concretas de que nuestro amigo es un ser civilizado, si no es un científico... Me pregunto qué agradables sorpresas nos tendrá reservadas.

Jackson permaneció silencioso.

- ¿Cuál es el plan de campaña, capitán? - Preguntó Davis -. ¿Seguimos adelante para investigar?

- Tenemos que hacer algo - dijo Harper -. Ahora no podemos volvernos atrás. Sugiero que nos acerquemos lentamente hasta que estemos a una distancia de un par de centenares de metros. Entonces...

Vaciló.

- Entonces, ¿qué? - preguntó Jackson.

- Entonces, uno de nosotros avanzará solo para investigar... llevándose unas granadas, desde luego, los otros se quedarán en el tractor, esperando los acontecimientos.

- Iré yo - dijo Davis inmediatamente.

- No - dijo Jackson -. Esto es asunto mío. Si nuestro Viernes y sus amigos resultaran ser hostiles, los mecánicos tendrían más importancia que los geólogos. Estoy absolutamente convencido de que yo no podría arreglar el tractor si sufriera una avería... y el tractor puede ser un factor decisivo. ¿No opina usted igual, capitán Harper?

- Desgraciadamente, sí. Pero esperemos que no sucederá nada desagradable. Ahora, será mejor que no perdamos tiempo.

El tractor avanzó lentamente hasta que estuvo a doscientos metros de la semiesfera metálica. Entonces se detuvo. Inmediatamente, el doctor Jackson descendió del vehículo y echó a andar con una granada en cada mano.

La lisa pared de la semiesfera tenía una sola abertura. Mientras avanzaba, el doctor Jackson pudo ver un brillo rojizo en el interior. Cuando estuvo a diez metros de distancia se paró, miró con cierta perplejidad a través del cristal plastificado del visor de su capuchón, y luego cubrió la distancia que faltaba casi de un salto. Los dos hombres que habían quedado en el tractor le vieron desaparecer en la oscuridad.

Inmediatamente, el capitán Harper habló a través de su radio individual.

- ¿Ocurre algo? ¿Se encuentra usted bien?

Con un suspiro de alivio oyó la voz de Jackson perfectamente clara:

- No hay nadie en casa. Venga a echarle un vistazo a esto. ¡Estoy empezando a creer en los cuentos de hadas!

- ¿Qué es lo que ha encontrado?

- Esto es la pesadilla de un técnico o una especie de laboratorio. ¡Diablos! ¡ahora no sé qué pensar!

- ¿Qué ha sucedido? - preguntó Harper en tono apremiante.

- ¡Acabo de descubrir algo que tiene aspecto de tres enormes ataúdes!

Tres horas más tarde, el tractor había regresado a la Base y el capitán Harper estaba haciendo un relato de la expedición al profesor Jantz, a Pegram y al doctor Holt, mientras Davis y el doctor Jackson montaban guardia en la superficie.

En vista de la información recientemente adquirida habían creído necesario mantener siempre a dos hombres en servicio de patrulla.

- El lugar no estaba regulado para la presión - dijo Harper -, lo cual resulta muy significativo. Las paredes tenían unas tres pulgadas de espesor, con cavidades o capas de insolación, a lo que supongo. El brillo rojizo procedía de alguna especie de cristal ionizado suspendido sobre un banco circular a unos cinco pies de altura que daba la vuelta a la semiesfera. Sobre el banco había varios instrumentos mecánicos y unos grandes aparatos acerca de los cuales no pudimos obtener ninguna pista. Jackson cree que se trata de instrumentos y aparatos geológicos, y Davis jura que una caja llena de complicados instrumentos colocada debajo del banco era una emisora de radio. Pero, tratándose de cosas que nunca habíamos visto anteriormente no podemos estar seguros de su identidad.

- En lo que respecta a esas cajas que usted describe dramáticamente como ataúdes - dijo el profesor Jantz -, ¿puede usted darme más detalles?

- Tenían diez pies de longitud y estaban tendidas horizontalmente. Las tapaderas provistas de goznes, estaban abiertas y echamos una mirada al interior. Estaban hechas de metal negro y tapizadas con una especie de tela de plástico. Cuando el doctor Jackson tocó una de las cajas, se produjo un chispazo que le sacudió de los pies a la cabeza a través de su traje anti-presión. Desde luego, no repitió la experiencia. Al parecer, las cajas habían estado ocupadas.

- Muy divertido - dijo el doctor Holt, con una risa nerviosa -. Creíamos que la Luna estaba deshabitada, y ahora resulta que tenemos como vecinos a tres científicos resucitados.

- No es cosa de risa - dijo Harper secamente -. En estos momentos, mi sentido del humor brilla por su ausencia

- ¿Qué sucederá si esos seres no desean mostrarse amistosos... y si nos encontramos con ellos? No van a utilizar arcos y flecha... - La posible ocupación de las... bueno, de los ataúdes, ofrece amplias perspectivas a la especulación - dijo Jantz enigmáticamente -. Empiezo a formarme la idea de un bípedo inteligente, musculoso, de unos nueve pies de estatura, que se proporciona su propia atmósfera, lleva a cabo experimentos científicos, ignora la comodidad animal y es capaz de andar casi un centenar de millas a elevadas temperaturas.

- Un tipo de enemigo muy desagradable - dijo Harper. - ¿Había huellas alrededor de la semiesfera? - preguntó el profesor.

- A docenas.

- ¿Las siguieron ustedes?

- Creímos preferible regresar con la información adquirida antes de vernos metidos en algún jaleo. ¿Insinúa usted que debemos tratar de establecer contacto?

- Tan pronto como sea posible - dijo Jantz -. De momento, estamos asustados de ellos - a pesar de no haberlos visto -, y ellos, supongo, estarán asustados de nosotros. Una situación muy poco satisfactoria. Tenemos que hacer algo que desvanezca o confirme nuestros temores, de modo que podamos planear nuestra futura actuación.

- He construido una cantidad de minas suficientes para establecer un cinturón de seguridad alrededor de esta base - dijo Holt -. Por lo menos, podremos tener la certeza de que este lugar está relativamente seguro.

Repentinamente la mesa se bamboleó y una taza vacía cayó al suelo. Aleccionados por años de experiencia, los hombres aguzaron instintivamente el oído, esperando escuchar el sonido de una explosión. Pero no oyeron nada.

- ¿Qué diablos es eso? - exclamó Harper.

Pegram se abalanzó hacia el transmisor.

- ¡Atención, patrulla de superficie! ¿Qué ha sucedido? Cambio.

No hubo ninguna respuesta. Mientras Pegram repetía la llamada, el capitán, Harper y el doctor Holt se colocaron los capuchones y corrieron hacia la cámara reguladora de presión.

- ¡Atención, patrulla de superficie! ¡Atención, patrulla de superficie! ¿Qué ha sucedido. Cambio.

Al cabo de unos instantes, llegó la voz de Jackson, muy débil:

- ¡Por el amor de Dios, salgan rápidamente! La nave ha sido... destruida. Yo tengo un escape en mi traje anti-presión...

Tres minutos después, el capitán Harper y el doctor Holt estaban en la superficie. Durante unos instantes quedaron paralizados, contemplando las retorcidas ruinas de la nave a una milla de distancia. Luego corrieron hacia el tractor, subieron a él de un salto y se dirigieron a toda velocidad hacia el lugar del desastre.

Habían recorrido tres cuartas partes del camino cuando vieron a Jackson. Estaba tendido sobre las duras rocas, completamente inmóvil. El doctor Holt descendió rápidamente del tractor, cargó con el cuerpo de su compañero y lo transportó al compartimiento regulado para la presión.

- ¿Está vivo? - preguntó Harper en tono inquieto, mientras volvía a poner el motor en marcha.

- Creo que sí. Es un escape muy lento, y ha tenido la precaución de abrir del todo la espita del oxígeno.

Empezó a desenroscar el capuchón de Jackson.

El geólogo se estremeció. Sus labios temblaron, y abrió los ojos.

- Davis... - murmuró débilmente -. Estaba a unos cincuenta metros de la nave.

- ¿Qué ha sucedido? - preguntó Harper, sin apartar la mirada de la llanura de lava, en la dirección en que se encontraban los restos de la nave.

A la presión atmosférica normal, el doctor Jackson se recobró rápidamente. El color volvió a su rostro e incluso consiguió sentarse.

- No he visto nada - murmuró -. De repente, la nave pareció desintegrarse. Luego, la onda expansiva me lanzó contra una roca, y me di cuenta de que mi traje anti-presión tenía un escape. Abrí del todo la espita del oxígeno y del helio, y recé para que me recogieran ustedes antes de que sucediera lo irremediable.

- ¡Miren, allí está! - exclamó Holt.

Señalaba a una figura tendida en el suelo, a unos sesenta metros de distancia. El tractor avanzó en aquella dirección y sus ocupantes pudieron ver que Davis no llevaba el capuchón. Más tarde, cuando el tractor se detuvo, hicieron un horrible descubrimiento: a Davis le faltaba la cabeza.

- ¡Pobre diablo! - dijo Harper -. Estaba demasiado cerca...

- Ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta - murmuró el doctor Holt, con voz estrangulada.

- ¡Santo cielo! - exclamó Harper, señalando los restos de la nave -. ¡Miren eso!

La nave había sido destruida a conciencia. Las largas patas de araña y el espinazo tubular estaban retorcidos como alambres. La esfera había quedado reducida a una masa de metal derretido. Ningún explosivo conocido podía haber producido aquella enorme cantidad de calor. Lo único que podía haberlo generado - hablando en términos terrestres desde luego - era la energía atómica.

El doctor Jackson fue el primero en romper el silencio.

- Me pregunto - dijo en voz baja -, si nuestro Viernes estará merodeando por aquí.

- No existen muchos lugares para ocultar a un personaje de nueve pies de estatura - dijo Holt -. Ni a su medio de transporte, si es que tiene alguno.

El capitán Harper puso de nuevo el motor en marcha.

- Será mejor que tratemos de encontrar alguna huella - dijo.

El tractor empezó a girar lentamente alrededor de los restos de la nave, en círculos cada vez mayores.

El consejo de guerra, reunido en la unidad-vivienda, fue breve y conciso. Los cinco hombres estaban sentados alrededor de la mesa, fumando y bebiendo café en cantidades superiores a la ración que les correspondía.

- Bien, se ha recibido ya la respuesta de la Tierra - anunció Harper con una mueca -. Lo siento, pero no van a enviar ninguna otra nave hasta que sepan lo que sucede aquí realmente.

- Apuesto lo que quieran a que están ideando ya un bonito epitafio para nosotros - dijo Holt cínicamente.

- Era la respuesta lógica - observó Jackson -. ¿Por qué habrían de poner en peligro a toda la expedición?

- El aspecto ético del problema puede ser dejado para más tarde - dijo el profesor Jantz con una débil sonrisa -. De momento, lo más importante es decidir lo que vamos a hacer.

- Devolver el cumplido - sugirió Holt -. Podemos dirigirnos a su refugio y hacerlo volar. Esto les servirá de aviso, y tal vez les haga meditar sobre la inconveniencia de utilizar medios demasiado expeditivos, a base de energía atómica.

- Si es que era atómica - dijo el profesor Jantz.

- Desde luego, no era H.E. - intervino Jackson -. La esfera quedó medio desintegrada.

- Creo que, en estos momentos, nos estamos mostrando demasiado... belicosos - dijo el profesor -. Después de todo, si nuestros desconocidos amigos llevan algún tiempo en la luna, tienen derecho a sentirse molestos por la presencia de unos intrusos. Pero si permaneciéramos ocultos e inactivos, podrían suponer que nos han destruido a todos.

- Nosotros seguimos sus huellas - replicó Harper -. Evidentemente, ellos siguieron las nuestras. No creo descabellada la suposición de que estén

preparando otro obsequio atómico, esta vez tomando como objetivo esta base. En vista del hecho de que han ganado el primer asalto, creo que deberíamos tomar las medidas pertinentes para que no ganen el próximo. Además, uno de nuestros compañeros está muerto, y el doctor Jackson ha sobrevivido por verdadero milagro. Si llegamos un minuto más tarde, estaría tan muerto como el pobre Davis. Cuanto más tiempo permanezcamos inactivos, más posibilidades tendrán esos seres de acabar con nosotros.

- Creo que el capitán Harper tiene razón - dijo Jackson -. Tenemos que hacer algo que sirva para destruirlos o para desanimarlos.

- Vamos a someterlo a votación - dijo el capitán -. Los que estén de acuerdo conmigo que levanten el brazo.

El único que no levantó el brazo fue el profesor Jantz.

Un par de horas más tarde quedaron terminados los preparativos. Alrededor de la entrada de la base colocaron un campo de minas controladas por radio; los hombres hicieron prácticas de lanzamiento de granadas, y quedaron recompensados al descubrir que la escasa gravedad existente en la luna les permitía lanzar uno de aquellos artefactos con relativa exactitud a más de doscientos metros de distancia. El improvisado cohete de lanzamiento, les permitía enviar cincuenta libras de explosivo de gran potencia a un blanco situado a más de una milla de distancia.

La estrategia del capitán Harper era sumamente sencilla; tenía que serlo, ya que sus recursos eran extremadamente limitados. El cohete de lanzamiento podía ser montado en la torreta del tractor, y tres hombres se harían cargo del vehículo para su misión destructora, en tanto que los otros dos permanecían en la base.

Si el tractor no conseguía regresar de su viaje de cincuenta millas a la semiesfera de metal cerca de la falda de las colinas de Tycho, los supervivientes se encargarían de radiar a la Tierra toda la información posible, mientras permanecían ocultos.

Pegram y el profesor Jantz se quedarían en la base, en tanto que los otros se encargarían de la misión más peligrosa.

Cada uno de los cinco hombres se daba cuenta con amarga claridad de que la suerte de la primera expedición del hombre a la luna pendía de un hilo. Si fracasaban en su intento, pasarían varias décadas antes de que se llevara a cabo otro viaje a aquel planeta.

El tractor quedó cargado con las armas y suministros. Había llegado el momento de emprender la aventura. Los tres hombres montaron en el vehículo, mientras Pegram y Jantz comprobaban que no olvidaban nada.

- A partir de este momento - dijo el capitán Harper por su radio individual -, no estableceremos contacto por radio, a menos que se trate de un caso de vida o muerte. Nuestros amigos pueden disponer de algún aparato detector, y no conviene que les facilitemos las cosas.

- Como científico, no estoy de acuerdo con su decisión - dijo el profesor Jantz con ironía -. Pero como hombre... bueno, buena suerte, amigos. Les deseo el mayor de los éxitos.

- Eso espero - murmuró Harper.

- Y si no es así - dijo Holt con una risa nerviosa -, dígales a los de la Tierra que mi último pensamiento se lo dediqué a mamá.

- Estamos luchando por la raza humana - declaró melodramáticamente el doctor Jackson.

Todos estallaron en una carcajada, dando la impresión de que iniciaban la aventura con el corazón alegre y lleno de confianza. El capitán Harper puso en marcha el tractor. Levantando detrás de él una leve nube de polvo lunar, el vehículo se deslizó silenciosamente a través de las cegadoras llanuras de lava.

Era el sexto día terrestre de la expedición en la Luna, pero los cinco hombres experimentaban la sensación de no haber conocido otra existencia. La propia Tierra se había convertido en una ilusión, en un sueño lejano. Las únicas realidades, ahora, eran las desoladas llanuras de lava, los cráteres distantes, y el siniestro poder de unos seres invisibles... la amenaza de aquellos huidizos y aparentemente incansables seres descritos sarcásticamente por el profesor Jantz como «nuestros desconocidos amigos».

Pegram y el profesor se quedaron contemplando el tractor hasta que no fue más que un diminuto punto negro moviéndose en la distancia.

Desde un cielo negro, tachonado de estrellas, el sol dejaba caer sus implacables rayos, creando el increíble calor de un mediodía lunar.

A lo lejos, las montañas de Tycho se erguían repulsivas y horrendas, bañadas por el ardiente sol. El paisaje entero, sumido en su peculiar inmovilidad, parecía un desierto pintado... el telón de fondo de un drama de suspense y de peligro, como en realidad lo era.

El capitán Harper detuvo el tractor a una milla de distancia de la semiesfera metálica, y después de una breve confirmación del plan de ataque, Holt y Jackson descendieron del vehículo. Holt tomó posición a doscientos metros del tractor por el flanco izquierdo, y Jackson a doscientos metros por el derecho, a fin de evitar que una posible acción enemiga destrozara toda la fuerza de ataque.

Armados con granadas, los dos hombres debían avanzar hasta ponerse en posición de tiro, o encontrar resistencia. Si podían destruir la edificación sin entrar en contacto con el enemigo, debían hacerlo y retroceder; en caso contrario, debían establecer una especie de línea defensiva mientras el capitán Harper conducía el tractor lo más cerca posible y utilizaba el cohete de lanzamiento.

En cuanto hubieron alcanzado sus posiciones de flanco, Harper agitó su mano desde la torreta y los dos hombres avanzaron valientemente al trote.

Llegaron a cuatrocientos metros de la semiesfera sin divisar ninguna señal de actividad. Entonces, de repente, una forma enorme, que apenas era humana, apareció un instante en la puerta del extraño edificio, vaciló, desapareció de nuevo para reaparecer casi inmediatamente. Entonces echó a correr a una increíble velocidad, yendo directamente al encuentro de Holt.

A la luz del sol, los tres hombres vieron que estaba completamente cubierto de metal. Su cuerpo y sus extremidades despedían un brillo mate mientras el extraño ser avanzaba rápidamente.

Aunque tenía nueve pies de estatura y su forma era pavorosamente humana, los seres humanos con los cuales se enfrentaba ahora vieron con una súbita sensación de horror que el monstruoso individuo terminaba en la línea de los hombros. ¡No tenía cabeza!

El brazo de Holt describió un amplio círculo y una granada salió proyectada hacia su macabro adversario, que ahora se encontraba solamente a ciento cincuenta metros de distancia. El monstruo continuó su carrera sin tratar de apartarse.

La explosión no produjo ningún ruido, pero la onda expansiva alcanzó incluso al tractor, que en aquel momento se encontraba a cuatrocientos metros de distancia.

La granada había sido bien dirigida, a pesar de la velocidad del monstruo. Cayó a unos diez metros detrás de él. La conmoción hubiera hecho pedazos a un ser humano, pero aquel cuerpo recubierto de metal se limitó a tambalearse ligeramente, para reemprender en seguida su rápido avance. Holt alzó el brazo para lanzar otra granada, pero era demasiado tarde. Algo brilló en la mano del monstruo. Durante una fracción de segundo, una delgada raya luminosa salió proyectada hacia adelante.

Con involuntarios gritos de horror, Jackson y el capitán Harper vieron cómo Holt se desplomaba. Incluso desde la distancia a la cual se encontraban, pudieron darse cuenta de que su cuerpo había sido cortado limpiamente en dos.

Inmediatamente, al ver a su enemigo destruido, el monstruo se volvió hacia Jackson. Por espacio de unos segundos permaneció inmóvil - un blanco perfecto -, y Jackson no desperdició la oportunidad. Dos granadas en rápida sucesión, salieron disparadas hacia el blanco, mientras el extraño ser reemprendía su carrera. Intuyendo que el monstruo se encaminaría directamente hacia él, Jackson había lanzado la segunda de las granadas de modo que quedara un poco corta.

Dejando atrás la primera granada, el monstruo siguió avanzando para ser cogido de lleno por la segunda explosión. Por un instante pareció colgar suspendido - un cuadro de completa sorpresa -. Luego, brazos, piernas y cuerpo salieron proyectados al aire y cayeron separadamente.

Sin pérdida de tiempo, el doctor Jackson se volvió hacia la semiesfera metálica. Otros dos monstruos sin cabeza habían aparecido, y estaban dedicados a montar un extraño aparato.

Entretanto, el capitán Harper había continuado avanzando hacia el blanco a toda velocidad. Cuando estuvo a menos de trescientos metros detuvo repentinamente el tractor y se encaramó a la torreta. Sin perder tiempo en apuntar, apretó el pulsador del cohete de lanzamiento.

El disparo resultó demasiado alto. Cincuenta libras de explosivo de gran potencia volaron inofensivamente por encima del objetivo. Pero, mientras volvía a cargar a toda prisa el cohete de lanzamiento, Harper vio con el rabllo del ojo que Jackson se había puesto en movimiento.

El geólogo avanzó unos pasos, arrojó otras dos granadas y se dejó caer al suelo. La primera no hizo explosión, aunque la cosa no tuvo demasiada importancia, ya que quedó treinta metros corta. La segunda, en cambio, cayó a unos ocho metros de los dos monstruos. En el preciso instante en que uno de ellos alzaba en su mano la extraña y reluciente arma la granada hizo explosión, alcanzándole de lleno, lo mismo que a su compañero, y aplastando su aparato.

Lejos de quedar mortalmente heridos, los dos monstruos se recobraron con increíble rapidez. Uno de ellos corrió en busca de su arma, que había quedado sobre el lecho de lava, a unos metros de distancia, en tanto que el otro trataba de recomponer rápidamente su pequeño trípode con su cilindro de aspecto siniestro.

Pero, para entonces, el capitán Harper no sólo había vuelto a cargar el cohete de lanzamiento, sino que se había obligado a si mismo, mediante un supremo esfuerzo de voluntad, a apuntar lenta y cuidadosamente... intuyendo, quizá, que el resultado final dependía por completo de su próximo disparo.

Cincuenta libras de explosivo de gran potencia volaron en línea recta hacia la semiesfera. Durante unos terribles momentos, pareció que la carga no iba a estallar. Luego se produjo un silencioso resplandor, y el tractor se estremeció violentamente. La repentina nube de polvo cayó casi tan rápidamente como se había levantado.

Al aclararse, el capitán Harper vio que la semiesfera metálica y sus extraños ocupantes estaban completamente destrozados. Todo lo que quedaba de ellos era un humeante montón de metal retorcido.

Durante unos instantes, los dos supervivientes permanecieron completamente inmóviles. Luego, el doctor Jackson se puso en pie y echó a andar con paso inseguro hacia los restos del doctor Holt. El capitán Harper, a su vez, descendió de la torreta para ir a reunirse con su compañero. Súbitamente se desplomó. El doctor Jackson dio media vuelta y corrió hacia él.

- Creo... que se trata... de un pequeño... escape - balbuceó Harper a través de su radio individual -. ¡Lléveme al tractor!

Jackson le arrastró hasta el vehículo. Una vez allí le izó hasta la torreta y luego trepó él mismo hasta ella.

En cuanto estuvieron dentro del tractor, el capitán se recobró de su pasajero desmayo. El escape debió ser infinitesimal.

- Gracias - murmuró Harper con voz temblorosa -. Es una sensación terrible, ¿verdad?

- No se han inventado aún las palabras para describirla - asintió Jackson -. Debió usted quedarse en el tractor hasta que nosotros regresáramos.

- ¡Y un cuerno! Lo que siento es no haber podido hacer nada por el pobre Holt... ¿Alguna sugerencia, Jackson?

- Ninguna que valga la pena... ¿Vio usted lo que sucedió?

Harper asintió.

- Nuestro amigo sin cabeza le atacó con algo comparado con lo cual nuestros proyectiles h/v parecen armas de juguete. Deberíamos echarle una ojeada.

- ¿Cree usted que será prudente? - inquirió Jackson.

- ¿Se refiere usted a la radioactividad?

- Entre otras cosas.

- Entonces, ¿qué me dice de examinar los restos de su refugio? Llevaré el tractor lo más cerca posible. No creo que la H.E. haya dejado ninguna concentración suficientemente peligrosa. ¿Qué opina usted?

- Creo que vale la pena arriesgarse. Podemos enterarnos de algo útil acerca de ellos.

Harper puso en marcha el tractor y lo hizo avanzar lentamente hacia la zona destruida. A unos veinte metros de los restos de la semiesfera paró el motor.

- ¿Sabe una cosa? - dijo Jackson, mientras se disponía a pasar por la cámara reguladora de la presión -. En un sentido, estamos de suerte. Éste es el segundo fragmento de la historia que hemos tenido el privilegio de escribir.

- ¿A qué se refiere?

- El individuo que mató a Holt y me atacó a mí - dijo Jackson - era algo muy raro. Yo estaba más cerca de él que usted. Y le vi caer en pedazos.

- ¿Qué es lo que trata de insinuar?

- Únicamente que no estaba hecho de colas de rana - respondió Jackson en tono irónico -. Verá, capitán, creo que somos los primeros seres humanos que se han enfrentado con una banda de robots asesinos. El hecho de que hayamos puesto fuera de combate a esos tres es bastante significativo, creo yo.

- ¡Dios mío! - exclamó Harper.

El doctor Jackson se volvió y pasó a través de la cámara reguladora de la presión. Poco después estaba hurgando entre los restos bañados por el implacable sol.

La crisis estaba superada, pero en la Base Número Uno transcurrió algún tiempo antes de que decreciera la atmósfera de alta tensión. Dos hombres de la primera expedición habían muerto, y todo el proyecto lunar había estado al borde del fracaso. Sólo después de una lenta y minuciosa investigación en toda la zona de la base y en las faldas de las colinas de Tycho, los cuatro supervivientes quedaron convencidos de que no existía ningún otro peligro inmediato. Paulatinamente, sus actividades volvieron a la normalidad.

Varios días terrestres más tarde, el profesor Jantz aprovechó la oportunidad que le brindaba la ausencia del doctor Jackson, que había salido para efectuar un recorrido de exploración, para entregarse a una tarea particular en el pequeño laboratorio subterráneo. Estaba absorto en el análisis de ciertas cantidades de polvillo negro.

Cuando el capitán Harper entró en el laboratorio, el profesor se ocupaba en calentar electrónicamente hasta la incandescencia un pequeño montón de aquel polvillo.

- ¿En qué está trabajando usted ahora? - preguntó Harper, por decir algo.

El profesor Jantz manifestó el placer de un chiquillo que ha descubierto algo maravilloso dentro de los zapatos que dejó en el balcón la noche de Reyes.

- Es la tercera muestra de la caverna número catorce - explicó volublemente.

- ¿De qué se trata?

- Mi querido Harper, esto es una muestra indiscutible de carbón bituminoso, del tipo conocido como fusain. Existe una maravillosa abundancia de microsporas y macrosporas. Mis teorías, ahora ya puedo decirlo, han quedado confirmadas de cabo a rabo. Cuando regrese a la tierra, procuraré...

- ¿Qué significa eso, en lenguaje corriente? - le interrumpió Harper.

- Significa, sencillamente, que la luna estuvo llena, en una determinada época, de marismas estuáricas. Significa que hace billones de años la luna era un hervidero de formas vitales en pleno desarrollo. En resumen, hemos acumulado pruebas más que suficientes para sacudir en sus cimientos las modernas teorías astrofísicas.

- ¿Por qué no hay ninguna evidencia de todo esto en la superficie lunar?

- Debido a que cuando la luna empezó a perder su atmósfera, el aumento del calor solar generó una combustión espontánea. Lo que hasta ahora ha sido llamado polvo meteórico, son las cenizas de lo que en otra época fueron enormes cementerios humeantes.

Harper sonrió burlonamente.

- De modo que va usted a sacudirles fuerte a los astrónomos de salón...

- Desde luego. He reunido suficientes datos para hacer que la mayoría de mis ilustres colegas consideren llegado el momento de ingresar en una clínica mental.

El capitán Harper sacó de su bolsillo un par de cuartillas mecanografiadas.

- En realidad, había venido a enseñarle el informe que voy a enviar al Cuartel General de la Organización. Si hay algo que desee usted añadir, puede decírmelo. Voy a enviarlo dentro de una hora.

El profesor Jantz cogió las cuartillas y las leyó rápidamente:

INFORME NÚMERO SIETE

«DE: HARPER, CAPITÁN DE LA EXPEDICIÓN LUNAR, BASE NÚMERO UNO,

»A: CONSEJO EJECUTIVO; CUARTEL GENERAL DE LA EXPEDICIÓN, TIERRA.

»Después de la destrucción del refugio de los robots, Jackson y Pegram han efectuado una minuciosa exploración del terreno, en un radio de cien millas alrededor de la base. No han descubierto más huellas extrañas, aparte de las procedentes de la semiesfera, ni señales de actividad de ninguna clase. Estamos convencidos, por lo tanto, que la segunda nave lunar puede emprender viaje en condiciones de seguridad.

»Hemos examinado los restos del refugio de los robots, y hemos extraído las siguientes conclusiones:

1) Los robots no son indígenas de la luna, dado que su construcción exigiría recursos y una forma de vida sumamente desarrollada, de los cuales no existe ninguna prueba.

2) Su construcción está por encima de las posibilidades actuales de la ciencia humana.

3) Dado que el refugio no estaba regulado para la presión, los tres llamados «ataúdes» parecen haber sido las cámaras de «hibernación» y lechos de carga eléctrica de los robots durante la noche lunar. Antes de que el refugio fuera destruido, se obtuvieron pruebas de su potencial eléctrico.

4) Suponiendo que las tres hipótesis anteriores sean correctas en sus puntos esenciales, creemos que en algún momento la luna recibió una expedición extraterrestre, la cual dejó los robots con fines de observación y de investigación científica.

5) Dado que los robots tomaron la iniciativa de atacarnos, es probable que sus creadores adaptaran sus mecanismos para que reaccionaran agresivamente ante cualquier fenómeno que pudiera ser interpretado como interferencia.

6) Teniendo en cuenta que los robots estaban aparentemente equipados con radios especiales, es probable que procedieran de nuestro propio sistema solar.

»Los argumentos ampliatorios en apoyo de estos puntos de vista serán expuestos en el Informe Número Ocho. Sólo me resta añadir nuestra unánime creencia de que la expedición extraterrestre regresará a la luna para enterarse de la suerte corrida por sus instalaciones. Es de esperar que, en esa época, los seres humanos establecidos en la luna dispongan de elementos suficientes para hacer frente a las necesidades de interferencia o de cooperación alternativamente.»

El profesor Jantz apartó la vista de las cuartillas mecanografiadas.

- Creo que ha resumido usted admirablemente nuestras principales conclusiones - dijo -El resto puede esperar hasta que dispongamos de tiempo para preparar un informe más completo. En cuanto haya terminado con esas muestras, pondré en orden mis propias notas para usted.

- Ya es hora de que Jackson y Pegram estuvieran de regreso - observó Harper, volviendo a meterse las cuartillas en el bolsillo -. Voy a llamarles por radio.

Salió del laboratorio, dejando al profesor Jantz entregado a su trabajo. Durante otras dos horas, Jantz pudo continuar su análisis de las muestras de la caverna número catorce sin ser molestado.

Pasado aquel tiempo, el capitán Harper volvió a entrar en el laboratorio...

- Han regresado sin novedad - anuncio.

- Bien, bien. Ahora podremos descansar durante unas cuantas horas.

- Jackson y Pegram desean que subamos a la superficie - dijo Harper -. Dicen que hay algo que vale la pena ver.

- ¡Más muestras! - exclamó el profesor, con infantil entusiasmo -. ¿Dónde diablos habré puesto mi capuchón?

Los dos hombres no tardaron en pasar por la cámara reguladora de la presión y en trepar por la escalerilla metálica adosada a las paredes de la grieta. Al llegar a la superficie, vieron a Jackson y a Pegram de pie junto al tractor.

- ¿Han encontrado ustedes algo interesante? - preguntó Jantz en tono esperanzado a través de su radio individual.

- Sí - respondió Jackson, levantando su brazo -. Mire a su alrededor.

Por todas partes, las sombras iban espesándose, y las llanuras de lava, suavizadas ahora por la claridad de los oblicuos rayos del sol, empezaban a apropiarse los oscuros perfiles de un crepúsculo lunar. La escena era desoladora, grotesca, pero, al propio tiempo, de una rara belleza.

Lentamente, muy lentamente, el sol empezó a hundirse detrás de los picos dorados de las montañas. Lentamente, la enorme bola verde de la Tierra se hizo más y más visible contra un telón de fondo de absoluta oscuridad.

El capitán Harper y sus tres compañeros permanecieron silenciosos en medio de una semioscuridad verdosa cada vez más intensa, contemplando el inexorable curso del sol sobre el áspero paisaje.

Era una escena que recordarían mientras vivieran: el sutil cambio que se operaba en un paisaje petrificado; el lento, impresionante final de su primer día lunar.

FIN

Robert Sheckley - LA HORA DE LA BATALLA

- No se ha movido la saeta, ¿verdad? - preguntó Edwardson, en la tronera, contemplando las estrellas.

- No - dijo Morse. Había permanecido observando fijamente el detector Attison durante más de una hora. Ahora, parpadeó tres veces y miró de nuevo -. Ni un milímetro.

- Ni creo que se mueva - añadió Cassel, tras el panel de tiro. Y así ocurrió. La delgada saeta negra del indicador se mantuvo resueltamente en cero. Los cañones de la nave estaban preparados, abiertas sus negras bocas hacia las estrellas. Un constante zumbido saturaba la sala. Procedía del detector Attison y constituía motivo de tranquilidad. Lo reforzaba el hecho de que el detector Attison estaba conectado a todos los demás detectores, formando una gigantesca red alrededor de la Tierra.

- ¿Por qué mierda no vienen? - preguntó Edwardson, todavía contemplando las estrellas -. ¿Por qué no empiezan?

- Venga, calla - dijo Morse. Tenía un aspecto cansado y hosco. En la sien derecha tenía una vieja quemadura por radiación, una quemadura de rosáceo y cicatrizado, tejido. De lejos semejava una decoración.

- Me gustaría que vivieran - dijo Edwardson. Se apartó de la tronera frente a su silla y se dobló para evitar el bajo techo de metal -. ¿No os gustaría que vinieran?

Edwardson tenía la estrecha y tímida cara de un ratón; pero de un ratón tremendamente inteligente. Los gatos habrían hecho bien evitándolo.

- ¿No os gustaría? - repitió.

Los otros hombres no respondieron. Habían bloqueado el curso de su fantasía, mirando hipnotizados el detector.

- Han tenido tiempo de sobra - dijo Edwardson para sí mismo.

Cassel bostezó y se mordió los labios.

- ¿Alguien quiere jugar al pelo más largo? - preguntó rascándose la barba. La barba era un recuerdo de graduado. Cassel sostenía que podía aguantar quince minutos sin que el oxígeno corriera por sus folículos. Sin embargo, nunca lo había demostrado saliendo al espacio sin casco.

Morse paseó la mirada por la sala y Edwardson, automáticamente, observó el indicador. Este gesto rutinario se le había quedado grabado en el subconsciente. Antes se dejarían cortar el cuello que descuidar el indicador.

- ¿No creéis que aparecerán pronto? - preguntó Edwardson con los oscuros ojos aún fijos en el indicador. Los hombres no le respondieron. Tras dos meses en el espacio todos juntos, sus ánimos conversacionales se habían agotado. Ya no les interesaba la barba de los días de graduado de Cassel ni las conquistas de Morse.

Les fastidiaba la muerte hasta en sus propios pensamientos y sueños, y les fastidiaba el ataque que esperaban de un momento a otro.

- Hay una cosa que me gustaría saber - dijo Edwardson, utilizando con pericia un viejo truco conversacional. - A qué distancia estarán.

Durante semanas habían hablado de los poderes telepáticos del enemigo, pero siempre habían vuelto a lo mismo.

Como soldados profesionales no tenían otra alternativa que especular sobre el enemigo y sus armas; hablar de su trabajo.

- Bien - dijo Morse con cansancio -. Nuestra red de detectores cubre el sistema hasta más allá de la órbita de Marte.

- Que es donde estamos - dijo Cassel, observando el indicador ahora que los otros se entregaban a la charla.

- Puede que ni siquiera sepan que poseemos una unidad detectora en funcionamiento - dijo Morse, tal como había repetido más de mil veces.

- Calla, calla - dijo Edwardson, con su delgado rostro torcido en una mueca de desprecio -. Poseen la telepatía. Tienen que haber leído a estas alturas cada milímetro de la mente de Everset.

- Everset no sabía que poseíamos una unidad detectora - dijo Morse mientras volvía la mirada al dial -. Fue capturado antes de su instalación.

- Mira - dijo Edwardson -. Le dicen: «Chico, ¿qué harías tú si supieras que una raza telepática está a punto de invadir la Tierra? ¿Cómo protegerías el planeta?»

- Especulaciones baratas - dijo Cassel -. Quizás no se le ocurra a Everset pensar en esto.

- El piensa como un hombre, ¿no? Todos coinciden con esta defensa, Everset no es una excepción.

- Silogismos - Murmuró Cassel -. Muy poco válido.

- Te aseguro que me habría gustado que no hubiera sido capturado - dijo Edwardson.

- Pudo haber sido peor - lanzó Morse, cuyo rostro era más sombrío que de costumbre -. ¿Qué habría ocurrido si hubieran cogido a ambos?

- Me gustaría que vinieran - dijo Edwardson.

Richard Everset y C.R. Jones habían partido en el primer vuelo interestelar. Habían encontrado un planeta habitado en la zona de Vega. El resto fue rutinario.

Lo decidieron a cara o cruz. Everset bajó en el vehículo auxiliar, manteniendo contacto con Jones a través de la radio.

El registro de ese contacto entre el hombre que arribaba al planeta y el hombre que se había quedado en la nave fue grabado para que toda la Tierra lo escuchara.

- Acabo de encontrarme con los nativos - dijo Everset -. Se agrupan que es la leche. Te daré una descripción física más tarde.

- ¿Intentan hablar contigo? - preguntó Jones, imprimiendo a la nave una holgada espiral en torno al planeta.

- No. Espera. ¡Maldita sea! ¡Son telépatas! ¿Cómo se te queda el cuerpo, Jones?

- Maravilloso - dijo Jones -. Prosigue.

- Espera. Oye, Jones, no sé si me van a gustar estos muchachos. Deben tener la mente como un poema a la castidad. ¡Hermanito!

- ¿Qué pasa? - preguntó Jones, elevando un poco la nave.

- ¡La caraba! Estos hijos de puta son inmensamente poderosos. Parece que han taladrado todos los sistemas de los alrededores, buscando a alguien para...

- ¿Sí?

- Me he confundido - dijo Everset complacientemente -. No son tan malos.

Jones poseía mente rápida, naturaleza suspicaz y buenos reflejos. Puso el acelerador a todo gas, lo acercó al tope y dijo:

- Cuéntame más.

- Vente para abajo - dijo Everset, violando todas las leyes del vuelo espacial -. Estos chicos son de puta madre. De hecho, son lo más maravilloso...

Aquí finalizaba la grabación porque Jones había fijado el acelerador al tope mientras conducía la nave hacia el nivel exigido para el salto hiperespacial.

Se rompió tres costillas con la aclaración, pero llegó a casa.

Una especie telépata estaba en marcha. ¿Qué iba a hacer la Tierra contra ello?

Un cúmulo de especulaciones se desplegó en torno a la escueta y desnuda información de Jones. Con toda evidencia, la especie podía asaltar sin dificultades una mente. En el caso de Everset, parecía que habían infiltrado sus pensamientos en los suyos propios, alterando delicadamente sus convicciones previas. Lo habían poseído con notable facilidad.

¿Y Jones? ¿Por qué no lo habían atrapado a él? ¿Era la distancia un factor? ¿O no habían estado preparados para su repentina partida?

Una cosa era cierta. Todo cuanto Everset sabía, lo sabía también el enemigo. Lo que significaba que para ellos no eran secreto ni la situación de la Tierra ni la indefensión en que se encontraba el planeta ante tal forma de ataque.

Podía, pues, esperarse que el ataque procediera de esa manera.

Era necesario algo que neutralizara tan tremenda desventaja. Aunque, ¿qué podía utilizarse? ¿Qué armadura o blindaje había contra el pensamiento? ¿Cómo esquivar una proyección de onda?

Los sesudos científicos consultaron gravemente sus tablas periódicas.

¿Y cómo se sabía que un hombre estaba poseído? Aunque el enemigo se había mostrado torpe con Everset, ¿iba a continuar siéndolo? ¿No aprenderían?

Los psicólogos se rascaron la cabeza y declararon la ausencia de una escala absoluta para la humanidad.

Claro, algo había que hacer de todos modos. La respuesta, considerando que se trataba de un planeta dominado por la tecnología, tenía que ser tecnológica. Construir una flota espacial y equiparla con alguna clase de red detectora.

Esto se hizo en un tiempo record. Se desarrolló el detector Attison, un híbrido entre el radar y el electroencefalógrafo. Cualquier onda modélica de los cerebros típicamente humanos de los ocupantes de una nave equipada con detector que resultara alterada, sería señalada en el dial del indicador. Hasta una pesadilla o un caso de indigestión provocaría la alarma.

Parecía probable que cualquier intento de asaltar una mente humana tuviera alguna indicación de ese tipo. Donde y cómo fuere, tenía que haber algún punto de interacción.

Tal era lo que había que creer en relación al detector Attison. Quizá fuera cierto.

Las naves espaciales, con tres hombres en cada una, ocuparon el espacio entre Marte y la Tierra, formando una gigantesca esfera con la Tierra como centro,

Decenas de miles de hombres permanecían en cuclillas tras los paneles de tiro, observando los diales del detector Attison.

Los inmóviles diales.

- ¿No os parece que podría soltar un par de pepinazos? - Preguntó Edwardson acercando los dedos al disparador -. ¿Aunque sólo fuera para entretener los cañones?

- Estos cañones no necesitan entretenimiento - dijo Cassel, mesándose la barba -. Además, despertarías el pánico en la flota.

- Cassel - dijo Morse muy serenamente -. Quitá tus pezuñas de la barba.

- ¿Por qué? - preguntó Cassel.

- Porque - replicó Morse, casi en un susurro - estoy a punto de atizarte de lleno en tu gordo pescuezo.

Cassel sonrió bonachonamente y alzó los puños. - Será un placer - dijo -. Me estoy cansando de tu asquerosa cicatriz.

Se puso en pie.

- Basta - dijo Edwardson con premura -. A vigilar el cucú.

- No es necesario - dijo Morse, retrocediendo - hay una señal de alarma conectada.

No obstante, observó el dial.

- ¿Y si la alarma no funciona? - preguntó Edwardson -. ¿Y si el dial se bloquea? ¿Cómo te sentirías si algo frío que te penetrara los sesos?

- El dial funcionará - dijo Cassel. Sus ojos se trasladaron desde el rostro de Edwardson hasta el inmóvil indicador.

- Creo que voy a irme al catre - dijo Edwardson.

- Quédate aquí - dijo Cassel -. Juguemos a algo.

- Bueno. - Edwardson cogió las grasientas cartas y empezó a barajarlas, mientras Morse tomaba el turno de observación de diales.

- Os aseguro que me gustaría que vinieran de una vez - dijo.

- Corta - dijo Edwardson, tendiendo el mazo a Cassel. - Me pregunto qué pinta tendrán nuestros amiguetes - dijo Morse, observando el dial.

- Probablemente muy parecida a la nuestra - dijo Edwardson, repartiendo cartas. Cassel las cogió una por una, lentamente, como si esperase que algo interesante se ocultara bajo ellas.

- Tendrían que habernos proporcionado otro hombre - dijo Cassel -. Habríamos podido jugar al bridge.

- No sé jugar al bridge - dijo Edwardson.

- Aprenderías.

- ¿Por qué no nos encomendaron una tarea más activa? - preguntó Morse -. ¿Por qué no bombardeamos su planeta?

- No seas bobo - dijo Edwardson - Perderíamos cualquier nave que enviáramos. Probablemente volverían a nosotros poseídas y hechas trizas.

- Remato con nueve - dijo Cassel.

- No doy un real por ti aunque remates con mil - dijo Edwardson alegremente -. ¿Cuánto me debes ya?

- Os aseguro que me gustaría que vinieran - dijo Morse.

- ¿Quieres extenderme un cheque?

- Concédeme tiempo para la revancha. Hasta la semana que viene.

- Alguien debería razonar con esos hijos de puta - dijo - Morse, mirando más allá de la tronera. Casi inmediatamente, Cassel lanzó una mirada al dial.

- Se me está ocurriendo algo - dijo Edwardson.

- ¿Sí?

- Apuesto a que debe ser horrible tener la mente apretada - dijo Edwardson -. Tiene que ser espantoso.

- Lo sabrás cuando ocurra - dijo Cassel.

- ¿Lo supo Everset?

- Probablemente. Sólo que no pudo, quizás, hacer nada para evitarlo.

- Mi mente está de cojones - dijo Cassel -. Pero al primero de vosotros que comience a actuar raramente... cuidado.

Todos rieron.

- Bien - dijo Edwardson -. Os aseguro que me gustará tener una oportunidad de razonar con ellos. Esto es estúpido.

- ¿Por qué no? - preguntó Cassel.

- ¿Te refieres a salir y encontrarte con ellos?

- Claro - dijo Cassel. - Nada hacemos quedándonos aquí parados.

- Deberíamos pensar en hacer algo - dijo Edwardson lentamente -. A fin de cuentas, no son invencibles. Son seres razonadores.

Morse puso en marcha la cinta grabadora y luego alzó la mirada.

- ¿Piensas que deberíamos contactar con el mando? ¿Decirles lo que estamos haciendo?

- ¡No! - dijo Cassel, y Edwardson asintió con un gesto de acuerdo -. Formalismos. Nos limitaremos a largarnos y ver qué podemos hacer. Si no quieren parlamentar, los borraremos del espacio.

- ¡Mirad!

Desde la tronera pudieron ver la roja llama de un motor a reacción; la aceleración de la siguiente nave de su sector.

- Deben haber tenido la misma idea - dijo Edwardson.

- Vayamos los primeros - dijo Cassel. Morse movió el acelerador y todos se vieron arrojados hacia atrás en sus asientos.

- Ese dial todavía no se ha movido, ¿no? - preguntó Edwardson por encima del ruido de la alarma del detector.

- Ni una pizca - dijo Cassel, contemplando el dial cuya manecilla vibraba frenéticamente contra la coordenada más alta.

FIN

Ward Moore - EL HOLANDES ERRANTE

Mientras el minuterero del reloj de pared rebasaba suavemente la manecilla de las horas, todavía enhiesta, el calendario automático, situado bajo la esfera, se estremeció bruscamente y al número diez le sucedió el once.

Salvo aquel ligero espasmo, tal vez atribuible a un imperfecto funcionamiento del mecanismo, las plaquitas en que estaban inscritos los signos «noviembre» y «1998» permanecieron inmóviles. En la sala de control, dotada de aire acondicionado, un termómetro situado junto a la puerta señalaba invariablemente una temperatura de 68° Fahrenheit.

No había nadie en la sala de control para observar el reloj, el calendario, el termómetro, la pantalla de radar o cualquiera de los diversos indicadores instalados en las paredes o en las mesas. Aún suponiendo la presencia de empleados o intrusos, no les hubiera sido posible leer señal alguna ya que la oscuridad era completa. No sólo estaban apagadas las luces de la sala; tupidos cortinajes las protegían contra los traicioneros rayos de la luna que eventualmente pudieran reflejarse en las superficies pulimentadas.

La ausencia de luz y de personal técnico no alteraba el trabajo de los prodigiosos aparatos del aeropuerto, pues habían sido diseñados para funcionar automáticamente con una inteligencia casi humana y con una precisión que sobrepasaba a la del hombre en cualquier emergencia, excepto en los casos de un ataque directo del enemigo o de un tiro cercano que averiara no sólo los instrumentos sino también los aparatos de reparación y ajuste.

Cuando el sonar y el radar captaron el sonido y la imagen de una aeronave que se aproximaba por el norte, instantánea y correctamente fue identificada como amiga; en efecto, era un RB-87 que regresaba a su base. La información fue transferida a las baterías antiaéreas, a la oficina de información, situada a treinta millas de distancia; a los tabuladores que registraban el curso de los bombarderos, al control de combustible oculto a gran profundidad y al depósito de municiones, protegido por capas y más capas de cemento y plomo.

No existía balizaje automático en el aeropuerto, por supuesto, pero esto no significaba inconveniente alguno para el poderoso bombardero de ocho motores, ya que no dependía de percepciones y reacciones humanas sino de un cálculo matemático totalmente ajustado a su plan de vuelo, sensible a la más sutil variación atmosférica, a la configuración del terreno, e incluso a una repentina imperfección de su propio mecanismo. Durante el vuelo, segundo tras segundo, estos instrumentos calculaban, compensaban y mantenían a la aeronave en la ruta prevista.

El RB-87, ajustado a la velocidad y dirección del viento, así como a cierto número de factores, apuntó la proa hacia la pista de cemento de dos millas de longitud y se deslizó suavemente sobre ella, hasta el final, para detenerse finalmente con las hélices girando en punto muerto entre dos trazos de pintura: el lugar exacto que indicaban los cálculos que regían su navegación.

Mientras se detenían los motores y las hélices giraban cada vez con mayor lentitud, los complejos servicios de la base aérea comenzaron a funcionar, al detectar los instrumentos de la oscura sala de control la invisible imagen del bombardero que regresaba. Del depósito de combustible serpenteó una manguera aparentemente interminable, atravesando el campo; al acercarse al

bombardero, sus movimientos reptantes se hicieron más pronunciados cuando, guiada por impulsos electrónicos alzó la cabeza y trepó por un costado del aparato, buscando a ciegas los vacíos tanques de gasolina. Un diminuto receptor le respondió al mensaje de un transmisor también minúsculo; saltó el tapón y el cuello de la manga se introdujo en la abertura. Este contacto actuó en las profundidades del depósito de combustible; comenzaron a funcionar las bombas y la larga manguera se puso rígida al pasar la gasolina por su interior. A muchos kilómetros de distancia comenzaron a trabajar las bombas, impulsando su carga a través de los oleoductos. Toda la maquinaria de una refinería se puso en movimiento para elaborar petróleo en crudo y enviarlo transformado en gasolina de alto octanaje. A medio continente de distancia, se elevaba desde las profundidades de un pozo de materia prima que iría a parar al interior de un depósito vacío.

La manguera de gasolina, pieza fundamental, era el aparato más simple de la sala de control. Llenos ya los tanques, el tapón del depósito en su sitio y la manguera enrollada en su horquilla, hicieron su aparición las maquinarias más complejas. La manguera de engrase se desplazaba de un motor a otro, los cuales vomitaban finas capas de aceite negro quemado, luego reemplazadas por lubricantes de un color verde-dorado, fresco y viscoso. El dispositivo mecánico de engrase, un increíble pulpo sobre ruedas, circulaba por el campo aplicando sus tentáculos a las innumerables juntas que requerían sus servicios. Al otro lado del campo, los dispositivos automáticos de carga transportaban su precioso equipo en lenta procesión. Iban al encuentro del bombardero y constituían también mecanismos complejos y sutiles, guiados por delicados artificios, que colocaban suave y cuidadosamente las valiosas bombas en las cavidades de la nave. Aguardaban pacientemente su turno, dispuestos y regulados contra toda posible colisión. Al igual que los aparatos de control de combustible, también eran el resultado de la labor de muchos servomecanismos; galerías subterráneas despachaban a gran profundidad el material de repuesto por medio de tubos neumáticos, que se introducían bajo la superficie de la tierra a varios kilómetros de profundidad.

Los poderosos motores se enfriaron. La veleta - una especie de cono de lona -, en lo alto de la torre del aeropuerto, se movió ligeramente. En la oscura sala de control, el reloj marcaba las 3:58. Débiles partículas de polvo se filtraron subrepticamente a través de las rendijas de las ventanas y un pequeño trozo de cemento, desprendido por el viento, cayó al suelo. A unos cuantos kilómetros de distancia, una hilera de árboles secos y resquebrajados rehusaban ásperamente, con fúnebre tozudez, a doblarse lo más mínimo ante las duras acometidas del viento.

Exactamente a las 4:50, un impulso eléctrico procedente de la sala de control, según normas predeterminadas, puso en marcha los motores del avión. Hubo un momento en el que falló el motor número siete, pero pronto recuperó el ritmo habitual. Durante un largo intervalo, los motores se calentaron. La aeronave emprendió la marcha con aparente impremeditación, pero en el exacto instante previsto.

La pista se extendía a gran distancia. Pese a ganar velocidad, parecía como si el avión se mantuviera pegado a ella, reacio a dejar tierra. Después de un ligero balanceo, se abrió al fin un espacio entre las ruedas y el cemento, que se agrandó con rapidez. El aparato se elevó a gran altura, sobrepasando por un amplio margen la red de cables de alta tensión que se extendía más allá del aeropuerto.

Ya en el aire pareció vacilar un momento, mientras los instrumentos medían y calibraban, pero no tardó en enfilarse la proa hacia el norte, surcando con decisión el firmamento.

Volaba a enorme altura, por encima de las nubes, por encima de la sutil capa de aire oxigenado. Los motores palpitaban uniformemente, excepto el número siete, en el que de vez en cuando se percibían desfallecimientos y vacilaciones. Los expertos instrumentos del bombardero guiaban y comprobaban constantemente su vuelo, manteniéndolo en ruta hacia el objetivo a una altura fuera de posibles interferencias.

La pálida luz del amanecer hirió los contornos del avión sin resultado. La pintura pardusca del camuflaje no producía reflejos, pero aquí y allá aparecían ligeros rasguños, dejando al descubierto el brillante y traicionero aluminio. A medida que la luz se intensificaba, se hizo patente que tales desperfectos no eran sino pequeños signos de la debilidad del gran bombardero. Un golpe aquí, una abolladura allá, un cable deshilachado, una ligera erosión, señales que evidenciaban malos tratos, ominosas limitaciones. Sólo los instrumentos y los motores eran perfectos, aunque incluso éstos, considerando las alteraciones del número siete, no parecían destinados a durar indefinidamente.

Rumbo norte, rumbo norte, rumbo norte. El blanco había sido fijado, años atrás, por hombres maduros de rostro inexpresivo. La ruta fue establecida por hombres más jóvenes, con cigarrillos entre los labios, y los instrumentos esenciales fueron instalados por otros hombres todavía más jóvenes, envueltos en guardapolvos y mascando chicle. El blanco no era originalmente objetivo exclusivo del «Holandés Errante» - nombre que un mecánico jovial pintó años atrás en el fuselaje de la aeronave -, sino que estaba a cargo de un escuadrón completo de aviones del modelo RB-87, pues constituía un importante centro industrial, una parte esencial para el poder militar del enemigo cuya destrucción era necesaria.

Los hombres maduros que habían decidido el plan estratégico conocían muy bien la naturaleza de la guerra que estaban afrontando. Todo se había preparado cuidadosamente, teniendo en cuenta las posibles eventualidades. Planes de todas clases, cuantas alternativas eran posibles, se habían planificado con el mayor celo. Se daba por descontado que aquella capital y las ciudades más importantes serían destruidas casi de inmediato, pero los autores del plan habían ido mucho más allá de la simple descentralización. En las guerras precedentes, las operaciones finales dependían de los humanos, cuyo carácter frágil y falible conocían muy bien los estrategas. Pensaban con disgusto en la inutilidad de los soldados y mecánicos cuando se les sometía a bombardeos ininterrumpidos o sufrían los efectos de las armas químicas o biológicas, en los civiles refugiados en los más profundos rincones de las cavernas y minas subterráneas, con la voluntad anulada para la lucha e implorando servilmente el retorno de la paz. Los estrategas habían luchado arduamente contra este factor de incertidumbre. Organizaron una guerra no sólo completamente automatizada, sino además en la que botones y más botones actuasen en una cadena sin fin. La población civil podría encorvarse y temblar, pero la guerra no se detendría hasta alcanzar la victoria.

El «Holandés Errante» avanzaba velozmente hacia un blanco familiar servido y reforzado por una intrincada red de instrumentos, dispositivos, factorías, generadores, cables subterráneos y recursos básicos, todos ellos casi envidiables e inexpugnables, capaces de funcionar hasta el agotamiento, que no llegaría,

gracias a su perfección, hasta dentro de cien años. El «Holandés Errante» volaba hacia el norte, una creación del hombre que ya no dependía de su autor.

Volaba hacia la ciudad que, largo tiempo atrás, había quedado convertida en pequeños cascos pulverizados. Volaba hacia las distantes pilas de baterías antiaéreas, donde los pocos cañones que todavía quedaban indemnes lo localizarían con sus pantallas de radar, apuntando y disparando automáticamente, para atraerlo al destino que sufrieron otros aviones a su imagen y semejanza. El «Holandés Errante» volaba hacia el país del enemigo, un país cuyos ejércitos habían sido aniquilados y cuyo pueblo había perecido. Volaba a tal altura que, desde un punto muy inferior al de sus extendidas alas y potentes motores, la superficie de la Tierra quedaba limitada por una gran línea curva. La Tierra, un planeta muerto en el cual hacía ya tiempo, mucho tiempo, que no alentaba ningún ser viviente.

FIN

Connie Willis - HASTA LA REINA

El teléfono sonó cuando estaba revisando la moción de la defensa.

- Es un llamado universal - dijo Byshe, mi asistente legal, estirando la mano -. Probablemente es el acusado. No se permite usar firmas desde la cárcel.

- No, no es - dije -. Es mi madre.

- Oh. - Byshe tomó el receptor -. ¿Por qué no está usando su firma?

- Porque sabe que no quiero hablar con ella. Debe haber averiguado lo que hizo Perdita.

- ¿Su hija Perdita? - preguntó, apretando el receptor contra su pecho -. ¿La que tiene una niña?

- No, esa es Viola. Perdita es mi hija menor. La que no tiene criterio.

- ¿Qué hizo?

- Se unió a las Ciclistas.

Byshe quedó inquisidoramente en blanco, pero yo no estaba con ganas de aclarárselo. O con ganas de hablar con mi madre. - Sé exactamente lo que mamá va a decir - dije -. Me preguntará por qué no se lo conté, y luego exigirá saber qué voy a hacer al respecto, y no hay nada que pueda hacer al respecto, de lo contrario, obviamente, ya lo habría hecho.

Byshe parecía aturdido.

- ¿Quiere que le diga que usted está en la corte?

- No. - Estiré la mano hacia el receptor -. Tendré que hablar con ella tarde o temprano. - Se lo quité -. Hola, mamá - dije.

- Traci - dijo mamá dramáticamente -, Perdita se ha convertido en Ciclista.

- Ya lo sé.

- ¿Por qué no me lo contaste?

- Pensé que la propia Perdita tenía que contártelo.

- ¡Perdita! - bufó -. Nunca me lo contaría. Sabe cuál sería mi opinión al respecto. Supongo que se lo contaste a Karen.

- Karen no está. Está en Irak. - Lo único bueno de toda esta debacle era que, gracias a lo ansioso que estaba Irak por demostrar que era un miembro responsable de la comunidad mundial luego de su antigua propensión a la autodestrucción, mi suegra estaba en el único lugar del planeta donde el servicio telefónico era lo bastante malo como para que yo pudiera excusarme diciendo que había tratado de llamarla pero no había podido comunicarme y ella tuviera que creerme.

La Liberación nos ha liberado de toda clase de indignidades y flagelos, incluyendo a los Saddams de Irak, pero no de las suegras, y yo estaba casi feliz por el excelente sentido de la oportunidad de Perdita. Cuando no tenía ganas de matarla.

- ¿Qué está haciendo Karen en Irak? - preguntó mamá.

- Negociando una patria para los palestinos.

- Y mientras tanto su nieta se está arruinando la vida - dijo, aunque no tenía nada que ver -. ¿Le contaste a Viola?

- Ya te lo dije, mamá. Pensé que la propia Perdita tenía que contárselo a todas ustedes.

- Bueno, no lo hizo. Y esta mañana me llamó una de mis pacientes, Carol Chen, y me exigió que le hiciera saber lo que le estaba ocultando. No tenía idea de qué me estaba hablando.

- ¿Cómo lo averiguó Carol Chen?

- Por su hija, que casi ingresa en las Ciclistas el año pasado. Su familia la convenció de que no lo hiciera - dijo, acusadora -. Carol estaba segura de que la comunidad médica había descubierto algún terrible efecto colateral del amenerol y que estábamos ocultándolo. No puedo creer que no me lo hayas contado, Traci.

Y yo no puedo creer no haber dejado que Bysshe te dijera que estaba en la corte, pensé. - Ya te lo dije, mamá. Pensé que le correspondía a Perdita contártelo. Después de todo, es su decisión.

- ¡Oh, Traci! - dijo mamá - ¡No puedes estar hablando en serio!

Durante el primer y hermoso aluvión de libertad posterior a la Liberación, yo había tenido esperanzas de que todo cambiaría, de que la Liberación, de algún modo, barrería con la desigualdad, con el dominio matriarcal y con todas esas mujeres amargadas decididas a eliminar del lenguaje la expresión «a paso de hombre» y los pronombres de la tercera persona del singular.

Por supuesto que no fue así. Los hombres todavía ganan más dinero que nosotras, «herstory» todavía es apenas un tizón en el paisaje semántico, y mi madre todavía puede decir «¡Oh, Traci!» en un tono que me reduce a la preadolescencia.

- ¡Su decisión! - dijo mamá -. ¿Estás diciéndome que planeas quedarte ociosamente a un costado y permitir que tu hija cometa el error de su vida?

- ¿Qué puedo hacer? Tiene veintidós años y una mente lúcida.

- Si tuviera una mente lúcida no estaría haciendo esto. ¿No trataste de disuadirla?

- Por supuesto que sí, mamá.

- ¿Y?

- Y no tuve éxito. Está decidida a ser Ciclista.

- Bueno, debe haber algo que podamos hacer. Conseguir una orden judicial o contratar a un desprogramador o demandar a las Ciclistas por lavado de cerebro. Tú eres jueza, debe haber alguna ley que puedas invocar...

- Esa ley se llama soberanía personal, mamá, y dado que fue lo que hizo posible la Liberación desde un principio, a duras penas puede emplearse contra Perdita. Su elección coincide con todos los criterios de un caso de soberanía personal: es una decisión personal, tomada por un adulto soberano, no afecta a nadie más...

- ¿Y mi profesión? Carol Chen está convencida de que los desviadores provocan cáncer.

- Cualquier efecto que tenga en tu profesión se considera un efecto indirecto. Como el que sufre el fumador pasivo. No es aplicable. Mamá, nos guste o no, Perdita está perfectamente en su derecho de hacerlo, y nosotras no tenemos ningún derecho de interferir. Una sociedad libre debe basarse en el respeto por las opiniones de los demás y en el dejar tranquilo al otro. Debemos respetar el derecho que Perdita tiene de tomar sus propias decisiones.

Todo lo cual era cierto. Lástima que no se lo había dicho a Perdita cuando me llamó. Lo que le dije, en un tono que sonaba exactamente igual al de mi madre, fue «¡Oh, Perdita!».

- Todo esto es por tu culpa, ¿sabes? - dijo mamá -. Te dije que no debías haberle permitido que se hiciera ese tatuaje sobre el desviador. Y no me vengas

con que es una sociedad libre. ¿De qué sirve una sociedad libre si permite que mi nieta se arruine la vida? - Colgó.

Volví a entregarle el receptor a Bysshe.

- Realmente me gustó lo que dijo acerca del derecho de su hija a tomar sus propias decisiones - dijo él. Sostenía mi toga -. Y lo de no interferir en su vida.

- Quiero que me investigues los precedentes de la desprogramación - dije, metiendo los brazos en las mangas -. Y averigua si las Ciclistas han sido denunciadas por cualquier violación al libre albedrío: lavado de cerebro, intimidación, coerción.

Sonó el teléfono; otro universal.

- Hola, ¿quién habla? - dijo Bysshe con cautela. Su voz se volvió repentinamente amistosa -. Un minuto. - Tapó el receptor con la mano -. Es su hija Viola.

Tomé el receptor. - Hola, Viola.

- Acabo de hablar con la abuela - dijo -. No creerás lo que Perdita ha hecho ahora. Se unió a las Ciclistas.

- Ya lo sé - dije.

- ¿Lo sabes? ¿Y no me lo contaste? No puedo creerlo. Nunca me cuentas nada.

- Pensé que la propia Perdita debía contártelo - dije con cansancio.

- ¿Estás bromeando? Ella nunca me cuenta nada tampoco. Aquella vez que se hizo implantes en las cejas no me lo dijo hasta pasadas tres semanas, y cuando se hizo el tatuaje láser directamente no me lo contó. Twidge me lo contó. Tendrías que haberme llamado. ¿Se lo contaste a la abuela Karen?

- Está en Bagdad - dije.

- Ya lo sé - dijo Viola -. La llamé.

- ¡Oh, Viola, no!

- A diferencia de ti, mami, considero necesario comunicar a los miembros de nuestra familia los temas de su incumbencia.

- ¿Qué dijo? - pregunté, sintiendo una especie de aturdimiento, ahora que la impresión había pasado.

- No pude comunicarme. El servicio telefónico de allá es terrible. Hablé con alguien que no sabía inglés, y después se me cortó, y cuando volví a intentarlo me dijeron que toda la ciudad estaba incomunicada.

Gracias, suspiré en silencio. Gracias, gracias, gracias.

- La abuela Karen tiene derecho a saber, mamá. Piensa en las consecuencias que tendrá esto para Twidge. Ella cree que Perdita es maravillosa. Cuando Perdita se hizo los implantes en las cejas, Twidge se pegó lámparas LED en las suyas, y casi no puedo sacárselas. ¿Y si Twidge también decide unirse a las Ciclistas?

- Twidge sólo tiene nueve años. Cuando llegue el momento en que deba tener su desviador, Perdita habrá desistido. - Espero, agregué en silencio. Ya hacía un año y medio que Perdita llevaba el tatuaje y no mostraba señales de estar cansada de él -. Además, Twidge es más sensata.

- Es cierto. Oh, mamá, ¿cómo pudo Perdita hacer esto? ¿No le contaste lo horrible que era?

- Sí - dije -. Y lo inconveniente. Y lo desagradable, desequilibrante y doloroso. Nada le hizo el más ligero impacto. Me dijo que pensaba que sería divertido.

Bysshe estaba señalando su reloj y moviendo la boca. - Es hora de ir a la corte.

- ¡Divertido! - dijo Viola -. ¿Después de haber visto lo que tuve que pasar aquella vez? Honestamente, mamá, a veces pienso que Perdita sufre de muerte cerebral. ¿No puedes hacer que la declaren incompetente y la encierren o algo así?

- No - dije, tratando de subir la cremallera de la toga con una sola mano -. Viola, tengo que irme. Llegaré tarde a la corte. Temo que no hay nada que podamos hacer para detenerla. Es una adulta racional.

- ¡Racional! - dijo Viola -. Sus cejas tienen luz, mamá. En el brazo se hizo un tatuaje láser de la última batalla de Custer.

Entregué el teléfono a Bysshe. - Dile a Viola que la llamaré mañana. - Subí la cremallera de la toga -. Y luego llama a Bagdad y pregunta por cuánto tiempo esperan tener los teléfonos cortados. - Me encaminé hacia la sala del tribunal -. Y si hay más llamados universales, asegúrate de que sean locales antes de contestar.

Bysshe no pudo comunicarse con Bagdad, cosa que consideré una buena señal, y mi suegra no llamó. Mamá sí, por la tarde, para preguntarme si las lobotomías eran legales.

Volvió a llamar al día siguiente. Yo estaba en plena clase de Soberanía Personal, explicando que todos los ciudadanos de una sociedad libre tenían el derecho de comportarse como perfectos imbéciles. No estaban creyéndome.

- Creo que es su madre - me susurró Bysshe al entregarme el teléfono -. Sigue usando el universal. Pero es local. Lo verifiqué.

- Hola, mamá - dije.

- Está todo arreglado - dijo mamá -. Vamos a almorzar con Perdita en McGregor's. Está en la esquina de la Calle Doce y Larimer.

- Estoy dando clase - dije.

- Lo sé. No te distraigo más. Sólo quería decirte que no te preocupes. Ya me encargué de todo.

No me gustaba eso. - ¿Qué hiciste?

- Invité a Perdita a almorzar con nosotras. Ya te lo dije. En McGregor's.

- ¿Quiénes son «nosotras», mamá?

- Sólo la familia - dijo, inocente -. Tú y Viola.

Bueno, al menos no había invitado al desprogramador. Todavía.

- ¿Qué te propones, mamá?

- Perdita me preguntó lo mismo. ¿Acaso una abuela no puede invitar a sus nietas a almorzar? Debes estar allí a las doce y media.

- Bysshe y yo tenemos una reunión sobre la agenda judicial a las tres.

- Oh, para entonces habremos terminado. Y trae a Bysshe contigo. Puede proporcionarnos el punto de vista masculino.

Colgó.

- Tendrás que venir a almorzar conmigo, Bysshe - dije -. Lo siento.

- ¿Por qué? ¿Qué va a suceder en el almuerzo?

- No tengo idea.

Camino al McGregor's, Bysshe me dijo lo que había averiguado sobre las Ciclistas.

- No son un culto. No hay conexiones religiosas. Parecen haber surgido de un grupo de mujeres pre-Liberación - dijo, revisando sus notas -, aunque también tienen relación con el movimiento pro-elección libre, con la Universidad de Wisconsin y con el Museo de Arte Moderno.

- ¿Qué?

- A las líderes del grupo las llaman «docentes». Su filosofía parece ser una mezcla de feminismo radical pre-Liberación y primitivismo ambiental de los ochenta. Son floratarianas y no usan zapatos.

- Ni desviadores - dije. Estacionamos frente al McGregor's y salimos del auto -. ¿Alguna condena por control mental? - pregunté esperanzadamente.

- No. Un puñado de juicios contra miembros individuales, que los ganaron todos.

- Sobre la base de la soberanía personal.

- Sí. Y un juicio criminal presentado por una de sus miembros, cuya familia trató de desprogramarla. El desprogramador fue sentenciado a veinte años, y la familia a doce.

- Asegúrate de contarle eso a mi madre - dije, y abrí la puerta del McGregor's.

Era uno de esos restaurantes que tenían una enredadera abrazando el escritorio del maitre y parcelas de jardín entre las mesas.

- Perdita sugirió este lugar - dijo mamá, guiándonos a Bysshe y a mí hacia la mesa, mientras pasábamos el sector de las cebollas -. Me dijo que muchas Ciclistas son floratarianas.

- ¿Ya llegó? - pregunté, esquivando un almácigo de pepinos.

- Todavía no. - Señaló un sitio detrás del rosal -. Ahí está nuestra mesa.

Nuestra mesa era una cosa de mimbre ubicada debajo de una morera. Viola y Twidge estaban sentadas en el extremo opuesto, junto a un enrejado con habichuelas trepadoras, mirando los menús.

- ¿Qué estás haciendo aquí, Twidge? - pregunté -. ¿Por qué no estás en la escuela?

- Lo estoy - dije, levantando su pizarra LCD -. Hoy estoy en remoto.

- Pensé que ella tenía que tomar parte en la discusión - dijo Viola -. Después de todo, pronto recibirá su desviador.

- Mi amiga Kensy dice que no va a quererlo, como Perdita - dijo Twidge.

- Estoy segura de que Kensy cambiará de opinión cuando llegue el momento - dijo mamá -. Perdita también cambiará de opinión. Bysshe, ¿por qué no te sientas junto a Viola?

Obedientemente, Bysshe se deslizó junto al enrejado y se sentó en una silla de mimbre en el extremo de la mesa. Twidge estiró el brazo por encima de Viola y le alcanzó un menú.

- Este restaurante es grandioso - dijo -. No hace falta usar zapatos. - Levantó un pie descalzo para ilustrarlo -. Y si te viene hambre mientras esperas, tomas algo. - Se dio vuelta en la silla, recogió dos habichuelas; le dio una a Bysshe, y mordió la otra -. Apuesto a que no lo hará. Kensy dice que el desviador duele más que los aparatos de ortodoncia.

- No duele tanto como no tenerlo - dijo Viola, dedicándome una feroz mirada de ¿Ahora-Te-Das-Cuenta-De-Lo-Que-Mi-Hermana-Ha-Provocado?

- Traci, ¿por qué no te sientas frente a Viola? - me dijo mamá -. Y cuando llegue Perdita la ubicaremos a tu lado.

- Si es que viene - dijo Viola.

- Le dije a la una en punto - dijo mamá, sentándose en la cabecera -. Para poder tener tiempo de planificar nuestra estrategia antes de que llegue. Hablé con Carol Chen...

- Su hija estuvo a punto de unirse a las Ciclistas el año pasado - expliqué a Bysshe y Viola.

- Dijo que hicieron una reunión familiar, como esta, y que sencillamente hablaron con su hija, y que su hija decidió que no quería ser Ciclista. - Nos miró -. Entonces pensé que nosotras podríamos hacer lo mismo con Perdita. Creo que deberíamos empezar por explicarle el significado de la Liberación y los días de oscura opresión que la precedieron...

- Y yo creo - interrumpió Viola - que tendríamos que tratar de convencerla de que sólo suspenda el amenerol durante unos meses, en vez de hacerse sacar el desviador. Si es que viene. Y no va a venir.

- ¿Por qué no?

- ¿Lo harías tú? O sea, esto es como la Inquisición. Ella sentada allí mientras todas nosotras le «explicamos». Perdita puede estar loca, pero no es estúpida.

- Difícilmente sea la Inquisición - dijo mamá. Miró ansiosamente detrás de mí, hacia la puerta -. Seguro que Perdita... - Calló, se puso de pie, y repentinamente se zambulló entre los espárragos.

Me di vuelta, esperando a medias que fuera Perdita con luces en los labios o un tatuaje de cuerpo entero, pero no veía nada por las hojas. Aparté las ramas.

- ¿Es Perdita? - dijo Viola, inclinándose hacia adelante.

Espié entre el follaje de la morera.

- Oh, Dios mío - dije.

Era mi suegra, vistiendo un abayah negro y un yarmulke de seda. Se abalanzó hacia nosotras a través de una plantación de zapallo, con sus ropas al viento y los ojos echando chispas. Mamá seguía su rastro de rábanos pisoteados, acuchillándome con la mirada.

Miré a Viola.

- Es tu abuela Karen - dije, acusadora -. Me dijiste que no habías podido comunicarte con ella.

- No pude - dijo -. Twidge, siéntate derecha. Y baja esa pizarra.

El rosal emitió un siniestro crujido, como si las hojas estuvieran encogiéndose de terror, y llegó mi suegra.

- ¡Karen! - dije, tratando de parecer contenta -. ¿Qué es lo que haces aquí? Pensé que estabas en Bagdad.

- Regresé apenas recibí el mensaje de Viola - dijo, mirándonos a todos uno a uno -. ¿Quién es este? - exigió, señalando a Bysshe -. ¿El nuevo compañero de Viola?

- ¡No! - dijo Bysshe, con expresión horrorizada.

- Es mi asistente legal, mamá - dije -. Bysshe Adams - Hardy.

- Twidge, ¿por qué no estás en la escuela?

- Lo estoy - dijo Twidge -. En remoto. - Levantó la pizarra -. ¿Ves? Matemáticas.

- Sí, veo - dijo ella, dándose vuelta para mirarme con furia -. Es un asunto lo bastante grave como para retirar a mi bisnieta de la escuela y contratar a un asistente legal, pero tú no lo consideraste lo suficientemente importante para notificarme. Por supuesto, tú nunca me cuentas nada, Traci.

Se sentó como un torbellino en la silla de la cabecera, haciendo volar hojas y capullos, y decapitando el centro de mesa de broccoli.

- Recibí el llamado de auxilio de Viola recién ayer. Viola, nunca debes dejarme mensajes con Hassim. Su inglés es virtualmente inexistente. Tuve que pedirle que me tarareara el llamado. Reconocí tu firma, pero los teléfonos no funcionaban, así que vine volando. Estaba en medio de las negociaciones, podría agregar.

- ¿Cómo van las negociaciones, abuela Karen? - preguntó Viola.

- Iban extremadamente bien. Los israelitas han entregado la mitad de Jerusalén a los palestinos, y han acordado un régimen de tiempo compartido para las Alturas del Golán. - Se dio vuelta para mirarme fijamente por un momento -. Ellos sí conocen la importancia de la comunicación. - Volvió a mirar a Viola -. ¿Así que por qué están fastidiándote, Viola? ¿No les gusta tu nuevo compañero?

- No soy su compañero - protestó Bysshe.

A menudo me he preguntado cómo diablos mi suegra llegó a ser mediadora y qué es lo que hace en todas esas sesiones de negociación con los serbios y católicos, coreanos del norte y del sur, protestantes y croatas. Porque ella toma partido, saca conclusiones apresuradas, malinterpreta todo lo que se dice, se niega a escuchar. Y a pesar de todo, convenció a Sudáfrica de aceptar un gobierno pro-Mandela, y probablemente lograría que los palestinos observaran el Yom Kippur. Tal vez los intimida con sus bravuconadas hasta que se someten. O tal vez las partes terminan aliándose para defenderse de ella.

Bysshe seguía protestando. - Ni siquiera había visto a Viola hasta hoy. Sólo hemos hablado por teléfono, un par de veces.

- Debes haber hecho algo - le dijo Karen a Viola -. Obviamente, quieren ver correr tu sangre.

- La mía no - dijo Viola -. La de Perdita. Se unió a las Ciclistas.

- ¿Las Ciclistas? ¿Abandoné las negociaciones de la Ribera Occidental porque ustedes no aprueban que Perdita ingrese en un club de ciclismo? ¿Cómo suponen que voy a explicarle eso a la presidenta de Irak? Ella no lo va a entender, y yo tampoco. ¡Un club de ciclismo!

- Las Ciclistas no andan en bicicleta - dijo mamá.

- Menstrúan - dijo Twidge.

Hubo un silencio mortal que duró al menos un minuto, y yo pensé «Por fin sucedió. Mi suegra y yo vamos a estar por primera vez del mismo lado en una discusión familiar».

- ¿Todo este escándalo porque Perdita se hará quitar el desviador? - dijo Karen finalmente -. Es mayor de edad, ¿no? Y, evidentemente, en este caso se aplica la soberanía personal. Tú deberías saberlo, Traci. Después de todo, eres jueza.

Tendría que haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad.

- ¿Quieres decir que apruebas que Perdita retroceda a veinte años antes de la Liberación? - dijo mamá.

- No creo que sea tan serio - dijo Karen -. En el Medio Oriente también hay grupos antidesviador, ¿sabes?, pero nadie los toma en serio. Ni siquiera los iraquíes, y eso que siguen usando velo.

- Perdita sí lo está tomando en serio.

Karen descartó el comentario con un movimiento de su manga negra.

- Son una tendencia, una moda pasajera. Como las microfaldas. O esas espantosas cejas electrónicas. Un puñado de mujeres usa esas modas tontas durante un tiempo, pero las mujeres en general no abandonan los pantalones ni vuelven a usar sombrero.

- Pero Perdita... - dijo Viola.

- Si Perdita quiere tener su menstruación, yo digo que la dejen. Las mujeres funcionaron perfectamente bien sin desviadores durante miles de años.

Mamá dio un puñetazo en la mesa. - Las mujeres también funcionaban perfectamente bien con el concubinato, el cólera y los corsets - dijo, recalcando cada palabra con un puñetazo -. Pero esa no es razón para aceptarlos voluntariamente, y no tengo intenciones de permitir que Perdita...

- Hablando de Perdita, ¿dónde está la pobre niña? - dijo Karen.

- Llegará en cualquier momento - dijo mamá -. La invité a almorzar para poder discutir todo esto con ella.

- ¡Ja! - dijo Karen -. Para poder amedrentarla hasta que cambie de opinión, querrás decir. Bueno, no tengo intenciones de colaborar con ustedes. Sí tengo intenciones de escuchar el punto de vista de la pobrecita con interés y apertura mental. Respeto. Esa es la palabra clave, la que todas ustedes parecen haber olvidado. Respeto y cortesía.

Una mujer descalza, que lucía una túnica floreada y una chalina roja atada en el brazo izquierdo, se acercó a la mesa con una pila de carpetas rosadas.

- Ya era hora - dijo Karen, arráncandole una de las carpetas -. El servicio aquí es espantoso. Hace diez minutos que estoy sentada esperando. - Abrió de un golpe la carpeta -. Supongo que no tienen whisky.

- Me llamo Evangeline - dijo la joven -. Soy la docente de Perdita. - Tomó la carpeta de manos de Karen -. No pudo venir a almorzar con ustedes, pero me pidió que acudiera en su lugar, para explicarles la filosofía de las Ciclistas.

Se sentó en la silla de mimbre que estaba a mi lado.

- Las Ciclistas estamos dedicadas a la libertad - dijo -. A ser libres de lo artificial, a ser libres de drogas y hormonas que controlen el cuerpo, a ser libres del patriarcado masculino que intenta imponérsenos. Como ustedes probablemente ya saben, no usamos desviadores. - Señaló la chalina roja que tenía alrededor del brazo -. En lugar de eso, usamos esto, como emblema de nuestra libertad y femineidad. Hoy la tengo puesta para anunciar que ha llegado mi etapa de fertilidad.

- Nosotras también las usábamos - dijo mamá -, pero en la parte trasera de nuestras faldas.

Me reí.

La docente me miró. - La dominación de los cuerpos de las mujeres por parte de los hombres comenzó mucho antes de la llamada «Liberación», con las leyes gubernamentales para el aborto y los derechos del feto, con el control científico de la fertilidad, y finalmente con el desarrollo del amenerol, que eliminó por completo el ciclo reproductivo. Todo esto formó parte de un cuidadoso plan del régimen patriarcal masculino para controlar el cuerpo de la mujer y, por extensión, su identidad.

- ¡Qué interesante punto de vista! - dijo Karen con entusiasmo.

Y sí que lo era. A decir verdad, el amenerol no se había inventado para eliminar la menstruación. Se había desarrollado para lograr la remisión de tumores malignos. Sus propiedades de absorción de la mucosa uterina se habían descubierto por accidente.

- ¡¿Está tratando de decirnos - dijo mamá - que los hombres obligaron a las mujeres a usar desviadores?! ¡Todas nosotras tuvimos que luchar para que la Administración Federal de Medicamentos los aprobara.

Era cierto. Donde las madres sustitutas, los grupos antiaborto y la ley de derechos del feto habían fracasado a la hora de unir a las mujeres, la perspectiva de no tener que menstruar más había triunfado. Las mujeres habían organizado manifestaciones, habían peticionado, habían elegido senadores, habían propuesto enmiendas constitucionales, habían sido excomulgadas y habían ido a la cárcel, todo en nombre de la Liberación.

- Los hombres no estaban en contra de nosotras - dijo mamá, con la cara bastante roja -. Y el derecho religioso, y los fabricantes de apósitos, y la Iglesia Católica...

- Sabían que iban a tener que autorizar el sacerdocio de las mujeres - dijo Viola.

- Y lo hicieron - dije.

- La Liberación no las ha liberado - dijo la docente a viva voz -. Salvo de los ritmos naturales de la vida, de la mismísima fuente de la femineidad. - Se agachó y recogió una margarita que crecía debajo de la mesa -. Nosotras, las Ciclistas, celebramos el inicio de nuestras menstruaciones y nos regocijamos en nuestros cuerpos - dijo, levantando la margarita -. Cada vez que una Ciclista florece, como decimos nosotras, la honramos con flores, poemas y canciones. Después nos tomamos de las manos y decimos qué es lo que más nos gusta de nuestra menstruación.

- La retención de líquido - dije.

- O estar tirada en la cama tres días al mes, usando calurosos apósitos - dijo mamá.

- Creo que lo que más me gusta son los ataques de ansiedad - dijo Viola -. Cuando suspendí el amenerol para poder tener a Twidge, tenía esos días en que estaba convencida de que la estación espacial iba a caerme encima.

Una mujer madura vestida con mameluco y sombrero de paja se había acercado mientras Viola hablaba, y ahora estaba de pie junto a la silla de mamá. - Yo tenía esos cambios de humor - dijo -. De repente estaba alegre y al minuto siguiente me sentía Lizzie Borden.

- ¿Quién es Lizzie Borden? - preguntó Twidge.

- Asesinó a sus padres - dijo Bysshe -. Con un hacha.

Karen y la docente los miraron a ambos. - ¿No se supone que tendrías que estar trabajando en Matemáticas, Twidge? - dijo Karen.

- Siempre me he preguntado si Lizzie Borden habrá tenido el SPM - dijo Viola - y si esa fue la razón de...

- No - dijo mamá -. La razón fue tener que vivir antes de los tampones. Un caso obvio de homicidio justificable.

- Creo que esta clase de ligereza no es muy útil - dijo Karen, clavándonos la mirada a todos.

- ¿Eres la camarera? - le pregunté precipitadamente a la mujer del sombrero de paja.

- Sí - dijo ella, sacando una pizarra de un bolsillo del mameluco.

- ¿Sirven vino aquí? - pregunté.

- Sí. De diente de león, primula o vellorita.

- Tráiganos todos - dije.

- ¿Una botella de cada uno?

- Por ahora. A menos que los sirvan en barriles.

- Las especialidades de hoy son ensalada de melón y chouffleur gratinée - dijo, sonriéndonos. Karen y la docente no le devolvieron la sonrisa -. Pueden elegir su propia coliflor de la parcela que está adelante. La especialidad floratariana es capullos de lirio salteados con manteca de caléndula.

Hubo una tregua provisoria mientras todos pedían su comida. - Yo quiero guisantes dulces - dijo la docente - y un vaso de agua de rosas.

Bysshe se inclinó hacia Viola. - Lamento si parecí horrorizado cuando tu abuela me preguntó si era tu compañero - dijo.

- Está bien - dijo Viola -. La abuela Karen puede dar bastante miedo.
- Es que no quiero que pienses que no me agradas. No es así. Me gustas, quiero decir.
- ¿No tienen hamburguesas de soja? - dijo Twidge.
Ni bien se alejó la camarera, la docente comenzó a repartir las carpetas rosadas que había traído consigo. - Esto explicará la filosofía de trabajo de las Ciclistas - dijo, entregándome una -, además de proporcionar información práctica sobre el ciclo menstrual. - Le dio otra a Twidge.
- Parece uno de esos libros que nos daban en la secundaria - dijo mamá, mirando la suya -. Se llamaban «Un don especial», y tenían un montón de fotos de chicas con cintas rosadas en el cabello, jugando al tenis y sonriendo. Escandalosa tergiversación.
Tenía razón. Hasta estaba el mismo dibujo de las trompas de Falopio que yo recordaba de la película que había visto en mi escuela, un dibujo que siempre me había recordado a las primeras versiones de Alien.
- Oh, puaj - dijo Twidge -. Esto es asqueroso.
- Dedícate a las matemáticas - dijo Karen.
Bysshe parecía descompuesto.
- ¿Las mujeres realmente tenían que hacer todo esto?
Llegó el vino y serví un gran vaso a cada uno. La docente frunció los labios con desaprobación y meneó la cabeza. - Las Ciclistas no usamos estimulantes ni hormonas artificiales que el patriarcado masculino ha impuesto a las mujeres para volverlas dóciles y subordinadas.
- ¿Cuánto tiempo se menstrúa? - preguntó Twidge.
- Por siempre - dijo mamá.
- De cuatro a seis días - dijo la docente -. Está aquí en el manual.
- No, quiero decir, ¿toda la vida o qué?
- El promedio de las mujeres tienen su menarca a los doce años de edad y cesan de menstruar a los cincuenta y cinco.
- Yo tuve mi primer período a los once - dijo la camarera, poniéndome un bouquet delante -. En la escuela.
- Yo tuve el último el día en que la Administración Federal de Medicamentos aprobó el amenerol - dijo mamá.
- Trescientos sesenta y cinco dividido veintiocho - dijo Twidge, escribiendo en su pizarra -. Por cuarenta y tres años. - Levantó la vista -. Me da quinientas cincuenta y nueve menstruaciones.
- Eso debe estar mal - dijo mamá, quitándole la pizarra -. Son por lo menos cinco mil.
- Y siempre empiezan el día en que te vas de viaje - dijo Viola.
- O que te casas - dijo la camarera.
Mamá comenzó a escribir en la pizarra.
Aproveché el cese del fuego para volver a serviles vino de diente de león a todos.
Mamá alzó la mirada. - ¿Se dan cuenta de que si el período era de cinco días, una se pasaba casi tres mil días menstruando? Son más de ocho años.
- Y entre medio estaba el SPM - dijo la camarera, dejándonos flores.
- ¿Qué es el SPM? - preguntó Twidge.
- El síndrome pre - menstrual, un nombre que el establishment médico fabricó para denominar la variación natural de los niveles hormonales que indica la cercanía de la menstruación - dijo la docente -. Esta leve fluctuación, enteramente

normal, fue exagerada por los hombres hasta convertirla en una debilidad. - Miró a Karen, buscando confirmación.

- A mí se me daba por cortarme el cabello - dijo Karen.

La docente parecía incómoda.

- Una vez me rapé todo un costado - prosiguió Karen -. Todos los meses, Bob tenía que esconder las tijeras. Y las llaves del auto. Cada vez que debía detenerme por un semáforo rojo me ponía a llorar.

- ¿Te hinchabas? - preguntó mamá, sirviéndole otro vaso de vino.

- Quedaba igual que Orson Welles.

- ¿Quién es Orson Welles? - preguntó Twidge.

- Sus comentarios reflejan la auto-repugnancia que les ha inculcado el patriarcado - dijo la docente -. Los hombres les han lavado el cerebro a las mujeres hasta convencerlas de que la menstruación es algo pérfido y sucio. Las mujeres incluso solían llamarla «la maldición», porque aceptaban el juicio de los hombres.

- Yo la llamaba «la maldición» porque pensaba que una bruja me había echado un maleficio - dijo Viola -. Como en «La Bella Durmiente».

Todos la miramos.

- Bueno, así era - dijo -. Era lo único que se me ocurría para explicar que semejante cosa horrible me sucediera. - Devolvió la carpeta a la docente -. Y sigue siendo lo único que se me ocurre.

- Creo que fuiste tremenda.

FIN

Nelson Bond - **FACTOR VITAL**

¿A quién enviaremos en busca de este nuevo mundo?

¿Quién nos parecerá Suficiente?

Milton, Paraíso Perdido

Wayne Crowder se llamaba a sí mismo un hombre poderoso. Aquellos que le conocían mejor (aunque no había nadie que le conociese verdaderamente bien) utilizaban adjetivos hasta cierto punto lisonjeros para él. Era, según decían estas personas, un hombre frío e implacable; un hombre de voluntad de hierro e inflexible decisión; un hombre cuyo corazón corría, parejas con su mandíbula de granito. No es que fuese astuto, inmoral o injusto. Solamente era duro. Un hombre que quería las cosas a su manera... y las conseguía.

En una época que ve más el naufragio que el triunfo de las fortunas, Crowder demostró su habilidad y talento enriqueciéndose. Aun en estos días en que tan duro precio hay que pagar por todo, un hombre atrevido y resuelto que no admite obstáculos puede conseguirlo. Wayne Crowder lo consiguió. Patentó un sencillo artículo doméstico de uso general, lo vendió a un precio irrisorio que hizo trizas a todos los posibles competidores, y se convirtió en un multimillonario a pesar de los astronómicos impuestos que tenía que pagar al Departamento de la Renta Nacional. Se construyó un orgulloso rascacielos, en cuya cumbre instaló su despacho particular. Vivía en las nubes, tanto en el sentido figurado como en el verdadero. Sus empleados eran subordinados en el verdadero sentido de la palabra.

Crowder constituía el ejemplo final del hombre de negocios completamente desapasionado: dueño de sí mismo, falto de amenidad, enérgico, astuto. Incluso aquellos periódicos untuosos y caros que se dedican a adular a los ricos y a los poderosos eran incapaces de hallar frases cordiales y lisonjeras cuando se referían a Wayne Crowder. Sólo sabían llamarle un hombre de hielo, de piedra, tinta y acero. Y en líneas generales, este juicio era exacto. Pero él les dio una sorpresa.

Una tarde dijo a su secretario:

- Reúna a mis ingenieros.

Los ingenieros tomaron asiento en actitud deferente ante la maciza mesa del jefe. Wayne Crowder les dijo con laconismo:

- Señores... quiero que me construyan una astronave.

Los ingenieros le miraron y luego se miraron entre sí sin poder ocultar su extrañeza. El que hacia las veces de portavoz de los reunidos carraspeó.

- ¿Una astronave, señor Crowder?

- He resuelto - dijo el millonario - ser el hombre que dará la navegación interplanetaria a la Humanidad.

Uno de los expertos dijo:

- Si usted lo desea, señor, podemos trazar los planos de semejante nave. Eso no es difícil. Los planos esenciales existen desde hace muchos años; la base de los mismos es el submarino. Pero...

- ¿Qué?

- Pero el motor que impulse a esta nave - dijo francamente el ingeniero - eso es lo que nosotros no podemos darle. El hombre lo busca desde hace docenas de años, pero la solución aún no se ha encontrado. Dicho en otras palabras: podemos construir la astronave que usted pide, pero nos consideramos incapaces de levantar a dicha nave de la superficie de la Tierra.

- Ustedes tracen los planos de la nave - dijo Crowder - y yo me ocuparé de encontrar el motor que les hace falta.

El primer ingeniero preguntó:

- ¿Dónde?

A lo que Crowder repuso.

- Pregunta muy adecuada. He aquí mi respuesta: no lo sé. Pero en algún lugar de este mundo existe el hombre que conoce ese secreto... y que me lo revelará si yo le proporciono el dinero necesario para convertir su teoría en realidad. Encontraré a ese hombre.

- Se verá usted asediado por una turba de chiflados.

- Lo sé. Ustedes deben ayudarme a separar el trigo de la cizalla. Pero todo aquel que se presente con una idea prometedor, por fantástica que parezca, gozará de la oportunidad de demostrar lo que es capaz de hacer.

- ¿Quiere usted decir que está dispuesto a subvencionar sus experimentos?
¡Eso le costará una fortuna!

- Tengo una fortuna - dijo Crowder con brevedad -. Ahora, manos a la obra. Ustedes constrúyanme la nave, y yo haré que se eleve.

Luego Wayne Crowder convocó una conferencia de prensa. Aparecieron artículos sensacionalistas, divertidos y bastante maliciosos. Los sindicatos periodísticos se deleitaron ofreciendo al mundo los menores detalles de la Locura de Crowder... Y la oferta que había hecho el magnate, de cien mil dólares en efectivo, al hombre que hiciese posible que una nave se elevase de nuestro planeta. Pero la historia llegó hasta los confines más recónditos del globo y la oferta circuló en una docena de lenguas diferentes.

La predicción de los ingenieros se cumplió al pie de la letra. Las oficinas de Crowder se convirtieron en la Meca y el refugio de todos los chiflados de la Humanidad; sus planos y modelos a escala abarrotaban los corredores, sus cartas constituían un diluvio de tinta, que amenazaba sumergir al personal destinado a clasificar, examinar y analizar todas las propuestas, pese a que dicho personal se había duplicado. Crowder sólo recibía a aquellos pocos que conseguían pasar la criba de sus Cancerberos. Despedía a la mayor parte de aquellos, si bien conservaba a algunos, asignándoles un sueldo y poniéndolos a trabajar. Invertió una suma que hubiera servido para el rescate de un príncipe en la construcción de nuevos laboratorios. Sus amplios terrenos de prueba se convirtieron en el taller manicomial de una veintena de pretendidos conquistadores del espacio.

Así fueron pasando las semanas; la astronave diseñada por los ingenieros dejó la mesa de los delineantes para empezar a convertirse en realidad. Sin embargo, todavía ninguno de los subvencionados había conseguido que demostrara que el motor que él presentaba - ya fuese de vapor o explosión, de gas, atómico o de cualquier otro combustible - sería capaz de levantar a aquel monstruo metálico de la superficie de la Tierra. Se realizaron muchas pruebas, algunas cómicas, otras trágicas. Pero todas terminaron en fracaso.

A pesar de ello, Crowder seguía aferrado a su obsesión.

- Vendrá - decía -. Con dinero y decisión se compra todo. Vendrá tarde o temprano.

Y resultó que tenía razón. Un día se presentó en su despacho un individuo. Era un hombrecillo insignificante. Aún lo parecía más en aquella inmensa estancia. Aparecía empequeñecido en las vastas profundidades de una enorme butaca... Tenía los ojos a la altura de la maciza mesa de despacho de Crowder. A diferencia de sus predecesores, no llevaba una abultada cartera conteniendo planos, esquemas o fórmulas. También difería de los demás en que no fanfarroneaba, ni se encogía o se deshacía en adulaciones. Era un hombrecillo de aspecto agradable, de ojillos y movimientos de pájaro, alerta y sonriente.

Se limitó a decir:

- Me llamo Wilkins. Puedo impulsar esa nave que usted desea.

- ¿De veras? - dijo Crowder.

- Pero no tendrá nada que ver con ese disparatado y enorme proyectil que están construyendo sus ingenieros. Los cohetes constituyen un estúpido despilfarro de tiempo. Mi motor requiere otro tipo de nave.

- ¿Dónde están sus planos? - le preguntó Crowder.

- Aquí - respondió el hombrecillo golpeándose la frente.

Crowder dijo sin inmutarse:

- Mantengo a un par de docenas de individuos que dicen lo mismo. Ninguno de ellos ha conseguido nada. Que le hace a usted creer que su idea tendrá resultado?

- Los platillos volantes replicó el hombre.

- ¿Eh?

- He penetrado su secreto. Mi proyecto se basa en el principio que impulsa a esas naves. Y éste no es otro que el electromagnetismo. La utilización de la fuerza de gravedad. O la fuerza opuesta: la antigravedad.

- Muchísimas gracias - dijo Crowder, levantándose -. Ahora, si usted me permite...

- ¡Espere usted! - le ordenó el hombrecillo - Aún hay otra cosa. Esto.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, sacó del bolsillo un objeto metálico del tamaño y la forma de un cenicero. Suspendiéndolo sobre la mesa de Crowder... retiró la mano. El objeto permaneció inmóvil en el aire. Crowder lo tocó. Notó un ligero hormigueo en la yema de sus dedos, pero el objeto no cayó. Crowder sentóse de nuevo lentamente.

- Me basta - dijo -. ¿Qué necesita usted?

- Ya ha establecido usted un precio muy bueno por mis servicios - dijo Wilkins -. Sólo le pediré tres cosas más. Un taller en el que pueda construir un prototipo basado en este modelo. La ayuda de mecánicos expertos. Y una respuesta.

Crowder enarcó las cejas.

- ¿Una respuesta?

- La respuesta a una pregunta. ¿Por qué desea usted en tan gran manera construir esta nave?

- Porque amo el poder - repuso francamente Crowder -. Porque soy ambicioso. Quiero ser el primero en conquistar el espacio porque esto me hará más poderoso, más rico y más fuerte que cualquier otro de mis semejantes. Yo seré el amo, no sólo de un mundo, sino de todos los mundos.

- Sincera respuesta, en verdad - observó Wilkins - si bien extraña.

- ¿Qué otra podía darle?

- Yo puedo darle otra - dijo el hombrecillo con expresión pensativa -. Yo quiero irme de este planeta y dirigirme a cualquier otro lugar - a Marte, quizá -, porque todavía existen por descubrir extrañas bellezas. Porque me aguardan crepúsculos purpúreos sobre yermas soledades, mientras en el cielo nocturno tachonado de estrellas el tenue y frío aire de un mundo moribundo se agita en inquietos suspiros por los valles de los secos canales. Por que desde aquí su vivo y lejano brillo en los cielos semeja un doloroso rubí clavado en mi corazón, y mi alma desfallece de añoranza, anhelando poner la planta sobre otro mundo que aún no haya sido pisado por el hombre.

Crowder le atajó bruscamente:

- Es usted un sentimental. Pero a mí sólo me interesa la lógica. No importa. Podemos trabajar juntos. Mañana por la mañana tendrá usted el taller a punto.

Cuatro meses más tarde, bajo la humeante colina de un crepúsculo otoñal, los dos hombres estaban sentados de nuevo uno frente a otro. Aunque esta vez no se hallaban en el rascacielos de Crowder, sino agazapados en la estrecha cabina de una pequeña nave discoidal construida por los ingenieros de Crowder de acuerdo con los planos de Wilkins. En el exterior, una ingente multitud se hallaba reunida para presenciar el vuelo de prueba. El gentío se agitaba y murmuraba, en una espera impaciente, mientras, en el interior de la cabina del disco, Wilkins instalaba la última parte secreta cuya naturaleza no había revelado a los que le ayudaron a construir su aparato.

El hombrecillo empalmó un alambre, realizó un pequeño ajuste en otro lugar, mientras Crowder lanzaba gruñidos de impaciencia.

- ¿Bien, Wilkins? ¿A qué esperamos?

- No esperamos nada. - Wilkins dejó sus herramientas se dirigió al borde exterior de la nave de curiosa forma y levantó una pantalla metálica que le permitió contemplar el terreno de pruebas -. Tal vez sea... sentimentalismo. El deseo de contemplar una vez más las escenas familiares de la Tierra.

- ¡Déjese usted de sensiblerías! - rezongó Crowder -. ¿O es que tiene miedo? ¿Tal vez ha pensado que su invento no funcionará, después de todo?

- Funcionará.

- Entonces, ponga el motor en marcha. Déjeme que oiga su rugido y note el arranque cuando nos libremos de la gravedad terrestre para volar hacia el espacio exterior. Cuando esto llegue, quizá yo también comparta su sentimentalismo.

El hombrecillo cerró la escotilla y volvió a su sitio ante los mandos. Tocó una palanca y accionó una llave. Sus manos se movían con ademán soñador sobre el tablero. Crowder dijo con displicencia:

- Empiezo a desconfiar de usted, Wilkins. Como esto resulte ser un fraude... ¿Cuándo vamos a despegar? Usted dijo que lo haríamos a las cinco en punto, y ahora son... - consultó su reloj - ...ahora son las cinco y dos minutos. ¿Bien? ¿Es que no nos movemos?

- Ya nos estamos moviendo - repuso Wilkins.

Levantó de nuevo la pantalla que cubría la portilla. Crowder vio el negro aterciopelado del espacio, salpicado con millares de estrellas arremolinadas. Bajo ellos la Tierra retrocedía, semejante a un vagón de juguete... una moneda... una luciérnaga.

- ¡Dios mío! - exclamó Crowder, tratando de ponerse en pie -. ¡Dios mío, es verdad! ¡Lo ha conseguido usted, Wilkins!

El hombrecillo sonrió.

Crowder experimentó un júbilo inenarrable. Por último aquel hombre frío y duro conoció una emoción. Gritó en son de triunfo:

- ¡Entonces, eso quiere decir que yo tenía razón! No hay nada que no se pueda comprar con decisión y dinero. Prometí ser el primer hombre que conquistaría el espacio, y he cumplido mi promesa. Es un triunfo del poder y de la ambición.

- Y del sentimiento - dijo Wilkins.

- ¡Váyase usted al diablo! Sus sueños y proyectos hubieran muerto antes de nacer, de no haber sido por mí. Fui yo quien hizo esto posible, Wilkins; no lo olvide. Mi capital, mi poderío, mi voluntad.

Contempló la Tierra distante con ojos llameantes.

- Esto no es más que el comienzo - dijo -. Construiremos un modelo mayor, capaz de contener a un centenar de personas. Prepararemos la primera invasión de otro mundo. Forjaré un nuevo imperio... en Marte. Regresemos ya, Wilkins.

- No - dijo Wilkins -. Me parece que no.

- ¿Cómo? Hemos demostrado que esta nave puede elevarse. Ahora volvamos y preparémonos para más largas travesías.

- Nada de eso - dijo el hombrecillo - Continuaremos adelante.

- ¿Qué significa esto? - rugió Crowder -. ¿Se atreve usted a desafiarme? ¿Se ha vuelto loco?

- No - dijo Wilkins -. Sentimental.

Entonces se quitó la chaqueta. Luego deshizo el nudo de su corbata y se despojó de la camisa, los pantalones y los zapatos. Bajo sus ropas surgió otro atavío, unas extrañas y brillantes vestiduras totalmente distintas a todo cuanto Crowder había visto hasta entonces. Una tela rutilante, de apretada malla y de un tono dorado, que subrayaba de un modo extraño las características no humanas de su desmedrado físico. Dirigió una sonrisa a Crowder una sonrisa amistosa. Pero no era la sonrisa de un ser nacido sobre la Tierra.

- Su dinero y su ambición me han allanado el camino - observó el marciano -, pero el sentimiento fue el factor vital que me hizo acudir a usted. Comprenda... deseaba regresar a mi hogar.

FIN

Fredric Brown - EL EXPERIMENTO

- La primera máquina del tiempo, caballeros - Informó orgullosamente el profesor Johnson a sus dos colegas -. Es cierto que sólo se trata de un modelo experimental a escala reducida. Únicamente funcionará con objetos que pesen menos de un kilo y medio y en distancia hacia el pasado o el futuro de veinte minutos o menos. Pero funciona.

El modelo a escala reducida parecía una pequeña maqueta, a excepción de dos esferas visibles debajo de la plataforma.

El profesor Johnson exhibió un pequeño cubo metálico.

- Nuestro objeto experimental - dijo - es un cubo de latón que pesa quinientos cuarenta y siete gramos. Primero, lo enviaré cinco minutos hacia el futuro.

Se inclinó hacia delante y movió una de las esferas de la máquina del tiempo.

- Consulten su reloj - advirtió.

Todos consultaron su reloj. El profesor Johnson colocó suavemente el cubo en la plataforma de la máquina. Se desvaneció.

Al cabo de cinco minutos justos, ni un segundo más ni un segundo menos, reapareció.

El profesor Johnson lo cogió.

- Ahora, cinco minutos hacia el pasado. - Movié otra esfera. Mientras aguantaba el cubo en una mano, consultó su reloj -. Faltan seis minutos para las tres. Ahora activaré el mecanismo - poniendo el cubo sobre la plataforma - a las tres en punto. Por lo tanto, a las tres menos cinco, el cubo debería desvanecerse de mi mano y aparecer en la plataforma, cinco minutos antes de que yo lo coloque sobre ella.

- En este caso, ¿cómo puede colocarlo? - preguntó uno de sus colegas.

- Cuando yo aproxime la mano, se desvanecerá de la plataforma y aparecerá en mi mano para que yo lo coloque sobre ella. Las tres. Presten atención, por favor.

El cubo desapareció de su mano.

Apareció en la plataforma de la máquina de tiempo.

- ¿Lo ven? ¡Está allí, cinco minutos antes de que yo lo coloque!

Su otro colega miró el cubo con el ceño fruncido.

- Pero - dijo - ¿y si ahora que ya ha sucedido cinco minutos antes de colocarlo ahí, usted cambiara de idea y no lo colocase en ese lugar? ¿No implicaría eso una paradoja de alguna clase?

- Una idea interesante - repuso el profesor Johnson -. No se me había ocurrido, y resultará interesante comprobarlo. Muy bien, no pondré...

No hubo ninguna paradoja. El cubo permaneció allí.

Pero el resto del universo, profesores y todo, se desvaneció.

FIN

Theodore Sturgeon - **EL ESQUEMA DE DORNE**

El dardo era un milagro de precisión. Pequeñísimo y plateado, contenía un generador laser, un mecanismo de aproximación y otro de autodestrucción tan eficiente que, en un instante, sería capaz de separar sus partes componentes hasta un nivel molecular. Podía llevar hasta el blanco la breve onda de calor intolerable que, a distancia tan pequeña, resultaría letal, autodestruyéndose luego. La disección posterior del hombre asesinado revelaría solamente la herida de quemadura, puntiforme, y el orificio de salida, que, en este caso, sería casi idéntico al otro. Lo que se hallara entre ambos estaría prácticamente cocinado. No habría marca alguna detrás o alrededor del muerto; aun el breve resplandor de una intensidad casi como la del sol se vería oculto dentro del cuerpo de la víctima, y ésta al caer, debía girar en uno u otro sentido. ¿Quién sería entonces capaz de reconstruir la trayectoria?

El pequeño fusil diseñado para lanzar el dardo era también un verdadero milagro de la técnica. Tan pequeño que se veía como un poco importante apéndice de la mira telescópica montada en su parte superior. El propulsor estaba constituido por una serie de anillos solenoides criptogénicos, silenciosos y que no emitían resplandor, envueltos en miles y miles de vueltas de alambre superconductor casi invisible. En la mira telescópica había un sistema completo de amplificación de la luz, con acoplamiento automático según el foco. Lo que se hallara en la intersección de los dos delgados hilos de la mira iba a ser inmediatamente destruido en cuanto se ajustara al foco. El todo, estaba realizado en materiales muy por debajo del error admisible de los más delicados instrumentos de detección, y era desmontable hasta que quedaran partes muy pequeñas y poco notables que pudieron ser, y que efectivamente lo fueron, ocultas en el uniforme de un teniente mayor de la guardia del líder. El líder era Borne, y la imagen que se veía en el teleobjetivo era la puerta abierta del balcón de la habitación de Dorne y lo único que faltaba para completar el cuadro, para poner el punto final de este cuidadoso plan era la aparición de la famosa cara del gobernante.

El cuarto de piedra en el cual el teniente se inclinaba, anhelante, sobre su mira telescópica, era más adecuado tal vez al siglo XV que al XXI, con su enorme puerta de roble y herrajes de acero, su única y estrechísima ventana. Estaba oscuro como una tumba, excepto por el pequeño rayo de luz del ocular y vacío, salvo por el odio que se había acumulado durante la mitad de una vida, por la voluntad y por la absoluta certeza. Ahora se completaba el cuadro; ahora, una sombra aparecía en la puerta que se veía a través del patio interior, ahora, la cara de las monedas, de las estampillas, de las estatuas y de los edictos del gobierno, la cara poderosa de Dorne con su cabellera que se asemejaba a la melena de un león, apareció en los dos hilos cruzados de la mirilla cuando el líder se dirigió, exactamente a tiempo (¡cómo no habría de ser así!) a buscar su bocanada de aire nocturno.

La vida entera del teniente se encontró suspendida de los dos movimientos de un dedo que se deslizó en el seguro del gatillo y del que buscó el rotor del foco. La imagen fue tan exacta, que casi se podían ver los poros y mientras el pulgar se movía hacia el segundo rotor y hacía funcionar la lente con esa cara tan largamente detectada, vio las mejillas musculosas, las patas de gallo que se

insinuaban alrededor de los ojos, ampliamente separados. Dirigió expertamente la intersección de la mirilla hacia el puente de la nariz del líder, el dedo se tensó sobre el gatillo, la imagen se estabilizó...

Y desapareció.

Desapareció completa, absolutamente.

Entonces, hubo un segundo que pareció interminable, un universo negro compuesto enteramente de un total descreimiento, hasta que se decidió a volver a mirar, sin poder distinguir otra cosa que la oscuridad que lo rodeaba, con la única excepción de la estrecha ventana. Movi6 su mano hacia el lente, para tratar de determinar qué era lo que oscurecía la visión.

Era una mano. Tuvo tiempo suficiente para tocarla y reconocerla, cuando algo como lo golpeó sobre la nuez de Adán. Cayó mientras parecía que el fusil hubiera quedado suspendido en la oscuridad, por la oscuridad, suspendido mientras él caía, luchando desesperadamente por dos imposibles, aire y silencio. Sus rodillas golpearon contra el piso y mientras su cabeza se doblaba por el tremendo dolor que sentía en la garganta, algo le golpeó en la nuca y entonces terminó de caer. El dolor no fue más que un breve centelleo de una mayor oscuridad que lo deglutió.

Entonces, el tiempo pareció perder su ritmo. Nunca recordaría cómo fue trasladado desde el montón que formaba en el suelo debajo de la ventana, hasta descansar su espalda, sentado, contra una de las paredes. Todo estaba oscuro o él se había vuelto ciego... no, todo estaba oscuro, porque ahora podía distinguir la incierta claridad que pasaba a través de la ventana. Los ojos le dolían. Se dio cuenta de que no lloraba desde hacía años. Desde que su padre y sus dos hermanos habían sido tomados prisioneros por una patrulla, una noche, y nunca los volvió a ver. Entonces no era más que un niño. Lo que ahora lo sacudió fue toda la pena y la angustia de la pérdida y la rabia frustrada que durante tantos años se negó. Por el momento, también se le negó todo lo otro. Lo único que no sentía era vergüenza, pero ésta apareció, junto con el asombro, cuando con un pañuelo le limpiaron con las lágrimas que bañaban sus mejillas. Trató de levantar sus manos con enojo, puesto que nadie debía saber que había llorado, pero el dolor agónico que sintió sobre las clavículas, le dijo que alguien había presionado expertamente sobre sus nervios y la experiencia le comunicó que sus brazos no le pertenecerían durante un largo rato.

Sintió algo sobre su cabeza, que luego se posó sobre su frente y sus ojos. La luz no era demasiado intensa, pero en comparación con la oscuridad del lugar, lo deslumbró. También lo deslumbró lo que entonces comprendió; que estos eran anteojos para luz negra, conversores de luz ultravioleta, y que gracias a ellos y al rayo invisible que emitía la lámpara entre los lentes, había sido observado desde el momento en que entró en la habitación de piedra del sótano. Había sido observado (¿y por qué no fotografiado?) mientras armaba el arma y apuntaba. Había sido visto, Dios mío, llorando, y sus lágrimas fueron limpiadas para que pudiera ver por los lentes.

¿Ver qué? Un borrón de luz, un parpadeo, una insignia de cuero con la cara del líder y una letra a cada lado, una brillante S del servicio secreto, el legendario y misterioso servicio secreto de Dorne, que se hallaba por encima de la ley, más allá de la ley-, porque aun las leyes de Dorne, hechas por Dorne, representaban una restricción a lo que Dorne quería hacer, y Dorne era un hombre que no admitía restricciones.

Movió la cabeza en señal de asentimiento y se le retiraron los anteojos. Oyó tres pasos en la oscuridad. Luego hubo un momento de espera y escucha y luego la puerta se abrió lo suficientemente como para dejar entrever una silueta que salió al exterior, cerrándose nuevamente.

El teniente boqueó al ver esto, y trató de no pensar, porque el pensar era demasiado terrible; el pensar llevaba a la conclusión de que era un hombre muerto y a la comprensión aún más horrible de que se había jugado con él como con un gatito y de que a último momento se lo había hecho a un lado con el ademán despreciativo con que espantamos a un insecto molesto. Y todo esto había sido lo que obtuvo después de media vida de planeamiento apasionado. Así que en vez de pensar, comenzó a sentir. A sentir el cosquilleo sobre las clavículas, a sentirlo descender hacia sus bíceps, hacia los antebrazos, hacia las manos, hacia los dedos, cada vez con menor dolor, hasta que un esfuerzo de su voluntad fue recompensado por el movimiento de sus dedos. Levantó las manos y las frotó una contra otra hasta que volvieron a pertenecerle. Entonces se puso de pie y siguió el ejemplo que recién le habían dado. Se dirigió hacia la puerta y se quedó allí escuchando. No oyó nada. La abrió solamente lo necesario para deslizarse afuera y luego la cerró. No había nadie a la vista. Dobló hacia la derecha y comenzó a caminar.

Si bien había esperado que todo el lugar se hallara en estado de alerta o de alarma, la tranquilidad reinante lo desilusionó. Se dio cuenta, al pasar a un soldado que lo saludó y luego a otro, de que había visto sus caras otras muchas veces, de que se hallaba otra vez en su lugar acostumbrado dentro de los intrincados laberintos concéntricos de la guardia. Habiendo tomado guardia esta noche, había hecho sus contactos de rutina unos segundos antes cada uno, hasta que pudo acumular unos seis minutos de tiempo. Con estos seis minutos y un arma que le había llevado años diseñar y construir se había propuesto cambiar la faz de la tierra. Ahora se preguntaba si tal vez no sería que en ese poco tiempo él se habría tornado inútil y habría muerto dejando al mundo, el mundo de Dorne, sin cambiar y triunfante, puesto que se hallaba exactamente en su puesto. Podría ir al cuarto de guardia para ser reemplazado y abandonar el lugar sin que nadie supiera que no sólo la vida, sino que todas las razones para vivir, habían sido arrebatadas sin misericordia en menos de seis minutos.

En el cuarto de guardia familiar, lleno de caras conocidas, se dedicó a completar su informe (una columna estaba encabezada sucesos poco habituales, otra personal no autorizado). Mintió y escribió «no se han observado» hasta llenar toda la página, (porque ¿qué podían hacerle ahora por mentir?) Y entonces pudo apreciar el valor de las cosas familiares. Se puede estar preocupado, o cansado o borracho, pero siempre se harán correctamente las cosas habituales. También se puede estar muerto. Sabía que estaba siendo observado, tal como lo habían hecho hasta ese momento. También sabía que no podía defenderse, que estaba inerme. Le pasó el turno a Riggs, un teniente de carrera, con dientes muy grandes, que mostraba siempre en una sonrisa, y salió a la noche inundada de luz, cruzando la verja que le era tan familiar y preguntándose si esta sería la última vez. Tal vez sí, tal vez no, pues mucho dependía de cuán «divertido» hallaran el juego.

El auto, tan familiar, estaba esperando. Las caras, tan familiares de Hallowell e Iturbi subían cuando él llegó y mientras se deslizaban silenciosamente por las calles oscuras, la charla también fue familiar. Nadie reparó en su silencio, pues siempre había sido un hombre callado. Iturbi se apeó. Luego de otro silencio,

comenzó la conversación, también familiar de Zein-Hallowell: siempre hablaban de Iturbi. Luego también se apearon, al llegar al Altar del Líder, puesto que ambos vivían cerca y el auto tomó hacia el Norte por el boulevard Dorne con la última y familiar estampa del amplio asiento posterior y del silencio del conductor.

¿Hacia el Norte? ¿Por el boulevard Dorne?

- ¡Oiga!

El auto disminuyó su marcha y paró en la curva. Bueno, por fin algo distinto para señalar el día de su muerte. El conductor había olvidado que él vivía en el lado Sur. Ahora miró y observó que quien conducía era una mujer. Bien, eso era lo más frecuente. Ella se dio vuelta para mirarlo y le dijo:

- Venga aquí adelante conmigo.

- Me quedaré donde estoy - dijo casi gritando -. Dé vuelta y... - Se interrumpió atónito porque con un movimiento leve de su mano, la mujer extrajo algo de su bolsillo y lo tiró sobre sus piernas. Era la lente de la mira telescópica.

Entonces hubo un momento de estremecedor silencio: no se repitieron las órdenes, no se extrajeron armas. Ella se quedó allí, aguardando. Sin embargo, se cruzaba todo un diálogo hacia adelante y atrás, hacía adelante y atrás, argumentos, resistencia, amenazas, miedo. Hizo lo que le pareció correcto. Abrió la puerta se apeó y volvió a subir, al lado de ella. El automóvil comenzó a andar en el momento en que cerró la portezuela. Durante un rato él atisbó la cara de ella a la luz débil que venía de afuera. Algo más de veinte años, buena mandíbula, nariz recta, ojos grandes, simplemente una mujer más con uniforme, similar a los otros millones de ellas. Se le ocurrió una idea que tradujo luego en pregunta:

- ¿Quién me atacó en el sótano aquél?

- Yo.

Guiaba muy bien y parecía ser normalmente saludable, pero no era una mujer robusta. Otros instantes de diálogo silencioso, descreimiento, ¿podría ser?, sino ella ¿quién? y pruébemelo, hasta que ella lo logró con palabras:

- Usted estaba llorando.

No era lo que él hubiera querido oír, pero fue la prueba.

Hizo doblar el auto en una calle cercana, y finalmente lo miró a la cara.

- No lo culpo - le dijo -. Yo hubiera hecho lo mismo. La verdad es que me resulta usted simpático por ello.

- ¿No me diga? - contestó él con amargura.

Sin dar a entender que había oído, ella continuó:

- No tenía usted plan alguno, ¿verdad? Para después. Para después de que lo hubiera matado.

Si ella le hubiera preguntado cuáles eran sus planes, él hubiera podido negarse a contestar. Hasta habría disfrutado si la muerte le hubiera llegado por negarse a contestar. Pero si lo de la mujer había sido una afirmación.

- ¿Para qué quiero yo planes? Dorne es un tonto. - La herejía le supo bien luego de tantos años de forzada reverencia -. Todo hombre es un tonto si construye una estructura sobre bases tan débiles. Fácil es hacer caer el todo. Parece algo fuerte, pero no lo es en realidad.

- ¿Y qué piensa usted que hubiera sucedido luego que toda la estructura se hubiera derrumbado?

- No me importa. Cualquier cosa sería mejor que un pueblo controlado, viviendo vidas controladas. Algo surgiría de las ruinas. Tal vez algo no tan meticuloso, no tan eficiente ni tan confortable. Pero sería algo vivo y en crecimiento, no algo perfecto y... y estático.

Ella dijo en un tono de perfecta certeza y convencimiento:

- Dorne no piensa que será eterno. Pero quiere que su sistema sí lo sea. Hace mucho tiempo que se prepara para algo como lo que usted quería hacer esta noche.

- ¿Cómo es eso?

- La ley de Newton vale para todos, hasta para la política. «Cada acción posee una reacción igual y contraria». Si se crea una sociedad como esta, se crean los revolucionarios. Usted sabe perfectamente bien que existe una resistencia organizada.

- ¡No me incluya a mí entre esos! - rugió él.

- No lo incluyo - prosiguió la mujer -. Existe todo tipo de revolucionario, y aquellos que hacen más ruido son los más fácilmente manejables. Se ponen en evidencia, claro está. Pueden ser hallados y encarcelados en el momento adecuado. Además, aquellos que los siguen suelen ser inadaptados, No dejan de serlo simplemente por el hecho de obedecer a otro líder. No pueden comportarse correctamente dentro del orden establecido, pero tampoco son capaces de llevarse bien entre ellos. El principio que usted enunció, de las malas bases, también se extiende allí. Elimínese al líder y solamente habrá un lío que arreglar, no un movimiento que vencer.

- Veo que lo tiene, todo bien pensado - dijo él, viendo que su amargura crecía por momentos.

Ella asintió moviendo la cabeza serenamente. Él estaba tan furioso que hubiera podido golpearla, pero ¿cómo hacerlo en un automóvil a ciento y pico de kilómetros por hora, en un camino difícil?, Y además ¿adonde lo estaba llevando? La ciudad había quedado muy atrás. Ella siguió hablando.

- Hay, otro tipo de revolucionario mucho más difícil de manejar. El que tiene un rencor personal, e inteligencia suficiente como para planear algo, combinándola con la habilidad para ejecutarlo. No tiene compañeros ni cómplices, así que no puede ser traicionado. Lo más difícil de todo es que tiene un objetivo bien limitado. Quiere una única cosa, digamos, matar a un hombre. No se propone ningún plan especial, no está tratando de salvar al mundo, ni siquiera le importa si alguien se entera de que es responsable. ¿Cómo estar prevenido contra alguien así?

- ¿Cómo lo logró usted?

- Simplemente pensando que usted existía - dijo ella sonriendo -. Pensando que es tan inevitable como los otros tipos de héroes de revolución. Una vez que se sabe esto, cualquier computadora Mark II o III puede dar un retrato de él. Quién, por qué, cómo, cuándo y dónde. Todo lo que hay que hacer es sentarse a esperar. Cumplirá su cita.

La onda de desesperada inutilidad casi lo ahogó. Cuando logró recobrase, balbuceó:

- Entonces... por un simple procedimiento de extrapolación...

- Exactamente. Funciona como si fuera una predicción. Se toman en cuenta los factores conocidos y se determinan las probabilidades. Comparándolas, se elige la más factible, y se va prosiguiendo en la elección, hasta agotar las posibilidades. Le diré además que no usamos una II o III. La nuestra es una VII. Le habla a todas las otras computadoras, teniente. Sabe.

Ahora había llevado el automóvil más allá del camino pavimentado, a un sendero casi invisible que atravesaba un bosque. Dejó de hablar y se concentró en la tarea de hacer pasar el vehículo por lugares estrechos, entre árboles y

rocas. Llegaron finalmente a un lugar sin salida, entre árboles que les cerraban el paso. Ella no hizo ademán de abrir la puerta, así que él también se abstuvo. La mujer debió de haber tocado algún control, porque repentinamente el suelo donde estaba el auto comenzó a girar silenciosamente. Cuando el auto pareció hallarse dirigido a un espacio libre entre los árboles, ella lo hizo pasar por ella. Mirando hacia atrás el teniente vio que la parte que giraba volvía a su posición original.

- Venga.

Él se quedó mirándola, y luego fijó sus ojos en la dirección que ella señalaba, una choza de madera y cartones encerados, que se apoyaba en la pared rocosa. Él miró de nuevo a la mujer. La luz de las estrellas y del segmento pequeño de la luna no era demasiado brillante, pero le permitió ver la forma tranquila y segura en que ella se movía cuando bajó del automóvil y se paró cerca de él. Era más alta de lo que esperaba, llevaba las manos un poco separadas del cuerpo y sus pies se afimaban seguramente. Sus manos eran un arma, toda ella era un arma, y no sería nada difícil de que además llevara un revólver. Meneó la cabeza y fue hacia la choza, abriendo la puerta después de que un gesto de ella lo animara a hacerlo. Entró, y ella entró detrás. Cerró la puerta, y vio que algo que ella llevaba en la mano emitió un haz de luz. Gracias a él distinguió un jergón, una vieja estufa, un suelo nada limpio y una chimenea. La mujer dio un golpe en un lugar de la chimenea, y la pared situada detrás se corrió hacia arriba, revelando la existencia de un corredor que parecía penetrar en la montaña.

El teniente se paró para descansar, Y miró hacia atrás, hacia la débil barrera formada por la pared de la choza, fijando luego la vista en ella. Nunca supo cómo fue que la mujer captó la idea que pasó por su mente. ¿Se habría puesto tenso, estrechando los ojos, flexionando las manos y parándose más firmemente? Casi llegó a moverse, pero ella lo detuvo con un suave:

- No lo intente.

Entonces sólo pudo menear tristemente la cabeza, mientras su cuerpo se relajaba. Mientras miraba el corredor le preguntó:

- Si entro allí ¿saldré con vida? - la mujer le contestó con tranquilidad:

- Eso dependerá de lo que usted haga.

Ella volvió a hacer un gesto de «después de usted» y él, suspirando, comenzó a adelantarse por el corredor, pensando varias cosas en varios niveles de conciencia. Esta es verdaderamente una mujer maravillosa. Y ¿Qué es lo que tiene que la hace tan distinta?, porque había visto otras más lindas, otras muchas que eran incalculablemente más divertidas, y en un nivel mucho más profundo pensó: Me han atrapado, y he de morir aquí. Un poco más adelante, ella tomó la delantera y finalmente llegó a una puerta que abrió. Los dos entraron.

¿Una cámara de torturas? ¿Un laboratorio de un científico loco, de paredes de roca, retortas humeantes y arcos voltaicos que chisporroteaban? Nada de eso... simplemente una sala confortable. Una alfombra usada, pero no rota. Una lámpara algo ajada. Un sillón y dos sillas grandes, otras tres pequeñas, una mesa que hacía juego y un escritorio grande. Un hogar, no una oficina ni un negocio. Un hombre de unos cincuenta años y aspecto alegre se levantó de un salto y dando la vuelta al escritorio le extendió la mano:

- Teniente! ¡Hace tiempo que deseaba hacer esto!

Tomó la mano que se le ofrecía casi por reflejo, el hombrecito, sin soltarla, lo guió hasta uno de los sillones. Pudo elegir entre sentarse o desplomarse sobre él, y dijo, atontado:

- ¡Doctor McHenry...! - y, si hubiera sido el momento adecuado para una broma, podría haber agregado -...Supongo. - Y bien que podía suponer: se hallaba frente a una de las caras más famosas del mundo, conjuntamente con la de... ¡Dios mío! y aquí estaba ella también: Rachel Heinz McHenry. La leyenda que había visto en el suplemento dominical del periódico, para esta pareja, era «Los Curie del siglo XXI». Ella era bioquímica, y su esposo era el teórico de computadoras más importante del momento, lo que implica dominar conocimientos de matemáticas, lógica, lenguaje, cibernética, filosofía, electrónica y varias cosas similares. No llegó a ponerse de pie para estrechar la mano de Rachel McHenry, pues ella ya lo había hecho antes de que pudiera proponérselo, y ahora le pedía que aceptara un café. Él se negó, no porque no lo deseara sino porque se sentía como si el Papa se hubiera puesto a hacerle un par de huevos revueltos. Toda la escena estaba siendo observada en forma que a él se le ocurrió llena de regocijo, por la muchacha de uniforme, que parecía hallarse allí como en su casa, si bien él deseó que se quitara esa gorra tan rara, con su hebilla reluciente y el volado en la parte de atrás, tan de legión extranjera. La capa correspondiente al uniforme le sentaba bien, pero la gorra no.

El doctor McHenry fue hasta su escritorio y se sentó. Abriendo el cajón del centro, extrajo unas hojas amarillas, y poniéndoselas a la vista dijo:

- Voy a ir directamente al grano, teniente. Usted trató de matar al líder Dorne esta noche. Quisiera que me dijera cuánto tiempo hace que está planeando esto.

Súbitamente se evaporó la sonrisa de placer, y todo se tornó otra vez triste.

- Usted va sabe. Creo que tiene acceso a una Mark VII.

- El la diseñó - dijo la muchacha con brusquedad defensiva.

El doctor McHenry levantó las manos en un gesto pacificador y dijo:

- Por favor. No lo estoy acusando, teniente. Le ruego lo tome como una pregunta retórica. Quería saber algo más. No está obligado a contestar.

- En tal caso - respondió el teniente - contestaré. Creo que comencé a planearlo cuando mi padre y mis dos hermanos no regresaron después de que algunos soldados irrumpieron en mitad de la noche. Yo tenía trece años entonces y veintisiete ahora. Durante ese tiempo no hice nada que no formara parte del plan, ingresar en el servicio, calificándome para integrar la guardia Concéntrica, todo. Nunca me casé. Nunca aprendí a bailar. Esta noche todo llegó a una culminación; ustedes me lo quitaron. Ahora va saben qué soy, qué hice y cómo me siento.

El doctor McHenry se recostó en su asiento y exclamó:

- ¡Caray!

Su mujer (resultó casi cómico) dijo en una forma que parecía de verdadera preocupación:

- ¿Estás seguro de que no puedo alcanzarte algo?

La muchacha parecía muy sobria. El doctor McHenry abrió la gaveta del escritorio y tomó otra hoja de color amarillo. Le echó un vistazo y dijo:

- ¿Cuánto sabe usted sobre el líder Dorne? Quiero decir en cuanto a su familia, a cómo se ha criado, a todas las cosas que hicieron de él lo que es.

- He leído los textos escolares. ¿Quién no lo ha hecho? Tuvo visiones cuando niño, deslumbró a sus maestros, derrotó en las discusiones a sus profesores cuando tenía doce años de edad, todas esas cosas. Nunca me preocupé mucho de ello. Lo único que me interesaba era cómo es ahora, sus hábitos, sus costumbres, cómo podría llegar hasta él.

- Entonces permítame que le cuente algunas cosas que quizá no sepa. Dorne nació judío. Sus padres no eran judíos, sino que se convirtieron inmediatamente antes de que él naciera. Eran rigurosos fundamentalistas que querían hacer en forma integral el camino hacia el Antiguo Testamento, porque consideraban que el Nuevo no era lo bastante ortodoxo para ellos. Cuando Dorne alcanzó la edad suficiente como para pensar por sí mismo, dejó todo eso de lado y se hizo cristiano. En cierto momento de su adolescencia fue transitoriamente budista, pero eso no duró; el budismo verdadero tiene poco que ofrecer a un hombre que desea el poder personal. Después dejó de lado las religiones en conjunto y estuvo involucrado con el comunismo. Muy involucrado. No le llevó mucho tiempo llegar a formar parte de la cúpula.

Esto duró algunos años y luego la corriente comenzó a fluir en la otra dirección. Dorne se unió con la oposición, delató a una cantidad de sus amigos y antes de mucho tiempo fue la mente directora del llamado «giro a la derecha» de la década de 1990. No hizo falta mucho para transformarlo luego en lo que tenemos ahora.

- Y lo tendremos para siempre, gracias a usted y a su Mark VII.

McHenry volvió a levantar la mano en actitud pacificadora.

- Es muy importante, es vital, para usted comprender lo que estamos tratando de decirle. Recuerde lo que le dije acerca del líder. Quisiera hacerle notar especialmente el ritmo de los cambios que ha ido sufriendo. Primero estos se producían cada semana. luego tomaron meses, por último, años.

- Y ahora - dijo el teniente - nunca más habrá otro cambio. Es demasiado viejo para cambiar.

- Bien. Muy bien - dijo el doctor McHenry con tono sorprendentemente cálido - este es justamente el punto al que quería llevarlo. Ahora bien: Rachel.

Ella se acercó y, se apoyó sobre el brazo de uno de los grandes sillones; tenía el aspecto de un pájaro regordete. Nuevamente él se maravilló ante idea de que aquella legendaria figura pudiera pensar en hacer café para él, cuando ella dejó caer su bomba:

- Teniente, he encontrado la manera de hacer a un hombre inmortal - Se interrumpió un instante -. De veras. Impidiendo los accidentes, un hombre puede vivir eternamente.

El teniente cerró los ojos con cuidado y los volvió a abrir para mirar nuevamente a esta amable, regordeta, pequeña mujer que estaba diciendo cosas acerca de las moléculas de ADN y ARN.

- Es difícil de realizar, pero fácil de comprender. Cada una de las células del organismo humano llevan en sí la pauta, el sello de lo que ese ser humano es. En un bebé recién nacido, estas pautas son nítidas y claras, pero a medida que nos hacemos mayores las líneas del sello se hacen más borrosas a medida que las células van siendo reemplazadas. Es lo mismo que hacer copias de una cinta grabada. Es posible obtener reproducciones hermosas por medio de un buen equipo, pero, no importa lo bueno que sea, cuando hay que hacer copias de copias, se pierde un poco cada vez. Esto es, en síntesis, el envejecimiento.

»Pero si uno dispone de la cinta original para hacer cada copia a partir de ella, es posible obtener un gran número de reproducciones casi perfectas. Del mismo modo, si se dispone de una muestra de tejidos de un niño recién nacido, y se la conserva durante, digamos, cuarenta años, se la puede utilizar como matriz para volver nítidas las líneas borrosas en las moléculas de ADN de la misma persona. Esto se hace a través del sistema linfático, impregnando los tejidos... pero, no

importa, no tenemos por qué entrar en detalles técnicos. ¿Me creerá usted si le digo que estamos en condiciones de hacerlo?

- Le creo. - dijo. Tenía que decirlo.

McHenry volvió a abrir la gaveta y tomó otra hoja amarilla. Esto estaba comenzando a irritar al teniente. El doctor McHenry, hizo una seña a la muchacha, quien fue hacia él, dio un vistazo al papel, y luego se dirigió hacia el teniente. Cayó de rodillas ante él, le tomó ambas manos y lo miró profundamente a los ojos. Sosteniéndolo de tal modo, y eran sus ojos los que parecían hacer el mayor esfuerzo en ese sentido, le apretó las manos contra los brazos del sillón. Se oyó un débil «click», él miró hacia abajo, encontrando que sus muñecas, antebrazos y muslos estaban rodeados por una malla plateada y grisácea que oscilaba hacia arriba y hacia abajo contra el sillón.

- Todo va bien - dijo la muchacha antes de que él pudiera hablar -. Trate de relajarse. - Ella se incorporó y se alejó.

El teniente miró con disgusto sus miembros atrapados.

- Es ahora cuando comienza, supongo.

Tenía la esperanza de que su tono de disgusto ocultara su terror.

- No comienza nada - dijo el doctor McHenry - es justamente el momento de decirle algo y no queremos que sufra usted daño.

Miró a su mujer, quien dijo pausadamente:

- Tenemos una muestra de los tejidos del líder Dorne, tomada cuando sólo tenía ocho días de edad. Hemos logrado reconstituir el ADN a partir de ella y preparar en forma sintética una cantidad suficiente como para impregnar todo su organismo. Vamos a transformarlo en un perfecto organismo autoperpetuante. Lo vamos a hacer inmortal.

El teniente dio un alarido y luchó contra sus ligaduras. Lo hizo una y otra vez. Comenzó a gritar algo con tal fuerza que era imposible comprender sus palabras. Fluyó saliva de su boca, se mordió la lengua, fluyó sangre. Las mujeres corrieron hacia él diciendo palabras tranquilizadoras sin sentido como si fuera un niño lastimado, secando su boca húmeda y sanguinolenta. Rachel McHenry le mojó las sienes y párpados con un paño empapado en algo fresco y medicinal. Por último se calmó lo suficiente como para utilizar palabras, si bien seguía gritando:

- ¿No ven lo que han hecho? Nos han matado a todos y a toda la gente por venir. ¡Oh, los ejércitos, las fábricas y las granjas seguirán funcionando, con toda la gente en ellos, pero estarán todos muertos, toda la humanidad estará muerta porque no podrá crecer, no podrá cambiar! ¿Por qué no me dejaron solo? ¿Por qué no me dejaron matarlo? - Sollozó y volvió a gritar -: ¿Qué representa esto para ustedes? ¿No tienen suficientes medallas y premios? ¿Qué es lo que Dorne puede hacer por ustedes? - Entonces comenzó a insultarlos. Ellos lo dejaron. El doctor McHenry tomó otra hoja amarilla de la gaveta. Cuando la miró se sonrió. La extendió a la muchacha y las expresiones que se sucedieron en su rostro fueron un espectáculo digno de verse: sorpresa, risa y luego una exquisita onda de rubor. Volvió al sillón y se arrodilló ante el prisionero, en actitud expectante. Cuando él comenzó a calmarse, le preguntó con gentileza:

- ¿Querría usted prestarme atención? - Tuvo que repetírselo antes que él pudiera oírlo. El se echó hacia atrás, furioso. Ella le dijo pacientemente -: Si lo dejo libre, ¿me escuchará usted?

El siguió absorto, y entonces ella suspiró y sacó de un bolsillo la insignia de cuero que había mostrado en el cuarto de piedra: el perfil del líder franqueado por las dos eses.

- Esta insignia no es real. La hicimos nosotros. ¿No se da usted cuenta? No estamos a favor de Dorne. Estamos a favor suyo. Usted, yo y todos nosotros queremos la misma cosa; queremos que se ponga fin a todo lo que Dorne ha hecho. - Arrojó la insignia por encima del hombro, como algo que se descarta,

El hombre la siguió con los ojos, y luego volvió a mirarla, aún indignado:

- ¿Por qué cree que yo pertenecía a la SS? ¿Simplemente porque le mostré eso? ¿Qué otra cosa podía hacer? No pensará que era posible explicarle todo esto, en el estado en que se encontraba. Aunque hubiera podido ¿adónde hubiéramos llegado si me hubiera sido necesario traerlo apuntándole con una pistola? Nos hubieran apresado a los dos. No había otro remedio que dejarlo que saliera solo, bajo la creencia de estar vigilado. Y eso sólo sucedería si usted se creía perseguido por la SS. ¿Se da cuenta de que no tenía otra forma de actuar? - Ahora le estaba suplicando, y mientras su mente confusa se veía cercada por la furia, ella se llevó las manos a la cabeza y se soltó el cabello. Este cayó como una cascada sobre sus hombros, su espalda, su busto, una masa de cabello cobrizo como él no había visto antes en toda su vida -. ¿Puedo dejarlo en libertad ahora, me escuchara? Por favor.

Asintió. Ella tocó otro control y las ligaduras desaparecieron.

- Tal vez ahora acepte usted esa taza de café - dijo Rachel McHenry. Y todos rieron, no con entusiasmo, pero de forma que limpió el aire.

McHenry rodeó el sillón, llevaba uno de sus papeles amarillos.

- Piense entonces, piense. Recuerde lo que le dije acerca de la forma de actuar de Dorne. Ha cambiado una religión por otra, luego se metió en la política, y también cambió de aquí para allá. Buscaba respuestas, buscaba un sistema que pudiera venirle bien, no lo halló, así que se construyó uno, pero evidentemente la pauta de este hombre es el cambio. Claro está que esos cambios se realizan cada vez más lentamente a medida que va pasando el tiempo, si se considera que su vida durará lo que es normal, el fin lo alcanzará antes de que pueda dar otro giro. Si muere ahora, no habrá más cambios. El también tiene computadoras, y las ha programado. Ya no se limitará a dar él las órdenes; la computadora será la que maneje toda la estructura. Y entonces eso significará la muerte para nosotros. La vida es crecimiento y cambio, y una sociedad que no crece ni cambia está muerta, así como todos los que la componen.

»Le hemos dado a Dorne vida ilimitada, y puesto que es como es, cambiará hasta esto que hizo. No va poder dejar de ser lo que es. Es Dorne, esa es su forma de actuar. También es necesario agregar que tiene más poder para producir los cambios que cualquier otro.

»Pero esto depende de que sea inmortal. No puede ser inmortal, sin embargo, si usted anda por allí en libertad, decidido a matarlo. ¿Me comprende ahora?»

El teniente miró lentamente a todos, y sus ojos se fijaron finalmente en el cabello de la muchacha.

- Ha encontrado algo por qué vivir - murmuró Rachel McHenry.

El muchacho se levantó del sillón se desplazó lentamente hacia donde estaba la joven. Casi como un sonámbulo levantó dulcemente la mano y le tocó el cabello. La mano se retiró luego. Se estremeció, y finalmente le dijo a Rachel:

- Tal vez me fuera posible... Tal vez me fuera posible...

Nadie terminó la frase por él, pero sonrieron. El teniente se cubrió el rostro con las manos durante unos instantes, y luego, al retirarlas, se dio cuenta de que podía sonreír.

- Me han estado trayendo y llevando como si fuera una pelota de ping-pong - dijo, algo débilmente -. Nunca me había sentido tan indefenso en toda mi vida. Realmente, ustedes son algo serio.

- No, nosotros no - dijo el doctor McHenry, sonriendo -. Pero nuestro amigo sí. - Estaba señalando el usado escritorio y el teniente comprendió que, después de todo, una Mark VII podía hacerse pasar por un escritorio usado -. No nos halague más de lo que merecemos. Mire.

Vio que en las hojas amarillas había unas frases recientemente mecanografiadas: Si matar a Dorne es una convicción, consérvenlo vivo. Si se torna una obsesión, mátenlo.

- Las convicciones se rinden a las razones - dijo gentilmente McHenry -. Las obsesiones no. Casi sucede algo terrible.

El teniente miró la masa de cabello cobrizo y dijo:

- Bueno, no era una obsesión.

Nunca nadie le contó que VII le había dado instrucciones a la muchacha para que se lo soltara, puesto que había controlado de cerca todo lo que se dijo en aquel cuarto. Tampoco nadie le explicó por qué a él no se le ocurrió preguntar, la razón por la cual los padres fundamentalistas son capaces de preservar todos los trozos de carne que se extraigan de ellos o de sus hijos, puesto que creen que se reunirán con ellos el día del juicio final. Lo creen literalmente.

De esta forma la humanidad venció a la muerte y conquistó al tiempo, ganando las estrellas.

FIN

John Kessel - ESCAPE PERFECTO

*«He estado pensando en los demonios.
Quiero decir, si en el mundo hay demonios,
si en el mundo hay personas que representan el mal,
¿es nuestro deber exterminarlas?».*

John Cheever, «The Five-Forty-Eight»

Sentada en su oficina, aguardando - sin saber exactamente qué -, la Doctora Evans tenía la esperanza de que este no fuera otro mal día. Necesitaba un cigarrillo y un trago. Hizo girar la silla para quedar de cara a las persianas venecianas cerradas que estaban junto a su escritorio, se reclinó hacia atrás y entrelazó las manos detrás de la cabeza. Cerró los ojos y respiró profundamente. El aire que fluctuaba desde el ventilador del cielorraso olía a aceite de máquina. Hacía frío. Lo sentía en la cara, pero su pesado suéter mantenía el resto en calor. Sentía el pelo grasoso. Pasaron varios minutos en los que no pensó en nada. Golpearon la puerta.

- Pase - dijo distraídamente.

Entró Havelmann. Tenía el cuerpo voluminoso de un atleta ligeramente reblandecido, la cabellera gris y espesa y el rostro arrugado. A primera vista, no parecía un hombre de sesenta años. Su traje de excelente confección necesitaba urgentemente un planchado.

- ¿Doctora?

La doctora Evans lo miró por un momento. Lo mataría. Bajó la vista hacia el escritorio. Se frotó la frente con la mano.

- Siéntese - dijo.

Sacó el paquete de cigarrillos del cajón del escritorio.

- ¿Querría fumar?

El viejo tomó uno. Ella lo observó cuidadosamente. Los ojos pardos de Havelmann estaban enrojecidos, parecían pedir disculpas.

- Fumo demasiado - dijo él -. Pero no puedo dejar.

Ella le dio fuego. - Por aquí cada día hay más gente que deja de fumar.

Havelmann exhaló suavemente.

- ¿Qué puedo hacer por usted?

- Qué puedo hacer por usted, señor. Quiero que juguemos un jueguito - Evans sacó un pañuelo del bolsillo. Movi6 un pisapapeles de bronce, una pequeña réplica del Lincoln Memorial, hasta el centro del secante del escritorio -. Quiero que observe lo que estoy haciendo, ahora.

Havelmann sonrió.

- No me lo diga... ¿lo va a hacer desaparecer, verdad?

Evans trató de ignorarlo. Cubrió el pisapapeles con el pañuelo.

- ¿Qué hay debajo de este pañuelo? - dijo.

- ¿Podemos apostar un poquito?

- Esta vez no.

- Un pisapapeles.

- Maravilloso - Evans se reclinó con decisión -. Ahora quiero que me responda unas preguntas. El viejo recorrió la oficina con mirada curiosa: las persianas cerradas, la terminal y el teclado de la computadora contra la pared, la placa de interruptores en una esquina del escritorio. Sus ojos se detuvieron en el espejo que estaba enfrente a la ventana.

- Ese es un espejo falso - dijo él.

Evans suspiró.

- No me diga.

- ¿Está grabando esto?

- ¿Le importa?

- Me gustaría saberlo. Simple cortesía.

- Sí, nos están grabando en video. Ahora responda mis preguntas.

Havelmann pareció encogerse ante la hostilidad de ella.

- Claro.

- ¿Qué le parece este lugar?

- Está bien. Un poco aburrido. Por lo que parece, aquí uno ni siquiera podría pescarse una enfermedad, si entiende lo que quiero decir. No tengo intenciones de ser ofensivo, doctora. No he estado aquí lo suficiente para hacerme una idea del lugar.

Evans se hamacó lentamente hacia atrás y adelante.

- ¿Cómo sabe que soy doctora?

- ¿No es usted médica? Pensé que sí. Esto es un hospital ¿no? Así que cuando me enviaron a verla imaginé que usted debía ser médica.

- Soy médica. Me llamo Evans.

- Encantado de conocerla, doctora Evans.

Lo mataría.

- ¿Cuánto hace que está aquí?

El hombre se dio un tirón del lóbulo de la oreja.

- Debo haber llegado hoy. Creo que no hace mucho. Un par de horas. Estuve conversando con las enfermeras en su sala de descanso.

Qué no daría ella por tres dedos de Jack Daniels. Lo miró por encima de sus dedos puestos en cúpula.

- Esas enfermeras, tan conversadoras.

- Estoy seguro de que cumplen con su trabajo.

- Seguro. Dígame lo que estaba haciendo antes de venir a este... hospital.

- ¿Quiere decir inmediatamente antes?

- Sí.

- Estaba trabajando.

- ¿Dónde trabaja?

- Tengo mi empresa propia. Sistemas de comunicación ITG. Diseñamos programas para mucha gente. Estamos cerca de conseguir un gran contrato con Ma Bell. Si logramos eso podré jubilarme cuando tenga cuarenta años... en caso de que el Tío Sam mantenga la mano fuera de mi bolsillo el tiempo suficiente como para dejarme contar lo que me quede.

Evans hizo una anotación en su libreta.

- ¿Tiene familia?

Havelmann la miró con firmeza. Su mirada era la de un honesto y joven estudiante universitario, incongruente en un hombre de su edad. Se la quedó mirando como si no pudiera imaginar por qué ella insistía en hacerle estas abruptas preguntas. Evans detestaba la debilidad de Havelmann, que hacía

crecer en ella una furia que la empujaba hasta el borde de la demencia. Y era un mal día, y se pondría peor.

- No entiendo lo que persigue - dijo Havelmann, con considerable dignidad -. Pero así y todo, la ficha la informa de los hechos: tengo mujer, Helen, y dos hijos. Ronnie tiene nueve años y Susan cinco. Tenemos una casa grande y bonita, un Lincoln y un Porsche. Soy de los Braves y no mastico chicle. ¿Qué más le gustaría saber?

- Muchas cosas. En algún momento las averiguaré - Evans hablaba con frialdad -. ¿Hay algo que quisiera preguntarme? ¿Cómo vino a dar aquí? ¿Cuánto tiempo va a tener que quedarse? ¿Quién es?

Havelmann habló con una frialdad similar.

- Yo sé quién soy.

- ¿Quién es usted, entonces?

- Me llamo Robert Havelmann.

- Exacto - dijo la doctora Evans con calma -. ¿En qué año estamos?

Havelmann la miró con cautela, como si estuviera a punto de ser embaucado.

- ¿De qué me está hablando? Es 1984.

- ¿Qué época del año?

- Primavera.

- ¿Qué edad tiene usted?

- Treinta y cinco.

- ¿Qué hay debajo de este pañuelo?

Havelmann miró el pañuelo que estaba sobre el escritorio como si lo viera por primera vez. Se le tensaron los hombros y miró a Evans con sospecha.

- ¿Cómo quiere que lo sepa?

Havelmann regresó esa tarde, igual de arrugado, igual de inocente. ¿Cómo podía una persona envejecer y seguir siendo inocente? Evans no recordaba que las cosas hubieran sido alguna vez así de fáciles.

- Siéntese - dijo ella.

- Gracias. ¿Qué puedo hacer por usted, doctora?

- Quiero continuar la discusión que tuvimos esta mañana.

Havelmann sonrió.

- ¿Discusión? ¿Esta mañana?

- ¿No recuerda haber hablado conmigo esta mañana?

- Nunca le he visto antes.

Evans lo observaba serenamente. El viejo se revolvió en su silla.

- ¿Cómo sabe que soy médica?

- ¿No es usted médica? Me dijeron que debía entrar a ver a la doctora Evans en el consultorio 10.

- Ya veo. Si no estuvo aquí esta mañana, ¿dónde estuvo?

Havelmann dudó.

- Veamos... estaba trabajando. Recuerdo haberle dicho a Helen, mi esposa, que trataría de llegar temprano a casa. Ella siempre me regaña porque me quedo hasta tarde. La empresa está bastante ocupada en este momento: hay un gran contrato en vista. Susan actúa en una obra de teatro escolar y tenemos que estar allá a las ocho. Y quiero llegar a casa con la suficiente anticipación como para trabajar un poco en el jardín. Me pareció un buen día para hacerlo.

Evans hizo una anotación.

- ¿En qué estación del año estamos?

Havelmann se agitó como un niño; miró la ventana de persianas cerradas.

- Primavera - dijo -. Soleada, cálida... muy bonito clima. Están comenzando a florecer los ciclamoros.

Sin una palabra, Evans se levantó de la silla y fue hasta la ventana. Abrió las persianas, revelando un campo árido, barrido por ventiscas de nieve. Pasto muerto fustigado por un fuerte viento y el cielo turbio de nubes.

- ¿Qué le parece esto?

Havelmann miró. Enderezó la espalda y se inclinó hacia adelante. Se tironó del lóbulo de la oreja.

- ¿No es una desgracia? Si no le gusta el clima de aquí... Espere diez minutos - dijo.

- ¿Qué pasó con los ciclamoros?

- Con este tiempo, probablemente morirán. Espero que Helen les haya puesto abrigos a los niños.

Evans miró la ventana. Nada había cambiado. Lentamente, cerró las persianas y volvió a sentarse.

- ¿En qué año estamos?

Havelmann se acomodó en la silla, nuevamente calmo.

- ¿Qué quiere decir? Es 1984.

- ¿Alguna vez leyó ese libro?

- Un minuto, despacio. ¿De qué me está hablando?

Evans se preguntó qué haría Havelmann si ella se levantaba y le enterraba los pulgares en los ojos.

- El libro de George Orwell titulado «1984» - se obligó a decir con lentitud -. ¿Lo conoce?

- Claro. Tuvimos que leerlo en la universidad.

¿Había un dejo de irritación debajo de la inocencia de Havelmann? Evans se quedó sentada, tan silenciosa e inmóvil como pudo.

- Recuerdo que me impresionó bastante - continuó Havelmann.

- ¿Qué tipo de impresión?

- Esperaba algo diferente del profesor. Era un liberal confeso. Yo esperaba algún libro del tipo desgarrante. No fue así en absoluto.

- ¿Lo puso incómodo?

- No. No me dijo nada que no supiera ya. Sólo reflejaba lo erróneo del colectivismo. Usted sabe... el comunismo reprime al individuo, destruye la iniciativa. Alega tener en su espíritu los intereses de la mayoría. Y niega todos los valores humanos. Eso es lo que saqué de «1984», aunque oyendo hablar del libro a aquel profesor, parecía que sólo tratará de Nixon y Vietnam.

Evans siguió quieta. Havelmann prosiguió.

- He observado la misma mentalidad en mi trabajo en la empresa. Las grandes corporaciones son exactamente iguales que el gobierno. Grandes, lentas: usted podría mostrarles la forma de ahorrar mil millones y ellas le aplastarían como a un insecto, porque cambiar les resulta demasiado problemático.

- Parece como si tuviera algún resentimiento - dijo Evans.

El viejo sonrió.

- Así es, ¿verdad? Lo admito. He pensado mucho en eso. Pero tengo fe en la gente. Algún día, sencillamente, tendré que postularme para un cargo público y ver si puedo hacer algún bien.

La punta del lápiz de Evans se partió. Miró a Havelmann, que le devolvió la mirada. Después de un momento, ella se concentró en la libreta. La punta rota había dejado una cicatriz negra sobre su escritura precisa.

- Es una buena idea - dijo Evans con suavidad, la vista aún baja -. ¿Todavía no recuerda haber discutido conmigo esta mañana?

- Nunca la he visto antes de entrar por esa puerta. ¿Sobre qué se suponía que nos estábamos peleando?

Havelmann estaba demente. Evans casi rió en voz alta al pensarlo. Por supuesto que estaba demente... ¿por qué otra razón estaría aquí? La cuestión - se forzó a considerar racionalmente - era la naturaleza de su demencia. Levantó el pisapapeles y se lo pasó.

- Estábamos discutiendo sobre este pisapapeles. Se lo mostré, y usted dijo que nunca antes lo había visto.

Havelmann examinó el pisapapeles.

- Parece común y corriente. Me resultaría fácil olvidar algo así. ¿A qué tanto escándalo?

- Notará usted que es un modelo del Lincoln Memorial.

- Probablemente lo consiguió en alguna tienda de souvenirs. Washington está plagada de basura como esta.

- Hace mucho que no voy a Washington.

- Yo vivo aquí. Bueno, en Alexandria. Viajo en auto todas las mañanas.

Evans cerró la libreta.

- Tengo un diagnóstico posible para su condición - dijo de repente.

- ¿Qué condición?

Esta vez fue más difícil para Evans reprimir la risa. Sus ojos casi lagrimearon por el esfuerzo. Retuvo la respiración y continuó.

- Usted exhibe los síntomas del síndrome de Korsakov. ¿Alguna vez oyó hablar de él?

Havelmann parecía tan en blanco como una pared encalada.

- El síndrome de Korsakov es una forma poco común de pérdida de la memoria. Los primeros casos registrados datan de fines del siglo diecinueve. Hubo un caso famoso en 1970: famoso entre los médicos, quiero decir. Un sargento de la Marina llamado Arthur Briggs. Tenía unos cincuenta años y buena salud, aparte de los efectos prolongados del alcoholismo, y había sido suboficial de carrera hasta que lo dieron de baja a mediados de los sesenta, luego de veinte años de servicio. Funcionó normalmente hasta principios de los setenta, momento en que perdió la memoria de todos los acontecimientos que le habían ocurrido después de septiembre de 1944. Podía recordar con vívidos detalles, como si acabara de suceder, los eventos ocurridos hasta esa fecha. Pero el resto de su vida... nada. No sólo eso: la continuidad de su memoria quedó tan afectada que sólo podía recordar los sucesos del presente por un período de minutos, pasado el cual los olvidaba del todo.

- Yo puedo recordar lo que me sucedió hasta el momento de entrar a esta habitación.

- Eso es lo que el sargento Briggs les decía a sus médicos. Para probarlo, les contaba que la Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo, que él estaba apostado en San Francisco, preparándose para ser enviado a las Filipinas, que parecía que los Browns de St. Louis por fin podrían ganar un campeonato si aguantaban hasta septiembre, y que él tenía veinte años de edad. No podía recordar nada de lo que le sucedía durante más de cuarenta minutos. El mundo había continuado, pero él estaba varado para siempre en 1944.

- Es horrible.

- Así le pareció al médico que lo atendía... al principio. Más tarde, especuló que podía no ser tan desagradable. El hombre aún tenía una vida emocional vigente. Aún podía recordar su juventud, y para él la juventud nunca había terminado. Nunca había cumplido años y nunca había visto envejecer y morir a sus amigos, nunca recordaba que él mismo había envejecido hasta convertirse en un alcohólico solitario. Su novia aún lo esperaba allá en Columbia, Missouri. Tenía veinte años para siempre. Había logrado el escape perfecto.

Evans abrió un cajón y sacó un espejo de mano.

- ¿Qué edad tiene usted? - preguntó.

Havelmann parecía asustado.

- Mire, ¿por qué estamos...?

- ¿Qué edad tiene? - La voz de Evans estaba calma, pero decidida. Dentro de ella, una punta de júbilo amenazaba con partirle el corazón.

- Tengo treinta y cinco. ¿Qué diablos...?

Empujar el espejo ante él era tan satisfactorio como disparar una pistola. Havelmann lo tomó, la miró de soslayo; luego, tentativamente, como el más nervioso estudiante de primer años buscando la nota de su examen final, miró su reflejo.

- Dios - dijo. Comenzó a temblar -. ¿Qué sucedió? ¿Qué me hizo? - Se levantó de la silla con la expresión retorcida -. ¡Qué me hizo! ¡Tengo treinta y cinco años! ¿Qué sucedió?

La doctora Evans estaba de pie frente al espejo de su oficina. Tenía puesto el uniforme, que estaba casi tan arrugado como el traje de Havelmann. Tenía la casaca desbotonada y estaba palpándose el seno izquierdo. Se acostó en el suelo y continuó la revisión. El bulto era innegable. Ningún dolor, todavía.

Se sentó, estiró la mano hasta el paquete de cigarrillos que estaba sobre el escritorio, sacó el último y lo encendió. Abolló el paquete y lo tiró al cesto de papeles. Doble. Veinte años atrás, en la universidad, había sido una jugadora de basket bastante buena. Se volvió a acostar y dio una larga pitada al cigarrillo, inhalando profundamente, exhalando el humo con fuerza, con un suspiro de agotamiento. Probablemente no iba a poder correr de aquí para allá en una cancha ni una sola vez más.

Giró la cabeza para mirar por la ventana. Las persianas estaban abiertas, revelando el mismo paisaje estéril de antes. Golpearon la puerta.

- Pase - dijo.

Entró Havelmann. La vio acostada en el piso, levantó una ceja, sonrió.

- ¿Usted es la doctora Evans?

- Lo soy.

- ¿Puedo sentarme aquí o también debo acostarme?

- Haga lo que mierda le plazca.

Se sentó en la silla. No se había ofendido.

- ¿Para qué quería verme?

Evans se levantó, se abotonó la casaca, se sentó en la silla giratoria. Le clavó la mirada. Su rostro estaba blanco, pálido; sus finos labios, tensos. Era la expresión de una mujer con una enfermedad terminal, tan acostumbrada a su dolencia y a la necesidad de ignorarla que todo lo que se permitía expresar del dolor era una ligera molestia. Voy a ver cómo termina esto, decía su rostro, y luego me voy a matar.

- ¿Nos hemos visto antes?

- No. Estoy seguro de que la recordaría.

Estaba seguro de que la recordaría. Mierda, iba a matarlo. Eso lo recordaría.

Evans aplastó el último centímetro de cigarrillo. Sintió que se le tensaban los músculos de las mandíbulas; miró el cenicero con pesar.

- Ahora tengo que dejar de fumar.

- Yo debería dejar. Fumo demasiado.

- Quiero que ahora me escuche atentamente - dijo ella con lentitud -. No responda hasta que yo termine.

Soy el Mayor D. S. Evans y soy psicóloga militar. Esta oficina es la enfermería del Centro Nacional para las Comunicaciones de Defensa, CENCD, ubicado a tres mil metros debajo de la ladera de una colina en West Virginia. Por lo que sabemos, somos el único cuerpo gubernamental vivo en los Estados Unidos continentales. La escena que ve a través de esta ventana está siendo retransmitida desde un monitor de superficie, en Nebraska central. Por medio de una orden a la computadora puedo conectarme con cualquiera de los doce monitores que aún funcionan.

Evans giró hacia el teclado y tipeó una orden: la escena de la ventana pasó a una imagen de mampostería rota y vigas de acero retorcidas. La imagen estaba oscurecida debido a la costra de polvo que había en la lente de la cámara y a una fuerte nevada. Evans tipeó una orden adicional y tocó uno de los interruptores del escritorio. De un parlante salió un estallido de estática, un siseo como de tocino friéndose.

- Eso es Dallas. El sonido es la lectura de la radiación de fondo registrada por los detectores que se encuentran en el local de esta cámara. - Tipeó otra orden y la imagen de la «ventana» parpadeó en una sucesión de escenas igualmente desoladas, manteniéndose diez segundos en cada una antes de cambiar a la siguiente. Un desierto sombrío, inmóvil bajo las nubes bajas; una lóbrega toma submarina en la que apenas se distinguían los restos de un edificio; un bosque desnudo, medio enterrado en la nieve; un cruce de autopistas vacío. Con cada cambio de escena, el parlante se detenía por un segundo y luego el siseo reaparecía.

Havelmann observó todo esto con compostura.

- Este es el estado de la superficie desde hace un año, desde que cayeron las últimas bombas. Por lo que sabemos, no hay ningún ser humano vivo en Norteamérica... en el Hemisferio Norte, si vamos al caso. Las transmisiones de radio procedentes de Sudamérica, Nueva Zelandia y Australia han ido cesando una a una, durante los últimos ocho meses. No hemos observado ninguna criatura viva más evolucionada que un insecto, por ninguno de nuestros monitores, desde principios de año. Estamos en el verano del 2010. Aunque, considerando la situación, me parece un poco fútil seguir contando los años de acuerdo al viejo sistema.

La doctora Evans abrió un cajón del escritorio y extrajo una automática. La colocó en el centro del secante y se recostó en la silla, con la mano derecha tocando el borde del escritorio, cerca de la pistola.

- Ahora usted me va a decir que nunca se enteró de nada, y que nunca me ha visto en su vida - dijo ella -. A pesar de que hemos estado hablando a diario durante dos semanas, y de que usted ha escuchado esta explicación al menos tres veces durante ese período. Me va a decir que es 1984 y que tiene treinta y cinco años de edad, a pesar de lo absurdo de dicha afirmación. Va a simular perplejidad y confusión; cuanto más le insista en que enfrente los hechos, más se

angustiará. En algún momento estallará en lágrimas y esperará que yo lo compadezca. Puede irse a la mierda.

La voz de Evans expresaba cada vez más enojo a medida que hablaba. Debía detenerse; casi era más de lo que podía hacer. Cuando retomó el hilo, estaba de nuevo bajo control:

- Si usted persiste en esta impostura es posible que lo mate. Le aseguro que a nadie le importará si lo hago. Ahora puede hablar.

Havelmann se quedó mirando la ventana. Su boca se abría y se cerraba estúpidamente. Qué viejo parecía, qué endeble. Evans sintió una repentina ola de lástima y duda. ¿Y si estaba equivocada? Se imaginó a sí misma como posiblemente la veía él: arrogante, amargada, una incomprensible inquisidora cuyos motivos para atormentarlo eran un misterio total. Lo observó. Luego de unos minutos él cerró la boca; sus ojos parpadeaban con rapidez y estaban claros.

- Por favor. Dígame de qué me está hablando.

Evans se estremeció.

- La pistola está cargada. Siga hablando.

- ¿Qué quiere que diga? Nunca me enteré de nada de esto. Esta mañana vi a mi esposa y a mis hijos y todo estaba bien. Ahora usted me escupe esta historia de la guerra atómica y el 2010. ¿Qué, estuve dormido durante treinta años?

- Cuando entró no se comportó como alguien muy sorprendido de estar aquí. Si está tan desorientado, ¿cómo explica de qué modo llegó a este lugar?

El hombre estaba sentado pesadamente en la silla.

- No lo recuerdo. Creo que pensé que vine aquí - al hospital, pensé - para una revisión general. No lo analicé. Usted debe saber cómo llegué aquí.

- Lo sé. Pero creo que usted también lo sabe y que está jugando conmigo... con todos nosotros. Los otros están preocupados, pero yo estoy harta. Puedo ver a través de usted, así que más le vale dejar de actuar. Usted era famoso por su sinceridad, pero yo siempre sospeché que eso también formaba parte de la actuación y no me dejaré engañar. Usted comenzó este juego demasiado tarde como para convencerme de que está loco, a pesar de lo que puedan pensar los demás. - Evans jugueteó con la colilla del cigarrillo -. O bien podría ser un sistema delusorio. Usted piensa que está en un hospital, y su esquizofrenia ha progresado hasta el punto en el que niega todos los hechos que no cuajan con sus intentos de evadir su responsabilidad. Supongo que, en algún sentido, con una demencia así quedaría absuelto. Si ese es el caso, yo tendría que ser más objetiva. Bueno, no puedo. Estoy fallándole a mi profesión, me doy cuenta. Qué mal.

La emoción se había ido escurriendo gradualmente de ella hasta que, hacia el final, sintió como si estuviera hablándole desde otro continente, y no desde el otro lado del escritorio.

- Todavía no sé de qué me está hablando. ¿Dónde están mi esposa y mis hijos?

- Están muertos.

Havelmann se quedó rígido. El único sonido era el siseo del detector de radiación.

- Permítame un cigarrillo - dijo él.

- No quedan cigarrillos. Acabo de fumarme el último. - La voz de Evans era distante -. Hice que dos cartones me duraran un año.

Havelmann bajó la vista.

- ¡Qué viejas están mis manos! Helen tiene unas manos preciosas.

- ¿Por qué continúa con esta farsa?

El rostro del viejo enrojeció.

- ¡Maldita sea! ¡Dígame qué pasó!

- La famosa ira de Havelmann. ¿Se supone que ahora tengo que estar asustada?

El siseo del parlante pareció aumentar. Havelmann se abalanzó sobre la pistola. Evans se la arrebató y se apartó del escritorio. El viejo tomó el pisapapeles y lo elevó para golpearla. Ella lo apuntó con la pistola.

- Su esposa no logró llegar al avión a tiempo. Estaba en la Casa Blanca de la costa oeste. No sé dónde estaban sus malditos hijos. Probablemente resultaron vaporizados junto con sus propias familias. Usted, sin embargo, disponía de la Operación Kneecap para salvarse, señor Presidente. Ahora siéntese y dígame por qué ha estado fingiendo, o lo mataré aquí y ahora. ¡Siéntese!

Una luz pareció encenderse en Havelmann.

- Usted está loca - dijo quedamente.

- Vuelva a poner el pisapapeles en el escritorio.

Lo puso. Se sentó.

- Pero usted no puede ser simplemente una loca - continuó Havelmann -. No hay razón para que me haya sacado de mi casa y someterme a esto. Esto es una especie de conspiración. El gobierno. La CIA.

- ¿Y usted tiene treinta y cinco años?

Havelmann volvió a examinarse las manos.

- Usted me ha hecho algo.

- ¿Y los campos de concentración? ¿Y el Decreto 31?

- Si soy el Presidente, ¿por qué me está interrogando? ¿Por qué no puedo recordar ni una sola cosa al respecto?

- Basta. Deténgase ahora mismo - dijo Evans lentamente. Por primera vez, escuchó su propia voz. Parecía la de un viejo; más que la de Havelmann -. No puedo soportar más mentiras. Le juro que lo mataré. Primero hizo el papel de Comandante en Jefe: calistenia, labios apretados y disciplina. Después el de Hermano Mayor: tomemos un whisky y charlemos del asunto, hijo. A la orden, Señor Presidente - Havelmann la miraba fijamente. Iba a obligarla a matarlo y ella sabía que no sería lo bastante fuerte como para negarse -. Y ahora no puede recordar nada. Sus muchachos están confundidos, están hartos. Yo también estoy harta.

- ¡Si eso es cierto, tiene que ayudarme!

- ¡Me importa un carajo ayudarlo! - gritó Evans -. Me interesa hacerle decir la verdad. ¿No se da cuenta de que estamos muertos? No me preocupa su enfermizo sentido de lo que está bien o mal, simplemente dígame qué es lo que lo mantiene en carrera. ¿A quién piensa que va a impresionar? ¿Cree que tiene que ganar una elección? ¿Que proteger su lugar en la Historia? ¡No va a haber más Historia! ¡La Historia terminó en agosto! Así que evíteme la fantasía del hospital y de la sala de enfermeras inexistente. Una persona con el síndrome de Korsakov no inventaría esos cuentos. Reconocería la diferencia entre una ventana y una pantalla de video. Y una decena de deslices más. Usted no es tan buen actor.

Le tembló la mano. La pistola era pesada. La voz también le temblaba, y se despreció por ello.

- A veces pienso que lo único que me ha mantenido viva era saber que me quedaba medio paquete de cigarrillos. Eso y el deseo de hacerlo arrastrar.

El viejo estaba sentado, mirando la pistola que estaba en la mano de Evans.

- ¿Yo era el Presidente?

- No - dijo Evans con amargura -. Lo inventé todo.

Los ojos de Havelmann parecieron hundirse mucho tras la red de arrugas que los rodeaban.

- ¿Yo inicié la guerra?

Evans sentía el corazón latiéndole velozmente.

- ¡Deje de mentir! Usted envió la fuerza de choque; usted ordenó el lanzamiento inicial.

- Soy viejo. ¿Qué edad tengo?

- Maldición, usted sabe perfectamente bien qué... - Evans se detuvo. Apenas podía respirar. Sentía un agudo dolor en el pecho -. Tiene sesenta y uno.

- Jesús, María y José.

- ¿Nada más? ¿Eso es todo lo que puede decir?

El viejo le clavó una mirada hueca y luego, lentamente, tan lentamente que al principio no resultó evidente lo que estaba haciendo, bajó la cabeza hasta sus manos y comenzó a llorar. Sus sollozos eran casi inaudibles bajo el siseo del detector de radiación. La doctora Evans lo observó con atención. Apoyó los codos en el escritorio, afirmando la pistola con ambas manos. La cabeza de Havelmann se agitaba frente al arma. A pesar de su edad, la cabellera gris era espesa.

Luego de un momento, Evans estiró la mano y desconectó el parlante. El siseo se detuvo.

En algún momento Havelmann dejó de llorar. Levantó la cabeza. Parecía aturdido. Su expresión se tornó indescifrable. Miró a la médica y a la pistola.

- Me llamo Robert Havelmann - dijo -. ¿Por qué me apunta con esa pistola?

- Por favor, no - dijo Evans.

- ¿No qué? ¿Quién es usted?

Evans vio cómo se borroneaba el rostro de Havelmann. A través de las lágrimas el viejo parecía mucho más joven. La pistola se deslizó hacia abajo. Trató de enderezarla, pero era como si Evans estuviera hecha de humo: no había sustancia en ella, y no había otra cosa que pudiera hacer para evitar disiparse, descartando el hecho de matar a alguien tan limpio e inocente como Robert Havelmann. El viejo le sacó la pistola de la mano.

- ¿Se siente bien? - preguntó él.

La doctora Evans estaba sentada en su oficina, esperando que este no fuera un mal día. El dolor en el pecho hoy no había aparecido, pero no tenía más cigarrillos. Registró el escritorio con la improbable esperanza de haber olvidado algún paquete, siquiera una sola colilla, en algún rincón de uno de los cajones. No hubo suerte.

Desistió y volvió el rostro a la ventana. Las persianas estaban abiertas, revelando el campo cubierto de nieve. Observó las nubes rodando con el viento. Estaba oscuro. Invierno. Nada vivo.

- Afuera hace frío - murmuró.

Golpearon la puerta. Dios querido, déjenme tranquila, pensó. Por favor, déjenme tranquila.

- Pase - dijo.

Se abrió la puerta y entró un hombre viejo de traje arrugado.

- ¿La doctora Evans? Soy Robert Havelmann. ¿De qué quería hablarme?

FIN

Félix Quintanilla - AHORA TE TOCA A TI, ERIDANO

82 Eridano. Una estrella de clase espectral G5. A medida que se acercaban, aquel sol adquiría una geometría un tanto difícil. Un cubo resplandeciente, de luz amarillenta, solitario en un inmenso lago de vacío cósmico, tratando de traspasar la oscuridad con sus rayos. Un cubo colgado en el espacio...

La raza había aprendido hacía mucho tiempo a no sorprenderse de nada. Así que un cubo resplandeciente, flotando en la nada... ¿En la nada? Harto sabido era que la nada no existe, que en el vacío, la energía adquiriendo diversos aspectos lo llena todo y que todo, de algún modo, es materia a punto de manifestarse. Y según todas las mediciones, era un sol con probabilidades de poseer vida a su alrededor. ¿En qué grado de evolución se encontrarían los planetas?

Un cubo que tan pronto parecía un diamante como un zafiro fue cambiando de forma. Pronto vieron que el sol era vulgarmente circular, con un halo entre violeta y amarillento y rojizo. Los efectos estelares son muy agradables y cambian constantemente con las distancias en virtud de la energía que ocupa y llena el vacío entre el cuerpo y el observador. 82 Eridano podría tener del orden de cinco planetas, considerados como tales, más una veintena de cuerpos de ciertas dimensiones y características dignas de tenerse muy en cuenta. Buscaron el planeta que, según la ley de Titius-Bode, reuniera las condiciones estipuladas a priori con probabilidades de vida, sino en potencia, habitable al menos. Y allí estaba... Todo, en aquel cuerpo del espacio próximo a la estrella, reunía lo imprescindible para haber acaparado y retenido los organismos propios del transporte de vida. Razón de masa, excentricidad, distancia de perihelio... Todas las mediciones indicaban unas óptimas circunstancias.

Se aproximaron a la línea orbital y realizaron las observaciones imprescindibles respecto al sol. 82 Eridano se aproximaba tanto, en requisitos comparables, al sol que daba vida al planeta denominado Tierra, que realmente resultaba increíble que hubieran tenido que recorrer del orden de veinte años luz para encontrarlo, ahí, esperándoles. Pusieron la astronave en órbita concreta y sobrevolaron el planeta que debían reconocer. Esto se hacía en cualesquiera circunstancias y en todas las ocasiones, antes de aproximarse a una distancia crítica al planeta en cuestión. De esta manera podían efectuar cuantas comprobaciones estimaran convenientes sin exponerse a la influencia directa del planeta.

El equipo, procedente del planeta Tierra, se hallaba diezmado de ánimos. El viaje había durado cinco meses y, aunque todo había funcionado a la perfección, los cuerpos humanos estaban verdaderamente agotados. Se había presentado el mal comúnmente conocido como «de estancamiento», análogo al lumbago pero que afectaba directamente a la médula espinal, muy propio, ya de antiguo, de profesionales sujetos a una postura incómoda por la inmovilidad obligada. Se la trataba, a la mencionada enfermedad, mediante el vibrador celular y durante algunos períodos regulares, a fin de situar «los huesos en su lugar». Por ello es que estaban deseando que todo resultara bien y poder descender en aquel planeta cuanto antes mejor para su salud. Y cuando lo hicieron, se vieron precisados a usar de una gran paciencia, dado que si algo se apreciaba en cantidad era agua. No obstante, pronto descubrieron algunas zonas, relativamente amplias, sólidas y fértiles, donde posar el vehículo. Cuando la

astronave fijó su brillante y panzuda masa sobre tierra y vieron la extraña y exuberante vegetación, supieron que se encontraban en el lugar que se les había programado. Todos los tripulantes, navegantes y científicos, se sintieron muy felices, procediendo, casi de inmediato, a preparar la base atendiendo al proyecto general de exploración espacial que se llevaba a cabo desde tiempos inmemoriales sin cambios aparentes.

Mucho tiempo había transcurrido desde los primeros viajes espaciales. Mucho. Pero había memoria relativa al mecanismo de navegación de hacía unos pocos cientos de años. Al principio, la navegación espacial era muy penosa. La nave recorría los océanos interestelares caminando a saltos, debido a que el foco tractor de energía quedaba paralizado a cierta distancia, acumulándose al final del tramo focal toda la energía y frenando, casi totalmente, la velocidad del vehículo. Más adelante, el foco pudo lograrse se hiciese continuo, conservándose la proyección de la energía en relación a la velocidad de la nave; de modo tal que siempre había en el tramo suficiente potencial como para seguir absorbiendo la nave hacia el extremo hipotético. El método o principio de Coster para este procedimiento de transporte espacial, ahora que estaba totalmente perfeccionado, era tan simple que parecía sencillamente increíble. Estaba basado en la transformación de la energía eléctrica procedente de la misma nave en un super-foco laser de gran potencial y que lanzaba esa misma energía en una dirección deseada a enormes distancias, formando lo que se podría denominar un puente lumínico, cuya carga continua hasta la constante y recién formada terminal era aprovechada por el bloque-nave a modo de tractor energético, en otras palabras: la continua emisión de electrones altamente excitados en el vacío restituía la energía, ya aumentada, y la misma coherencia del haz formaba lo que en el argot se había dado en llamar pasillo de las distancias. El efecto, visto desde lejos, era fantástico e indescriptible, pues cada uno de aquellos que lo habían visto hacían mención del fenómeno según su criterio y concepto de lo misterioso...

Así que ya sabemos cuán fácil les era a los hombres alcanzar las estrellas. El nivel tecnológico y científico, en general era asombroso, únicamente comparable con la idea que se podía tener de la magia. Todos los avances y descubrimientos habían tenido, a partir de cierta fase, un paralelismo tan grande que podía decirse, contundentemente, que todo era un raudal de conocimientos producidos a manera de reacción en cadena, ¿Para qué enumerar, pues, la gran cantidad de ventajas que aquel equipo de exploración espacial tenía a su disposición?

El primer signo de vida, de actividad orgánica, aparte, naturalmente, de la evidente vegetación, que pudieron experimentar fue aquel océano de insectos que cubría la mayor parte del planeta. El equipo procuró ubicar una base inicial en un alto de la poco amena orografía de aquel mundo super habitado. ¿Qué formas de vida hallarían? Pronto lo supieron y quedaron satisfechos; pues aquello era lo que formaba la premisa primordial de su expedición.

Siglos atrás, en medio de especulaciones científicas, biológicas exactamente, acerca del origen del ser humano, su potencial de energías intelectuales, funcionalismo físico, valores espirituales y demás carga de esencias extraordinarias de la especial raza, se llegó a la conclusión de que la computación de esas esencias estaba en relación directa de una adecuación del formato estructural del ser denominado hombre. Finalmente, prevaleció una idea que solamente podía caber en los mecanismos de un cerebro humano. La idea, pues, era la siguiente: «Por alguna razón, en el Universo entero existía inteligencia de tipo ordenado, no solamente intuitivo o, en demasiados casos, instintivo o

condicionado. La inteligencia estaba ubicada en una mente específicamente idónea, estructurada con arreglo a unas exigencias de equilibrio celular electroquímico. Y solamente un formato humano podía cumplir con semejantes requisitos, lo que a su vez resultaba axiomático. Luego, el expandir los formatos del hombre, tal y como se le conocía, era premisa imprescindible para expandir la inteligencia humana en el Universo. No podía ubicarse un cerebro en un delfín o en un antropoide o en un animal cualquiera, por muy semejante que de algún modo fuera al hombre, por la sencilla razón de que no era morfológicamente igual. Pero habría en el espacio infinito, forzosamente, formas de vida idóneas para recibir toda la información humana. El eslabón perdido no estaba en la Tierra, estaba en el espacio sideral, esperando. De modo que, por lo tanto, se debía proceder como la misma naturaleza estimase conveniente hacerlo y en el medio correspondiente. Tan sólo había que sembrar la información... El resto lo haría el tiempo y el azar. Y entre las infinitas posibilidades del mismo azar, con algún sufrimiento de la especie, estaría aquella gran posibilidad humana que cabe en la misma categoría de la evolución creadora de la Naturaleza».

Y es que el hombre no ha podido jamás suponer que él estuviera sólo en el Cosmos. Ciertamente se sabía que algunas razas dotadas de un alto índice intelectual habían morado en algunos planetas ya investigados; pero eso era todo, no siendo suficiente. Se ignora, por completo, lo que es capaz de hacer una inteligencia desarrollada. Pero lo que sí se sabía ya es que la inteligencia humana, surgida de las formas terráqueas, está proyectada para lo más inverosímil e increíble. El cerebro humano pensó sembrar de información humana la misma fertilidad de aquellos campos en los que era posible la vida superior.

Y esto, exactamente, es lo que hacían diversos equipos procedentes del planeta Tierra. Y tal vez eso mismo es lo que estarían haciendo, desde lo más profundo del tiempo, otros representantes de otros mundos posibles, ya en pleno lanzamiento intelectual, en pleno avance universal, en todo el Cosmos inmenso. Repartir y preñar el Universo de vida no era suficiente; la vida había de tener y contener mente, y la mente una proyección espiritual... Se vislumbraba, en este diseño abstracto, un proyecto a largo plazo y desde unos comienzos desdibujados en la misma imprecisa creación: la glorificación del Ser. Y ante este vislumbre, tal vez exagerado, aparatoso, fantástico, ningún moralista tenía nada que oponer; pues en las reglas que señalan el azar en la Gran Evolución Creadora, un moralista era, per se, un diseño universal con grandes y esperanzadoras perspectivas. Ahí era nada... ¡Era dar vida! No quitarla, que es lo que siempre se había tendido a hacer. Y ya era distinto. Se siembra vida en una granja, se siembra vida en una plantación... ¿Por qué no sembrar vida en el espacio?

Los primeros tanteos dieron, como resultado, la observación de analogías anatómicas en otros mundos. La vida estaba distribuida de forma tal que siempre podía hallarse un modo común denominador y no solamente en las estructuras moleculares, sino en el macro-organismo plural y masivo. Se estaba profundizando demasiado en el enigma que velaba el mismo misterio total del Cosmos; pero se imponía seguir adelante. Los animistas, de algún modo siempre afiliados a la idea de la ley kármica, recibieron una satisfacción con la misma idea de creación de formatos perfectos que aproximasen el ser a más elevadas posibilidades espirituales. Por lo demás, la vida, la síntesis de la vida, podía muy bien partir de micro-organismos, de virus a medio camino, de bacterias en suspensión, de células más o menos complejas conservadas en el vacío, de esporas viajeras con destino de ignorados azares; pero, en esencia, había un

punto indeterminado de certidumbre existencias en la actividad múltiple y total de las formas en el espacio, al igual que la había, en la escala de vitalidad, en el fondo de los mares, en el magma fangoso, en las más altas cumbres del planeta Tierra... ¿Qué elemento primordial, prodigioso, es el que suponía el comienzo de la actividad? En este aspecto, la distancia o diferencia entre algunas unidades pertenecientes al reino vegetal y algunas pertenecientes al reino animal, era ínfima y confusa. Seguía dudándose acerca de la teoría de la generación espontánea, precisamente porque la misma observación de ciertas materias inorgánicas había arrojado saldos dudosos. Eran los cristales de la vida que estaban desparramados por doquier... Tal vez sí - decían unos -; pero sigue faltando algo. El catalizador es el hidrógeno - decían otros -. ¿El hidrógeno? ¿Por el hecho de que se encuentre, aunque en distintos estados o presencias, en el espacio todo?

Bien. Eso no importaba demasiado, a fin de cuentas. Era importante, sin embargo, que la vida estuviese presente por doquier y que las formas múltiples rellenasen el requisito imprescindible de la expresión INFINITO. Nunca se terminaba de catalogar las formas de vida halladas. Nunca... Y tampoco esto importaba al equipo que había de prodigar la inteligencia a imagen y semejanza suya, de los hombres que siendo de la Tierra procedían, asimismo, de lo ignoto.

Se habían producido ácidos nucleicos a partir de la célula bien definida como apropiada al problema. Un largo recorrido, en efecto; de moléculas extremadamente simples, como el metano y el amoníaco, hasta las grandes formaciones moleculares organizadas en espiral de ácidos ADN y RNA. Del aminoácido al ácido nucleico, un paso; del cristal a la molécula viviente, un paso; de la inactividad a la vida, un paso... Luego, el código genético fue puesto al descubierto. Se tomó la información. Se organizaron bancos de material genético de ambos signos, con mayor riqueza astrógena, empero. Había, no obstante, un imponderable, el de la reacción hormonal de las formas que se trataba de fecundar. No se podía saber, a priori, el índice de secreción hormonal, aparte de que tanto en el instante de la fecundación como en el proceso de gestación pueden producirse cambios en la estructura química de las formas en cuestión a partir de las mutaciones de las hormonas. Pero se podría apreciar, como así estaba ocurriendo ya en otros planetas, durante el progreso generacional, a partir de las primeras apariciones de los nuevos especímenes.

El equipo explorador de 82 Eridano procedió a examinar las probabilidades de inseminación por siembra en las colonias de formas más definidas. El grado de salinidad era sumamente importante. Y la estabilidad del medio también. Se rechazaron los grandes mares y las grandes extensiones de agua por ser más difícil la observación. Se hallaron lagos que reunían las condiciones imprescindibles para la siembra. El material genético, dentro de unas bolsas térmicas que conservaban el medio ambiente en condiciones genuinamente inmutables, y que se disolvían al contacto con el líquido elemento, fue cayendo y expandiéndose en el agua, fuente de vida.

Y ahí estaban los enjambres de insectos... Parecían surgir de la superficie de la masa acuática que, a su vez, despedía irisaciones extrañas. A la vista de aquel fenómeno se comentaba entre los hombres de la expedición si no se había descartado prematuramente la idea de la posibilidad común de desarrollo en todas las especies de todo el Universo.

Se observó alguna forma de grata memoria para los terrestres. Alguien insinuó que lo más parecido a una nutria estaba en aquellos instantes dando saltos sobre

un banco de arena y lodo. Otro sostuvo que había descubierto una especie de marsupiales muy simpáticos aunque diminutos. Se descubrieron algunas formas relativamente gigantes; pero, en general, 82 Eridano era un planeta idílico por excelencia. Eran formas de vida muy fecundas. Al cabo de unos meses, los hombres comenzaron a separar seres con ligeras diferencias respecto a sus progenitores y congéneres y había unas esperanzadoras discrepancias de comportamiento respecto a los más viejos seres de la misma especie... Se separaron madres e hijos del resto de la colonia, pasándolos a unas reservas acondicionadas al efecto. No se podía saber cuál de todos aquellos nuevos seres podría ser el más apto para la continuación del ensayo. Se continuó el trabajo de siembra en las antiguas colonias y en las reservas. No había otra posibilidad para llegar al encuentro con el ser idóneo y tenían que arriesgarse a producir desviaciones en los formatos. Excitar la evolución tenía sus riesgos. Pero era el juego de la vida.

Transcurrió el tiempo. Y de las nuevas formas, de algunas de ellas, de las más revolucionadas en el sentido apetecible, surgieron otras tan antiguas como las primeras observadas. La naturaleza efectuaba el fenómeno de regreso. Había lógica también en los procesos evolutivos, por muy provocados que fueran; pero no se podía desmayar. Estaba la certidumbre de que solamente en una estructura igual a la humana, humana por tanto, era capaz de progresar el mecanismo del intelecto. Había que seguir adelante. La inoculación de la información humana había empezado y no podía paralizarse nada más comenzar. Muchas formas se quedaban atrás, otras progresaban, señalando el triunfo del hombre dentro del engranaje de la creación.

Y cuando el coeficiente de formas ya en curso de auto-selección, de apareamiento en virtud de la norma de afinidad electiva, estuvo en marcha, los hombres decidieron regresar a su planeta, dejando al proceso de la naturaleza el trabajo inmediato.

Y transcurrieron muchos años en la Tierra y mucho tiempo en 82 Eridano. El programa de información intelectual en el espacio seguía adelante. Aquel primer equipo trabajó en otros planetas y otros equipos fueron sucediendo a los primeros en el trabajo. Hasta que un día, los hombres volvieron al planeta paradisíaco de 82 Eridano con el fin de observar la evolución de los seres y acelerar los mismos resultados obtenidos a consecuencia de los trabajos realizados por el primer equipo.

En la Tierra, tras penosos ensayos, se había logrado no la inmortalidad, pero sí una larga vida. Los hombres eran casi inmortales. Del orden de trescientos años era la existencia del ser humano. Gran cosa, con objeto de obtener resultados. Anteriormente, con una vida tan corta como el promedio de sesenta años, el hombre no llegaba a alcanzar resultados en sus proyectos e ideas.

Nada había cambiado en el sol. El mismo cubo resplandeciente colgado en el espacio, a modo de faro, guió a los hombres hasta el mundo objeto de su viaje. Llevaban los informes del primer equipo y se sorprendieron del desarrollo, en líneas generales, de algunas formas. No pudieron encontrar las reservas. Cambios geológicos habían alterado la topografía del planeta. No reconocieron en la realidad las descripciones trazadas en los mapas. Pero decidieron colocar el gran campamento base sobre una extensa planicie en lo alto de una loma desde la que se divisaba un gran lago sin límites aparentes. Volvieron a sembrar información genética y se dedicaron a efectuar exploraciones. Lograron capturar

algunos seres sumamente avanzados y les situaron en una reserva próxima a la base. La curiosidad era la característica de estos seres, los cuales seguían, al cabo de un tiempo, dócilmente al lado de los hombres. Algunos ejemplares podían ser adiestrados e incluso se familiarizaron con los objetos y utensilios de sus instructores.

Mas 82 Eridano no era un planeta tan estable como en principio les pareció a ellos, los exploradores. Se produjeron algunos movimientos de acoplamiento geológico que pusieron en peligro la vida de los hombres. La vida de los hombres... La nave nodriza que les había llevado cómodamente hasta el planeta desapareció en las entrañas de aquel maravilloso mundo. Salvaron tres campamentos, de los siete que habían montado, y con ellos algunas pequeñas naves de observación. Ellos y ellas tuvieron que trabajar como demonios para sobrevivir con lo que les había quedado. Algunas máquinas construyeron y algunas construcciones de piedra hicieron. Y los hombres se dispusieron a esperar que una nave llegara desde la Tierra a rescatarlos.

No se aburrían, no. Fueron componiendo verdaderas colonias de animales que se adaptaron perfectamente a su presencia y que podría afirmarse no podían pasar sin su ayuda. Muchos animales avanzaron rápidamente, significándose el grado de evolución positivo en las sucesivas y frecuentes generaciones. Algunas especies fueron quedándose ostensiblemente retrasadas y se comportaban de un modo hostil respecto a los hombres y también respecto a los más avanzados individuos de algunas especies. Tras un período de unos doscientos años, lo que suponía del orden de unas cuarenta generaciones de aquellas tres o cuatro variedades de seres más avanzados, los hombres se vieron satisfechos en su obra, en parte positivamente acelerada y encaminada hacia el propósito inicial. Observaron la selección y la elección entre los individuos, los cuales, aunque tendían al apareamiento heterogéneo, difícilmente hacían progenie estéril, inclinándose las especies hacia un género específicamente diferenciado de los otros. Observaron también el comportamiento de antiguas colonias de animales relativamente desarrollados, donde el grado de convivencia señalaba la significativa inconsciencia de los seres primitivos...

Pasaron largos años. Y los hombres, a pesar de su longevidad y de que eran ayudados por los más avanzados individuos de la reserva, fueron dejando de existir. Ninguna nave había dado fe de vida y ningún indicio de rescate se había producido. Fueron muriendo uno a uno, todos...

Y Evos de tiempo transcurrieron. El planeta de 82 Eridano cubrió ciclos y más ciclos orbitales. El sol estaba ahí, perenne, para que el tiempo no fuese más que un simple concepto ideado por los hombres.

Un día, un día de 82 Eridano, una gran nube gris, metálica, se posó en un prado desde el cual se divisaba un lago. Salieron hombres de la nave, idénticos a los anteriores. Descendieron por una suave colina y...

Allí estaban, correteando de un lado para otro, mirándoles fijamente, acercándose a ellos, unos seres que caminaban casi erectos sobre sus dos extremidades inferiores, manoteando y ofreciéndoles frutos. Los hombres no fueron esquivos. Habían llegado al planeta lejano para algo. Los pequeños aborígenes les tomaron de la mano y les condujeron colina abajo, hacia un llano. Y allí mismo, como saliendo de la misma tierra, aparecieron cuarenta y nueve estatuas de piedra. Eran los cuarenta y nueve dioses de 82 Eridano, aquellos cuarenta y nueve dioses de larga vida que un día anduvieron por la tierra

sirviendo de instructores divinos de aquellos seres que ahora ofrecían su ofrenda a otros dioses recién llegados.

- ¡Son ellos! - exclamó uno de los que iban en cabeza del equipo exploratorio de la Tierra.

- Sí: son ellos... Continuemos su tarea.

Y continuaron; porque el trabajo no había concluido. ¡Faltaba tanto por hacer!

- Un día serán igual que nosotros - comentó el que parecía ir al mando de la expedición.

- Efectivamente, un día serán igual que nosotros...

Los pequeños aborígenes se postraron ante las cuarenta y nueve estatuas, y un inefable y potente sonido gutural ascendió por las colinas hasta perderse en los cielos con ecos de humanos dioses que llegaban desde los confines del insignificante universo que habitaban. Y desde universos, impregnando el Cosmos entero, otros ecos comenzaban seguramente a proyectarse hacia la gran lejanía.

¿Quién sabe?

Sí, ¿quién sabe?

FIN

Colin Kapp - **EMBAJADOR EN VERDAMMT**

- Bienvenido a Verdammt, teniente.

El Capitán Administrador Lionel Prellen extendió una mano hacia el recién llegado.

El Técnico Espacial Teniente Sinclair ignoró la mano y saludó gravemente.

- Tengo entendido que la Administración de los Territorios del Espacio en Verdammt ha solicitado ayuda naval para la instalación de una rejilla de aterrizaje y una baliza subespacial que permitan el descenso de una nave de línea de la F.T.L.

- Exactamente. Queremos desembarcar a un personaje que se encuentra en la nave de la F.T.L. - explicó Prellen -. Y al parecer posee usted la única rejilla que puede ser instalada aquí a tiempo para detener esa nave y hacerla descender en las máximas condiciones de seguridad.

El teniente le dirigió una mirada especulativa.

- En respuesta a su petición, el Almirante Melk ha destacado a la S.N.V. Gemini para que se instale en órbita alrededor de Verdammt y haga descender una rejilla, generadores y una baliza preestructurados, para que sean montados en tierra. Usted tendrá que aportar materiales y mano de obra, y yo me encargaré de supervisar los trabajos y proporcionar ayuda técnica.

- ¡Excelente! - dijo Prellen -. Es la mejor solución que podíamos esperar. Aunque a usted no parece gustarle demasiado, teniente.

- Sinceramente, no, capitán. La Marina tiene que atender a muchas obligaciones, y dejar inactiva la Gemini durante veinte días mientras se monta la rejilla es algo que no coincide con mi concepto de la máxima utilización de los recursos.

Prellen se encogió de hombros.

- En tal caso, la Marina podía haber denegado nuestra petición de ayuda.

- El almirante entendió que la petición era legítima, suponiendo que la importancia de la operación justificara el coste y la pérdida de tiempo. Y no estaba en condiciones de juzgar los méritos del caso. Me gustaría preguntarle, capitán, si existe aquella justificación.

- Creo que sí - dijo Prellen -. Y, afortunadamente, no tengo que contestar a esa clase de pregunta ni al almirante Melk ni a usted. Sólo soy responsable ante la Administración de Territorios del Espacio en la Tierra. Pero, ya que ha planteado usted la cuestión, le diré que el personaje que estamos interesados en hacer recalar aquí es el primer Embajador de la Tierra en Verdammt.

- ¿Embajador? - Sinclair luchó con su incredulidad -. Corrijame si me equivoco, capitán, pero en el Manual del Espacio se señala que Verdammt no posee ninguna forma de vida indígena con la inteligencia suficiente para facilitar o comprender ningún tipo de contacto sociológico.

- El Manual del Espacio y usted están en un error - dijo Prellen. Regresó a su escritorio y se sentó detrás de él con aire fatigado -. Se equivocan. Verdammt posee una forma de vida sumamente inteligente. Ignoramos aún su grado de inteligencia, pero es posible que sea muy superior al nuestro. Lo malo es que la valoración inicial se estableció utilizando la escala de Manneschen, la cual está basada en conceptos de inteligencia puramente terrícolas. La forma de vida

existente aquí no tiene nada de terrícola. En realidad, en términos terrícolas, resulta completamente ininteligible.

- ¿Pero usted la considera inteligente?

- Desde luego. Si consideramos la inteligencia en su definición más amplia, es decir, como la capacidad para modificar conscientemente el entorno vital, los Unbekannt son al menos iguales a nosotros. Cómo, o por qué, modifican su entorno, es algo que todavía no hemos llegado a establecer, pero el hecho de que pueden hacerlo, y de que lo hacen, es indiscutible. Por eso Verdammt merece un Embajador, y hemos solicitado ayuda para hacerle descender, a él y a su acompañamiento, de la F.T.L. De modo que ahora exijo de usted una respuesta concreta, teniente: ¿tendré mi rejilla y mi baliza?

- Las tendrá usted - dijo Sinclair -. Eso ya ha sido decidido. Pero con una condición. La petición será investigada desde todos los ángulos, y en el caso de que no estuviera completamente justificada el almirante está dispuesto a someter el asunto a las autoridades de la Tierra.

- Quiere usted decir que es una buena plataforma para prestar interservicios políticos en beneficio del almirante Melk - dijo Prellen secamente.

Sinclair se envaró.

- El primer transporte llegará mañana por la mañana con el material base y los trabajos podrán iniciarse inmediatamente. Esta tarde me gustaría inspeccionar el lugar previsto para el aterrizaje.

- Le pondré en contacto con mi oficial de ingeniería - dijo Prellen -, él le prestará toda la ayuda que necesite. ¿Piensa usted alojarse en la Gemini?

- Por desgracia, no. He de residir aquí hasta que la tarea quede terminada.

- Entonces, le ofrezco a usted un camarote a bordo de nuestra modesta nave-base S.V. Maxwell. No gozará de las comodidades de la Marina, pero siempre estará mejor que en un barracón prefabricado.

- En la Marina... - empezó a decir Sinclair, pero cambió de idea.

- Sé lo que hacen en la Marina - dijo Prellen -, pero puedo garantizarle que en Verdammt se alegrará usted de tener el casco de una nave espacial que le aisle del exterior durante las largas y ruidosas noches.

- Acepto complacido su hospitalidad - dijo el teniente sin el menor entusiasmo -. No dudo de que en Verdammt hay muchas más cosas de las que figuran en el manual del Espacio.

- Podría usted decir eso veintitrés veces más - dijo Prellen -, y no se acercaría aún a la verdad.

Si Sinclair había albergado alguna reserva mental en lo que respecta a alojarse en la Maxwell, la perdió aquella noche, a las diez y diez minutos, hora standard de Verdammt. Desdeñando el comedor de oficiales, buscó la sala de radio y pasó la velada redactando y cifrando su informe al Almirante Melk y su plan de operaciones para la S.N.V. Gemini. Terminada aquella tarea, regresó a su camarote y se preparó para acostarse.

Sus preparativos se vieron interrumpidos por el súbito ulular de algo que se deslizaba hacia abajo en la parte exterior del casco, seguido del macizo clomp-clomp de lo que fuera que parecía ascender de nuevo por el casco. Tras prestar unos instantes de atención, Sinclair se encogió de hombros, dispuesto a olvidar el incidente, y estaba a punto de ocupar su litera cuando los ruidos se repitieron. Esta vez, el clomp-clomp era descendente y el ulular ascendía. Siguieron otros ruidos imposibles de definir; y una sensación de suave balanceo, como si la nave se moviera hacia arriba y hacia abajo sobre sus puntos de apoyo.

Aunque el fenómeno presentaba todas las características de un desastre de primera magnitud, Sinclair no pudo detectar ninguna señal de pánico ni de acciones de emergencia en el resto de la nave, de modo que se decidió a investigar. Saliendo de su camarote, tropezó con Anton Wald, psicólogo de la A.T.S., al cual le habían presentado aquella tarde.

- ¡Ah! - dijo Wald -. Precisamente venía a decirle que no se preocupara.

- ¿Qué está pasando ahí fuera?

- Son los Unbekannt - dijo Wald tranquilamente.

- ¿Qué están haciendo? ¿Atacándonos?

- No lo creo. Sinceramente, ignoro lo que están haciendo. Es algo a lo que se dedican de cuando en cuando por motivos indescifrables. Supongo que les complace, y a nosotros no nos perjudica, de modo que les dejamos hacer.

Sinclair estaba asombrado.

- ¿Quiere usted decir que no ponen centinelas para mantenerlos alejados?

- No queremos mantenerlos alejados. Estamos aquí para estudiarlos.

- Pero, van a destrozar la nave...

- No - dijo Wald -. Le parecerá raro, pero no causan ningún daño y ni siquiera dejan rastro de sus actividades. Mañana por la mañana no encontrará usted ni la huella de una pisada.

- ¿Y los ruidos?

Wald se encogió de hombros.

- ¿Qué quiere que hagamos? ¿Salir y matar a una docena? Desde luego, son alienígenas, pero con el nivel de inteligencia, cualquier ataque por nuestra parte basado en ese pretexto sería moralmente indefendible. De todos modos, tengo la impresión de que si desearan atacarnos podrían hacerlo utilizando unos medios contra los cuales no tendríamos ninguna defensa. Yo no me atrevería a asumir la responsabilidad de iniciar una lucha contra los Unbekannt.

- Comprendo - dijo Sinclair, en un tono que revelaba que no comprendía absolutamente nada.

Regresó a su camarote, cerró la puerta y se resignó a la perspectiva de una noche de insomnio.

Lo primero que hizo Sinclair a la mañana siguiente fue inspeccionar la parte exterior de la nave. Estaba convencido de que los ruidos de la noche anterior no podían haber sido producidos sin causar desperfectos en el casco. Pero comprobó, asombrado, que no había ningún arañazo en la superficie del casco, ninguna pisada en la arena.

A pesar de su incredulidad, o tal vez a causa de ella, Sinclair quedó intrigado por el problema, recordando el balanceo que había experimentado la nave, y recordando que la propia nave probablemente pesaba más de cien mil toneladas terrestres. Resultaba difícil imaginar cómo podía haberse ejercido la fuerza necesaria para mover aquella masa sin dejar ninguna huella, y todavía más difícil imaginar cuál era el significado de aquel hecho.

La nave-base y sus tres transportes auxiliares se encontraban en un claro de unos cuatro kilómetros cuadrados, más allá del cual se extendía por todos lados la frondosa vegetación de Verdammt. El claro era artificial e incluía una zona de barracones prefabricados y el lugar donde se proyectaba montar la parrilla de aterrizaje. Desde el punto de vista de la ingeniería era un emplazamiento excelente, con todos los suministros y recursos disponibles concentrados a su alrededor.

El primer transporte llegó exactamente a la hora prevista, y Sinclair tuvo que atender a los detalles de la descarga, al tiempo que daba instrucciones a los jefes de los grupos de trabajo. Pero de cuando en cuando contemplaba con aire pensativo la vegetación que les rodeaba por todas partes, preguntándose si los Unbekannt estaban allí observando la nueva actividad y qué es lo que comprendían de ella, si es que comprendían algo.

Ocasionalmente producíase un movimiento entre la maleza, aunque siempre demasiado rápido para poder localizar su origen. Sin embargo, Sinclair llegó a convencerse de que los Unbekannt les estaban observando desde el lindero de la maleza, e incluso arriesgándose a avanzar unos cuantos metros por el claro, probablemente para ver más de cerca lo que estaba pasando.

Poco antes de que terminara la jornada de trabajo, Sinclair pudo abandonar el lugar para ir en busca de Wald. Le encontró en su oficina, en un barracón prefabricado, contemplando con aire malhumorado una tablilla cristalina curiosamente labrada, la cual parecía ondular y reestructurarse a sí misma incluso mientras Wald la hacía girar entre sus manos. Cuando entró Sinclair, el psicólogo le entregó el objeto para que lo examinara.

- ¿Qué es esto? - preguntó finalmente Sinclair.

- Ojalá lo supiera - dijo Wald -. Es algo que los Unbekannt dejaron aquí, pero ignoramos por qué y para qué. A veces me pregunto si llegaremos a saberlo. Puede ser cualquier cosa, desde una computadora cristalina hasta una obra de arte abstracto... o algo tan fuera del alcance de nuestra comprensión que la raza humana nunca podrá entenderlo.

- A propósito de los Unbekannt - dijo Sinclair -. ¿Son hostiles en algún sentido?

- Físicamente, no. Yo creo que están tan ansiosos como nosotros por establecer comunicación. Pero en eso estriba su peligro, precisamente.

- No comprendo - dijo Sinclair.

- No, supongo que no. Piense un momento en el concepto alienígena. Los Unbekannt son tan alienígenas que en ellos no hay casi nada que se aproxime a lo que nosotros somos capaces de comprender. Están tan alejados de nuestros conceptos de una forma de vida que resultan no sólo ininteligibles sino también completamente inimaginables. ¿Cómo puede uno empezar a comprender lo que está más allá del imperio de su propia imaginación? La respuesta es sencilla: no existe tal posibilidad.

- Pero eso depende únicamente del alcance de la mente individual.

- No. La experiencia humana en sí limita la imaginación individual a unos puntos de referencia más allá de los cuales resulta difícil manejar conceptos, porque no existen analogías ni coordenadas que puedan utilizarse para formular, o retener, la idea. Un concepto situado más allá de los puntos de referencia no significa nada.

- Continúo sin ver el peligro - dijo Sinclair.

El psicólogo levantó la mirada.

- Para aceptar a los Unbekannt como realidad, hay que negar la propia educación y la propia experiencia. Ellos no significan nada desde nuestros puntos de vista, de modo que hemos de tratar de adaptarnos a los suyos. El resultado sería una completa desorientación. El cerebro humano no reacciona favorablemente a esa forma de presión. La consecuencia más benigna es una confusión mental; la peor, una evasión absoluta del conflicto, un shock cataléptico. Por eso le sugiero que me consulte antes de intentar establecer

cualquier contacto personal con los Unbekannt. No podemos permitirnos perderle a usted. Al menos hasta que tengamos nuestra rejilla.

- Ése es el problema, precisamente - dijo Sinclair -. En vista de todo esto, no veo ningún motivo lógico para tener un Embajador en Verdammt hasta que se haya alcanzado algún grado de comprensión de los Unbekannt. Creo que esto es lo normal.

- Está usted enojado, ¿verdad?

- ¿A usted qué le parece? - inquirió Sinclair en tono sarcástico -. ¡Desde luego que estoy enojado! Me fastidia que me hayan enviado a este lugar olvidado de Dios a instalar una rejilla y una baliza, debido a una petición que es una argucia burocrática. Han engañado a la A.T.E. haciéndole creer que este planeta necesita un embajador para tratar con una forma de vida con la cual nunca podrá establecer comunicación.

- ¿Ha terminado usted, Mr. Sinclair? - dijo fríamente la voz de Prellen.

Sinclair, que no le había oído entrar, giró rápidamente sobre sus talones.

- ¡No, no he terminado! Si quiere saber lo que opino...

- No necesito su opinión - le interrumpió Prellen -. Lo único que quiero de usted es su ayuda técnica para la instalación de una rejilla y una baliza subespacial. Tal vez le interese saber que los trabajos del doctor Wald acerca de la psicología Unbekannt fueron los que decidieron a la Administración de los Territorios Espaciales a enviar un Embajador a Verdammt, y que los detalles de la operación encaminada a permitirle llegar aquí los planeé yo mismo.

- ¿Usted?

- Sí. Lamento decepcionarle, Sinclair, pero a veces los capitanes administradores nos dedicamos a administrar. De modo que no ha habido argucias burocráticas ni nada que se le parezca. No ha habido más que un informe técnico, un acuerdo, y un plan de operaciones.

El rostro de Sinclair reflejaba su incredulidad.

- No le creo a usted, y sé que el almirante Melk tampoco va a creerle. Puedo anticiparle que terminaré mi informe al almirante con la recomendación de que investigue a fondo todo este asunto.

- Me resulta difícil creer - dijo Prellen -, después de lo que usted me ha dicho acerca de lo agobiados que están de trabajo, que el almirante disponga de tiempo para dedicarse a jugar a la política.

- ¡Prellen, no admito esa clase de observaciones!

- Y yo no admito esa clase de insolencias - dijo Prellen secamente -. Debo recordarle que hasta que el Embajador tome posesión de su cargo, los asuntos terrícolas sobre este planeta están bajo mi absoluta y única responsabilidad. Provisionalmente, represento a la autoridad legalmente constituida. ¿Sabe usted lo que eso significa aquí?

- Yo se lo diré - intervino Wald con maligno placer -, puesto que en la Academia Espacial descuidaron un poco su educación. No le adiestraron en el arte de los buenos modales, ni en el de saber callarse a tiempo. En los asuntos terrícolas, el poder del capitán es absoluto. Y eso incluye el derecho sobre la vida y la muerte. De modo que, si quiere aceptar un consejo desinteresado, cierre la boca antes de que le metan algo en ella. Mi bota, por ejemplo.

- No debió usted decir eso, Anton - dijo Prellen cuando Sinclair se hubo marchado -. A Melk no le gustará enterarse de que hacemos objeto de amenazas de violencia física a sus subordinados.

Wald sonrió afablemente.

- No he hecho más que expresar lo que usted pensaba, y que no se atrevía a manifestar por una cuestión de «protocolo».

- Nos ha ocurrido lo peor que podía pasarnos dijo Prellen -. De toda la Marina, han tenido que enviarnos a uno de los perritos falderos del almirante Melk... El asunto ya era bastante difícil sin que Melk metiera las narices en él, de modo que ahora... Confío en que podamos convertirlo en un hecho consumado antes de que estalle la tormenta. Si conseguimos resistir hasta entonces, todo irá bien. Pero si Sinclair se empeña en dificultarnos las cosas, no sé cómo saldremos de esto.

La rejilla iba adquiriendo forma lentamente. Las piezas que iban llegando a bordo de los transportes eran ensambladas sin la menor dificultad. Luego llegaron los generadores, y sus achaparradas y pesadas moles fueron encajadas en la base de la estructura, para ser conectadas con las cadenas conductoras que confinaban la fluxión de la rejilla dentro de la membrana de intrincadas arboladuras. La baliza subespacial llegó como una sola unidad y fue instalada a lo largo de la rejilla. En un barracón prefabricado situado muy cerca de allí, Sinclair estaba montando el transmisor que, operando a través de la baliza, atraería a la nave de la F.T.L. fuera del subespacio y la guiaría hacia la rejilla de aterrizaje.

Prellen revisaba diariamente los trabajos y comparaba cuidadosamente el tiempo calculado de complejidad con las predicciones de la computadora acerca de la posición de la nave avanzando hacia ellos a través del universo a una velocidad superior a la de la luz. Se daba perfecta cuenta de las dificultades que entrañaba la operación, y le complacía comprobar que el antagonismo de Sinclair hacia los objetivos del proyecto no afectaba a su capacidad para controlar la rápida construcción de la rejilla.

Prellen estaba realmente impresionado por la eficacia del equipo de transporte de la Marina, los cuales entregaban exactamente la pieza adecuada en la posición adecuada y en el momento preciso. Pero al mismo tiempo le preocupaban los detallados informes en clave que Sinclair enviaba al almirante Melk. La situación en Verdammt era suficientemente única para exigir una solución radical del problema de establecer comunicación con sus habitantes, y Prellen no ignoraba que las presiones políticas podían destruir el precario equilibrio del experimento extra-sociológico que había planeado.

Estaba discutiendo precisamente aquel extremo con Wald, una noche, cuando se presentó Sinclair. Su rostro reflejaba una profunda satisfacción, que pareció acrecentarse al ver a Wald.

- Me alegro de que estén los dos aquí, ya que deseo continuar una conversación anterior. Tema: el Embajador.

- ¡Adelante! - dijo Prellen, mirando a Wald de soslayo -. Imagino que ha recibido usted alguna información, seguramente del almirante Melk.

- En efecto, capitán Prellen. El almirante está investigando a fondo todo este asunto, y de momento me ha anticipado los nombres del Embajador y de su acompañamiento a bordo de la nave de la F.T.L.

- No necesitaba haberse molestado - dijo Prellen -. Yo podía haberle dado a usted la misma información, si me la hubiera solicitado.

- ¿Incluso el nombre del Embajador? Conoce usted el nombre, ¿verdad?

- Sí - dijo Prellen lentamente -. Se llama Prellen. Da la casualidad de que es hijo mío.

- ¡De modo que lo admite!

- Tengo por norma no negar a los hijos que han nacido de mi matrimonio. Sinclair estaba asombrado por aquella aparente despreocupación.

- ¡Sabe perfectamente que no me refiero a eso! ¿Quiere que siga tirando de la cuerda?

Prellen dirigió una rápida mirada a Wald.

- Naturalmente, nos interesa saber hasta qué punto alcanza su información - dijo, prudentemente.

- No me cabe la menor duda. Sé, por ejemplo, que el acompañamiento del embajador se compone de cinco mujeres y de ningún hombre. Un interesante ejemplo de selección de personal... ¿Necesito continuar?

Prellen levantó una mano.

- No, eso es suficiente, por ahora. No sé cómo ha obtenido la información el almirante Melk, pero debo admitir que es exacta. Ahora, Sinclair, dígame qué espera ganar personalmente con este asunto.

- ¿Está usted pensando en sobornarme?

- No estaba haciéndole ninguna oferta, aunque estoy convencido de que tiene usted un precio.

- ¿Por qué está tan seguro, capitán?

- Es evidente - dijo Prellen -. Busca usted dinero o un ascenso, porque nunca oyó hablar de una cosa llamada principios.

- ¿Se atreve usted de hablarme a mí de principios?

- Sí - dijo Prellen -, y algún día comprenderá usted cuáles son mis principios. Hasta entonces, sólo puedo esperar que sea usted mejor ingeniero que correveidile, porque de no ser así la nave de la F.T.L. va a provocar una verdadera catástrofe cuando descienda sobre este planeta.

Algo oscuro y disforme aterrizó de golpe sobre la cúpula transparente del barracón de la baliza, rascó furiosamente el curvado declive y saltó desde el fondo del baldaquín a la protectora maleza. El ruido de su paso sobresaltó a Sinclair. Alzó la mirada salvajemente cuando el episodio fue repetido por un segundo y luego por un tercer cuerpo. El cuarto proporcionó una variación: aterrizó sobre la parte baja del baldaquín, se deslizó hacia la parte superior de la cúpula y desapareció al llegar a la cima.

Sinclair se dirigió hacia la puerta, pero a medio camino recordó la advertencia de Wald y cambió de idea.

Pulsó la palanca del comunicador.

- Doctor Wald, hay algo que está moviéndose sobre el techo del barracón de la baliza. Creo que deben ser los Unbekannt.

- Es muy probable - dijo Wald -. Supongo que habrán decidido que ha llegado el momento de empujarle a usted a través del laberinto.

- ¿Laberinto?

- Sí, la prueba de reacción primaria para los animales experimentales. Estimulo y respuesta básicos. Nos han sometido a ella a la mayoría de nosotros, y han llegado a aburrirse. Usted, en su calidad de técnico, es distinto, y supongo que están tratando de tomarle la medida.

- ¿Deslizándose sobre el tejado - inquirió Sinclair, en tono de incredulidad -. ¿Qué pueden descubrir con eso?

- No tengo la menor idea - dijo Wald -. Ya le advertí que los Unbekannt estaban más allá de nuestras posibilidades de comprensión. Sin embargo, es evidente que no tienen más posibilidades de comprendernos que las que nosotros tenemos de

comprenderlos a ellos. Estamos aplicándonos mutuamente nuestros propios puntos de vista, y dudo de que nuestras reacciones tengan para ellos más sentido del que para nosotros tienen las suyas. Es una clásica situación ilógica, sin ninguna respuesta.

- Si puedo echarle las manos encima a uno de ellos, pronto le daré a usted unas cuantas respuestas - dijo Sinclair.

- Sería interesante comprobar si eso es verdad - dijo Wald -. Pero no le aconsejo a usted que lo intente. ¿Cómo sabe que uno de ellos no alberga una idea similar en lo que a usted respecta?

- ¿Un maldito mono?

- ¡Ah! ¡De modo que ya ha caído usted en la trampa! - dijo Wald -. Por el simple hecho de que no ha podido ver a ninguno de ellos claramente, ha deducido por su cuenta que son como monos: un limitado concepto terrícola. En realidad, los Unbekannt tienen muchas menos cosas en común con los monos que nosotros. El mayor peligro que corre usted reside en sus falsas ideas preconcebidas.

Incluso a través del comunicador Wald oyó al quinto Unbekannt iniciar su danza alienígena encima del techo de plástico, y la conversación de Sinclair terminó con un grito de cólera antes de que la conexión se interrumpiera.

Abriendo la puerta del barracón de la baliza, Sinclair se asomó al exterior. El barracón se hallaba muy cerca del borde del claro, y separado únicamente por un ancho sendero de las franjas de maleza más próximas. El ruido de algo que se deslizaba a través del tejado le advirtió del paso de otro Unbekannt y le permitió calcular la dirección de movimiento con la precisión suficiente para ver la sombra borrosa que descendía y corría a ocultarse entre la maleza. No obtuvo ninguna impresión de altura ni de forma, pero calculó que la masa del Unbekannt era menor que la suya propia, aunque su velocidad y su agilidad eran fenomenales.

Volvió a entrar en el barracón y sus dedos se cerraron alrededor de una barra de titanio de un metro de longitud, de la cual había cortado los segmentos del conmutador de la baliza. Sopesó la barra pensativamente unos instantes, no sabiendo qué clase de fuerza podía ser aplicada a los Unbekannt sin que resultara mortífera. Luego salió de nuevo al exterior, empuñando la barra.

Durante un largo rato no ocurrió nada. Los trémulos sonidos de la vida de la cercana maleza llegaban hasta él con sorprendente claridad, y el frío y húmedo aliento de la vegetación se cerraba alrededor de su cuello como un pañuelo pelicular. Finalmente oyó un ruido deslizante a través del tejado y, calculando mentalmente el tiempo y la posición de descenso, retrocedió hasta la pared y esperó con la barra levantada. Exactamente en el momento previsto, la masa borrosa cayó como una piedra del tejado... y Sinclair la golpeó.

Nunca pudo descifrar ni describir lo que ocurrió a continuación. La impresión no fue la de haber golpeado un cuerpo blando y en movimiento, sino la de haber chocado inesperadamente con un bloque de piedra. Sus dedos quedaron entumecidos, como si acabaran de recibir una descarga eléctrica, y soltaron la barra. Algo le escupió, o le deslumbró, o hizo algo extraño e incomprensible, y una oleada de náusea y de desorientación envolvió todo su cuerpo de un modo casi físico.

Luego, el Unbekannt se irguió delante de él. Sinclair luchó contra su confusión e inmediatamente volvió a caer en ella mientras su mente trataba de reconciliar lo que veía con lo que consideraba remotamente posible. Lo absurdo de lo que sus ojos percibían no encajaba en ningún sentido con ninguna de las cosas que había

esperado ver. Y cuando volvió a salir del abismo mental en que había caído, su alienígena antagonista había desaparecido.

Permaneció unos instantes completamente inmóvil, recobrándose de la impresión, y luego miró a su alrededor. No había ningún Unbekannt a la vista, pero unos leves rumores entre la maleza daban a entender que no se habían marchado muy lejos. Después oyó de nuevo el familiar sonido deslizante y se volvió hacia el lugar donde había caído la barra.

Sólo entonces, en una especie de agonía, comprendió lo profundo del abismo en el cual se había sumergido. Ya que la barra de titanio aparecía enrollada formando un dibujo extraño y maravilloso. Las manos de Sinclair temblaban cuando recogió la barra y observó la complejidad de los cerrados lazos, cuya immaculada formación hubiera exigido de un artesano terrícola muchas horas de paciente trabajo y el empleo de un soldador electrónico. Pero aquella maravilla había sido producida en la fracción de segundo que transcurrió entre el momento en que el metal había abandonado sus dedos y el instante en que había llegado al suelo. Y era completamente fría al tacto.

El fenómeno no tenía explicación. Resultaba imposible y real al mismo tiempo. Y esto, más que cualquier otra cosa de las que había encontrado en Verdammt, provocó sudores en Sinclair, y una sensación de pasmo, y un repentino temor. Recogiendo los restos de la barra, dio media vuelta y se internó deliberadamente en la maleza, siguiendo a los Unbekannt.

Wald encontró a Prellen en la sala de derrota de la Maxwell.

- Sinclair se ha marchado.

- ¿A dónde? - inquirió Prellen, súbitamente alarmado.

- No lo sé - respondió Wald -. Se ha internado en la maleza, creo.

- ¡Maldición! - exclamó Prellen -. Eso significa que probablemente ha ido a comprobar por sí mismo qué aspecto tienen los Unbekannt. A pesar de lo mucho que me disgusta la Marina, no creo que sea una buena política devolverle a sus técnicos en un estado de shock... y éste será el resultado de semejante contacto, teniendo en cuenta lo rígido de su mentalidad. Además, la nave de la F.T.L. se encuentra solamente a dieciséis horas-luz de distancia. Tenemos que localizar a ese idiota, Anton, antes de que se cause un daño a sí mismo.

- No - dijo Wald -. Sé que tenemos que localizarle. Pero si ha llegado tan lejos como supongo, en este momento se encuentra fuera del alcance de usted. Yo iré a buscarle. Me llevaré a un par de hombres del equipo psíquico y una dosis triple de mezcalina. Si no regresamos, no salga usted en busca nuestra.

- ¿De veras hay tanto peligro en las zonas profundas?

- ¿Ha olvidado lo que dicen las estadísticas acerca de los desquiciamientos nerviosos en los equipos de exploración?

- No, desde luego que no - dijo Prellen -. Bien, usted es el doctor. ¿Necesita algo especial?

- Sólo unas cuantas plegarias, y mucha imaginación - respondió Wald -. Son los únicos factores con los que podemos contar allí.

- Entonces, le deseo mucha suerte.

En la maleza no había senderos visibles, pero la flexibilidad de los tallos palmeados le permitía avanzar en cualquier dirección con un mínimo de demora. Sinclair anotó mentalmente la posición del sol mientras echaba a andar, escogiendo una zona de agitación visual que le precedía en la maleza y que se

movía delante de él, a veces con asombrosa velocidad pero sin alejarse nunca lo suficiente como para que Sinclair la perdiera de vista.

No podía saber si se trataba de un solo Unbekannt o de un grupo de ellos, ni podía explicarse, a pesar de sus conocimientos de física, por qué los alienígenas se revelaban como una sola fluctuación.

El único aspecto familiar de la situación era la sugerencia de un cebo, o de una invitación, para que les siguiera. Dado que Wald había rechazado la posibilidad de que los Unbekannt fueran físicamente peligrosos, Sinclair no se sentía particularmente alarmado por el hecho de seguir a los alienígenas a dondequiera que pensarán llevarle.

Psicológicamente, sin embargo, no estaba tan seguro del terreno que pisaba. Su breve encuentro con los Unbekannt había hecho vacilar seriamente su confianza en el alcance de su propia imaginación, y había subrayado las advertencias de Wald acerca de los peligros más insidiosos de un contacto con alienígenas. Pero la posibilidad de captar al menos un indicio de la tecnología mediante la cual la barra de titanio había sido moldeada en frío, y en milésimas de segundo, haciéndole adquirir su actual y complicadísima forma, era algo irresistiblemente atractivo para él.

Al cabo de una hora de marcha, Sinclair se detuvo, súbitamente desconcertado por lo que parecía ser un espejismo. Experimentó la extraña sensación de que por unos instantes habían existido unas grandes torres delante y en torno de él: torres que se habían levantado y desvanecido con tal rapidez que la impresión era poco más que subliminal. Sin embargo, el fenómeno se había grabado en su mente con una inconfundible aura de realidad. Trastornado aún, observó la zona de maleza con la esperanza de encontrar algo que pudiera haber disparado la fantasía. Pero la vegetación seguía ofreciendo el mismo aspecto, agitándose suavemente pero inmutable.

Luego, el infierno se tragó a Sinclair. De pronto se vio sumergido en el centro de alguna oscura y chirriante enormidad, que podía haber sido el vientre de una máquina funcionando en las profundidades del averno. O podía haber sido parte de una ruidosa hipermetrópoli, tan fuera del alcance de su comprensión como podía haber estado una de sus propias ciudades para el hombre de Neanderthal o de Cro-Magnon. Su mente se encogió ante el insoportable salvajismo de las impresiones provocadas por el ruido, la mugre y la turbulencia.

Luego, la escena desapareció con la misma rapidez con que había brotado. La única turbulencia que quedó fue la de su trastornado cerebro, y el único ruido que percibió fue el de sus propios oídos, vibrando, reaccionando aún a la impresión. Y con un creciente terror en su corazón esperó lo que temía que iba a llegar a continuación.

Con ojos incomprensivos Sinclair trató de seguir las series de montajes y espejismos de escenas y símbolos que fluían a su alrededor y encima de él. Sus entornos alcanzaban transposiciones aparentemente imposibles, desde las lúgubres sombras de algún enorme complejo satánico hasta la candente negatividad de un punto aislado del desierto, en una perspectiva tan inimaginable que Sinclair se veía obligado a cerrar los ojos para poder soportarla. Y de nuevo las imágenes se hacían borrosas y volvían a formarse, llenándole de emociones que su cuerpo no estaba construido para experimentar.

Su primera impresión había sido la de movimiento, la de ser arrojado a una serie de quasi entornos demenciales. Más tarde, alguna porción más racional de

su mente revalorizó las sensaciones y arrojó sobre él el semiformado concepto de que estaba realmente inmóvil y de que aquellos fantásticos quasi contornos estaban siendo realmente creados y disueltos a su alrededor.

Recordó que Prellen había definido la inteligencia, en relación con los Unbekannt, como la capacidad consciente de modificar el entorno. Empezó a percibir vagamente el axioma de que, a lo largo del tiempo, todos los entornos, sea por manipulación, sea por causas naturales, deben cambiar; y que el inimaginable flujo y las transformaciones que se producían a su alrededor diferían esencialmente en ritmo de cualquier situación humana.

Sinclair no vio a Wald y a los dos hombres del equipo psíquico, moviéndose como hombres rana a través de las extensiones de pesadilla. No vio cómo disparaban una pistola hipodérmica contra su brazo...

Faltaban dos horas para el aterrizaje cuando aplicaron a Sinclair un contrasedante y le permitieron, todavía tembloroso a causa de la reacción, que efectuara los ajustes finales y activara la rejilla. Wald no se movió de su lado, ayudándole en las operaciones más sencillas y observándole constantemente con una especie de apenada simpatía. Finalmente, Sinclair declaró que la tarea estaba terminada y se volvió hacia el doctor con una forzada sonrisa en los labios.

- Tengo que darle las gracias por haberme sacado de allí. No puedo decir que no me advirtiera usted.

Wald se encogió de hombros, quitándole importancia al incidente.

- ¿Cómo se siente ahora?

- Aturdido y... confuso. Creo que nunca volveré a ser el mismo después de aquella experiencia.

Wald asintió.

- Resulta terrible tener un montón de conceptos y ningún medio para comunicarlos... Usted fue hacia allí sin ninguna preparación. Normalmente, nosotros utilizamos drogas que le dejan a uno razonablemente objetivo, al tiempo que reducen al mínimo la tensión de la imaginación. Es el único modo de sobrevivir allí.

Sinclair preguntó

- Pero, ¿cómo puede tener existencia algo tan absolutamente imposible?

- Estoy convencido - dijo Wald - de que ellos se formulan la misma clase de pregunta acerca de nosotros, y casi con la misma esperanza de encontrar una respuesta. La verdad es que ni ellos ni nosotros somos imposibilidades; lo que ocurre es que sobrepasamos las limitaciones en las mentes de los otros. Y ellos o nosotros, o ambos, como especie, hemos de encontrar el medio para efectuar un reajuste, si de veras queremos alcanzar algún nivel de comprensión.

»Creo que ahora se dará usted cuenta de lo atrapados que estamos en la tela de araña de las cosas que sabemos. Limitamos nuestra imaginación con unos puntos de referencia que nos dejan un reducido cuadro de probabilidades y posibilidades. No podemos comprender a los Unbekannt ni comunicarnos con ellos, porque discurren en un plano que no está previsto en la estructura de nuestra lógica. El único puente concebible entre las dos culturas sería una mente humana que no hubiese sido moldeada demasiado rígidamente en nuestros conceptos lógicos, y que pudiera ser expuesta simultáneamente a las dos culturas, con la esperanza de que aprendiera a aceptar, si no a reconciliar, las dos series de valores mutuamente contradictorios.

- Si existiera un individuo con una mente así...

- Yo creo que existe - dijo Wald -. Uno de ellos es nuestro embajador.

En alguna parte un timbre empezó a resonar a intervalos regulares. Sinclair consultó su cronómetro.

- Veinte segundos para el contacto - dijo.

Toda la atención estaba centrada ahora en el poderoso rayo de energía que la rejilla proyectaba en el cielo. Por muy familiarizado que se estuviera con el proceso, era un espectáculo que nunca perdía su fascinación. En un momento determinado, la inmensa nave de la F.T.L. se abrió camino a través del espacio a una velocidad casi infinita; un instante después surgiría en el espacio-tiempo normal, enristrado, suspendido y en reposo sobre el rayo de la rejilla, en virtud de un milagro al que nadie acababa de acostumbrarse.

Sinclair dijo: «¡Ahora!» y el timbre empezó a sonar ininterrumpidamente.

Simultáneamente apareció la nave, mucho más cerca de lo que había sido previsto, aunque dentro de los márgenes de seguridad. El choque supersónico de su llegada hizo retemblar el suelo y provocó una intensa lluvia que los espectadores soportaron estoicamente como parte de la ceremonia de llegada.

Lentamente, como si tirara de ella un cordel invisible, la nave descendió hasta posarse sobre la rejilla. Después de un período de aparente inactividad, las escotillas de la parte inferior se abrieron para dar paso a un montacargas que facilitaría el desembarco. Cuando el montacargas se posó en el suelo se produjo un movimiento general en dirección a él.

Wald miró a Sinclair.

- ¿Ha terminado su trabajo? Venga conmigo, voy a presentarle al embajador.

Sinclair miró el mono azul que vestía.

- ¿Con esta ropa?

- No importa. En la A.T.E. no estamos apegados a los convencionalismos.

Se dirigieron hacia el lugar donde la multitud empezaba a abrir paso al embajador y a sus acompañantes.

Cuando estaban muy cerca de Sinclair se detuvo, desconcertado, y cogió al doctor Wald por el brazo.

- Oiga, ¿hablaba usted en serio?

- ¿Acerca de qué? - inquirió Wald, con una expresión de ingenuidad.

- Acerca del embajador... Dígame que ha sido una broma.

- Si cree que es una broma, tiene usted un extraño sentido del humor.

- Pero, un bebé... Ahora comprendo por qué necesitaban la rejilla para un aterrizaje suave.

- William Arthur Prellen - dijo Wald -, Embajador para el Territorio Espacial de Verdammt. Edad, veintisiete días, uno más, uno menos. Un poco crecido ya para el cargo, pero es la mejor posibilidad que tenemos de establecer contacto con los Unbekannt. Pretendemos ponerle en contacto con ellos con la suficiente frecuencia y durante períodos de tiempo lo bastante prolongados como para que su mente en formación les admita del mismo modo que a nosotros. ¿Qué pasa? Parece usted un poco decepcionado... No me diga que acaba de darse cuenta de que la A.T.E. no es un servicio tan cómodo como parece...

Recordando su propia experiencia en contacto con los Unbekannt, Sinclair se sentía más bien enfermo.

- Y, ¿cree usted de veras que tienen una posibilidad de conseguir algo?

- Sólo una posibilidad - dijo Wald -, y además peligrosa. Peligrosa para el joven Prellen y para los que han traído aquí. Ésta podría ser la mayor victoria del almirante Melk.

- Nunca lo sabrá - dijo Sinclair -. Al menos, no lo sabrá por mí. Nunca imaginé que se arriesgaran ustedes tanto.

- También se han arriesgado los Unbekannt - dijo Wald -. ¿Recuerda aquel cristal que le enseñé un día en mi oficina? ¿Le he dicho ya que crece un poco cada día? Sospecho que es un embrión de Unbekannt. Su embajador ante nosotros, por así decirlo. Todo parece indicar que hemos alcanzado ya ese primer punto de comprensión.

Clark Ashton Smith - EL ÍDOLO OSCURO

El sol no brillaba ya con su blancura fantástica sobre Zothique, el último continente, sino que estaba totalmente empañado y opaco, como si lo cubriese un vapor de sangre. Nuevas estrellas, en número incontable, se habían presentado en los cielos y las sombras del infinito se aproximaron. De las sombras, habían vuelto junto al hombre los dioses antiguos; los dioses olvidados desde los tiempos de Hyperbórea, Mu y Poseidonis, con otros nombres pero con los mismos atributos. Y también los antiguos demonios habían regresado, agitándose sobre los humos que se elevaban de malvados sacrificios y favoreciendo de nuevo las antiguas hechicerías.

Muchos en Zothique eran nigromantes y magos, y la fama de sus hechos infames y maravillosos eran objeto de leyendas por todas partes en los últimos tiempos. Pero entre todos ellos, ninguno fue mayor que Namirra, que impuso su negro yugo sobre las ciudades de Xylac, y más tarde, en su orgulloso delirio, se consideró el mismísimo igual de Thasaidón, el señor del Mal.

Namirra había construido su morada en Ummaos, la principal ciudad de Xylac, donde llegó procedente del desértico país de Tasuun con el sombrío renombre de sus taumaturgias detrás suyo como una nube de arena. Y nadie sabía que, al volver a Ummaos, regresaba a la ciudad que le había visto nacer, porque todos le consideraban nativo de Tasuun. Indudablemente, nadie habría soñado que el gran hechicero fuese la misma persona que el mendigo Narthos, un muchacho huérfano de dudoso linaje que pidió diariamente el pan por las calles y bazares de Ummaos. Había vivido desastrosamente, solo y despreciado, y el odio hacia la cruel y opulenta ciudad creció en su corazón como una llama oculta que arde en exceso, esperando el momento en que se convertirá en un incendio devorador de todas las cosas.

El rencor y odio de Narthos contra los hombres se fue haciendo más amargo durante su infancia y primera juventud. Un día, el príncipe Zotulla, un muchacho poco mayor que él mismo, se cruzó con él en la plaza ante el palacio imperial, cabalgando sobre un inquieto palafrén, y Narthos le imploró una limosna. Pero Zotulla, burlándose de su petición, siguió altivamente adelante espoleando su palafrén y Narthos fue derribado y pisoteado por los cascos. Después, próximo a la muerte a causa del atropello, yació sin sentido durante muchas horas, mientras la gente pasaba a su lado sin prestarle atención. Recobrando finalmente el sentido, pudo arrastrarse hasta su chamizo, pero a partir de entonces cojeó ligeramente durante el resto de su vida y la marca de un casco permaneció sobre su cuerpo a manera de señal, sin desvanecerse nunca. Más tarde abandonó Ummaos y fue rápidamente olvidado por la gente de la ciudad. Yendo hacia el sur, hacia Tasuun, se perdió en el gran desierto y estuvo a punto de perecer. Pero, finalmente, llegó a un pequeño oasis donde habitaba el mago Ouphaloc, un solitario que prefería la compañía de honrados chacales y hienas a la de los hombres. Y Ouphaloc, viendo la gran maldad e inteligencia del desamparado muchacho, le socorrió y le acogió allí. Durante años vivió con Ouphaloc, convirtiéndose en su discípulo y heredero de la sabiduría que le había enseñado el demonio. Extrañas cosas aprendió en aquella choza y era alimentado con frutos y cereales que no habían nacido del húmedo suelo y con vino que no era el jugo de la uva terrestre. Igual que Ouphaloc, se convirtió en un maestro de

demonología y estableció su pacto con el archienemigo Thasaidón. Cuando Ouphaloc murió, tomó el nombre de Namirrha y se presentó a los pueblos nómadas como un poderoso hechicero, y a las escondidas momias de Tasuun. Pero nunca pudo olvidar las miserias de su juventud en Ummaos y el mal que le había causado Zotulla, y año tras año hiló en sus pensamientos la negra red de la venganza. Su fama se hizo más amplia y sombría cada vez, y los hombres de países remotos más allá de Tasuun le temían. En las ciudades de Yoros y en Zul-Bha-Sair, la morada de la deidad vampírica Mordiggian, se hablaba de sus hazañas en bajos susurros. Mucho antes de la llegada de Namirrha en persona, la gente de Ummaos le conocía como una calamidad fabulosa, que era más horrible que el simún o la peste.

En los años que siguieron a la marcha del muchacho Narthos de Ummaos, Pithaim, el padre del príncipe Zotulla, fue asesinado por el veneno de una pequeña víbora que se había deslizado en su lecho en busca de calor, en una noche de otoño. Algunos dijeron que la víbora había sido colocada por Zotulla, pero esto era algo que nadie podía afirmar con certeza. Después de la muerte de Pithaim, Zotulla, que era su único hijo, fue el emperador de Xylac y gobernó en la maldad, desde su trono de Ummaos. Era tiránico e indolente y estaba lleno de extraños vicios y crueldades, pero la gente, que también era malvada, le alababa en sus torpezas. Así fue próspero y los señores del Cielo y el Infierno no le golpearon. Y los rojos soles y las lunas cenicientas continuaron pasando sobre Xylac, dirigiéndose al oeste, poniéndose en aquel mar donde pocos viajaban y que, si los cuentos de los marinos eran ciertos, se extendía como un río crecido más allá de la infame isla de Naat y se derrumbaba, formando una catarata tan ancha como el mundo, sobre el espacio exterior desde el lejano borde de la Tierra cortado a pico.

Se embruteció cada vez más y sus pecados eran como frutos hinchados que maduraban sobre un profundo abismo. Pero los vientos del tiempo soplaron suavemente y los frutos no cayeron. Y Zotulla se reía rodeado de sus bufones, sus eunucos, y sus amantes y la historia de sus pecados viajó muy lejos y era relatada entre gentes de lejanos países como una maravilla gemela con las rumoreadas nigromancias de Namirrha.

Así sucedió que en el año de la Hiena y en el mes de la estrella Canicular, Zotulla dio un gran festín a los habitantes de Ummaos. Por todas partes se veían carnes que habían sido cocinadas con especias exóticas procedentes de Sotar, la isla oriental, y los ardientes vinos de Yoros y Xylac, llenos de subterráneos fuegos, eran servidos incansablemente a todos de urnas gigantescas. Estos provocaron una furiosa alegría y una locura digna de reyes, y después una somnolencia no menos profunda que la de la tumba.

Y uno a uno, según iban bebiendo, los alborotadores iban cayendo por las calles, casas y jardines, como si una plaga les hubiese alcanzado, y Zotulla dormía en el salón de banquetes de oro y ébano, con sus odaliscas y chambelanes a su alrededor. Así pues, ni un hombre ni una mujer estaban despiertos en todo Ummaos en el momento en que Sirius comenzaba a caer hacia el este.

Así fue como nadie vio u oyó la llegada de Namirrha. Pero cuando, muy avanzada la mañana siguiente, el emperador se despertó pesadamente, oyó un confuso alboroto y el molesto clamor de las voces de aquellos de sus eunucos y mujeres que se habían despertado antes que él. Al preguntar el motivo, le dijeron que durante la noche había ocurrido un extraño prodigio; mas todavía atontado

por el vino y el sopor, comprendió bastante poco sobre su naturaleza hasta que su concubina favorita, Obexah, le condujo al pórtico oriental del palacio, desde el que podía contemplar la maravilla con sus propios ojos.

Ahora bien, el palacio se erguía en solitario en el centro de Ummaos, y al norte, oeste y sur, en amplias distancias, se extendían los jardines imperiales, llenos de palmeras majestuosamente arqueadas y de fuentes que formaban soberbias espirales. Pero hacia el oeste había una amplia zona despejada, utilizada como una especie de patio entre el palacio y las mansiones de los nobles de más rango. En este espacio, que al atardecer había estado completamente vacío, se elevaba un edificio colosal y señorial bajo el fuerte sol, con cúpulas que semejaban monstruosos hongos de piedra que hubiesen surgido durante la noche. Y las cúpulas, que igualaban en altura a las de Zotulla, estaban construidas de mármol blanco como la muerte, mientras que la gigantesca fachada, con pórticos de muchas columnas y profundas galerías, estaba formada por zonas alternas de ónice negro como la noche y un pórvido que tenía el tono de la sangre de los dragones. Y Zotulla juró horriblemente, llamando numerosas blasfemias a los dioses y demonios de Xylac, y su confusión fue grande, considerando que aquello era la obra de un mago. Las mujeres se apiñaron a su alrededor, llorando con estridentes gritos de miedo y terror, y según se iban despertando, más y más de su cortesanos vinieron a engrosar el tumulto y los gordos castrados se estremecieron en sus túnicas doradas, como inmensas mermeladas negras en recipientes de oro. Pero Zotulla, recordando su poder como emperador de todo Xylac, intentó ocultar su propia agitación diciendo:

- ¿Quién es éste que se ha atrevido a entrar en Ummaos como un chacal en la oscuridad y ha construido su impía guarida en la proximidad y a la vista de mi palacio? Id y preguntad el nombre del bribón; pero antes de ir, instruid al verdugo para que afile su espada, la que maneja con ambas manos.

Entonces, temerosos de la rabia del emperador si se demoraban, varios de los mayordomos se adelantaron de mala gana y se acercaron a la puerta del extraño edificio. Hasta que se acercaron bastante, éstas parecieron estar desiertas; después apareció en el umbral un esqueleto titánico, más alto que ningún ser humano, que se adelantó a encontrarlos con largas zancadas.

El esqueleto vestía un taparrabos de seda escarlata con un broche de azabache y llevaba un turbante negro adornado de diamantes, cuya parte superior casi tocaba el alto dintel. En las profundas cuencas brillaban unos ojos que parecían señales de fuego, y una lengua ennegrecida, como la de alguien que lleva largo tiempo muerto, sobresalía entre sus dientes, pero, por lo demás, no tenía ni una brizna de carne y los huesos resplandecían blancos al sol mientras se acercaba.

Los mayordomos, en silencio, permanecieron ante él y no se oía otro sonido que los tintineos de sus cinturones dorados y el áspero crujido de la seda de sus vestiduras al estremecerse y temblar. Los huesos de los pies del esqueleto resonaron profundamente sobre el pavimento de ónice negro y pronunció, con voz untuosa y nauseabunda, estas palabras:

- Regresad y decid al emperador Zotulla que Namirra, vidente y mago, ha venido a vivir a su lado.

Al oír hablar al esqueleto como si hubiese sido un hombre vivo y escuchar el odiado nombre de Namirra como el que escucha el toque a rebato que señala el fin de una ciudad, los mayordomos no pudieron soportarlo más y huyeron con desmañada rapidez para llevarle el mensaje a Zotulla.

Ahora bien, al saber quién era el que había venido a establecerse como su vecino en Ummaos, la ira del emperador se extinguió como una llama débil y fluctuante sobre la que hubiese soplado el viento de la oscuridad; y el vinoso color púrpura de sus mejillas se salpicó de una extraña palidez y no dijo nada, sino que sus labios se movieron oscuramente, como si estuviese rezando o maldiciendo. La noticia de la llegada de Namirra pasó por el palacio y la ciudad como el vuelo de malvados pájaros nocturnos, dejando un horrible temor que residió en Ummaos de allí en adelante. Pues Namirra, debido a la negra fama de sus actos milagrosos y a las espantosas entidades que le servían, se había convertido en un poder que ningún soberano secular se atrevía a desafiar, temiéndole los hombres en todas partes, de la misma forma que temían a los gigantes y sombríos señores del Infierno y del espacio exterior. En Ummaos, la gente decía que había venido de Tasuun en el viento del desierto junto con sus servidores, tan rápido como la peste, y que, con la ayuda de los demonios, en una hora había erigido su casa al lado del palacio de Zotulla. Se decía que los cimientos de la casa descansaban sobre el adamantino núcleo del Infierno y que en sus pavimentos había agujeros por cuyo fondo ardían los fuegos interiores o por adonde podían verse pasar las estrellas por la noche del otro lado de la Tierra. Y los servidores de Namirra y el abismo, y seres híbridos, locos y malvados que el impío hechicero había creado en uniones prohibidas. Los hombres evitaron la vecindad de su señorial casa y pocos, en el palacio de Zotulla, se atrevían a acercarse a las ventanas y galerías que daban a ella; el propio emperador no hablaba de Namirra, pretendiendo ignorar al intruso, y las mujeres del harén murmuraban constantemente en un siniestro cotilleo que se refería a Namirra y sus concubinas. Pero el hechicero no fue visto nunca por la gente de la ciudad, aunque algunos creían que salía cuando quería, arropado en la invisibilidad. Tampoco sus servidores fueron vistos, pero, algunas veces, un ulular como el de los condenados salía de las puertas, y a veces se oía una risotada seca, como si alguna imagen de adamantino se hubiese reído en alto; también a veces se oía un chasquido como el sonido de hielo roto en un infierno helado. Unas sombras vagas se movían por los pórticos cuando no había ni luz ni lámpara que las arrojase y luces rojas y terribles aparecían y desaparecían en las ventanas al atardecer, como el parpadeo de unos ojos demoníacos. Lentamente, los soles del color de la brasa pasaban sobre Xylac y se apagaban en los lejanos mares y las lunas cenicientas se ennegrecían cada noche al caer en el escondido golfo. Entonces, viendo que el mago no había traído ningún mal evidente y que nadie sufrió daños palpables por su presencia, la gente cobró ánimos y Zotulla bebió tanto y comió tan despreocupadamente como en su lujuria anterior; y el oscuro Thasaidón, príncipe de todos los vicios, fue el verdadero, aunque nunca reconocido, señor de Xylac. Y con el tiempo, el pueblo de Xylac alardeó un poco de Namirra y sus terribles milagros, de la misma forma que habían presumido de los regios pecados de Zotulla.

Pero Namirra, al que todavía ninguna mujer ni hombre alguno pudieron ver sentado en las salas interiores de aquella casa que sus demonios le habían construido, daba vueltas y vueltas en sus pensamientos a la negra red de la venganza. Y en todo Ummaos no había nadie, ni siquiera entre sus compañeros de mendicidad, que se acordase del muchacho Narthos. Y la injusticia que Zotulla había cometido con Narthos, hacía tiempo, era la más pequeña de las crueldades que el emperador había olvidado.

Entonces, cuando los temores de Zotulla estaban algo apaciguados y sus mujeres murmuraban menos a menudo sobre la vecindad del mago, ocurrió una nueva maravilla y un renovado terror. Porque un atardecer que se sentaba a la mesa del festín, rodeado por sus cortesanos, el emperador oyó un ruido como el de diez mil caballos con cascos de hierro que viniesen al galope por los jardines de palacio. A pesar de su creciente ebriedad, los cortesanos oyeron también el ruido y se sobresaltaron; el emperador se enfadó y envió a algunos de sus guardias para que inquiriesen la causa del escándalo. Pero al escudriñar los céspedes y parterres iluminados por la luna, los guardias no vieron ninguna forma visible, aunque el fuerte sonido del galope continuase todavía de un lado para otro. Parecía que un rebaño de sementales salvajes corriese ante la fachada del palacio, galopando y cabriolando tumultuosamente. Al ver y escuchar esto, los guardias fueron presa del terror y no se atrevieron a salir fuera, sino que volvieron junto a Zotulla. El propio emperador se despejó al oír esta historia y salió con gran agitación a presenciar el prodigio. Los invisibles cascos resonaron fuertemente sobre el pavimento de ónice durante toda la noche dejando marcadas sus profundas huellas sobre la hierba y las flores. Las hojas de las palmeras se agitaban en el calmado aire como apartadas por caballos a la carrera y era visible que los lirios de altos tallos y las exóticas flores de anchos pétalos estaban siendo pisoteadas. La ira y el terror anidaban juntos en el corazón de Zotulla, mientras permanecía en una galería sobre el jardín, escuchando aquel tumulto espectral y contemplando el daño hecho a sus preciosas plantaciones de flores. Las mujeres, los cortesanos y los eunucos se apretujaban a sus espaldas y ningún habitante del palacio pudo dormir, pero hacia el amanecer el clamor de los cascos se alejó en dirección a la casa de Namirra.

Cuando la aurora estaba en su apogeo sobre Ummaos, el emperador salió al exterior, rodeado de sus guardias, y vio que las hierbas aplastadas y los rotos tallos estaban negros, como a causa del fuego, en el lugar donde habían caído los cascos. Sobre todo el césped y los parterres, las señales se marcaban con toda claridad, como las huellas de una gran manada de caballos, pero cesaban en el límite de los jardines. Y aunque todo el mundo pensaba que la visita había llegado de la casa de Namirra, sobre los terrenos que formaban el frente de la morada del hechicero no había ninguna prueba de ello, porque aquí el césped estaba intacto.

- ¡La peste caiga sobre Namirra si es él quien ha hecho esto! - gritó Zotulla -. Porque, ¿qué daño le he hecho yo? En verdad que pondré mi pie sobre el cuello de ese perro y la rueda de la tortura le hará tanto bien como esos caballos del Infierno han hecho a mis lirios de Sotar del color de la sangre, a mis veteados iris de Naat y a mis orquídeas de Uccastrog, purpúreas como las señales del amor. Sí, aunque sea el virrey de Thasaidón sobre la Tierra y señor de los diez mil demonios, mi rueda le destrozará y el fuego pondrá la rueda al rojo vivo hasta que se quede tan negro como las flores calcinadas.

Así fanfarroneaba Zotulla, pero no daba órdenes para la ejecución de la amenaza y nadie en el palacio se movió hacia la casa de Namirra. De la casa del mago no salió nadie, o, si algo lo hizo, no hubo ningún signo ni sonido visibles.

Así pasó el día y llegó la noche, trayendo una luna ligeramente más oscura por los bordes. La noche fue tranquila, y Zotulla, sentado durante largo rato a la mesa del banquete, vació su copa de vino muchas veces. Lleno de ira, murmuraba nuevas amenazas contra Namirra. La noche siguió adelante y no parecía que la visita fuera a repetirse. Pero a medianoche, cuando se encontraba en su

apuesto junto a Obexah, profundamente hundido en el sopor producido por el vino, Zotulla fue despertado por el monstruoso estruendo de unos cascos que corrían y cabriolaban en los pórticos del palacio y en las largas galerías. Toda la noche tronaron los cascos de un lado para otro resonando terriblemente bajo la bóveda de piedra, mientras Zotulla y Obexah, que los escuchaban, se acurrucaban juntos entre los cojines y las colchas; todos los ocupantes del palacio, despiertos y temerosos, oyeron el ruido, pero no se movieron de sus aposentos. Los cascos partieron repentinamente poco antes de la aurora, y después, durante el día, se encontraron sus huellas sobre las losas de mármol de los pórticos y las galerías; las señales eran incontables, profundamente impresas y negras, como si estuvieran marcadas por medio del fuego.

Las mejillas del emperador se pusieron como el mármol veteado cuando vio los suelos estampados de cascos, y de allí en adelante el terror habitó con él, siguiéndole a las profundidades de sus borracheras, puesto que no sabía cuándo cesaría aquella persecución. Sus mujeres murmuraban y algunas deseaban escapar de Ummaos, y parecía que las fiestas del día y de la noche fuesen ensombrecidas por alas de mal agüero que proyectasen su sombra sobre el amarillo viento y velaran las lámparas de oro. Y hacia la medianoche, de nuevo fue el sueño de Zotulla interrumpido por los cascos que galopaban y corrían sobre el tejado del palacio y por todos los salones y corredores. Desde aquel momento hasta el amanecer, los cascos llenaron sordamente sobre las cúpulas más elevadas, como si el séquito de los dioses cabalgase por allí, trasladándose de un cielo a otro en tumultuosa cabalgata.

Zotulla y Obexah, que yacían juntos mientras los terribles cascos iban de un lado para otro, en el salón que estaba delante de su aposento, no tuvieron ni ánimos ni deseos de pecar ni pudieron encontrar ningún consuelo en su proximidad. En la grisácea hora que precede a la madrugada, oyeron un ruido atronador sobre la atrancada puerta de bronce de su cámara, como si algún poderoso semental, encabritándose, hubiese tamborileado allí con sus patas delanteras. Poco rato después, los cascos se alejaron, dejando un silencio que parecía un interludio mientras se preparaba la tormenta final. Más tarde se encontraron por todas partes las señales de los cascos en los salones, estropeando los brillantes mosaicos. En las alfombras de hilo de oro, plata y escarlata había negros agujeros producidos por las quemaduras, y las altas y blancas cúpulas estaban marcadas como con la viruela; en la puerta de bronce de la cámara de Zotulla estaban profundamente marcadas las huellas de los cascos anteriores de un caballo.

Ahora bien, en Ummaos y en todo el país de Xylac ya era conocida la historia de estos prodigios y se consideraban como algo amenazador, aunque había diversas interpretaciones. Algunos sostenían que Namirrha los enviaba como una señal de su supremacía sobre todos los reyes y emperadores y algunos pensaban que el causante era un nuevo hechicero que había aparecido allá al este, en Tinarath, y deseaba suplantar a Namirrha. Y los sacerdotes de los dioses de Xylac sostenían que sus diversas deidades habían enviado las apariciones como una señal de que en los templos debían realizarse más sacrificios.

Entonces Zotulla reunió a numerosos sacerdotes, magos y adivinos en el salón de audiencias, cuyo pavimento de jaspe y alqueca había sido penosamente estropeado por los invisibles cascos, y les pidió que averiguasen la causa de la aparición y encontrasen un modo de exorcizarla. Pero viendo que no llegaban a ningún acuerdo entre ellos, proveyó a las diversas sectas sacerdotales con

sacrificios para sus varios dioses y los mandó marchar; los magos y adivinos, bajo amenaza de decapitación si se negaban, fueron enviados a visitar a Namirra en su mágica morada para preguntarle, de su parte, si por casualidad era él quien estaba enviando aquello, o si era obra de algún otro.

Abatidos quedaron los magos y adivinos que temían a Namirra y no se atrevían a penetrar en los aterradores misterios de su oscura mansión. Pero los soldados del emperador les empujaron hacia delante, levantando sus grandes espadas curvas contra ellos cuando vacilaban, así que, uno a uno, en inseguro orden, la delegación fue hacia la puerta de Namirra y se desvaneció en la casa construida por el demonio.

Antes del atardecer regresaron junto al emperador, pálidos, balbucientes e inquietos, como hombres que han visto el infierno y contemplado su propio destino. Dijeron que Namirra les recibió cortésmente y les había enviado de vuelta con este mensaje:

- Que sepa Zotulla que la aparición es en recuerdo de algo que él ha olvidado y la razón de esto le será revelada en la hora preparada y dispuesta por el destino. Y esa hora se acerca, porque Namirra invita al emperador y a toda su corte a un gran banquete mañana por la tarde.

Habiendo entregado este mensaje, ante la consternación y asombro de Zotulla, la delegación pidió licencia para retirarse. Aunque el emperador les interrogó minuciosamente, parecían poco dispuestos a relatar las circunstancias de su visita a Namirra, y tampoco quisieron describir la famosa casa del hechicero, excepto en una forma vaga, contradiciéndose unos a otros en lo que decían haber visto. Por tanto, y después de un rato, Zotulla les mandó marchar; cuando se hubieron ido, estuvo cavilando durante largo tiempo sobre la invitación de Namirra, que era algo que no se atrevía a rechazar, pero temía aceptar. Aquella noche bebió todavía más abundantemente que de costumbre y durmió como un muerto sin que ningún ruido de cascos galopando sobre el palacio le despertara. Durante la noche, los magos y profetas salieron silenciosamente de Ummaos como sombras furtivas y nadie les vio partir; por la mañana todos habían salido de Xylac hacia otros países para no regresar nunca...

Aquella misma noche, Namirra estaba sentada a solas en el gran salón de su casa. habiendo despedido a los sirvientes que le atendían de ordinario. Ante él, y en un altar de azabache, estaba la oscura y gigantesca estatua de Thasaidón, que un escultor engendrado por los demonios había esculpido en tiempos antiguos para un malvado rey de Tasuun llamado Pharnoc. El archidemonio estaba representado por la forma de un guerrero cubierto totalmente por la armadura. que elevaba una maza de pinchos como en una batalla heroica. Durante largo tiempo, la estatua había estado en el palacio de Pharnoc enterrado en el desierto y cuyo mismo emplazamiento era disputado por los nómadas; Namirra, gracias a su arte adivinatorio, lo encontró, y había llevado la infernal imagen a vivir con él por siempre desde entonces. A menudo, Thasaidón pronunciaba oráculos para Namirra y le contestaba sus preguntas por boca de la estatua.

Ante la imagen de armadura negra colgaban siete lámparas de plata forjadas con la forma de los cráneos de los caballos y las llamas salían incesantemente, azules, purpúreas y escarlatas, de sus cuencas. Su luz era salvaje y lúgubre y el rostro del demonio, mirando bajo el casco, mostraba sombras equívocas y malignas que cambiaban y saltaban eternamente. Sentado en su silla de forma de serpiente, Namirra contemplaba siniestramente la estatua con un profundo surco

entre los ojos, porque le había pedido una cosa a Thasaidón, y el enemigo, contestando a través de la estatua, se la negó. La rebelión crecía en el corazón de Namirra, que, enloquecido por el orgullo, se consideraba a sí mismo señor de todos los hechiceros y gobernante por derecho propio entre los príncipes diabólicos. Así pues, y tras largo cavar, repitió su petición con voz fuerte y altanera, como quien se dirige a su igual, más que como alguien que lo hace al todopoderoso soberano al que ha jurado fidelidad hasta la muerte.

- Yo te he ayudado en todo hasta este momento - dijo la imagen, con acentos secos y sonoros que resonaban metálicamente en las siete lámparas plateadas -. Sí, los gusanos eternos del fuego y la oscuridad han acudido como un ejército a tu llamada y las alas de los genios interiores se han elevado hasta ocultar el sol cuando tú les llamaste. Pero, en verdad, no te ayudaré en esta venganza que has planeado, porque el emperador Zotulla no me ha ofendido nunca y me ha servido bien, aunque inconscientemente, y los habitantes de Xylac, debido a sus vicios, no son los menos importantes de sus adoradores en la Tierra. Por tanto, Namirra, sería mejor que tú vivieses en paz con Zutulla y olvidases esta antigua ofensa infligida al mendigo Narthos cuando era un muchacho. Porque los caminos del destino son extraños y la forma en que actúan sus leyes está algunas veces oculta; y en verdad, si los cascos del palafrén de Zotulla no te hubieran derribado y pisoteado, tu vida habría sido distinta y la fama y renombre de Namirra hubiesen yacido en el olvido como un sueño no imaginado. Sí, tú serías todavía un mendigo de Ummaos, te contentarías con las limosnas del mendigo y nunca habrías emprendido aquel viaje; te habrías convertido en discípulo del sabio y erudito Ouphaloc, y yo, Thasaidón, hubiese perdido el más poderoso de todos los nigromantes que han aceptado servirme y han hecho un pacto conmigo. Piénsalo bien, Namirra, y considera estas cosas, porque, aparentemente, nosotros dos estamos en deuda con Zotulla y le debemos gratitud por haberte pisoteado con su caballo.

- Sí, estoy en deuda con él - gruñó Namirra implacable -, y en verdad que mañana pagaré la deuda, en la forma en que había planeado... Existen aquellos que me ayudarán; aquellos que acudirán a mi llamada, aun a pesar tuyo.

- No es bueno enfrentarte conmigo - dijo la imagen, tras un intervalo -, y tampoco es bueno llamar a aquellos que has insinuado. Sin embargo, veo claramente que eso es lo que deseas. Eres orgulloso, testarudo y vengativo. Haz, pues, lo que quieras, pero no me culpes por el resultado.

Después de esto, en el salón donde Namirra se sentaba ante el ídolo se hizo el silencio y las llamas se consumieron oscuramente cambiando de colores sobre las lámparas de forma de cráneo mientras las sombras huían y regresaban sin detenerse sobre los rostros de la estatua y de Namirra. Después, hacia la medianoche, el hechicero se levantó y ascendió por numerosos escalones en espiral hasta llegar a una alta cúpula en la casa donde había una única y pequeña ventana redonda, que permitía contemplar las constelaciones. La ventana estaba dispuesta en lo más alto de la cúpula, pero Namirra había conseguido, por medio de su magia, que una entrada junto a la última vuelta de la escalera pareciese descender repentinamente en lugar de subir para, alcanzando el peldaño final, mirar hacia abajo por la ventana, mientras las estrellas pasaban bajo él en una corriente vertiginosa. Arrodillándose allí, Namirra tocó un resorte secreto en el mármol, y el panel circular retrocedió sin ningún sonido. Después, yaciendo de espaldas sobre el curvado interior de la cúpula, con el rostro sobre el abismo y su larga barba colgando rígida en el espacio, susurró versos más antiguos que la

raza humana y habló con ciertos seres que no pertenecían ni al infierno ni a los elementos mundanos y cuya invocación era más terrible que los genios infernales o los demonios de la tierra, aire, agua y fuego. Desafiando la voluntad de Thasaidón, hizo un pacto con ellos, mientras el aire a su alrededor se helaba con sus voces y la escarcha se amontonaba pálida sobre su oscura barba a causa del frío que producía su aliento al inclinarse sobre la tierra.

Lento y renuente fue el despertar de Zotulla del sopor del vino; antes de abrir los ojos, la luz del día se vio envenenada para él por el pensamiento de aquella invitación que temía aceptar o rechazar. Pero habló con Obexah, diciendo:

- Después de todo, ¿quién es este perro hechicero para que yo tenga que obedecer sus invitaciones como un mendigo al que algún gran señor manda llamar de la calle?

Obexah, una muchacha de piel dorada y ojos oblicuos, procedente de Uccastrof, la isla de los Torturadores, observó sutilmente al emperador, y dijo:

- Oh, Zotulla, eres tú quien debe aceptar o rehusar, según lo que estimes apropiado. Y, en realidad, para el señor de Ummaos y de todo Xylac, el ir o el quedarse es un asunto sin importancia, puesto que nada puede poner en entredicho tu soberanía. Por tanto, ¿por qué no ir?

Obexah, aunque temerosa del mago, sentía curiosidad con respecto a aquella casa construida por el demonio, de la que tan poco se sabía, y además, según es característico de las mujeres, deseaba contemplar al famoso Namirrha, cuyo talante y aspecto era sólo una leyenda en Ummaos, traída de muy lejos.

- En lo que dices hay algo de razón - admitió Zotulla -. Pero un emperador debe, en su conducta, tener siempre en cuenta el bien público, y hay asuntos de estado que no se puede esperar que entienda una mujer.

Así pues, más tarde, por la mañana, después de un desayuno amplio y bien remojado, llamó a sus mayordomos y cortesanos y les pidió consejo. Algunos le aconsejaron que ignorase la invitación de Namirrha y otros sostenían que debía ser aceptada, a menos que un mal más grave que el pisoteo de unos cascos fantasmales fuese enviado sobre la ciudad y el palacio.

Entonces llamó ante sí a la reunión de todos los sacerdotes e intentó volver a llamar a aquellos magos y adivinos que habían escapado sigilosamente durante la noche. Entre todos éstos no hubo ni uno que respondiese al grito de su nombre por las calles de Ummaos, y esto causó una cierta maravilla.

Pero los sacerdotes llegaron en número mayor que antes y abarrotaron el salón de audiencias, de forma que las barrigas de los que estaban delante chocaban contra el estrado imperial y las nalgas de los de atrás se aplastaban contra la pared y los pilares del fondo. Zotulla debatió con ellos el asunto de su aceptación o rechazo. Los sacerdotes argumentaron, como la vez anterior, que Namirrha no tenía nada que ver con las apariciones, y su invitación, dijeron, no suponía daño ni amenaza alguna contra el emperador; estaba claro, según los términos del mensaje, que el mago pronunciaría un oráculo ante Zotulla, y si Namirrha era un verdadero archimago, este oráculo confirmaría su propia sabiduría sagrada, establecería la fuente divina de la aparición y de nuevo los dioses de Xylac serían glorificados.

Tras escuchar el consejo de los sacerdotes, el emperador dio instrucciones nuevamente a sus tesoreros para que les llenasen de nuevas ofrendas, y los sacerdotes partieron, impartiendo untuosamente las delegadas bendiciones de sus varios dioses sobre Zotulla y su corte. El día continuó y el sol pasó nuevamente por el meridiano, cayendo lentamente más allá de Ummaos sobre los

espacios de la tarde que estaban formados por desiertos que limitaban con el mar. Zotulla continuaba irresoluto y llamó a sus coperos, pidiéndoles que le sirviesen de la cosecha más fuerte y magistral, pero no halló en el vino ni la certeza ni la decisión.

Entonces, una comitiva de altas momias cubiertas con vendas regias color púrpura y escarlata, y llevando coronas de oro sobre sus resecos cráneos, penetró en el salón, caminando una detrás de otra. Tras la comitiva, y a manera de servidores, venían unos esqueletos gigantes vestidos con taparrabos de brillante color naranja y con la parte superior del cráneo cubierta por serpientes vivas a bandas azafrán y ébano que se habían enrollado allí a manera de turbante. Las momias se inclinaron ante Zotulla, diciéndole con voz fina y seca:

- Nosotros, que en tiempos antiguos hemos sido reyes del gran país de Tasuun, hemos sido enviados como guardia de honor del emperador Zotulla para atenderle como es propio cuando se dirija al banquete preparado por Namirra.

Después hablaron los esqueletos, entre secos chasquidos de dientes y produciendo silbidos semejantes al aire, atravesando desgastadas mamparas de marfil.

- Nosotros, que hemos sido guerreros gigantes de una raza olvidada, somos enviados también por Namirra para que la corte del emperador Zotulla esté protegida de todo peligro al seguirle a la fiesta y vaya acompañada del séquito que le corresponde y es apropiado.

Presenciando estos prodigios, los coperos y otros servidores se protegieron en el estrado imperial o se ocultaron tras las columnas, mientras Zotulla, cuyas pupilas brillaban sombríamente inyectadas en sangre, con la cara abotargada y espectralmente pálida, permanecía inmóvil sobre el trono, sin poder pronunciar ni una palabra de réplica a los ministros de Namirra.

Entonces las momias se adelantaron y dijeron con polvorientos acentos:

- Todo está listo y el banquete aguarda la llegada de Zotulla.

Las vendas de las momias se agitaron y se abrieron por delante; pequeños monstruos roedores del color del betún, con ojos semejantes a rubíes malditos, aparecieron en los ruidos corazones de las momias como las ratas en sus agujeros y chillaron estridentemente repitiendo las palabras en lenguaje humano. A su vez, los esqueletos repitieron la solemne frase y las serpientes azafranes y negras silbaron desde sus cráneos, y repitieron, por último, las palabras con siniestro alboroto, ciertas criaturas cubiertas de piel y de forma dudosa que Zotulla no había visto hasta entonces y que estaban sentadas detrás de las costillas de los esqueletos como si estuvieran en jaulas de mimbre blanco.

Como un durmiente que obedece la fatalidad de los sueños, el emperador se levantó del trono y se adelantó; las momias le rodearon como una escolta. Cada uno de los esqueletos sacó de los pliegues amarillo-rojizos de su taparrabos unas arcaicas flautas de plata curiosamente agujereadas y comenzaron a tocar una melodía dulce, siniestra y mortal, mientras el emperador salía de palacio. En la música había un hechizo fatal, porque los mayordomos, las mujeres, los eunucos y todos los miembros de la corte de Zotulla, hasta los cocineros y los escuderos, fueron arrancados como una procesión de noctámbulos de las habitaciones y alcobas donde se habían vanamente ocultado. Dirigidos por los flautistas, siguieron a Zotulla. A la oblicua luz solar, era extraño ver aquella numerosa compañía dirigiéndose a la casa de Namirra con un cortejo de reyes muertos a su alrededor y el aliento de los esqueletos temblando horriblemente en las flautas de plata. Y Zotulla no se sintió muy consolado cuando vio a su lado a la

muchacha Obexah moviéndose, como él mismo, en un éxtasis de involuntario horror, con el resto de las mujeres siguiéndola de cerca.

Al acercarse a las abiertas puertas de la casa de Namirra, el emperador vio que estaban guardadas por grandes cosas de barbillas carmesí, mitad humanas mitad dragones, que se inclinaron ante él, rozando sus barbillas como escobas ensangrentadas contra las losas de oscuro ónice. El emperador pasó con Obexah entre los rústicos monstruos, con las momias, los esqueletos y su propia gente a sus espaldas formando una extraña comitiva, y entró en un amplio salón de muchas columnas, donde la luz del día, penetrando tímidamente, era dominada por la siniestra y arrogante claridad procedente de un millar de lámparas.

Aun a pesar de su horror, Zotulla se sintió maravillado de la amplitud de la cámara, que difícilmente podía reconciliar con las medidas exteriores de la mansión, aunque éstas, indudablemente, fueran de una amplitud palaciega. Le parecía contemplar grandes salas sostenidas por columnas a las que no se veía el final y vistas panorámicas de mesas cargadas de amontonadas viandas y urnas de vino dispuestas en hilera que se extendían a lo lejos en la distancia, en una penumbra luminosa como la de una noche estrellada.

En los amplios intervalos entre las mesas, los sirvientes de Namirra iban de un lado para otro incesantemente, como si una fantasmagoría de pesadillas hubiera cobrado cuerpo delante del emperador. Regios cadáveres con túnicas de brocado podridas por el tiempo, con las cuencas vacías e hirvientes de gusanos, servían un vino color de sangre en copas fabricadas con el opalescente cuerno de los unicornios. Lamias de cola de quimera y quimeras de cuatro pechos entraban con humeantes fuentes sostenidas en alto por sus garras bronceadas. Demonios de cabeza de perro con la lengua en llamas corrían a ofrecerse como acomodadores de la compañía. Ante Zotulla y Obexah apareció un curioso ser con las opulentas caderas y extremidades inferiores de una enorme mujer negra y los mundos huesos de algún mitótico mono de cintura para arriba. Este monstruo dio a entender, por medio de ciertos indescriptibles chasquidos de los huesos de sus dedos, que el emperador y su odalisca le siguieran.

Verdaderamente, a Zotulla le dio la impresión de haber recorrido una larga distancia por alguna maligna caverna del Infierno cuando llegaron al final de aquella inmensidad de mesas y columnas por la que les había conducido el monstruo. Aquí, en el extremo de la habitación, y separado de los demás, se sentaba Namirra solo en una mesa, con las llamas de las siete lámparas en forma de cráneo de caballo ardiendo incesantemente a sus espaldas y la negra imagen de Thasaidón en su armadura dominándolo todo desde el altar de azabache a su derecha. Algo separado del altar había un espejo de diamante, sostenido por las garras de unos basiliscos de hierro.

Namirra se puso en pie para saludarles, observando una solemne y fúnebre cortesía. Sus ojos brillaban, lúgubres y fríos como estrellas lejanas en las ojeras formadas en extrañas y aterradoras vigiliadas. Sus labios eran como un sello rojo pálido sobre un pergamino del destino cerrado. Su barba flotaba rígida sobre la parte delantera de su túnica bermellón, dividida en bucles negros y aceitosos como una masa de serpientes negras y tiesas. Zotulla sintió que la sangre se le detenía y espesaba en su corazón, como congelándose hasta formar hielo. Obexah, mirando bajo entornados párpados, se sintió repelida y asustada por el visible horror que emanaba de este hombre, y le rodeaba de la misma forma que la realeza a un rey. Pero a pesar de su miedo tuvo tiempo para preguntarse qué clase de hombre sería en su relación con las mujeres.

- Te doy la bienvenida, oh Zotulla, a tal hospitalidad como puedo ofrecerte - dijo Namirra con el férreo sonido de alguna oculta campana fúnebre en su profunda voz -. Por favor, sentaos a mi mesa.

Zotulla vio que enfrente de Namirra había sido dispuesta una silla de ébano para él, y que otra silla, menos majestuosa e imperial, había sido colocada a la izquierda para Obexah. Los dos se sentaron y Zotulla vio que su gente se sentaba a su vez a otras mesas a través del enorme salón, con los espantosos servidores de Namirra sirviéndoles atareadamente, como los demonios atienden a los condenados.

Entonces Zotulla percibió que una mano oscura y parecida a la de un cadáver le servía vino en una copa de cristal y que la mano llevaba el anillo con el sello de los emperadores de Xylac: un monstruoso ópalo de fuego en la boca de un murciélago de oro, un anillo idéntico al que el propio Zotulla llevaba perpetuamente sobre el dedo índice. Volviéndose, vio a la derecha una figura que mostraba gran semejanza con su padre, Pithaim, después de que el veneno de la víbora, esparciéndose por todo su cuerpo, hubiese dejado detrás la purpúrea hinchazón de la muerte.

Zotulla, que había ordenado que la serpiente fuese colocada en la cama de Pithaim, se acurrucó en su asiento y tembló con un terror culpable. Y la cosa que se parecía a Pithaim, fuese cadáver, fantasma, o una imagen producida por los encantamientos de Namirra, iba y venía a espaldas de Zotulla, sirviéndole con dedos negros e hinchados que nunca vacilaban. Con horror advirtió sus ojos saltones, que miraban sin ver su lívida boca purpúrea cerrada con el rigor de un silencio mortal, y la víbora moteada que, a intervalos, aparecía con helados ojos por su manga cuando se inclinaba sobre él para rellenar su copa o servirle de carne. Y confusamente, entre la helada niebla de su terror, el emperador vio la forma de sombría armadura, como una réplica animada de Thasaidón, que Namirra, en su blasfemia, había conjurado para que le sirviese. Vagamente, y sin comprender, vio el terrible servidor que revoloteaba al lado de Obexah un cadáver sin ojos y sin piel en la imagen de su primer amante, un muchacho de Cyntrom que había sido lanzado a la costa de la isla de los Torturadores por un naufragio... Allí lo había encontrado Obexah yaciendo bajo la marea, y reviviendo al muchacho, lo había escondido durante cierto tiempo en una caverna secreta para su propio placer, llevándole comida y bebida. Más tarde, cansado, le había traicionado a los Torturadores y obtenido un nuevo deleite con los diversos suplicios y torturas que le infligiera antes de morir aquella gente cruel y pernicioso.

- Bebed - dijo Namirra, sorbiendo un extraño vino que era rojo y oscuro como los desastrosos atardeceres de los años perdidos.

Y Zotulla y Obexah bebieron de aquel vino sin sentir después ningún calor en sus venas, sino un frío como cuando la cicuta se acerca lentamente al corazón.

- En verdad, es un vino muy bueno - dijo Namirra -, y muy apropiado para brindar por nuestro conocimiento, porque fue enterrado hace largo tiempo en ánforas de sombrío jaspe de forma de urnas funerarias, junto a los muertos de la familia real, y mis vampiros lo encontraron cuando fueron a excavar en Tasuun.

Entonces la lengua de Zotulla se heló en su boca, como se hiel una mandrágora aprisionada por la escarcha en el suelo del invierno, y no encontró respuesta a la cortesía de Namirra.

- Os ruego que probéis esta carne - continuó Namirra -, pues es muy escogida, proviene de los jabalíes salvajes que los torturadores de Uccastrog alimentan con los destrozados restos de sus ruedas y parrillas, y además, mis

cocineros los han condimentado con los poderosos bálsamos de la tumba, rellenándolos con corazones de víboras y lenguas de cobras negras.

El emperador no pudo decir nada, y hasta Obexah permaneció en silencio, fuertemente turbada en su lujuria por la presencia de aquella cosa despellejada y penosa que se parecía a su amante de Cyntrom. Y su temor al nigromante aumentó prodigiosamente, porque su conocimiento de este crimen antiguo y olvidado y la aparición del fantasma le parecían una magia más siniestra que todo lo demás.

- Bien, me temo que encontréis la comida sin sabor y el vino sin fuego. Así pues, para animar nuestro banquete llamaré a mis cantantes y músicos.

Pronunció una palabra desconocida para Zotulla y Obexah, que sonó por el enorme salón como si mil voces a la vez la hubiesen pronunciado y prolongado. Pronto aparecieron los cantantes, que eran vampiros con largos colmillos amarillos llenos de hilachas de carroña curvándose por encima de sus quijadas y haciendo con la boca gestos de hiena a la compañía. Detrás entraron los músicos, algunos de los cuales eran demonios machos caminando erectos sobre los cuartos traseros de negros sementales y pulsando con dedos blancos de gorila liras fabricadas con huesos y tendones de los caníbales de Naat; otros eran apastelados sátiros que arrimaban sus rejillas cabrunas a oboes fabricados con los fémures de brujas jóvenes y a gaitas hechas con la piel del pecho de reinas negras y el cuerno del rinoceronte.

Se inclinaron ante Namirrho con grotesca ceremonia. Después, sin dilación, las hembras vampiro comenzaron un ulular de lo más doloroso y execrable, como el de los chacales que han olfateado la carroña, y los sátiros y los demonios tocaron un lamento que era como el gemido de los vientos del desierto en los harenes de perdidos palacios. Zotulla se estremeció, pues el canto le helaba hasta el tuétano y la música introducía en su corazón una desolación semejante a la de imperios derrumbados y pisoteados por los férreos cascos del tiempo. Al mismo tiempo, y entre aquella siniestra música, le pareció oír el chirrido de la arena en los jardines marchitos y el rumor del viento entre la seda podrida en lechos de desaparecida lujuria y el silbido de las serpientes enroscadas entre los bajos fustes de destrozadas columnas. Y la gloria que había sido Ummaos parecía alejarse como las columnas voladoras del simún.

- Una espléndida melodía - dijo Namirrho cuando la música cesó y las vampiras dejaron de ulular -. Pero, en verdad, temo que encontréis algo aburrido mi espectáculo. Por tanto, mis bailarines danzarán para vosotros.

Se volvió hacia el gran salón y describió en el aire un signo enigmático con los dedos de la mano derecha. En respuesta, una incolora niebla descendió desde el alto techo y, durante un breve intervalo, ocultó la sala como una cortina. Detrás se oyó una babel de sonidos, confusos y sofocados, y el grito de unas voces débiles como si estuvieran lejanas.

Después el vapor desapareció y Zotulla vio que las sobrecargadas mesas habían desaparecido. En los amplios espacios entre las columnas, los habitantes de su palacio, mayordomos, eunucos, cortesanos, odaliscas y todos los demás, yacían sobre el suelo atados con correas, como innumerables aves de precioso plumaje. Sobre ellos hacía piruetas una cuadrilla de esqueletos con ligeros chasquidos de los huesos de los pies y una banda de momias saltaba rígidamente mientras otras criaturas de Namirrho se agitaban con monstruosas cabriolas, siguiendo todos la música de los flautistas y arpistas del nigromante. Saltaban de un lado a otro sobre los cuerpos de la gente del emperador a los sonos de una

sinistra zarabanda. Con cada salto se hacían más altos y pesados, hasta que las saltarinas momias fueron como las momias de Anakim, y los esqueletos tuvieron huesos de coloso, al tiempo que la música se elevaba ahogando los débiles gritos de los servidores de Zotulla. Los danzarines, cuyos pies atronaban la habitación, crecieron todavía más, perdiéndose entre las sombras de la bóveda en medio de las vastas columnas; aquellos sobre los que danzaban eran como uvas que se pisan en otoño durante la vendimia y el suelo se cubrió de un espeso mosto sanguíneo. Como un hombre que se ahoga en un horrible pantano rodeado por la oscuridad, el emperador oyó la voz de Namirra:

- Tengo la impresión de que no os placen mis bailarines. Así pues, ahora os presentaré un espectáculo verdaderamente regio. Levantaos y seguidme, porque el espectáculo es tal que se necesita un imperio como escenario.

Zotulla y Obexah se levantaron de sus sillas al estilo de los sonámbulos. Sin dirigir una mirada hacia los espectrales servidores o al salón donde los bailarines continuaban rebotando, siguieron a Namirra a una alcoba detrás del altar de Thasaidón. Allí, junto a las escaleras que se enroscaban hacia arriba, se acercaron a una amplia y alta galería que daba al palacio de Zotulla y miraron a lo lejos sobre los tejados de la ciudad, hacia el punto donde se ponía el sol.

Aparentemente habían pasado varias horas en aquel banquete y espectáculo propios del infierno, porque el día se acercaba a su fin, y el sol, que había desaparecido de la vista por detrás del palacio imperial, bañaba los vastos cielos con rayos ensangrentados.

- Mirad - dijo Namirra, añadiendo un extraño vocablo ante el cual la piedra del edificio resonó como si fuera un gong.

La galería se tambaleó ligeramente y Zotulla, mirando por la balaustrada, vio los tejados de Ummaos empequeñecerse y hundirse bajo él. La galería parecía volar hacia el cielo a una altura prodigiosa y contempló desde arriba las cúpulas de su propio palacio, las casas, detrás los campos cultivados y el desierto, y el gigantesco sol que estaba bajo sobre el límite del desierto. Zotulla se mareó y los fríos vientos del cielo superior soplaron a su alrededor. Pero Namirra dijo otra palabra y la galería detuvo su ascenso.

- Mira bien - dijo el nigromante -, el imperio que fue tuyo, pero que no lo será ya más.

Entonces, con los brazos abiertos hacia el atardecer y los mares más allá, pronunció en voz alta los doce nombres que eran la máxima perdición, y después la tremenda invocación: Gna padambis devompra thungis furidor avoragomon.

Instantáneamente, fue como si grandes nubes de ébano se amontonasen sobre el sol. Alineadas sobre el horizonte, la nubes tomaron la forma de colosales monstruos cuyas cabezas y miembros recordaban ligeramente las de los caballos. Alzándose terriblemente, hollaron el sol como si fuese una brasa extinguida, y corriendo como si estuviesen en un hipódromo de Titanes, crecieron y se agigantaron acercándose a Ummaos. Les precedían profundos rumores que presagiaban calamidad y la tierra tembló visiblemente, hasta que Zotulla vio que aquello no eran nubes inmateriales, sino formas reales dotadas de vida que venían a pisotear el mundo con amplitud macrocósmica. Proyectando sus sombras a muchas leguas de distancia, los caballos cargaron contra Xylac como si estuviesen montados por demonios y sus cascos se abatieron sobre los lejanos oasis y ciudades del desierto exterior como riscos desprendidos de una montaña.

Llegaron como el remolino en espiral de una tormenta y pareció como si el mundo se hundiese en el mar, volcándose bajo su peso. Inmóvil como un hombre,

convertido en mármol, Zotulla contemplaba la ruina que assolaba su imperio. Los gigantescos sementales se acercaron más, corriendo con una velocidad inconcebible; el atronar de su galope se hizo más fuerte, pues ahora comenzaban a asolar los verdes campos y plantaciones de frutales que se extendían a muchas millas al oeste de Ummaos. La sombra de los caballos se elevó como la siniestra oscuridad de un eclipse hasta cubrir Ummaos, y mirando hacia arriba, el emperador vio sus ojos a medio camino entre la tierra y el cenit, como soles trágicos que brillasen desde arremolinados cúmulos.

Entonces, en la espesa oscuridad y por encima de aquel trueno insufrible, oyó la voz de Namirrha, gritando con loco triunfo.

- Sabe, Zotulla, que he llamado a los caballos de Thamogorgos, señor del abismo. Y los caballos pisotearán tu imperio como tu palafrén atropelló y pisoteó hace ya tiempo a un muchacho mendigo llamado Narthos. Y entérate también de que yo, Namirrha, fui aquel muchacho

Y los ojos de Namirrha, que mostraban una vanagloria de locura y tragedia, ardieron como estrellas malignas y desastrosas en la hora de su culminación.

Para Zotulla, totalmente aplastado por el horror y el tumulto, las palabras del nigromante no fueron más que estridentes y chillonas notas de la tempestad del destino; no las comprendió. Los cascos descendieron sobre Ummaos con terrible fragor, resquebrajando tejados sólidamente contruidos y hendiendo y derrumbando instantáneamente poderosos muros. Las hermosas cúpulas de los templos fueron aplastadas como las conchas de haliotis; mansiones orgullosas fueron rotas y destrozadas contra el suelo como calabazas, y la ciudad fue arrasada, casa por casa, con un estruendo como de mundos golpeados por el caos. Allá abajo, en las oscuras calles, hombres y camellos huían como hormigas a la carrera, pero no pudieron escapar. Los cascos bajaron y subieron implacablemente hasta que media ciudad estuvo destruida y la noche lo inundó todo. El palacio de Zotulla fue pisoteado; entonces las patas delanteras de los animales se encontraron al borde de la galería de Namirrha y sus cabezas sobresalieron aterradoramente por encima. Parecía que fuesen a alcanzar y pisotear la casa del nigromante, pero en ese momento se dividieron a derecha e izquierda y dejaron ver el doloroso resplandor del ocaso, siguiendo su camino y arrasando aquella parte de Ummaos que estaba al este. Zotulla, Obexah y Namirrha contemplaron los fragmentos de la ciudad como si vieran un estercolero lleno de guijarros, mientras oían el clamor fatal de los cascos alejarse hacia el Xylac oriental.

- Un hermoso espectáculo - comentó Namirrha. Después, volviéndose hacia el emperador, añadió malignamente -: Sin embargo, no creas que he terminado contigo o que el destino se ha consumado ya.

Aparentemente, la galería había descendido a su elevación primitiva, que todavía estaba a majestuosa altura sobre las fragmentadas ruinas. Namirrha agarró al emperador por el brazo y le condujo de la galería a una cámara interior mientras Obexah le seguía en silencio. El corazón del emperador estaba oprimido por el paso de tantas calamidades y la desesperación pesaba como un pestilente íncubo sobre los hombros de un hombre perdido en algún país de noches malditas. Y no advirtió que en el umbral de la cámara había sido separado de Obexah y que varias criaturas de Namirrha, apareciendo como sombras, obligaron a la muchacha a bajar con ellos por unas escaleras, sofocando sus gritos con sus podridas vendas mientras descendían a otra parte de la casa.

La habitación era la que Namirra utilizaba para sus ritos y ceremonias más nefandas. Los rayos de las lámparas que la iluminaban eran amarillo - rojizos como sanies de demonio derramado y fluían por aludes, crisoles, alambiques y atanores negros cuyos propósito apenas podría ser pronunciado por un hombre mortal. El hechicero calentó en uno de los alambiques un líquido oscuro lleno de luces frías como las estrellas, mientras Zotulla miraba sin comprender. Cuando el líquido burbujeó y desprendió una espiral gaseosa, Namirra lo destiló en copas de hierro bordeadas de oro y le dio una a Zotulla, quedándose él con la otra. Y le dijo con voz seca e imperativa.

- Te ordeno que bebas este líquido.

Zotulla, temiendo que la bebida estuviese envenenada, vaciló. El nigromante le miró mortalmente, y le gritó:

- ¿Tienes miedo de hacer lo mismo que yo? - y a continuación acercó la copa a sus labios.

Así, el emperador bebió el licor, como impulsado por el mandato de algún ángel de la muerte, y sus sentidos se nublaron. Pero antes de que la oscuridad fuese completa, vio que Namirra había vaciado su propia copa. Entonces, con agonías indecibles, fue como si el emperador muriese y su alma flotase libremente; volvió a ver la cámara, aunque con ojos inmateriales. Se irguió desencarnado en la luz azafrán y carmesí, su cuerpo yaciendo con la semejanza de un muerto, y cerca de él, sobre el suelo también, el tendido cuerpo de Namirra y las dos copas caídas.

En este estado contempló algo extraño: al rato su propio cuerpo se agitó y se levantó, mientras que el del nigromante permanecía inmóvil como la muerte. Zotulla contempló sus propios rasgos y su figura con el corto manto de brocado azul sembrado de perlas negras y rubíes morados y su cuerpo vivió ante él, aunque los ojos mostraban un fuego más oscuro y una maldad mayor de los que eran característicos en él. Entonces, sin oídos corpóreos. Zotulla oyó hablar a la figura, y la voz era la fuerte y arrogante de Namirra, diciendo:

- Sígueme, oh fantasma sin cuerpo, y haz en todo lo que yo te mande. Zotulla siguió al hechicero como una sombra invisible y los dos descendieron por las escaleras hasta llegar al gran salón del banquete. Se acercaron al altar de Thasaidón y a la imagen de negra armadura, mientras las siete lámparas en forma de cráneo de caballo seguían ardiendo como antes. Sobre el altar yacía Obexah, la amada concubina de Zotulla, la única mujer que tenía el poder de estremecer su saciado corazón, atada con correas a los pies de Thasaidón. Pero, por lo demás, el salón estaba desierto y de aquellas Saturnales de desastre no quedaba nada, excepto el fruto del pisoteo, que había formado grandes charcos entre las columnas.

Namirra, utilizando siempre el cuerpo del emperador como si fuese el suyo, se detuvo ante el oscuro ídolo y dijo al espíritu de Zotulla:

- Quédate aprisionado en esta imagen, sin fuerza para liberarte ni para moverte en forma alguna.

Totalmente obediente a la voluntad del nigromante, el alma de Zotulla se encarnó en la estatua y sintió que la fría y gigantesca armadura le rodeaba como si se encontrase en el interior de un rígido sarcófago; miró al frente, inamovible, desde los siniestros ojos que se escondían bajo el esculpido casco.

Mirando así, pudo contemplar el cambio que sobrevenía en su propio cuerpo bajo la mágica posesión de Namirra, porque las piernas que salían por debajo del corto manto de color azul se habían convertido, repentinamente, en las patas traseras de un caballo negro, cuyos cascos brillaban como si los hubieran

calentado en los fuegos infernales. Mientras Zotulla observaba este prodigio, se pusieron de un blanco incandescente, y del suelo que pisaban salía humo. Entonces, aquella híbrida abominación se acercó a Obexah caminando altivamente sobre el negro altar, y dejando tras sí huellas humeantes.

Deteniéndose al lado de la muchacha, que yacía indefensa en el suelo y lo contemplaba con ojos que eran estanques de helado horror, levantó uno de los relucientes cascos y lo posó sobre su pecho desnudo, entre las diminutas copas de filigrana de oro adornadas de rubíes que sujetaban sus pechos. Bajo aquella atroz pisada, la muchacha chilló como podría hacerlo en el infierno el alma de algún nuevo condenado y el casco resplandeció con intolerable brillantez, como si estuviese recién salido de un horno donde se forjasen las armas de los demonios.

En aquel momento, en la aterrorizada, aplastada y pisoteada alma del emperador Zotulla, encerrada en la imagen de adamantó, se despertó la hombría que había dormitado inconsciente ante la ruina de su imperio y el pisoteo de su séquito. Inmediatamente, surgieron en su ánimo un enorme aborrecimiento y una poderosa ira, y deseó con todas sus fuerzas poderse servir de su brazo derecho y tener una espada en la mano.

Entonces le pareció que una voz fría, siniestra y terrible hablaba dentro de él, como si la propia estatua pronunciase unas palabras hacia dentro. Y la voz le dijo:

- Yo soy Thasaidón, señor de los siete infiernos bajo la tierra y de los infiernos del corazón del hombre sobre la tierra, que son siete veces siete. De momento, oh Zotulla, mi poder será tuyo en beneficio de nuestra mutua venganza. Sé uno en todas formas con la estatua que se me parece a la manera en que el alma es una con la carne. ¡Mira! En mi mano derecha hay una maza de adamantó. Levanta la maza y golpea.

Zotulla fue consciente de una gran fuerza en su interior y de estar rodeado por unos músculos gigantescos que se estremecían de poder y respondían ágilmente a su voluntad. Sintió en su enfundada mano derecha el mango de la gigantesca maza de pinchos, y aunque el levantar la maza estaba más allá de la fuerza de un hombre mortal, a Zotulla le pareció un peso agradable. Entonces, elevando la maza como un guerrero en una batalla, golpeó atterradoramente aquella cosa impía que tenía su propio cuerpo unido a las patas y cascos de un caballo demoníaco. La cosa se derrumbó al instante y yació con el cerebro saliendo en forma de pulpa de su aplastado cráneo y esparciéndose sobre el brillante azabache. Las patas temblaron un poco y después se inmovilizaron; los cascos pasaron de un blanco fiero y cegador al rojo del hierro muy caliente, enfriándose lentamente.

Durante un cierto tiempo no hubo ningún sonido, excepto los estridentes gritos de Obexah, enloquecida por el dolor y el terror de todos los prodigios que había presenciado. Después, la terrible voz de Thasaidón habló de nuevo en el alma de Zotulla, enferma con aquellos gritos.

- Vete, porque no puedes hacer nada más.

Así pues, el espíritu de Zotulla salió de la imagen de Thasaidón y encontró en el aire fresco la libertad de la nada y del olvido.

Pero el fin de Namirra todavía no había llegado, ya que su alma, loca y arrogante, fue desprendida del cuerpo de Zotulla por el golpe y había vuelto confusamente, no en la forma que el mago había planeado, a su propio cuerpo, que yacía en la habitación de los rituales malditos y las transmigraciones prohibidas. Allí pronto se despertó Namirra, con una horrible confusión en su mente y una amnesia parcial porque la maldición de Thasaidón había caído sobre

él a causa de sus blasfemias. Nada había claro en su mente, excepto un maligno y exorbitante deseo de venganza, pero la razón de ésta y su objeto eran sombras dudosas. Urgido por aquel oscuro ánimo, se levantó, y ciñéndose a la cintura una espada encantada con ópalos y zafiros rúnicos en la empuñadura, descendió por las escaleras y se dirigió otra vez al altar de Thasaidón, donde continuaba la estatua tan impasible como antes, con la maza en su inmóvil mano derecha y el doble sacrificio debajo sobre el altar.

El velo de una extrañísima oscuridad había caído sobre los sentidos de Namirra y no vio el horror de patas de caballo que yacía muerto con los cascos ennegreciéndose lentamente, ni oyó los gemidos de Obexah que yacía a su lado todavía viva. Sus ojos se vieron atraídos por el espejo de diamante que estaba en las garras de los negros basiliscos de hierro detrás del altar, y acercándose al espejo vio allí un rostro que ya no reconoció como el suyo. A causa de que su vista era borrosa y su cerebro estaba atrapado por las variables redes del engaño, tomó el rostro por el del emperador Zotulla. Insaciable como las mismas llamas del Infierno, su antiguo odio surgió en su interior y sacó la espada encantada, comenzando a atacar el reflejo. A veces, a causa de la maldición que había caído sobre él y de la impía trasmigración que había realizado, se creía ser Zotulla luchando con el nigromante, y otras veces, en el torbellino de su locura, era Namirra luchando contra el emperador; después, sin tener un nombre, luchó contra un enemigo sin nombre. Pronto la hechizada hoja, aunque estaba templada por conjuros formidables, se rompió cerca de la empuñadura y Namirra vio que la imagen estaba aún intacta. Entonces, aullando las palabras medio olvidadas de una tremenda maldición, invalidada a causa de sus olvidos, golpeó el espejo con la pesada empuñadura de la espada, hasta que los zafiros y ópalos que lo adornaban se rasgaron y cayeron a sus pies en pequeños fragmentos.

Obexah, moribunda sobre el altar, vio a Namirra batallando contra su imagen, y el espectáculo le produjo una risa enloquecida como el roto repique de unas campanas de cristal. Pronto, por encima de su risa y de las maldiciones de Namirra, llegó, como el rugido de una tormenta que surge velozmente, el estruendo producido por los caballos macrocósmicos de Thamogorgos, regresando por Xylac hacia el mar y pasando por Ummaos para arrasarlo la única casa que habían perdonado la primera vez.

FIN

Margaret St.Clair - DIOS SEDIENTO

Brian cabalgaba briosamente cuando, al crepúsculo, llegó al santuario. Había reventado dos monturas desde el día anterior, y a pesar de su marcha los Hrothy, aullando como una manada de derviches, estaban muy cerca. Se alzó sobre los estribos y miró angustiadamente hacia atrás.

Sí, dentro de cuarenta segundos, aproximadamente, les parientes de Megath estarían a tiro de ballesta. Si lo atrapaban, lo colgarían por los tobillos y le dispararían unas aguzadas flechas que le harían agonizar dos o tres días antes de morir. Se estremeció. La entrada de la capilla estaba a oscuras y no resultaba muy alentadora, pero estaba casi seguro de que los Hrothy la respetarían por su carácter sagrado, y el santuario le parecía, por su inexperiencia en tales cuestiones, una capilla semejante a las que punteaban la superficie del segundo planeta. Era una suerte que la hubiese encontrado. Saltó del ruano y se hundió en la oscuridad.

Los Hrothy atraparon al animal cincuenta segundos después. Era fácil adivinar dónde estaba Brian. Se contemplaron mutuamente en silencio. El tío de Megath, que había sido el más ansioso en la persecución, lanzó una corta risotada. Los hombres fueron desmontando sin hablar.

Los Hrothy consideraban que Brian, por su violación y subsiguiente abandono de Megath, acababa de cometer un pecado imperdonable. En realidad, no les importaba tanto la violación de la joven como el abandono cuando se cansó de ella. A esto se oponían rotundamente. Iba en contra de sus costumbres. Deseaban que el violador aceptase para siempre a su víctima. Pero pensaban, por los relatos que habían leído y por sus experiencias, que si Brian permanecía en el interior de la capilla doce horas, sus ansias de venganza quedarían satisfechas. Megath quedaría vengada. Silenciosamente, los hombres de la tribu se sentaron en semicírculo delante de la capilla.

Brian, atisbando desde el interior, se sintió a la vez asombrado y aliviado. Había temido que recogiesen la hierba que crecía a la orilla del fangoso río y tratarasen de ahumar el sagrado recinto. Y todo ese ajeteo, por culpa de una mujer cuya piel era decididamente purpúrea. Bien, por lo visto, contaban con que se muriese de hambre. Acarició los tubitos de pastillas alimenticias que llevaba en el bolsillo y sonrió. También tenía un frasquito. Tendrían que esperar largo tiempo.

Continuaron en silencio - los Hrothy eran naturalmente ruidosamente emocionales -, y el silencio comenzó a molestarle. Los acechó dubitativamente una vez más. Pero al parecer respetaban la santidad de la capilla. No tenía por qué preocuparse..

Retrocedió unos pasos hacia el interior. Estaba muy oscuro. El suelo parecía estar hecho de barro resbaladizo. En realidad, se trataba de un plástico resistente a la humedad pero Brian no lo sabía. Vaciló y se tendió en el suelo. Estaba agotado.

Quería mantenerse despierto, en guardia, pero la fatiga lo rindió. Al cabo de diez minutos estaba profundamente dormido.

Tan pronto como su respiración regular dio la señal, los rayos sonda comenzaron a actuar sobre él. Le tomaron el pulso, la frecuencia respiratoria, la consumición de oxígeno. Un paño se deslizó bajo su axila y tomó una muestra del sudor para el análisis. Cuando empezó a roncar, otro paño entró

momentáneamente en su boca abierta. Y cuando estuvo completamente dormido, una diminuta aguja hipodérmica le extrajo una gota de sangre del lóbulo de la oreja. Sobre la muestra se llevó a cabo una refinadísima técnica de electroforesis.

La noche se hallaba muy avanzada cuando las sondas completaron su diagnóstico. En cierto sentido, Brian las intrigaba. Fisiológicamente, se hallaba muy lejos de lo acostumbrado. Pero allí yacía, escasamente dentro del límite de variación permisible. El mecanismo de los rayos sonda estaba ya un poco desgastado. Después de una pausa casi humana, las instalaciones de acondicionamiento de la capilla comenzaron a actuar sobre él.

Los Hrothy, fuera en la noche oscura, aguardaban con un silencio de lobos. No era el carácter sagrado de la capilla lo que respetaban, sino su competencia como factoría.

Brian se despertó por fin. Tenía la impresión de que había transcurrido mucho tiempo, y aunque esto no era cierto cronológicamente, sí lo era fisiológicamente, ya que le habían sucedido muchas cosas mientras dormía.

La idea del tiempo transcurrido le alarmó ¿Qué estuvieron haciendo los Hrothy durante su sueño? Todavía adormilado, corrió a la puerta de la capilla y miró afuera.

Los Hrothy estaban sentados igual que antes, en cuclillas y en torno a la penumbra que formaba un leve cono de luz delante de la capilla, envueltos en sus capas brillantemente coloreadas. Intentaban esperar hasta que el hambre le hiciese salir de la capilla. Brian lanzó una burlona risita y volvió al interior del santuario. Cuando giró sobre sí mismo, su cabeza chocó penosamente y de manera inesperada contra el dintel de la entrada.

Por un momento, el dolor físico oscureció el significado de lo sucedido. De sus ojos surgieron unas lágrimas de dolor y lanzó una maldición. Después, el significado del incidente se le apareció claro de repente. Acababa de tropezar contra el dintel de la puerta. Pero la primera vez, el dintel estaba dos o tres palmos, al menos, más arriba de su cabeza.

Levantó la mirada. Su negro y lustroso cabello rozaba el techo. ¿Qué diablos...? ¿Qué le había ocurrido? ¿Había crecido, era más alto que antes?

Por un momento pensó que padecía una fiebre alucinatoria. En Venus abundaban y la idea del crecimiento era característica de un par de ellas. Además, tenía sed y sentía un extraño calor. Contemplóse las manos. Los puños quedaban sólo a unos cuatro dedos de los codos. A menos que se tratase de una alucinación muy persistente... No podía ser la fiebre. No se sentía febril, sólo sediento y acalorado. Bien, había tomado varias vacunas contra todas las epidemias endémicas de Venus antes de salir de Dyndimene. No cabía duda; había crecido durante la noche.

La idea, cosa rara, no le alarmó. Más bien se sentía complacido. Por un momento, pensó en salir atrevidamente de la capilla y causar un gran estrago entre los Hrothy. Les enseñaría a molestar a un hombre que medía dos metros y medio... no, más, casi tres metros de estatura. Pero eran unos veinte y poseían gran cantidad de flechas. Era preferible no salir.

Además, se sentía somnoliento y letárgico, sin ganas de pelear. No podía imaginarse qué le había sucedido, aunque no le importaba. Decidió sentarse en el suelo y tomar un trago de agua del frasco.

El recipiente de plata parecía muy pequeño en sus enormes manos. Bebió hasta la última gota de líquido y luego arrojó el frasco con petulancia. Era agua, sí, pero él no deseaba agua. Lo que necesitaba era algo más denso.

Cruzó las piernas y se recostó contra la resbaladiza pared. Cerró los ojos, pensando que ello le ayudaría a pensar. Pero poco después volvía a estar dormido.

Esta vez se despertó cuando caía la tarde. Llovía intensamente. Sin moverse de postura, miró hacia fuera, notando distraídamente que tenía la espalda envarada.

Los Hrothy se hablan marchado. No se veía ni uno solo boñiga. Probablemente sería una trampa

Debían hallarse escondidos por el entorno. O tal vez hubieran regresado al poblado en busca de refuerzos. Brian sonrió. No se dejaba engañar fácilmente. Decidió levantarse.

Trató de moverse. No pudo. Bien, estaba entumecido por la mala postura. Tenía dormidas las piernas.

De nuevo le dio la orden al cuerpo. Tampoco ocurrió nada. Brian se humedeció nerviosamente los labios. ¿Estaba parálitico? ¿Qué le pasaba? Empezó a estar asustado. Y fue entonces cuando entró el plunp.

El plunp era el más raro de los naturales de Venus. Algunos obreros que lo habían estudiado insistían en que su extraña apariencia escondía una rica y singularmente variada vida espiritual. Otros etnólogos lo negaban apasionadamente y afirmaban que sus leyendas de la creación y sus figuras tótem mostraban la vacuidad de su vida espiritual.

Fuese como fuese, los plunp no producían buena impresión. Poseían una piel gris y correosa, largas mandíbulas con feroces colmillos y crueles ojos amarillentos. No llevaban ropa, ni siquiera una hoja de parra. Y olían como ranas. Éste penetró en el santuario Y se detuvo delante de Brian. Esbozó un gesto con una mano; tanto podía tratarse de un saludo solemne, o bien simplemente de un «hola» familiar. Contempló calculadoramente a Brian e inclinó la cabeza. Abrió la especie de coco que llevaba colgando de un largo sarmiento en torno a su cuello.

Brian estaba interesado. No podía hacer nada y la llegada del plunp tenía que significar algo. Contempló a aquel ser con extremada repulsión (los plunp no son bellos), mientras sacaba un pellizco de ungüento amarillento del coco y se lo pasaba por todo el cuerpo. Después, comenzó a girar lentamente delante de Brian, con sus retorcidos brazos, de piel untuosa, extendidos adelante.

Casi tan pronto como el ungüento amarillo tocó la piel del plunp, Brian se sintió extrañamente excitado. Era como la intensidad de un impulso sexual, pero no había nada sexual en su mando imperioso y frío. Era como si todas las miradas de su cuerpo tuviesen sed, sed individual, una rara sed del ungüento amarillo y la humedad de la piel del plunp.

El agua del frasco de Brian no era bastante densa para satisfacer su sed. Aquella humedad, sí.

Experimentó como un aura, una proyección de sí mismo. No era un caso de voluntad consciente; incluso cuando realizó el contacto inmaterial con el plunp, se resintió de ello. Era sed, sí, pero le parecía que al deshidratar al plunp estaba realizando un servicio íntimo, sometiéndose a una odiosa familiaridad con un ser que le repugnaba odiosamente. Un íntimo contacto, por muy impalpable que fuese, con un plunp... ¡Se odió a sí mismo! Pero no podía hacer nada por impedirlo. (El paralelismo entre este impulso y lo que él le había infligido a Megath se le escapó. Y aunque lo hubiese observado, no le habría edificado. No era un hombre que se edificase fácilmente.)

El plunp continuó girando lentamente volviéndose primero a un lado y luego al otro, hacia la intoxicante sequedad que Brian sentía emanar de su persona. Brian llegó a pensar que su actitud era la de un devoto hacia un dios, un dios muy servicial. Sus ojos amarillentos estaban cerrados; su untuosa piel parecía estar más arrugada y resbaladiza a cada momento, a medida que la deshidratación de los tejidos iba en aumento. Su afilado rostro tenía una expresión de repulsiva dicha. De haber podido moverse, Brian habría vomitado.

Era odioso. Un odioso servicio ejecutado por un ser odioso. Y resultaba autodestructivo, pese a la necesidad de humedad de Brian. Era como si Brian, en su nuevo cuerpo, no estuviese a gusto. En su contacto con el plunp, era como una planta que, a falta de azufre en el suelo, se ve forzada a absorber selenio. Era como si estuviera envenenándose a sí mismo.

En esta suposición, Brian estaba acertado. La capilla no era una capilla. Anteriormente había sido una factoría. Fue originalmente destinada por los biólogos del cuarto planeta a ayudar a los colonos del segundo planeta a reajustarse al avasallador y húmedo ambiente de Venus.

Existen dos formas de batallar con la humedad. Una es ser impermeable, como lo son las plumas de los patos. Los marcianos probaron este sistema y no les gustó. Se sentían desfallecer en el húmedo calor de sus cuerpos impermeables. Por lo tanto, adoptaron segundo sistema, que es gozar del agua, vivir en el agua como las ranas. Esta solución significaba una adaptación fisiológica mucho mayor, pero los marcianos quedaron mucho más satisfechos.

Una vez adaptados, continuaron absorbiendo agua a través de sus poros, agua que extraían del húmedo ambiente, usándola en su metabolismo y exhalando de nuevo aire seco. Había cierto grado de selección en el proceso. Podían elegir entre varios objetos para la extracción del agua, los marcianos vivían felices con este sistema, aunque en la estación de sequía padecían cruelmente, - lo mismo que cuando regresaban a Marte a pasar sus vacaciones - Pero Brian, no era marciano, y las sondas estaban estropeadas y desequilibradas por el mucho tiempo transcurrido desde que los últimos marcianos abandonaron Venus. Por esto con él era diferente. Para el plunp, él era un dios deliciosamente higroscópico. Para sí mismo, era un hombre maldito.

El plunp se marchó por fin, con la piel colgándole en grandes pliegues. Se tambaleó ligeramente al traspasar el umbral, como si estuviese bebido, Brian le vio marchar por entre la cortina de lluvia. Dejó el coco en la capilla.

No podía moverse; ni siquiera agitarse. Tenía la espalda completamente envarada. No sabía cómo lograba respirara pero estaba seguro de una cosa: no volvería a extraer agua de ningún otro plunp.

Si volvía a estar sediento tendría que impedirlo de algún modo. ¿Pero cómo? No lo sabía, pero aquella ignorancia no afectó su decisión. Inmóvil, mientras contemplaba la lluvia en medio de la creciente oscuridad, sintió surgir en su interior un hálito de esperanza. Era imposible lo que le estaba ocurriendo. No podía ser verdad. No podía durar eternamente. Más pronto o más tarde, alguien lo encontraría. Un recolector de plantas, un agente del Gobierno... Alguien. Todo lo que tenía que hacer era continuar vivo hasta entonces.

Al día siguiente seguía lloviendo copiosamente. Brian recordó haber oído decir que en aquella parte de Venus la lluvia podía, durante la estación lluviosa, pasar de setenta centímetros en veinticuatro horas.

A mediodía del día siguiente volvió el plunp. Brian había podido saciar su ardiente sed gracias a la humedad del aire, y ahora tenía sus planes. Cuando el

plunp, untado con la crema amarillenta, giró delante de Brian, éste se retiró dentro de sí mismo. Era como mostrarse sordo al estruendo del trueno, como negarse a ver una cegadora luz. No sabía cómo lo lograba, pero lo hacía.

El plunp se detuvo. Se contemplaron mutuamente sin pronunciar palabra y luego él empezó a mover sus retorcidas manos. Brian sintió la caricia del triunfo en su interior; había vencido a la odiosa criatura. Y se sintió aún más victorioso cuando, después de otro silencio, el plunp desapareció.

Pero al cabo de un momento llegaron varios, transportando un cofre de madera de agudas esquinas. (Los plunp no poseían suficiente habilidad como para fabricar tales objetos, por lo que traficaban para obtenerlos de los Hrothys, más civilizados.) Lo abrieron. En el interior se veía una pasta gelatinosa, rojiza, untuosa. Los plunp ya poseían suficiente experiencia de los dioses recalitrantes.

El plunp cuya piel era más gris, colocó un poco de pasta en la punta de un palo. Cautelosamente, alargó el mismo hacia Brian. Lo movió atrás y adelante, a través del pecho del joven y debajo de su nariz.

El resultado, para Brian, fue catastrófico. Le pareció que se volvía todo su ser de dentro afuera. Con odiosa, forzada rapidez, empezó a deshidratar al plunp de la piel grisácea. Era como caer interminablemente por un precipicio vertical, y sentirse mareado al mismo tiempo.

Los plunp se marcharon por fin, al oscurecer. Desaparecieron, con unos pasos de baile y ejecutando gestos histriónicos para saludar a Brian.

Éste los vio marchar, inmóvil. Ni siquiera podía temblar. La humedad aceptada de ellos a la fuerza, le había hecho engordar un tercio; asimismo, sentía una inmensa furia y un lamentable desamparo. Esta vez había sido diez... no, cien veces peor que la primera. Después de esto aceptaría la degradación con docilidad. Cualquiera cosa era mejor que verse obligado a ello.

Estuvo sentado toda la noche en un trance de horror.

En ocasiones, no estaba seguro de quién, era. Sólo sabía que estaba sospechando algo que él mismo no habría resistido. Alguien había aprendido un pavoroso secreto respecto a Brian. Con la mente ofuscada esperó la llegada del nuevo día.

Llovía menos y sólo compareció un plunp. El dios que era Brian pensó:

«Si sólo viene uno podré resistirlo. Ayer fue mucho peor».

Pero el día siguiente vinieron cinco, y después, dos, y más tarde, tres... y prosiguieron acudiendo cada día, cada vez más, a medida que avanzaba la estación y la lluvia se espesaba. Día tras día los Hrothys debían hallarse más que satisfechos.

Brian odiaba a sus adoradores de ojos vidriosos con un odio que al principio era asesino y que después se tornó furor interno. De poder moverse, habría hecho cualquier cosa menos deshidratar a los plunps; tal vez se habría matado. Acariciaba interiormente todos los detalles de su autodestrucción. No estaba bien decidido si terminaría con su vida mediante el cuchillo, el fuego o un veneno corrosivo. Deseaba el medio que más le doliese.

Desde un punto de vista, su ingeniosa preocupación con los detalles de su muerte era una bendición. Ello le impedía padecer la aprensión o la ansiedad de su creciente degeneración física. Su masoquismo era genuino; cada nueva evidencia de fallo - visión torpe, mala audición, hinchazón permanente - lo recibía con deleite. Incluso podía recibir alborozado el servicio de deshidratación que los plunp requerían de él, puesto que era ésta la causa primordial de su

degeneración. Esto, sin embargo, apenas se le ocurrió. La violencia a su ego era demasiado grande.

Pasó el tiempo. Llovió a raudales. A veces, veinte plunps se hallaban en la capilla, girando como embriagados, inexpresivos sus rostros. Después, a medida que los días se fueron alargando, la lluvia comenzó a amainar. Hubo un día claro, luego otro y después dos seguidos. Llegaba el seco verano.

Los adoradores comenzaron a frecuentar menos la capilla, y cuando venían, no estaban mucho tiempo. La gradual sequía de los tejidos de sus cuerpos por el calor del verano no los intoxicaba; les tornaba soñolientos. Ya no estaban interesados en los dioses, en la higroscopia ni en el ungüento amarillo. En realidad, empezaban a sestear.

Brian, al principio no se atrevía a creerlo. Pero cuando transcurrió una semana sin que se presentase un solo plunp para ser deshidratado, se sintió invadido por el mayor de los alivios. No habría más demandas. Los días eran ya más largos y brillantes. No habría más plunps.

Después, a medida que el aire se tornaba más seco, Brian descubrió que empezaba a encogerse.

No se alarmó, pero sí se sintió intrigado. Permaneció inmóvil en su rincón, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, pero cada día era más pequeño, más ligero, más seco, que el día anterior. Traspasó el punto de la estatura normal que tenía antes de que el mecanismo de la capilla lo cambiase, y siguió encogiéndose. Su piel comenzó a colgarle como a jirones.

Y seguía encogiéndose. No estaba alarmado..Su preocupación era una emoción vaga solamente. Y a medida que transcurría el tiempo, en sus ideas se producían grandes lagunas llenas de voluptuosa negrura.

Lentamente comprendió que aquellas tinieblas mentales, aquella incesante y bienvenida aniquilación de su mentalidad, significaba la muerte. ¿La muerte? No las destrucciones agonizantes que había estado planeando, sino algo mucho mejor. Y se gozó en esta idea. Pero... (aún sentía cierta curiosidad)... ¿por qué?

Bien, supuso, los dioses no viven eternamente, y él se había esforzado hasta la extenuación al deshidratar a los plunps. Se había agotado por completo con esta operación, y la estación de sequía le estaba exterminando. Al año siguiente, los plunps - por primera vez en su agonía comenzó a reír -, al año siguiente los plunps tendrían que buscar otro dios.

Al fin se sentó en su rincón, del tamaño de un muñeco. Ya no oía, veía ni sentía. Su mente se había detenido. Estaba reducido casi a la nada; sus brazos y piernas eran más pequeños que huevos de zurcir. Ya no existía Brian.

De haberle quedado una chispa de ego para efectuar una declaración, habría jurado que estaba muerto.

Pero los plunps no corrían peligro inmediato de perder a su dios. Cuando llegara la estación de las lluvias, Brian despertaría de nuevo. Y una vez más se vería obligado a reemprender su forzado servicio hacia ellos.

Como adorado, como dios, a Brian le quedaba aún muchos años de acción higroscópica en favor de los plunps. Pero ahora era verano. Sincronizando con el ciclo de sus adoradores, el dios de los plunps también sesteaba.

FIN

Philip K. Dick - **SERVIR AL AMO**

Applequist tomó un atajo por un campo desierto, subió por un estrecho sendero que corría paralelo a la grieta bostezante de un precipicio, y entonces oyó la voz.

Se paró en seco y empuñó la pistola. Escuchó durante largo rato pero sólo captó el lejano roce del viento entre los árboles truncados que bordeaban el risco, un murmullo que se confundía con el crujido de la hierba reseca bajo sus pies. La voz procedía del barranco, su fondo se veía enmarañado y lleno de desperdicios. Se acuclillo en el borde y trató de localizar la voz.

No percibió ni un movimiento, nada que revelara el origen. Las piernas empezaron a dolerle. Las moscas zumbaron a su alrededor y se posaron en su frente sudorosa. El sol le producía dolor de cabeza. Las nubes de polvo habían sido bastante finas durante los meses pasados.

Su reloj a prueba de radiaciones le informó de que eran las tres.

Por fin, se encogió de hombros y se levantó con dificultades. A la mierda. Que envíen una patrulla armada. No era su problema. Era un cartero de cuarta categoría, y un civil, por añadidura.

Mientras trepaba por la colina en dirección a la carretera volvió a escuchar el sonido. Y ahora, desde un lugar que dominaba el barranco, captó un fugaz movimiento. Experimentó temor e incredulidad. No era posible..., pero lo había visto con sus propios ojos. No era un rumor propagado por las circulares de noticias.

¿Que hacía un robot en el barranco desierto? Todos los robots habían sido destruidos años antes. Sin embargo, allí estaba, entre los desperdicios y las malas hierbas. Un amasijo oxidado medio corroído. Le había llamado con voz débil cuando pasaba por el sendero.

El anillo defensivo de la Compañía le permitió salvar los tres controles y penetrar en la zona del túnel. Descendió lentamente, absorto en sus pensamientos, hasta llegar al nivel de organización. Mientras se quitaba la saca de correos, el supervisor asistente Jenkins se acercó a toda prisa.

- ¿Dónde coño se ha metido? Son casi las cuatro.

- Lo siento. - Applequist devolvió la pistola al guardia más cercano -. ¿Qué posibilidades tengo de obtener un permiso de cinco horas? Me gustaría investigar algo.

- Ni una. Ya sabe que el ala derecha está desguarnecida. Es necesario que todo el mundo esté en alerta las veinticuatro horas.

Applequist procedió a separar las cartas. La mayoría eran de tipo personal, intercambiadas entre supervisores principales de Empresas Norteamericanas. Cartas dirigidas a mujeres de vida alegre, más allá de la periferia de la Compañía. Cartas dirigidas a familias, así como peticiones a oficiales de menor rango.

- En ese caso - dijo con aire pensativo -, tendré que ir como sea.

Jenkins escrutó al joven con suspicacia.

- ¿Qué sucede? ¿Ha encontrado algún aparato incólume, un escondite subterráneo?

Applequist estuvo a punto de contárselo, pero no lo hizo.

- Tal vez - contestó con indiferencia -. Es posible.

Jenkins le dedicó una mueca de odio y abrió las puertas de la cámara de observación. Los oficiales estaban examinando las actividades del día ante un

gran plano mural. Media docena de hombres maduros, la mayoría calvos, con el cuello de la camisa sucio y manchado, derrumbados en butacas. En una esquina, el supervisor Rudde dormía, sus gordas piernas extendidas frente a él. La camisa abierta dejaba al descubierto el vello del pecho. Estos eran los hombres que dirigían la compañía de Detroit. Diez mil familias, todo el refugio subterráneo, dependían de ellos.

- ¿Qué tiene en mente? - retumbó una voz en el oído de Applequist. El director Laws había entrado en la cámara y pillado a todo el mundo desprevenido, como de costumbre.

- Nada, señor - respondió Applequist, pero los ojos acerados, azules como la porcelana, sondearon sus pensamientos -. La fatiga habitual. Me ha subido la tensión. Tenía la intención de tomar unas horas de permiso, pero con tanto trabajo...

- No trate de engañarme. No se necesitan carteros de cuarta categoría. ¿Cuál es su auténtica intención?

- Señor, ¿por qué fueron destruidos los robots? - preguntó Applequist de sopetón.

Se hizo el silencio. El rostro rotundo de Laws transparentó sorpresa, y después hostilidad. Applequist se apresuró a continuar antes de que el hombre pudiera hablar.

- Sé que está prohibido a mi clase hacer preguntas teóricas, pero es muy importante que lo averigüe.

- El tema está cerrado - replicó Laws en tono amenazador -. Incluso para el personal de máximo nivel.

- ¿Cuál fue la relación de los robots con la guerra? ¿Por qué se declaró la guerra? ¿Cómo era la vida antes de la guerra?

- El tema está cerrado - repitió Laws.

Caminó con parsimonia hacia el plano mural y Applequist se quedó solo entre el ruido de las máquinas, entre los murmullos de los oficiales y burócratas.

Reanudó la selección de cortes como un autómatas. Había estallado la guerra y los robots se vieron mezclados en ella. Eso lo sabía. Algunos habían sobrevivido. De niño, su padre le había llevado a un centro industrial y los había visto, trabajando en sus máquinas. En otro tiempo habían sido muy complejos. Ya habían desaparecido; pronto acabarían con los sencillos. Ya no se fabricaba ni uno más.

- ¿Qué ocurrió? - había preguntado, cuando su padre se lo llevó a rastras -. ¿Adónde han ido a parar todos los robots?

No obtuvo ninguna respuesta. Eso había sucedido dieciséis años antes, y ahora ya no quedaba ninguno. Hasta el recuerdo de los robots estaba desapareciendo. Dentro de unos años, la palabra se borraría del diccionario. Robot. ¿Qué había pasado?

Terminó con las cartas y salió de la cámara. Ningún supervisor se dio cuenta; estaban discutiendo algún punto erudito de estrategia. Maniobras y contramaneobras entre las compañías. Tensión e intercambio de insultos. Encontró un cigarrillo arrugado en el bolsillo y lo encendió con mano inexperta.

- Llamada a cenar - anunció el altavoz del pasadizo -. Una hora de descanso para el personal de máximo nivel.

Algunos supervisores pasaron ruidosamente a su lado. Applequist apagó el cigarrillo y se dirigió a su puesto. Trabajaría hasta las seis. Después, sería su hora de cenar. Ningún otro descanso hasta el sábado. Claro que si no iba a cenar.

El robot debía de ser de poca categoría, perteneciente al grupo final liquidado. El tipo inferior que había visto de niño. No podía ser uno de los complicados robots de la guerra. Haber sobrevivido en el barranco, haberse oxidado y podrido durante todos aquellos años transcurridos desde la guerra...

Su mente mantuvo a raya la esperanza. Entró en un ascensor, el corazón acelerado, y apretó el botón. Al anochecer lo sabría.

El robot yacía entre montones de escoria metálica y males hierbas. Fragmentos mellados y oxidados dificultaron la progresión de Applequist, a medida que descendía con cautela por el barranco, la pistola en una mano y la máscara antirradiación ceñida a su cara.

El contador cliqueteó ruidosamente; el fondo del barranco estaba caliente. Charcos de contaminación sobre los fragmentos rojizos de metal, las mesas apiladas de acero, plástico y componentes de maquinaria fundidos. Apartó a puntapiés bolas de ennegrecidos cables enmarañados y se alejó con cautela del depósito de combustible bostezante de alguna máquina antigua, ahora invadido por plantas trepadoras. Una rata salió corriendo. El sol estaba a punto de ponerse. Sombras oscuras se extendían por doquier.

El robot le miró en silencio. La mitad ya no existía; sólo quedaba la cabeza, los brazos y el tronco, un círculo mellado irregular, como si le hubieran arrancado de cuajo la parte inferior. Estaba inmovilizado. Tenía toda la superficie agrietada y corroída. Faltaba una lente ocular. Algunos dedos estaban torcidos de manera grotesca. Yacía de espaldas, cara al cielo.

Era un robot de los tiempos de la guerra, desde luego. En su único ojo brillaba una conciencia arcaica. No era el simple obrero que había visto de niño. La respiración de Applequist se aceleró. Era auténtico. Seguía sus movimientos sin descuidar detalle. Estaba vivo.

Todo este tiempo, pensó Applequist. Todos estos años. Se le erizó el vello de la nuca. Todo estaba en silencio, las colinas, los árboles, las mesas de ruinas. Nada se movía; los únicos seres vivos eran el viejo robot y él. Tirado en el barranco, esperando a que alguien apareciera.

Se levantó un viento frío y se ajustó automáticamente el sobretodo. Algunas hojas volaron sobre el rostro inmóvil del robot. Sobre su tronco habían crecido plantas trepadoras, se habían introducido en sus entrañas. Había llovido sobre él, el cielo lo había bañado. En invierno, la nieve lo había cubierto. Ratas y animales lo habían olfateado. Los insectos habían recorrido sus restos. Y continuaba vivo.

- Te oí - murmuró Applequist -, mientras caminaba por el sendero.

- Lo sé - contestó el robot -. Vi que te parabas. - Su voz era débil y seca. Como el sonido de las cenizas al rozar entre sí. Sin tono ni matices - ¿Quieres decirme la fecha? Sufrí un corte de energía por tiempo indefinido. Las terminales de los cables se cortaron temporalmente.

- 11 de junio de 2136.

El robot reunió las escasas fuerzas que le quedaban. Movié apenas un brazo, luego lo dejó caer. Su único ojo se veló, y engranajes oxidados chirriaron en su interior. Applequist comprendió de repente que el robot podía expirar en cualquier momento. Era un milagro que hubiera sobrevivido durante tanto tiempo. Se habían pegado caracoles a su cuerpo, recorrido por sendas pegajosas que se cruzaban. Un siglo...

- ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Desde la guerra?

- Sí.

Applequist sonrió, nervioso.

- Eso es mucho tiempo. Más de cien años.

- Así es.

Anocheceía con rapidez. Applequist buscó su linterna. Apenas distinguía las laderas del barranco. A lo lejos, un ave graznó en la oscuridad. Los arbustos se agitaron.

- Necesito ayuda - dijo el robot -. La mayor parte de mi motor fue destruido. No puedo moverme.

- ¿En qué estado se encuentra el resto? Tu provisión de energía. ¿Cuánto tiempo puedes...?

- Se ha destruido un número considerable de células. Sólo siguen funcionando unos pocos circuitos. Y están sobrecargados. - El ojo del robot volvió a mirarle -. ¿Cuál es la situación tecnológica? He visto volar naves aéreas. ¿Aún fabricáis equipos electrónicos?

- Tenemos en funcionamiento una unidad industrial cerca de Pittsburgh.

- Si describo unidades electrónicas básicas, ¿me entenderás?

- Carezco de conocimientos mecánicos. Estoy clasificado como cartero de cuarta categoría, pero tengo contactos en el departamento de reparaciones. Mantenemos en funcionamiento nuestras máquinas

Se humedeció los labios, tenso.

- Es arriesgado, por supuesto. Hay leyes.

- ¿Leyes?

- Todos los robots fueron destruidos. Eres el único que queda. Los demás fueron liquidados hace años.

El único ojo del robot no expresó nada.

- ¿Por qué has venido? - preguntó. Su ojo se desvió hacia la pistola que Applequist empuñaba -. Eres un funcionario de baja categoría en alguna jerarquía. Obedeces órdenes superiores. Un número que funciona mecánicamente dentro de un sistema más grande.

Applequist lanzó una carcajada.

- Supongo que sí. - Dejó de reír -. ¿Por qué estalló la guerra? ¿Cómo era la vida antes?

- ¿No lo sabes?

- Por supuesto que no. No se permiten conocimientos teóricos, excepto al personal de máxima categoría. Ni los supervisores saben algo de la guerra. - Applequist se arrodilló y enfocó con la linterna el rostro del robot -. Las cosas eran diferentes antes, ¿verdad? No vivimos siempre en refugios subterráneos. El mundo no fue siempre una montaña de escoria. La gente no fue siempre esclava de las compañías.

- Antes de la guerra no había compañías.

Applequist lanzó un gruñido de triunfo.

- Lo sabía.

- Los hombres vivían en ciudades, que fueron arrasadas durante la guerra. Las compañías, que estaban protegidas, sobrevivieron. Altos cargos de estas compañías se convirtieron en el gobierno. La guerra se prolongó durante mucho tiempo. Todo lo valioso fue destruido. Has salido de un cascarón carbonizado. - El robot guardó silencio unos instantes y luego prosiguió -. El primer robot fue fabricado en 1979. En el año 2000, los robots realizaban todos los trabajos

rutinarios. Los seres humanos gozaban de libertad para hacer lo que les apetecía. Arte, ciencia, espectáculos, lo que más les gustaba.

- ¿Qué es el arte? - preguntó Applequist.

- Trabajo creativo, dirigido hacia la realización de una aspiración personal. Toda la población de la Tierra tenía libertad para desarrollarse culturalmente. Los robots mantenían el mundo; el hombre lo disfrutaba.

- ¿Cómo eran las ciudades?

- Los robots reconstruyeron y rediseñaron nuevas ciudades a tenor de planos trazados por artistas humanos. Limpias, higiénicas, atractivas. Eran ciudades de dioses.

- ¿Por qué estalló la guerra?

El único ojo del robot centelleó.

- Ya he hablado demasiado. Mi suministro de energía está peligrosamente bajo.

Applequist tembló.

- ¿Que necesitas? Lo traeré.

- Ahora mismo necesito una cápsula atómica A, capaz de proporcionar diez mil unidades F.

- Sí.

- A continuación, necesitaré herramientas y secciones de aluminio. Cables de bajo resistencia. Trae papel y lápiz... Te daré una lista. No la entenderás, pero alguien del departamento de mantenimiento electrónico lo hará. Lo primero que necesito es suministro de energía.

- ¿Y me hablarás de la guerra?

- Por supuesto.

El robot se sumió en el silencio. Las sombras se arrastraban a su alrededor. El frío aire de la noche agitó las hierbas y los arbustos.

- Date prisa. Mañana, si es posible.

- Debería dar parte de usted - dijo el ayudante de supervisión Jenkins -. Media hora de retraso, y ahora esto. ¿Qué está haciendo? ¿Quiere que le despidan de la compañía?

Applequist se acercó al hombre.

- He de conseguir este material. El... escondite está bajo la superficie. He de construir un acceso seguro. De lo contrario, todo quedará sepultado bajo los escombros.

- ¿Es muy grande el escondite? - El rostro abultado de Jenkins expresaba codicia y suspicacia a la vez. Ya estaba gastando la recompensa de la compañía - . ¿Ha podido verlo? ¿Contiene máquinas desconocidas?

- No reconocí ninguna - contestó Applequist, impaciente -. No perdamos el tiempo. La masa de cascotes está a punto de derrumbarse. He de proceder con celeridad.

- ¿Dónde está? ¡Quiero verlo!

- Voy a hacerlo solo. Usted proporcióneme el material y cubra mi ausencia. Esa es su parte.

Jenkins se debatió en un mar de dudas.

- Si me miente, Applequist...

- No miento - respondió Applequist irritado -. ¿Cuándo tendré la unidad de energía?

- Mañana por la mañana. Tendré que llenar un montón de formularios. ¿Esta seguro de que puede manejarla? Será mejor que le acompañe un equipo de reparaciones. Para asegurarnos...

- Puedo manejarla - le interrumpió Applequist -. Consígame el material. Yo me ocuparé de lo demás.

El sol de la mañana se filtraba entre los desperdicios. Applequist encajó la cápsula nueva, nervioso, enroscó los tornillos, sujetó el forro protector corroído, y se puso en pie, tembloroso. Tiró la cápsula antigua y aguardó.

El robot se movió. Su ojo cobró vida. Movi6 el brazo sobre su tronco y hombros de forma experimental.

- ¿Todo bien? - preguntó Applequist con voz hueca.

- En apariencia, sí. - La voz del robot era más potente, claro y confiada -. La vieja cápsula estaba agotada. Fue una suerte que pasaras en aquel momento.

- Dices que los hombres vivían en ciudades - atacó Applequist -. ¿Los robots trabajaban?

- Los robots realizaban las tareas rutinarias necesarias para mantener el sistema industrial. Los humanos gozaban de todo el tiempo libre que deseaban. Nos gustaba trabajar para ellos. Era nuestra misión

- ¿Qué pasó? ¿Qué salió mal?

El robot cogió papel y lápiz; mientras hablaba, trazaba cifras.

- Existía un grupo fanático de humanos. Una organización religiosa. Afiraban que Dios ordenó al hombre ganarse el pan con el sudor de su frente. Querían que los robots desaparecieran y los hombres volvieran a las fábricas, para trabajar como esclavos en tareas rutinarias.

- ¿Por qué?

- Afiraban que el trabajo ennoblecía el espíritu. - El robot le entregó un papel -. Esto es la lista de lo que quiero. Necesitaré esos materiales y herramientas para reparar mi sistema.

Applequist manoseó el papel.

- Ese grupo religioso...

- Hombres divididos en dos bandos: los Moralistas y los Ociosos. Combatieron entre sí durante años, mientras nosotros nos manteníamos al margen, ignorantes de nuestra suerte. No entendí que los Moralistas se impusieran a la razón y el sentido común, pero fue así.

- ¿Crees...? - empezó Applequist, y luego calló. Apenas se atrevía a verbalizar la idea que corroía su fuero interno -. ¿Existe alguna posibilidad de que vuelvan a existir robots?

- Tus palabras son oscuras. - El robot partió el lápiz en dos y lo tiró -. ¿Qué quieres decir?

- La vida no es agradable en las compañías. Muerte y trabajo duro. Formularios, turnos, períodos de trabajo y órdenes.

- Es vuestro sistema. Yo no soy el responsable.

- ¿Qué recuerdas sobre la construcción de robots? ¿Qué eras tú, antes de la guerra?

- Era un controlador de unidades. Me dirigía a una unidad de fabricación de emergencia cuando mi nave fue derribada. - El robot señaló los restos que le rodeaban -. Eso fue mi nave y mi cargamento.

- ¿Qué es un controlador de unidades?

- Dirigía la fabricación de robots. Diseñé y alenté la producción de tipos básicos de robot.

La cabeza de Applequist daba vueltas.

- Entonces, eres un experto en la construcción de robots.

- Sí. - El robot señaló el papel que Applequist tenía en la mano -. Consigue esos materiales y herramientas lo antes posible. Así estoy completamente indefenso. Debo recuperar mi movilidad. Si alguna nave sobrevolara este lugar...

- La comunicación entre compañías es deficiente. Entrego las cartas a pie. La mayoría de los países están devastados. Podrías trabajar sin que nadie te detectara. ¿Qué me dices de tu unidad de fabricación de emergencia? Tal vez no fue destruida.

El robot cabeceó lentamente.

- Fue ocultada concienzudamente. Existe una ínfima posibilidad. Era pequeña, pero muy bien equipada. Autosuficiente.

- Si consigo piezas de repuesto, ¿podrías...?

- Hablaremos de eso más adelante. - El robot se tendió sobre el suelo -. Cuando vuelvas, seguiremos hablando.

Jenkins le consiguió los materiales y un permiso de veinticuatro horas. Fascinado, se apoyó contra la ladera del barranco mientras el robot desarmaba su cuerpo y sustituía los elementos averiados. Al cabo de pocas horas, el nuevo sistema motor había sido instalado. Colocó las células básicas de las piernas. A mediodía, el robot experimentaba con sus extremidades inferiores.

- Durante la noche pude establecer un débil contacto por radio con la unidad de fabricación de emergencia - explicó el robot -. Continua intacta, según el monitor robot.

- ¿Robot? ¿Quieres decir...?

- Una máquina automática de transmisión. No está viva, como yo. No soy un robot, en un sentido estricto. - Su voz expresó orgullo -. Soy un androide.

Applequist no captó la sutil distinción. Su mente febril examinaba las posibilidades.

- En este caso, podemos seguir adelante. Con tus conocimientos y los materiales disponibles.

- Tu no viste el terror y la destrucción. Los Moralistas nos machacaron sistemáticamente. Eliminaban a los androides de cada ciudad que conquistaban. A medida que los Ociosos retrocedían, los de mi raza eran liquidados sin más. Fuimos separados de nuestras máquinas y destruidos.

- ¡Pero eso fue hace un siglo! Nadie quiere destruir ya a los robots. Necesitamos robots para reconstruir el mundo. Los Moralistas ganaron la guerra y devastaron el mundo.

El robot ajustó su sistema motor hasta lograr la coordinación de sus piernas.

- Su victoria fue una tragedia, pero comprendo la situación mejor que tú. Hemos de proceder con cautela. Si esta vez nos vencen, será para siempre.

Applequist siguió al robot, mientras éste avanzaba con cautela hacia la ladera del barranco.

- El trabajo nos oprime. Esclavos en refugios subterráneos. No podemos seguir así. La gente agradecerá la vuelta de los robots. Te necesitamos. Cuando pienso en lo que debió ser la Edad de Oro, los cimientos y las flores, las hermosas ciudades de la superficie... Ahora sólo hay ruinas y penuria. Los Moralistas ganaron, pero nadie es feliz. Nos encantaría...

- ¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es éste?

- Un poco al oeste del Mississippi, a unos cuantos kilómetros. Hemos de conseguir la libertad. No podemos vivir así, trabajando bajo tierra. Si tuviéramos tiempo libre, podríamos investigar los misterios de todo el universo. Encontré algunas viejas cintas científicas. Trabajos teóricos sobre biología. Aquellos hombres trabajaron durante años en tópicos abstractos. Tenían tiempo. Eran libres. Mientras los robots sostenían el sistema económico, aquellos hombres podían dedicarse...

- Durante la guerra - interrumpió el robot con aire pensativo -, los Moralistas situaron pantallas de detección sobre cientos de kilómetros cuadrados. ¿Todavía funcionan?

- No lo sé. Lo dudo. Todo lo que está fuera de los refugios de la compañía ha dejado de funcionar.

El robot se recluyó en sus pensamientos. Había sustituido su ojo averiado por una célula nueva. Ambos ojos brillaban de concentración.

- Esta noche haremos planes con respecto a tu compañía. Te comunicaré mi decisión en ese momento. Entretanto, no hables de la situación a nadie, ¿entiendes? Lo que me preocupa ahora es el sistema de carreteras.

- La mayoría de carreteras están en ruinas - Applequist intentó contener su entusiasmo -. Estoy convencido de que casi todos los miembros de mi compañía son Ociosos. Tal vez algunos peces gordos sean Moralistas. Algunos supervisores, en todo caso, pero las clases bajas y las familias...

- Muy bien - interrumpió el robot -. Nos ocuparemos de eso más tarde. - Miró a su alrededor -. Utilizaré parte del equipo averiado. Funcionará. De momento, al menos.

Applequist consiguió esquivar a Jenkins. Atravesó a toda prisa el nivel de organización y se encaminó a su puesto de trabajo. Su mente era un torbellino. Todo lo que le rodeaba se le antojaba vago poco convincente. Los supervisores pendencieros. Las máquinas ruidosas. Los funcionarios y burócratas de poca monta que corrían de un lado a otro con mensajes e informes. Cogió un puñado de cartas y empezó a distribuirlas mecánicamente.

- Has estado fuera - observó con ironía el director Laws -. ¿Alguna chica? Si se casó con alguien ajeno a la compañía, perderá la poca categoría que tiene.

Applequist apartó las cartas.

- Quiero hablar con usted, director.

El director Laws meneó la cabeza.

- Vaya con cuidado. Ya conoce las ordenanzas que rigen para el personal de cuarta categoría. Es mejor no hacer más preguntas. Concentre su mente en el trabajo y déjenos a nosotros las cuestiones teóricas.

- Director - preguntó Applequist -, ¿a quién apoyaba nuestra compañía, a los Moralistas o a los Ociosos?

Laws fingió no entender la pregunta.

- ¿Qué quiere decir? - Sacudió la cabeza -. No conozco esas palabras.

- En la guerra. ¿de qué lado estábamos?

- ¡Santo Dios! - exclamó Laws -. Del lado humano, por supuesto. - Una cortina impenetrable cayó sobre su rostro rotundo -. ¿Qué quiere decir «moralista»? ¿De qué me está hablando?

Applequist empezó a sudar de repente. Apenas le salía la voz.

- Algo no cuadra, director. La guerra fue entre dos grupos de humano. Los Moralistas destruyeron a los robots porque desaprobaban que los humanos se entregaran al ocio.

- La guerra se libró entre hombres y robots - replicó Laws - Nosotros ganamos. Destruimos a los robots.

- ¡Pero si trabajaban para nosotros!

- Fueron construidos para trabajar, pero se rebelaron. Poseían una filosofía. Seres superiores: androides. Nos consideraban simple ganado.

Applequist temblaba de pies a cabeza.

- Pero aquél me dijo...

- Nos masacraron. Millones de humanos murieron antes de que les paráramos los pies. Asesinaron, mintieron, se escondieron, robaron, hicieron cualquier cosa con tal de sobrevivir. Eran ellos o nosotros; no hubo cuartel. - Laws agarró a Applequist por el cuello de la camisa -. ¡Maldito idiota! ¿Qué ha hecho? ¡Contésteme! ¿Qué ha hecho?

El sol se puso mientras el vehículo blindado se detenía en el borde del barranco. Las tropas bajaron por la ladera. Laws saltó entre los primeros, seguido de Applequist.

- ¿Es aquí? - preguntó Laws.

- Sí, pero ha desaparecido - tartamudeó Applequist.

- Por supuesto. Ya se había reparado. Nada le retenía aquí. - Laws hizo una señal a sus hombres -. Es inútil proseguir la búsqueda. Entierren una bomba A táctica y larguémonos. Es posible que la fuerza aérea lo localice. Rociaremos esta zona con gas radiactivo.

Applequist se acercó al borde del barranco, atontado. Abajo, entre las sombras, distinguió las malas hierbas y los escombros. No se veía al robot por parte alguna, naturalmente. Sólo trozos de cable y partes del cuerpo desechadas. La vieja cápsula de energía seguía donde la había tirado. Algunas herramientas. Nada más.

- Vámonos - ordenó Laws a sus hombres -. Tenemos mucho que hacer. Hay que poner en marcha el sistema de alarma general.

Las tropas empezaron a escalar el barranco. Applequist se encaminó hacia el vehículo.

- No - dijo Laws -. Usted no vendrá con nosotros.

Applequist vio la expresión de sus rostros: miedo, terror, odio. Intentó escapar, pero le apresaron casi al instante. Procedieron en silencio, inexorablemente. Cuando terminaron, apartaron de una patada sus restos casi vivos y subieron al vehículo. Cerraron las puertas y el motor rugió. El vehículo subió por la senda hasta la carretera. Al cabo de pocos momentos, desapareció de vista.

Estaba solo, con una bomba semienterrada y las sombras. Y la inmensa oscuridad lo abarcaba todo.

FIN

Fred Saberhagen - **MELODÍA ESTELAR**

Abrirse paso a través de la oscura nebulosa Taynarus costó a los humanos tres naves de combate, y después de aquello recogieron las bajas de una batalla de tres días mientras sus fuerzas de abordaje se dirigían a Hell.

El comandante en jefe temió en todo momento que la computadora que dirigía a las «frenéticas» destruyera el lugar y a los invasores vivientes con él, en un Gotterdammerung final de cargas aniquiladoras. Pero tenía la esperanza de que los proyectores de ondas amortiguadas que llevaban sus hombres evitarían cualquier explosión nuclear. Envío hombres vivientes a bordo porque se creía que en Hell había prisioneros humanos vivos. Sus esperanzas estaban justificadas; o, al menos, por los motivos que fueran, no se produjo ninguna explosión nuclear.

Lo de los prisioneros no pudo confirmarse fácilmente. Ercul, el psicólogo cibernético que llegó después de la batalla para investigar, encontró allí seres humanos, ciertamente. Pero, hasta cierto punto. En parte. Órganos sueltos que funcionaban por así decirlo, interconectados con los no-humanos y los no-vivientes. La mayoría de los órganos eran cerebros humanos que habían sido desarrollados en cultivos mediante el uso de técnicas que las frenéticas debieron capturar con alguna de nuestras naves-hospital.

Nuestros laboratorios humanos desarrollan los cerebros de cultivo partiendo de semillas de tejido de embrión humano, los dejan crecer hasta que adquieren un tamaño adulto y entonces los disecan a medida que son necesarios. Un cirujano corta un lóbulo prefrontal, por ejemplo, y lo injerta en el cráneo de un hombre cuya parte correspondiente del cerebro ha sido destruida por alguna enfermedad o violencia. La materia del cerebro de cultivo sirve como matriz para la regeneración, y sobre ella puede reimprimirse la antigua personalidad. Los cerebros de cultivo, desarrollados en recipientes de cristal, sólo son humanos en potencia. Incluso un profano puede distinguir fácilmente uno de ellos de un cerebro normal por la visible ausencia de las más finas circunvoluciones superficiales. Los cerebros de cultivo no pueden ser humanos en el sentido de mantener mentes humanas sensibles. Para el desarrollo de un cerebro con personalidad son necesarias ciertas hormonas y otros complejos elementos químicos del entorno corporal, aparte de la necesidad de los estímulos de la experiencia, del continuo impacto de los sentidos.

De hecho, se requiere alguna fuerza sensorial para que el cerebro de cultivo se desarrolle incluso hasta una fase utilizable por el cirujano. Como fuerza sensorial suele emplearse la música.

Las frenéticas habían aprendido indudablemente a cultivar hígados, corazones y gónadas lo mismo que cerebros, pero lo único que de veras les interesaba era la capacidad pensante del hombre. Las frenéticas debieron quedar asombradas cuando su computadora reveló la capacidad de memoria y la facultad decisoria que la naturaleza había conseguido insertar en los pocos centenares de centímetros cúbicos del sistema nervioso humano.

A través de su prolongada guerra con los hombres, las frenéticas habían intentado incorporar cerebros humanos a sus propios circuitos.

Nunca lo habían logrado a su entera satisfacción, pero continuaban intentándolo.

Su centro de investigaciones se encontraba en Hell, en pleno corazón de la nebulosa Taynarus, que a su vez constituía el núcleo central de un triángulo formado por los sistemas Zity, Toxx y Yati. Los hombres habían sabido durante años lo que era Hell y dónde se encontraba, aproximadamente, antes de poder reunir las fuerzas suficientes en aquella parte de su sector de la galaxia para localizar el lugar y destruirlo.

- Certifico que este envase no contiene vida humana - dijo el psicólogo cibernético, Ercul, imprimiendo al mismo tiempo las palabras sobre la caja de glasita que tenía delante.

El ayudante de Ercul hizo una señal y el cosmonauta que trabajaba con ellos manipuló unos mandos y dejó que lo que había en la caja empezara a morir.

No se trataba de un cerebro de cultivo, sino de lo que en otro tiempo fue el sistema nervioso de un prisionero humano. Había sufrido grandes daños, no sólo al ser extraído del cuerpo al cual había pertenecido, sino también por haber sido conectado a una masa de mecanismos electrónicos. Por medio de algún programa de entrenamiento, probablemente una combinación de castigo y recompensa, las frenéticas habían enseñado a aquel cerebro a realizar ciertas operaciones de cálculo a una gran velocidad y con escasas probabilidades de error. Al parecer, cada vez que los cálculos quedaban completados, el mecanismo al que iba unido el cerebro había colocado de nuevo todas las fichas a cero, obligando al cerebro a repetir todas las operaciones. Ahora, el cerebro parecía incapaz de cualquier otra cosa que no fuese aquella monótona tarea; y si bien retenía una especie de vida humana, una posibilidad que Ercul no estaba dispuesto a admitir en voz alta, era una clase de vida que debía terminar lo antes posible.

- La caja siguiente - le dijo al cosmonauta.

Por desagradable que resultara, tenía que continuar con su tarea de tratar de distinguir los prisioneros rescatados - dos de ellos volverían a tener algún día aspecto humano - de entre una colección de órganos más o menos funcionales.

Cuando dejaron la caja siguiente delante de él, Ercul tuvo un mal momento, malo incluso para aquel día, reconociendo algo de su propio trabajo.

La historia habla empezado hacía más de un año-standard, en el planeta Zity, en un enorme vestíbulo que había sido adornado para un alegre acontecimiento.

- ¿Eres feliz, cariño? - le preguntó Ordell Callison a su esposa, aprovechando un momento de calma para coger su mano y hablar con ella en medio del tumulto del banquete de boda.

Y no es que Ordell dudara de la felicidad de Eury; pero en aquel instante no se le ocurrió otra cosa.

- ¡Oooh! ¡Sí, muy feliz!

En aquel momento, Eury estaba tan emocionada como él. Pero la verdad de sus palabras se reflejaba en sus ojos y en su voz, maravillosos como alguna canción que Ordell podía haber compuesto e interpretado.

Desde luego, a Ordell no le permitirían marcharse, ni siquiera para su luna de miel, sin que interpretara al menos una canción.

- ¡Canta algo, Ordell! - gritó Hyman Bolf a través de la enorme mesa llena de invitados.

El famoso predicador de la multifé había llegado del sistema Yati para officiar en la ceremonia nupcial. Al aterrizar, su nave particular había sufrido una pequeña avería: la lámpara de hidrógeno había estallado, y el reverendo salió de la cabina

con los ojos irritados por el humo; pero, después de aquel mal presagio, todo había discurrido perfectamente durante el resto del día.

Otras voces se unieron inmediatamente a la petición.

- ¡Canta, Ordell!

- ¡Sí, tienes que cantar!

- Pero, se trata de mi propia boda, y no me encuentro en condiciones...

El griterío de los invitados apagó sus objeciones.

El hombre era músico, y en realidad se sentía tan feliz que pensó que podría estallar si no tenía ocasión de expresar su dicha. Se puso en pie, y uno de sus más fieles criados, que había previsto que Ordell cantaría, le entregó el instrumento que el propio Ordell había inventado. Dentro de una caja que Ordell podía colgarse al cuello como un acordeón, había un sistema de altavoz con numerosos registros accionados electrónicamente; sobre la lisa superficie de la caja había diez ranuras que se adaptaban exactamente a los diez dedos de Ordell. El la llamaba su «caja de música», por darle algún nombre. Los imitadores de Ordell tenían cajas de música de mayor tamaño y con más abundancia de registros; pero, sorprendentemente, pocas personas, incluso entre las muchachas de doce a veinte años, se molestaban en escuchar a los imitadores de Ordell.

De modo que Ordell Callison cantó en su propia boda, y su auditorio quedó fascinado por él, como siempre. Los críticos musicales más exigentes permanecían como extasiados en sus puestos de honor, en la cabecera de la mesa; los cultos y menos cultos ricachones de Zity, de Toxx y de Yati, algunos de los cuales habían llegado en sus naves de carreras particulares, y los huéspedes más vulgares, se sentían embriagados por la canción como por el mejor de los vinos. Y las adolescentes, las fans de Ordell que se apretujaban inevitablemente al otro lado de las puertas, se sentían poseídas por su música hasta el punto de desmayarse.

Un par de semanas después, Ordell, Eury y sus nuevos amigos de los últimos años, los años de éxito y de fácil riqueza, se encontraban en el espacio tripulando sus naves deportivas monoplazas jugando a lo que ellos llamaban «Tag». Esta vez, Ordell jugaba un poco a la inversa, eludiendo a las naves tripuladas por muchachas en vez de perseguirlas, de acuerdo con las reglas del juego.

Había estado buscando con la mirada la nave de Eury, experimentando cierta ansiedad al no descubrirla, cuando de repente surgió una nave tripulada por un muchacho con todas las señales de emergencia encendidas. Un minuto después todo el mundo había dejado de jugar. Las pantallas de todas las pequeñas naves reflejaron el rostro de Arty, el joven cuyo vehículo acababa de detenerse junto al de Ordell.

Arty estaba balbuciendo:

- Lo intenté Ordell...; no quería que ella sufriera algún daño...; se la han llevado...; no ha sido culpa mía...

Poco a poco, se aclaró la verdad de lo ocurrido. Arty había perseguido y alcanzado la nave de Eury, de acuerdo con las reglas del juego. Había unido su nave a la de Eury, subido a bordo de esta última y reclamado la recompensa habitual. Pero ahora Eury estaba casada; y estar casada significaba mucho para ella, lo mismo que para Ordell, que hoy se había dedicado a eludir a las muchachas. Los dos habían creído que todo el mundo se daría cuenta de que el mundo había cambiado desde que ellos se casaron.

Incapaz de convencer a Arty con argumentos verbales, Eury se había visto obligada a recurrir a la violencia para hacer valer sus derechos. Tratando de esquivar a Arty en la pequeña cabina, se había lastimado un pie. Arty insistió obstinadamente en reclamar su recompensa. Y sólo accedió a regresar a su propia nave en busca de un botiquín de primeros auxilios (Eury le juró que no llevaba botiquín a bordo) después de que ella le prometió que tendría lo que deseaba cuando volviera.

Pero cuando Arty estuvo en su nave, Eury puso en marcha su pequeño bólido y escapó. Y él la persiguió. La acorraló en un rincón, contra la frontera de la zona de seguridad, la cual estaba constantemente vigilada por naves de guerra automatizadas contra la posibilidad de incursiones de las frenéticas.

Para huir de Arty, Eury cruzó aquella frontera trazando una gran curva, sin duda pensando regresar a la zona de seguridad unas diez mil millas más allá.

Pero no regresó. Cuando su pequeño bólido volaba junto al borde exterior de la oscura Taynarus, la máquina frenética que había estado acechando allí saltó sobre él.

Desde luego, Ordell no oyó la historia en forma tan coherente, a medida que se desarrollaba el relato de los hechos; pero súbitamente su expresión se hizo salvaje y demencial. Arty se apartó, asustado, pero Ordell no le prestó la menor atención. Poniendo su bólido en marcha, voló a toda velocidad hacia el lugar por el cual había desaparecido su esposa. Cruzó la zona protegida por las patrullas (las cuales estaban instaladas para impedir la entrada a los intrusos, no para evitar que los locos salieran) y se adentró en una de las inmensas grietas que conducían al centro de Taynarus, en el laberinto donde naves y máquinas debían avanzar lentamente, y del que no había salido ningún humano viviente desde la fundación de Hell.

Unas horas más tarde, los centinelas exteriores de las frenéticas rodeaban su pequeña nave, exigiéndole la rendición con un lenguaje humano perfectamente aprendido. Ordell se limitó a aminorar la velocidad de su vehículo y empezó a cantar por el altavoz, apartando las manos de los controles de su nave para apoyar los dedos en las teclas de su caja de música. Sin gobierno, su nave se apartó del centro del pasillo navegable y fue a chocar contra la pared nebular, sufriendo las descargas de gas y de polvo de sus microcolisiones.

Pero antes de que el vehículo quedara destrozado, las frenéticas aullaron unas órdenes por radio y enviaron un grupo de máquinas al abordaje.

En los archivos de Hell figuraban algunos casos de locura, una de las formas más raras de comportamiento humano. Registraron el bólido en busca de armas, registraron a Ordell - permitiéndole conservar su caja de música después de haberla examinado minuciosamente - y le entregaron como prisionero a la jurisdicción de los guardianes interiores.

Hell, una masa de metal reforzado de varias millas de diámetro, recibió a Ordell y a su nave a través de su entrada principal. Ordell se apeó del bólido y descubrió que podía respirar, y andar, y ver por dónde andaba. El entorno físico de Hell era suave y agradable, debido a que los prisioneros no sobrevivan largo tiempo, por regla general, y las computadoras de las frenéticas no deseaban imponerles sufrimientos innecesarios.

Los aparatos encargados de controlar las operaciones rutinarias en Hell eran parcialmente orgánicos, conteniendo cerebros de cultivo desarrollados a propósito y también algunos cerebros capturados y reeducados. Todos ellos eran ejemplos

de los mejores logros de las frenéticas en sus intentos de desarrollar una cibernética al revés.

Antes de que Ordell diera una docena de pasos fue detenido e interrogado por uno de aquellos monstruos. Mezcla de acero y circuitos con carne de cultivo, llevaba en tres globos de cristal sus tres cerebros potencialmente humanos, con sus superficies demasiado lisas bañadas en elementos nutritivos y protegidas por una red de alambres tan finos como cabellos.

- ¿Por qué has venido aquí? - le preguntó el monstruo, hablando a través de un diafragma instalado en la parte central de su «cuerpo».

Sólo en aquel momento el plan de Ordell adquirió una forma concreta. Un plan basado en el conocimiento de que en los laboratorios humanos se utilizaba la música para ajustar los cerebros de cultivo, y de que su propia música era tan superior para aquel propósito como lo era en todos los otros sentidos.

Al monstruo de tres cabezas se limitó a cantarle que había venido aquí simplemente para ver a su joven esposa: un accidente la había conducido, antes de tiempo, al final de su vida. Luego siguió cantando, implorando al poder que gobernaba aquel reino de terror que le concediera la vida de Eury. «Si me niegas esto - cantó -, no podré regresar sólo al mundo de los vivientes y nos tendrás aquí a los dos.» La música, que no había significado nada para los guardianes exteriores, máquinas impasibles, afectó en cambio a los guardianes interiores en lo que tenían de humano. El monstruo de los tres cerebros entregó a Ordell a otros guardianes, y cada uno de ellos respondió a la armonía de aquella nueva forma de belleza, que además trascendía lógica de sus elementos matemáticos.

Ordell se adentró cada vez más profundamente en Hell, y los guardianes no pudieron resistir. Su música vibraba débilmente a través de los montajes de las cajas de glasita, era captada por atormentadas células nerviosas a través de los cambios de inductancia emanados rítmicamente de la caja de música de Ordell. Cerebros que sólo habían sabido trabajar hasta el límite de sus potencialidades en cálculos inútiles... Cerebros que habían sido enloquecidos por el goteo de un milimicrovoltímetro introducido en una probeta... Todos oyeron su música, todos la «sintieron», cada uno de ellos con su propia capacidad de percepción.

Y todos reaccionaron.

Centenares de experimentos quedaron interrumpidos, cuando no definitivamente fallidos. Los supervisores, también ellos semicarnales, se desviaron del objetivo que tenían programado para llegar a la decisión de que la petición del prisionero era razonable y debía ser atendida.

El Control Supremo, pura computadora frenética, puro metal frío, completamente inmune a la extraña descentralización que se estaba produciendo en su laboratorio, descendió finalmente de su concentración sobre elevados planeamientos estratégicos para investigar. Y luego conectó de golpe toda su energía para recuperar el control sobre lo que estaba sucediendo en el corazón de Hell. Pero lo intentó en vano, al menos de momento. Había concedido demasiado poder a sus creaciones semivivientes; había confiado demasiado en sus propias posibilidades de condicionar al protoplasma, una materia tan versátil.

Ordell estaba de pie, debajo mismo de la computadora jefe, ante los dos cerebros potencialmente humanos que eran los superintendentes de Hell. Aquellos dos cerebros, al igual que todos los de categoría inferior, habían sido afectados por la música de Ordell; y ahora luchaban con todas las energías a su cargo contra la tentativa de su jefe de reafirmar su dominio. Levantaron relés

magnéticos como fortalezas contra la computadora; lucharon para establecer una frontera a través del territorio de control.

- Puedes llevarte a tu esposa - dijo el portavoz de aquellos supervisores rebeldes, dirigiéndose a Ordell -. Pero no dejes de cantar, no te interrumpas para respirar durante más de un segundo hasta que estés a bordo de tu nave, lejos de las verjas más exteriores de Hell.

Ordell cantó, cantó su nueva alegría y la maravillosa esperanza que le estaban infundiendo.

Detrás de él se abrió una puerta, y se volvió para ver a Eury cruzándola. Cojeaba a causa de su lastimado pie, que no había recibido ninguna atención, pero Ordell pudo darse cuenta de que se encontraba realmente bien. Las máquinas no habían empezado aún a abrir su cabeza.

- ¡No os detengáis! - ladró el supervisor -. ¡Adelante!

Eury gimió al ver a su marido y extendió sus brazos hacia él, pero Ordell sólo se atrevió a dirigirle un gesto con la cabeza para darle a entender que debía seguirle, sin dejar de cantar. Su canción era ahora un himno triunfal. Echó a andar a lo largo del angosto pasillo por el cual había llegado, avanzando en una dirección que hasta entonces nadie había seguido. El camino era tan estrecho que tuvo que mantenerse en cabeza mientras Eury le seguía. Tenía que evitar incluso el volver la cabeza para mirar a su esposa, a fin de poder concentrar el poder de su música sobre cada uno de los guardianes que surgían delante de él, semivivientes e inquisitivos; y cada uno de ellos abría otra puerta. Y Ordell podía oír detrás de él los sollozos de su esposa y sus pasos vacilantes a causa del lastimado pie.

- ¡Ordell! ¡Ordell, cariño! ¿De veras eres tú? No puedo creerlo.

Delante de ellos, el último peligro, el centinela de tres cerebros de la verja exterior, se irguió para bloquear su camino, de acuerdo con su programa de evitar las fugas. Ordell cantó a la libertad de vivir en un cuerpo humano, al placer de correr sobre un césped bañado por el sol. El guardián se apartó a un lado para dejarles pasar.

- ¡Cariño! ¡Vuélvete y mírame! ¡Dime que esto no es un truco de las frenéticas! ¡Por favor, cariño! Si me amas, vuélvete...

Volviéndose, Ordell vio a Eury claramente por primera vez desde que había entrado en Hell. Y el espectáculo de su belleza fue tan maravilloso que detuvo al tiempo, detuvo incluso a la canción en su garganta y a sus dedos sobre el teclado de la caja de música. Una momentánea interrupción de la extraña influencia que había pervertido a todos sus subordinados era lo único que el Control Supremo necesitaba para imponer de nuevo su dominio. El guardián de los tres cerebros arrancó a Eury de brazos de su marido y se la llevó a través de la oscuridad, con tanta rapidez que el último grito de despedida apenas alcanzó los oídos del hombre.

- Adiós... amor mío...

Ordell gritó y echó a correr detrás de ella, aporreando inútilmente una pesada puerta que se cerró ante su rostro. Permaneció pegado a la puerta largo rato, gritando y suplicando que le concedieran otra oportunidad para llevarse a su esposa. Volvió a cantar, pero el Control Supremo había previsto aquella posibilidad. Lo único que consiguió fue que los supervisores, si bien habían dejado de obedecerle, no le molestaran y le dejaran el camino franco para la huida.

Ordell vagó durante varios días alrededor de la verja, en su pequeña nave y fuera de ella, sin comer ni dormir, cantando inútilmente hasta que perdió la voz. Entonces se desmayó en el interior de su nave. Luego, él mismo, o tal vez su piloto automático, condujo a la nave hacia la libertad.

Las defensas de las frenéticas no se preocuparon por aquella pequeña nave que salía de Hell. Probablemente creyeron que se trataba de una de sus propias naves de exploración. Nadie había escapado nunca de Hell.

Al llegar al planeta Zity, sus representantes le acogieron como a un resucitado de entre los muertos. Al cabo de unos días tenía que dar un concierto, en una actuación programada desde hacía algún tiempo y para la cual se habían vendido ya todas las localidades. Un día más, y los promotores hubieran tenido que empezar a devolver el dinero.

Ordell no colaboró con los médicos que trabajaban para restablecer sus energías, pero tampoco se enfrentó con ellos. En cuanto recuperó la voz, empezó a cantar de nuevo; se pasaba la mayor parte del tiempo cantando, excepto cuando le drogaban para que durmiera. Y no le importó que le subieran a un escenario para cantar.

El local había sido invadido por diez mil adolescentes, más excitadas que nunca por la milagrosa reaparición de Ordell y por su aspecto fantasmal.

Durante las primeras canciones las muchachas permanecieron relativamente silenciosas, lo bastante silenciosas como para que pudiera oírse la voz de Ordell.

Luego... Bueno, una muchacha de entre las diez mil gritó en voz alta:

- ¡Vuelve a ser nuestro!

Y aquellas cuatro palabras expresaron hasta qué punto se habían sentido defraudadas por su boda.

Envolviéndolas a todas en una mirada indiferente y casual, Ordell sonrió, en contra de su costumbre, y empezó a cantar lo mucho que las odiaba y aborrecía, viendo en ellas únicamente una irremediable fealdad.

Durante unos instantes, las corrientes de emoción en el inmenso local se equilibraron mutuamente para producir una impresión de calma. La voz de Ordell era clara. Pero luego estalló la tormenta de reacción, y ya no pudo ser oída. Los empleados, expertos en formar una barricada cuando actuaba Callison, fueron literalmente barridos por diez mil arpías enfurecidas, impulsadas por el odio y por el resentimiento.

La intervención de la policía apagó rápidamente el tumulto. Pero Ordell estaba ya casi muerto. La ayuda médica sólo llegó a tiempo de salvar la vida en los tejidos de su cerebro.

Al día siguiente, los médicos de Ordell llamaron al psicólogo cibernético a consulta. Estaban salvando lo que quedaba de la vida de Ordell Callison, pero no habían sido capaces de establecer un puente de comunicación con él.

Ercul, el psicólogo, hundió unas sondas directamente en el cerebro de Ordell, a fin de obtener aquella información. A continuación conectó los centros del lenguaje con un aparato cargado con registros de la propia voz de Ordell, de modo que las tonalidades que surgieran fuesen las mismas que en otro tiempo habían brotado de su garganta. Y - en respuesta a la primera petición del paciente - los centros motrices que a habían controlado los dedos de Ordell fueron conectados por medio de sondas a una caja de música.

Inmediatamente después de eso, Ordell empezó a cantar.

Le llevaron al espaciopuerto. Con su sistema de tubos y conexiones eléctricas, le colocaron a bordo de su nave de carreras. Y con el piloto automático

programado de acuerdo con sus instrucciones, le hicieron despegar, disparado a lo largo de la ruta que él mismo había escogido.

Ercul reconoció a Ordell y a Eury cuando los descubrió, juntos, en la misma caja experimental. Antes de que los electroencefalogramas se revelaran coincidentes con los que figuraban en sus archivos, el psicólogo reconoció su propio trabajo sobre el cerebro del cantante.

Lo que quedaba de ellos era muy poco.

- Sensaciones dolorosas sólo dos puntos por encima del nivel normal - cantó el ayudante del psicólogo, leyendo los datos rutinarios, sin sospechar la clase de dolor que estaba intentando juzgar -. Ninguno de los dos parece estar sufriendo. De momento, por lo menos.

Con una mano temblorosa, Ercul levantó su sello y marcó la caja.

Certifico que este envase no contiene vida humana.

El ayudante levantó la mirada, levemente sorprendido por aquella rápida decisión.

- Me atrevería a asegurar que entre esos dos sujetos existe algo de mutua comprensión. Como si se hubiesen conocido muy a fondo.

Su voz tenía un tono estrictamente profesional, casi alegre. Llevaba mucho tiempo dedicado a esta tarea y estaba empezando a acostumbrarse a ella.

Pero Ercul no se acostumbraría nunca.

FIN

Larry Niven - **SERIE CONVERGENTE**

Fue una chica de mi clase de antropología la que me interesó en la magia. Su nombre era Ann y se consideraba una bruja blanca, aunque jamás la vi hacer un encantamiento eficaz. Perdió interés por mí y se casó con alguien, y en ese momento yo también perdí interés por ella; pero para entonces la magia era ya el tema de mi tesis de antropología. No lo podía abandonar, ni quería hacerlo. La magia me fascinaba.

Faltaba un mes para entregar la tesis. Tenía unas cien páginas de notas sobre magia primitiva, medieval, oriental y moderna. La magia moderna significaba ingenios psionicos y cosas por el estilo. ¿Saben que ciertas tribus africanas no creen en la muerte natural? Para ellas, toda muerte se debe a la brujería, y en cada caso se debe encontrar a la bruja y matarla. Algunas de esas tribus se están extinguiendo debido a la cantidad de juicios y ejecuciones por brujería. En la Europa medieval la situación era casi igual de mala, pero se detuvieron a tiempo. Ensayé diversos modos de conjurar demonios cristianos y de los otros, por puro espíritu científico, y le eché una maldición taoísta al Profesor Pauling. No funcionó. La señora Miller me dejaba usar el sótano de la casa de apartamentos para mis experiencias.

Notas tenía, pero por alguna razón la tesis no avanzaba. Yo sabía por qué. A pesar de todo lo que había aprendido, no tenía nada original que decir a propósito de nada. Eso no habría sido óbice para otros (recuerden a aquel que contó todas las íes de Robinson Crusoe) pero para mí sí. Hasta que un jueves por la noche...

Las ideas más condenadas se me ocurren en los bares. Esta era una belleza. El camarero se quedó con mi bebida intacta como propina. Me fui derecho a casa y escribí durante cuatro horas de un tirón. Eran las doce menos diez cuando lo dejé, pero ya tenía un bosquejo completo de mi tesis, basado sobre una idea auténticamente novedosa en la brujería cristiana. Todo lo que necesitaba era un gancho de donde colgar mis conocimientos. Me levanté y me desperecé...

Y supe que tenía que ensayarlo.

Todo mi equipo estaba en el sótano de la señora Miller, la mayor parte ya dispuesto. Había dejado un pentagrama en el suelo hacía dos noches. Lo borré con un trapo húmedo, que había servido de estropajo, envuelto alrededor de un bloque de madera.

Ropa, velas especiales, listas de encantamientos, pentagrama nuevo... Trabajé en silencio para no despertar a nadie. La señora Miller me veía con simpatía; tenía tal sentido del humor que trescientos años antes la habrían quemado en la hoguera. Pero los otros residentes necesitaban dormir. Empecé los encantamientos exactamente a medianoche.

Catorce minutos después recibí el susto de mi vida. De pronto apareció un demonio espatarrado en el pentagrama, con las manos, los pies y la cabeza ocupando las cinco puntas de la figura.

Me di la vuelta y eché a correr.

- ¡Vuelve aquí! - rugió.

Me paré a mitad de la escalera, me volví y bajé. No podía dejar a un demonio atrapado en el sótano de la casa de la señora Miller. Con esa voz de bajo profundo amplificadas despertaría a toda la manzana.

Me observó bajar lentamente las escaleras. Si no hubiera sido por los cuernos, podría haber parecido un hombre desnudo, de edad mediana, afeitado y pintado de rojo brillante. Pero si hubiera sido humano no les habría gustado conocerle. Parecía hecho para los Siete Pecados Capitales. Avariciosos ojos verdes. Una barriga como un tanque para la gula. Los músculos blandos y flácidos por la pereza. Una cara de disipación que parecía permanentemente airada. Lujurioso... dejémoslo. Los cuernos eran pequeños, puntiagudos y relucientes.

Esperó a que llegara abajo.

- Así está mejor. ¿Qué os pasaba? Hace por lo menos un siglo que nadie conjuraba a un demonio.

- Se habían olvidado del método - le dije -. Hoy en día todos creen que hay que dibujar el pentagrama en el suelo.

- ¿En el suelo? ¿Esperan que me presente echado de espaldas? - Tenía la voz pastosa de rabia.

Me estremecí. Mi brillantísima idea. Un pentagrama era una prisión para demonios. ¿Por qué? Había pensado en las cinco puntas del pentagrama, y los cinco puntos de un hombre abierto de brazos y piernas...

- ¿Y bien?

- Lo se, no tiene sentido. ¿Quiere irse, por favor?

Se me quedó mirando.

- Habéis olvidado mucho.

Lenta y pacientemente, como a un niño, empezó a explicarme lo que implicaba conjurar un demonio.

Yo escuchaba. El miedo y una enfermiza sensación de desesperanza fueron creciendo hasta que las paredes de cemento parecieron borrarse.

- Mi alma inmortal está en peligro...

Era algo que no había considerado, salvo teóricamente. Ahora era mucho peor. Por oír hablar al demonio, mi alma ya estaba condenada. La había perdido en el momento en que usé el encantamiento correcto. Traté de ocultar mi temor, pero era inútil. Con aquellas enormes narices tenía que olerlo.

Terminó y sonrió, como esperando comentarios.

- Repitámoslo - dije -. Me concede un solo deseo.

- Correcto.

- Si a usted no le gusta ese deseo, debo elegir otro.

- Correcto

- No parece justo.

- ¿Quién habló de justicia?

- Ni tradicional. ¿Por qué nadie ha oído hablar de estos tratos?

- Es el trato corriente, Jack. A algunos se les daba algo mejor. Los otros no tenían tiempo de hablar a causa de la cláusula esa de las veinticuatro horas. Si hubieran escrito algo, nosotros lo habríamos cambiado. Tenemos poder sobre los escritos que nos mencionan.

- Esa cláusula de las veinticuatro horas. Si no satisfago mi deseo en ese lapso, usted deja el pentagrama y se lleva mi alma de todos modos.

- Así es.

- Y si uso el deseo, tiene que permanecer en el pentagrama hasta que mi deseo sea concedido o hasta que pasen las veinticuatro horas. Entonces se teleporta al Infierno para informar y vuelve a por mí inmediatamente, reapareciendo en el pentagrama.

- Supongo que teleportar es un término correcto. Me desvanezco y reaparezco.
¿Se te está ocurriendo alguna idea brillante?

- ¿Cómo qué?

- Te lo pondré fácil. Si borras el pentagrama puedo aparecer en cualquier parte. Puedes borrarlo y dibujarlo otra vez en algún otro lugar, y aún tengo que aparecer dentro de él.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua. Me la tragué e hice otra.

- ¿Y si deseara la inmortalidad?

- Serías inmortal por el resto de las veinticuatro horas. - Sonrió. Los dientes eran negros como el carbón -. Es mejor que te des prisa. El tiempo es corto.

Tiempo, pensé. De acuerdo. Todo o nada.

- Este es mi deseo. Haz que el tiempo no pase fuera de mí.

- Fácil. Mira tu reloj.

No quería quitarle la vista de encima, pero no hizo más que mostrar otra vez los dientes negros. De modo que miré.

Había una marca roja frente al minuterero de mi Rolex y una marca negra frente a la aguja horaria.

Cuando levanté la vista el demonio seguía ahí, espatarrado contra la pared, con su sonrisa socarrona. Me moví a su alrededor, agité la mano ante su cara. Al tocarlo parecía de mármol. El tiempo se había detenido, pero el demonio permanecía. Me sentía mareado de alivio.

El segundero de mi reloj se movía. Era lo que había esperado. El tiempo se había detenido para mí, durante veinticuatro horas de tiempo interior. De haber sido exterior yo me habría salvado, pero por supuesto eso era demasiado fácil. Me había metido en el jaleo pensando. Debería poder salir de él pensando, ¿no? Borré el pentagrama de la pared, restregando hasta hacer desaparecer todo vestigio. Entonces dibujé uno nuevo, usando una cinta de metal flexible para que las líneas fueran lo más rectas posible, haciéndolo tan grande como pude en el reducido espacio de que disponía. Aún así no tenía más de sesenta centímetros de ancho.

Abandoné el sótano.

Sabía donde estaban las iglesias más cercanas, aunque hacía mucho que no visitaba ninguna. Mi coche no arrancó. La motocicleta de mi compañero de cuarto tampoco. El encantamiento que me rodeaba no era suficientemente grande. Caminé hasta un templo mormón a tres manzanas de distancia.

La noche era fresca, perfumada y encantadora. Las luces de la ciudad no dejaban ver las estrellas, pero había una fina luna sobre el solar baldío donde debía haber estado el templo.

Caminé otras ocho manzanas para encontrar la sinagoga B'nai B'rith y la Iglesia de Todos los Santos. Todo lo que saqué fue ejercicio. Encontré solares vacíos. Para mí, los lugares de culto no existían.

Recé. No creía que sirviera de mucho, pero recé. Si no me oyeron, ¿fue porque no tenía fe en que lo hicieran? Pero estaba empezando a creer que el demonio había pensado en todo, hacía muchísimo tiempo.

Lo que hice durante aquella larga noche no tiene importancia. Ni siquiera la tuvo para mí. ¿Veinticuatro horas contra la eternidad? Escribí un borrador rápido sobre mi experimento de llamamiento de demonios y lo rompí. Los demonios lo modificarían. Lo que significaba que mi tesis se había ido al cuerno, pasara lo que pasase. Llevé un perro rígido pero real a la sala del Profesor Pauling y lo deposité sobre su escritorio. El viejo tirano se llevaría una sorpresa cuando mirara. Pero

pasé la mayor parte de la noche fuera, caminando, echando mis últimas miradas al mundo. Me senté en un coche de policía y encendí la sirena, lo pensé mejor y la apagué. Dos veces entré en restaurantes y me comí lo que alguien había pedido, dejando dinero que no iba a necesitar con notas que decían: «La Sombra ataca».

La aguja horaria había dado dos vueltas. Volví al sótano a las doce y diez, con el minuterero a cinco minutos de la hecatombe.

La aguja parecía pintada en la esfera mientras esperaba. Mis velas habían dejado en el sótano un olor peculiar, un olor con algo de tufo demoníaco y algo de hedor de miedo. El demonio estaba contra la pared, ya sin pentagrama, atrapado en medio de un amplio salto triunfal.

Se me ocurrió algo espantoso.

¿Por qué había creído al demonio? Todo lo que había dicho podía haber sido mentira. ¡Y probablemente lo era! ¡Me había inducido a aceptar un regalo del diablo! Me quedé pensando a toda máquina; había aceptado el regalo, pero...

El demonio miró a los costados y sonrió más ampliamente cuando vio que las líneas de tiza ya no estaban. Me hizo un gesto y dijo:

- Vuelvo en un relámpago - y desapareció.

Esperé. Me había metido en esto pensando, pero...

Una alegre voz de bajo habló desde el aire.

- Sabía que cambiarías el pentagrama. Lo hiciste demasiado pequeño para mí, ¿verdad? Tss, tss. ¿No adivinaste que cambiaría de tamaño?

Se oyeron unos murmullos y apareció un brillo en el aire.

- Sé que está aquí, en alguna parte. Lo siento. Ah.

Estaba de vuelta, en la misma posición que antes, de sesenta centímetros de alto y a noventa del suelo. Su negra mueca socarrona desapareció cuando vio que el pentagrama no estaba. Entonces se hizo de quince centímetros de alto, con los ojos saltones por la sorpresa, chillando con voz de contralto.

- ¿Dónde diablos está...

Era un brillante soldadito rojo de cinco centímetros.

- ...el pentagrama?

Yo había vencido. Al día siguiente iría a una iglesia. Si era necesario, haría que alguien me llevase con los ojos cerrados.

Era una estrellita roja.

Nada.

Es curioso lo pronto que te puedes hacer religioso. Que te diga un demonio que estás condenado... ¿Podría entrar de verdad en una iglesia? Estaba seguro de que sí. Había llegado hasta ahí; había sido más listo que un demonio.

En algún momento miraría hacia abajo y vería el pentagrama. Una parte estaba bien a la vista. Pero no le serviría de ayuda. Abierto de brazos y piernas como estaba, no podría alcanzar a borrarlo. Estaba atrapado por la eternidad, encogiéndose hasta lo infinitesimal pero destinado a no alcanzarlo nunca, tratando eternamente de aparecer dentro de un pentagrama que siempre le quedaba pequeño.

Lo había dibujado sobre su prominente barriga.

FIN

Philip K. Dick - LA SEGUNDA VARIEDAD

El soldado ruso subía nervioso la ladera, con el fusil preparado. Miró a su alrededor, se lamió los secos labios. De vez en cuando se llevaba una enguantada mano al cuello y se enjugaba el sudor y se abría el cuello de la guerrera.

Eric se volvió al cabo Leone.

- ¿Lo quieres tú? ¿O lo mato yo? - ajustó el punto de mira de modo que la cara del ruso quedase encuadrada en la lente cortada por las líneas del blanco.

Leone lo pensó. El ruso estaba cerca, se movía con rapidez, casi corriendo.

- No dispaes. Espera. No creo que sea necesario.

El ruso incremento su velocidad, pateando cenizas y montones de escombros a su paso. Llegó a la cima de la ladera y se detuvo, jadeando, y miró a su alrededor. Había un cielo plomizo de móviles nubes de partículas grises. Brotaban de tanto en tanto troncos de árboles; el suelo pelado y desnudo, lleno de desperdicios y de ruinas de edificios surgiendo de cuando en cuando como amarilleantes cráneos.

El ruso estaba inquieto. Sabía que algo iba mal. Miró colina abajo. Estaba ya a sólo unos pasos del bunker. Eric estaba poniéndose nervioso. Jugaba con su pistola, mirando a Leone.

- No te preocupes - dijo Leone. No llegará aquí. Ellos se encargarán de él.

- ¿Estás seguro? Ha llegado muy lejos.

- Ellos andan alrededor del bunker. Está entrando por mal sitio. ¡Prepárate!

El ruso comenzó a correr colina abajo, hundiendo sus botas en los montones de ceniza gris e intentando mantener el fusil en alto. Se detuvo un momento, y se puso las gafas de campo.

- Está mirando directamente hacia nosotros - dijo Eric.

El ruso siguió avanzando. Podían ver sus ojos, como dos piedras azules. Llevaba la boca un poco abierta. Necesitaba un afeitado; en una de sus huesudas mejillas llevaba un esparadrapo, con una mancha azul en los bordes. Un punto fungoidal. Tenía la guerrera sucia y rota. Le faltaba un guante.

Leone tocó el brazo de Eric:

- Aquí llega.

Algo pequeño y metálico, cruzó el suelo relampagueando bajo la parda luz del mediodía. Una esfera metálica. Subió colina arriba hacia el ruso, dejando una estela. Era pequeña, una de las pequeñas. Llegaba los garfios fuera, dos cuchillas que se proyectaban de su masa y giraban en un torbellino de acero blanco. El ruso la oyó. Se volvió instantáneamente e hizo fuego. La esfera se disolvió en partículas. Pero ya una segunda había surgido y seguía a la primera. El ruso volvió a disparar.

Una tercera esfera saltó sobre una pierna del ruso, girando y batiendo. Subió hasta el hombro. Las girantes cuchillas desaparecieron en el cuello del ruso.

Eric se tranquilizó.

- Bueno, se acabó. Dios mío, esas malditas cosas me ponen los pelos de punta. A veces pienso que estábamos mejor antes.

- Si no las hubiésemos inventado, lo habrían hecho ellos - dijo Leone, encendiendo tembloroso un cigarrillo. Me pregunto por qué vendría hasta aquí ese ruso solo. No veo a nadie que le cubra.

El teniente Scott entraba por el túnel del bunker.

- ¿Qué pasó? Algo entró en la pantalla.

- Un Ivan.

- ¿Uno sólo?

Eric hizo girar la pantalla de visión. Scott miró por ella. Había ahora numerosas esferas de metal rasgando el cuerpo inerte, hoscas globos de metal que giraban y batían serrando al ruso en pequeños trozos que se llevaban.

- Qué puñado de garras - murmuró Scott.

- Vienen como moscas. No tienen mucha caza últimamente.

Scott desvió la pantalla con repugnancia.

- Como moscas. Me pregunto por qué llegaría ese ruso hasta aquí. Saben que tenemos garras por todas partes.

Un gran robot se había unido a las esferas más pequeñas. Estaba dirigiendo las operaciones, y era un largo tubo con proyecciones oculares. No quedaba mucho del soldado. Lo que quedaba iban llevándose ladera abajo las garras.

- Señor - dijo Leone -. Si no tiene inconveniente me gustaría salir y echarle una ojeada.

- ¿Por qué?

- Puede que trajera algo.

Scott lo consideró. Se encogió de hombros.

Está bien. Pero cuidado.

- Tengo mi tab - Leone indicó la banda de metal que llevaba a la cintura -. No tendré problemas.

Cogió su fusil y subió cuidadosamente hasta la boca del bunker, abriéndose camino entre bloques de hormigón y tensores de acero, retorcidos y doblados. El aire era frío arriba. Cruzó hacia los restos del soldado, caminando sobre la suave ceniza. Sopló una ráfaga y alzó su rostro un remolino de grises partículas. Cerró los ojos y siguió.

Las garras retrocedieron al acercarse él, reduciéndose algunas a la inmovilidad. Tocó su tab. ¡Cuánto habría dado por él el Ivan! Las radiaciones cortas que emitía el tab neutralizaban las garras, y hasta el gran robot retrocedió respetuoso al aproximarse. Se inclinó sobre los restos del soldado. La mano enguantada estaba cerrada con fuerza. Tenía algo dentro. Leone separó los dedos. Un recipiente sellado, de aluminio. Aun brillante.

Se lo metió en la bolsa y volvió al bunker. Tras él las garras volvieron a la vida. Se reinició la procesión, esferas metálicas cruzando la gris ceniza con sus cargamentos. Podía oír el rumor de su roce en el suelo. Se estremeció.

Scott se interesó mucho por el tubo.

- ¿Tenía esto?

- En la mano - Leone desenroscó la tapa -. Quizá debiera echarle un vistazo, señor

Scott lo tomó. Vacío el contenido en la palma de la mano. Un pedacito de papel de seda cuidadosamente doblado. Se sentó junto a la luz y lo desdobló.

- ¿Qué dice, señor? - Preguntó Eric mientras subían por el túnel varios oficiales. Apareció el mayor Hendricks.

- Mayor - dijo Scott -. Mire esto.

Hendricks leyó el papel.

- ¿Vino sólo esto?

- Venía un solo hombre. Ahora mismo.

- ¿Dónde está? - Preguntó con voz viva Hendricks.

- Las garras le cogieron.

El mayor Hendricks lanzó un gruñido.

- Mira - se lo pasó a su compañero -. Creo que esto era lo que estábamos esperando. Desde luego se tomaron su tiempo.

- Así que quieren condiciones de paz - dijo Scott -. ¿Vamos a aceptarlo?

- Eso no hemos de decidirlo nosotros. - Hendricks se sentó. ¿Dónde está el oficial de comunicaciones? Quiero que me ponga con la base lunar.

Leone meditó mientras el oficial de comunicaciones alzaba cauteloso la antena exterior, escrutando el cielo sobre el bunker para ver si había rastros de una nave rusa de observación.

- Señor - dijo Scott a Hendricks -. Es bastante extraño que aparezcan de pronto. Llevamos utilizando las garras casi un año. Ahora de repente empiezan a ceder.

- Quizá las garras hayan conseguido entrar en sus búnkers.

- Una de las garras, de las que clavan, entró en un bunker ruso la semana pasada - dijo Eric -. Liquidó a todo un pelotón antes de que consiguieran echarla.

- ¿Cómo lo sabes?

- Me lo dijo un tipo. La garra volvió con... con restos.

- Base lunar, señor - dijo el oficial de comunicación.

Apareció en la pantalla la cara del monitor lunar. Su pulcro uniforme contrastaba con los uniformes del bunker. Y estaba perfectamente afeitado.

- Base lunar.

- Aquí es el comando L-Whistle. En tierra. Quiero hablar con el general Thompson.

Desapareció el monitor. Aparecieron en la pantalla los toscos rasgos del general Thompson.

- ¿Qué pasa, mayor?

- Nuestras garras cogieron a un soldado ruso con un mensaje. No sabemos qué hacer... ha habido trampas como esta en el pasado.

- ¿Qué dice el mensaje?

- Los rusos quieren que enviemos a un solo oficial a nivel político. Para una conferencia. No especifican el carácter de la conferencia. Dicen que cuestiones de... - consultó el papel -... cuestiones de grave urgencia hacen aconsejable que se inicien conversaciones entre un representante de las fuerzas de las Naciones Unidas y ellos.

Alzó el mensaje ante la pantalla para que el general lo examinara.

- ¿Qué debemos hacer? - Preguntó Hendricks.

- Manden un hombre fuera.

- ¿No cree que sea una trampa?

- Podría serlo. Pero el emplazamiento que nos dan de su comando es correcto.

De cualquier modo merece la pena probar.

- Enviaré a un oficial. Y le tendré informado a usted en cuanto regrese.

- De acuerdo, mayor. - Thompson interrumpió el contacto. Se apagó la pantalla.

La antena exterior volvió a ocultarse.

Hendricks enrolló el papel, muy pensativo.

- Iré yo - dijo Leone.

- Quieren a alguien a nivel político. - Hendricks se rascó la barbilla -. Nivel político. Llevo meses sin salir. Puede que me haga bien un poco de aire.

- ¿No cree que es un poco arriesgado?

Hendricks alzó la pantalla visual y miró por ella. Habían desaparecido los restos del ruso. No se veía más que una garra. Estaba plegada y se hundía en la ceniza como un cangrejo. Como un horrible cangrejo de metal...

- Eso es lo único que me inquieta - dijo Hendricks -. Sé que estoy seguro mientras tenga esto conmigo. Pero de todos modos me ponen los pelos de punta. Las odio. Me gustaría que no las hubiésemos inventado nunca. Hay en ellas algo maligno.

- Si no las hubiésemos inventado nosotros, los ivanes lo habrían hecho.

Hendricks apartó la pantalla.

- De cualquier modo, parecen estar ganando la guerra esas malditas. Supongo que esto es bueno.

- Lo dice como si estuviese del mismo lado que los ivanes.

Hendricks miró su reloj de pulsera.

- Creo que es mejor que me dé prisa si es que quiero volver antes de que anochezca.

Respiró profundamente y luego salió a aquel suelo sucio y gris. Tras un minuto, encendió un cigarrillo y miró a su alrededor. Era un paisaje muerto. Nada se movía. Podía ver kilómetros y kilómetros, una interminable extensión de cenizas y escombros, y ruinas de edificios. Unos cuantos árboles sin hojas ni ramas, con sólo los troncos. Sobre él rodaban las eternas nubes grises, que separaban la tierra del sol.

El mayor Hendricks siguió caminando. Distinguió algo a la derecha, algo redondo y metálico. Una garra que perseguía algo. Probablemente algún animal pequeño, una rata. También atacaban a las ratas. Como una especie de extra.

Llegó a la cima del montículo y miró por los prismáticos. Las líneas rusas estaban a unos cuantos kilómetros frente a él. Y había un puesto de mando adelantado en ellas. De allí procedía el soldado que había traído el mensaje.

Pasó junto a él un cuadrado robot de brazos ondulantes, moviendo sus brazos, inquisitivo. El robot siguió su camino, desapareciendo bajo unos escombros. Hendricks lo contempló. Nunca había visto robots como aquél. Cada vez aparecían nuevos tipos, nuevas variedades y tamaños de robots de las fábricas subterráneas.

Hendricks tiró su cigarrillo y se apresuró. Era interesante la utilización de formas artificiales en la guerra. ¿Cómo había empezado? Por pura necesidad. La Unión Soviética había obtenido un gran éxito inicial, como suelen obtenerlo los que inician la guerra. La mayor parte de Norteamérica quedó borrada del mapa. Pronto hubo una respuesta, desde luego. El cielo se llenó de disco-bombarderos mucho antes de que empezase la guerra. Llevaban allí años. Los discos comenzaron a caer por toda Rusia a las pocas horas del bombardeo de Washington.

Pero esto poco ayudó a Washington.

Los gobiernos del bloque americano se trasladaron a la base lunar el primer año. Era inevitable. Europa había desaparecido; era un montón de escombros con oscuros matorrales que brotaban de cenizas y huesos. La mayor parte de Norteamérica era inhabitable, no podía plantarse nada, nada podía vivir. Unos cuantos millones fueron hacia Canadá y hacia Sudamérica. Pero durante el segundo año empezaron a caer paracaidistas soviéticos, pocos al principio, y luego más y más. Llevaban el primer equipo antirradiación realmente eficaz; lo que quedaba de la producción norteamericana se trasladó a la luna junto con los gobiernos.

Todo salvo la tropa. La tropa que quedaba permanecía allí sobreviviendo a duras penas, y muy esparcida. Nadie sabía exactamente dónde se encontraba; se asentaban donde podían, vagando durante la noche, ocultándose en ruinas, en alcantarillas, en sótanos, con ratas y serpientes. Parecía que la Unión Soviética tenía casi ganada la guerra. Salvo un puñado de proyectiles que se disparaban desde la luna diariamente, apenas si se utilizaban armas contra ellos. Iban y venían a su antojo. A efectos prácticos la guerra había terminado. Nada eficaz se les oponía.

Y entonces aparecieron las primeras garras. Y la suerte de la guerra cambió en quince días.

Las garras eran torpes al principio. Lentas. Los ivanes las liquidaban casi en cuanto entraban en sus túneles subterráneos. Pero luego fueron haciéndolo mejor, más deprisa y con mayor astucia. Las fábricas de toda la tierra las fabricaban. Fábricas en su mayoría subterráneas, detrás de las líneas soviéticas. Fábricas que habían hecho antes proyectiles atómicos, ya casi olvidados.

Las garras se hicieron más rápidas y se hicieron mayores. Aparecieron nuevos tipos, unas con sensores, otras que volaban. Había unos cuantos tipos de garras saltadoras. Los mejores técnicos de la luna trabajaban en ello haciéndolas cada vez más complicadas y flexibles. Los rusos empezaron a tener graves problemas con ellas. Algunas de las garras pequeñas aprendían a ocultarse, enterrándose entre la ceniza y esperar.

Y luego empezaron a entrar en los búnkers rusos, deslizándose dentro cuando levantaban las compuertas para la entrada de aire o para echar un vistazo afuera.

Una garra dentro de un bunker, una esfera giratoria de metal y cuchillas, era suficiente. Y cuando entraba una la seguían otras. Con un arma como aquella, la guerra no podía prolongarse mucho.

Quizá hubiese terminado ya.

Quizá fuese a oír aquella noticia. Quizás el Politburó hubiese decidido tirar la toalla. Lástima que hubiesen tardado tanto. Seis años. Mucho tiempo para una guerra como aquella, tal como la habían desarrollado. Los discos de represalia automática, cayendo por toda Rusia a centenares de miles. Cristales bacteriológicos. Los proyectiles dirigidos soviéticos, silbando en el aire. Las bombas en cadena. Y ahora esto, los robots, las garras...

Las garras no eran como las otras armas. Prácticamente estaban vivas, quisiese o no admitirlo el gobierno. No eran máquinas. Eran cosas vivas que giraban y reptaban y se alzaban bruscamente de la ceniza gris y se lanzaban hacia un hombre y escalaban por él buscando su cuello. Para eso estaban diseñadas. Era su trabajo.

Hacían bien su trabajo. Sobre todo últimamente, los nuevos diseños. Se reparaban a sí mismas. Eran completamente autónomas. Los tabs de radiación protegían a las tropas de la ONU, pero si un hombre perdía su tab las garras lo cazaban sin que les importase el uniforme. Bajo la superficie, la maquinaria automática iba fabricándolas. Hacía tiempo que los seres humanos estaban al margen. El riesgo era excesivo; nadie quería estar con ellas. Se las dejó abandonadas. Y parecían arreglárselas muy bien. Los nuevos diseños eran más rápidos, más complejos. Más eficaces.

Al parecer habían ganado la guerra.

El mayor Hendricks encendió un segundo cigarrillo. Le deprimía el paisaje. Sólo ruinas y ceniza. Parecía estar solo en el mundo, como si fuese la única cosa viva que quedase sobre la tierra. A la derecha se alzaban las ruinas de un pueblo,

unas cuantas paredes y montones de escombros. Tiró la cerilla apagada, avanzó más deprisa. De pronto se detuvo, alzó su fusil, el cuerpo tenso... Durante un minuto pareció como si...

De entre las ruinas de un edificio se acercaba alguien, caminando lentamente hacia él, titubeando.

Hendricks parpadeó.

- ¡Alto!

El muchacho se detuvo. Hendricks bajó el fusil. El muchacho le miraba en silencio. Era pequeño, ocho años quizá. Pero resultaba difícil lo de los años. La mayoría de los chicos que quedaban estaban subalimentados y raquíticos. Llevaba un descolorido suéter azul, cubierto de barro, y pantalones cortos. Tenía el pelo largo y sucio. Pelo castaño. Le colgaba sobre la cara y sobre las orejas. Llevaba algo en brazos.

- ¿Qué tienes ahí? - preguntó ásperamente Hendricks.

El muchacho lo alzó. Era un juguete, un oso. Un oso de felpa. El muchacho tenía unos ojos grandes pero inexpresivos.

Hendricks se tranquilizó.

- Yo no lo quiero. Consérvalo.

El muchacho volvió a abrazar el oso.

- ¿Dónde vives? - dijo Hendricks.

- Allí.

- ¿En las ruinas? -

- Sí.

- ¿Bajo tierra?

- Sí.

- ¿Cuántos hay allí?

- ¿Cuan... cuántos?

- Sí, cuántos sois. ¿Cuántas personas mayores hay donde vives?

El muchacho no contestó.

- No estarás solo, ¿verdad? - dijo Hendricks, ceñudo.

El muchacho asintió.

- ¿Y cómo vives?

- Hay comida.

- ¿Qué clase de comida?

- Diferente.

Hendricks estudió con curiosidad al muchacho.

- ¿Cuántos años tienes?

- Trece.

No era posible. ¿O lo era? El muchacho estaba delgado, raquítico. Y probablemente fuese estéril. La radiación, años recibéndola directamente. Era lógico que fuese tan pequeño. Tenía los brazos y las piernas nudosos y flacos como palos de escoba. Hendricks acarició el brazo del muchacho. Tenía la piel seca y áspera: piel de radiación. Se inclinó y miró el rostro del muchacho. Inexpresivo. Grandes ojos, grandes y oscuros.

- ¿Eres ciego? - dijo Hendricks.

- No. Veo algo.

- ¿Cómo te las arreglas con las garras?

- ¿Las garras?.

- Esas cosas redondas que corren...

- No comprendo.

Quizá no hubiese garras por allí. Había muchas zonas libres de ellas. Solían agruparse alrededor de los búnkers, donde había gente. Habían sido ideadas de modo que percibiesen el calor, el calor de las cosas vivas.

- Tienes suerte - Hendricks se irguió. ¿Bueno, adónde vas?

- ¿Puedo ir contigo?

- ¿Conmigo? - Hendricks cruzó los brazos -. Voy muy lejos. Kilómetros. Tengo prisa. - Miré su reloj -. Tengo que llegar allí al anochecer.

- Quiero ir.

Hendricks hurgó en su mochila.

- No merece la pena. Toma - le dio las latas de comida que llevaba -. Coge esto y vete. ¿De acuerdo?

El muchacho no contestaba.

- Yo volveré por aquí. Tardaré un día. Si estás por aquí cuando vuelva podrás venir conmigo. ¿De acuerdo?

- Quiero ir contigo ahora.

- Es mucho camino.

- Puedo caminar.

Hendricks se agitó inquieto. Era un blanco demasiado bueno, dos personas caminando juntas. Y el muchacho le retrasaría. Pero no podría volver por aquel camino. Y si el muchacho estaba realmente solo...

- Está bien. Vamos.

El muchacho se colocó a su lado. Hendricks empezó a caminar. El muchacho andaba silenciosamente, abrazando su oso de felpa.

- ¿Cómo te llamas? - dijo Hendricks, al cabo de un rato.

- David Eduardo Derring.

- ¿David? ¿Qué... qué les pasó a tus padres?

- Murieron.

- ¿Cómo?

- En la desintegración.

- ¿Hace cuánto?

- Seis años.

Hendricks se detuvo.

- ¿Llevas solo seis años?

- No. Habían otras personas conmigo. Pero se fueron.

- ¿Y desde entonces vives solo?

- Sí.

Hendricks bajó los ojos. El muchacho era extraño, por decir poco. Remoto. Pero así eran los niños que habían sobrevivido. Tranquilos. Estoicos. Les dominaba una extraña fatalidad. Nada les sorprendía. Lo aceptaban todo. No había ya nada normal, ningún curso natural de las cosas, moral o físico; habían desaparecido la costumbre, el hábito, y todas las fuerzas determinantes del aprendizaje; sólo quedaba la experiencia directa.

- ¿Voy muy deprisa? - dijo Hendricks.

- No.

- ¿Cuándo me viste?

- Estaba esperando.

- ¿Esperando? - dijo Hendricks sorprendido. ¿Y qué esperabas?

- Coger cosas.

- ¿Qué cosas?

- Cosas para comer.

- Oh - Hendricks frunció los labios. Un muchacho de trece años que vivía de ratas y de sabandijas y de comida enlatada medio podrida. En un agujero bajo las ruinas de una ciudad. Con estanques de radiación y garras, y las minas perforadoras rusas acechando en el cielo.

- ¿Adónde vamos? - preguntó David.

- A las líneas rusas.

- ¿Rusas?

- El enemigo. Los que empezaron la guerra. Los que tiraron las primeras bombas radioactivas. Ellos empezaron.

El muchacho cabeceó. Le miraba con rostro inexpresivo.

- Yo soy americano - dijo Hendricks.

El muchacho no dijo nada. Siguieron los dos, Hendricks caminando delante, David tras él, apretando contra el pecho el sucio oso de felpa.

Sobre las cuatro de la tarde pararon a comer. Hendricks hizo una hoguera en un agujero entre fragmentos de hormigón. Arrancó los matorrales y preparó leña. Las líneas rusas no estaban muy lejos. Se encontraban en lo que había sido un largo valle, hectáreas de frutales y viñedos. Ahora sólo quedaban unos cuantos tocones ennegrecidos y las montañas que se extendían en el horizonte al fondo. Y las nubes de rodante ceniza que arrastraba el viento, asentándose sobre los matorrales y los restos de edificios, paredes esparcidas, un trozo de calle.

Hendricks hizo café y calentó un poco de carnero y pan.

- Toma - dio pan y carnero a David. David se sentó al borde del fuego, las piernas cruzadas, huesudas y blancas las rodillas. Examinó la comida y la rechazó con un gesto.

- No.

- ¿No? ¿No quieres?

- No.

Hendricks se encogió de hombros. Quizás aquel muchacho fuese un mutante, acostumbrado a alimentos especiales. Daba igual. Cuando tuviese hambre ya encontraría comida. Era un muchacho extraño. Pero sucedían muchas cosas extrañas en el mundo. La vida ya no era igual. Nunca volvería a serlo. La humanidad iba haciéndose a la idea.

- Allá tú - dijo Hendricks. Comió pan y carnero y café. Comía lentamente, como si le resultase laborioso digerir la comida. Cuando acabó se puso de pie y apagó el fuego.

David se levantó lentamente, observándole con sus ojos de joven viejo.

- Nos vamos - dijo Hendricks.

- Muy bien.

Hendricks reemprendió la marcha, el fusil en la mano. Estaban cerca ya, y Hendricks iba tenso, preparado para cualquier cosa. Los rusos tenían que esperar un emisario, una contestación al suyo, pero eran muy tramposos. Siempre había la posibilidad de un error. Examinó el paisaje que les rodeaba. Escombros, ceniza, unos cuantos montículos, árboles chamuscados. Muros de hormigón. Pero algo más allá estaba el primer bunker de las líneas rusas, el puesto de mando adelantado. Bajo tierra, profundamente enterrado, sólo mostrando un periscopio y unos cuantos cañones. Quizás una antena.

- ¿Llegaremos pronto? - Preguntó David.

- Sí. ¿Cansado?

- No.

- ¿Entonces?

David no contestó. Caminaba cuidadosamente tras él, abriéndose camino entre las cenizas. Tenía pies y piernas grises de polvo. Tenía en la cara arrugas de ceniza gris que se dibujaban sobre la blanca palidez de su piel. No tenía color en la cara. Típico de los nuevos niños, criados en sótanos y alcantarillas y refugios subterráneos.

Hendricks se detuvo. Alzó sus prismáticos y estudió el terreno que tenía delante. Tenían que estar allí, en algún sitio, esperándole... ¿o le vigilaban, como habían vigilado sus hombres al emisario ruso? Se estremeció. Quizás estuviesen preparando sus armas, disponiéndose a disparar, lo mismo que sus hombres, disponiéndose a matar.

Se enjugó la cara cubierta de sudor.

- Maldita sea. - se sentía incómodo. Pero tenían que esperarle. La situación era distinta.

Siguió caminando sobre la ceniza, sujetando el fusil con ambas manos. Y detrás iba David. Hendricks miraba a su alrededor, ceñudo. En cualquier segundo podría suceder. Un relámpago de luz, un fogonazo cuidadosamente enfocado desde el interior de un profundo bunker de hormigón.

Alzó un brazo e hizo una señal en el aire.

Nada se movió. A la derecha se veía una larga cordillera, coronada de troncos muertos. Habían crecido unas cuantas vides silvestres alrededor de los árboles, de los restos de árboles. Y las eternas hierbas oscuras. Hendricks examinó el cerro. ¿Había algo allá arriba? Un lugar de observación perfecto. Se aproximó nervioso David le seguía silenciosamente. Si hubiese sido su puesto de mando habría allí un centinela vigilando a los soldados que quisiesen infiltrarse en la zona de mando. Por supuesto, si fuese su puesto de mando habría garras alrededor para una protección plena.

Se detuvo, separadas las piernas, las manos en las caderas.

- ¿Ya estamos? - dijo David.

- Casi.

- ¿Por qué paramos?

- No quiero correr ningún riesgo. - Hendricks avanzaba lentamente. Ahora el cerro quedaba directamente a su lado a la derecha. Por encima de él. Su inquietud aumentó. Si hubiese allí arriba un ruso estaría en sus manos. Agitó de nuevo el brazo. Tenían que esperar a alguien con uniforme de la ONU como respuesta a su nota. A menos que todo aquello fuese una trampa.

- Ven a mi lado - dijo, volviéndose a David -. No te quedes atrás.

- ¿Contigo?

- A mi lado. Estamos muy cerca. No podemos correr riesgos. Ven.

- Voy bien aquí. - David continuó caminando tras él, a unos pasos de distancia, sin soltar su oso de felpa.

- Allá tú. - Hendricks alzó de nuevo sus prismáticos, súbitamente tenso. Por un momento... ¿se había movido algo? Examinó cuidadosamente el cerro. Todo estaba en silencio. Muerto. No había vida allá arriba, sólo troncos de árboles y cenizas. Quizás algunas ratas. Las grandes ratas negras que habían sobrevivido a las garras. Mutantes... construían sus refugios con saliva y ceniza. Una especie de plástico. Adaptación. Continuó caminando.

En la colina, sobre él, apareció un hombre alto de flotante capote. Verde gris. Un ruso. Tras él apareció un segundo soldado, también ruso. Ambos alzaron sus armas, apuntando.

Hendricks quedó paralizado. Abrió la boca. Los soldados estaban arrodillados, apuntando desde el borde del cerro. Se les había unido una tercera persona, una figura más pequeña, también verde gris. Una mujer. Se mantenía detrás de ellos.

Hendricks consiguió hablar por fin.

- ¡Alto! - Hizo gestos frenéticos con los brazos -. Soy...

Los dos rusos dispararon. Detrás de Hendricks sonaron dos suaves pops. Sobre él cayeron oteadas de calor, que le derribaron. La cara se le llenó de ceniza y, tosiendo, se puso de rodillas. Todo era una trampa. Estaba sentenciado. Había ido a que le mataran, como a una res. Los soldados y la mujer bajaban por la ladera hacia él, deslizándose sobre la suave ceniza. Hendricks estaba conmocionado. Le palpitaba la cabeza. Torpemente, alzó su arma y apuntó. El fusil le pesaba mil toneladas; apenas podía sostenerlo. Le picaba la nariz y las mejillas. El aire estaba lleno de aquel aroma acre y amargo.

- ¡No dispaes! - dijo el primer ruso, en un inglés con fuerte acento.

Los tres llegaron junto a él y le rodearon.

- Deja tu rifle, yanqui - dijo el otro.

Hendricks estaba desconcertado. Todo había sucedido con demasiada rapidez. Le habían capturado. Y habían desintegrado al muchacho. Giro la cabeza. David había desaparecido. Lo que quedaba de él estaba esparcido por el suelo.

Los tres rusos le examinaron, curiosos. Hendricks permanecía sentado, conteniendo la sangre de su nariz y escupiendo fragmentos de ceniza. Movía la cabeza intentando despejarla.

- ¿Por qué hicisteis eso? - murmuró -. El muchacho.

- ¿Por qué? - replicó uno de los soldados que le ayudó a levantarse; mientras hacía volverse a Hendricks -. Mira.

Hendricks cerró los ojos.

- Mira - los dos rusos le empujaron hacia adelante -. Deprisa. ¡No hay tiempo que perder, yanqui!

Hendricks miró. Y lanzó un gemido.

- ¿Ves ahora? ¿Comprendes?

De los restos de David salió rodando una rueda metálica. Relés, metal resplandeciente. Piezas, cables. Uno de los rusos dio una patada al montón de restos. Las piezas se desparramaron. Cayó una sección plástica medio chamuscada. Hendricks se inclinó tembloroso. Se había desprendido la parte frontal de la cabeza. Pudo ver un intrincado cerebro, cables y relés, tubos y conmutadores, miles de pequeñas piezas...

- Un robot - dijo el soldado que le tenía sujeto del braza -. Vimos cómo te seguía. Así es como hacen. Siguen a uno para entrar en el bunker. Así es como consiguen entrar.

Hendricks pestañeó, desconcertado.

- Pero...

- Vamos. - Le condujeron hacia el cerro, resbalando al subir por la ceniza. La mujer llegó primero a la cima y los esperó allí.

- El puesto de mando adelantado - murmuró Hendricks -. Vine a negociar...

- Ya no hay puesto de mando adelantado. Consiguieron entrar. Te explicaremos. - Llegaron a la cima del cerro. Sólo quedamos nosotros. Nosotros tres. Los demás estaban en el bunker.

- Por aquí. Bajemos por aquí. - La mujer abrió una compuerta oculta en el suelo. Entra.

Hendricks se agarró y entró. Los dos soldados y la mujer entraron y bajaron tras él la escalerilla. La mujer cerró la compuerta, asegurándose de que quedaba bien encajada.

- Fue una suerte que te viéramos - gruñó uno de los dos soldados -. Hubiese acabado contigo.

- Dame uno de vuestros cigarrillos - dijo la mujer -. Hace semanas que no pruebo tabaco americano.

Hendricks le dio el paquete. La mujer sacó un cigarrillo y ofreció a los dos soldados. En un rincón de la pequeña estancia brillaba una lámpara. Era una habitación de techo bajo, y apenas había sitio para que se sentaran los cuatro alrededor de una mesita de madera. A un lado se amontonaban algunos platos sucios. Tras una raída cortina se veía parcialmente una segunda habitación. Hendricks vio el extremo de un catre, algunas mantas y ropas colgadas de un gancho.

- Estábamos aquí - dijo uno de los soldados; se quitó el casco, echándose hacia atrás su rubio pelo. Soy el cabo Rudy Maxer. Polaco. Incorporado al ejército soviético hace dos años -. Extendió la mano.

Hendricks titubeó y luego se la estrechó.

- Mayor Joseph Hendricks.

- Klaus Epstein - dijo el otro soldado, bajo, moreno y de pelo tupido; Epstein se rascó nervioso la oreja -. Austriaco. Incorporado Dios sabe cuándo. No me acuerdo.

- Los tres estábamos aquí, Rudy y yo con Tasso - indicó a la mujer. - Por eso escapamos. Los demás estaban abajo en el bunker.

- Y... y les cazaron.

Epstein encendió un cigarrillo.

- Primero entró solo uno. Como el que te seguía a ti. Luego ése dejó entrar a los otros.

- ¿Es que hay más de un tipo? - preguntó Hendricks alarmado.

- El muchachito. David. David con su oso de felpa. Es la tercera variedad. La más eficaz.

- ¿Qué otros tipos hay?

Epstein buscó en su capote.

- Mira - sacó un montón de fotografías y las extendió sobre la mesa; iban atadas todas en una cinta -. Sírvete tú mismo.

Hendricks desató la cinta.

- Ya ves - dijo Rudy Maxer -. Por eso queríamos entablar conversaciones de paz. Quiero decir, los rusos. Lo descubrimos hace una semana. Descubrimos que vuestras garras empezaban a hacer nuevos diseños por su cuenta. Nuevos tipos. Mejores. En vuestras fábricas subterráneas detrás de nuestras líneas. Los dejasteis que se fabricaran y se repararan por su cuenta. Los hicisteis cada vez más perfeccionados. Lo que ha sucedido es culpa vuestra.

Hendricks examinó las fotografías. Habían sido sacadas precipitadamente; estaban movidas y eran confusas. Las primeras mostraban... a David. David caminando solo. David y otro David. Tres David. Todos exactamente iguales. Todos con un astroso oso de felpa.

Todos patéticos.

- Mira los otros - dijo Tasso.

La siguiente fotografía, tomada a gran distancia, mostraba a un soldado de elevada estatura herido sentado al borde del camino, con un brazo en cabestrillo,

un muñón de pierna. Luego dos soldados heridos, los dos iguales. Hombro con hombro.

- Esta es la primera variedad. El soldado herido. - Klaus se inclinó y cogió las fotografías -. ¿Te das cuenta? Las garras fueron diseñadas para atrapar seres humanos. Para encontrarlos. Cada tipo mejoraba el anterior. Llegaron muy lejos, lograron superar nuestras defensas e introducirse en nuestras líneas. Pero mientras eran sólo máquinas, esferas metálicas con garras, cuernos y sensores, podíamos localizarlas y destruirlas como a cualquier otro objeto. Podían detectarse como robots mortíferos en cuanto les viésemos. En cuanto les viésemos...

- La primera variedad arrasó nuestra ala norte - dijo Rudi -. Tardamos mucho tiempo en darnos cuenta. Cuando lo hicimos, ya era demasiado tarde. Llegaban, soldados heridos, llamaban, y pedían que les dejáramos entrar. Y les dejábamos preparados contra las máquinas...

- Entonces se pensó que sólo había un tipo - dijo Klaus Epstein -. Nadie sospechaba que hubiese otro. Nos pasaron las fotografías. Cuando os enviamos el emisario, sólo conocíamos un tipo. La primera variedad. El gran soldado herido. Creíamos que no había más.

- Vuestra línea cayó con...

- Con la tercera variedad. David y su oso. Funcionó aún mejor. - Klaus sonrió amargamente -. A los soldados les gustan mucho los niños. Los trajimos e intentamos alimentarlos. Descubrimos después lo que eran. Lo descubrieron los que estaban en el bunker.

- Nosotros tres tuvimos suerte - dijo Rudi -. Klaus y yo estábamos... haciéndole una visita a Tasso cuando pasó. Esta es su casa - indicó con un gesto. Esta pequeña celda. Acabamos y subimos por la escalerilla otra vez. Lo vimos desde el cerro. Estaban allí, alrededor del bunker. Aún había lucha. David y su oso. Eran centenares Klaus sacó las fotografías.

Klaus ató de nuevo las fotografías.

- ¿Y esto está pasando a lo largo de toda vuestra líneas? - dijo Hendricks.

- Sí.

- ¿Y nuestras líneas? - Inconscientemente, acarició el tab de su brazo. ¿Pueden...?

- A ellos no les afectan vuestros tabs radiactivos. A ellos les da igual rusos o americanos o polacos o alemanes. Todos son lo mismo. Ellos hacen aquello para lo que están diseñados. Persiguen a la vida, donde la encuentren.

- Se orientan por el calor - dijo Klaus -. Así los construisteis desde el principio. Por supuesto, los que vosotros construisteis podéis mantenerlos a raya con los tabs radioactivos. Pero ahora han burlado esto. Estas nuevas variedades están cubiertas de capas de plomo.

- ¿Cuál es la otra variedad? - preguntó Hendricks -. El tipo David, el soldado herido... ¿Cuál es el otro?

- No lo sabemos. - Klaus señaló hacia la parte superior de la pared. Había dos placas de metal, melladas en los bordes. Hendricks se levantó y las examinó. Estaban dobladas y dentadas.

- La de la izquierda procede de un soldado herido - dijo Rudi -. Cogimos uno. Iba hacia nuestro viejo bunker. Le disparamos desde el cerro, como al David que venía contigo.

En la placa había un sello: I-V. Hendricks examinó la otra placa.

- ¿Y esta es del tipo David?

- Sí. - La placa también tenía un sello: III-V.

Klaus las contempló, inclinado sobre el ancho hombro de Hendricks.

- Ya ves lo que nos espera. Hay otro tipo. Quizá lo abandonasen. Quizás no funcionase. Pero tiene que haber una segunda variedad. Tenemos la uno y las tres.

- Tuviste suerte - dijo Rudi -. El David te siguió hasta aquí sin tocarte. Probablemente pensó que le meterías en algún bunker.

- Entra uno y se acabó - dijo Klaus -. Son muy rápidos. Si entra uno entran todos. Son inflexibles. Máquinas con un objetivo. Sólo fueron construidas para una cosa - se limpió el sudor del labio.

Quedaron silenciosos.

- Dame otro cigarrillo, yanqui - dijo Tasso -. Son buenos. Casi me había olvidado de cómo eran.

Era de noche. El cielo estaba negro. No se veían estrellas entre las nubes de ceniza. Klaus levantó cautelosamente la compuerta para que Hendricks pudiese mirar afuera.

Rudi señaló en la oscuridad.

- Hacia allí están los búnkers. Donde estábamos nosotros. No hay más de un kilómetro de distancia. Fue pura casualidad que Klaus y yo no estuviésemos allí cuando pasó. Debilidad. Nos salvó nuestra lujuria.

- Todos los demás deben haber muerto - dijo Klaus con voz queda -. Fue todo muy rápido. Esta mañana el politburó tomó la decisión. Nos lo notificaron... al puesto de mando. Enviamos inmediatamente un emisario. Le vimos salir hacia vuestras líneas. Le cubrimos hasta que le perdimos de vista.

- Alex Radrivsky. Los dos le conocíamos. Desapareció hacia las seis. Acababa de salir el sol. Hacia el mediodía Klaus y yo teníamos una hora de descanso. Salimos y nos alejamos de los búnkers. No había nadie observándonos. Vinimos aquí. Antes había sido un pueblo, unas cuantas casas, una calle. Esta bodega era parte de una gran casa de campo. Sabíamos que Tasso estaría aquí, oculta en su refugio. Ya habíamos venido antes. Y venían aquí otros de los búnkers. Por casualidad hoy era nuestro turno.

- Por eso nos salvamos - dijo Klaus -. Casualidad. Podrían haber sido otros. Bueno... acabamos, y cuando salimos a la superficie y miramos hacia los búnkers les vimos, a los David. Lo comprendimos inmediatamente. Habíamos visto las fotografías de la primera variedad, el soldado herido. Nuestro comisario las distribuyó con una explicación. Si hubiésemos dado otro paso nos habrían visto. Hubiésemos tenido que destruir a los David para volver. Había cientos, por todas partes. Como hormigas. Sacamos las fotos y volvimos aquí, y cerramos.

- No hay mucho problema cuando se trata de uno solo. Somos más rápidos que ellos. Pero ellos son inexorables. No son como los seres vivos. Avanzaban directamente contra nosotros. Y nosotros los desintegramos.

El mayor Hendricks se apoyó en el borde de la compuerta, ajustando sus ojos a la oscuridad.

- ¿No es peligroso levantar la compuerta?

- Hay que tener cuidado. ¿Cómo podrías si no utilizar tu transmisor?

Hendricks alzó lentamente el pequeño transmisor del cinturón. Lo apretó contra su oído. El metal estaba frío y húmedo. Sopló en el micrófono y levantó la corta antena. En su oído un leve murmullo.

- Sí, desde luego.

Pero aún vacilaba.

- Te meteremos dentro si pasa algo - dijo Klaus.

- Gracias. - Hendricks esperó un momento, poniéndose el transmisor en el hombro -. Es interesante, ¿verdad?

- ¿Qué?

- Esto, lo de los nuevos tipos. Las nuevas variedades de garras. Estamos completamente a su merced, ¿no es cierto? Es muy probable que a estas horas hayan alcanzado también las líneas de la ONU. Eso me hace preguntarme si no veremos pronto el comienzo de una nueva especie. La nueva especie. Evolución. La raza que sucederá al hombre.

Rudi lanzó un gruñido.

- No habrá ninguna raza después del hombre.

- ¿No? ¿Por qué? Puede que estemos presenciando el fin de los seres humanos, el nacimiento de una sociedad nueva.

- No hay una raza. Son asesinos mecánicos. Los hicisteis para destruir. Sólo pueden hacer esto. Son máquinas con un trabajo.

- Eso parece ahora. Pero, ¿y después? Cuando acabe la guerra. Quizás muestren sus auténticas potencialidades cuando no haya seres humanos que destruir.

- ¡Hablas como si estuviesen vivos!

- ¿No lo están?

Hubo un silencio.

- Son máquinas - dijo Rudi -. Parecen personas, pero son máquinas.

- Usa tu transmisor, mayor - dijo Klaus -. No podemos quedarnos aquí eternamente.

Sujetando con firmeza el transmisor, Hendricks emitió el código del bunker de mando. Esperó, escuchando atento. Ninguna respuesta. Sólo silencio. Comprobó cuidadosamente las claves. Todo estaba en su sitio.

- ¡Scott! - gritó en el micrófono. ¿Puedes oírme?

Silencio. Elevó la potencia al máximo y lo intentó otra vez. Sólo ruidos parásitos.

- No capto nada. Quizá me oigan y no quieran contestar.

- Diles que es una emergencia.

- Creerán que están obligándome a llamar. Que me obligáis vosotros. - Lo intentó de nuevo, transmitiendo brevemente lo que había descubierto. Pero sólo le respondieron ruidos parásitos.

- Las lagunas radiactivas eliminan la mayor parte de la transmisión - dijo Klaus al cabo de un rato. A lo mejor es eso.

Hendricks dejó el transmisor.

- Es inútil. No contestan. ¿Lagunas de radiación? Puede. O quizá me oigan y no quieran contestar. Yo haría lo mismo, francamente, si un emisario intentase llamar desde las líneas soviéticas. No tienen por qué creer lo que les digo. Pueden haberlo oído todo...

- O quizá sea demasiado tarde.

Hendricks asintió.

- Será mejor que cerremos - dijo Rudi, nervioso -. No tenemos por qué correr riesgos innecesarios.

Descendieron lentamente por el túnel. Klaus encajó con firmeza la compuerta. Entraron en la cocina. La atmósfera resultaba pesada y opresiva.

- ¿Podrían actuar tan deprisa? - dijo Hendricks -. Salí del bunker al mediodía. Hace diez horas. ¿Cómo pudieron hacerlo tan deprisa?

- No tardan mucho. Desde que entra el primero. Ya sabes lo que pueden hacer las garras pequeñas. Estas son increíbles. Tienen cuchillas en cada dedo. Es una locura.

- Haré una cosa - dijo Hendricks, dándoles la espalda.

- ¿Qué cosa? - dijo Rudi.

- La base lunar. Dios mío, si hubiesen llegado allí...

- ¿La base lunar?

Hendricks se volvió.

- Es imposible que lleguen a la base lunar. No hay ninguna posibilidad. No puedo creerlo.

- ¿Qué es esa base lunar? Hemos oído rumores, pero nada claro. ¿Cuál es la situación? Pareces preocupado.

- Recibimos suministros de la luna. Allí están los gobiernos, bajo la superficie lunar. Todo nuestro pueblo y nuestras industrias. Por eso podemos continuar la lucha. Si estos monstruos consiguiesen llegar a la luna...

- Basta con que llegue uno. En cuanto llega uno introduce a los demás. Cientos, todos iguales. Tendrías que haberlos visto. Idénticos. Como hormigas.

- Socialismo perfecto - dijo Tasso. - El ideal del estado comunista. Todos los ciudadanos intercambiables.

Klaus lanzó un gruñido colérico.

- Ya basta. ¿Bueno, qué hacemos?

Hendricks paseaba por la habitación. El aire olía a comida y sudor. Los otros le observaban. Tasso cruzó la cortina y entró en la habitación contigua.

- Voy a dormir un poco.

La cortina se cerró tras ella. Rudi y Klaus se sentaron a la mesa, sin dejar de observar a Hendricks.

- Es asunto vuestro - dijo Klaus -. Nosotros no conocemos vuestra situación.

Hendricks asintió.

- Es un problema. - Rudi bebió un sorbo de café, que echó en su taza de un oxidado puchero. - Estaremos seguros aquí durante un tiempo, pero no podemos quedarnos siempre. No tenemos reservas de alimentos suficientes.

- Pero si salimos fuera...

- Si salimos nos cogerán. O pueden cogernos. Sería lo más probable. No podríamos ir muy lejos. ¿A qué distancia queda el bunker de mando americano, mayor?

- ¿Y si están ya allí? - dijo Klaus.

Rudi se encogió de hombros.

- En ese caso volveremos aquí.

Hendricks dejó de pasear.

- ¿Qué posibilidades hay según vosotros de que hayan llegado ya a las líneas americanas?

- Es difícil saberlo. Pero es bastante probable que hayan llegado ya. Están organizados. Saben muy bien lo que hacen. En cuanto empiezan son como una plaga de langostas. Tienen que seguir moviéndose, y deprisa. Se basan en el engaño y en la velocidad. Antes de que te des cuenta ya están dentro.

- Comprendo - murmuró Hendricks.

Tasso se agitó en la otra habitación.

- ¿Mayor?

Hendricks apartó la cortina.

- ¿Qué?

Tasso le miró lánguidamente desde el catre.

- ¿Te quedan más cigarrillos americanos?

Hendricks entró en la habitación y se sentó frente a ella en un taburete de madera. Hurgó en los bolsillos.

- No. No me queda ninguno.

- Qué lástima.

- ¿De qué nacionalidad eres tú? - preguntó Hendricks tras de una pausa.

- Rusa.

- ¿Cómo llegaste aquí?

- ¿Aquí?

- Esto era Francia. Una parte de Normandía. ¿Viniste con el ejército soviético?

- ¿Por qué?

- Pura curiosidad.

La examinó detenidamente. Se había quitado la guerrera y la había echado a los pies del catre. Era joven, unos veinte. Esbelta. Su largo pelo se derramaba sobre la almohada.

Le miraba en silencio, con unos ojos grandes y oscuros.

- ¿Qué piensas? - dijo Tasso.

- Nada. ¿Cuántos años tienes?

- Dieciocho.

Ella continuaba observándole, sin pestañear los brazos detrás de la cabeza. Llevaba pantalones y camisa del ejército ruso. Verde gris. Grueso cinturón de cuero con hebilla y cartuchera. Botiquín.

- ¿Pertenece al ejército soviético?

- No.

- ¿Dónde conseguiste el uniforme?

- Me lo dieron - dijo ella, encogiéndose de hombros.

- ¿Qué edad tenías cuando... cuando viniste aquí?

- Dieciséis.

- ¿Tan joven?

Ella achicó los ojos.

- ¿Qué quieres decir?

Hendricks se rascó la barbilla.

- Tu vida habría sido muy diferente de no ser por la guerra. Dieciséis. Viniste aquí a los dieciséis. A vivir de este modo.

- Tenía que sobrevivir.

- No estoy moralizando.

- Tu vida habría sido también muy distinta - murmuró Tasso; se inclinó y se desabrochó una de las botas; se desprendió de ella de una patada -. Mayor, ¿por qué no te vas a la otra habitación? Tengo sueño.

- Va a ser un problema, los cuatro aquí. Resultará difícil vivir en este espacio. ¿Sólo hay dos habitaciones?

- Sí.

- ¿Qué tamaño tenía originariamente el sótano? ¿Era mayor? ¿Hay otras habitaciones llenas de escombros? Quizá pudiéramos despejar una.

- Puede. En realidad no lo sé. - Tasso se aflojó el cinturón; se acomodó en la litera y se desabrochó la camisa -. ¿Estás seguro de que no tienes más cigarrillos?

- Sólo tenía aquel paquete.

- Qué lástima. Quizá podríamos encontrar alguno si volviésemos a tu búnker. - Soltó la otra bota; luego buscó el cordón de la luz. Buenas noches.

- Vas a dormir?

- Eso es.

La habitación se hundió en la oscuridad. Hendricks se levantó, cruzó la cortina y entró en la cocina.

Y se detuvo, rígido.

Rudi estaba contra la pared, la piel blanca y brillante. Abría y cerraba la boca, pero sin emitir ningún sonido. Frente a él estaba Klaus, que le clavaba en el estómago el cañón de su pistola. Ninguno de los dos se movía. Klaus estaba serio, sujetando con firmeza la pistola. Rudi, pálido y silencioso, pegado a la pared.

- Pero ¿qué...? - Murmuró Hendricks, pero Klaus le interrumpió.

- Tranquilo, mayor. Acércate. Tu pistola. Saca tu pistola.

Hendricks sacó su pistola.

- Pero ¿qué pasa?

- Cúbrele - Klaus le empujó hacia adelante. A mi lado. ¡Aprisa!

Rudi se movió un poco y bajó los brazos. Se volvió a Hendricks, lamiéndose los labios. Sus ojos brillaban ferozmente. Tenía la frente empapada de sudor que le goteaba por las mejillas. Fijó sus ojos en Hendricks.

- Mayor, se ha vuelto loco. Deténgale la voz de Rudi era áspera y sorda, casi inaudible.

- ¿Qué Pasa? - preguntó Hendricks.

Sin bajar la pistola, Klaus contestó:

- Mayor, ¿se acuerda de nuestra discusión? ¿Se acuerda de las tres variedades? Conocíamos la una y la tres. Pero no conocíamos la dos. O no la conocíamos hasta ahora. - Los dedos de Klaus se apretaron alrededor de la culata e su pistola -. No la conocíamos, pero ya la conocemos.

Apretó el gatillo. De la pistola brotó un foganazo blanco y cálido que rodeó a Rudi.

- Mayor, esta es la segunda variedad.

- ¡Klaus! ¿Qué hiciste?

Klaus se volvió, apartando los ojos de la forma chamuscada que se desmoronaba gradualmente por la pared al suelo.

- La segunda variedad, Tasso. Ahora la conocemos. Hemos identificado los tres tipos. Hay menos peligro. Yo...

Tasso contempló los restos de Rudi, los ennegrecidos y retorcidos fragmentos entre trozos de tela.

- Le mataste.

- No lo lamente. No era un hombre. Estaba vigilándole. Tenía el presentimiento, pero no estaba seguro. Al menos, no estuve seguro antes. Pero esta tarde me convencí. - Klaus frotó la culata de la pistola, nervioso. - Tenemos suerte. ¿No os dais cuenta? Otra hora aquí y podría...

- ¿Estás seguro? - Tasso se inclinó sobre los humeantes restos del suelo; su expresión se endureció -. Mayor, véalo usted mismo. Huesos. Carne.

Hendricks se inclinó también. Eran restos humanos. Carne chamuscada, fragmentos de huesos carbonizados, un trozo de cráneo. Ligamentos, vísceras, sangre. Sangre formando un estanque junto a la pared.

- No hay ninguna pieza - dijo Tasso quedamente, se levantó. No hay ruedas ni piezas ni relés. Ni garras. Nada de segunda variedad. - Cruzó los brazos -. Tendrás que explicar esto.

Klaus se sentó junto a la mesa, súbitamente pálido.

- Suéltalo de una vez - dijo Tasso, cerrando una mano sobre su hombro. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué le mataste?

- Estaba asustado - dijo Hendricks -. Todo esto, todo este asunto...

- Puede.

- ¿Qué entonces? ¿Qué piensas?

- Creo que puedes haber tenido una razón para matar a Rudi. Una buena razón.

- ¿Qué razón?

- Quizá Rudi descubriese algo.

Hendricks examinó su sombría cara.

- ¿Sobre qué? - preguntó.

- Sobre él. Sobre Klaus.

Klaus alzó la vista rápidamente.

- Supongo que te das cuenta de lo que quiere decir. Ella cree que yo soy la segunda variedad. ¿Comprendes, mayor? Ahora quiere que creas que le maté a propósito. Que soy...

- ¿Por qué le mataste, entonces? - dijo Tasso.

- Ya te lo dije - respondió Klaus -. Creí que era una garra. Creí que le había descubierto.

- ¿Por qué?

- Había estado vigilándole. Tenía sospechas.

- ¿Por qué?

- Porque tenía ciertos datos. Oí algo. Creí oírle... como girar de ruedas dentro de él.

Hubo un silencio.

- ¿Crees eso? - dijo Tasso a Hendricks.

- Sí. Creo lo que dice.

- Yo no. Yo creo que mató a Rudi a sabiendas - Tasso cogió el fusil que había en el rincón -. Mayor...

- No - Hendricks hizo un gesto decidido. - Acabemos con esto ahora mismo. Basta con uno. Tenemos miedo, lo mismo que él. Si le matamos haremos lo que él hizo a Rudi.

Klaus le miró agradecido.

- Gracias. Tenía miedo. Lo comprendes, ¿verdad? Ahora tiene miedo ella, como lo tenía yo. Quiere matarme.

- No habrá más muertes - dijo Hendricks, dirigiéndose hacia la escalerilla -. Voy a subir y probar suerte con el transmisor otra vez. Si puedo localizarles volveremos a mis líneas mañana por la mañana.

Klaus se levantó inmediatamente.

- Subiré contigo y te echaré una mano.

El aire de la noche era frío. La tierra estaba refrescándose. Klaus respiró profundamente, llenando sus pulmones. El y Hendricks salieron del túnel y pisaron el suelo de la superficie. Klaus, plantado y con las piernas separadas, el fusil dispuesto, observaba y escuchaba. Hendricks acuclillado junto a la boca del túnel, accionando el pequeño transmisor.

- ¿Hay suerte? - preguntó Klaus.

- Aún no.
- Sigue intentándolo. Diles lo que pasa.
Hendricks siguió intentándolo. Sin éxito. Por fin bajó la antena.
- Es inútil. No me oyen. O me oyen y no quieren contestar. O...
- O no existen.
- Lo intentaré otra vez - Hendricks alzó la antena -. Scott, ¿me oyes?
Escuchó. Sólo ruidos parásitos. Luego, muy desmayadamente...
- Aquí Scott.
- ¡Scott! ¿Eres tú?
- Aquí Scott.
Klaus se arrodilló a su lado.
- ¿Es tu puesto de mando?
- Scott, escucha. ¿Me oyes? ¿Recibiste lo de las garras? ¿Recibiste el mensaje? ¿Me oyes?
- Sí. - Desmayadamente. Casi inaudible. Apenas si podía diferenciar la palabra.
- ¿Recibisteis mi mensaje? ¿Va todo bien ahí? ¿No ha conseguido entrar ninguno?
- Todo bien aquí.
La voz se hizo más débil.
- No.
Hendricks se volvió a Klaus.
- Están bien.
- ¿Les han atacado?
- No. - Hendricks apretó el auricular junto a su oído -. Scott, no te oigo apenas.
¿Has notificado a la base lunar? ¿Lo saben ellos? ¿Los habéis alertado?
No hubo respuesta.
- ¡Scott! ¿Me oyes?
Silencio.
Hendricks se relajó y se sentó en el suelo.
- Se fue. Deben ser las lagunas radioactivas.
Hendricks y Klaus se miraron. Ninguno de los dos dijo nada. Por fin, al cabo de un rato, habló Klaus:
- ¿Era la voz de alguno de tus hombres? ¿Pudiste identificar la voz?
- Se oía muy mal.
- ¿No puedes estar seguro?
- No.
- Entonces podría haber sido...
- No sé. Ahora ya no estoy seguro. Volvamos abajo y cerremos la compuerta.
Bajaron lentamente por la escalerilla y volvieron al cálido sótano. Klaus aseguró el cierre de la compuerta. Tasso les esperaba, seria y grave.
- ¿Hubo suerte? - Preguntó.
Ninguno de los dos contestaba.
- Bueno - dijo por fin Klaus -. ¿Qué piensas, mayor? ¿Era tu oficial, o era uno de ellos?
- No lo sé.
- Entonces estamos como antes.
Hendricks miró al suelo, apretando las mandíbulas.
- Tenemos que ir. Para asegurarnos.
- De todos modos sólo tenemos comida aquí para unas semanas. Tendremos que salir a la fuerza.

- Eso parece.
- Pero ¿qué pasa? - preguntó Tasso -. ¿Conseguisteis contacto con el bunker?
¿Cuál es el problema?
- Podía haber sido uno de mis hombres - dijo lentamente Hendricks -. O podría haber sido uno de ellos. Pero quedándonos aquí no lo sabremos nunca. - Miró su reloj -. Apaguemos y durmamos un poco. Tenemos que levantarnos temprano mañana.
- ¿Temprano?
- El mejor momento para pasar entre las garras es por la mañana temprano - dijo Hendricks.

Era una mañana cruda y clara. El mayor Hendricks estudió el paisaje con sus prismáticos.

- ¿Ves algo? - dijo Klaus.
- No.
- ¿Distingues nuestros búnkers?
- ¿Hacia dónde quedan?
- Allí. - Klaus tomó los prismáticos y los ajustó.
- Yo sé dónde mirar. - Miró largo rato, silencioso.
Tasso llegó a la cima del túnel y salió a la superficie.
- ¿Alguna cosa?
- No. - Klaus devolvió los prismáticos a Hendricks -. Están desenfocados. Vamos. No nos quedemos aquí.

Bajaron los tres por la ladera del cerro, deslizándose sobre la suave ceniza. Tras una piedra lisa vigilaba una lagartija. Se pararon instantáneamente, rígidos.

- ¿Qué fue? - murmuró Klaus.
- Una lagartija.
La lagartija echó a correr entre las cenizas. Era exactamente del mismo color.
- Adaptación perfecta - dijo Klaus -. Prueba que tenemos razón. La tiene Lysenko, quiero decir.

Llegaron al pie de la ladera y se detuvieron, muy juntos, mirando alrededor.
- Vamos - dijo Hendricks -. Hay mucho camino a pie.
Klaus se colocó a su lado. Tasso caminaba detrás, con la pistola preparada.

- Mayor, quería preguntarle una cosa - dijo Klaus -. ¿Cómo encontraste al David? El que venía contigo...
- Lo encontré por el camino. En unas ruinas.
- ¿Que te dijo?
- No mucho. Dijo que estaba sólo.
- ¿No pudiste percibir que era una máquina? ¿Hablabas como un ser humano?
¿Nunca lo sospechaste?

- Es extraño, esas máquinas son tan parecidas a las personas que pueden engañarle. Casi vivas. Me pregunto cómo acabará esto.

- Se dedican a hacer aquello para lo que las diseñasteis vosotros los yanquis - dijo Tasso. - Las creasteis para perseguir la vida y destruirla. La vida humana. En donde la encuentren.

Hendricks observaba atentamente a Klaus.
- ¿Por qué me lo preguntas? ¿En qué piensas?
- En nada - contestó Klaus.
- Klaus piensa que tú eres la segunda variedad - dijo tranquilamente Tasso detrás de él -. Ahora ha puesto los ojos en ti.

Klaus enrojeció.

- ¿Por qué no? Nosotros enviamos un emisario a las líneas yanquis y volvió él. Quizá pensara que encontraría aquí buena caza.

- Yo vine de los búnkers de la ONU - dijo Hendricks con una risa áspera -. Y allí estaba rodeado de seres humanos.

- Quizá pensaste que era una oportunidad de entrar en las líneas soviéticas. Quizá pensases que era tu oportunidad. Quizá...

- Las líneas soviéticas estaban ya invadidas. Invadieron vuestras líneas antes de que yo saliese de mi búnker. No olvides eso.

Tasso se colocó a su lado.

- Eso no prueba nada, mayor.

- ¿Por qué no?

- Parece ser que hay poca comunicación entre las variedades. Todas son de fábricas distintas. No parecen trabajar conjuntamente. Podrías haber salido hacia las líneas soviéticas sin saber lo que hacían las otras variedades. O incluso cómo eran las otras variedades.

- ¿Cómo sabes tú tanto sobre las garras? - dijo Hendricks.

- Las he visto. Las observé. Vi cómo tomaban los búnkers soviéticos.

- Mucho sabes tú - dijo Klaus. -. En realidad viste muy poco. Es extraño que fueses tan buena observadora.

Tasso se echó a reír.

- ¡No sospecharás de mí ahora!

- Olvídalo - dijo Hendricks. Siguieron caminando en silencio.

- ¿Vamos a hacer todo el camino a pie? - dijo Tasso, al cabo de un rato. No estoy acostumbrada a andar:

Miró a su alrededor, contemplando la llanura cenicienta que se extendía por todas partes hasta el horizonte.

- Qué desolación - exclamó.

- Es así por todas partes - dijo Klaus.

- En cierto modo hubiese preferido que estuvieses en tu búnker cuando llegó el ataque.

- Algún otro hubiese estado contigo, en ese caso - murmuró Klaus.

Tasso se echó a reír, metiéndose las manos en los bolsillos.

- Supongo que sí.

Siguieron caminando, los ojos fijos en el horizonte de la vasta llanura de silente ceniza que les rodeaba.

Se ponía el sol. Hendricks avanzaba lentamente, con Tasso y Klaus detrás. Klaus se sentó, apoyando su arma contra el suelo.

Tasso encontró una losa de hormigón y se sentó exhalando un suspiro.

- Es mejor que nos tomemos un descanso.

- Silencio, estate quieta - dijo Klaus ásperamente.

Hendricks subió hasta la cima del montículo que había ante ellos. La misma cima a la que había subido el emisario ruso el día anterior. Hendricks se echó al suelo, y tumbado miró con sus prismáticos lo que había más allá.

No se veía nada. Sólo ceniza y algún árbol. Pero allí, a no más de cincuenta metros, estaba la entrada del búnker. El búnker del que él había salido. Hendricks observaba en silencio. Ningún movimiento. Ningún signo de vida. Nada revivía.

Klaus se deslizó junto a él.

- ¿Dónde está?

- Allí abajo.

Hendricks le pasó los prismáticos. Nubes de ceniza cruzaban el cielo del crepúsculo. El mundo oscurecía. Aún les quedaban un par de horas de luz, como máximo. Probablemente menos.

- No veo nada - dijo Klaus.

- Aquel árbol de allí. El tocón. Junto a la pila de ladrillos. La entrada está a la derecha de los ladrillos.

- Tendré que crearlo.

- Tú y Tasso cubridme desde aquí. Yo exploraré el camino hasta la entrada del búnker.

- ¿Bajarás solo?

- Con mi tab de muñeca estaré seguro. El terreno que rodea al búnker es un hervidero de garras. Se esconden en la ceniza. Como cangrejos. Vosotros, sin tabs, no podríais hacer nada.

- Quizá tengas razón.

- Caminaré lentamente. Tan pronto como esté seguro...

- Si están dentro del búnker no podrás volver aquí. Son muy rápidos. ¿Es que no te das cuenta?

- ¿Qué sugieres?

Klaus se quedó pensativo.

- No sé. Lo mejor sería conseguir que subieran a la superficie. Así podrías ver.

Hendricks sacó su transmisor del cinturón, alzando la antena.

- De acuerdo, lo haremos.

Klaus hizo una señal a Tasso. Tasso subió diestramente la ladera de la colina hasta donde estaban.

- Va a bajar solo - dijo Klaus -. Le cubriremos desde aquí. En cuanto le veas retroceder, dispara. Son muy rápidos.

- No eres muy optimista - dijo Tasso.

- No, no lo soy.

Hendricks comprobó cuidadosamente su arma.

- Puede que no haya ningún problema.

- Es que no los viste. Centenares. Todos son iguales. Como hormigas.

- Podré descubrir si están ahí sin necesidad de bajar. - Hendricks montó su arma, la sujetó con firmeza y cogió el transmisor con la otra mano. En fin, deseadme suerte.

Klaus le tendió la mano.

- No bajes hasta estar seguro. Habla con ellos desde arriba. Que se muestren.

Hendricks bajó la ladera de la colina.

Momentos después caminaba lentamente hacia la pila de ladrillos y escombros junto al tronco muerto. Hacia la entrada del búnker de mando.

Nada se movía. Accionó el transmisor.

- ¿Scott? ¿Me oyes?

Silencio.

- ¡Scott! Soy Hendricks. ¿Me oyes? Estoy a la entrada del búnker. Tenéis que verme en la pantalla de visión.

Escuchó, apretando con fuerza el transmisor. Ningún sonido. Sólo ruidos parásitos. Siguió caminando. Una garra salió de la ceniza y corrió hacia él, lo examinó atentamente, y luego se colocó detrás, perrunamente respetuosa, siguiéndole a unos pasos de distancia. Un momento después se le unió otra gran garra. Las garras le seguían silenciosas, mientras él caminaba lentamente hacia el búnker.

- ¡Scott! ¿Me oyes.? Estoy a la puerta. Aquí afuera. En la superficie. ¿Me escuchas?

Esperó, apretando contra el costado la pistola, mientras mantenía el transmisor pegado a la oreja. Se esforzaba por oír, pero sólo había silencio y vagos ruidos parásitos.

Luego, clara y metálica, sonó una voz:

- Aquí Scott.

Era una voz neutra. Fría. No podía identificarla. Pero el auricular era preciso.

- Scott, escucha. Estoy aquí arriba. Estoy en la superficie, frente a la entrada del búnker.

- Sí.

- ¿Me ves?

- Sí.

- ¿Por la pantalla visual? ¿Me tienes enfocado?

- Sí.

Hendricks meditó unos instantes sobre la situación. Le rodeaba un círculo de pacientes garras.

- ¿Va todo bien en el bunker? ¿No ha pasado nada especial?

- Todo va bien.

- ¿Podrías subir a la superficie? Quiero verte un momento. - Hendricks respiró profundamente. Sube aquí conmigo, quiero hablarte.

- Baja.

- Sube, es una orden.

Silencio.

- ¿Subes? - Hendricks escuchó; no había respuesta -. Te ordeno que subas a la superficie.

- Baja.

Hendricks apretó las mandíbulas.

- Ponme con Leone.

Hubo una larga pausa. Escuchaba ruidos parásitos. Luego llegó otra voz, firme, sólida, metálica. Igual que la anterior.

- Aquí Leone.

- Hendricks. Estoy en la superficie. A la entrada del búnker. Quiero que subáis uno aquí.

- Baja.

- ¿Por qué? ¡Es una orden!

Silencio, Hendricks bajó el transmisor. Miró cautelosamente a su alrededor. La entrada estaba frente a él. Casi a sus pies. Bajó la antena y fijó el transmisor al cinturón. Cuidadosamente, sujetó su arma con ambas manos. Avanzó, paso a paso. Si podían verle sabían que se dirigía a la entrada. Cerró los ojos un momento.

Luego puso un pie en el primer escalón.

Dos David subieron hacia él, sus caras idénticas e inexpresivas. Los desintegró en partículas. Seguían subiendo silenciosamente, todo un ejército. Todos exactamente iguales.

Hendricks dio la vuelta y echó a correr, lejos del bunker, hacia la colina.

En la cima de la colina, Tasso y Klaus dispararon. Las garras pequeñas subían ya hacia ellos, brillantes y rápidas cual esferas de metal, surcando frenéticas las cenizas. Pero no tenía tiempo de pararse a pensar. Se arrodilló, apuntando con su pistola hacia la entrada del búnker. Los David salían en grupos, con sus ositos de

felpa. sus flacas y huesudas piernas resonando al subir los escalones hacia la superficie. Hendricks disparó contra la masa principal. Estallaron, desparramando engranajes y muelles en todas direcciones. Disparó de nuevo, entre la niebla de partículas.

Una figura gigantesca surgió de la entrada del búnker, alta y vacilante. Hendricks la contempló sorprendido. Un hombre, un soldado. Con una pierna sólo, apoyándose en una muleta.

- ¡Mayor! - era la voz de Tasso. Más disparos. La inmensa figura avanzaba, con los David hormigueando a su alrededor. Hendricks salió de su estupor. La primera variedad. El soldado herido. Apuntó y disparó. El soldado se dispersó en piezas, casquillos, cables y muelles por todas partes. Los David se esparcían por la llanura. Disparó una y otra vez, retrocediendo lentamente y disparando.

Desde la cima de la ladera disparaba Klaus. La ladera hervía de garras que pretendían subir. Hendricks retrocedió hacia el montículo, sin dejar de disparar. Tasso había dejado a Klaus e iba lentamente bordeando hacia la derecha, apartándose de la cima.

Un David subió hacia él, con su carita blanca e inexpresiva y su pelo marrón colgando sobre los ojos. Se inclinó súbitamente, abriendo los brazos. El oso de felpa saltó al suelo y avanzó con él a saltos. Hendricks disparó. David y el oso se disolvieron. Era como un sueño. Hendricks parpadeó.

- ¡Sube aquí! - era la voz de Tasso. Hendricks se dirigió hacia ella. Estaba junto a unas columnas de hormigón, de un edificio destruido. Disparaba por encima de él, con la pistola que Klaus le había dado.

- Gracias. - Llegó junto a ella, jadeando por el esfuerzo. Ella le empujó detrás de las columnas. Sacaba algo de su cinturón.

- ¡Cierra los ojos!. - Sacó una bomba de la cintura y la activó. - Cierra los ojos y tiéndete.

Tiró la bomba. Describió un arco y fue saltando hasta la entrada del búnker. Dos soldados heridos estaban apostados junto a la pila de ladrillos. Seguían saliendo más David, esparciéndose por la llanura. Uno de los soldados heridos se acercó a la bomba y se agachó para cogerla.

La bomba estalló. La explosión hizo rodar a Hendricks por el suelo. El viento caliente lo azotó. Vio a Tasso de pie tras las columnas, disparando lenta y metódicamente contra los David que salían de las ardientes nubes de blanco fuego.

Parapetado en la cima Klaus, luchaba con un anillo de garras que le rodeaban. Retrocedía, disparando contra ellas, intentando atravesar el anillo.

Hendricks se puso de pie trabajosamente. Le dolía la cabeza. Apenas veía. Todo le daba vueltas. No podía mover el brazo derecho.

Tasso se acercó a él.

- Ven. Vamos.

- Klaus... está allá arriba.

- ¡Vamos! - Tasso arrastró a Hendricks, apartándole de las columnas. Hendricks movió la cabeza, intentando despejarla. Tasso andaba deprisa, los ojos duros y brillantes, temerosa de las garras que habían escapado a la explosión.

De entre las rodantes nubes de llamas salió un David. Tasso lo desintegró. No aparecieron más.

- Pero Klaus... ¿qué hacemos? - Hendricks se detuvo, vacilante -. El...

- ¡Vamos!

Retrocedieron, apartándose cada vez más del búnker. Un grupo de garras les siguió durante un rato, y luego les dejó y retrocedió. Por fin, Tasso se detuvo.

- Podemos parar aquí y recuperar fuerzas.

Hendricks se sentó en un montón de escombros. Se frotó el cuello, carraspeando.

- Dejamos a Klaus allí.

Tasso no contestó. Abrió su pistola y colocó un peine nuevo.

Hendricks la miró, desconcertado.

- Le dejaste allí aposta.

Tasso cerró la recámara. Miraba los montones de escombros que les rodeaban, con cara inexpresivo. Como si buscara algo.

- ¿Qué es? - Preguntó Hendricks -. ¿Qué estás buscando? ¿Viene algo?

No comprendía. ¿Qué estaba haciendo ella? ¿Qué esperaba? El no veía nada. Ceniza por todas partes, ceniza y ruinas. Y de vez en cuando el tronco chamuscado de un árbol, sin hojas ni ramas.

- ¿Qué...?

Tasso le interrumpió.

- Quieto. - Achicó los ojos y sacó la pistola. Hendricks se volvió, siguiendo su mirada.

Por el camino que habían seguido ellos venía alguien. Caminaba cansinamente hacia ellos. Tenía las ropas destrozadas. Cojeaba, y avanzaba muy lentamente. Se detenía de vez en cuando a descansar y tomar aliento. Una vez estuvo a punto de caer. Se detuvo un momento para recuperarse. Luego continuó.

Klaus.

Hendricks se incorporó.

- ¡Klaus! - avanzó hacia él -. Cómo demonios...

Tasso disparó. Hendricks se volvió. Ella disparó de nuevo, por encima de él, un mortífero trallazo de fuego. La llama alcanzó a Klaus en el pecho. Explotó, tuercas y piezas volaron por el aire. Durante un instante continuó caminando. Luego se tambaleó y se derrumbó en el suelo. Rodaron unos cuantos tornillos más.

Silencio.

Tasso se volvió a Hendricks.

- Ahora entenderás por qué mato a Rudi, supongo.

Hendricks volvió a sentarse lentamente. Estaba conmocionado. No podía pensar.

- Te das cuenta? - Dijo Tasso. - ¿Comprendes? - Hendricks no dijo nada. Tenía la sensación de que todo se derrumbaba a su alrededor a gran velocidad. La oscuridad le cubría.

Cerro los ojos.

Hendricks abrió los ojos lentamente. Le dolía todo el cuerpo. Intentó incorporarse, pero sintió pinchazos de dolor en el brazo y en el hombro. Lanzó un gemido.

- No intentes levantarte - dijo Tasso. Se inclinó, poniendo su fría mano en la frente de Hendricks.

Era de noche. En el cielo brillaban unas cuantas estrellas, entre las nubes de ceniza. Hendricks estaba tendido y apretaba los dientes. Tasso le miraba impasible. Había hecho una hoguera. El fuego ardía débilmente alrededor de un recipiente de metal que había sobre él. Todo estaba en silencio. Inmóvil oscuridad fuera del círculo del fuego.

- Así que él era la segunda variedad - murmuró Hendricks.
- Lo supe desde el principio.
- ¿Por qué no le descubriste antes?
- Me lo impediste tú. - Tasso se acercó al fuego para mirar el recipiente. - Café. Estará listo dentro de un rato.
- Se sentó de nuevo a su lado. Abrió la pistola y empezó a desmontar sus mecanismos, examinándolos atentamente.
- Una hermosa pistola - dijo Tasso, medio hablando sola -. La técnica de construcción es soberbia.
- ¿Y qué me dices de ellas? De las garras.
- La explosión de la bomba acabó con la mayoría. Son delicadas. Un mecanismo muy complejo, supongo.
- ¿También los David?
- Sí.
- ¿Cómo tenías una bomba como aquella?
- Tasso se encogió de hombros.
- Nosotros la diseñamos. No deberías subestimar nuestra tecnología, mayor. Sin aquella bomba ni tú ni yo estaríamos vivos ahora.
- Es muy eficaz.
- Tasso estiró las piernas, aproximando los pies al calor del fuego.
- Me extrañaba que no te dieras cuenta después de que mató a Rudi. ¿Por qué crees que...?
- Ya te lo dije. Creí que tenía miedo.
- ¿De veras? Sabes, mayor, durante un tiempo sospeché de ti. Porque no me dejabas que le matase. Creí que le protegías. - Se echó a reír.
- ¿Estamos seguros aquí? - preguntó de pronto Hendricks.
- Por un tiempo. Hasta que lleguen refuerzos de otras zonas. - Tasso empezó a limpiar los mecanismos de la pistola con un trapo. Terminó y la montó otra vez. Acarició con los dedos la culata.
- Tuvimos suerte - murmuró Hendricks.
- Sí. Mucha suerte.
- Gracias por ayudarme.
- Tasso no contestó. Alzó los ojos hacia él, brillantes a la luz del fuego. Hendricks se examinó el brazo. No podía mover los dedos. Tenía todo el costado como dormido. Y sentía un dolor sordo y firme.
- ¿Cómo te sientes? - preguntó Tasso.
- Tengo el brazo herido.
- ¿Algo más?
- Heridas internas.
- No te agachaste lo suficiente cuando estalló la bomba.
- Hendricks no contestó. Observó a Tasso servir el café en una cazuela de metal. Se la pasó.
- Gracias. - Se esforzó en beber. Le resultaba difícil tragar; sentía vómitos, y le devolvió el recipiente. No puedo beber más.
- Tasso bebió el resto. Pasó un tiempo. Las nubes de ceniza cruzaban entre ellos y el oscuro cielo. Hendricks descansaba, la mente en blanco. Al cabo de un rato se dio cuenta de que Tasso estaba de pie a su lado, y que le miraba.
- ¿Qué pasa? - murmuró.
- ¿Te sientes algo mejor?
- Algo.

- ¿Sabes, mayor, que si no te hubiese traído hasta aquí te habrían liquidado? Estarías muerto. Como Rudi.

- Lo sé.

- ¿Quieres saber por qué lo hice? Podría haberte dejado. Podría haberte dejado allí.

- ¿Por qué lo hiciste?

- Porque tenemos que largarnos de aquí. - Tasso avivó el fuego con una astilla, y contempló fijamente las brasas -. Aquí no puede vivir ningún ser humano. Si vienen refuerzos no podremos resistir. He pensado en todo esto mientras estabas inconsciente. No creo que tarden más de tres horas en volver.

- ¿Y esperas algo de mí?

- Eso es. Espero que encuentres un medio de salir de aquí.

- ¿Por qué yo?

- Porque yo no conozco ninguno - le miró con ojos relampagueantes, firme y segura a la media luz -. Si no das con un medio de salir de aquí, nos matarán en tres horas. Yo no veo ninguna salida. ¿Qué dices tú? ¿Qué vas a hacer? He estado esperando toda la noche. Aquí sentada mientras estabas inconsciente, esperando. Va a amanecer ya. Está acabando la noche.

Hendricks lo pensó un momento.

- Es curioso - dijo al fin.

- ¿Curioso?

- El que pensases que yo encontraría un medio de salir de aquí. ¿Qué creíste que podía hacer yo?

- ¿No puedes hacer que nos lleven a la base lunar?

- ¿A la base lunar? ¿Cómo?

- Debe haber algún medio.

- No - dijo Hendricks -. No conozco ninguno.

Tasso no dijo nada. Por un instante su firme mirada vaciló. Bajó la cabeza, apartándola bruscamente. Se levantó.

- ¿Más café?

- No.

- Como quieras. - Tasso bebió en silencio. Hendricks no podía verle la cara. Estaba tendido en el suelo, ensimismado en sus pensamientos, intentando concentrarse. Le resultaba difícil pensar. Aún le dolía la cabeza. Y aún persistía la conmoción.

- Podría haber un medio - dijo de pronto.

- ¿Sí?

- ¿Cuánto falta para que amanezca?

- Dos horas. No tardará en salir el sol.

- Teóricamente tendría que haber una nave cerca de aquí. Yo nunca la he visto. Pero sé que existe.

- ¿Qué clase de nave?

- Un crucero.

- ¿Podríamos ir en él a la base lunar?

- Teóricamente sí. En caso de emergencia. - Se rascó la frente.

- ¿Qué te pasa?

- La cabeza. Me resulta difícil pensar. Apenas puedo... apenas puedo concentrarme. Fue la bomba.

- ¿Está cerca de aquí la nave? - Tasso se colocó a su lado, sentada -. ¿A qué distancia? ¿Dónde está?

- Estoy intentando pensar.

Ella hundió sus dedos en el brazo de Hendricks.

- ¿Está cerca? - su voz era como acero. - ¿Dónde crees que está? ¿Estará bajo tierra? ¿En un refugio subterráneo?

- Sí. En un hangar de almacenamiento.

- ¿Cómo podemos localizarlo? ¿Hay alguna indicación? ¿Hay algún código que permita identificarlo?

Hendricks se concentró.

- No. No hay ninguna indicación. Ningún código.

- ¿Qué, entonces?

Una señal.

- ¿Qué clase de señal?

Hendricks no contestó. A la vacilante luz de la hoguera, se le borraba la vista, y sus ojos eran dos órbitas ciegas. Tasso hundió con más fuerza los dedos en su brazo.

- ¿Qué clase de señal? ¿Qué es?

- Yo... no puedo pensar. Déjame que descanse.

- Está bien. - Tasso le dejó y se levantó. Hendricks se quedó tendido en el suelo, con los ojos cerrados. Tasso se apartó de él, con las manos en los bolsillos. Dio una patada a una piedra y se quedó mirando al cielo, la oscuridad de la noche empezaba a engrisecer. Llegaba la mañana.

Tasso apretó su pistola y se puso a caminar alrededor de la hoguera. El mayor Hendricks seguía en el suelo inmóvil, con los ojos cerrados. La línea gris fue alzándose en el cielo cada vez más. Empezó a hacerse visible el paisaje, campos de ceniza en todas direcciones. Ceniza y ruinas de edificios paredes, montones de hormigón, el tronco desnudo de un árbol.

El aire era frío y áspero. Lejos, un pájaro lanzó unos cuantos gorjeos sombríos.

Hendricks se agitó. Abrió los ojos.

- ¿Amaneció? ¿Ya?

- Sí.

Hendricks se incorporó.

- Tú querías saber algo. Me preguntabas.

- ¿Te acuerdas ahora?

- Sí.

- ¿Qué es? ¿qué?

- Un pozo. Un pozo en ruinas. Debajo está el hangar de almacenamiento.

- Un pozo - Tasso pareció tranquilizarse -. Entonces encontraremos ese pozo. - Miró su reloj -. Nos queda más o menos una hora, mayor. ¿Crees que lo encontraremos en una hora?

- Ayúdame a levantarme - dijo Hendricks.

Tasso dejó su pistola y le ayudó.

- Va a ser difícil.

- Si, desde luego - dijo Hendricks, apretando los dientes -. No creo que lleguemos muy lejos.

Empezaron a andar. El sol del alba les calentaba levemente. El terreno era desnudo y liso, una extensión gris e inerte hasta el horizonte. Sobre ellos, muy arriba, hacían círculos silenciosos y lentos unas cuantas aves.

- ¿Ves algo? - dijo Hendricks -. ¿Ves alguna garra?

- No. Aún no.

Cruzaron unas ruinas, un montículo de hormigón y ladrillos. Unos cimientos. Las ratas huían. Tasso se volvió hacia Hendricks.

- Esto era una ciudad - dijo Hendricks -. Un pueblo, más bien. Toda la zona llena de viñedos.

Salieron a una calle destruida, con el pavimento lleno de fisuras y matorrales. A la derecha brotaba una chimenea de piedra.

- Con cuidado - advirtió él.

Apareció ante ellos un pozo, un sótano abierto. Salían de él extremos mellados de tuberías, dobladas y retorcidas. Cruzaron parte de una casa, pasaron ante una bañera volcada, una silla rota, unas cuantas cucharas y restos de platos. En el centro de la calle se había hundido el suelo. La depresión estaba llena de matorrales, escombros y huesos.

- Es aquí - murmuró Hendricks.

- ¿En esta dirección?

- A la derecha.

Pasaron ante los restos de un pesado tanque; el contador que llevaba Hendricks al cinturón cliqueteó lúgubrementemente. El tanque había sido destruido por la radiación. A unos metros del tanque había un cuerpo momificado con la boca abierta. Al otro lado de la calle había un campo liso. Piedras y matorrales y fragmentos de cristal.

- Allí - dijo Hendricks.

Se destacaba un pozo de piedra, roto y desmoronado. Tenía encima unas cuantas tablas. Hendricks caminó vacilante hacia él, con Tasso a su lado.

- ¿Estás seguro? - dijo Tasso -. Parece un pozo normal.

- Estoy seguro.

Hendricks se sentó al borde del pozo, apretando los dientes. Respiraba con premura. Se enjugó el sudor de la cara.

- Estaba previsto para que pudiese escapar el oficial de mando en caso necesario. Si caía el bunker...

- ¿Tú eras el oficial de mando?

- Sí.

- ¿Dónde está la nave? ¿Está aquí?

- Estamos sobre ella. - Hendricks extendió sus manos sobre la superficie de la piedra del pozo -. Está programada para mí y para nadie más. Es mi nave.

Hubo un agudo clic. Luego oyeron un sonido rechinante bajo ellos.

- Volvamos atrás - dijo Hendricks. Se apartaron del pozo.

Una parte del suelo retrocedió. Una estructura metálica fue brotando lentamente de la ceniza, dispersando en su ascensión ladrillos y matorrales. La ascensión cesó al quedar al descubierto el morro de la nave.

- Aquí está - dijo Hendricks.

La nave era pequeña. Descansaba tranquila, suspendida en su soporte, como una aguja roma. Una lluvia de ceniza cayó en el interior de la cavidad oscura de la que había surgido la nave. Hendricks se acercó. Desatornilló la escotilla y la abrió. Se veían los tableros de control y el asiento de presión.

Tasso se acercó y se colocó a su lado, mirando el interior de la nave.

- No estoy habituada a pilotar cohetes - dijo al cabo de un rato.

Hendricks la miró sorprendido.

- Seré yo quien la pilote.

- ¿Tú? Sólo hay un asiento, mayor. Veo que está construida para una persona sólo.

Hendricks estudió atentamente el interior de la nave. Tasso tenía razón. Sólo había un asiento. La nave estaba construida para llevar sólo una persona.

- Comprendo - dijo lentamente -. Y esa persona eres tú.

Ella asintió.

- Por supuesto.

- ¿Por qué?

- Tú no puedes ir, estás herido. Probablemente no sobrevivirías al viaje. Tal vez no llegases nunca.

- Un comentario muy interesante. Pero has de saber que yo sé donde está la base lunar y tú no. Podrías estar meses volando sin encontrarla. Está muy bien escondida. Si no se sabe lo que hay que buscar...

- Tendré que correr mis riesgos. Quizá no la encuentre. Yo sola. Pero estoy segura de que me darás toda la información que necesite. Tu vida depende de ello.

- ¿Cómo?

- Si encuentro la base lunar a tiempo, quizá pueda conseguir que envíen una nave a recogerte. Si encuentro la base a tiempo. Si no, no tendrás ninguna posibilidad. Supongo que en la nave hay suministros. Me durarán lo suficiente...

Hendricks actuó rápidamente. Pero le traicionó su brazo herido. Tasso le esquivó, echándose ágilmente a un lado. Y alzó su mano, rápida como el rayo. Hendricks vio la culata de la pistola. Intentó esquivar el golpe, pero ella era demasiado rápida. La culata de metal le golpeó en la cabeza, sobre la oreja. Le inundó un dolor agudo, y le cubrió de pronto una nube de oscuridad. Se derrumbó en el suelo.

Percibía confusamente que Tasso estaba a su lado, y que le empujaba con un pie.

- ¡Mayor! Despierta.

Abrió los ojos, con un gruñido.

- Escúchame. - Se inclinó, apuntándole a la cara con la pistola -. Tengo prisa. No queda mucho tiempo. La nave está lista, pero tienes que darme esa información. La necesito antes de irme.

Hendricks movió la cabeza intentando despejarla.

- ¡Aprisa! ¿Dónde está la base lunar? ¿Cómo puedo encontrarla? ¿Qué debo buscar?

Hendricks no decía nada.

- ¡Contéstame!

- Lo siento.

- Mayor, la nave está llena de provisiones. Tengo para semanas. Acabaré encontrando la base. Y de aquí a media hora tú habrás muerto. Tu única posibilidad de supervivencia... - paró de hablar.

Por la ladera, entre las ruinas, algo se movía. Algo en la ceniza. Tasso se volvió rápidamente, apuntando. Disparó.

La pistola escupió un globo de fuego. Algo pareció huir entre la ceniza. Disparó otra vez. La garra se desintegró.

- ¿Viste? - dijo Tasso. - Un explorador. No tardarán.

- ¿Les harás venir a rescatarme?

- Si. Lo más pronto posible.

Hendricks alzó los ojos hacia ella. La examinó atentamente.

- ¿Me dices la verdad? - había en su rostro una expresión extraña, una ávida codicia -. ¿Volverás por mí? ¿Me llevarás a la base lunar?

- Te llevaré a la base lunar. ¡Pero dime dónde está! Queda muy poco tiempo.

- Está bien - Hendricks cogió una piedra y se sentó. - Mira.

Hendricks comenzó a dibujar en la ceniza. Tasso estaba de pie a su lado y observaba los movimientos de la piedra. Hendricks trazaba un tosco mapa lunar.

- Esta es la cordillera de los Apeninos. Aquí está el cráter de Arquímedes. La base lunar está a unos doscientos cincuenta kilómetros del final de la cordillera. No sé exactamente dónde. Nadie lo sabe en la Tierra. Pero cuando estés sobre los Apeninos, lanza una bengala roja y una bengala verde, y luego dos rojas en rápida sucesión. El monitor de la base recogerá tu señal. La base está bajo la superficie, por supuesto. Te guiará hasta abajo con garfios magnéticos.

- ¿Y los controles? ¿Puedo manejarlos?

- Son prácticamente automáticos. Sólo tienes que dar la señal correcta en el momento adecuado.

- Lo haré.

- El asiento absorbe la mayor parte del impacto del despegue. El aire y la temperatura tienen control automático. La nave saldrá de la Tierra y pasará a espacio libre. Se alineará con la luna y se pondrá en órbita, a unos ciento cincuenta kilómetros de la superficie. Esa órbita te llevará sobre la base. Cuando estés en la región de los Apeninos, lanza las bengalas.

Tasso se deslizó en el asiento de presión. Los cierres de los brazos se plegaron automáticamente, rodeándola. Accionó los controles.

- Lástima que no vengas. mayor. Todo esto estaba aquí esperándote, y ahora no puedes hacer el viaje.

- Déjame la pistola.

Tasso sacó la pistola y la balanceó en el aire, pensativa.

- No te alejes mucho de aquí. Sería difícil encontrarte si lo haces.

- No. Me quedaré aquí, junto al pozo.

Tasso acarició el mecanismo de despegue.

- Una hermosa nave, mayor. Bien construida. Admiro su técnica. Su pueblo siempre ha trabajado bien. Construyen ustedes cosas excelentes. Su trabajo, sus creaciones, alcanzan su mayor logro.

- Dame la pistola - dijo impaciente Hendricks, extendiendo la mano. Intentó ponerse en pie.

- Adiós, mayor - Tasso tiró la pistola por encima de Hendricks. La pistola repiqueteo y rodó. Hendricks se lanzó tras ella. Se inclinó, cogiéndola.

La escotilla de la nave se cerró. Hendricks retrocedió. Comenzaba a sellarse la puerta interna. Alzó la pistola laboriosamente.

Hubo un estruendo estremecedor. La nave se alzó de su soporte metálico, arrojando un chorro de fuego. Hendricks retrocedió aún más. La nave se lanzó hacia las nubes de ceniza, perdiéndose en el cielo.

Hendricks se quedó observando largo rato, hasta que la estela desapareció. Nada se movía. El aire de la mañana era crudo y silencioso. Comenzó a andar sin propósito por el camino por el que había llegado. Mejor no quedarse quieto. Tardaría mucho en llegar ayuda... si llegaba.

Buscó en los bolsillos hasta que dio con un paquete de cigarrillos. Encendió uno. Todos querían fumarse sus cigarrillos. Pero los cigarrillos andaban escasos.

La lagartija se deslizó a su lado entre la ceniza. Se detuvo, rígido. La lagartija desapareció. Arriba, el sol estaba alto. Algunas moscas se posaron en una roca lisa que había junto a él. Hendricks las espantó con un pie.

Aumentaba el calor. El sudor le chorreaba por la cara y por el cuello. Tenía la boca seca.

Se detuvo y se sentó en unos escombros. Abrió su botiquín y tragó unas cápsulas narcóticas. Miró a su alrededor. ¿Dónde estaba?

Había algo en el suelo frente a él. Tendido en el suelo. Silencioso e inmóvil.

Hendricks sacó rápidamente su pistola. Parecía un hombre. Entonces recordó. Eran los restos de Klaus. La segunda variedad. Allí lo había desintegrado Tasso. Pudo ver ruedas y engranajes y cables esparcidos sobre la ceniza. Brillando y relumbrando bajo la luz del sol.

Hendricks se levantó y se acercó. Empujó con el pie la forma inerte, dándole la vuelta. Vio el casco de metal, las costillas de aluminio. Cayeron más engranajes. Como vísceras. Montones de cables, engranajes y relés. Ruedas y motores.

Se inclinó. El cráneo se había roto en la caída. Se veía el cerebro artificial. Lo examinó. Una masa de circuitos. Tubos diminutos. Cables finos como cabellos. Movié el resto del cráneo. Se fragmentó. Comprobó el sello.

Y palideció.

IV-V.

Contempló la placa largo rato. Cuarta variedad. No segunda. Se habían equivocado. Había más tipos. No eran sólo tres. Había muchos más, sin duda. Por lo menos cuatro. Klaus no era la segunda variedad.

De pronto se puso tenso. Algo llegaba, caminando entre la ceniza, más allá de la colina. ¿Qué era? Figuras. Figuras que se acercaban lentamente.

Que venían hacia él.

Hendricks se acuclilló y levantó la pistola. Le goteaba el sudor en los ojos. Se esforzó por dominar su creciente pánico al acercarse las figuras.

La primera era un David. El David le vio y aumentó la velocidad. Los otros la aumentaron también. Un segundo David. Un tercero. Tres David, todos iguales, avanzando hacia él silenciosamente, sin expresión, moviendo rítmicamente sus flacas piernas. Abrazando sus osos de felpa.

Apuntó y disparó. Los dos primeros David se disolvieron en partículas. El tercero continuo. Y la figura que había detrás. Ascendiendo silenciosamente hacia él por la ladera de gris ceniza. Un soldado herido, sobresaliendo por encima del David. Y...

Detrás del soldado herido iban dos Tasso, caminando hombro con hombro. Grueso cinturón, pantalones y camisas del ejército ruso, pelo largo. La misma imagen de la mujer que había tenido frente a sí unos minutos antes. Sentada en el asiento de presión de la nave, dos imágenes silenciosas, idénticas.

Estaban muy cerca. El David se inclinó bruscamente, soltando su oso de felpa. El oso corrió hacia él. Automáticamente, los dedos de Hendricks apretaron el gatillo. El oso desapareció, disuelto en niebla. Las dos Tasso continuaron avanzando, impertérritas, hombro con hombro, a través de la ceniza gris.

Cuando estaban casi junto a él, Hendricks alzó la pistola al nivel de la cintura y disparó.

Las dos Tasso se disolvieron. Pero ya empezaba a subir la ladera un nuevo grupo, cinco o seis Tasso, todas idénticas, una hilera de ellas avanzando rápidamente hacia él.

Y él le había dado la nave y le había revelado la señal. Por su culpa llegaría hasta la base lunar. El lo había hecho posible.

Tenía razón en el comentario que había hecho sobre la bomba. Había sido diseñada de modo que conociese a los otros tipos, el tipo David y el tipo soldado

herido. Y el tipo Klaus. No diseñada por seres humanos. Sino por una de las fábricas subterráneas sin ningún contacto con los hombres.

La hilera de Tasso subía hacia él. Hendricks se cruzó de brazos observándolas tranquilamente. El rostro familiar, el cinturón, la gruesa camisa, la bomba cuidadosamente colocada.

La bomba...

Cuando las Tasso le cogieron, cruzó por su mente un último pensamiento irónico. Le alivió un poco. La bomba. Hecha por la segunda variedad para destruir a las otras. Sólo con ese fin.

Estaban empezando ya a diseñar armas para combatir entre sí...

FIN

Juan José Plans - EL RETORNO

La Tierra aún no había aparecido en el espacio. El astronauta consultaba nervioso los controles. Ningún fallo. Diez años viajando a la velocidad de la luz no eran suficientes como para disipar la esperanza de retornar al mundo, que era como regresar a un pasado que parecía perdido para siempre. Había olvidado la noción del tiempo. Únicamente los relojes terrestres le mantenían en una realidad que era vaga en sus pensamientos. Pero la Tierra se dejó ver. Era un ínfimo punto entre millones de puntos. Era un diminuto grano de arena entre los millones de una playa. Diez años son muchos años. ¿Me esperarán? Todo fue calculado con rigurosa precisión. Y no existe ni error de segundos. Pero es posible que se hayan olvidado de mí. Son muchos años diez años. Si la radio hubiera funcionado no me habría sentido tan solo. El contacto con los demás finalizó casi con el principio del viaje; cuando escuchaba a mi hijo, el penúltimo: «¿Son tan grandes las estrellas como dicen los libros o son tan pequeñas como se ven desde la terraza de casa?» No le pude contestar. Y el otro, mi último hijo, que ya tendrá nueve años, ¿cómo será? ¿Niño o niña? ¿Y cómo se llamará? ¡Oh, esto debería ir más de prisa! Qué cosas digo, ¿más de prisa? ¡Si voy a la velocidad de la luz, a esa velocidad que antes se creía que no se llegaría alcanzar! (Aquel ínfimo punto tomó el tamaño de la cabeza de un alfiler). ¿Y Helen?

Le dije que cuidara las flores del jardín, que las regara todos los días. ¿Lo habrá hecho? ¡Las rosas! ¿Por qué no estará el Universo lleno de rosas? Este frío espacio, estas extrañas y a veces monstruosas tinieblas... Ahora me parece imposible que hayan transcurrido diez años en esta cápsula, que haya dejado la Tierra hace tanto tiempo. Se me hacía interminable, desesperante. Era como huir de la Tierra. Esa es la sensación que nos da a los astronautas: que huimos de todo, que deseamos emprender una nueva vida más allá de las estrellas (Aquella cabeza de alfiler tomó el tamaño de una pelota de tenis). ¡Son deliciosos los pasteles de manzana de Helen! Y el quedar amodorrado con el periódico en la mano después del almuerzo. Estar rodeado de rostros, de gentes que ríen, de gentes que hablan, de flores, de montañas que sobrepasan en el horizonte la altura de los edificios. Hasta me parecen hermosos los camiones de la basura. No apreciamos en la Tierra todo el valor que la vida encierra. Una procesión de caracoles, los piecitos de un recién nacido... No, no lo apreciamos con toda su intensidad. Tengo miedo. Tengo miedo de regresar y no saber volver a ser un simple hombre. Tengo miedo. Miedo... ¿Huirán de mí? Esta escafandra es ahora como mi piel. Los alimentos encerrados en bolsas, las más sencillas de las necesidades humanas disueltas por medios químicos... En esta cápsula he hecho mi vida, he construido un hogar. Pero un hogar muerto... ¿Se acostumbraría a desenvolverse de nuevo en la sociedad un naufrago que regresara de una isla desierta después de muchos años? Esta cápsula es esa isla desierta. ¿Qué sociedad me aguarda? ¿Seguirá Helen con sus pasteles de manzana? Tal vez ya no se planten flores... ¡Diez años rodeado de mecanismos, de fórmulas, moviéndome en un espacio reducido! Y todo para que, tal vez, me den una palmada en el hombro y me digan: «Este trasto en que viajó se ha quedado viejo. Ya sabemos todo lo que nos pueda comunicar» (Aquella pelota de tenis tomó el tamaño de un globo). ¿Y qué les diré? ¡Hay tanto que decir! Pero todo se puede

reducir a unas palabras, a unas simples palabras. Besaré a Helen como si no hubieran pasado diez años. Ella tendrá la belleza de siempre. Esa belleza serena. Quizá la esté idealizando demasiado... Es horrible, ¿y si Helen no fuera como la he recordado durante todo este tiempo? No, la siento a mi lado, la he sentido siempre. ¡Cuántas veces me faltó su aliento junto al mío! El aliento real, no el que producen los recuerdos. Otra vez los pasteles de manzana, el oír llorar a los niños... ¡Si ya no lloran! El mayor debe tener veinte años. Tal vez me encuentre con que soy abuelo. No, no vayas tan lejos. ¡Es como salir de un profundo letargo, es como volver a nacer, es como volver a vivir! Llevaré al más pequeño de mis hijos al parque de atracciones. Subiremos juntos a los columpios, a los toboganes, a los tiouvivos... ¿Y si ya no existen los columpios o los toboganes o los tiouvivos? (Aquel globo tomó el tamaño de la Tierra). Aterrizaré en el lugar marcado. ¿Me esperarán? Fotógrafos, preguntas de los periodistas, abrazos. Pero yo quiero ver a Helen y a mis hijos. Sólo deseo verlos a ellos, así sabré que realmente soy yo, que sigo siendo el mismo. Antes de emprender el viaje pensaba en el regreso. Un automóvil rodeado de guirnaldas por el centro de las avenidas principales de la ciudad. Gritos, aplausos, confetis que cubrirán mi cuerpo y un mar infinito de manos que intentarán tocarme. ¿Será así? Ya no me importa. Tal vez lllore. Alguien se extrañará de que lllore un astronauta. Y he llorado tantas veces en estos diez años... Cada vez que la cápsula avanzaba más en el espacio se me antojaba que cada vez más me alejaba de mí mismo. Y hasta pensé que era un instrumento adosado a los instrumentos. ¡La Tierra! Ese color verde y azul de los mares, ese color indescriptible de los continentes...

Al abandonar la cápsula, contempló un paisaje desértico. Nada.

Un viento helado le sobrecogió. Sintió cómo se enredaba por entre sus cabellos después de haberse despojado de la escafandra. Consultó una y mil veces los mandos. Todo estaba sin error. Había descendido en el lugar indicado, aquello era la Tierra.

Pero no había nadie.

Nadie.

Nada.

¿Y Helen, y los niños, y el presidente, y los científicos, y los periodistas, y los amigos, y las naciones, y las fronteras, y los árboles, y los toboganes? Parecía que la Tierra había sido afeitada por completo. El astronauta comenzó a caminar. La brújula señalaba el Norte. Y al Norte estaba, o había estado o estaría, su hogar. Allí tenían que hallarse Helen y los niños. Unas rayas horizontales que formaban horizontes a los cuatro vientos le acompañaban. Y llegó al lugar. Sabía que era aquél por la montaña que se levantaba sobre un cielo azul insultante. La ladera, en otros tiempos henchida de bosques y ahora de polvo calcinado. El astronauta se sentó en el mismo sitio en donde todas las noches contemplaba las estrellas. En aquel lugar en donde Helen se le acercaba y, a su lado, le hablaba de aquella vida que comenzaba a latir en sus entrañas. En aquel lugar en donde soñó tantas veces viajar por el Universo. El astronauta lloró. Pero sin Helen y sus hijos, sin el Presidente, sin los fotógrafos, sin una multitud que se hubiera extrañado de sus lágrimas.

Otra vez el viento helado le sobrecogió. ¿Y si el tiempo le hubiera adelantado a todos? ¿Y si el tiempo le hubiera dejado demasiado tarde? Sólo le quedaba una esperanza: que la Tierra se abriera, que aflorara de su seno las semillas y que

éstas cubrieran los campos. Nuevamente o por primera vez. De todas formas sería un principio.

Y el astronauta aguardó a que el polvo le cubriera, a que su cuerpo fuera semilla.

FIN

Larry Niven - REINCIDENCIA SOSPECHOSA

De vuelta a casa. Los vastos espacios interestelares me han devuelto al que fuera mi primitivo punto de partida, la cúspide de Rand's Needle. Trescientos pisos de cristaleras relampagueando en el crepúsculo. El taxi me lleva rápidamente hacia los lares domésticos.

De vuelta a casa. Debería sentirme a gusto y sosegado. Sin embargo, no es así.

Un ancho tramo de escalones de negro mármol me conducen hasta el vestíbulo. Saludo al portero antes de que él advierta mi presencia.

- Hola, Emilio...

Sonríe.

- Buenos días, mister Cox. - Aguarda mientras utilizo mi llave (él no tiene ninguna, siquiera de seguridad), y luego cierro el ascensor a mis espaldas. No ha notado nada extraño.

Llego a mi apartamento y guardo mi llave. ¿Tendrá él alguna visita? Eso es una estupidez. Yo no tuve ninguna visita aquella noche.

Doce pisos. Estoy plantado frente a la mirilla de la puerta. Llamo al timbre.

- ¿Quién es? - pregunta una voz que conozco muy bien.

- ¿Puede usted verme?

- Sí.

Sonríe. Mi rostro se mantiene incólume. Mi tono de voz no pierde un cierto deje de ligereza.

- Entonces diga usted quién soy yo.

- Estoy intentándolo.

- No te canses en discernir imágenes gemelas, George. Soy tú.

- Seguro que sí.

Se muestra escéptico. Pero no me ofendo.

- Soy tú - insisto -. Y he conseguido una llave de mi propio apartamento.

¿Puedo probarla?

- Adelante.

Abro la puerta y entro. El impacto que me produce el reconocer lo que pudiera haber sido una duda me golpea en la boca del estómago. Mesas, sillas, el almohadón de recuerdo, el sillón favorito. El cuadro original de Eddie Jones. La botella de brandy en el bar. Veintiséis años en el espacio, la mayor parte de los mismos en estado de hibernación, y sin embargo heme aquí. Estoy en casa. Todo está en su sitio, incluso el inquilino, George Cox, de pie a mis espaldas, sin tomárselo demasiado a broma. Está empuñando una navaja automática cuya hoja semeja una daga de plata.

- Puedo decirte dónde conseguiste eso - digo.

- También pueden hacerlo muchos amigos míos - está intranquilo.

- No esperaba que esto fuera fácil. George, ¿recuerdas cuando tenías... dieciocho años más o menos? Ibas hacia Cal Tech. Una noche te encontrabas tan solo, tan jodidamente solo, que llamaste a una chica que sólo conocías por haberla visto una vez en una de las reuniones de cumpleaños de Glenda. Una chica rolliza y de buenas carnes, ¿recuerdas? La llamaste y... bueno, luego te enfrentaste a sus padres. Estabas tan nervioso y avergonzado que...

- Cállate. De acuerdo, puedo recordar todo eso. ¿Cómo se llamaba la tipa?

- No puedo recordarlo y se lo digo así.

- Diste en el blanco otra vez - dice.

- Perfecto. ¿Recuerdas aquella puesta de sol en Kansas, cuando el cielo entero pareció dividirse por la mitad en el curso de una tormenta? Un rayo cruzó el cielo y tú intentaste seguir su trayectoria, hacia el este, sumergida en el horizonte...

- Sí, sí, sí. Pero es increíble. Nunca creí que pudiera ocurrir dos veces aquel fenómeno. - Sin embargo, se queda pensativo. Luego pliega el cuchillo y lo guarda en un cajón -. Eres yo. Qué te parece beber algo para celebrarlo.

- ¿Qué te parece a ti? ¿Un combinado?

- Voy a prepararlo - dice.

Lo dejo ir. No quiero inmiscuirme en su terreno privado. Va a la coctelera a preparar un Navy Grog, algo especial. Dice que es una ocasión única. No recuerdo ese detalle la noche en que fui él. Corto algunas pajitas, mientras él prepara el combinado y me dirige alguna que otra cortante mirada. Nadie en el mundo podía saber aquello.

- Eres yo - dice cuando estamos sentados en sendos sillones saboreando la bebida -. ¿Y cómo?

- El agujero negro. Bauerhaus 4.

- Vaya - sin duda lo estaba esperando -. De modo que era eso.

- Creí que no lo habían conseguido.

- Pudieron.

Sorbe la bebida y espera.

- Agujero negro - digo -. Las estrellas llamadas raras porque han concentrado toda su radiación en un punto. Fueron consideradas por la teoría general de la relatividad desde hace cien años o más. El primer agujero negro apareció en 1972, en el Cisne, rodeando un hinchado y gigantesco sol amarillo. Bauerhaus 4 es, sin embargo, bastante más reducido.

Sacude la cabeza. Lo había oído antes, por su propia cuenta, un par de semanas atrás, cuando el doctor Kurt Bauerhaus daba una de sus conferencias en el Centro de Enseñanza de Astrofísica Superior.

- Sin embargo - añado -, ni siquiera el doctor Bauerhaus quiere hablar enteramente de lo que ocurre en el radio Swartzchild de un agujero negro. Las estrellas raras tienen la virtud de conmocionar a gente como Bauerhaus.

- El viaje en el tiempo es lo que causa esa conmoción.

- No opino lo mismo. Olvida el viaje en el tiempo y sus particularidades y céntrate en el agujero negro. Una masa tan enorme que cuando se desploma lo hace concentrándose en un punto tan sólo. Y todo ello en un parpadeo. ¿Puedes creértelo?

- En las ecuaciones sí - gruñe -. Es lo que dice Bauerhaus. La teoría de la relatividad opera justamente sobre los presupuestos en el papel, de manera que sólo sigue el rastro de lo que ya ha sido probado.

- Eso estaría muy bien aplicado a un agujero en otro universo, o incluso en alguna remota parte del nuestro. Y eso se encuentra también en los cálculos al respecto. Lo cierto es que en torno al agujero negro hay una cierta forma de rotación que te devuelve al punto de partida sin necesidad de que te hayas acercado a la estrella rara. Evidentemente todo esto suena a ingenuo hasta que llega el día en que adviertes en persona cuanto ha sido tema de charlas y conferencias. Me refiero a experimentar la presencia del punto exacto, el punto localizado en el espacio-tiempo.

- Salud - dice alzando el vaso.

- Salud - replico alzando el mío -. Pues bien. He regresado a una fecha de calendario que se sitúa por delante de la fecha en que emprendí el viaje. Muchos astrofísicos preferirían creer que el agujero se encuentra más bien en la teoría que fuera de ella. Las raras los ponen nerviosos.

- Los viajes en el tiempo me ponen nervioso a mí.

- Puedes comprobarlo por ti mismo, no obstante. - Golpeo mi pecho -. Como puedes ver nada me ha ocurrido.

No parece estar nervioso. Ambos estamos más bien bajo la relajante influencia de la bebida. Y aún debe pasar un largo rato antes de que comprobemos el efecto de la fría, oscura y dulce cualidad del Navy Grog.

- Bueno - dice -, tú sabes que yo sólo veo la posibilidad de rodear el punto. Y lanzar las sondas.

- Lo sé. Pero el autopiloto del Ulysses está hecho para enviar una de las sondas en el curso de una circunvalación a través del radio Swartzchild de la estrella y hacer que regrese a su punto de partida. Y tú y el Ulysses tomaréis justamente ese camino en lugar de la sonda. No puedes quedarte sin saberlo desde ahora. No puedo dejarte en la ignorancia. Regresarás aproximadamente veintiséis años en el tiempo, devolviéndote a la Luna durante los primeros seis meses de ese período.

- ¿A la Luna? - pregunta removiéndose en la silla -. ¿Por qué no a la órbita de la Tierra?

- Aún no. Yo tuve que ocultar el Ulysses en la otra cara de la Luna. Desde allí tomé un vehículo de salvamento y busqué un cráter adecuado. Allí lo enterré. Volví a Miami en un vehículo para turistas. Dentro de un año volveré a la Luna, recogeré el Ulysses y volveré a casita para ser aclamado por la masa.

- Seis meses después del despegue. Eso les hará creer que fuiste a través del radio Swartzchild. Bauerhaus 4 está a once años luz.

- Bien, puedes tomar tu propia decisión respecto de...

- Respecto de la mierda. Tú eres yo, y tú has decidido ya.

- Me ha llevado un año adaptar mi mente. Pero míralo así. La N.A.S.A. está preparada para saber que puedes usar un agujero negro de esta manera. Ella costea el viaje. Y con eso, ¿qué pueden hacerme?

- Claro...

- De otro modo, estaría condenado a mantenerme oculto durante veintiséis años.

- Perfecto - concede -. Perfecto, Ge... George. - Tembló al pronunciar su propio nombre -. ¿Cuál es el meollo de todo esto?

Sin embargo, sé que él lo ha imaginado ya.

- Acciones. Afortunadamente has estado comprando y vendiendo acciones, no muchas, las suficientes para preocuparte y enterarte de cómo anda el mercado. He memorizado las alzas y las bajas de la bolsa en los próximos seis meses. En seis meses seremos millonarios. Luego cogeremos un montón de periódicos y tú te ocuparás de lo mismo.

- ¿Para qué? - pregunta con una mueca -. Si ya tendremos la pasta.

- Puedo esperar alguna jugada de tu parte - digo con cierta incomodidad.

Cabecea lentamente. Yo estoy tranquilo ahora. Pero de los dos yo soy el único vulnerable. Si combinamos nuestros intereses y nuestras operaciones, puede ocurrir que el Mecnógrafo del Tiempo opte por alterar un poco el borrador, con lo que desapareceré convirtiéndome en polvo, en humo, en nada. ¿O no? En estos

asuntos las paradojas están a la orden del día y cuanto especulemos no pasará de mera conjetura.

Volví de la Luna con un nombre supuesto: C. Cretemaster. Como C. Cretemaster alquilé un apartamento al otro extremo del diámetro que podía trazarse entre el George Cox más joven y yo. Si lo frecuento demasiado me transformaré en un micrófono secreto.

Y, sin embargo, era lo que ocurría conmigo cuando yo era él. Yo temía que el George Cox más viejo intentara asumir mi vida. Y aunque ya lo ha hecho no lo hizo entonces. Su existencia me aprisionaba más que los barrotes de una celda. Y era lo inevitable, pues no tenía opción. Allí donde los caminos de la vida se bifurcan, yo no tengo más remedio que girar ese camino; todas las salidas restantes me están vedadas. Es lo que le está ocurriendo a él ahora. Y yo estoy fuera de su camino.

Es más, yo aún lo estoy atravesando. Ahora soy el George Cox más viejo, lo que impide cualquier tipo de ayuda. Mi vida está planeada hasta en el más insignificante detalle. Mi libre voluntad - mi ilusión de poseer un «libre albedrío» - no regresará a mis facultades hasta que el Ulysses desaparezca entre las estrellas. Pero no espero a tal acontecimiento. Raramente tenemos contacto durante los siguientes cinco meses. El, junto con Frank Curey y Yoki Lee, se mantiene ocupado con las pruebas y el aprendizaje astronáutica. Yo vivo de su salario, lo que es cojonudo para ambos porque el valor de sus acciones sube sin cesar. Yo me encargo de las manipulaciones, en nuestro común nombre. Él no tiene tiempo.

Todo es como jugar al póker con la facultad de leer las cartas. Y, de veras, no me siento culpable, todo lo más un poco alegre. Sin embargo, durante la última operación llegue a preguntarme por qué el dinero no aumentaba a mayor velocidad. Ahora que manejo el asunto he llegado a saberlo. Hay un límite para la rapidez con que puedes mover el dinero, aun cuando sepas exactamente dónde va a parar. La masa monetaria está regulada socialmente.

- Me siento triste por Yoki y Frank - me dice -. Trabajan tan esforzadamente como yo, y todo para nada.

- Tómalo como una predestinación - le respondo. Aunque deseaba poder darle una respuesta mejor. Recordaba, lo mucho que se desilusionarían y lo bravamente que intentarían ocultarlo.

Los tres tardan aún dos meses en prepararse con el Ulysses. El viaje está ya listo; sólo queda el entrenamiento de los pilotos. Puedo ver la oscuridad de la noche cruzada por una astilla de luz que se desliza lentamente entre las estrellas. Y comienzo a recordar:

Dejo atrás los planetas y la zona de los cometas conocidos. Meses enteros empleados en los detalles más elementales, como la depuración del oxígeno, el ajuste de los controles de seguridad y la comprobación del perfecto funcionamiento de los accesorios automáticos. Finalmente, el inmenso lienzo del cosmos se extiende ante mí, exhibiendo sus colores próximos a la locura. Luego, la hibernación. Despierto a mitad de trayecto, poseído por el miedo de que la ruta de las estrellas haya cambiado, enfrentándome a los fantásticos chisporroteos y relámpagos del espacio que rodean la nave. Esta surca océanos de rojo oleaje para abordar puertos de azules y cárdenas ensenadas. Luego regreso al nicho del frío sueño.

Despierto nuevamente descubriendo que las estrellas han vuelto a su apariencia cotidiana. Uso el Indicador de Masa para intentar localizar Bauerhaus 4. Está aquí miro y vuelvo a mirar por el telescopio... y nada veo.

Tomo las sondas indicadas. Dentro de la ergosfera, la región elíptica del torbellino que circunda el radio Swartzchild. El tamaño de la ergosfera me indicará cuántas estrellas están afectadas por el torbellino de absorción del negro agujero, es decir, las dimensiones completas de la rara.

La primera sonda gira en torno al negro agujero cientos de veces un segundo antes de desaparecer. La segunda sigue el mismo camino, incendiándose antes de penetrar en el radio Swartzchild, disparándose luego a una velocidad poco menor que la de la luz.

Todavía me recuerdo preparando el lanzamiento de la tercera sonda. La sonda fue lanzada.

¿Cometí realmente aquella locura?

Mierda, realmente la cometí.

Recuerdo que las estrellas se oscurecían en las proximidades del Punto hueco. En un momento una estrella se situó a mis espaldas y en una ráfaga de segundo se convirtió en un suspiro de luz. No hubo la menor colisión mientras atravesaba el radio Swartzchild, tan sólo un aumento de la fuerza calórica... y de algún modo supe que había abandonado el universo.

Libre al fin. Libre del George Cox más viejo.

Estaba seguro.

- Hemos estado manejando pasta de la buena durante cinco meses - le digo cuando regresa -, tanto que hemos sobrepasado el millón. ¿Cómo te sienta ser millonario?

- Bastante bien - contesta mientras sonríe triunfalmente a través del montón de libros que le rodea. Sin embargo, su sonrisa parece un tanto forzada al volver la cabeza hacia mí.

- Perfecto, chico. Ahora, a tu trabajo. - Le pongo delante todo un fardo de periódicos -. A memorizar la quincalla bursátil.

- ¿De todas las compañías?

- No, sólo las que están en alza y el momento preciso de producirse. Encuéntralas, señálas y comienza a metértelas en la cabeza.

Gruñe, tal como yo hiciera una vez.

- Tú tienes más tiempo libre que yo - dice.

- ¿No hemos discutido ya bastante ese punto? Esto viviendo una pesadilla pensando que si nos saltamos el orden natural de las cosas desapareceré como la luz de una bombilla que se funde. Por favor, ¿no harás esto por el mejor amigo que jamás podrás tener?

Cogió los periódicos.

Lo pierdo de vista durante una semana.

Una tarde contesto al teléfono que suena. Es él. Por la pantalla puedo ver que sus ojos arden y su rostro está pálido. Antes de que pueda yo pronunciar la menor palabra, se me adelanta con no evitada precipitación.

- ¡Han escogido a Frank!

- ¿Qué? Una mierda para ellos. Me escogieron a mí.

- ¡Pero han escogido a Frank! George, ¿qué haremos? - Su voz se desvanece en un murmullo. Se introduce en mi cabeza como una cantinela pegadiza. La habitación también comienza a desvanecerse entre un sordo zumbido. Mis rodillas tiemblan y caigo al suelo. Quiero gritar, pero no puedo.

Tengo frío. Aprecio un cosquilleo bajo mi mandíbula. La toco con mis propias manos y compruebo que la mandíbula está allí, que es real. Sin duda me he desmayado. El otro George chilla al otro lado del teléfono: ¡George! ¡George!, de modo que consigo incorporarme lo suficiente como para exhibir mi rostro en la cámara.

- Tranquilízate - le digo -. En seguida me recuperaré

Esta vez estamos sentados. Nos dedicamos a pasear inconexamente por la habitación sin tener en cuenta lo que el otro dice o hace, como en una mediocre comedia sobre el hastío contemporáneo.

- Podemos olvidarlo - dice -. Repartamos el dinero. Ignoremos la paradoja.

- Casualmente es algo que no puedo olvidar. George, métete de una vez en la cabeza que la paradoja soy yo. Si esta vez no ocurre como tiene que ocurrir, desaparezcó. Tenemos que hacer algo.

- ¿Por ejemplo? ¿Tal vez robar la nave?

- Pues mira, eso...

- Si yo robo el Ulysses te formarán consejo de guerra.

- ¡A tí!

- Nana. Ni me verán el pelo si eso ocurre.

- Entonces, ¿cómo narices podrías retirar el dinero impuesto a mi nombre?

Condenación. Está en lo cierto. Todos los esfuerzos, todas las precauciones tomadas, se convertirán al cabo en agua de borrajas.

- Quizás no sospechen de mí - dije deteniéndome a mitad de una larga zancada.

- Vete por ahí. Se nos ha visto la cara demasiado.

- Vete tú por ahí ahora. Alguien puede haberme suplantado. Yo tengo una coartada.

- ¿Una coartada? - exclamó comenzando a reír -. Escucha, voy a preparar unos tragos. Todo esto carece de sentido para un hombre sereno.

Un mes de espera. Un mes haciendo planes. Ese era el cálculo. Pero no resultó así; los sinvergüenzas adelantaron la fecha del despegue un par de semanas. Cuando hay dinero por medio uno comienza a perder la fe en la consistencia del universo al enterarse de tales alteraciones, por las noches temo dormirme. Cada mañana es una sorpresa llena de arrobó. Aún estoy aquí.

Deseo hablar con Bauerhaus.

Caeríamos sobre él después de su charla. Pequeño, rechoncho flemático, se dedica a prodigar largas conferencias sobre cosmología en general. El gran empuje que puede o no haber dado comienzo al universo, y de paso haber sembrado algunos negros agujeros más pequeños que un átomo y más pesados que el mayor asteroide... la posibilidad de que el universo mismo contenga alguno de esos negros agujeros... agujeros blancos que vomitan materia de la nada...

Sin embargo, habla claro respecto a uno de los temas.

- Caballeros, debemos reconocer que no sabemos lo que ocurre en el interior del radio Swartzchild de un agujero negro. No sabemos lo que ocurre con la materia que se aproxima al punto exacto. Posiblemente sea detenida por una fuerza más potente que todas las cosas conocidas.

¿Y qué pasa con lo que atraviesa el área del agujero negro? El carcamal sonríe como si le gastaran una broma.

- Esperamos encontrar un agujero teórico. Nosotros postulamos una Ley de Censura Cósmica que nos habla sobre ello, demostrando que nada que caiga en un agujero negro puede salir de él. De no ser así, obtendríamos agujeros negros con tal índice de rotación que no permitiría la existencia del radio Swartzchild alrededor de la rara. Y una rara desnuda atraería demasiadas miradas. Las matemáticas se muestran aquí inconsistentes, como si quisiéramos dividir cero por cero.

Si el carcamal pudiera verme ahora, si nos viera a ambos de seguro que los raros seríamos nosotros. Pero no podemos arriesgarnos a ser vistos juntos. El George Cox más joven continúa su entrenamiento. Los periodistas preguntan a Yoki y al George más joven sobre la necesidad de vehículos apropiados para recorrer los mundos semejantes a la tierra que hallen en el espacio. El otro George juega a la bolsa y espera.

Frank Curey habla estado tanto tiempo como yo en el espacio, preparándose para el vuelo del Ulysses, lo que aún no había sucedido. Apenas mide cinco pies de estatura, su complexión es musculosa y la cuadratura de sus hocicos lo asemeja al perro. Su peso es menor que el mío o el de Yoki. Y esto es proporcional a la cantidad de alimento y oxígeno que deberá mantenerlo vivo durante el año y medio que tiene que pasar fuera.

No había razón alguna en todo el Centro para que tuvieran que preferirlo a mí; aún me lo pregunto. ¿Cuál es la diferencia esta vez? ¿Que el George más joven se ha dedicado con mayor ahínco a la bolsa que al entrenamiento? ¿Que ha refrenado su entusiasmo al enterarse a mi costa de lo que luego va a ocurrir?

Ya es demasiado tarde. Algo gordo va a pasar. Yo soy escogido para pilotar la nave de transporte y para ayudar a Frank en las últimas pruebas con el Ulysses.

Frank y yo caminamos juntos hacia el lugar de lanzamiento. Los vigilantes nos dejan paso sin el menor comentario. El campo de lanzamiento está iluminado con luces artificiales bajo un cielo oscuramente agrisado.

Frank está nervioso, agitado. Habla demasiado. Se le contraen los músculos y a menudo hace muecas.

- Veintiséis años - dice -. ¿Qué puede ocurrir en veintiséis años? Podéis descubrir la fórmula de la vida eterna mientras tanto. O convertiros en una dictadura mundial. O conseguir la teleportación de materia. O viajes a velocidades mayores que la luz.

- Podemos conseguir lo mismo que tú si la sonda tercera da resultado.

- Sí. Claro. Si la sonda tercera regresa a través del tiempo yo dejaré... pero no veo muy clara la aplicación que eso pueda tener en un viaje espacial, George. A fin de cuentas no hay tantos agujeros negros. Bromas aparte, George, ¿qué crees que encontraré cuando regrese?

A ti mismo, desgraciado, pienso. Lo tengo en la punta de la lengua, pero me lo trago.

- Me encontrarás a mí, esperándote en el campo de aterrizaje. Siempre que no te vayas demasiado lejos.

- Descuida - dice riendo.

- ¿Mantendrás intacta la pureza de tu cuerpo, perdido en la soledad del cosmos? ¿No retrocederá tu cerebro?

- Oh, vamos.

Casi hemos alcanzado el hangar. La nave se destaca ante nosotros, resplandeciente, no demasiado ancha, mostrando a un costado la escala que comunica con la cabina de mando de proa. Mientras caminamos no hago más

que hablar conmigo mismo. Estoy tan nervioso como Frank. Afortunadamente hay dos puertas. De no ser así, hubiera estado del todo convencido de nuestra detención por los guardias de seguridad. El otro ya estará dentro, evidentemente, después de haber pasado sin que se le presentara el menor obstáculo. O se ha determinado a no hacerlo.

Frank está a punto de adentrarse en la rampa cuando el otro George Cox se desliza como una sombra a sus espaldas. Empuña una pesada llave inglesa.

Antes de que alcance a Frank, éste consigue apartarse e incrusta su puño en el vientre de George, luego cruza el golpe con un buen derechazo que lanza a George contra el suelo. Entonces Frank ve su cara y se queda helado.

Yo no tengo ninguna llave inglesa. Rápidamente, le suelto un golpe en el cuello con el filo de la mano. Frank gira sobre sí, los ojos fuera de las órbitas; se dobla y acabo mi faena con otra sacudida en la nuca. Se desploma.

Tomo su pulso. No se ha detenido.

El corazón de George Cox aún late, pero es el único signo de vida que manifiesta. No necesito tomar mi propio pulso; está zumbándome en los oídos. El otro George Cox puede necesitar un hospital. No está en forma para pilotar una nave interestelar. ¿Entonces?

El Ulysses, gigantesco, se desplaza por el espacio. Ningún sonido llega hasta mí, ni siquiera el producido por el regenerador de aire o el destilador de hidrógeno para el combustible. Ya no estoy nervioso.

Mientras que las consideraciones morales pueden hacer de mí un amable objeto de iracundia, las razones por las que he procedido a escogerme a mí mismo son muy simples. He secuestrado el Ulysses porque no tengo la menor esperanza de regresar. Seguiré el camino primitivo nuevamente porque es la única manera de arreglar lo que de algún modo puede ser catastrófico.

Puedo resultar muerto en este último viaje hacia el agujero negro. Puedo resultar muerto esta vez. Pues el alma del George Cox más viejo no vivirá ya mucho conmigo. Y el George Cox más joven, al que dejé tendido en el suelo junto a Frank Currey, se convertirá en el George Cox real. Nada ha sido trastocado en su coherencia temporal, y ningún fragmento de esa coherencia habita en mí. Puede decirse que nadie me ha engendrado, que soy un espíritu sin origen.

Si George Cox sabe arreglárselas se salvará de la cárcel. Puede declarar que descubrió a un impostor, su propio doble, caminando junto a Frank en dirección a la nave. Él estaba a punto de hacer cualquier cosa con la ayuda de una magnánima llave inglesa cuando Frank le atizó en la cara. Eso es todo cuanto sabe.

¿Cómo acabará todo esto? ¿Habrá siempre un George Cox que seguirá a la perfección el plan de vuelo? Evidentemente, y de la misma manera un segundo George Cox que vigila atentamente la trayectoria de la tercera sonda que acaba apareciendo antes del lanzamiento del Ulysses. Esto me da una idea. Si la sonda puede retornar antes de que todo comience, él también podrá hacerlo.

¿Se habrá mantenido el George Cox más viejo llamando a la puerta de mi apartamento durante toda su vida? ¿O lo habrá estado haciendo eternamente?

¿Qué pasaría si yo siguiera el plan de vuelo esta vez? No, no me atrevo a hacerlo. Nuevamente sobrevendría la eterna repetición. ¿O no sería así?

Quiero preguntárselo a Bauerhaus. Pero a la gente como el no le gusta hablar de las raras. No lo culpo.

FIN

Arthur C. Clarke - **RECUERDO A BABILONIA**

Todo comenzó en una de esas recepciones oficiales tan características de la vida social en las capitales asiáticas. Son más comunes todavía en Occidente, por supuesto, pero en Colombo no hay mucha competencia de entretenimientos. Por lo menos una vez a la semana, si uno es alguien recibe una invitación a cócteles en una embajada o legación, el Consejo Británico, la Misión de Operaciones de los EE.UU., L'Alliance Française, o una de las incontables agencias alfabéticas engendradas por las Naciones Unidas.

Al principio, sintiéndonos más cómodos bajo el Océano Índico que en círculos diplomáticos, mi socio y yo éramos personas insignificantes, y nos dejaban en paz. Pero luego de que Mike apadrinó la gira de Dave Brubeck en Ceilán, la gente comenzó a fijarse en nosotros. Y más aún cuando Mike desposó a una de las bellas más conocidas de la isla. De modo que ahora nuestra consumición de cócteles y canapés está limitada principalmente por el rechazo a abandonar nuestros cómodos sarongs por absurdos atuendos occidentales como pantalones, smokings y corbatas.

Era la primera vez que íbamos a la Embajada Soviética, que daba una fiesta para un grupo de oceanógrafos rusos que acababan de llegar al puerto. Bajo los inevitables retratos de Lenin y Marx, un par de cientos de invitados de todos los colores, religiones e idiomas se arremolinaban hablando con amigos, o atacando obsesionalmente el vodka y el caviar. Yo estaba separado de Mike y Elizabeth, pero los veía al otro lado de la sala. Mike hacía su acto de «Allí estaba yo a cincuenta brazas» frente a un auditorio fascinado, mientras Elizabeth lo miraba enigmáticamente... y más gente todavía miraba a Elizabeth.

Desde que perdí un tímpano buscando perlas en la Gran Barrera de Coral, me veo en desventaja en estas reuniones; el ruido de superficie es unos doce decibelios más alto de lo que yo puedo dominar. Y eso no es poco handicap cuando le presentan a uno gente con nombres como Dharmasiriwardene, Tissaveerasinghe, Goonetilleke, y Jayawickrema. Por lo tanto, cuando no estoy asaltando el buffet, busco un lugar relativamente tranquilo donde tenga alguna posibilidad de seguir más del cincuenta por ciento de cualquier conversación en la que pudiera verme metido. Estaba dentro de la sombra acústica de una enorme columna, estudiando la escena con mi aire de indiferencia tipo Somerset Maugham, cuando noté que alguien me miraba con esa expresión de «¿No nos hemos visto antes?»

Lo describiré con algún cuidado, porque debe haber mucha gente que pueda identificarlo. Tenía treinta y tantos años, y supuse que era norteamericano. Mostraba la pulcritud, el corte de pelo, el aire del hombre que acostumbra a andar por Rockefeller Center, esa apariencia que era marca de pureza hasta que los diplomáticos jóvenes y los consejeros técnicos rusos comenzaron a imitarla con tanto éxito. Medía un metro ochenta, tenía astutos ojos castaños y pelo negro, prematuramente gris en las sienes. Aunque yo estaba bastante seguro de que no nos habíamos encontrado nunca antes, su cara me recordaba a alguien. Tardé un par de días en darme cuenta a quien: ¿recuerdan al difunto John Garfield? Era tan parecido que casi no había diferencia.

Cuando un extraño me llama la atención en una fiesta, mi procedimiento clásico entra en acción automáticamente. Si parece una persona agradable, pero

no tengo deseos de conocerla en el momento, uso con ella la Mirada Neutral, dejando que mi vista la recorra rápidamente sin un parpadeo de reconocimiento, aunque no con verdadera hostilidad. Si parece un chiflado, recibe el Coup d'oeil, que consiste en una larga mirada de incredulidad, seguida de una vista sin prisa de mi nuca. En casos extremos se puede agregar una expresión de asco durante unas milésimas de segundo. Generalmente el mensaje llega.

Pero este personaje parecía interesante, y yo me estaba aburriendo, así que le ofrecí el Saludo Afable. Minutos después se acercó entre la gente, y yo volví hacia él mi oído sano.

- Hola - dijo (sí, era norteamericano) -, me llamo Gene Hartford. Estoy seguro de que nos hemos encontrado antes.

- Es muy posible - respondí -. He pasado mucho tiempo en los Estados Unidos. Soy Arthur Clarke.

En general eso produce una mirada vacía, pero algunas veces no. Casi pude ver las fichas IBM revoloteando tras esos duros ojos pardos, y me halagó su rapidez.

- ¿El escritor de ciencia?

- Así es.

- Bueno, esto es extraordinario. - Parecía genuinamente sorprendido. - Ahora sé dónde lo he visto. Fue una vez en el estudio, cuando usted estaba en el programa de Dave Garroway.

(Podría valer la pena seguir esta pista, aunque lo dudo; y estoy seguro de que ese «Gene Hartford» era falso; era demasiado artificial.)

- ¿Así que usted está en la televisión? - le pregunté -. ¿Qué hace aquí? ¿Recoge material, o simplemente anda de vacaciones?

Me brindó la sonrisa franca y amistosa del hombre que tiene mucho para esconder.

- Oh, mantengo los ojos abiertos. Pero esto es sorprendente. Leí su libro La exploración al espacio cuando salió en... eh...

- En el cincuenta y dos; el Club del Libro del Mes nunca volvió a ser el mismo desde entonces.

Todo ese tiempo estuve tratando de juzgarlo, y aunque había algo en él que no me agradaba no pude saber bien qué era. De todas formas yo estaba dispuesto a hacer grandes concesiones a una persona que había leído mis libros y que además trabajaba en televisión; Mike y yo siempre estamos buscando mercados para nuestras películas submarinas. Pero ésa, para decirlo suavemente, no era la línea de negocios de Hartford.

- Mire - dijo ansiosamente -, estoy trabajando en un asunto importante para una cadena de televisión que le interesará; en realidad, usted ayudó a darme la idea.

Esto sonaba prometedor, y mi coeficiente de avaricia saltó varios puntos.

- Me alegro. ¿De qué se trata?

- No puedo discutirlo aquí. ¿Qué le parece si nos encontramos en mi hotel, mañana a las tres?

- Déjeme ver la agenda; sí, está bien.

En Colombo hay solamente dos hoteles frecuentados por norteamericanos, y acerté la primera vez. Estaba en el Mount Lavinia, y aunque quizá ustedes no lo sepan han visto el lugar donde tuvimos nuestra charla privada. Cerca de la mitad de El puente sobre el río Kwai hay una breve escena en un hospital militar, donde Jack Hawkins conoce a una enfermera y le pregunta dónde puede encontrar a Bill Holden. Tenemos debilidad por este episodio, porque Mike era uno de los

oficiales navales convalecientes que se ven al fondo. Si miran atentamente, lo verán a la extrema derecha, con la barba en pleno perfil firmando con el nombre de Sam Spiegel su sexta vuelta de bar. Tal como resultó la película, Sam podía permitírselo.

Fue aquí, en esta meseta diminuta, sobre las playas bordeadas de palmeras, donde Gene Hartford comenzó a hablar... y mis ingenuas esperanzas de beneficios financieros comenzaron a evaporarse. En cuanto a los motivos de Gene Hartford, si es que él mismo los conocía, todavía no estoy seguro. La sorpresa de encontrarme, y un equivocado sentimiento de gratitud (del cual yo habría prescindido con alegría), jugaron indudablemente su papel, y a pesar de todo su aire de confianza debe de haber sido un hombre amargado y solo que necesitaba desesperadamente aprobación y amistad.

De mí no obtuvo ninguna de esas cosas. Siempre he tenido algo de compasión por Benedict Arnold, como debe de tenerla cualquiera que conozca todos los aspectos del caso. Pero Arnold sólo traicionó a su país; nadie, antes de Hartford, trató de seducirlo.

Lo que desvaneció mis sueños de dólares, fue la noticia de que la conexión de Hartford con la televisión norteamericana se había roto, algo violentamente, a principios de la década del cincuenta. Estaba claro que lo habían echado de la Avenida Madison por afiliarse al Partido, y también estaba claro que en este caso no habían cometido ninguna injusticia. Aunque hablaba con cierta furia controlada de su lucha contra la torpe censura, y lloraba por una brillante - aunque innominada - serie de programas culturales que habría comenzado justo antes de que lo echaran del aire, a esa altura yo empezaba a oler tantas ratas que mis respuestas eran muy cautelosas. Mi interés pecuniario en el señor Hartford disminuía, pero mi curiosidad personal aumentaba. ¿Quién estaba detrás de él? No la BBC...

Cuando logré sacar del cuerpo toda la autocompasión, habló finalmente del asunto:

- Tengo una noticia que lo hará levantarse - dijo presumidamente -. Las cadenas norteamericanas tendrán pronto competencia. Y será en la forma que usted predijo. La gente que envió a la Luna un transmisor de televisión puede poner uno mucho mayor en órbita alrededor de la Tierra.

- Los felicito - dije cautelosamente -. Siempre estoy a favor de la sana competencia. ¿Cuándo lo lanzan?

- En cualquier momento. El primer transmisor lo estacionarán al sur de Nueva Orleans; en el ecuador, claro. Eso significa que estará bien afuera sobre el Pacífico, no quedará sobre el territorio de ninguna nación, y no surgirán por lo tanto complicaciones políticas. Sin embargo estará allí en el cielo, bien a la vista de todo el mundo, desde Seattle a Key West. Piense: ¡la única estación de televisión que podrán sintonizar todos los Estados Unidos! ¡Sí, incluso Hawai! No habrá forma de provocar interferencias; por primera vez habrá un canal que puede entrar en cada hogar norteamericano. Y los Boy Scouts de J. Edgar no pueden hacer nada para bloquearlo.

De modo que ese es tu pequeño fraude, pensé; por lo menos eres franco. Hace tiempo que aprendí a no discutir con marxistas, pero si Hartford decía la verdad quería sonsacarle todo lo que fuera posible.

- Antes de que se entusiasme demasiado - dije -, hay algunos puntos que usted puede haber olvidado.

- ¿Por ejemplo?

- Esto funcionará en dos direcciones. Todos saben que la Fuerza Aérea, la NASA, los Laboratorios Bell, la I.T.T, Hughes, y otras varias docenas de agencias están trabajando en el mismo proyecto. Cualquier cosa que Rusia le haga a los Estados Unidos en materia de propaganda le será devuelto a interés compuesto.

Hartford sonrió con tristeza.

- ¡Caramba, Clarke! - dijo. (Me alegró que no me tuteara.) Estoy un poco desilusionado. Usted debe de saber que los Estados Unidos llevan varios años de atraso en capacidad de carga. ¿Cree usted que el viejo T.3 es la última palabra de Rusia?

Fue en ese momento cuando comencé a tomarlo muy en serio. Tenía toda la razón. El T.3 podía transportar cinco veces más carga útil que cualquier cohete norteamericano a esa órbita crítica de treinta y cinco mil kilómetros, la única que permitiría a un satélite permanecer fijo sobre la Tierra. Y para cuando los Estados Unidos pudieran igualar esa hazaña sólo el cielo sabe donde estarían los rusos. Sí, el cielo lo sabría de veras...

- Muy bien - concedí -. ¿Pero por qué cincuenta millones de hogares norteamericanos tendrían que comenzar a cambiar de canal tan pronto como puedan sintonizar Moscú? Admiro a los rusos, pero sus entretenimientos son peores que su política. Luego del Bolshoi, ¿qué les queda?

Recibí otra vez esa sonrisa triste y extraña. Hartford había guardado el golpe más fuerte.

- Fue usted quien trajo los rusos a colación - dijo -. Están en esto, seguro; pero sólo como contratistas. La agencia independiente para la cual trabajo les paga sus servicios.

- Esa - observé fríamente - debe de ser toda una agencia.

- Lo es; la más grande. Aunque los Estados Unidos pretendan que no existe.

- Oh - dije, algo estúpidamente -. De modo que ese es su patrocinador.

Ya había oído esos rumores de que la URSS iba a lanzar satélites para los chinos; ahora parecía que los rumores apenas dejaban vislumbrar parte de la verdad.

- Usted tiene toda la razón - continuó Hartford quien obviamente se estaba divirtiendo - sobre los entretenimientos rusos. Luego de la novedad inicial, el índice de audiencia bajaría a cero. Pero no con el programa que yo proyecto. Mi trabajo es encontrar material que deje a todos los demás canales fuera de combate cuando salga al aire. ¿Usted cree que no se puede hacer? Termine esa bebida, y suba a mi habitación. Tengo una larga película sobre arte religioso que me gustaría mostrarle.

Bueno, no estaba loco, aunque durante algunos minutos dudé. Podía pensar pocos títulos mejor calculados para que el espectador sintonizara el canal que el que apareció en la pantalla: Aspectos de la escultura Tántrica del siglo XIII.

- No se inquiete - rió Hartford, sobre el zumbido del proyector -. Ese título me ahorra problemas con los inspectores de Aduana. Es correcto, pero lo cambiaremos por algo más taquillero cuando llegue el momento.

Sesenta metros más adelante, luego de unas largas tomas inocuas de arquitectura, comprendí lo que quería decir.

Ustedes saben que hay ciertos templos en la India cubiertos de esculturas soberbiamente ejecutadas, de un tipo que nosotros en Occidente jamás asociaríamos con religión. Decir que son francas es risible; no dejan nada a la imaginación... cualquier imaginación. Pero al mismo tiempo son genuinas obras de arte. Y también lo era la película de Hartford.

Había sido filmada, en caso de que les interese, en Konarak, el Templo del Sol. Luego me informé; está en la costa de Orissa, unos treinta y cinco kilómetros al noroeste de Puri. Los libros de referencia son bastante tímidos; algunos se disculpan por la «obvia» imposibilidad de mostrar ilustraciones, pero la Arquitectura hindú de Percy Brown no ahorra palabras. Las esculturas, dice, son de «un desvergonzado carácter erótico que no tiene paralelo en ningún edificio conocido». Parece exageración, pero lo creo luego de haber visto esa película.

La fotografía y el montaje eran excelentes; la antigua piedra despertaba a la vida ante los lentes. Había largas tomas del sol ahuyentando sombras de cuerpos entrelazados en éxtasis, que dejaban sin aliento; asombrosas tomas, en primer plano, de escenas que al principio la mente se negaba a reconocer; estudios suavemente iluminados de piedra esculpida por un maestro, en todas las fantasías y aberraciones del amor; incansables movimientos cuyo significado eludía la comprensión, hasta que se inmovilizaban en dibujos de deseo intemporal, de satisfacción eterna. La música - principalmente percusión, entrelazada con el agudo sonido de algún instrumento de cuerdas que no pude identificar - se adecuaba perfectamente al tempo del montaje. Por momentos era lenta y suave, como los primeros compases de «L'Après-midi» de Debussy; luego, los tambores llegaban velozmente a un clímax de frenesí casi insoportable. El arte de los antiguos escultores, y el talento del cineasta moderno, se habían combinado a través de los siglos para crear un poema de éxtasis, un orgasmo en celuloide que nadie podría presenciar sin conmoverse.

Hubo un largo silencio cuando la pantalla se inundó de luz y la música lasciva terminó de apagarse.

- ¡Mi Dios! - dije, cuando recuperé algo de mi compostura -. ¿Van a transmitir eso?

Hartford rió.

- Créame - respondió -, eso no es nada; ocurre que es la única película que puedo llevar conmigo sin peligro. Estamos dispuestos a defenderla apoyándonos en el verdadero arte, el interés histórico, la tolerancia religiosa... oh, hemos pensado en todos los ángulos. Pero en realidad no importa; nadie puede detenernos. Por primera vez en la historia toda forma de censura se vuelve imposible. Simplemente no hay manera de aplicar la ley; el cliente obtiene lo que desea, y en su propia casa. Cierre la puerta, encienda el televisor; los amigos y la familia jamás lo sabrán.

- Muy ingenioso - dije -, ¿pero no cree usted que una dieta semejante cansa muy pronto?

- Por supuesto; en la variedad está el gusto. Tendremos muchos entretenimientos convencionales; deje que yo me preocupe por eso. Y de vez en cuando tendremos programas de información - odio esa palabra «propaganda» -, para decirle al enclaustrado pueblo norteamericano lo que realmente sucede en el mundo. Nuestras películas especiales serán solamente la carnada.

- ¿Le importa si tomo un poco de aire fresco? - dije -. Esto se está poniendo irrespirable.

Hartford corrió las cortinas, y dejó que la luz volviera al cuarto. A nuestros pies se extendía una larga playa curva. Las batangas de los botes de pesca se alzaban bajo las palmeras, y las pequeñas olas se deshacían en espuma, al concluir su fatigosa marcha desde Africa. Uno de los paisajes más hermosos del mundo, pero no me pude concentrar en él. Aún veía esos miembros retorcidos, esos rostros helados con pasiones que ni los siglos podían extinguir.

La voz libidinosa continuó a mi espalda.

- Se sorprendería si supiera cuánto material hay. Recuerde, no tenemos ningún tabú. Si se puede filmar, nosotros podemos televisarlo.

Caminó a su escritorio y levantó un pesado volumen, bastante usado.

- Esta ha sido mi Biblia - dijo -, o mi Sears, Roebuck, si usted lo prefiere. Sin ella nunca habría vendido la serie a mis patrocinadores. Son grandes creyentes en la ciencia, y tragaron toda la cosa, hasta el último punto.

Asentí. Siempre que entro en un cuarto analizo los gustos literarios de mi huésped.

- El doctor Kinsey, ¿no?

- Creo que soy el único hombre que lo leyó de tapa a tapa, en vez de mirar solamente las estadísticas. En ese campo es la única investigación de mercado. Hasta que aparezca algo nuevo le sacaremos todo el jugo. Nos dice lo que el cliente quiere, y nosotros vamos a dárselo.

- ¿Todo?

- Si la audiencia es suficientemente grande, sí. No nos preocuparemos por los campesinos tontos que se vuelven adictos a la mercancía. Pero los cuatro sexos principales recibirán un tratamiento completo. Esa es la belleza de la película que usted acaba de ver: atrae a todo el mundo.

- De eso no cabe duda.

- Nos divertimos mucho planeando la película que titulé «Rincón del homosexual». No se ría, ninguna agencia emprendedora puede permitirse ignorar a esa audiencia. Por lo menos diez millones, contando a las damas. Si cree que yo exagero mire en los quioscos todas las revistas que hay de arte masculino. No fue fácil chantajear a algunos de los más delicados, y lograr que actuaran para nosotros.

Vio que estaba comenzando a aburrirme; hay cierto tipo de obsesión que encuentro deprimente. Pero fui injusto con Hartford, como él se apresuró a probar.

- Por favor no piense - dijo ansiosamente - que el sexo es nuestra única arma. ¿Alguna vez vio el trabajo que Ed Murrow hizo con el difunto Joe McCarthy? Eso no es nada, comparado con los perfiles que estamos planeando en «Washington Confidencial».

«Y está nuestra serie «¿Puede usted soportarlo?» destinada a separar a los hombres de los maricas». Publicaremos tantas advertencias por anticipado que todo norteamericano se sentirá obligado a ver el programa. Comenzará en forma inocente, basado en un tema muy bien preparado por Hemingway. Se verán algunas secuencias de toreo que literalmente lo levantarán del asiento, o lo enviarán corriendo al baño, porque muestran todos los pequeños detalles que nunca se ven en esas pulcras películas de Hollywood.

«Seguiremos después con un material realmente único, que no nos cuesta nada. ¿Recuerda las pruebas fotográficas de los juicios de Nuremberg? Usted nunca la vio porque no eran publicables. Había varios fotógrafos aficionados en los campos de concentración, y sacaron todo el jugo a una oportunidad que no volvería a presentárseles. Algunos de ellos fueron colgados gracias al testimonio de sus propias cámaras, pero su trabajo no se perdió. Será una buena introducción para nuestra serie «La tortura a través de los siglos»; muy erudita y exhaustiva, aunque de gran atractivo.

»Y hay docenas de enfoques, pero ahora usted tiene una idea. La Avenida cree saberlo todo sobre Persuasión Oculta. Créame que no lo sabe. Los mejores psicólogos prácticos del mundo están ahora en Oriente. ¿Recuerda Corea, y el

lavado de cerebro? Hemos aprendido mucho desde entonces. No hay ya necesidad de violencia; a la gente le gusta que le laven el cerebro, si se hace bien.

- Y ustedes van a lavarle el cerebro a los Estados Unidos - dije -. Todo un trabajito.

- Exactamente. Y al país le encantará, a pesar de todos los gritos del Congreso y de las Iglesias. Sin mencionar las cadenas de televisión, por supuesto. Son las que harán más escándalo, cuando vean que no pueden competir con nosotros.

Hartford miró el reloj, y silbó con alarma.

- Es hora de empacar - dijo -. A las seis tengo que estar en ese impronunciable aeropuerto. ¿No sería posible que usted volara a Macao alguna vez, para vernos?

- No, pero ya me he formado una buena idea del asunto. A propósito, ¿no tiene miedo de que le arruine el negocio?

- ¿Por qué? La publicidad nos favorecerá. Aunque nuestra campaña no sale hasta dentro de varios meses creo que usted se ha ganado esta primicia. Como le dije, sus libros ayudaron a darme la idea.

¡Su gratitud era genuina, mi Dios! Me dejó completamente mudo.

- Nada puede detenernos - declaró, y por primera vez no pudo controlar el fanatismo que se escondía tras la fachada amable y cínica -. La Historia está de nuestra parte. Utilizaremos la propia decadencia de los Estados Unidos contra ellos mismos; es un arma ante la cual no tienen defensa alguna. La Fuerza Aérea no intentará cometer piratería espacial, derribando un satélite completamente alejado del territorio norteamericano. La Comisión Federal de Comunicaciones no puede siquiera protestar a un país que no existe a los ojos del Departamento de Estado. Si tiene alguna otra sugerencia estaría muy interesado en escucharla.

No tenía ninguna entonces, y no tengo ninguna ahora. Quizás estas palabras puedan servir de breve advertencia, antes de que aparezcan los primeros anuncios provocadores en los periódicos, alarmando a las cadenas de televisión. ¿Pero lograré algo? Hartford creía que no, y tal vez tenía razón.

«La Historia está de nuestra parte.» No puede sacarme esas palabras de la cabeza. Tierra de Lincoln y Franklin y Melville, te amo y te deseo lo mejor. Pero en mi corazón sopla un viento frío del pasado, pues recuerdo a Babilonia.

FIN

Lion Miller - **DATOS DISPONIBLES ACERCA DE LA REACCIÓN WORP**

Los primeros datos confirmados sobre Aldous Worp, indican que, sí bien aparentemente normal en la mayoría de aspectos físicos, estaba considerado por vecinos, compañeros de juego y familiares como un idiota incurable. Sabemos también que era un niño tranquilo y de hábitos afectadamente sedentarios. El único sonido que se le oía proferir alguna vez era un agudo monosílabo, muy semejante a la expresión «¡Huy!»; esto sucedía únicamente al ser llamado para las comidas o, con menos frecuencia, al ser despertado su enigmático interés por un estímulo externo, tal como una piedrecita de forma rara, un palo, o uno de sus propios nudillos.

Este niño súbitamente abandonó su inactividad habitual. Poco después de su sexto cumpleaños - esta estimación de tiempo es sólo aproximada, por desgracia -, Aldous Worp empezó una serie de excursiones exploratorias al vertedero de la ciudad, localizado en la parte trasera de las propiedades de los Worp.

Después de unos cuantos viajes, el chico regresó una tarde a su hogar arrastrando una gran rueda dentada. Tras una ardua meditación, ocultó dicha rueda dentro de un gallinero vacío.

Así comenzó un proyecto que no terminó hasta transcurridos veinte años. El joven Worp avanzó a través de la niñez, la adolescencia y la juvenil virilidad, transportando miles de objetos metálicos, grandes y pequeños, de casi todas clases, hasta el gallinero. Dado que cualquier clase de educación formal se hallaba aparentemente más allá de su capacidad mental, sus padres veían complacidos la actividad que mantenía a Aldous feliz y contento. Cabe presumir que no les inquietaban los problemas de estética implicados.

Aldous Worp abandonó su autoimpuesta tarea tan bruscamente como la había iniciado. Durante casi un año - la estimación de tiempo es de nuevo aproximada debido a los insuficientes datos -, Aldous Worp permaneció dentro de los confines de la propiedad familiar. Cuando no estaba ocupado en necesidades corporales básicas tales como comer y dormir, se movía lentamente en torno a su montón de desechos sin ningún plan aparente.

Una mañana fue observado por su padre (como éste nos comunicó posteriormente) mientras se dedicaba a seleccionar ciertos objetos del montón y a ajustarlos unos con otros.

Debería advertirse aquí, en mi opinión, que ningún informe acerca de la Reacción Worp puede ser completo sin citas directas del padre de Aldous, Lambert Simnel Worp. Con respecto a la mencionada estructura, Worp padre ha declarado:

«El hecho que me llamó la atención fue que cada (tachado) cosa que cogía encajaba con alguna (tachado) otra. No (tachado) importaba que fuese un (tachado) muelle de cama o un (tachado) batidor de huevos estropeado; si el (tachado) muchacho lo introduce en otra (tachado) parte, permanecía allí.»

En lo referente a las herramientas empleadas por Aldous Worp, L.S.Worp ha manifestado: «Ninguna herramienta».

L. S. Worp nos ofrece luego una información más extensa al responder a una pregunta que transcribo aquí textualmente:

P «¿Cómo diablos se las arregló para lograr que partes separadas se adhiriesen entre sí para formar un todo?» (Dr. Palmer)

R «Los (tachado) pedazos se unieron más estrechamente que una malla (tachado), y nadie - lo que se dice nadie, señor - pudo separarlos.»

La estabilidad del conjunto era obvia, por cuanto el joven Aldous se encaramaba a menudo por aquel amasijo para añadir otra «parte», sin alterar su equilibrio en lo más mínimo.

Lo que precede, no obstante su concisión, son todos los antecedentes que poseemos del experimento en sí. Por su exacto relato de las circunstancias habidas en una de las demostraciones «controladas» de la Reacción Worp, nos hallamos en deuda con el comandante Herbert R. Armstrong, ingeniero del Ejército de los EE.UU. y con el doctor Philip Eustace Cross, A. E. C., que estuvieron presentes.

Al parecer, exactamente a las 10:46 de la mañana, Aldous Worp cogió una rueda dentada muy vieja y herrumbrosa..., el primer objeto que había rescatado del olvido en el montón de chatarra, cuando sólo tenía seis años. Después de un momento de vacilación, trepó hasta lo alto de su mal construida estructura y se detuvo. Para luego descender por su parte interna. Desapareció de la vista de estos expertos observadores durante varios minutos. (Dr. Cross: 4 minutos, 59 segundos; comandante Armstrong: 5 minutos, 2 segundos). Aldous reapareció por fin, bajó a gatas y miró fijamente su creación.

Reproducimos un fragmento de los Informes combinados del comandante Armstrong y del doctor Cross:

«Después de permanecer como ausente por unos cuantos minutos, Worp se pegó a su ensamblaje, del que sobresalía una varilla con la bola de latón de un poste de cama unida a ella. Aldous Worp dio un ligero tirón a la bola. Lo que sucedió después fue absolutamente fantástico. Oímos un rumor creciente, parecido al de una catarata, que aumentó hasta convertirse en un fuerte estrépito. Aproximadamente quince segundos después, vimos un resplandor purpúreo que salía de debajo de la estructura. Luego, todo el conjunto, de trastos se levantó en el aire hasta una altura de unos tres metros y permaneció flotando ahí, inmóvil. Aldous brincó a su alrededor en una completa apariencia de júbilo y oímos claramente su observación «¡Huy!» por tres veces. Finalmente, se dirigió a un costado del fenómeno, alargó su mano por la parte inferior, dio vueltas a la herrumbroso rueda de un molinillo de café Y su «máquina» se posó con lentitud en el suelo.»

Se registró, por supuesto, una excitación considerable. Representantes de las Fuerzas Armadas, de la Prensa, de la A. E. C., de varias escuelas de estudios superiores, y otros organismos, llegaron en manadas. La comunicación con Aldous Worp era imposible, ya que el joven jamás había aprendido a hablar. L. S. Worp, aunque profano, era un caballero serio y sincero, ansioso de ponerse al servicio de su país, pero las anteriores citas de sus conversaciones indican la escasa luz que le era posible arrojar sobre el problema. Los esfuerzos de observar el Interior de la estructura valieron de poco, puesto que los más atentos y detallados análisis no lograron establecer otra hipótesis efectiva que «no es absolutamente nada más que un montón de chatarra» (Dr. Palmer). Por otra parte, el joven Worp se mostró claramente ofendido por tales investigadores.

Sin embargo, hizo funcionar con placer su máquina y expuso repetidamente la «reacción» a todos los espectadores.

Los tests más exhaustivos, geiger, electrónicos, Weisendonk, químicos, etc, no revelaron nada.

Resultó imposible contener la curiosidad de la Prensa y, a primeras horas de la tarde del segundo día, los informadores de la televisión se presentaron en el lugar del acontecimiento.

Aldous Worp los miró un momento, luego hizo descender otra vez su invento al suelo. Con una expresión resuelta en su rostro, se encaramó hasta la cima, se deslizó por el Interior y, pasado algún tiempo, reapareció con la vieja rueda dentada. La depositó cuidadosamente en el lugar que había ocupado en el gallinero. Sistemáticamente, y por orden de instalación, desmontó cada componente de su estructura y con el mayor cuidado lo devolvió a su primitivo lugar en el montón que había formado junto al gallinero.

En la actualidad, las partes integrantes de lo que constituyó la Reacción Worp se hallan esparcidas. Ignorando los casi histéricos ruegos de los científicos y de los militares, el silencioso Aldous Worp, tras dismantelar su máquina por completo y amontonar sus partes junto al gallinero, se encargó de la pesada tarea de transportarlas de nuevo, una por una, a su primitivo lugar en el vertedero de la ciudad.

Hoy, impasible ante los ocasionales regaños de L.S.Worp, mudo en los ya poco frecuentes interrogatorios oficiales, Aldous Worp se sienta sobre una caja en el patio posterior de su casa solariega y mira serenamente en dirección al vertedero de la ciudad. Muy de tarde en tarde sus ojos se iluminan durante un momento, y dice «¡Huy!» con gran placidez.

FIN

Poul Anderson - PUNTO DECISIVO

Por favor, mister, ¿podría darme una galleta para mi camelloterio?

No eran exactamente las palabras que cabía esperar en el instante en que la Historia cambiaba de curso y el Universo no podía volver a ser nunca lo que era. La suerte está echada; éste es el signo de la conquista: no podemos quedarnos sentados aquí por más tiempo; tenemos a esas verdades como evidentes en sí mismas; el navegante italiano ha arribado al Nuevo Mundo; ¡Dios mío, la cosa funciona! Ningún hombre dotado de imaginación puede recordar esas o parecidas frases sin que un escalofrío recorra su espina dorsal. Pero las palabras que la pequeña Mierna nos dirigió, en aquella isla a medio millar de años-luz de la Tierra...

La estrella estaba catalogada AGC 4256836, una enana K2 de Casiopea. Nuestra nave efectuaba un rutinario reconocimiento preliminar de aquella región, y había surgido bastante misteriosamente - ¡con cuánta facilidad olvidan los terrestres que cada planeta es un mundo completo! -, aunque el hecho no tenía nada de extraordinario en este fantástico cosmos. Los Comerciantes habían anotado los lugares que valía la pena investigar a fondo; lo mismo habían hecho los Federales; las listas no eran idénticas.

Al cabo de un año, la nave y los hombres estaban igualmente agotados. Necesitábamos un descanso, pasar unas cuantas semanas reponiéndonos y recuperándonos antes de emprender el largo vuelo de regreso. Encontrar un lugar apropiado es todo un arte. Hay que visitar los soles cercanos que parecen más adecuados. Si se llega a un planeta cuyas características físicas generales son terrestroides, se comprueban los detalles biológicos - muy cuidadosamente, aunque el hecho de que la operación sea casi enteramente automática la hace bastante rápida - y se establece contacto con los autóctonos, si existen. Los primitivos tienen preferencia. Y no porque se teman posibles peligros militares, como algunos creen. Los Federales insisten en que los nativos no se opongan a que los extranjeros acampen en su territorio, en tanto que los Comerciantes no comprenden que alguien, civilizado o no, que no haya descubierto la energía atómica, pueda ser una amenaza. Lo que ocurre es que los primitivos son menos dados a formular preguntas complicadas y a convertirse en una molestia. Las tripulaciones espaciales agradecen que no se les hable de civilizaciones mecánicas.

Bueno, Joril parecía ideal. El segundo planeta de aquel sol, con más agua que la Tierra, ofrecía un clima templado por doquier. El bioquímico estaba convencido de que podríamos comer alimentos indígenas, y no parecía haber más gérmenes de los que el UX-2 podía manejar. Mares, bosques, prados, nos hacían sentir como en casa, y las incontables diferencias con la Tierra añadían encanto a la cosa. Los indígenas eran salvajes, es decir, dependían de la caza, la pesca y la agricultura para procurarse las subsistencias. De modo que supusimos que existían millares de pequeñas culturas y escogimos la que nos pareció más avanzada: y no es que la observación aérea indicara mucha diferencia.

Aquella gente vivía en aldeas limpias y exquisitamente decoradas a lo largo del litoral occidental del mayor de los continentes, con bosques y colinas detrás de ellos. El contacto se estableció fácilmente. Nuestros semánticos tropezaron con muchas dificultades en lo que respecta a su idioma, pero los aldeanos no tardaron

en entender el inglés. Su hospitalidad era de lo más cordial siempre que recurriamos a ella, pero permanecían alejados de nuestro campamento a menos que les invitáramos de un modo explícito. Nos instalamos con un profundo suspiro de felicidad.

Pero desde el primer momento hubo ciertos síntomas alarmantes. Aún admitiendo que tenían gargantas y paladares humanoides, no esperábamos que los indígenas hablaran un inglés sin acento en un par de semanas. Todos ellos. Y era evidente que lo hubieran aprendido con más rapidez, si se lo hubiésemos enseñado de un modo sistemático. De acuerdo con la costumbre, bautizamos al planeta con el nombre de Joril, después de averiguar que era la palabra local que correspondía a tierra... para descubrir más tarde que Joril significaba Tierra, con mayúscula, y que aquella gente poseía una excelente astronomía heliocéntrica. Aunque eran demasiado corteses para acosarnos a preguntas, no se limitaban a aceptarnos como algo inexplicable; la curiosidad ardía en ellos, y no tardarían en decidirse a interrogarnos.

Una vez superado el ajeteo inicial y remansadas nuestras impresiones, llegamos a la conclusión de que habíamos caído en un sitio que valía la pena estudiar más a fondo. En primer lugar, necesitábamos examinar algunas otras zonas para asegurarnos de que aquella cultura Dannicar no era un fenómeno aislado. Después de todo, los Mayas neolíticos habían sido buenos astrónomos; y los hierroagrícolas griegos habían desarrollado una filosofía de alto nivel. Estudiando los mapas que habíamos trazado mientras estábamos en órbita, el capitán Barlow escogió una gran isla que se encontraba a unos 700 kilómetros al Oeste. Preparamos un bote espacial que debían tripular cinco hombres.

Piloto: Jacques Lejeune. Mecánico: yo. Representante militécnico federal: comandante Ernest Baldinger, de la Fuerza Espacial del Gobierno Solar. Representante civil del Gobierno: Walter Vaughan. Agente comercial: Don Haraszthy. Este último y Vaughan eran los jefes, en tanto que los demás debíamos ocuparnos de las múltiples tareas planetográficas.

Emprendimos el vuelo inmediatamente después de la salida del sol, de modo que teníamos ante nosotros dieciocho horas de luz diurna. Recuerdo lo bello que era el mar debajo de nosotros, semejante a una enorme bola de metal, plateada en los lugares bañados por el sol, cobalto y verde cobre más allá. Luego apareció la isla, cubierta de espesos bosques, con inmensas manchas de vegetación carmesí. Lejeune escogió como lugar de aterrizaje un claro del bosque, a unos dos kilómetros de una aldea que se alzaba junto a una amplia bahía. El aterrizaje fue perfecto. Lejeune es un piloto excelente.

- Bueno... - Haraszthy irguió sus dos metros de estatura y se desperezó hasta que todas sus articulaciones crujieron. Su peso era el que correspondía a su estatura, y su rostro aguilino conservaba las huellas de antiguas batallas. La mayoría de Comerciantes son rudos y pragmáticos extravertidos; tienen que serlo del mismo modo que los representantes civiles tienen que ser lo contrario. Aunque ello provoca conflictos -. Vamos para allá.

- No tan aprisa - dijo Vaughan: un joven delgado, con una mirada incisiva -. Esa tribu no ha oído hablar nunca de los seres de nuestra especie. Si se han dado cuenta de nuestro aterrizaje, pueden estar asustados.

- Razón de más para que vayamos a sacarles de su error - dijo Haraszthy, encogiéndose de hombros.

- ¿Todos nosotros? ¿Habla usted en serio? - preguntó el comandante Baldinger. Reflexionó un poco -. Sí, supongo que sí. Pero el responsable soy yo, Lejeune y Cathcart se quedarán aquí. Los demás iremos a la aldea.

- ¿Por qué tengo que quedarme? - protestó Vaughan.

- ¿Conoce usted alguna solución mejor? - preguntó Haraszthy.

- En realidad...

Pero nadie le escuchó. El gobierno actúa de acuerdo con teorías preestablecidas, y Vaughan era demasiado novato en el Servicio de Reconocimiento para comprender cuán a menudo hay que prescindir de las teorías. Estábamos impacientes por salir al exterior, y yo lamentaba no formar parte de la expedición que iría a la aldea. Desde luego, alguien tenía que quedarse, dispuesto a reclamar ayuda si se presentaban dificultades graves.

El claro estaba cubierto por una hierba muy alta y la brisa olía exclusivamente a canela. Los árboles se erguían contra un cielo intensamente azul; la rojiza luz del sol se derramaba a través de flores silvestres de tonos púrpura y de insectos voladores de color bronce. Saboreé la perfumada brisa antes de unirme a Lejeune para comprobar que todos los aparatos del bote estaban en orden. Todos íbamos ligeramente vestidos; Baldinger llevaba un rifle desintegrador, y Haraszthy una emisora portátil con la potencia suficiente para establecer contacto con Dannicar, pero lo mismo el rifle que la emisora parecían ridículamente inadecuados.

- Envidio a los jorilanos - observé.

- Hasta cierto punto - admitió Lejeune -. Aunque quizá su medio vital sea demasiado bueno. ¿Qué estímulo tienen para progresar?

- ¿Por qué tienen que desearlo?

- No lo desean de un modo consciente, amigo mío. Pero todas las razas inteligentes descienden de otras que en pasadas épocas tuvieron que luchar duramente para sobrevivir. Incluso en los herbívoros más pacíficos hay el instinto de la aventura, y tarde o temprano tiene que encontrar explosión...

- ¡Recaramba!

La exclamación de Haraszthy nos llevó rápidamente, a Lejeune y a mí, al otro lado de la nave. Durante unos instantes, mi razón se tambaleó. Luego decidí que el espectáculo no resultaba tan sorprendente como todo eso... aquí.

Del bosque había surgido una niña. El equivalente de una terrestre de cinco años, calculé. Su estatura no llegaba al metro (los jorilanos son más bajos y más delgados que nosotros), y tenía la enorme cabeza de los de su especie, lo cual le daba un aspecto todavía más raro. El pelo rubio y muy largo, las orejas redondeadas, y unos rasgos delicados que eran completamente humanoides, a excepción de la frente, muy alta, y de los inmensos ojos color violeta. Su moreno cuerpo estaba cubierto por un simple taparrabo. Agitó alegremente hacia nosotros una mano de cuatro dedos. En la otra sostenía una cuerda. Y al extremo de aquella cuerda había un saltamontes del tamaño de un hipopótamo.

No, no era un saltamontes, comprobé mientras la niña danzaba hacia nosotros. La cabeza era muy parecida, pero las cuatro patas que utilizaba para andar eran cortas y robustas, y las otras eran simples apéndices desprovistos de huesos. Me di cuenta también de que su respiración era pulmonar. A pesar de todo, era un monstruo impresionante; y babeaba.

- Género insular - dijo Vaughan -. Indudablemente inofensivo, ya que de no ser así no lo... ¡Pero una niña, apareciendo de un modo tan casual...!

Baldinger sonrió y bajó el rifle.

- Creo que hemos estado de suerte - dijo. - Para un chiquillo, todas las cosas son igualmente maravillosas. Podrá recomendarnos favorablemente a sus mayores.

La niña (tengo que darle este nombre) se dirigió en línea recta hacia Haraszthy, alzó aquellos inmensos ojos hasta posarlos en el rostro de pirata de nuestro agente comercial y trinó, con una irresistible sonrisa:

- Por favor, mister, ¿podría darme una galleta para mi camelloterio?

No recuerdo exactamente los instantes que siguieron. Fueron muy confusos. Eventualmente nos encontramos, los cinco, andando a lo largo de un sendero que cruzaba el bosque y que estaba bañado por el sol. La chiquilla triscaba a nuestro lado, parlotando como un xilofón. El monstruo avanzaba pesadamente detrás, masticando golosamente lo que le habíamos dado.

- Me llamo Mierna - dijo la chiquilla -, y mi padre hace cosas de madera, no sé cómo se llama en inglés, díganmelo, por favor, ¡oh! Carpintero. Gracias, es usted un hombre muy amable. Mi padre piensa mucho. Mi madre hace canciones. Son unas canciones muy bonitas. Me envió a buscar un poco de hierba dulce para la cama de un recién nacido, porque su esposa ayudante va a tener un niño muy pronto, pero cuando les vi a ustedes bajar del modo que dijo Pengwil, supe que tenía que venir a saludarles y acompañarles a Taori. Es nuestra aldea. Tenemos veinticinco casas. Y cobertizos, y una Sala de Pensar que es mayor que la de Riru. Pengwil dice que las galletas tienen un gusto espantoso. ¿Puedo probar una?

Haraszthy la complació, con una expresión que revelaba su desconcierto. Vaughan sacudió la cabeza y casi gritó:

- ¿Cómo es que conoces nuestro idioma?

- En Taori todo el mundo lo conoce. Desde que llegó Pengwil y nos lo enseñó. Eso fue hace tres días. Hemos estado esperando y esperando que llegaran ustedes. ¡Los de Riru se morirán de envidia! Pero no les permitiremos verles, si no nos lo piden como es debido.

- Pengwil..., un nombre dannicariano, desde luego - murmuró Baldinger -. Pero no habían oído hablar de esta isla hasta que se la mostré en nuestro mapa. ¡Y no pueden haber cruzado el océano en aquellas balsas! Los vientos son contrarios, y las velas cuadradas...

- ¡Oh! El bote de Pengwil puede navegar perfectamente contra el viento - rió Mierna -. Yo le vi con mis propios ojos, llevó a todo el mundo a dar un paseo, y ahora mi padre está haciendo un bote como aquél, pero mejor.

- ¿Por qué vino Pengwil aquí? - preguntó Vaughan.

- Para ver lo que había. Es de un lugar llamado Folat. En Dannicar tienen unos nombres muy raros, y visten de un modo muy raro, también. ¿No es verdad, mister?

- Folat... sí, lo recuerdo, una comunidad situada al norte de nuestro campamento - dijo Baldinger.

- Pero los salvajes no se arriesgan a navegar a través de un océano desconocido por... por simple curiosidad - tartamudeó.

- Pengwil lo ha hecho - gruñó Haraszthy.

Casi pude ver los relés latiendo en el interior de su maciza cabeza. Aquí existían inmensas posibilidades comerciales, alimentos, materias textiles y especialmente la deslumbrante artesanía. A cambio...

- ¡No! - exclamó Vaughan -. Sé lo que está pensando, Comerciante Haraszthy, y no va usted a traer máquinas aquí.

Haraszthy enarcó las cejas.

- ¿Quién dice eso?

- Lo digo yo, en virtud de la autoridad que poseo. Y estoy seguro de que el Consejo ratificará mi decisión. - A pesar de la agradable temperatura, Vaughan estaba sudando -. ¡No nos atreveremos a tanto!

- ¿Qué es un Consejo? - preguntó Mierna. Una sombra de preocupación cruzó por su rostro. Se arrimó más a la masa de su animal.

A pesar de todo, tuvo que acariciar su cabeza y murmurar.

- Nada que deba preocuparse, querida. - Y para alejar de su mente, y de la mía, vagos temores -: ¿Por qué llamas camello a tu compañero? ¡Ese no puede ser su verdadero nombre!

- ¡Oh, no! - La niña olvidó inmediatamente sus preocupaciones -. Es un yao, y su verdadero nombre es, bueno, significa Pies-Grandes-Ojos-Abultados-Lleva-Hombre-Encima. Ese es el nombre que le puse. Es mío y es muy bonito... - Acarició una antena del monstruo, el cual ronroneó de placer -. Pero Pengwil nos contó que ustedes tenían algo llamado un camello en su país, que es peludo y asustadizo y lleva cosas y babea como un yao, de modo que pensé que sería un bonito nombre inglés. ¿No lo es?

- Mucho - asentí débilmente.

- ¿Qué significa ese asunto del camello? - inquirió Vaughan.

Haraszthy se pasó una mano por el pelo.

- Bueno - dijo -, ya sabe que a mí me gusta Kipling, y una noche, en una reunión, les leí algunos de sus poemas a unos indígenas. Supongo que entre ellos estaría el del camello. Seguramente les gustó Kipling.

- Y recuerdan el poema a la perfección después de una sola lectura, y lo hacen circular a lo largo de la costa, y ahora ha cruzado el mar - dijo Vaughan, en tono de asombro. - ¿Quién les ha explicado que la desinencia terio significa «mamífero»? - pregunté.

Nadie lo sabía, pero era indudable que uno de nuestros naturalistas lo había mencionado de un modo casual. Y la pequeña Mierna había captado la desinencia de labios de un marinero vagabundo y la había aplicado con absoluta corrección: a pesar de sus antenas y de sus ojos insectoides, el yao era un verdadero mamífero.

Al cabo de un rato llegamos a una faja de terreno despejado enfrente mismo de la bahía. Allí estaba la aldea, con sus casas de madera de tejados puntiagudos, muy diferentes en estilo de las de Dannicar, pero igualmente agradables a la vista. Unas canoas eran arrastradas hasta la playa, donde estaban puestas a secar unas redes de pesca. Anclada un poco más allá había otra embarcación. Desde luego, en nuestra supermecanizada Tierra no teníamos nada parecido; pero su esbelta silueta sugería una capacidad de navegación rápida y segura.

Los habitantes de la aldea, que no nos habían visto descender, interrumpieron sus tareas - cocinar, limpiar, tejer, los incontables trabajos de los primitivos - para correr a nuestro encuentro. Iban vestidos con tanta sencillez como Mierna. A pesar de sus grandes cabezas, que no eran grotescamente grandes, de sus extrañas manos y orejas, y de las proporciones corporales ligeramente distintas, las mujeres tenían muy buen aspecto: demasiado bueno. Los hombres, imberbes y de cabellos muy largos, eran guapos, a su manera, y ambos sexos poseían la gracia flexible de los felinos.

No gritaron ni se reunieron en tumulto. En la playa sonó un exuberante cuerno. Mierna corrió hacia uno de los hombres, le cogió de la mano y le arrastró hacia nosotros.

- Este es mi padre - cacareó -. ¿No es maravilloso? Y piensa mucho. El nombre que utiliza ahora es el de Sarato. Me gustaba más el que usaba antes.

- Uno llega a cansarse de la misma palabra - rió Sarato -. Bienvenidos, terrestres. Nos hacéis un gran... lula... perdón, desconozco la palabra inglesa adecuada. Esta visita nos eleva mucho.

Su apretón de manos - Pengwil debió de hablarle de esa costumbre - fue vigoroso, y sus ojos se encontraron con los nuestros con respeto, pero sin temor.

Las comunidades dannicarianas confiaban el poco gobierno que necesitaban a especialistas, escogidos a base de algunas pruebas que aún no hemos comprendido. Pero no establecían ni siquiera aquella diferencia de clase. Fuimos presentados a todo el mundo por su ocupación: cazador, pescador, músico, profeta (creo que es lo que significa nonalo), etcétera. En Taori había la misma ausencia de tabúes que habíamos observado en Dannicar, pero un código igualmente elaborado de modales y costumbres... que no esperaban que nosotros observáramos.

Pengwil, un joven robusto que llevaba la túnica de su propia civilización, nos acogió cordialmente. No era simple casualidad el hecho de que hubiera llegado al mismo lugar que nosotros. Ardía en deseos de mostrarnos su embarcación. Le complacé, nadando hasta ella y trepando a bordo.

- Un excelente trabajo - dije, con absoluta sinceridad -. Aunque me gustaría hacer una sugerencia. Para navegar a lo largo de la costa, no necesitas una quilla fija. - Describí una orza de deriva -. De ese modo podrías arrimarla a la playa.

- Sí, Sarato ha pensado en ello después de haber visto mi embarcación. Ha empezado ya a construir una así. También piensa colocar un trozo de madera plana, giratoria, en la pared de atrás. ¿Irá bien?

- Si - murmuré, asombrado.

- Lo mismo creo yo - sonrió Pengwil -. La corriente de agua puede ser partida en dos, como la corriente de aire. Su mister Ishihara me habló de la aerodinámica. Aquello fue lo que me dio la idea para construir una embarcación como ésta.

Regresamos nadando a la playa y volvimos a vestirnos. La aldea bullía de animación, preparando un festín en nuestro honor. Pengwil se unió a ellos. Yo me quedé detrás, paseando por la playa, demasiado excitado para sentarme. Mirando fijamente a través de las aguas y respirando un olor a mar que era casi como el de la Tierra, tuve unos extraños pensamientos. Fueron interrumpidos por Mierna. Avanzaba hacia mí, arrastrando un pequeño carretón.

- ¡Hola, Mister Cathcart! - exclamó -. Tengo que recoger algas para dar sabor a la comida. ¿Quiere ayudarme?

- Desde luego - dije.

Mierna hizo una mueca.

- Me alegro de estar aquí. Mi padre, y Kuaya, y otros hombres, le están preguntando a Mister Lejeune cosas de matemáticas. Yo soy demasiado pequeña para que me gusten. Lo que me gustaría sería oír contar cosas de la Tierra a Mister Haraszthy, pero está hablando solo en una casa con sus amigos. ¿Me contará usted cosas de la Tierra? ¿Podré ir allí algún día?

Murmuré algo. Mierna empezó a recoger algas filamentosas que el mar había arrojado a la playa.

- Antes no me gustaba este trabajo - continuó -. Tenía que ir y venir demasiadas veces. No me permitían utilizar mi camelloterio, porque cuando se le mojan los pies se pone malo. Les dije que podían hacerle unos zapatos, pero me dijeron que no. Pero ahora es muy divertido con este... este... ¿qué nombre le dais?

- Un carretón. ¿No habías tenido ninguno antes?

- No, nunca. Pengwil nos habló de las ruedas. Vio que los terrestres las utilizaban. El carpintero Huanna empezó a construir carretones con ruedas. Sólo tenemos unos cuantos.

El carretón estaba construido de madera y hueso, y tenía grabadas unas figuras profesionales.

- He estado pensando y pensando - dijo Mierna -. Si hiciéramos un carretón más grande, un camelloterio podría tirar de él, ¿no es cierto? Sólo tendríamos que encontrar un buen sistema para atarlo, de modo que no se hiciera daño y pudiéramos guiarlo. He pensado en un sistema que me parece bueno.

Trazó unas líneas en la arena: un arnés en pleno funcionamiento.

Con una carga completa, regresamos hacia las casas. Me quedé absorto admirando las columnas labradas a mano. Sarato me enseñó sus herramientas con filo de obsidiana. Dijo que los moradores de las zonas costeras iban tierra adentro en busca de material, y habló de obtener acero de nosotros.

¿O seríamos tan increíblemente amables que les explicáramos cómo extraíamos el metal de la tierra?

El banquete, la música, las danzas, las pantomimas, la conversación, todo fue tan espléndido como habíamos imaginado, o más. Pero decepcionamos a nuestros anfitriones al no aceptar su invitación para que pasáramos allí la noche. Nos acompañaron al regreso, a la luz de numerosas antorchas, y cantaron durante todo el trayecto, hasta que llegamos a nuestra nave. Entonces dieron media vuelta y se marcharon. Mierna iba en la cola de la procesión. Permaneció largo rato inmóvil, agitando en dirección a nosotros su mano de cuatro dedos.

Baldinger sacó vasos y una botella de whisky,

- Es lo único que he encontrado a faltar - dijo -. Un trago de whisky.

- ¡Desde luego! - exclamó Haraszthy, apoderándose de la botella.

- Me pregunto cómo será su vino, en el momento que lo inventen - murmuró Lejeune.

- ¡No hay cuidado! - dijo Vaughan -. No van a inventarlo.

Todos nos quedamos mirándole. Vaughan se sentó, muy rígido, en la pequeña cabina.

- ¿Qué diablos quiere usted decir? - preguntó finalmente Haraszthy -. Si hacen vino la mitad de bien de lo que hacen las otras cosas, se pagará a diez créditos el litro en la Tierra.

- ¿Es que no lo comprende? - gritó Vaughan -. No podemos tratar con ellos. Tenemos que marcharnos de este planeta y... ¡Oh! ¿Por qué les habremos encontrado?

- Bueno - suspiré -, los que nos hemos molestado en pensar en la cuestión, siempre hemos sabido que algún día íbamos a encontrar una raza como ésta.

- Ésta es una estrella probablemente más vieja que el Sol - dijo Baldinger -. Menos maciza, de modo que puede permanecer más tiempo en la secuencia principal.

- No es necesaria mucha diferencia en la edad planetaria - dije -. Un millón de años, medio millón..., eso no significa nada en astronomía ni en geología. Sin embargo, en el desarrollo de una raza inteligente...

- ¡Pero, ellos son salvajes! - protestó Haraszthy.

- La mayoría de las razas que hemos encontrado lo son - le recordé -. El hombre también lo fue, durante la mayor parte de su existencia. La civilización es un espejismo. No llega de un modo lógico. En la Tierra empezó, según me han enseñado, porque el Oriente Medio se secó cuando los glaciares retrocedieron, y algo había que hacer para seguir viviendo cuando la caza empezó a escasear, Y la civilización científica, mecánica, es un accidente todavía más anormal. ¿Por qué tenían que pasar los jorilianos más allá de la tecnología del Paleolítico Superior? Nunca han tenido necesidad de hacerlo.

- ¿Por qué poseen unos cerebros tan desarrollados, si continúan en la Edad de Piedra? - arguyó Haraszthy.

- ¿Por qué los teníamos nosotros, en nuestra propia Edad de Piedra? - repliqué -. No era necesario para la supervivencia. El hombre de Java, el hombre de Pekin y el resto de razas inferiores, poseían cerebros muy desarrollados. Pero hay que tener en cuenta que éste es un medio vital que no plantea dificultades, al menos en la actual época geológica. Los indígenas ni siquiera parecen tener guerras, las cuales podrían estimular el progreso técnico. En consecuencia, tienen pocas ocasiones de utilizar sus poderosas mentes para algo que no sea arte, filosofía y experimentación. social.

- ¿Cuál es el promedio de su cociente de inteligencia? - susurró Lejeune.

- Insensato - dijo Vaughan hoscamente -. Más allá de 180, la escala se rompe. ¿Cómo podemos medir una inteligencia muy superior a la nuestra?

Se produjo un breve silencio. Oí el rumor nocturno del bosque a nuestro alrededor.

- Sí - rumió Baldinger -. Siempre imaginé que tenía que existir alguien superior a nosotros. Sin embargo, no esperaba encontrarlo en este microscópico rincón de la galaxia que hemos explorado.. Y... bueno, siempre imaginé que tendrían máquinas, ciencias, viajes espaciales...

- Los tendrán - dije.

- Si nos marchamos... - empezó a decir Lejeune.

- Demasiado tarde - le interrumpí -. Les hemos dado ya un nuevo juguete, la ciencia. Si les abandonamos, vendrán a buscarnos dentro de un par de centenares de años. Como máximo.

Haraszthy pegó un puñetazo sobre la mesa.

- ¿Por qué hemos de dejarlos? - rugió -. ¿De qué diablos están asustados? Dudo que la población de este planeta llegue a los diez millones de personas. ¡Y en el Sistema Solar y las colonias hay quince mil millones de seres humanos! De modo que no me importa que un joriliano sea más inteligente que yo. ¿Y qué? Hay otros muchos que lo son, y no me molesta, mientras pueda hacer negocio.

Baldinger sacudió la cabeza. Su rostro parecía tallado en hierro.

- El asunto no es tan sencillo. El problema estriba en saber qué raza dominará este brazo de la galaxia.

- ¿Sería tan horrible que lo hicieran los jorilianos? - preguntó Lejeune suavemente.

- Quizá no. Parecen bastante decentes. Pero... - Baldinger se removió en su silla -. No voy a ser el animal doméstico de nadie. Quiero mi planeta para decidir su propio destino.

Aquél era el hecho inalterable. Permanecemos sentados y en silencio, sopesándolo durante un largo rato.

Los hipotéticos superseres habían estado siempre cómodamente lejos. No les habíamos encontrado, ni ellos a nosotros. Por lo tanto, lo más probable era que no se mezclaran nunca en los asuntos de la remota franja galáctica donde morábamos. Pero un planeta a sólo meses de distancia de la Tierra; una especie cuyos miembros eran genios, y cuyas genialidades resultaban incomprensibles para nosotros: surgiendo de su mundo, irrumpiendo en el espacio, vigorosos, ávidos, realizando en una década lo que a nosotros nos llevaría un siglo - si conseguíamos realizarlo -, destruirían irremediamente nuestra civilización, tan penosamente edificada. Y lo mismo les sucedería a todas las otras especies pensantes, a menos que los jorilianos fueran lo bastante misericordiosos como para dejarlas solas.

Y los jorilianos, probablemente, serían misericordiosos. Pero, ¿quién desea esa clase de misericordia?

Alcé la mirada con horror, únicamente Vaughan tuvo el coraje de expresar lo que pensaba:

- Existen planetas sometidos a un bloqueo tecnológico. Culturas demasiado peligrosas para permitirles tener armas modernas, naves espaciales... Joril puede ser sometida a uno de esos bloqueos.

- Ahora que tienen la idea, inventarán todas sus derivaciones sin ayuda de nadie - dijo Baldinger.

- No, si las dos únicas regiones que nos han visto fueran destruidas - replicó hoscamente Vaughan.

Haraszthy se puso en pie de un salto.

- ¡Dios mío! - exclamó.

- ¡Siéntese! - aulló Baldinger.

Haraszthy profirió una palabrota. Su rostro ardía de indignación. Los demás permanecemos sentados, inundados por un sudor frío.

- Usted me ha llamado a mí desaprensivo - gritó el Comerciante -. Retire inmediatamente esa sugerencia diabólica, Vaughan, o le aplastaré los sesos.

Pensé en el cañón nuclear vomitando sobre Joril, pensé en la pequeña Mierna, y dije:

- ¡No!

- La alternativa - dijo Vaughan - es no hacer nada hasta que se haga necesaria la esterilización de todo el planeta.

Lejeune sacudió la cabeza con expresión de angustia.

- Error, error, error. Sería un precio demasiado elevado para sobrevivir.

- ¿Y qué me dice de la supervivencia de nuestros hijos? ¿De su libertad? ¿De su orgullo y...?

- ¿Qué clase de orgullo podrían sentir, cuando conocieran la verdad? - interrumpió Haraszthy. Agarró a Vaughan por la pechera de la camisa, y le atrajo hacia sí hasta que las facciones del federal quedaron a tres centímetros de sus ojos -. Le diré a usted lo que vamos a hacer - continuó -. Vamos a comerciar, y a enseñar, y a confraternizar, lo mismo que con los otros pueblos cuya sal hemos comido. ¡Y a aceptar nuestros riesgos como hombres!

- ¡Suéltele! - ordenó Baldinger. Haraszthy levantó un puño -. Si le golpea, haré que le juzguen por insubordinación... ¡He dicho que le suelte!

Haraszthy soltó a Vaughan, el cual se desplomó sobre su silla. A continuación, Haraszthy se sentó, ocultó la cabeza entre sus manos y no trató de disimular sus sollozos.

Baldinger volvió a llenar nuestros vasos.

- Bueno, caballeros - dijo -, esto parece un callejón sin salida. Mal si lo hacemos, y mal si no lo hacemos...

- Que decida el Consejo - sugirió Lejeune.

¡Bendito sea el whisky! Me permitió dormir unas horas antes de que amaneciera. Entonces, la claridad del día, penetrando a través de los ventanucos de la nave, me despertó, y no pude quedarme dormido otra vez. Al final me levanté y salí al exterior.

El paisaje estaba completamente inmóvil. Las estrellas palidecían, y por oriente avanzaba una luz rosada. A través del fresco aire matinal oí los primeros trinos de los pájaros en el bosque que me rodeaba por todas partes. Me quité los zapatos y paseé descalzo por la húmeda hierba.

No me extrañó en absoluto ver aparecer a Mierna con su camelloterio. Soltó la cuerda y corrió hacia mí,

- ¡Hola, Mister Cathcart! Tenía la esperanza de que alguien de ustedes se hubiera levantado. No he desayunado aún.

- Tendremos que arreglar eso. - La columpié en el aire, hasta que chilló de placer -. Y luego tal vez podamos llevarte a dar un pequeño paseo en este bote. ¿Te gustaría?

- ¡Ooooh! - Sus ojos inmensos reflejaron su alegre sorpresa. Pasó un buen rato antes de que se atreviera a preguntar -: ¿Iremos a la Tierra?

- No, tan lejos, no. La tierra se encuentra a una distancia considerable.

- ¿Algún día, quizás? ¡Por favor!

- Desde luego, querida, algún día.

- ¡Voy a ir a la Tierra, voy a ir a la Tierra, voy a ir a la Tierra! - exclamó Mierna, acariciando al camelloterio -. ¿Me echarás de menos, Pies-Grandes-Ojos-Salientes-Lleva-Hombre-Encima? No estés tan triste. Tal vez puedas venir también tú. ¿Podrá, Mister Cathcart? Es un camelloterio muy bueno, palabra, y le gustan mucho las galletas.

- Bueno, quizá sí, quizá no - dije -. Pero tú irás, si lo deseas. Te lo prometo. Cualquiera de este planeta que lo desee, irá a la Tierra.

La mayoría de ellos querrán. Estoy convencido de que nuestra idea será aceptada por el Consejo. La única posible. Si no puedes vencerles... deja que se unan a ti.

Acaricé el pelo de Mierna.

En cierto sentido, querida, ¡qué mala pasada vamos a jugarte! Trasladarte directamente de la sencillez de tu existencia actual a una enorme y complicada civilización. Asombrarte con todas las máquinas y con todos los artilugios que poseemos, no porque seamos mejores, sino sencillamente porque los hemos necesitado antes que tú. Esparcir vuestros diez millones entre nuestros quince mil millones. Y no te darás cuenta de lo que sucede. Ni creo que llegues siquiera a lamentarlo.

Quedarás asimilada, Mierna. Te convertirás en una muchacha de la Tierra. Naturalmente, al crecer te convertirás en uno de nuestros jefes. Aportarás grandes cosas a nuestra civilización, y serás recompensada adecuadamente. Pero el caso es que será nuestra civilización. Mía... y vuestra.

Me pregunto si echarás de menos el bosque, y las casitas junto a la bahía, y las embarcaciones, y los cantos, y las historias antiguas, muy antiguas, y a tu querido camelloterio. Sé que el planeta vacío te echará de menos a ti, Mierna. Lo mismo que yo.

- Vamos - dije -. Nos ocuparemos de ese desayuno.

FIN

Frederik Pohl - LA PRUEBA SUPREMA

22 12 2213 1900 hug

Querida mamá:

Como suele decirse aquí, en Casiopea 43-G, hay buenas y malas noticias. Las malas noticias: no hay nuevos puestos de trabajo para graduados en astrofísica y mecánica cuántica. Las buenas noticias: conseguí un empleo. Empecé ayer. Trabajo como instructor para una escuela de conducción.

Ya sé que dirás que no es ninguna carrera para un hombre de veintiséis años que cuenta con un doctorado, pero me ayuda a pagar el alquiler. Además, es mucho mejor de lo que tendría si me hubiera quedado en la Tierra. ¿Es cierto que la tasa de desempleo de Chicago asciende al ochenta por ciento? ¡Jo! En cuanto cobre por adelantado unos cuantos megadólares, os invitaré a que vengáis a visitarme para que veáis cómo vivimos aquí. ¡Posiblemente no queráis volver a la Tierra!

No quiero que te preocupes, pero debo decirte que me pagan extra por hacer un trabajo peligroso. Se trata de un aspecto técnico. En los contratos de los instructores de conducción suele figurar esta cláusula, pero en realidad no nos ganamos el extra. Al menos, no siempre, aunque se dan casos como el de ayer. El primer estudiante que tuve fue una joven venida directamente de la Tierra. ¡Menuda malcriada! Ya sabes, una chica rica, y supongo que se puede decir que es guapa, acostumbrada a hacer lo que quiere. Sé llama Tonda Aguilar. ¿Has oído hablar de los Evanston Aguilar? ¿Los de la industria de los alimentos recombinantes? Supongo que son verdaderamente ricos. Pues la chica tiene su propio velomotor, y estaba furiosa porque no podía conducirlo con el permiso de la Tierra. Ya sabes, aquí tenemos un campo supresor y en cuanto un vehículo entra en el sistema, zas, se apaga y se queda flotando hasta que algún piloto con permiso va a recuperarlo y lo trae hasta aquí. Me hice cargo de ella, y desde un principio comenzó a darme la tabarra.

«¡No le des tanto impulso al despegue! ¡Quemarás los tubos! ¡No conduzcas con el reversor en hipermarcha! ¡Sal de la órbita baja...! ¿Quieres destrozarnos?», y cosas por el estilo.

Uno tiene sus límites. Un instructor es casi como el capitán de una nave, ya sabes. ¡Es quien manda! Por eso le expliqué que no me llamaba «Cabeza de chorlito» ni «Pedazo de animal», sino James Paul Madigan, y que se suponía que eran los instructores los que debían gritarles a sus alumnos, y no al revés. En fin, la verdad es que se trataba del velomotor de la chica, que por cierto está muy bien mantenido. No la culpo por ponerse nerviosa al ver que otra persona lo conducía. Por eso decidí que la lección fuera realmente simple. Practicamos las órbitas de aparcamiento, porque si no eres capaz de hacerlas, no mereces que te den el permiso. La verdad es que la chica es un desastre. Parece fácil, pero constituye todo un arte cortar la hipermarcha justo en la velocidad residual exacta para poder deslizarse y entrar en las coordenadas asignadas. Cuanto más lo intentaba, más lejos se iba. Finalmente, me exigió que la llevase de vuelta al puerto espacial.

Adujo que yo la ponía nerviosa. Dijo que mañana conseguiría otro instructor, o bien se iría a otro sistema dónde no hubiera chimpancés de la beneficencia dando clases de conducción.

La dejé que rabiara un rato. El siguiente alumno que tuve fue un fomalhautiano. Ya conoces a esa especie: tienen dos cabezas, escamas y colas bifurcadas, y son los que siempre están fastidiando en los Sistemas Unidos. Si te crees lo que dicen en el vidcom, estos seres son siempre malas noticias; de hecho, el motivo por el que Casiopea instaló el campo supresor fue porque sospechaban que los fomalhautianos tenían intenciones de invadirnos y apoderarse de 43-G. ¡Pero éste es estupendo! Obedeció todas las indicaciones. Jamás me discutió nada. Se disculpó cuando por error se acercó demasiado a uno de los miniagujeros negros, cerca del primario. Dijo que era porque no estaba familiarizado con la nave de la escuela, y que en la clase siguiente prefería usar su propio yate espacial. Logró alegrarme el día, después de haber tenido a esa estúpida y malcriada ricachona.

Para serte sincero, fue un alivio tener un motivo de alegría. Me sentía solo y deprimido. Probablemente se deba a que se acercan las vacaciones. Resulta difícil creer que allá en Chicago sólo falten tres días para Navidad. Todos los escaparates estarán llenos de holodecoraciones y en Grant Park habrá un enorme árbol, y apuesto a que estará nevando... Aquí, en Casiopea 43-G, es como si estuvieras en un baño turco con interludios de Cataratas del Niágara.

Mamá, te deseo una muy feliz Navidad. Espero que mis regalos hayan llegado bien.

Un abrazo,
JIM PAUL

25 12 2213 tarde

Querida mamá:

Está a punto de terminar el día de Navidad. Aunque aquí, en 43-G, no difiera mucho de los demás días. Los colonos humanos son casi todos budistas o musulmanes, y los demás, bueno... ¿Has visto a los tipos que andan por los Sistemas Unidos construyendo Palatinos? También los has oído, ¿no? Especialmente a los arturianos. No sé si esa gente tiene o no fiestas religiosas, y estoy segurísimo de que no quiero saberlo.

Teniendo en cuenta que me ha tocado trabajar todo el día, no ha sido una Navidad tan mala. Cuando le conté a Torklemiggen - el fomalhautiano del que te hablé - que hoy era una gran fiesta para nosotros, se echó a reír y dijo que los mamíferos tenían unas costumbres realmente peculiares. Y cuando supo que parte de la costumbre consistía en intercambiar regalos, se quedó pensando un rato. (Cuando los fomalhautianos piensan, sus cabezas se murmuran cosas al oído, ¡grotesco!) Acto seguido, declaró que le habían dicho que iba contra las leyes que un estudiante le diera nada a su instructor de conducción, pero que si quería conducir un rato su yate espacial, me lo dejaría. Dijo que permitiría que lo registrasen en los libros de la escuela como una clase más, para que me pagasen. ¡Imagínate si no iba a aceptar! Tiene un yate fenomenal. Es largo y ahusado, más o menos con forma de tiburón, se parece al TU-Lockheed, serie 4400, con pantallas de radar-glifo y una velocidad de crucero de casi 1800 años luz. No sé cuál es la velocidad máxima que puede alcanzar, porque al fin y al cabo no pudimos salir de nuestro sistema.

Como verás, utilizamos su propia nave, que, obviamente, es de fabricación fomalhautiana. ¡Para un humano no es fácil conducirla! Aunque yo sea el instructor y Torklemiggen el alumno, al principio me sentí un poco confundido. No lograba hacerla despegar, hasta que él me explicó cómo iban los controles y me indicó cómo leer los instrumentos. Todavía hay muchas cosas que desconozco, pero al cabo de unos minutos logré manejarla lo bastante bien como para que no nos matáramos. Torklemiggen no paraba de provocarme para que orbitara los agujeros negros. Le dije que no podíamos; en una de sus caras se le dibujó una especie de mueca, y sus dos cabezas se pusieron a cuchichear durante un rato. Sabía que estaba pensando en algo divertido, pero al principio no logré descifrar qué sería. ¡Luego lo averigüé!

Ya sabes que CAS 43, nuestra primaria, es una gigante roja que posee una inmensa fotosfera. ¡Torklemiggen se jactó de que podríamos atravesar la fotosfera con su nave! Por supuesto que me costó creerle, pero insistió tanto, que lo intenté. ¡Tenía razón! ¡Pasamos justamente por el centro de ese plasma a treinta mil grados, como si nada! El casco comenzó a ponerse rojo, luego amarillo, luego color de la paja - se veía en los bordes de la pantalla del radar-glifo - y sin embargo, la temperatura interior se mantenía en 400. Que, por cierto, es la temperatura normal de 43-G. Hacía calor, si estás acostumbrado a Chicago, pero nada comparado con el que hacía afuera. Y cuando volvimos a salir al vacío no se produjo un choque térmico, ni sobrecarga de potencia, ni confusión en los instrumentos. ¡Perfecto! Resulta difícil creer que un individuo pueda permitirse el lujo de tener una nave así para su uso privado. ¡Fomalhaut ha de contar con planetas riquísimos!

Cuando aterrizamos, con más de una hora de retraso, la tal Aguilar me estaba esperando. Le informaron que la escuela no permitía el cambio de instructores una vez asignados. Pude habérselo dicho, forma parte de las normas. De modo que tuvo que calmarse y esperarme. Imagino que en algún rincón de su terca personita guardaba un poco de espíritu navideño, porque se comportó de un modo bastante cortés. Por cierto, cuando le ordené que hiciera órbitas de aparcamiento, noté que había mejorado mucho con respecto a la vez anterior. ¡Lo que hace un instructor de primera!

Bueno, el viejo cronómetro de pared me indica que ya ha terminado el día de Navidad, al menos si se sigue la Hora Universal Greenwich, pero supongo que en Chicago aún os faltan unas horas. Ah, mamá, una cosa. Los paquetes de Navidad que me enviaste aún no me han llegado. Había pensado mentirte y decirte cuánto me habían gustado, pero me educaste para que dijera siempre la verdad. (¡Además, no sabía por qué darte las gracias!) En fin, feliz Navidad una vez más de

JIM PAUL

30 12 2213 0200 hug

Querida mamá:

Otro día, otro kilodólar. Mi primer alumno de hoy fue un chico de dieciséis años. Uno de esos listillos, no sé si me explico. (Probablemente no me comprendas, porque nunca tuviste hijos así.) El padre de este chico fue piloto de combate de la marina de Casiopea; no quieras imaginar cómo conduce el chico. Y eso no fue lo peor. Había oído hablar de Torklemiggen. Cuando intenté explicarle que antes de ir deprisa tenía que aprender a ir despacio, me soltó una perorata. Que cómo no

me había enterado de que su padre decía que los fomalhautianos eran enemigos traicioneros de la forma de vida casiopeana. Que cómo no sabía que su padre decía que esperaban tener una oportunidad para invadirnos. Que cómo no sabía...

Cuando me harté de que el mocoso me dijera todas las cosas que yo no sabía, le indiqué que él no era tan afortunado como Torklemiggen. Porque sólo tenía un cerebro, y si no lo usaba todo para conducir la nave, iba a suspenderlo. Eso lo hizo callar.

Las cosas no me fueron muy bien después, porque tuve que darle clase a una señora gorda que no debería obtener permiso para conducir nada superior a unos patines. Tiene cuarenta y seis años, y nunca ha conducido en su vida, pero como su esposo consiguió empleo en una mina asteroide, la mujer quiere llevarle la comida todos los días. ¡Espero que sea mejor cocinera que piloto!

En fin, intentaba que la mujer se sintiese cómoda, para que no acabara estampándonos en el núcleo de un cometa o algo por el estilo, y, para ello, le comenté lo del chico. Me escuchó, llena de comprensión, ya sabes lo frescos que son los adolescentes de hoy en día, hasta que le mencioné que discutíamos por mi alumno fomalhautiano ¡Tendrías que haberla oído! Mamá, juro que los casiopeanos se vuelven psicóticos cuando se habla de este tema. Ojalá estuviera aquí Torklemiggen, así podría comentárselo. Alguien dijo que el motivo por el que CAS 43-G instaló el sistema supresor fue para evitar que nos invadieran, imagínate. Pero Torklemiggen no está porque tuvo que volver a su casa. Según dijo fue por negocios. Comentó que regresaría la semana próxima para terminar con las clases.

Tonda Aguilar ya está acabando el curso. Dentro de unos días volará en solitario. Fue la última alumna que tuve hoy, quiero decir ayer, porque ya es más de medianoche. Hice que practicara acercamientos G-cero a los asteroides de baja masa, y como quien no quiere la cosa, le comenté que me sentía un tanto solo. Resultó que ella también, de modo que para mí fue toda una sorpresa descubrirme preguntándole qué hacía mañana por la noche, y ella me sorprendió más cuando aceptó la invitación. No se trata de ningún romance, mamá, de modo que no te hagas ilusiones. ¡Lo único que pasa es que creo que somos los únicos dos seres de todo este sistema que saben que mañana es nochevieja!

Un abrazo,
JIM PAUL

02 01 2214 2330 hug

Querida mamá:

Esta mañana recibí tu carta; me alegra saber que tu pierna ha mejorado. ¡Posiblemente la próxima vez nos hagas caso a mí y a papá! Recuerda que cuando te la compraste, los dos te rogamos que adquirieras una nueva, de fábrica, pero tú venga, a insistir con que una reconstrucción serviría igualmente. Ahora ya lo ves. ¡Siempre se sale perdiendo cuando se quiere ahorrar en estas cuestiones de la salud!

Lamento haberte hablado de mis alumnos sin darte una idea de sus aspectos. En cuanto a Tonda, tiene fácil arreglo. Te envió una holo de los dos que sacamos esta misma tarde, para celebrar que había terminado el curso. Mañana volará en solitario. Como podrás apreciar, es una mujer realmente guapa, y me equivoqué al juzgar que era una malcriada. Vino hasta aquí ella sola, para trabajar como

dermatóloga. No quiso aceptar el dinero de su padre; lo único que tenía cuando llegó era el velomotor, su título y la ropa que traía en la maleta. Es de admirar. En cuanto llegó, se puso en contacto con uno de los mejores centros cosméticos de la ciudad, y gana más que yo.

En cuanto a Torklemiggen, será más difícil. Intenté sacarle una holofoto pero se enfadó mucho y se puso realmente desagradable. ¡Dijo que los seres inferiores no tienen ningún derecho a adorar imágenes fomalhautianas! ¿Qué te parece? Intenté explicarle que no era mi intención, pero se echó a reír. Tiene una risa nefasta. La verdad es que ha cambiado mucho desde que regresó del viaje de negocios a Fomalhaut. Está peor. No quiero insinuar que haya cambiado físicamente. Físicamente me lleva una cabeza, sólo que él tiene dos. Me refiero a las cabezas. La de la izquierda es para hablar y respirar, y la de la derecha, para comer y mostrar los cambios de expresión. Resulta muy extraño verlo contar un chiste. Y ahora que lo digo, sus chistes también son muy extraños. Como ejemplo, mira el que me contó esta tarde: «¿Qué diferencia hay entre un mamífero y un hagensbiffik asado con salsa de murgurí?» Cuando le contesté que ni siquiera sabía lo que eran esas cosas, y que menos iba a saber cuál era la diferencia entre ellas, se echó a reír tontamente y me dijo: «¡No hay ninguna diferencia!» Vaya espectáculo. Su cabeza de la izquierda, la parlante, lanzaba su tonta carcajada inexpresiva, mientras la de la derecha se le arrugaba toda por la risa. Vaya sentido del humor. Debí decirte que la cabeza izquierda de Torklemiggen se parece a la de un chimpancé, y la de la derecha, a la de un zorro. O quizá a la de un lagarto, por las escamas. No es guapo, ¿me entiendes? Pero no se puede decir lo mismo de su nave. Es lo más estupendo que he conducido en mi vida. Tengo la impresión de que en el último viaje le hizo agregar unos accesorios, porque noté cinco o seis lecturas nuevas y otros controles manuales. Cuando le pregunté para qué servían, me contestó que no tenían nada que ver con la conducción, y que no tardaría en enterarme. Supongo que sería algún otro chiste fomalhautiano.

Seguiría escribiendo, pero mañana tengo que levantarme temprano. Desayunaré con Tonda, le daré las últimas instrucciones antes del vuelo en solitario. Creo que aprobaré. ¡Para haber sido Miss Illinois es muy inteligente!

Un abrazo,
JIM PAUL

03 01 2214 tarde

Querida mamá:

Tu paquete de Navidad me ha llegado hoy. Realmente bonito.

Me encantaron los calcetines. Me vendrán estupendamente si regresara a Chicago a visitarnos antes de que haga calor. Las galletas llegaron molidas, aunque estaban deliciosas. Tonda dijo que eran mejores que cualquier cosa que ella lograra cocinar; se refería a antes de que pasaran por la aduana de CAS 43-G.

Torklemiggen está casi a punto de volar en solitario. Para serte sincero, me alegraré de no volver a verlo. Cuanto menos falta para que obtenga su permiso de conducir, más difícil se me hace aguantarlo. Esta mañana, en cuanto entramos en la órbita alta, comenzó a comportarse de una manera alocada. Practicábamos curvas en concordancia con los satélites. Ya sabes, cuando uno se acerca en una curva de tracción asintónica, silbando a través de la atmósfera superior del

satélite y luego se vuelve al espacio. Nadie hace nada parecido cuando se pone a conducir en serio, porque ¿qué es lo que hay en los satélites de este sistema digno de visitarse? Pero la cuestión es que no te aprueban el examen si no sabes hacerlas.

El problema fue que Torklemiggen creyó que ya sabía cómo hacerlas mejor que yo. Le quité los controles para enseñarle, y se puso hecho un basilisco. «¡En mi cuarta estrella interior hago mejores curvas que tú!», gruñó su cabeza izquierda, mientras que la derecha me miraba como una serpiente de cascabel dispuesta a atacar. Realmente perverso. Cuando por fin le dejé tomar los controles, comenzó a realizar curvas en uno de los miniagujeros negros. Es la contravención más grave que pueda existir. «Deja de hacer eso ahora mismo - le ordené -. Está prohibido acercarse a menos de cien mil millas de esas cosas. ¿Cómo has aprobado el examen escrito si no sabes eso?»

«¡No excedas tu condición, mamífero!», me espetó, y volvió a lanzarse en picado hacia el agujero negro. Sus manos anteriores estaban posadas sobre los controles de propulsión, mientras que sus manos posteriores se extendían para acariciar los botones del nuevo equipo. Durante todo el rato, la cabeza de la izquierda no cesó de reír y jadear, como si fuera un loco salido de una película de terror.

«Si no obedeces las instrucciones - le advertí -, no te aprobaré para que vuelas en solitario.» Eso lo puso en su lugar. Por lo menos se calmó. Pero se pasó engurruñado el resto de la clase. Como no me gustaba la forma en que se estaba comportando, le quité los controles para el aterrizaje. Simplemente por curiosidad intenté ver qué eran los nuevos botones. «¡Mamífero retardado! - chilló su cabeza izquierda, mientras la de la derecha se volvía prácticamente rosa pálido de terror -. ¿Quieres destruir el planeta?»

Para entonces, ya me habían entrado ciertas sospechas, de modo que le pregunté sin más rodeos: «¿Qué es esto, una especie de arma?»

Se quedó sin palabras. Sus dos cabezas se pusieron a cuchichear durante un minuto y luego me contestó, muy tieso y formal: «¿Me hablas de armas cuando vosotros, mamíferos, tenéis en órbita esos agujeros negros? ¿Habéis considerado el potencial que encierran como armamento? ¿Podéis imaginaros lo que uno de esos agujeros haría si fuese dirigido hacia un planeta?» Hizo una pausa, y luego dijo algo que me dio que pensar: «¿Por qué crees que los míos quieren traer la cultura a este sistema? Sólo para demostrar la utilidad de estos objetos.»

A partir de ese momento no nos dijimos gran cosa, pero yo no podía dejar de pensar.

Después del trabajo, cuando Tonda y yo estábamos en el parque, dándole de comer a los cangrejos voladores y escuchando el canto de los árboles, se lo comenté. Se quedó callada durante un momento. Luego me miró y dijo seriamente: «Jim Paul, es muy feo decir lo que voy a decirte de cualquier persona o ser, pero suena como si Torklemiggen tuviera intención de conquistar este sistema.»

«Pero, ¿quién querría hacer algo así?», le pregunté.

Tonda se encogió de hombros. «Sólo era una idea», se disculpó. El resto del día no hicimos otra cosa que pensar en aquello, a pesar de lo ocupados que estuvimos procurando sacar las pruebas genéticas y todo eso... pero ya te lo contaré más adelante.

Un abrazo,
JIM PAUL

05 01 2214 2200 hug

Querida mamá:

Fíjate bien en la fecha, 5 de enero, porque tendrás que recordarla durante mucho tiempo. Esta noche, grandes noticias de CAS 43-G... Pero antes, como dicen en el tubo, dedicaremos nuestra atención a otros temas.

Déjame que te cuente lo de ese pájaro llamado Torklemiggen. Esta mañana voló en solitario. Yo asistí en calidad de piloto de comprobación desde una nave de la escuela, y volé en órbitas concordantes a las de él, mientras realizaba todo el examen desde su propio yate. Debo admitir que era casi tan bueno como él mismo creía. Entraba y salía de la hipermarcha sin que se pudiera detectar ninguna sobrecarga de potencia. Lanzó su nave en un tirabuzón y apagó todos los motores; de repente, la nave comenzó a girar, a dar tumbos, a precipitarse; salió de esa situación dibujando una órbita limpia, utilizando solamente los propulsores laterales. Hizo órbitas de aparcamiento, y pasó por toda la serie de pruebas sin ningún error. Seguía enfadado con él, pero no había ninguna duda de que había demostrado poseer todas las habilidades necesarias para obtener el permiso. Lo llamé por la frecuencia privada TBS y le dije: «Has aprobado, Torklemiggen. ¿Quieres un informe por escrito cuando aterricemos, o prefieres que te solicite el permiso ahora mismo?»

«¡En este mismo instante, mamífero!», me gritó, y luego añadió algo en su propia lengua que no pude entender, como es lógico. Nadie más logró oírlo, porque los circuitos de comunicación entre naves no tienen un alcance demasiado extenso. Supongo que jamás lo sabré, pero la verdad, mamá, no me sonó amistoso. De todos modos, había pasado.

Le ordené que anulara sus controles y acto seguido pasé las notas de su examen a la computadora maestra de 43-G. Al cabo de dos segundos, comenzó a chillar por el TBS: «¡Vil mamífero! ¿Qué has hecho? Mi luz verde se ha apagado, los controles no responden. ¿Se trata de alguna asquerosa treta de animal de sangre caliente?»

Sabía muy bien cómo exasperarle. «Tranquilízate, Torklemiggen - le dije con tono de pocos amigos, porque ya empezaba a herir mis sentimientos -. La computadora está corrigiendo tu estado. Han eliminado tu permiso temporal para el vuelo en solitario, así podrán levantar el campo supresor de forma permanente. En cuanto vuelva a encenderse la luz, estarás plenamente autorizado y podrás volar por el sistema sin supervisión alguna.»

«Ah», gruñó, y por un momento oí el cuchicheo de sus dos cabezas. Entonces... mamá, iba a decirte que se echó a reír estentóreamente por el TBS. Pero fue algo más que una risa. Era nefasta, dejaba entrever como un placer maligno. «Mamífero retardado y depravado - me gritó -, mi luz está encendida. ¡Toda Casiopea es mía!»

Estaba enfadadísimo con él. Es lógico esperarse un comentario así de un impulsivo adolescente de dieciséis años que acaba de obtener su primer permiso. Pero no de un alienígena de dieciocho mil años, que ha volado por toda la Galaxia. Me pareció una locura. Y me llenó de preocupación. No sabía muy bien cómo tomármelo. «Torklemiggen, no hagas ninguna tontería», le advertí por el TBS.

«¿Tonterías? - me gritó -. Yo no hago tonterías, mamífero. ¡Observa lo poco tonto que soy!» Acto seguido, se lanzó en picado hacia el hiperespacio... sin dejar

rastró. Ni una señal. Hice todo lo que pude para seguirlo, seis alfas de profundidad y más. Por un momento creí que llegaríamos a Fomalhaut y todo. Pero siguió en ese rumbo sólo durante un minuto. En medio de uno de los cinturones de asteroides, lo abandonó, y cuando salí de los alfas para subir, vi su estilizado yate verde lanzándose en picado contra un trozo de roca del tamaño de un edificio de oficinas.

Cuando había vuelto de su viaje, noté que una de las cosas nuevas que tenía el yate era un círculo de husillos de color rubí alrededor del morro de la nave. Comenzaron a brillar cada vez más. En un instante, emitieron una docena de haces luminosos color rubí que se dirigieron hacia el asteroide. Se produjo un enorme destello brillante y el asteroide desapareció.

Naturalmente, aquello me preocupó mucho. Le grité como un loco por el TBS: «¡Torklemiggen, te vas a meter en un gran lío! Ignoro cómo hacen las cosas en Fomalhaut, pero por aquí, lo que acabas de hacer es motivo suficiente para que te suspendan el permiso. ¡Por no mencionar que podrían hacerte pagar por el asteroide!»

«¿Pagar? - chilló - ¡No seré yo quien pague, portador de vida funcionalmente inepto, seréis tú y los tuyos! Y pagaréis de un modo espantoso, ¡porque ahora los agujeros negros son nuestros!» Y volvió a salir al hiperespacio, y, una vez más, lo único que pude hacer fue seguirlo.

Como es obvio, en el hiperespacio no tiene sentido efectuar ningún tipo de transmisión. Tuve que esperar hasta que estuvimos arriba, fuera de las alfas para contestarle, y para entonces, no me importa decírtelo, yo estaba irritadísimo. Jamás habría logrado encontrarlo visualmente, si no fuera porque el radar-glifo lo captó cuando se disponía a apuntar hacia uno de los agujeros negros. ¡El muy bruto! «Escucha, Torklemiggen, - le dije, procurando mantener un tono firme y calmado -, te daré un consejo. Vuelve a la base. Aterrizas tu nave. Dile a la policía que te dejaste llevar por la alegría de haber pasado el examen. Posiblemente no sean muy estrictos contigo. De lo contrario, te advierto que te estás buscando una suspensión de treinta días, y podrían demandarte por daños y prejuicios los de la empresa de asteroides.» Se volvió a oír el chillido de su nefasta risa. Y agregué: «¡Y ya te lo dije, no te acerques a los agujeros negros!». Pero Volvió a reír y dijo: «Eres menos que un esmigstro vosotros, los mamíferos, seréis unos animalitos de compañía muy divertidos ahora que poseemos estos agujeros como armamento... ¡Para mí será un placer adiestrarte!» Creo que hablaba más consigo mismo que conmigo. «¡En primer lugar, reduciremos este planeta! y cuando el campo supresor haya desaparecido, nuestras fuerzas vendrán y prepararán los agujeros negros. Luego, lanzaremos uno sobre cada planeta deshabitado hasta que hayamos destruido vuestro poder militar. Y entonces...»

No acabó la frase, sino que lanzó sus risitas cacareantes y nefastas.

Me sentía incómodo. Aquello comenzaba a parecer como que Torklemiggen se proponía algo más que unas jugarretas y diabluras bulliciosas. Se acercaba al agujero negro al tiempo que canturreaba en su propio idioma, pero, de vez en cuando, en el nuestro: «¡Hermoso navío de asalto, cuánta destrucción sembrarás! ¡Precioso agujerito negro, qué catastrófico serás! Si serán idiotas estos mamíferos, que creen que pueden prohibirme que me acerque a ti...»

En ese momento, como suele decirse, se me encendió la bombilla. «Torklemiggen - le grité -, te equivocas, ¡la prohibición de acercarnos a los agujeros negros no es una mera ordenanza de tráfico! ¡Es algo mucho más serio!»

Demasiado tarde. No logré terminar porque ya había entrado en el límite Roche.

Al parecer, en Fomalhaut no tienen agujeros negros. Si se lo hubiera pensado dos veces, se habría dado cuenta de lo que ocurriría... Claro que si los fomalhautianos se pensarán las cosas dos veces, entonces no serían fomalhautianos.

Es muy desagradable contarte lo que ocurrió luego. Fue algo muy fuerte. Las fuerzas gravitatorias atraparon su nave y la estiraron.

A través del TBS me llegó un aullido asombrado, como de felino. Su transmisor falló. La nave se partió en pedazos en el límite del Schwarzschild y los trozos se convirtieron en plasma. Se produjo un veloz resplandor enceguecedor debido a la energía de caída en el agujero negro, y eso fue todo lo que Torklemiggen diría, o haría por el resto de su vida.

Salí de allí todo lo rápido que pude. No es que me diera demasiada pena. Hacia el final, por cómo hablaba, me dio la impresión de que se le habían ocurrido unas ideas bastante peligrosas.

Cuando aterricé, en el campo se ponía el sol, y la gente estaba señalando y mirando hacia el sitio en el cielo en donde Torklemiggen se había estrellado contra el agujero negro. Era todo nubes de plasma de color púrpura y naranja. ¡Había logrado una puesta de sol realmente hermosa, y al menos debo reconocerle eso! Aunque no tuve demasiado tiempo para admirarla, porque Tonda me estaba esperando, y sólo disponíamos de unos minutos para presentarnos ante el Director de Censos Suplente, de la división de Reclasificación, antes de que cerraran la oficina.

Pero lo logramos.

Bueno, te dije que tenía grandes noticias, ¿no? Así es, porque ahora, tu adorado hijo es... tu seguro servidor,

JAMES PAUL AGUILAR-MADIGAN,

¡El recién casado!

FIN

Ursula K. Le Guin - EL PODER DE LOS NOMBRES

El señor Bajocolina salió de debajo de su colina, sonriendo y respirando con dificultad. Cada resoplido salía disparado por las ventanas de su nariz como una doble bocanada de vapor, blanca nieve bajo el sol matinal. El señor Bajocolina contempló el cielo brillante de diciembre y sonrió más ampliamente que nunca, mostrando unos dientes blancos como la nieve. Luego se dirigió al pueblo.

- Día, señor Bajocolina - le decían los aldeanos cuando se cruzaban con él por la calle angosta, entre casas de tejados cónicos y sobresalientes como los sombreretes rojos y gruesos de las setas venenosas.

- ¡Día, día! - respondía él a todos. (Por supuesto que desear a cualquiera un buen día traía mala suerte; en un lugar tan afectado por Influencias como Sattins Island, donde un adjetivo descuidado puede cambiar el tiempo por una semana, era suficiente con decir sólo el momento del día.) Todos le hablaban, algunos con cariño, otros con cariñoso desdén. Era todo lo que la pequeña isla poseía a modo de mago, y por lo tanto merecía respeto... ¿pero cómo se podía respetar a un hombrecillo regordete y cincuentón que se tambaleaba con los pies hacia adentro, sonriendo y exhalando vapor? En el trabajo tampoco era gran cosa. Se esmeraba medianamente en los fuegos artificiales, pero sus elixires eran ineficaces con frecuencia. Las verrugas que hechizaba reaparecían a los tres días; los tomates que encantaba no llegaban a ser más grandes que los melones; y durante los contados días en que alguna nave extraña se detenía en el puerto de Sattins, el señor Bajocolina permanecía siempre debajo de su colina; por temor, explicaba, al mal de ojo. En otras palabras, era un mago por la misma razón por la que el zarco Gan era un carpintero: por negligencia. Por esta generación los aldeanos se las apañaban con puertas mal colocadas y hechizos inútiles, y descargaban su irritación tratando al señor Bajocolina con bastante familiaridad, como un simple aldeano más. Hasta lo invitaban a cenar. Una vez él invitó a cenar a algunos de ellos, y sirvió una colación espléndida, con plata, cristal, albaricoque, ganso asado, un chispeante Andrades 639, y budín inglés con salsa fermentada; pero estuvo tan nervioso que quitó toda alegría a la comida, y además, todos volvieron a estar hambrientos media hora después. No le gustaba que nadie visitara su cueva, ni siquiera la antecámara, más allá de la cual en realidad no había llegado nadie. Cuando veía que se acercaba gente a la colina, salía trotando a recibirla. «¡Sentémonos aquí, bajo los pinos!», decía sonriendo y señalando hacia el bosquecillo de abetos; o si llovía: «Vayamos a tomar un trago a la taberna, ¿eh?», aunque todos sabían que él no bebía nada más fuerte que agua de pozo.

Algunos de los niños de la aldea, tentados por aquella cueva, curioseaban y escudriñaban y hacían incursiones cuando el señor Bajocolina salía; pero la puertecilla que conducía a la habitación interior estaba cerrada por medio de un encantamiento, y al parecer, por una vez, se trataba de un encantamiento eficaz. Una vez que dos niños creían que el hechicero se encontraba en la Costa Oeste curando el burro enfermo de la señora Ruuna, llevaron allí una palanca y un hacha, pero al primer golpe surgió del interior un rugido de ira y una nube de vapor purpúreo. El señor Bajocolina había regresado temprano. Los niños huyeron. El no salió, y los niños no sufrieron ningún daño, aunque dijeron que de no escucharlo, nadie podría creer que aquel hombrecillo regordete produjera ese horrible y enorme grito-bramido-aullido-silbido.

Aquel día tenía que comprar en el pueblo tres docenas de huevos frescos y cuatrocientos gramos de hígado; también debía pasar por la casita de Fogeno, el capitán, a renovar el hechizo de los ojos del anciano (bastante inútil aplicado a un caso de desprendimiento de retina, pero el señor Bajocolina continuaba intentándolo), y por último se detendría a charlar con la vieja Goody Guld, la viuda del fabricante de concertinas. La mayoría de los amigos del señor Bajocolina eran ancianos. Los hombres jóvenes y fuertes de la aldea le producían timidez, y las muchachas le tenían vergüenza.

- Me pone nerviosa, sonrío tanto... - decían haciendo mohines, retorciendo rizos sedosos alrededor de un dedo.

«Nerviosa» era una palabra de última moda, y todas las madres respondían adustas:

- Nerviosa un cuerno, lo que sois es tontas. ¡El señor Bajocolina es un hechicero muy respetable!

Después de despedirse de Goody Guld, el señor Bajocolina pasó por la escuela, que ese día se reunía fuera, en el baldío. Dado que no había nadie alfabetizado en Sattins Island, no existían libros en los cuales aprender a leer ni pupitres en los que grabar iniciales ni pizarras que borrar, y de hecho no existía un edificio escolar. En los días lluviosos los niños se reunían en el desván del Granero Común, y se ensuciaban los pantalones con heno; en días de sol, la maestra, Palani, los llevaba a donde tuviera ganas. Hoy, rodeada por treinta niños atentos menores de doce años y cuarenta ovejas distraídas menores de cinco, estaba enseñando un punto importante en el plan de estudios: las Reglas de los Nombres. El señor Bajocolina, sonriendo con timidez, se detuvo a mirar y escuchar. Palani, una muchacha rolliza y bonita de veinte años, hacía un cuadro encantador allí, bajo el sol invernal, con niños y ovejas a su alrededor, un roble sin hojas sobre la cabeza y las dunas y el mar y el cielo pálido y transparente detrás. Hablaba con seriedad, con el rostro enrojecido por el viento y las palabras.

- Ya habéis aprendido las Reglas de los Nombres, niños. Son dos, y son las mismas en todas las islas del mundo. ¿Cuál es una de ellas?

- No es buena educación preguntarle a nadie cuál es su nombre - gritó un niño gordo y veloz, que fue interrumpido por una niña pequeña que chillaba:

- ¡Nunca podrás decir tu propio nombre a nadie, dice mi mamá!

- Sí, Suba. Sí, querida Popi, no chilles. Tenéis razón. Nunca preguntaréis a nadie su nombre. Nunca diréis el vuestro. Ahora pensad en ello un minuto y decidme por qué llamamos a nuestro hechicero señor Bajocolina - sonrió al señor Bajocolina por encima de las cabezas ensortijadas y los lomos lanudos, y él se puso radiante y aferró nervioso su bolsa de huevos.

- ¡Porque vive debajo de una colina! - gritó media clase.

- ¿Pero es ése su verdadero nombre?

- ¡No! - dijo el niño gordo, y el chillido de la pequeña Popi le hizo eco:

- ¡No!

- ¿Cómo sabéis que no lo es?

- Porque llegó aquí solo y entonces no había nadie que supiera su verdadero nombre y por eso no nos lo podían decir, y él no podía...

- Muy bien, Suba. Popi, no grites. Tienes razón. Ni siquiera un mago puede decir su verdadero nombre. Cuando vosotros, los niños, hayáis dejado la escuela y estéis atravesando el Pasaje, dejaréis atrás vuestros nombres de niños y conservaréis solamente vuestros nombres verdaderos, los que nunca deberéis preguntar ni entregar. ¿Por qué existe esta regla?

Los niños permanecieron en silencio. Las ovejas balaron con dulzura. El señor Bajocolina contestó la pregunta:

- Porque el nombre es la cosa - dijo con voz suave, tímida, ronca -, y el verdadero nombre es la verdadera cosa. Conocer el nombre significa controlar la cosa. ¿No es así, señorita maestra?

Ella le sonrió e hizo una reverencia, evidentemente un poco desconcertada por su intervención. Y él se fue a su colina al trote, aferrando los huevos contra el pecho. Por alguna razón, el momento que había pasado contemplando a Palani y a los niños le había abierto el apetito. Al pasar, cerró la puerta interior con un encantamiento apresurado; debió de haber dejado uno o dos escapes en el hechizo pues la antecámara vacía pronto estuvo llena del olor de los huevos fritos y el hígado tostado.

Ese día el viento era fresco y ligero y venía del oeste. Al mediodía había traído un pequeño bote que llegó al puerto de Sattins peinando las olas brillantes. Cuando irrumpió en el horizonte, un chico de vista aguda lo notó y, conocedor como todos los niños de cada vela y cada mástil de los cuarenta botes de la flota pesquera, corrió por la calle gritando: «¡Un barco extranjero, un barco extranjero!». La solitaria isla muy rara vez era visitada por algún barco de otra isla igualmente solitaria de la Bordada Este, o por un mercader aventurero del Archipiélago. Cuando el barco llegó al embarcadero, media aldea ya estaba allí para saludarlo, y los pescadores se sumaron luego desde sus hogares, y manadas de vacas y buscadores de almejas y cazadores de hierbas jadeaban por las rocosas colinas en dirección al puerto.

Pero la puerta del señor Bajocolina permaneció cerrada.

Solamente había un hombre a bordo del barco. Cuando se lo contaron al anciano capitán Fogeno, un cardumen de cejas blancas descendió hasta sus ojos sin vista.

- Hay una sola clase de hombres que naveguen a solas por la Bordada Externa. Un brujo, un hechicero o un Mago...

Así que los aldeanos quedaron sin aliento ante la posibilidad de ver por una vez en sus vidas a un Mago, uno de los poderosos Magos Blancos de las islas interiores del Archipiélago, ricas, pobladas, llenas de torres. Se decepcionaron, pues el viajero era bastante joven, un sujeto guapo, de barba negra, que los saludó alegremente desde su barco y saltó a tierra como cualquier marinero que llega contento a puerto. Se presentó de inmediato como un buhonero de mar. Pero cuando le contaron al capitán Fogeno que llevaba consigo un bastón de roble, el anciano movió la cabeza y dijo:

- ¡Malo! Dos hechiceros en una aldea... - su boca se cerró con un chasquido.

Como el extranjero no podía decir su nombre, inmediatamente le dieron uno: Barbanegra. Y le prestaron mucha atención. Tenía un pequeño y revuelto hatillo de ropas y sandalias y plumas de piswi para adornar capas e incienso barato y piedras ligeras y hierbas delicadas y grandes cuentas de cristal de Venway..., el lote habitual de un buhonero. Todo Sattins Island fue a mirar, a charlar con él, y quizás a comprar algo.

- ¡Imposible de olvidar! - cacareaba Goody Guld, quien al igual que todas las mujeres y todas las muchachas de la aldea, estaba conmovida por la audaz hermosura de Barbanegra. Los chicos también le rondaban, para que les contara sus viajes a lejanas y extrañas islas de la Bordada o les describiera las grandes y ricas islas del Archipiélago, las Rutas Internas, los fondeaderos blancos de naves, y los tejados dorados de Havnor. Los hombres escuchaban sus relatos con gusto,

pero algunos de ellos se preguntaban por qué un mercader viajaría solo, y contemplaban pensativamente su vara de roble.

Durante todo este tiempo el señor Bajocolina permaneció debajo de su colina.

- Es la primera isla sin mago que veo - dijo un día Barbanegra a Goody Guld, que en la ocasión había invitado a su sobrino y a Palani a tomar una taza de té de junco con el viajero -. ¿Qué hacéis cuando os duele un diente o una vaca se seca?

- Bueno..., ¡si tenemos al señor Bajocolina! - dijo la anciana.

- Para lo que sirve... - murmuró Birt, el joven sobrino de Goody Guld, y luego se ruborizó hasta el color púrpura y se le derramó el té; estaba enamorado de la maestra de escuela, pero lo más que había hecho hasta ese momento para demostrarle su amor había sido regalar canastas de caballas frescas a la cocinera de su padre.

- Oh, ¿tenéis un hechicero? - preguntó Barbanegra -. ¿Es invisible?

- No, solamente muy tímido - dijo Palani -. Apenas llevas una semana aquí, ¿no?, y vemos tan pocos extranjeros... - también se ruborizó un poco, pero no derramó su té.

Barbanegra le sonrió.

- Es un buen sattinsano entonces, ¿verdad?

- No - dijo Goody Guld -, no mejor que tú. ¿Más té, sobrino? Mantenlo en la taza esta vez... No, mi querido; llegó en un pequeño barco..., ¿hace cuatro años? Fue un día después que concluyó la arribada del sábalo porque estaba recogiendo las redes en la Ensenada Este, y Pondi Cowherd se rompió la pierna aquella misma mañana..., hará cinco años. No, cuatro. No, son cinco, fue el año en que el ajo no se dio. Entonces llega navegando en una pequeña chalupa cargada hasta el tope de grandes cofres y cajas y le dice al capitán Fogeno, que entonces no estaba ciego, aunque sabe Dios que estaba tan viejo como para haberse quedado ciego dos veces: «Oigo contar - le dice - que no tienen un brujo o hechicero... ¿No están deseando uno?». «¡Ya lo creo, si la magia es blanca!» dice el capitán, y antes de decir «pulpo» el señor Bajocolina se había instalado debajo de la colina y estaba hechizando la sarna del gato de Goody Beltow. Aunque la piel creció gris, y era un gato naranja. Tenía un aspecto bien raro después de eso. Murió el invierno pasado, durante el encantamiento del frío. Goody Beltow se tomó la muerte de su gato, pobre criatura, peor que cuando su marido se ahogó en las Orillas Largas, el día de la arribada prolongada de los arenques, cuando mi sobrino Birt aquí presente no era más que un bebé en pañales. - El sobrino de la señora Goody Guld volvió a derramar el té y Barbanegra hizo una mueca, pero la anciana prosiguió sin desfallecer, y habló hasta que cayó la noche.

Al día siguiente, Barbanegra se hallaba en el muelle trabajando en la tabla arrancada de su barco, a cuya reparación parecía dedicarle mucho tiempo, y como de costumbre, hacía hablar a los taciturnos sattinsanos.

- ¿Cuál de estas naves es la de vuestro hechicero? ¿O tiene una de esas que los Magos pliegan dentro de cáscaras de nuez cuando no las usan?

- No - dijo un imperturbable pescador -. Está allá arriba en su cueva, debajo de la colina.

- ¿Llevó hasta su cueva el barco que lo trajo?

- Sí. Hasta arriba del todo. Yo ayudé. Llena hasta el tope de grandes cajas llenas hasta el tope de libros con encantamientos, dice él. Era pesada como el plomo. - Y el imperturbable pescador le volvió la espalda, suspirando

imperturbablemente. El sobrino de Goody Guld, que arreglaba una red allí cerca, levantó la vista de su trabajo y preguntó con igual imperturbabilidad -: ¿Verdad que te gustaría conocer al señor Bajocolina?

Barbanegra le devolvió la mirada. Por un momento, unos ojos negros y listos se encontraron con unos ojos azules e inocentes; luego Barbanegra sonrió y dijo:

- Sí. ¿Me llevarás a la colina, Birt?

- Sí, cuando haya terminado con esto - dijo el pescador. Y cuando hubo terminado de remendar la red, él y el del Archipiélago partieron por la calle de la aldea hacia la alta colina verde. Pero mientras cruzaban el baldío, Barbanegra le dijo:

- Espera un momento, amigo Birt. Tengo una historia para contarte antes de que visitemos a tu hechicero.

- Cuéntala - dijo Birt, sentándose bajo la sombra de una encina perenne.

- Es una historia que empezó hace cien años, y que todavía no ha terminado... Aunque pronto terminará, muy pronto... En el mismo corazón del Archipiélago, donde las islas se apiñan densas como moscas en la miel, hay una pequeña ínsula llamada Pendor. Los señores de Pendor eran hombres poderosos en los viejos días de guerra anteriores a la Liga. Botines y rescates y tributos diluviaban sobre Pendor, y allí se reunió un gran tesoro, hace mucho tiempo. En aquel entonces, de algún lejano lugar en la Bordada Oeste, donde los dragones se crían en las islas de lava, llegó un dragón muy poderoso. No era uno de esos lagartos hiperdesarrollados que la mayoría de vosotros los habitantes de la Bordada Externa llamáis dragones, sino un monstruo grande, negro, alado, sabio, astuto, lleno de fuerza y artificios, y que como todos los dragones, amaba el oro y las piedras preciosas por sobre todas las cosas. Mató al Señor del Mar y a sus soldados, y los habitantes de Pendor huyeron de noche en sus naves. Huyeron todos, y dejaron al dragón enroscado dentro de las Torres de Pendor. Y allí permaneció durante cien años, arrastrando su barriga escamosa sobre esmeraldas y zafiros y monedas de oro, apareciendo solamente una vez cada uno o dos años, cuando debía comer. Invadía islas cercanas en busca de alimento. ¿Sabes lo que comen los dragones?

Birt cabeceó y dijo en un susurro:

- Doncellas.

- Así es - dijo Barbanegra -. Bueno, esto no se podía soportar eternamente, ni tampoco el saber que estaba sentado sobre todo ese tesoro. Así que cuando la Liga se fortaleció, y el Archipiélago no estuvo tan preocupado por guerras y piratería, se decidió atacar Pendor, expulsar al dragón y recuperar el oro y las joyas para el tesoro de la Liga. Ellos siempre están deseando dinero. Por lo tanto se reunió una enorme flota de cincuenta islas, y en las proas de las siete naves más fuertes colocaron siete Magos, y navegaron hacia Pendor... Llegaron. Desembarcaron. Nada se movió. Todas las casas estaban vacías, los platos sobre las mesas llenos del polvo de cien años. Los huesos del viejo Señor del Mar y de sus hombres yacían en los patios del castillo y en las escaleras. Y las habitaciones de la torre apestaban a dragón. Pero no había ningún dragón. Tampoco ningún tesoro, ni un diamante del tamaño de una semilla de amapola, ni una simple cuenta de plata... Al saber que no habría podido resistirse a siete Magos, el dragón se había ido. Lo rastrearon, y descubrieron que había volado a una isla desierta en el norte llamada Udrath; le siguieron la pista hasta allí, ¿y qué encontraron? Huesos de nuevo. Sus huesos, los del dragón. Pero ningún tesoro. Un hechicero, algún hechicero desconocido de otro lugar, debió de haberlo

encontrado indefenso y lo derrotó... Y después se fue con el tesoro, ¡delante de las mismas narices de la Liga!

El pescador escuchaba, atento e inexpresivo.

- Por supuesto que habrá sido un hechicero poderoso e inteligente para primero matar al dragón, y segundo escaparse sin dejar rastro. Los Señores y Magos del Archipiélago no pudieron seguirle el rastro en absoluto... Ni sospechas siquiera de dónde había venido o hacia dónde había ido. Estuvieron a punto de abandonar. Esto sucedió la primavera pasada; yo había estado ausente, viajando por la Bordada Norte durante tres años, y regresé en aquellos días. Y me pidieron que les ayudara a encontrar al hechicero desconocido. Esto fue un rasgo de inteligencia de parte de ellos. Porque no soy solamente un hechicero yo mismo, como creo que lo adivinaron algunos de los zoquetes de aquí, sino que soy un descendiente de los Señores de Pendor. Ese tesoro es mío. Es mío, y sabe que es mío. Esos idiotas de la Liga no pudieron encontrarlo porque no es de ellos. Pertenece a la casa de Pendor, y la gran esmeralda, la estrella del tesoro, Inalkil la Piedraverde, conoce a su dueño. ¡Observa! - Barbanegra levantó su bastón de roble y gritó -: ¡Inalkil! - La punta de la vara empezó a brillar, verde, un encendido resplandor verde, una niebla deslumbrante del color de la hierba de abril, y al mismo tiempo la vara se inclinó en la mano del hechicero hasta señalar en línea recta el costado de la colina que se levantaba sobre sus cabezas.

- En el lejano Havnor el resplandor no era tan potente - murmuró Barbanegra -, pero la varilla señalaba en la dirección correcta. Inalkil respondió cuando la llamé. La joya conoce a su dueño. Y yo conozco al ladrón, y lo someteré. Es un hechicero agraciado, que pudo con un dragón. Pero yo soy más poderoso. ¿Quieres saber por qué, zoquete? ¡Porque conozco su nombre!

A medida que el tono de Barbanegra se hacía más arrogante, el rostro de Birt aparecía más y más obtuso, más y más inexpresivo; pero al oír decir a Barbanegra que conocía el verdadero nombre de señor Bajocolina, se sacudió, cerró la boca y contempló al del Archipiélago.

- ¿Cómo... lo aprendiste? - dijo muy lentamente.

Barbanegra hizo una mueca y no le contestó.

- ¿Magia negra? - insistió Birt.

- ¿Cómo, si no...?

Birt palideció y no dijo nada.

- ¡Soy el Señor del Mar de Pendor, zoquete, y poseeré el oro que mis padres ganaron, y las joyas que mis madres usaron, y la Piedraverde! Porque son míos. Bueno, ahora podrás contar toda la historia a tus gznápiros de aldea, una vez derrotado ese hechicero y que yo me haya ido. Espera aquí. O puedes venir y mirar, si no tienes miedo. Nunca volverás a tener la oportunidad de observar a un hechicero en todo su poder. - Barbanegra se volvió, y sin mirar atrás subió a grandes trancos la colina, hacia la entrada de la cueva.

Muy lentamente, Birt lo siguió. Se detuvo a una buena distancia, se sentó bajo un espino y miró. El del Archipiélago se había detenido; era una figura oscura y envarada, sola en la verde ondulación de la colina, de pie y absolutamente inmóvil ante la boca bostezante de la caverna. Repentinamente movió el bastón sobre su cabeza; el resplandor esmeralda invadió el ámbito mientras gritaba:

- ¡Ladrón, ladrón del Tesoro de Pendor, sal a la vista!

Se oyó un estruendo como de loza rota dentro de la cueva, de la que salió despedida una cantidad de polvo. Asustado, Birt se agachó. Cuando volvió a mirar, vio a Barbanegra aún inmóvil, y en la boca de la cueva, polvoriento y

desgreñado, estaba el señor Bajocolina. Parecía pequeño y enternecedor, con los pies torcidos hacia adentro como de costumbre, y con las piernecillas arqueadas cubiertas por calzas negras, y sin varilla..., nunca había tenido una, reparó Birt. El señor Bajocolina preguntó con su vocecilla ronca:

- ¿Quién es usted?

- Soy el Señor del Mar de Pendor, ladrón, y he venido a reclamar mi tesoro.

Ante esto, el señor Bajocolina se fue poniendo rosado lentamente, como sucedía siempre que la gente era grosera con él. Se puso amarillo, el cabello se convirtió en cerdas, emitió un rugido parecido a una tos, y se convirtió en un león amarillo que saltó por la colina hacia Barbanegra, los colmillos blancos destellando.

Pero Barbanegra se había esfumado. Un tigre gigantesco, del color de la noche y el relámpago, brincaba al encuentro del león... que había desaparecido. De pronto, bajo la cueva se alzaba un bosquecillo alto, negro bajo el sol invernal. El tigre, conteniéndose en pleno salto justo antes de caer bajo la sombra de los árboles, se encendió en el aire, transformado en una lengua de fuego que azotaba las ramas secas y negras.

Pero donde se habían alzado los árboles, una repentina catarata empezó a caer desde la ladera de la colina, un arco de agua plateada y estruendosa que tronaba sobre el fuego. Sobre el sitio ocupado antes por el fuego... que había desaparecido.

Por un instante, ante los ojos fijos del pescador se levantaban dos colinas: la verde que ya conocía y una nueva, una loma parda y pelada, lista para beberse la torrencial catarata. Esto sucedió con tanta rapidez que Birt parpadeó, y después de parpadear parpadeó de nuevo pues lo que estaba viendo era mucho peor. Allí donde había estado la catarata revoloteaba un dragón. Alas negras oscurecían toda la colina, garras de acero se extendían, tanteando, y de los labios oscuros, escamosos, entreabiertos, brotaba fuego y vapor.

Debajo de la criatura monstruosa, Barbanegra se reía.

- ¡Toma cualquier forma que te guste, pequeño señor Bajocolina! - se burló -. Puedo enfrentarte. Pero el juego se vuelve aburrido. Quiero contemplar mi tesoro, Inalkil. Ahora, gran dragón, pequeño hechicero, recobra tu forma real. ¡Te lo ordeno por el poder de tu verdadero nombre: Yevaud!

Birt estaba petrificado, ni siquiera podía parpadear. Se agachó, indeciso entre hacerlo o no; veía al dragón suspendido en el aire sobre Barbanegra, el fuego que llameaba a la manera de muchas lenguas desde la boca escamosa, el humo que salía en chorros de las rojas ventanas de la nariz. Vio cómo el rostro de Barbanegra se volvía blanco como la tiza, y cómo le temblaba los labios orlados de barba.

- ¡Tu nombre es Yevaud!

- Sí - dijo un vozarrón ronco y silbante -. Mi verdadero nombre es Yevaud, y mi verdadera forma es esta.

- Pero el dragón había muerto... Encontraron sus huesos en la isla de Udrath.

- Ese era otro dragón - intervino el dragón, y luego caló como un halcón, con las garras extendidas.

Birt cerró los ojos. Cuando los abrió, el cielo estaba despejado, la colina vacía, excepto una mancha pisoteada de color negro rojizo, y unas pocas huellas de garras en la hierba.

Birt el pescador se puso en pie y corrió. Atravesó el baldío a la carrera, dispersando las ovejas a izquierda y derecha, y bajó por la calle de la aldea hasta

la casa del padre de Palani. La joven estaba en el jardín desmalezando las capuchinas.

- ¡Ven conmigo! - jadeó Birt; ella lo miró fijamente, él la aferró de la muñeca y la arrastró consigo. Palani chilló un poco, pero no se resistió.

Ambos corrieron recto hacia el muelle; Birt empujó a Palani dentro del Queenie, la chalupa pesquera. El muchacho desató las amarras, cogió los remos y partió, remando como un demonio. Lo último que Sattins Island vio de él y de Palani fue la vela del Queenie desvaneciéndose en dirección de la isla más cercana en el oeste.

Los aldeanos creyeron que nunca dejarían de comentar cómo Birt, el sobrino de Goody Guld, se había vuelto loco y había escapado en un bote con la maestra el mismo día que el buhonero Barbanegra desapareció sin dejar rastro, abandonando todas sus plumas y cuentas. Pero tres días más tarde dejaron de comentarlo pues tuvieron otras cosas que comentar, cuando el señor Bajocolina salió por fin de su cueva.

El señor Bajocolina había resuelto que ya que su verdadero nombre no era más un secreto, bien podía abandonar su disfraz. Caminar era mucho más difícil que volar, y además hacía mucho, mucho tiempo que no comía una verdadera comida.

FIN

Fredric Brown - PESADILLA EN AZUL

Despertó en la más brillante y azul mañana que hubiera visto. A través de la ventana de la recámara podía ver un cielo casi increíble. George se deslizó rápidamente fuera de la cama, bien despierto para no perder otro minuto de su primer día de vacaciones. Se vistió procurando no despertar a su esposa. Llegaron a la casa de campo, prestada por un amigo para que pasaran las vacaciones, bastante tarde la noche anterior, y Vilma llegó muy cansada del viaje; la dejaría dormir tanto como pudiera. Se llevó los zapatos a la estancia, para ponérselos allí.

El pequeño Tommy, su hijo de cinco años, salió bostezando de la recámara más chica, donde había dormido.

- Quieres desayunar? - le preguntó George. Y cuando Tommy asintió, le dijo

- Vístete pues, y alcánzame en la cocina.

George fue a la cocina; pero, antes de empezar a desayunar, salió a la puerta exterior y miró los alrededores; cuando llegaron, estaba ya oscuro y sólo por referencias conocía el lugar. Ahora aparecía ante sus ojos el bosque virgen más hermoso de lo que se imaginara. La casa de campo más cercana, según le dijeron, estaba a una milla de distancia, al otro lado de un lago de regular tamaño. No alcanzaba a ver el lago, debido a los árboles, pero el camino que empezaba en la puerta de la cocina conducía hasta sus orillas, a menos de un cuarto de milla de distancia. Su amigo le dijo que era bueno para nadar y para pescar. La natación no le interesaba a George; no tenía miedo al agua, pero tampoco le gustaba en forma especial, y nunca aprendió a nadar. Su esposa sí era una buena nadadora y también lo era Tommy; un verdadero pescadito.

Tommy le dio alcance; para el chico, la idea de estar vestido era ponerse un traje de baño, lo cual no le tomó mucho tiempo.

- Papito - propuso -, vamos a ver el lago antes de comer, eh?

- Muy bien - aceptó George.

No tenía hambre y, para cuando regresaran, quizá Vilma estaría despierta ya.

El lago era hermoso, de un azul más intenso que el del cielo, y terso como un espejo. Tommy se arrojó alegremente a las aguas, y George le pedía que se quedara cerca de la orilla.

- Puedo nadar bien, papito. Muy bien.

- Sí, pero tu madre no está aquí. Mantente cerca.

- El agua está tibia, papito.

Allá lejos, George vio saltar a un pez. Después del desayuno vendría con su caña para tratar de pescar una trucha.

Le dijeron que la vereda que corría a lo largo de la orilla conducía a un lugar, un par de millas más adelante, donde se podrían rentar botes. Trató de distinguir a lo lejos ese embarcadero.

Repentinamente hubo un grito de angustia:

- ¡Papito, mi pierna...!

George se dio vuelta y vio desaparecer la cabeza de Tommy, a unas veinte yardas de distancia. Debía tratarse de un calambre, pensó frenéticamente; Tommy era capaz de nadar muy bien.

Durante un segundo estuvo a punto de arrojarse al agua, pero se dijo que de nada serviría ahogarse también. Si pudiera avisar a Vilma habría alguna posibilidad...

Corrió hacia la casa. Un centenar de yardas antes empezó a gritar, a todo pulmón:

¡Vilma!

Cuando llegaba ya a la cocina, ella salía vestida todavía en pijama. Corrió tras él, de regreso al lago, y pronto le dio alcance, dejándolo atrás hasta llegar al borde del lago con una ventaja de cincuenta yardas, para arrojarse a las aguas y nadar vigorosamente hacia el punto donde apareció durante un momento la parte posterior de la cabeza del niño flotando en la superficie.

Vilma llegó en unas cuantas brazadas y alcanzó el lugar y entonces, al enderezar el cuerpo para regresar, George pudo ver con horror, un horror reflejado también en los ojos azules de su esposa, que ella estaba de pie sobre el fondo del lago, abrazando a su hijo muerto, ahogado en sólo noventa centímetros de agua.

Thomas M. Disch - **EL NUMERO QUE SE HA ALCANZADO**

Cuando desapareció el aburrimiento, pasó a ocupar su lugar el pánico. Esta vez llegó a mediodía a través del Volumen 6 de Toynbee. Normalmente, un buen chapuzón y un par de kilómetros recorridos a nado hubieran arreglado las cosas, pero era invierno. Salió a la veranda en camiseta y dejó que el viento del lago azotara su carne. Contempló la ciudad enterrada en nieve y la immaculada blancura de la escena puso un nudo en su corazón, haciéndole sentir lo que había perdido, y también a causa de su belleza. Se agarró a la barandilla del balcón, y la frialdad del metal atemperó el calor de las palmas de sus manos. Sus músculos reclamaban ser utilizados. Su mente necesitaba comunicarse con otra mente. Tenía que hablar.

No se dio cuenta de la fuerza con que se había agarrado a la barandilla hasta que le dolieron las manos. Se soltó y miró hacia abajo: catorce pisos hasta la calle, cubierta con un sudario de nieve.

El día siguiente fue mejor. Recobró el control de sí mismo. Desde luego, tuvo que renunciar a Toynbee. Hizo ejercicio, transportando pesados cajones de libros y de latas de conserva desde el vestíbulo. Contó mentalmente los peldaños. Desde el vestíbulo hasta el segundo piso había dieciocho peldaños, y quince entre todos los otros pisos. Ciento noventa y ocho, en total. Le desconcertó que la cifra total se interrumpiera precisamente dos números por debajo de doscientos. Cuando hubo alcanzado, jadeante, el último peldaño, su mente siguió contando, independientemente: ciento noventa y nueve, doscientos.

Una vez guardados todos los paquetes, empezó a limpiar. Como de costumbre, había dejado que el apartamento se ensuciara hasta lo indecible. Barrió todas las habitaciones, llevando las barreduras a la veranda y soltándolas al viento. Luego fregó los suelos de madera, apoyándose con ambas manos sobre el duro cepillo, contando las pasadas. Después enceró las tablas hasta sacarles brillo. Quitó el polvo y enceró los muebles, y trató también de limpiar las ventanas, pero el limpiacristales se heló sobre el frío cristal. Cuando estuvo muy cansado trató de leer - una novela de misterio, simplemente -, pero lo único que le interesaba, lo único hacia lo cual volvían siempre sus ojos, era el número que figuraba en la esquina de cada página. El libro tenía 160 páginas, de las cuales iba restando el número de la página en que se encontraba para saber las páginas que le quedaban por leer. A la una soltó el libro y escuchó el viento del lago chocando contra las ventanas y el monótono latido del reloj de pared. Aquella noche soñó que le hacía el amor a su esposa, que estaba muerta.

Oyó el timbre del teléfono, y por unos instantes se limitó a contemplarlo, pero un teléfono que está sonando tiene el mismo aspecto que un teléfono que no está sonando. Finalmente levantó el receptor y lo acercó a su oído.

- ¡Hola! - dijo, y luego: - ¿Hola?

- Hola - respondió ella, con la mayor naturalidad.

- No creí que funcionaran los teléfonos - dijo él.

Era una estupidez decir aquello, pero había evitado la ridiculez de ¡Hábleme, diga algo, cualquier cosa, pero hábleme!

- Es la automatización, supongo. Hay montones de cosas que continúan funcionando, si uno paga sus facturas.

- Me gusta su voz - dijo él -, Me gusta el sonido que tiene.

- Es una voz áspera - dijo ella.

- Me recuerda la de mi esposa.

- ¿Era guapa?

- Lidia era muy guapa. Fue Reina del Curso en la U.C.L.A.

- Y usted, ¿qué era?

- Yo iba a otra escuela.

- Eso no contesta a mi pregunta.

Él enrojeció: ella era muy agresiva.

- Fui capitán del equipo de fútbol. ¿Qué más? - Se echó a reír -. Si quiere, le enseñaré mi fotografía en el anuario.

- ¿Por teléfono? - inquirió ella, fríamente.

- ¿Quiere venir aquí?

- Todavía no.

- ¿Por qué no?

Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Notó un nudo en el estómago, como si las infinitas pérdidas de aquellos últimos años estuvieran concentradas en aquella sola respuesta.

- No le conozco a usted lo suficiente - explicó ella.

- ¿Cómo supo que tenía que llamarme aquí? ¿Sabe lo que pienso? ¡Ni siquiera creo que exista usted! La estoy imaginando, simplemente.

- Pero está usted hablando conmigo, ¿no es cierto?

Él no contestó.

- Si usted quiere - dijo ella -, yo le hablaré. En realidad, vengo observándole desde hace mucho tiempo. Anteayer le vi en su terraza. Se quedó tanto rato allí, en camiseta, que me hizo sentir frío. Se llama usted Justin Holt. Vi su nombre en su buzón y, desde luego, en seguida supe quién era usted.

- ¿Cuál es su nombre?

- Usted es el astronauta. Lo leí todo acerca de usted en la biblioteca.

- Sí, soy el astronauta, en efecto. Apuesto a que ni siquiera se ha molestado en inventar un nombre para usted. Ni un pasado.

- No voy a decirle mi nombre. No lo creería. Pero crecí en Winnetka, cerca de Chicago, igual que su querida Lidia, y asistí a la escuela en Bennington, aunque a mí no me nombraron Reina del Curso. Me gradué en Economía Doméstica.

- No pudo usted graduarse en Bennington, porque en esa población no hay ninguna Universidad.

Ella se echó a reír.

- Le estaba tomando el pelo, Justin. Porque sé que Lidia estudió Economía Doméstica en la U.C.L.A. Lo leí en el anuncio de la boda en el Tribune. Dios, una persona tiene que ser tonta para hacer eso. No puedo soportar a las personas tontas. ¿Y usted, Justin?

La mano de Holt apretó el receptor con más fuerza.

- ¿Cómo sabe usted...? - empezó a decir.

Pero se interrumpió, dándose cuenta de su dilema: o bien ella era real, y no podía haber sabido aquellas cosas acerca de Lidia, o bien él la estaba imaginando, en cuyo caso todo lo que ella dijera acerca de Lidia, o de él mismo, procedía de su propia mente.

- Yo puedo leer entre líneas - dijo ella, como si captara su duda -. He visto un montón de Lidias.

- ¿Y un montón de los de mi clase, también?

- Oh, no, Justin! Usted es único. Usted es famoso. Y es guapo. ¿Sabía usted que las mujeres opinan que es muy guapo? Y es usted un genio, desde luego. Tiene un cociente de Inteligencia de 198.

Su risa tenía una cruel resonancia animal.

- ¿Por qué dice eso? - preguntó él, convencido de que el fantasma se había traicionado a sí mismo como lo que era.

- ¿Por qué no? Un número es tan bueno como otro.

- Entonces, llame a otro número - dijo él, y colgó.

Bruscamente, había dejado de creer en ella. Siempre había temido que la cosa terminaría así, en locura. Sus ejercicios de estoicismo, su autocontrol, todos sus esfuerzos para mantenerse cuerdo no habían servido para nada.

Bebió, sentado con las piernas cruzadas sobre la espléndida piel de oso polar del salón. Bebió Chivas Regal directamente de la botella y comió bizcochos ingleses directamente de la lata.

Cuando despertó el teléfono estaba sonando de nuevo. Había dos ratones en la lata de bizcochos, comiéndose las migajas. No prestaban ninguna atención al timbre del teléfono, pero cuando él se levantó huyeron apresuradamente. No era de día aún. O quizás ya había anochecido. Cogió el receptor.

- Hola - dijo ella -. Soy Justine.

Él rió, y notó un doloroso pinchazo en la nuca.

- Ya le dije que no me creería, pero, ¿qué quería que hiciera? ¿Mentir? No hubiera sido difícil inventar un nombre más probable. Como Mary. ¿Qué opina usted de Mary? ¿O Lidia? Suena casi tan corriente como el agua de lavar los platos.

- ¿Por qué habla así de ella?

- Tal vez estoy celosa.

- Bueno, no tiene motivos para estarlo.

- Usted no la quería, ¿verdad? Se casó con ella del mismo modo que ingresó en el ejército, del mismo modo que se ofreció para ir a Marte. Eso era lo único que le importaba: ir a Marte. Y se casó con Lidia porque su padre podía ayudarle a conseguirlo. Pero su cariño no era sincero.

- Escuche, Justine - dijo él -, todo esto empieza a fastidiarme. No necesito que me llame y sea mi conciencia culpable. Si es usted una persona real, demuéstrela. Pero, ahora mismo, no sé nada acerca de usted.

- No es lo único que ignora. Por ejemplo, los millones...

- ¿Los millones? - la interrumpió él.

- ...de muertos - dijo ella -. Todos muertos. Todo el mundo muerto. Por culpa de usted y de los otros como usted. Los capitanes de equipos de fútbol, y los soldados, y todos los otros héroes.

- Yo no lo hice. Ni siquiera estaba aquí cuando ocurrió. No puede reprochármelo.

- Bueno, yo se lo reprocho, nene. Porque si se lo hubiesen ordenado, lo hubiera hecho.

- Usted conoce aquel territorio mejor que yo. Usted creció allí.

- ¿Cree que no existo? Tal vez cree usted que tampoco los otros han existido. Lidia... y todos los otros millones.

- Resulta divertido que diga usted eso.

Ella permaneció ominosamente silenciosa.

El continuó, intrigado por la novedad de la idea:

- Eso es lo que se siente en el espacio. Es más bello que cualquier otra cosa de las que existen. Uno está solo en la nave, y aunque no esté solo no puede ver a los otros. Puede ver los cuadrantes y los millones de estrellas en la pantalla delante de él, y puede oír las voces a través de los auriculares, pero eso es todo. Uno empieza a pensar que los otros no existen.

- ¿Sabe lo que tendría que hacer? - dijo ella.

- ¿Qué?

- Arrojar al lago.

- Eso no es divertido.

No hubo respuesta. El receptor zumbó en su oído. Esta vez había colgado ella. Se acercó a la ventana para contemplar la ciudad, enterrada bajo las toneladas de nieve que no sería removida, pero los cristales estaban empañados con las gotas heladas de limpiacristales. Las arrancó una a una con las uñas, contándolas. Cuando llegó a ciento noventa y ocho, la rabia hirvió en él y golpeó el cristal con el puño cerrado. Una ráfaga de aire frío azotó su rostro, y de su garganta brotó un profundo sonido, el grito de un animal acorralado.

La calefacción del edificio era automática. El teléfono era automático, mientras él pagara sus facturas, y el banco que pagaba sus facturas era automático mientras recibiera sus cheques, y sus cheques llegaban automáticamente a través de los correos del Gobierno Federal. Toda la ciudad funcionaba a base de autómatas, los cuales, uno a uno, dejaban de funcionar a medida que se quedaban sin combustible o sin instrucciones. Incluso las bombas habían sido automáticas. Y la nave espacial que les había llevado, a él y a sus compañeros, a Marte en viaje de ida y vuelta, también era automática. A veces él se sentía automático, aunque en su calidad de astronauta sólo estaba equipado para soportar su aislamiento, y gracias a ellos había podido evitar hasta ahora los estragos del pánico. Desde luego, le había ayudado mucho el hecho de que los barrenderos automáticos hubieran sacado los cadáveres de las calles, y los vehículos parados de las carreteras. En los primeros momentos había pensado en lo raro que resultaba que, habiendo sido soldado, oficial del Ejército de los Estados Unidos, durante doce años, no hubiera visto nunca un cadáver. Naturalmente, más tarde encontró alguno que no había sido enterrado automáticamente. Lidia, por ejemplo, parecía haber estado durmiendo cuando llegaron las bombas. Al menos estaba acostada. El cuerpo no se había descompuesto, ya que las bombas habían eliminado radicalmente toda clase de vida. Los pequeños bichos sólo habían empezado a reaparecer recientemente, y Dios sabe de dónde procedían.

Ella continuó llamándole por teléfono, pero cuando él contestaba lo único que ella decía era que él debía suicidarse, ya que había asesinado a todos los demás. Él le hizo observar que no la había asesinado a ella, a Justine. «¡Oh, pero yo no existo!» No le servía de nada ser razonable con ella, de modo que terminó por no contestar a sus llamadas. Se sentaba en el sofá del salón, con un libro en el regazo, y contaba los timbrazos. A veces se sucedían interminablemente, y él salía de la casa y buscaba un banco en frente de la helada marina. Había decidido desempolvar sus matemáticas. Había olvidado casi todo lo que había aprendido en la escuela. La necesidad de ignorar el frío hacía más fácil, hasta cierto punto, la concentración. Cuando estaba sumergido en sus estudios, todo lo

demás dejaba de tener importancia. O, cuando el viento del lago era demasiado fuerte, podía andar por las calles cubiertas de nieve, pasar por delante de los numerados edificios, ejercitando su memoria, ya que después de todo esta era la ciudad en la que había crecido. Descubrió que no podía recordar muchas de las particularidades de los días de su infancia. Recuerdos que él había creído seguros y que casi habían terminado por borrarse. De modo que, a veces, caminando a través de la nieve, se limitaba a contar sus pasos. Le parecía que, si contaba lo suficiente, daría con el número correcto, y que ello significaría algo. Pero, mientras esperaba que llegara aquel número, sabía lo suficiente de matemáticas para distraerse e incluso instruirse. Tomemos el número 90, por ejemplo. 90 era la suma de dos cuadrados: el cuadrado de 9 y el cuadrado de 3. También era el producto de 9 y 10, en tanto que el producto de 9 y 11 era 99. ¡Y dos veces 99 era 198! Los números anterior y posterior al 198 eran primos, 197 y 199. Las posibilidades latentes en los números eran infinitas: literalmente infinitas.

Pero detrás de aquella creciente pasión por los números había una angustia continua, una inquietud moral, una sensación de haber traicionado algo o a alguien, aunque no sabía exactamente qué o a quién. No era una sensación de culpabilidad, precisamente. Era algo que Justine había despertado en él. Quizás había una especie de justicia en su exigencia de que él debía morir. Al menos, él no tenía ningún motivo para sobrevivir. No había hecho nada para merecer su singularización. Había embarcado con otros dos compañeros en un cohete automático, había dejado su carga en otro planeta, en el cual había permanecido el tiempo suficiente para ser testigo de la muerte accidental de sus compañeros, y luego había regresado al punto de partida. Había sido una pura coincidencia que, en el intervalo, hubiesen sido pulsados los botones que ponían en movimiento los ingenios automatizados de destrucción que a su manera poseían el secreto de vida y muerte: las bombas de neutrones.

La puesta del sol le aterrizzaba de un modo especial. No temía la oscuridad, pero al ponerse el sol tenía que estar en un lugar cerrado. Entraba en la cocina, donde no había ventanas, y cerraba la puerta detrás de él. Después de la puesta del sol, podía ir a cualquier parte del apartamento.

El contar se había convertido para él en una obsesión. Contaba los libros en las estanterías. Contaba los latidos de su pulso. Contaba los segundos de su reloj. Permanecía despierto en la cama horas enteras, contando.

Una noche oyó una voz en sueños cantando la canción de cuna del reloj:

Jíplori-díplori-ploj,
El ratón se subió al reloj.
El reloj la una dio.
El ratón a correr echó.
Jíplori-díplori-ploj.

Sonó el teléfono. Antes de despertarse del todo empuñó el receptor.

- Por favor - dijo ella -, escúcheme. Lamento lo que le dije. Me he portado como una estúpida. No hará usted... no hará lo que le dije, ¿verdad? Dios mío, tenía tanto miedo de que no me contestara...

Él permaneció silencioso.

- ¿Puedo ir a verle? Debí hacerlo desde el primer momento, pero tenía miedo. No le conocía a usted. ¿Puedo ir ahora?

Él no supo qué contestar. ¿Qué podía decirle a alguien que no existía? Se dio cuenta de que el dormitorio estaba bañado por la luz de la luna. Se filtraba a través de los visillos de muselina y caía sobre la cama, tan tangible como suero de mantequilla.

- ¿Qué? - dijo él, abstraídamente.

- Aunque tal vez debiera decidirlo por mí misma. ¿Es eso lo que piensa? Tiene usted razón. Iré. Estaré ahí dentro de... dentro de una hora. De una hora y media, como máximo.

Ella colgó.

Él miró el reloj.

Tengo noventa minutos, pensó. Cinco mil cuatrocientos segundos.

Empezó a contarlos.

Resultaba difícil contar un número por segundo cuando se pasaba de cien, de modo que cuando llamaron a la puerta sólo había llegado a dos mil seiscientos setenta. Trató de ignorar la llamada, como había ignorado el timbre del teléfono durante tantos días.

- Por favor, Justin. Déjeme entrar.

- No - explicó él cuidadosamente -. Si la dejo entrar, no podré volverme atrás. Tendré que admitir que es usted real.

- Soy real, Justin. Puede usted oírme, puede usted verme. ¡Oh, por, favor, Justin!

- Eso es lo que temo, precisamente. No saber si al fin me he vuelto completamente loco.

- Justin, le amo.

- Lo comprende, ¿verdad? Se da cuenta de que es imposible, ¿no es cierto?

- No me moveré de aquí. Me quedaré pegada a la puerta, y cuando usted salga...

- No voy a salir, Justine. Si hubiera venido usted al principio... en vez de telefonar. Ahora es demasiado tarde. ¿Cómo puedo creer ahora en usted? Sería despreciable ceder ahora, una debilidad. Imperdonable. No podría soportarlo, y usted nunca me respetaría.

No le llegó ninguna respuesta.

- Váyase - dijo él.

Sabía que ella estaba esperando allí, cebando su trampa con silencio. Salió a la veranda y contempló la ciudad cubierta de nieve. Parecía casi más brillante a la luz de la luna que a pleno sol.

Saltaré cuando haya contado diez, se dijo a sí mismo.

Contó hasta diez, pero no saltó. Si volvía a la puerta, sabía que ella estaría allí: o, al menos, que él creería que estaba allí. No tenía elección. Y, ¿no era esto lo que ella había dicho que tenía que hacer?

¿No era esto, casi, justicia?

Contó hasta veinte, hasta cincuenta, hasta cien.

Los números tenían un efecto tranquilizador. Eran lógicos. Cada número era exactamente uno más que el anterior y uno menos que el posterior. Contó hasta ciento noventa y ocho. Súbitamente, la llamada a la puerta se repitió, más fuerte que nunca. Él se inclinó por encima de la barandilla y su cuerpo fue dejando atrás los catorce pisos hasta caer sobre la blanda e inmaculada nieve de la calle.

FIN

Thomas M. Disch - **EL DESCUBRIMIENTO DEL NULITRON**

Los grandes descubrimientos de la física nuclear se realizan en los lugares más insospechados. El trascendental hallazgo del nulitrón, clave de la moderna física nuclear, tuvo lugar en la isla de Ibiza... Lean, por favor.

Mientras se intentaba verificar el experimento clásico de Drake del «Muon sin masa» (experimento en el que se destruía un muon sin masa, produciendo, como ya había observado anteriormente Hawakaja, el llamado aisotróp-D) se identificó una nueva partícula, de masa cero, carga cero y spin cero. A esta nueva partícula se la ha denominado «nulitrón».

Un importante avance

Al principio se pensó que el nulitrón era un neutrino (partícula sin carga ni masa con un spin de $+1/2$), pero al repetirse el experimento utilizando un blanco de nubium giroscópicamente equilibrado en lugar del viejo electrodo fijo de frinium, se calculó que el spin tenía un valor cero.

Aunque carente de masa, la partícula no puede calificarse realmente de subatómica, pues parece tener sobre un metro de diámetro, y es perfectamente redondeada y más bien brillante. Su color rojo puede explicarse por el conocido «corrimiento hacia el rojo», un «efecto Doppler» provocado por el hecho de que, sea cual sea el punto de vista desde el que se la observe, la partícula parece alejarse del observador uniformemente, a la velocidad de la luz.

Cómo se obtiene el nulitrón

El nulitrón puede producirse experimentalmente sólo en circunstancias muy favorables. Puede resultar útil, aunque no sea esencial, un ciclotrón de kilómetro y medio de circunferencia, lleno de bloques sólidos de plomo alternados con mercurio. Es de la mayor importancia que exista en el investigador una auténtica voluntad de descubrirlo.

Con el descubrimiento del antinulitrón se ha dado un gran salto adelante en el campo general de las investigaciones relacionadas con el nulitrón.

Un gran salto adelante

Como el propio nulitrón, el antinulitrón tiene masa cero, carga cero y spin cero, pero a diferencia del nulitrón es verde y cúbico. Una medición cuidadosa (realizada haciendo pasar nulitrones y antinulitrones a través de un denso campo de neutrinos giratorios, sobre el que curiosamente ejercen escasos o nulos efectos) muestra que los antinulitrones cúbicos son exactamente del mismo volumen que los nulitrones esféricos. No se ha dado ninguna explicación satisfactoria a este fenómeno.

Consideraciones teóricas conducen a la inexorable, aunque sumamente improbable, conclusión de que nulitrones y antinulitrones existen por todas partes en la Naturaleza. En realidad puede decirse que el Universo está empapado de ellos. Pero debido a las leyes de la conservación, raras veces son observados en su estado natural.

El primer nulitrón se observó, en realidad, en la isla de Ibiza, donde los investigadores estaban pasando unas breves vacaciones. Durante tres tardes

sucesivas, mientras dormía en la playa, el señor Sladek tuvo vívidos sueños de enjambres de nulitrones agrupados en anillos, mordiéndose las colas unos a otros y fundiéndose más tarde en una especie de mantequilla, pues los nulitrones anulan a los antinulitrones y viceversa.

Algunos datos significativos

Esto no significa, sin embargo, que el nulitrón se halle en constante interacción con todas las partículas subatómicas conocidas. Un nulitrón puede unirse a un neutrino para formar un antineutrino y a un antineutrino para formar un neutrino. Estas interacciones (y muchas más) se producen constantemente en la Naturaleza, pero (debido a las leyes de la conservación) nunca pueden observarse directamente, sólo inferirse.

Además de su «color», la familia del nulitrón posee otras características «secundarias».

Cuando chocan dos nulitrones que llegan de direcciones opuestas, producen un ruido chirriante, muy parecido al de un ventilador eléctrico defectuoso. (Como el ventilador de la habitación 38 del hotel Las Palmas de Ibiza). La colisión de dos antinulitrones, por el contrario, produce exactamente el mismo sonido con la excepción de que en las ondas que traza sobre un osciloscopio los senos se corresponden perfectamente a las crestas del otro, y viceversa. El resultado, desde el punto de vista de un auditorio, es un silencio perfecto, lo cual puede explicar el que se haya tardado tanto en descubrir el nulitrón.

Usos del nulitrón

Respecto al sabor, el nulitrón, a pesar de su tono rojo vivo, tiene un claro aroma a regaliz, mientras que el antinulitrón se parece sobre todo, en cuanto a su sabor, a las bayas verdes del junípero. Se están realizando más investigaciones en este fructífero campo, y los fabricantes de alimentos dietéticos han expresado ya interés por sus posibles usos comerciales.

El principal problema que se plantea la industria es la extracción de nulitrones de su «campo potencial» en cantidad suficiente. De sus posibles usos bélicos, y especialmente de si por el momento es factible una «bomba nulitrónica» (o si lo será en un futuro próximo) nada se puede decir con seguridad.

Espacio, tiempo y nulitrón

Uno de los aspectos más curiosos del nulitrón es la relativa brevedad de su vida. En todos los casos observados, el nulitrón quedó instantánea y totalmente destruido en el momento de su creación. Esto no se percibió durante las primeras investigaciones, porque el nulitrón destruido queda instantáneamente reemplazado por otro nulitrón idéntico, totalmente indistinguible de su «padre».

La primera tarea que se ofreció a los investigadores tras el descubrimiento del propio nulitrón fue la escisión de éste en sus partículas. Este experimento consistía sencillamente en coger nulitrones y arrojarlos con fuerza considerable contra el suelo. Mientras una energía demasiado escasa en el «rayo nulitrónico» así formado puede provocar un desagradable balanceo, una fuerza excesiva provocará un rebote exagerado el, por ahora, denominado «Efecto de bote». Esta fastidiosa elasticidad puede evitarse empapando primero el nulitrón en un recipiente de mesones pi y «dejando luego que la naturaleza siga su curso inevitable».

Aunque se han descubierto por este método otros diecisiete mil tipos diferenciados de partículas subnucleónicas, hasta la redacción de este informe, resultó muy difícil distinguir estos tipos distintos, pues todos los diferentes subtipos creados por este método parecían idénticos. Se necesitaba, sin duda, un enfoque más riguroso.

Por un procedimiento de tanteo, se llegó finalmente al siguiente método: mientras un investigador sujeta el nucleón con ambas manos, el otro o bien se sienta sobre él, o bien le administra un golpe fuerte con un martillo de molibdeno. Se producen así dos categorías de partículas subnucleónicas: las de «asiento» y las «otras».

Las de «asiento» están formadas por isones (pequeños, azules y redondeados), nisonos (más pequeños, bidimensionales y de un curioso color arroz); y nulinisonos (extremadamente delgados, color naranja y de forma extravagante).

Las «otras» son más variadas, distribuyéndose en dos subgrupos principales: los isotrones y los flogistones. Los isotrones son de tamaño medio, ovoidales y casi carentes de masa, y según se observó tienden inmediatamente a aproximarse a la fuente de luz más cercana (en el hotel Las Palmas era una bombilla única y sin pantalla de veinticinco vatios) y girar a su alrededor hasta que chocan con ella o se consumen en antisotrones.

Se observaron también incontables partículas pertenecientes a este grupo de «otras», cuyo tamaño variaba desde los tres milímetros a los grandes flogistones, que llegan a alcanzar un millón ochocientos mil kilómetros de diámetro, aunque su masa equivalga a la de un electrón. Sólo ha llegado a producirse experimentalmente un flogistón. Esta partícula, por ser fotófila, se lanzó inmediatamente hacia el Sol a una velocidad que se calcula en 0,9 la velocidad de la luz.

¿Una posible explicación de la materia?

El único flogistón producido en este último, y definitivo, experimento quizás nos permita hallar una explicación sobre la naturaleza de la materia. Al chocar con el Sol, el flogistón quedó destruido, así como el Sol, y pudieron tomarse algunas interesantes fotografías.

Aunque sea aún demasiado pronto para empezar a especular sobre este fenómeno, puede suponerse que cuando comprendamos de modo más pleno el carácter de este maravilloso nucleón, alcanzaremos una explicación nueva y más amplia de la naturaleza de nuestro Sistema Solar y quizás de la materia misma.

FIN

Arthur C. Clarke - **LOS NUEVE BILLONES DE NOMBRES DE DIOS**

- Esta es una petición un tanto desacostumbrada - dijo el doctor Wagner, con lo que esperaba podría ser un comentario plausible -. Que yo recuerde, es la primera vez que alguien ha pedido un ordenador de secuencia automática para un monasterio tibetano. No me gustaría mostrarme inquisitivo, pero me cuesta pensar que en su... hum... establecimiento haya aplicaciones para semejante máquina. ¿Podría explicarme que intentan hacer con ella?

- Con mucho gusto - contestó el lama, arreglándose la túnica de seda y dejando cuidadosamente a un lado la regla de cálculo que había usado para efectuar la equivalencia entre las monedas -. Su ordenador Mark V puede efectuar cualquier operación matemática rutinaria que incluya hasta diez cifras. Sin embargo, para nuestro trabajo estamos interesados en letras, no en números. Cuando hayan sido modificados los circuitos de producción, la maquina imprimirá palabras, no columnas de cifras.

- No acabo de comprender...

- Es un proyecto en el que hemos estado trabajando durante los últimos tres siglos; de hecho, desde que se fundó el lamaísmo. Es algo extraño para su modo de pensar, así que espero que me escuche con mentalidad abierta mientras se lo explico.

- Naturalmente.

- En realidad, es sencillísimo. Hemos estado recopilando una lista que contendrá todos los posibles nombres de Dios.

- ¿Qué quiere decir?

- Tenemos motivos para creer - continuó el lama, imperturbable - que todos esos nombres se pueden escribir con no más de nueve letras en un alfabeto que hemos ideado.

- ¿Y han estado haciendo esto durante tres siglos?

- Sí; suponíamos que nos costaría alrededor de quince mil años completar el trabajo.

- Oh - exclamó el doctor Wagner, con expresión un tanto aturrida -. Ahora comprendo por qué han querido alquilar una de nuestras maquinas. ¿Pero cuál es exactamente la finalidad de este proyecto?

El lama vaciló durante una fracción de segundo y Wagner se preguntó si lo había ofendido. En todo caso, no hubo huella alguna de enojo en la respuesta.

- Llámelo ritual, si quiere, pero es una parte fundamental de nuestras creencias. Los numerosos nombres del Ser Supremo que existen: Dios, Jehová, Alá, etcétera, sólo son etiquetas hechas por los hombres. Esto encierra un problema filosófico de cierta dificultad, que no me propongo discutir, pero en algún lugar entre todas las posibles combinaciones de letras que se pueden hacer están los que se podrían llamar verdaderos nombres de Dios. Mediante una permutación sistemática de las letras, hemos intentado elaborar una lista con todos esos posibles nombres.

- Comprendo. Han empezado con AAAAAA... y han continuado hasta ZZZZZZ...

- Exactamente, aunque nosotros utilizamos un alfabeto especial propio. Modificando los tipos electromagnéticos de las letras, se arregla todo, y esto es

muy fácil de hacer. Un problema bastante más interesante es el de diseñar circuitos para eliminar combinaciones ridículas. Por ejemplo, ninguna letra debe figurar más de tres veces consecutivas.

- ¿Tres? Seguramente quiere usted decir dos.

- Tres es lo correcto. Temo que me ocuparía demasiado tiempo explicar por qué, aun cuando usted entendiera nuestro lenguaje.

- Estoy seguro de ello - dijo Wagner, apresuradamente - Siga.

- Por suerte, será cosa sencilla adaptar su ordenador de secuencia automática a ese trabajo, puesto que, una vez ha sido programado adecuadamente, permutará cada letra por turno e imprimirá el resultado. Lo que nos hubiera costado quince mil años se podrá hacer en cien días.

El doctor Wagner apenas oía los débiles ruidos de las calles de Manhattan, situadas muy por debajo. Estaba en un mundo diferente, un mundo de montañas naturales, no construidas por el hombre. En las remotas alturas de su lejano país, aquellos monjes habían trabajado con paciencia, generación tras generación, llenando sus listas de palabras sin significado. ¿Había algún límite a las locuras de la humanidad? No obstante, no debía insinuar siquiera sus pensamientos. El cliente siempre tenía razón...

- No hay duda - replicó el doctor - de que podemos modificar el Mark V para que imprima listas de este tipo. Pero el problema de la instalación y el mantenimiento ya me preocupa más. Llegar al Tíbet en los tiempos actuales no va a ser fácil.

- Nosotros nos encargaremos de eso. Los componentes son lo bastante pequeños para poder transportarse en avión. Este es uno de los motivos de haber elegido su máquina. Si usted la puede hacer llegar a la India, nosotros proporcionaremos el transporte desde allí.

- ¿Y quieren contratar a dos de nuestros ingenieros?

- Sí, para los tres meses que se supone ha de durar el proyecto.

- No dudo de que nuestra sección de personal les proporcionará las personas idóneas. - El doctor Wagner hizo una anotación en la libreta que tenía sobre la mesa - hay otras dos cuestiones... - Antes de que pudiese terminar la frase, el lama sacó una pequeña hoja de papel.

- Esto es el saldo de mi cuenta del Banco Asiático.

- Gracias. Parece ser... hum... adecuado. La segunda cuestión es tan trivial que vacilo en mencionarla... pero es sorprendente la frecuencia con que lo obvio se pasa por alto. ¿Qué fuente de energía eléctrica tiene ustedes?

- Un generador diesel que proporciona cincuenta kilovatios a ciento diez voltios. Fue instalado hace unos cinco años y funciona muy bien. Hace la vida en el monasterio mucho más cómoda, pero, desde luego, en realidad fue instalado para proporcionar energía a los altavoces que emiten las plegarias.

- Desde luego - admitió el doctor Wagner -. Debía haberlo imaginado.

La vista desde el parapeto era vertiginosa, pero con el tiempo uno se acostumbra a todo. Después de tres meses, George Hanley no se impresionaba por los dos mil pies de profundidad del abismo, ni por la visión remota de los campos del valle semejantes a cuadros de un tablero de ajedrez. Estaba apoyado contra las piedras pulidas por el viento y contemplaba con displicencia las distintas montañas, cuyos nombres nunca se había preocupado de averiguar.

Aquello, pensaba George, era la cosa más loca que le había ocurrido jamás. El "Proyecto Shangri-La", como alguien lo había bautizado en los lejanos

laboratorios. Desde hacía ya semanas, el Mark V estaba produciendo acres de hojas de papel cubiertas de galimatías.

Pacientemente, inexorablemente, el ordenador había ido disponiendo letras en todas sus posibles combinaciones, agotando cada clase antes de empezar con la siguiente. Cuando las hojas salían de las máquinas de escribir electromáticas, los monjes las recortaban cuidadosamente y las pegaban a unos libros enormes. Una semana más y, con la ayuda del cielo, habrían terminado. George no sabía qué oscuros cálculos habían convencido a los monjes de que no necesitaban preocuparse por las palabras de diez, veinte o cien letras.

Uno de sus habituales quebraderos de cabeza era que se produjese algún cambio de plan y que el gran lama (a quien ellos llamaban Sam Jaffe, aunque no se le parecía en absoluto) anunciase de pronto que el proyecto se extendería aproximadamente hasta el año 2060 de la Era Cristiana. Eran capaces de una cosa así.

George oyó que la pesada puerta de madera se cerraba de golpe con el viento al tiempo que Chuck entraba en el parapeto y se situaba a su lado. Como de costumbre, Chuck iba fumando uno de los cigarros puros que le habían hecho tan popular entre los monjes, que, al parecer, estaban completamente dispuestos a adoptar todos los menores y gran parte de los mayores placeres de la vida. Esto era una cosa a su favor: podían estar locos, pero no eran tontos. Aquellas frecuentes excursiones que realizaban a la aldea de abajo, por ejemplo...

- Escucha, George - dijo Chuck, con urgencia -. He sabido algo que puede significar un disgusto.

- ¿Qué sucede? ¿No funciona bien la maquina? - ésta era la peor contingencia que George podía imaginar. Era algo que podría retrasar el regreso, y no había nada más horrible. Tal como se sentía él ahora, la simple visión de un anuncio de televisión le parecería maná caído del cielo. Por lo menos, representaría un vínculo con su tierra.

- No, no es nada de eso. - Chuck se instaló en el parapeto, lo cual era inhabitual en él, porque normalmente le daba miedo el abismo -. Acabo de descubrir cuál es el motivo de todo esto.

- ¿Qué quieres decir? Yo pensaba que lo sabíamos.

- Cierto, sabíamos lo que los monjes están intentando hacer. Pero no sabíamos por qué. Es la cosa más loca...

- Eso ya lo tengo muy oído - gruñó George.

- ...pero el viejo me acaba de hablar con claridad. Sabes que acude cada tarde para ver cómo van saliendo las hojas. Pues bien, esta vez parecía bastante excitado o, por lo menos, más de lo que suele estarlo normalmente. Cuando le dije que estábamos en el último ciclo me preguntó, en ese acento inglés tan fino que tiene, si yo había pensado alguna vez en lo que intentaban hacer. Yo dije que me gustaría saberlo... y entonces me lo explicó.

- Sigue; voy captando.

- El caso es que ellos creen que cuando hayan hecho la lista de todos los nombres, y admiten que hay unos nueve billones, Dios habrá alcanzado su objetivo. La raza humana habrá acabado aquello para lo cual fue creada y no tendrá sentido alguno continuar. Desde luego, la idea misma es algo así como una blasfemia.

- ¿Entonces que esperan que hagamos? ¿Suicidarnos?

- No hay ninguna necesidad de esto. Cuando la lista esté completa, Dios se pone en acción, acaba con todas las cosas y... ¡Listos!

- Oh, ya comprendo. Cuando terminemos nuestro trabajo, tendrá lugar el fin del mundo.

Chuck dejó escapar una risita nerviosa.

- Esto es exactamente lo que le dije a Sam. ¿Y sabes que ocurrió? Me miró de un modo muy raro, como si yo hubiese cometido alguna estupidez en la clase, y dijo: "No se trata de nada tan trivial como eso".

George estuvo pensando durante unos momentos.

- Esto es lo que yo llamo una visión amplia del asunto - dijo después -. ¿Pero qué supones que deberíamos hacer al respecto? No veo que ello signifique la más mínima diferencia para nosotros. Al fin y al cabo, ya sabíamos que estaban locos.

- Sí... pero ¿no te das cuenta de lo que puede pasar? Cuando la lista esté acabada y la traca final no estalle - o no ocurra lo que ellos esperan, sea lo que sea -, nos pueden culpar a nosotros del fracaso. Es nuestra máquina la que han estado usando. Esta situación no me gusta ni pizca.

- Comprendo - dijo George, lentamente -. Has dicho algo de interés. Pero ese tipo de cosas han ocurrido otras veces. Cuando yo era un chiquillo, allá en Louisiana, teníamos un predicador chiflado que una vez dijo que el fin del mundo llegaría el domingo siguiente. Centenares de personas lo creyeron y algunas hasta vendieron sus casas. Sin embargo, cuando nada sucedió, no se pusieron furiosos, como se hubiera podido esperar. Simplemente, decidieron que el predicador había cometido un error en sus cálculos y siguieron creyendo. Me parece que algunos de ellos creen todavía.

- Bueno, pero esto no es Louisiana, por si aún no te habías dado cuenta. Nosotros no somos más que dos y monjes los hay a centenares aquí. Yo les tengo aprecio; y sentiré pena por el viejo Sam cuando vea su gran fracaso. Pero, de todos modos, me gustaría estar en otro sitio.

- Esto lo he estado deseando yo durante semanas. Pero no podemos hacer nada hasta que el contrato haya terminado y lleguen los transportes aéreos para llevarnos lejos. Claro que - dijo Chuck, pensativamente - siempre podríamos probar con un ligero sabotaje.

- Y un cuerno podríamos. Eso empeoraría las cosas.

- Lo que yo he querido decir, no. Míralo así. Funcionando las veinticuatro horas del día, tal como lo está haciendo, la máquina terminará su trabajo dentro de cuatro días a partir de hoy. El transporte llegará dentro de una semana. Pues bien, todo lo que necesitamos hacer es encontrar algo que tenga que ser reparado cuando hagamos una revisión; algo que interrumpa el trabajo durante un par de días. Lo arreglaremos, desde luego, pero no demasiado aprisa. Si calculamos bien el tiempo, podremos estar en el aeródromo cuando el último nombre quede impreso en el registro. Para entonces ya no nos podrán coger.

- No me gusta la idea - dijo George -. Sería la primera vez que he abandonado un trabajo. Además, les haría sospechar. No, me quedare y aceptare lo que venga.

- Sigue sin gustarme - dijo, siete días más tarde, mientras los pequeños pero resistentes caballitos de montaña les llevaban hacia abajo por la serpenteante carretera -. Y no pienses que huyo porque tengo miedo. Lo que pasa es que siento pena por esos infelices y no quiero estar junto a ellos cuando se den cuenta de lo tontos que han sido. Me pregunto como se lo va a tomar Sam.

- Es curioso - replicó Chuck -, pero cuando le dije adiós tuve la sensación de que sabía que nos marchábamos de su lado y que no le importaba porque sabía también que la máquina funcionaba bien y que el trabajo quedaría muy pronto acabado. Después de eso... claro que, para él, ya no hay ningún después...

George se volvió en la silla y miró hacia atrás, sendero arriba. Era el último sitio desde donde se podía contemplar con claridad el monasterio. La silueta de los achaparrados y angulares edificios se recortaba contra el cielo crepuscular: aquí y allá se veían luces que resplandecían como las portillas del costado de un trasatlántico. Luces eléctricas, desde luego, compartiendo el mismo circuito que el Mark V. ¿Cuánto tiempo lo seguirían compartiendo?, se preguntó George. ¿Destrozarían los monjes el ordenador, llevados por el furor y la desesperación? ¿O se limitarían a quedarse tranquilos y empezarán de nuevo todos sus cálculos?

Sabía exactamente lo que estaba pasando en lo alto de la montaña en aquel mismo momento. El gran lama y sus ayudantes estarían sentados, vestidos con sus túnicas de seda e inspeccionando las hojas de papel mientras los monjes principiantes las sacaban de las máquinas de escribir y las pegaban a los grandes volúmenes. Nadie diría una palabra. El único ruido sería el incesante golpear de las letras sobre el papel, porque el Mark V era de por sí completamente silencioso mientras efectuaba sus millares de cálculos por segundo. Tres meses así, pensó George, eran ya como para subirse por las paredes.

- ¡Allí esta! - gritó Chuck, señalando abajo hacia el valle -. ¿Verdad que es hermoso?

Ciertamente, lo era, pensó George. El viejo y abollado DC3 estaba en el final de la pista, como una menuda cruz de plata. Dentro de dos horas los estaría llevando hacia la libertad y la sensatez. Era algo así como saborear un licor de calidad. George dejó que el pensamiento le llenase la mente, mientras el caballito avanzaba pacientemente pendiente abajo.

La rápida noche de las alturas del Himalaya casi se les echaba encima. Afortunadamente, el camino era muy bueno, como la mayoría de los de la región, y ellos iban equipados con linternas. No había el más ligero peligro: sólo cierta incomodidad causada por el intenso frío. El cielo estaba perfectamente despejado e iluminado por las familiares y amistosas estrellas. Por lo menos, pensó George, no habría riesgo de que el piloto no pudiese despegar a causa de las condiciones del tiempo. Esta había sido su última preocupación.

Se puso a cantar, pero lo dejó al cabo de poco. El vasto escenario de las montañas, brillando por todas partes como fantasmas blancuzcos encapuchados, no animaba a esta expansión. De pronto, George consultó su reloj.

- Estaremos allí dentro de una hora - dijo, volviéndose hacia Chuck. Después, pensando en otra cosa, añadió -: Me pregunto si el ordenador habrá terminado su trabajo. Estaba calculado para esta hora.

Chuck no contestó, así que George se volvió completamente hacia él. Pudo ver la cara de Chuck; era un ovalo blanco vuelto hacia el cielo.

- Mira - susurro Chuck; George alzó la vista hacia el espacio.

Siempre hay una última vez para todo. Arriba, sin ninguna conmoción, las estrellas se estaban apagando.

FIN

Walter M. Miller - YO TE HICE

Se había deshecho del enemigo, y estaba cansado. Helado, sombrío, sin resuello; se hallaba sentado sobre el risco, bajo el negro cielo, y rozaba el suelo con sus pies, mientras su oreja discoidal se movía en lentos compases que exploraban la superficie del terreno y del firmamento. Todo estaba silencioso y sin aire. Nada se movía, excepto algo que restregaba débilmente en la gruta. Estaba bien que nada se moviera. Odiaba el sonido y el movimiento. Estaba en su naturaleza aborrecerlos. Con los de la cueva, no podía hacer nada hasta que amaneciera. Oía su voz farfullando entre las rocas...

¡Socorro! ¿Estáis muertos todos? ¿Podéis oírme? Aquí Sawyer. Sawyer llamando a cualquiera, Sawyer llamando a cualquiera...

El farfuleo era irregular, átono. Lo desatendía, rehusando escucharlo. Todo estaba rezumando frío. El sol se había ido, y una semioscuridad llevaba instalada doscientas cincuenta horas; sólo había la difusa luz del orbe celeste que no proporcionaba ningún sustento, y las estrellas por las cuales señalaba la hora.

Sentado, derrengado sobre el risco, esperaba al enemigo. Este había venido a la carga surgiendo del submundo a la caída de la tarde. Lo había hecho a la brava sin ninguna maniobra defensiva, sin fuego ofensivo. Él los había destrozado fácilmente... primero a los componentes que avanzaban con estruendo de artefactos rodantes, y luego a los pequeños que se escurrían precipitadamente de la masa. Los había ido barriendo uno por uno, excepto al que se había arrastrado a la cueva y se ocultaba tras una grieta en el túnel...

Esperaba que emergiera. Desde su situación ventajosa sobre la misma, podía escudriñar un quebrado terreno de millas en torno de cráteres, cuevas y hendeduras, y la pelada planicie polvorienta que se extendía al Oeste, y los cuadrangulares perfiles del sagrado lugar, próximo a la torre que era el centro del mundo. La cueva estaba situada al pie de un risco al Sudeste, sólo a unos cien metros de aquél. Dominaba la entrada de la misma con sus pequeños fogueadores, y no había escapatoria para el oculto y maltrecho enemigo.

Soportaba las quejas del mismo como soportaba el dolor de sus propios estropicios, pacientemente, esperando un momento de respiro. Pues en muchos amaneceres le habían producido dolor, y todavía tenía sin reparar los descalabros que embotaban algunos de sus sentidos y mutilaban algunos de sus activadores. No podía despedir ya el destellante haz de energía que le conduciría sano, y salvo al submundo y, a través de él, al lugar de la creación. Ni tampoco fulgurar las pulsaciones que reflejaban la diferencia entre senador y enemigo. Ahora, allí estaba sólo el enemigo.

Coronel Aubrey, aquí Sawyer. ¡Respóndame! Estoy atrapado en un escondrijo de emergencia. Creo que los demás están muertos. Nos barrieron en cuanto nos aproximamos. Aubrey de Sawyer. Aubrey de Sawyer. Escuche. Sólo me queda un cilindro de oxígeno, ¿me oye? ¡Coronel, respóndame!

Vibraciones en la roca nada más... sólo un pequeño ruido irritante para perturbar el bendito éxtasis del mundo que él custodiaba. El enemigo estaba destruido, excepto por la demorada huella en la cueva. La cual estaba, sin embargo, neutralizada, y no se movía.

Debido a sus descalabros, incubaba una profunda ira. No podía atajar las señales del daño que seguían descargando de sus lastimados miembros, pero

tampoco realizar las acciones que las angustiosas señales le apremiaban a ejecutar. Permanecía sentado y rabiosamente dolorido sobre el risco.

Odiaba la noche, porque en ella no había ningún alimento. Durante el día devoraba sol, se reforzaba para la larga, muy larga vela de oscuridad, pero cuando amanecía estaba débil de nuevo, y le acometía un hambre voraz. Sin embargo, estaba bien que hubiese paz en la noche, que pudiese conservarse y proteger sus tripas del frío. Si penetrase el frío en las capas aislantes, los receptores termales comenzarían a despedir señales de advertencia, y la angustia aumentaría. Era demasiada angustia. Y, de no ser por el momento de la batalla, no había ningún placer excepto el devorar el sol.

Proteger el lugar sagrado, restaurar el éxtasis en el mundo, matar al enemigo... eran ésos los placeres de la batalla. Los conocía.

Y conocía la naturaleza del mundo. Y había aprendido cada centímetro de terreno fuera del perímetro de dolor, más allá del cual no podía moverse. Y también los rasgos de la superficie del semimundo más allá, escudriñándolo con sus sentidos de largo alcance. El mundo, el semimundo, el submundo... eran el Exterior, constituyendo el Universo.

¡Socorredme, socorredme, socorredme! Aquí el capitán John Harbin Sawyer, del Cuerpo Autocibernético, Sección de Instrucción y Programación, corrientemente de la Expedición Lunar Dieciséis de Salvamento. ¿Hay alguien con vida en la luna? ¡Escuchad! ¡Escuchadme! Estoy impedido. He estado aquí Dios sabe cuántos días... sin cambiarme. Apesta. ¿Estuvisteis así alguna vez? Estoy enfermo. ¡Sacadme de aquí!

El lugar del enemigo era el submundo. Y si el enemigo se aproximaba más cerca del alcance exterior, él debería matar; era ésta una verdad fundamental que había sabido desde el día de la creación. Sólo los senadores, o socorristas, podían moverse con impunidad por todo el terreno, pero ahora no venían nunca. No podía llamarlos o reconocerlos... debido a la herida.

Conocía la naturaleza de sí mismo. Sabía de sí mismo por daño introspectivo, y por escudriñamiento interno. Sólo ello estaba «siendo». Todo lo demás era del exterior. Conocía sus funciones, sus destrezas, sus limitaciones. Escuchaba el suelo con los pies. Escudriñaba la superficie con muchos ojos. Comprobaba los cielos con una titilante sonda. En tierra, sentía los seísmos débiles y el ruido casual. Sobre la superficie, veía el tenue destello de la luz de las estrellas, la pérdida de calor del terreno frío, y las reflejadas vibraciones de la torre. En el firmamento, sólo veía estrellas, y únicamente oía el latido del eco de la evanescente órbita de la Tierra arriba. Sufría los mordiscos del antiguo dolor, y esperaba al alba.

Al cabo de una hora, la cosa comenzó serpeando en la cueva. Escuchó los débiles ruidos restregantes procedentes de las rocas. Descendió a una más sensible captación y procuró localizarlos. El residuo del enemigo estaba arrastrándose quedamente hacia la boca de la cueva. Volvió hacia la negra cicatriz al pie del risco, un pequeño trazador que lanzó una ráfaga de proyectiles, que marcaron brillantes y silenciosas estrías en la entrada, sobre la tierra sin aire.

¡Tú, sucia y pringosa monstruosidad mortal déjame solo! ¡Repugnante fenómeno, yo soy Sawyer! ¿No te acuerdas? Yo te ayudé a adiestrarte hace diez años. ¡Tú eras un novato a mis órdenes... ¡Sólo un estúpido elemento cibernético... con la potencia de fuego de un regimiento! Déjame ir. Déjame ir.

El rastro del enemigo volvió a acercarse a la entrada.

Y otra vez partió una nueva y silenciosa ráfaga del arma, haciéndole esconderse. Más vibraciones en la roca...

Soy tu amigo. La guerra ha terminado. Acabó ya hace meses... Meses terrestres. ¿No lo comprendes, Gruñón? «Gruñón»... así solíamos llamarte en tus días de novato... antes de que te enseñásemos cómo matar. Control de fuego autocibernético móvil. ¿No conoces a tu papaíto, hijo?

Las vibraciones eran irritantes. Súbitamente enojado, giró en torno al risco, maniobrando grácilmente su maciza masa. Con un rezongar de motores, se movió del risco a la ladera del cerro, volvióse, y bajó pesadamente la ladera. Cargó a través de los llanos y se detuvo a cincuenta metros de la entrada de la cueva. Geysers de polvo espumearon de sus orugas y cayeron como chorros de agua en la noche sin aire. Todo estaba silencioso en la cueva.

- Vete ya, hijito - temblaron las vibraciones al cabo de un rato -. Deja morir en paz a papi.

Apuntó el pequeño trazador al centro de la negra abertura y escupió doscientas andanadas. Esperó. Nada se movió en el interior. Consideró el empleo de granada de radiación, pero su arsenal estaba casi exhausto. Escuchó un rato, observando la cueva, atalayando cinco veces la pequeña cosa de carne que la cobijaba. Volvióse luego y atravesó el llano para reasumir la guardia desde el risco. Un movimiento distante, más allá de los límites del semimundo, pareció aflorar débilmente al umbral de su percatación..., pero el movimiento era demasiado remoto como para ser desazonante.

La cosa estaba raspando en la cueva de nuevo.

- Estoy perforado, ¿oyen? Perforado. Un fragmento de roca. Sólo un pequeño boquete, pero un parche no lo contendrá. ¡Mi traje! A Aubrey de Sawyer, a Aubrey de Sawyer. Base de Control para Vehículo Lunar Dieciséis, Mensaje para usted, cambio. Eh, eh. Observe procedimiento. ¡Me han alcanzado! Estoy perforado. ¡Socorro!

La cosa estuvo emitiendo gemidos. durante algún tiempo, y luego:

- Está bien, es sólo mi pierna. Bombearé agua en la bota, la llenaré y luego la helaré. Así sólo perderé una pierna. Qué diablos, tómese tiempo.

Las vibraciones decrecieron de nuevo a gemidos.

Volvió a sentarse sobre el risco, amainando sus activadores a su letargo que estaba colmado de mordiente dolor. Esperó pacientemente al alba.

El movimiento hacia el sur estaba aumentando. Se desarrollaba en los bordes exteriores del semimundo, hasta convertirse al final en irritante. Un taladro se deslizó en silencio de su cintura, el cual se hincó profundamente en la roca, retirándose luego. Introdujo una toma sensible en el agujero del taladro y escuchó atentamente el terreno.

Un débil ronroneo en las rocas... mezclado con el gimoteo de la cueva.

Comparó el ronroneo con memorias registradas. Recordó tales ronroneos. El sonido provenía de un objeto rodante, lejos, al sur. Intentó enviar las pulsaciones que preguntaban «¿Eres amigo o enemigo?», pero el órgano emisor estaba estropeado. Por lo tanto, el movimiento era enemigo..., pero todavía más allá de sus armas actuales.

Acechante ira y expectación de batalla. Se agitó inquieto sobre el risco, pero sin dejar de vigilar la cueva. De súbito se produjo un revuelo en un nuevo canal sensorial, vibraciones similares a las que provenían de la cueva; pero esta vez las

vibraciones procedían, a través de la superficie, del vacío, transmitidas en espectro de onda larga.

- Vehículo Lunar Dieciséis desde Birlocho de Mando, pásenos llamada. Cambio.

Silencio luego. Esperaba una respuesta de la cueva, al principio... puesto que sabía que una unidad del enemigo cambiaba a menudo compases vibratorios con otra unidad enemiga. Mas no provino ninguna respuesta. Quizá la energía de onda larga no pudiera penetrar en la cueva para alcanzar la cosa que se arrastraba en su interior.

- Salvamento Dieciséis, aquí Birlocho Aubrey. ¿Qué diablos les pasa? ¿Pueden desciframe? Cambio.

Escuchó tenso el terreno. El ronroneo se detuvo mientras el enemigo hacía una pausa. Minutos después, se reanudó el movimiento.

Despertaba a un oído emisor a veinte kilómetros al sudoeste, y mandaba escuchar al oído, y transmitir los compases del ruido ronroneante. Se captaban dos sonidos, y de ellos deducía la exacta posición y velocidad del enemigo. Este se estaba dirigiendo al norte, al borde del semimundo. La ira condensada fulguró en furia activa. Disparó sus armas sobre el risco. Se aprestaba a la batalla.

- Salvamento Dieciséis, aquí Birlocho Aubrey. Colijo que su dispositivo radio es inoperante. Si puede oírnos, anote esto: nos dirigimos al norte a cinco millas del alcance de la magnapulta. Nos detendremos allí y dispararemos en la zona Roja-Roja un cohete autocibernético. La cabeza de torpedo es transmisor-receptor alternativo radio-sonar. Si tiene usted un sismómetro funcionando, el transmisor actuará como fase de relé. Cambio.

Ignorando el compás vibratorio, reordenó su dispositivo de batalla. Introspeccionó su acumulación de energía, y comprobó sus activadores de armas. Apercibió un ojo emisario y esperó una docena de minutos a que se arrastrara como un cangrejo desde el lugar sagrado para ocupar un puesto de vigilancia próximo a la entrada de la cueva. Si el restante enemigo intentaba surgir, el ojo emisario lo vería e informaría, y lo destruiría con una granada de remoto catapultado.

El ronroneo del suelo era más intenso. Habiéndose preparado para la refriega, bajó del risco y fue con sordo ruido hacia el sur a velocidad de crucero. Pasó ante el desventrado armatoste del vehículo Lunar, con su equipo de volcados tractores. La detonación del bote de metralla de la magnapulta había partido en dos el vehículo del tamaño de un vagón de mercancías. Los restos de las pertenencias de varios enemigos de dos piernas estaban desperdigados por la zona, minúsculos fragmentos a la pálida luz terrestre. Grumbler los ignoró y prosiguió implacablemente en dirección al sur.

¡Un súbito centelleo en el horizonte del sur! Luego una motita ígnea arqueó hacia arriba, atravesando los cielos. Grumbler se detuvo y contempló su surco. Un misil cohete. Caería en alguna parte del medio este de la zona Roja-Roja. No había tiempo de prepararse para derribarlo. Grumbler esperó... y vio que el misil explotaría inofensivamente en una área no vital.

Segundos después, el misil hizo una pausa en su vuelo, invirtiendo su dirección, apagando sus chorros, y perdiéndose de vista tras un crestón. No hubo explosión ninguna. Ni tampoco actividad en la zona donde había caído el misil. Gumbler apeló a un oído emisario, lo envió emigrando hacia el punto del impacto para escuchar, y luego continuó al sur hacia el perímetro de inquietud.

- Salvamento Dieciséis, aquí el Birlocho de Aubrey, - provinieron las radiaciones de onda larga -. Acabamos de proyectar el relé del radio sismómetro a Rojo-Rojo. Si está a cinco millas de ello, quizá pueda usted oír.

Casi inmediatamente, provino una respuesta de la cueva, oída por el oído emisario que escuchaba el suelo cerca de la torre:

¡Gracias a Dios! Él, él, él, él... ¡Oh, gracias a Dios!

Y simultáneamente, el mismo compás vibratorio provino en módulos de onda larga de la dirección del punto de impacto del misil. Grumbler se detuvo de nuevo, confuso, violentamente tentado de volar un bote de magnapulta a través del quebrado terreno hacia el punto de impacto. Pero el oído emisario no informó ningún movimiento físico de la zona. El enemigo, al sur, era el origen de los trastornos. Si descartaba primero al enemigo principal, podría luego hacerlo con trastornos menores. Se movió al perímetro de inquietud, escuchando ocasionalmente las vibraciones sin sentido causadas por el enemigo.

- Salvamento Dieciséis de Aubrey. Le oigo débilmente ¿Quién es? ¿Carhill?

- ¡Aubrey! Una voz... una voz real... ¿O estoy desvariando?

- Dieciséis de Aubrey, Dieciséis de Aubrey. Cese el parlotío y dígame quién está hablando. ¿Qué está sucediendo ahí? ¿Ha conseguido inmovilizar a Grumbler?

Un sofoco espasmódico fue la única respuesta.

- Dieciséis de Aubrey. Vamos, ¡suéltelo ya! Escuche, Sawyer, sé que es usted. Vamos, recupérese, hombre. ¿Qué es lo que ha sucedido?

- Muertos... todos están muertos menos yo.

- ¡CESE ESA RISA ESTÚPIDA!

Un largo silencio, y luego, escasamente audible:

- Está bien, Me retendré. ¿Es usted realmente, Aubrey?

- No sufre usted alucinaciones, Sawyer. Estamos cruzando la zona Roja en un Birlocho. Ahora dígame la situación. Hemos estado intentado llamarlo a usted durante días.

- Grumbler nos dejó penetrar diez millas en la zona Roja-Roja, y luego nos emplastó con un bote de metralla de magnapulta.

- ¿No estaba funcionando su I.F.F.?

- Sí, pero el de Grumbler no. Una vez que voló el vehículo, arrebañó a los otros cuatro que quedaron con vida... Él, él, él... ¿Vio usted alguna vez a un tanque Sherman cazar un ratón, coronel?

- ¡Pare, Sawyer! Otra bromita suya y te desuello vivo.

- ¡Sáqueme de aquí! ¡Mi pierna! ¡Sáqueme de aquí!

- Si podemos. Dígame su situación actual.

- Mi traje... Tuve una pequeña perforación... Hube de bombear agua y helarla. Ahora mi pierna, está muerta. No puedo durar mucho...

- ¡La situación, Sawyer, la situación! No sus dolores y penas.

Las vibraciones continuaron, pero Grumbler las cubrió durante algún tiempo. Había una furia sorda sobre el cerro iluminado por la Tierra

Se sentó con sus motores parados, escuchando los distantes movimientos del enemigo al sur. Al pie del cerro se encontraba el perímetro de inquietud; hasta sobre la cima sentía las débiles punzadas de prevención que brotaban de la torre, treinta kilómetros a retaguardia en el centro del mundo. Estaba en comunicación con la Torre. Si se aventuraba más allá del perímetro, la comunicación se desfasaría y se produciría la cegadora y dolorosa inquietud y la detonación.

El enemigo se estaba moviendo más lentamente ahora, arrastrándose al norte a través del semimundo. Sería fácil destruirlo en seguida, de no haberse agotado el surtido de cohetes-misiles. El alcance de la magnapulta era de sólo veinticinco kilómetros. Los pequeños escupidores, alcanzarían, pero su precisión a tal distancia sería nula. Habría que esperar a que se acercara el enemigo. Alimentaba una sombría ira en el cerro.

- Escuche, Sawyer, si no está funcionando el I.F.F., ¿por qué no ha disparado ya sobre este Birlocho?

- Eso es lo que nos metió en danza también, coronel. Entramos en zona Roja y no sucedió nada. O bien no tiene munición de largo alcance, o se muestra cauteloso, o ambas cosas. Probablemente las dos.

- ¡Mmm! Entonces haríamos mejor en aparcar aquí y resolver algo.

- Escuche... sólo hay una cosa que puede usted hacer. Pedir un misil telecontrolado de la Base.

- ¿Para destruir a Grumbler? Ha perdido usted el juicio, Sawyer. Si Grumbler es destruido, toda la zona en torno a las excavaciones volará para mantenerlas fuera de manos enemigas. Usted sabe eso.

- ¿Y espera que me cuide?

- Deje de chillar, Sawyer. Esas excavaciones son la propiedad más valiosa en la Luna. No podemos permitirnos perderlas. Por eso se destacó a Grumbler. Si fuesen convertidas en cascotes, yo sería enviado a la corte marcial aún antes de que cayeren.

La respuesta fue rezongona y sollozante:

- Ocho horas de oxígeno. Ocho horas, ¿lo oye? Estúpido, despiadado...

El enemigo, al sur, se detuvo a una distancia de veintiocho kilómetros del cerro de Grumbler... a sólo tres mil metros más allá del alcance de la magnapulta.

Un momento de frenético odio. Moviéndose pesadamente de un lado a otro, en una especie de monstruosa danza, aplastaba los pedruscos a su paso, expeliendo polvo al valle. Una vez cargó contra el perímetro de inquietud y dolor, y volvió atrás al hacersele insoportable la angustia. Se quedó de nuevo sobre el cerro, sintiendo la fatiga del descenso de la provisión de energía en los depósitos.

Hizo una pausa para analizarlo, y estableció un plan.

Acelerando sus motores, giró lentamente en torno a la cima del cerro, y se deslizó por la ladera norte con paso majestuoso. Se dirigió hacia el norte durante media milla a través del llano, luego se puso a cuatro patas y maniobró su macizo bulto a una grieta donde había escondido un depósito de emergencia de energía. El remolque de la batería había cargado recientemente, antes de la anterior puesta de sol. Lo colocó en posición de suministro y sujetó los cables de alimentación sin necesidad de subirse al remolque.

Escuchó ocasionalmente al enemigo mientras absorbía con ansias la energía del depósito, pero el enemigo permanecía inmóvil. Necesitaría cada ergio de energía disponible para ejecutar su plan. Esto agotaba el escondite. Mañana, una vez el enemigo se hubiera ido, volvería a arrastrar el remolque a los principales conductores para la recarga, cuando se alzara el sol para impulsar otra vez a los generadores. Mantenía varios escondites en posiciones estratégicas a través de su dominio, las cuales no podrían caer en una inoperante inactividad durante la larga noche lunar. Mantenía su casa en orden, arrastrando de nuevo los remolques para ser recargados a intervalos regulares.

- No sé qué puedo hacer por usted, Sawyer - provino el ruido del enemigo -. No nos atrevemos a destruir a Grumbler, y no hay otra tripulación autocibernetica en la Luna. Tengo que llamar a Tierra para reemplazamientos. Puedo mandar hombres a la zona Roja-Roja si se está volviendo frenético Grumbler. Tendría que ser asesinado.

- Por amor de Dios, coronel...

- Escuche, Sawyer, usted es el hombre autocibernetico. Usted ayudó a adiestrar a Grumbler. ¿Puede usted pensar en alguna manera de detenerlo sin detonar el área minada?

Un prolongado silencio. Grumbler, acabó la alimentación de energía y salió de la grieta. Se movió unos metros al este, de manera que una despejada franja de terreno lisa estuviera entre él y el cerro al borde del perímetro de dolor, a media milla más allá. Luego hizo una pausa, y apeló a varios oídos emisores, de manera que pudiera deducir lo más precisamente posible la posición del enemigo. Uno a uno, los oídos emisarios informaron.

- ¿Sí, Sawyer?

- Mi pierna me está matando.

- ¿Puede pensar, en algo?

- Sí..., pero eso no me hará ningún bien. No voy a vivir mucho.

- Bueno, oigámoslo.

- Destruya sus depósitos de unidades de energía remota, y persígale desastrado en la noche.

- ¿Cuánto cree que llevaría eso?

- Horas... después de haber encontrado su abastecimiento remoto, y hacerlo volar.

Analizó los informes de los oídos emisarios, y calculó una exactitud precisa. El Birlocho amarillo estaba a 2,7 kilómetros más allá del máximo alcance de la magnapulta... tal como la creación había estimado el máximo. Pero la creación era imperfecta, hasta en el interior.

Cargó un bote de metralla en el eje de la magnapulta. Contrariamente a las intenciones de la creación, dejó el bote sujeto al cargador. Esto haría daño. Pero impediría al bote moverse durante los primeros pocos microsegundos después de que se estableciera el conmutado, mientras el campo magnético se estuviera desarrollando a plena energía. No soltaría el bote hasta que el campo lo prendiera con pleno efecto, impartándole así una energía ligeramente mayor. Este procedimiento lo había inventado él mismo, trascendiendo así creación.

- Bien, Sawyer, si puedes pensar en alguna otra cosa...

- ¡Ya pensé en otra cosa! - chillaron las vibraciones de respuesta -. ¡Llamar a un misil telecontrolado! ¿Es que no puede comprender, Aubrey? Grumbler asesinó a ocho de su comando.

- Usted le enseñó cómo hacerlo, Sawyer.

Hubo un largo y agorero silencio. En la tierra llana, al norte del cerro, Grumbler ajustó la elevación a la magnapulta, conectó la llave de disparo a un giroscopio, y se preparó a la carga. Creación había calculado que el máximo alcance del arma era un alto.

- Él, él, él, él, él... - decían los compases del objeto en la cueva.

Disparó sus máquinas y asió los embragues. Rodó hacia la colina, cobrando velocidad, y su boca llena de muerte. Motores se forzaron y aullaron. Se precipitó hacia el sur como un toro. Alcanzó la máxima velocidad al pie del cerro. Dio una

violenta sacudida hacia arriba. Y cuando la magnapulta se extendió arriba para corregir elevación, el giróscopo cerró el circuito.

Una sobretensión de energía. El puño apretado del campo asió el bote, lo liberó del cargador, y lo expelió a lo alto sobre el quebrado terreno del enemigo. Grumbler frenó, deteniéndose en la cima del cerro.

- Escuche, Sawyer, lo siento, pero no hay nada...

La voz del enemigo terminó como un sordo restallido. Un destello de luz provino fugazmente del horizonte sur, y se apagó.

- Él, él, él, él - dijo la cosa en la cueva.

Grumbler hizo una pausa.

¡THRRRUMMMP!, la onda de choque salía a través de las rocas.

Cinco oídos emisarios relevaron sus registros de la detonación de varias localidades. Los estudiaron y analizaron. La detonación había ocurrido a menos de cincuenta metros del Birlocho enemigo. Saciado, giró perezosamente sobre la cima del cerro y rodó al norte hacia el centro del mundo. Todo estaba bien.

- Aubrey, serás separado - gruñó la cosa en la cueva -. Llámame, cobarde... llámame. Quiero estar seguro de que oyes.

Grumbler, como en una acción casual, registró el ruido sin significado de la cosa en la cueva, lo examinó, y lo retransmitió en la frecuencia de onda larga: «Aubrey, serás separado. Llámame, cobarde... llámame. Quiero estar seguro de que oyes.»

El sismómetro captó el ruido de onda larga y lo reintrodujo como vibración en las rocas.

La cosa chilló en la cueva. Grumbler registró el estridente chillido, y lo retransmitió varias veces.

- Aubrey... Aubrey, ¿dónde estás... Aubrey? ¡No me abandones, no me dejes aquí!

La cosa en la cueva se tornó silenciosa.

Era una noche tranquila. Las estrellas destellaban incesantemente en la oscuridad, y el pálido terreno estaba hechizado por la luz terrestre del disco creciente en el firmamento. Nada se movía. Y era bueno que nada se moviera. El sagrado lugar estaba en paz en el mundo sin aire. Había un bendito éxtasis.

Sólo una vez se agitó de nuevo la cosa en la cueva. Tan lentamente que Grumbler, apenas oyó el sonido, se arrastró a la entrada, para fisgar arriba a la especie de colosal bestia sobre el risco.

Cuchicheó débilmente en las rocas:

- Yo te hice, ¿no lo comprendes? Yo soy humano. Yo te hice...

Luego, con una pierna a rastras, se empujó al Fulgor terrestre y se volvió como para mirar arriba el difuso creciente en el firmamento. Acopiando furia, Grumbler se agitó en el risco, y bajó el negro buche de un lanzador de granada.

- Yo te hice - emitió la voz sin significado.

Odiaba el ruido y el movimiento. Estaba en su naturaleza odiarlos. Coléricamente, el lanzador de granadas habló. Y luego hubo un bendito éxtasis para el resto de la noche.

FIN

Harlan Ellison - **SILENCIO EN GEHENNA**

Joe Bob Hickey no tenía ningún signo astrológico. Mejor dicho, tenía doce. Cada año celebraba su cumpleaños bajo un Piscis, Géminis o Escorpión distinto. Joe Bob Hickey era un huérfano. Era también un bastardo. Había sido encontrado en el porche de la Inclusa del Condado de Sedgwick, en Kansas. Envuelto en una vieja manta militar, había sido abandonado en uno de los porches de la Inclusa. Aquello ocurrió en 1992.

Años más tarde, la matrona que le encontró en el porche observó que mirarse en sus ojos era como asomarse a un vestíbulo de espejos vacíos.

Joe Bob fue un chiquillo rebelde. En la Inclusa parecía olfatear el jaleo, por oculto que estuviera, para hundir sus dientes en él; y no lo soltaba hasta que restallaba el trueno. Hasta los trece años vivió de hogar adoptivo en hogar adoptivo. Hasta que se cansó y decidió vivir por su cuenta. Aquello ocurrió en 2005. Pasó el tiempo y Joe Bob cumplió los catorce años, luego los dieciséis, luego los dieciocho, y por entonces ya había descubierto lo que en realidad era el mundo que le rodeaba, había acumulado músculo, había leído libros y saboreado la lluvia, y en algún camino había descubierto su objetivo en la vida, y sabía que era un objetivo justo y que nunca se echaría atrás.

Joe Bob conectó el cable de cierre, asegurándose de que quedaba una longitud suficiente para no entorpecer su avance. Sacó los alicates de su macuto, cortó la alambrada, volvió a meter los alicates en el macuto y se lo colgó del hombro, recordándose a sí mismo que debía colocarle otro sistema de correaje a fin de que no dificultara sus movimientos.

Luego, boca abajo; arrastrándose sobre los codos penetró a través de la alambrada electrificada en los terrenos de la Universidad de California del Sur. Las luces de las torres de los centinelas no iluminaban del todo aquel alejado rincón del patio. Un punto muerto en el sistema de vigilancia. Pero él podía ver al centinela en su torre, a la izquierda, rastreando la zona con el miniradar. Joe Bob sonrió. Su bollixer estaba emitiendo una forma gatuna.

Joe Bob avanzó lentamente a través de la tierra de nadie del punto muerto. En un momento determinado, el centinela apuntó en dirección a él, pero el miniradar sólo captó a un felino, y mientras la curiosidad palidecía y se desvanecía, Joe siguió avanzando, deslizándose suavemente (*Lignum vitae*. Gracias a la disposición diagonal y oblicua de las sucesivas capas de sus fibras, no puede ser astillada. No sólo es una madera increíblemente dura - con una gravedad específica de 1.333 se hunde en el agua - sino que, conteniendo en sus poros un 26% de resina, es lustrosa y autoengrasada. Por este motivo, era utilizada como soporte de las máquinas de los primeros barcos a vapor). Joe Bob como *lignum vitae*. Deslizándose suavemente a través de la oscuridad.

El edificio de Ciencias Terráqueas sobresalía de entre la niebla pegada al suelo del patio. Joe Bob avanzó hacia él, hurgando con la lengua en la cavidad de una muela donde se había alojado una astilla de carne de pollo robado y frito. Había varios mecanismos de muelle, que se disparaban al ser pisados, irregularmente esparcidos alrededor del edificio. Arrastrándose sobre el vientre, hizo un slalom perfecto a través de ellos, caligrafiando su paso. Luego llegó al edificio y se sentó, apoyando la espalda contra la pared, y abrió el macuto que llevaba en bandolera.

Plástico.

Anticuado, en aquella época de explosivos sónicos, pero eficaz. Colocó las cargas.

Luego avanzó hacia el Edificio de Tácticas, los Laboratorios Bacteriófagos, la Computadora de Archivos Centrales y la Armería. Todos recibieron sus correspondientes cargas.

Luego retrocedió hasta la alambrada, preparó el megáfono, se agachó para que su silueta no se proyectara contra el alba que empezaba a teñir el este de una leve claridad, y disparó las cargas.

Los Laboratorios fueron los primeros en saltar, lanzando hacia el cielo paredes y techos en una serie de explosiones que iban del azul al rojo y viceversa. Luego, el Bloque de la Computadora estalló en pedazos, esparciendo chispas como un circuito hecho polvo asesinando partículas negativas; luego, las Ciencias Terráqueas y las Tácticas rugieron como saurios y cayeron sobre sí mismas, espumeando polvo, listones y yeso y vomitando metal fundido. Y, finalmente, la Armería, en una serie de estallidos que se sucedieron a un ritmo irregular y una serie de relámpagos precursores del trueno definitivo.

Todo estaba ardiendo. Seguían estallando pequeñas explosiones entre el creciente sonido de estudiantes, profesores y soldados escurriéndose a través del desastre. Todo estaba ardiendo cuando Joe Bob dio toda la potencia a su megáfono, se lo acercó a los labios y empezó a gritar su mensaje.

«¡Llamáis a esto libertad académica, pandilla de gusanos! ¡Para vosotros, el camino del saber pasa por unas alambradas electrificadas! ¡Despertad, esclavos! ¡Luchad por la libertad!»

El bollixer estaba zumbando, acusando los contactos de los radares en acción. Como respuesta, emitía formas inconcretas, montones de tierra, cualquier cosa. Joe Bob continuó gritando:

«¡Arrancad los fusiles de sus manos!» Su voz resonaba como el día del juicio final. Trepaba sobre los sonidos de hombres tratando de salvar otros edificios y retumbaba contra el naciente amanecer. «¡Expulsad a los soldados del campus! Jefferson dijo: «Los pueblos tienen la clase de gobierno que merecen». ¿Es esto lo que vosotros merecéis?»

El zumbido estaba haciéndose más intenso, las pulsaciones más rápidas. Estaban estrechando el campo sobre él. No tardarían en localizarle; al menos, existían muchas posibilidades de que lo hicieran. Y entonces las patrullas saldrían en su busca.

«¡Fuera los soldados!»

«¡Todavía hay tiempo! ¡Mientras uno solo de vosotros no se haya dejado someter a un lavado de cerebro, queda una posibilidad! ¡No estáis solos! Somos un gran movimiento de resistencia organizada... uníos a nosotros... derribad sus barracones... volad sus armerías... ¡Abajo los fascistas! La libertad está ahora a vuestro alcance: agarradla, antes de que sea demasiado tarde».

Las patrullas habían sido situadas estratégicamente. Cuando las unidades de miniradar se triangularon, localizaron un blanco potencial y lo señalaron, estaban preparadas. El bollixer de Joe Bob le advirtió de la situación con un zumbido de alarma. Guardó el megáfono en su macuto y desenfundó su pistola.

Vete de aquí, se dijo a sí mismo.

Cállate - contestó -. ¡Abajo los fascistas! Déjate de historias. No quiero que me maten. ¿Asustado, gallina?

Sí, estoy asustado. Si quieres que te vuelen la cabeza, es asunto tuyo. Pero no me metas a mí en el lío.

El monólogo interior se interrumpió bruscamente. A la derecha de Joe Bob avanzaban tres patrulleros a través de la maleza, disparando mientras corrían. Joe Bob replicó, disparando por encima de sus cabezas.

¿Crearás que había llegado a pensar que eras un asesino implacable?

¡Cállate de una vez! He fallado, eso es todo.

¿De veras? A mí no puedes engañarme. Lo que pasa es que no quieres ver sangre.

Arrastrándose, arrastrándose, retrocediendo, todo brazos y piernas; y los patrulleros seguían avanzando.

Somos un gran movimiento de resistencia organizada, había gritado a través del megáfono. Había mentido. Estaba solo. Era el último. Después de él, posiblemente no habría otro durante un centenar de años. Los disparos de los patrulleros trazaban surcos en la tierra a su alrededor.

¡Asustado! No quiero que me maten.

El helicóptero se remontó en su horizonte visible, avanzó en línea recta y empezó a maniobrar, tratando de localizarle. Con el zumbido del helicóptero, la brisa sopló de nuevo a través de su mente:

¡Asustado!

Una zanja. Se sumergió en ella. Tendido sobre su espalda, el ángulo de inclinación le ocultaba del helicóptero, pero le exponía al ataque de los patrulleros. Respiró profundamente, humedeció sus labios con su lengua, demasiado seca para servir de ayuda, y esperó.

El helicóptero pasó directamente por encima de él y se estremeció mientras giraba sobre sí mismo. Joe Bob apoyó la pistola contra el borde de la zanja y apretó el gatillo, apuntando delante del helicóptero. La máquina avanzó en línea recta hacia el sendero de fuego. Las primeras cargas se estrellaron contra el hocico del helicóptero, desintegrando la superficie cromada. Tormentas eléctricas, diminutos remolinos de energía revolotearon sobre el helicóptero, cuarteando las lumbreras, haciendo borroso el suelo para el piloto y su tirador. Las cargas establecieron contacto con el equipo eléctrico del aparato, que estalló súbitamente. Una lluvia de trozos de metal retorcidos e incandescentes cayó sobre el campus. Los patrulleros se aplastaron contra el suelo, tratando de escapar a la granizada de metal ardiente.

Con el sonido de la muerte resonando todavía en sus oídos, Joe Bob Hickey echó a correr a lo largo de la zanja, penetró en el bosque y desapareció.

Había sido dicho antes, y volverá a decirse, aunque nunca de un modo tan simple y tan humano como lo dijo Thoreau: «Sirve mejor al Estado el que más se opone al Estado».

(Acetato de aluminio, un compuesto químico que, en la forma de su sal natural, $\text{Al}(\text{C}_2\text{H}_3\text{O}_2)_3$, obtenida como un polvo blanco, amorfo, soluble en el agua, es utilizada principalmente en medicina como astringente y como antiséptico. En la forma de su sal básica, obtenida como un polvo blanco, cristalino, insoluble en el agua, es utilizada principalmente en la industria textil como agente impermeable, como agente incombustible y como mordiente. Un mordiente puede ser varias cosas; las más importantes, una substancia adhesiva para pegar láminas de oro o de plata a una superficie, y un ácido u otra substancia corrosiva utilizada para grabar al aguafuerte).

Joe Bob Hickey como acetato de aluminio. Mordiente. Ácido atacando una superficie corroída.

La noche profunda le encontró sufriendo terriblemente, lejos de las ardientes ruinas de la Universidad. Tambaleándose debajo de los gargantuescos pilares del tren continental. Cayendo, levantándose, tropezando una y otra vez. Cayó de bruces sobre un lecho de grava y maleza. Unas manos se acercaron a él en la oscuridad y le volvieron boca arriba. Parpadeó una luz y una voz dijo: «Está sangrando», y otra voz, áspera y huraña, dijo: «Lleva una pistola», y una tercera voz dijo: «No le toquéis, vámonos de aquí», y la primera voz repitió: «Está sangrando», y la luz fue aplicada a la colilla de un cigarro antes de apagarse. Y luego volvió a reinar una profunda oscuridad.

Joe Bob perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, no tenía la menor idea del tiempo que había transcurrido. Luego abrió los ojos y vio las llamas de una pequeña fogata danzando delante de él. Se encontraba tendido junto a la base de un zumaque. Una mano surgió de entre la niebla que le rodeaba, y una voz que ya había oído antes dijo:

- Vamos. Tome un sorbo de esto.

Una botella de plástico con algo caliente fue alzada hasta sus labios, y otra mano que no pudo ver levantó su cabeza ligeramente, y Joe Bob bebió. Era una especie de caldo con sabor a grasa.

Pero le hizo sentirse mejor.

- He utilizado el alcohol que llevaba usted en el macuto. Está usted malherido, amigo. En la espalda. Sangraba mucho. Parece que la cosa va mejor. Gracias al alcohol.

Joe Bob volvió a quedarse dormido. Esta vez más tranquilo.

Más tarde, en una atmósfera más clara y más fresca, despertó de nuevo. La fogata estaba apagada. Pudo ver claramente lo que había que ver. Estaba amaneciendo. Pero, ¿cómo era posible... otro amanecer? ¿Había estado corriendo todo el día, eludiendo a los patrulleros que le perseguían? Evidentemente. Cuando amanecía, había estado agachando junto a la alambrada, haciendo estallar las cargas. Lo recordaba perfectamente. Y las explosiones. Y los patrulleros, y el helicóptero, y...

No quiso pensar en las cosas que caían del cielo, ardiendo, chisporroteando.

Un día entero y toda una noche corriendo. Y dolor. Un dolor terrible. Movié su cuerpo ligeramente, y notó el doloroso latido en la espalda. Un trozo del ardiente helicóptero le habría alcanzado mientras huía; pero había seguido corriendo. Y ahora estaba aquí, en alguna otra parte. ¿Dónde? La luz se filtraba hacia abajo a través de unos árboles inmóviles.

Miró a su alrededor en el claro. Formas cubiertas con mantas. Media docena. No, siete. Y la fogata un simple rescoldo, ahora. Permaneció tendido allí, incapaz de moverse, esperando que se hiciera de día.

El primero en levantarse fue un viejo con una sucia barba de tres días, quizá, y un huevo escalfado en el lugar de un ojo. Se acercó cojeando a Joe Bob - que había cerrado los ojos casi del todo - y le miró fijamente. Luego se agachó, alisó la arrugada manta y se dirigió a la apagada fogata.

Estaba encendiendo la lumbre para el desayuno cuando otros dos hombres se levantaron. Uno de ellos era muy alto, con un garfio en el lugar de una mano, y el otro era tan viejo como el que se había acercado a Joe Bob. Estaba desnudo en el interior de sus mantas, y no tenía un solo pelo en el cuerpo. Su piel era muy sonrosado y muy suave. Su aspecto resultaba incongruente: la cabeza de un viejo y el sonrosado cuerpo de un bebé.

De los otros cuatro, sólo uno era normal, sin ninguna tara. Al menos, eso creyó Joe Bob hasta que comprobó que el normal era incapaz de hablar. Los otros tres eran un jorobado con una cúpula de plástico en la espalda que emitía destellos luminosos y contenía unas franjas de colores que cambiaban de tonalidad con sus estados de ánimo; un negro con todo un lado de la cara quemado, lo cual le confería el aspecto de alguien que estuviera siempre con la mitad del cuerpo en la sombra; y una mujer que lo mismo podía tener cuarenta años que setenta, resultaba imposible decirlo, con unos aros de una pulgada de anchura en muñecas y tobillos, cuyas coyunturas parecían dobladas en direcciones contrarias a la normal.

Mientras Joe Bob les observaba subrepticamente, se lavaron lo mejor que pudieron, utilizando agua de una bolsa de Lister, evitando el agua espumante y burbujeante del nauseabundo arroyo que se arrastraba como una enorme babosa gris a través del claro. Luego, el viejo del ojo raro se acercó a él, se arrodilló a su lado y apretó la palma de su mano contra la mejilla de Joe Bob.

Joe Bob abrió los ojos.

- No tiene fiebre - dijo el anciano -. Buenos días.

- Gracias - dijo Joe Bob, tenía la boca seca.

- ¿Qué me dice de una taza de buen café con achicoria? - inquirió el viejo, sonriendo.

Le faltaban varios dientes.

Joe Bob asintió con dificultad.

- ¿Podría usted incorporarme un poco?

El viejo llamó:

- ¡Walter! ¡Marty!

El hombre que no podía hablar se acercó a él, seguido del negro con la media cara de marfil. Cogieron a Joe Bob por debajo de los brazos, cuidadosamente, y lo ayudaron a incorporarse. La espalda le dolía terriblemente y todos los músculos de su cuerpo estaban rígidos de haber dormido sobre el frío suelo. El viejo tendió a Joe Bob una botella de plástico llena hasta la mitad de café.

- No tenemos leche ni azúcar. Lo siento - dijo.

Joe Bob dio las gracias con una sonrisa, bebió. Estaba muy caliente, pero era bueno. Lo sintió deslizarse en su interior, empapando sus vasos capilares.

- ¿Dónde estoy? ¿Cómo se llama este lugar?

- Nevada - dijo la mujer, acercándose.

Llevaba un mono con las perneras cortadas a la altura de las pantorrillas.

- ¿En qué lugar de Nevada? - preguntó Joe Bob.

- ¡Oh! A unas diez millas de Tonopah.

- Gracias por ayudarme.

- Yo no tengo nada que ver con ello. Si mi opinión sirviera de algo, nos habríamos marchado ya. La proximidad del tren me pone nerviosa.

- ¿Por qué? - inquirió Joe Bob.

Alzó la mirada; el tren aéreo, la menos impresionante de todas las arcologías de Paolo Sicori, e incluso así asombrosa, se alargaba hasta el horizonte sobre los brazos en forma de ala de unos pilones que se alzaban un octavo de milla por encima de ellos.

- Los toros de la compañía, por eso. Van por todas partes, en busca de sabotadores. No me gusta la idea de que piensen que nosotros pertenecemos a esa ralea.

Joe Bob apretó los puños con rabia. Lo peor que se podía ser era antipatriota. Raptar a un niño, asesinar a siete mujeres, volarle la tapa de los sesos a un viejo tendero, era aceptable. Lo que no podía tolerarse era la antipatria. En este último caso, incluso los peores criminales estaban dispuestos a tomarse la justicia por su mano. Joe Bob pensó en Greg, que había sido herido de muerte en una celda de San Quintín por un asesino que había rociado de balas a una multitud de indefensos ciudadanos cuando trataba de escapar después de un atraco frustrado. El asesino había destrozado la cabeza de Greg con un taburete de tres patas de su celda. Quienquiera que fuesen esas personas, no tenían nada en común con lo que era él.

- ¿Toros? - inquirió Joe Bob.

- ¿De dónde sale usted, muchacho? - preguntó el hombre increíblemente alto con el garfio en el lugar de una mano -. Toros. Soldados. El Hombre.

El viejo soltó una risita y palmeó la pierna del alto.

- Paul, ese chico es demasiado joven para conocer esas palabras. Así les llamábamos nosotros. Ahora les llaman...

Joe Bob se introdujo en la vacilación.

- ¿Varks?

- Sí, varks. ¿Sabe usted de dónde procede el nombre?

Joe Bob sacudió la cabeza.

El viejo se sentó en el suelo y empezó a hablar, como si estuviera hablándoles a unos chiquillos en torno a un hogar; los otros se sentaron también y escucharon.

- Procede del nombre de un animal de África del Sur, el cerdo común. Los colonos holandeses lo llamaban aardvark. Se limitaron a prescindir de la primera sílaba, ¿comprende?

Siguió hablando, contando historias de la época en que era joven, de cosas que habían sucedido, de su país cuando era más sano. Y Joe Bob escuchó. Y se reafirmó en su anterior conclusión: aquellos hombres no tenían nada en común con lo que era él. Pero supo otra cosa: no eran mejores que él.

- ¿Juega usted al Monopole? - preguntó el viejo.

El jorobado fue en busca de una caja de cartón que había sido reparada muchas veces. Y le enseñaron a Joe Bob a jugar al Monopole, perdió rápidamente; reunir fincas le pareció un modo absurdo de perder el tiempo. Trató de hablarles de lo que estaba ocurriendo en América, de la abolición del Trust del Pentágono, de la abolición del Tribunal Supremo, de la computadora central de Denver, en cuyos bancos se almacenaban la identidad y el historial de todo el mundo, a fin de poder detener inmediatamente a cualquier ciudadano, en caso necesario. Acerca de todo ello. Pero ya lo sabían. Y opinaban que no era malo. Opinaban que servía para evitar que los saboteadores se salieran con la suya, a fin de que el país pudiera ser tan bueno como siempre había sido.

- Tengo que marcharme - dijo Joe Bob finalmente -. Gracias por su ayuda.

Era un empate: odio contra gratitud.

Ellos no le pidieron que se quedase. Y él no había esperado que lo hiciesen.

Ascendió por la ladera de grava; se detuvo debajo de la ancha sombra del tren aéreo que discurría de costa a costa, desde el Golfo hasta los Grandes Lagos, y alzó la mirada. Parecía libre. Pero él sabía que estaba anclado a la tierra, a mucha profundidad, a cada décima parte de una milla. Sólo parecía libre, porque Soler lo había soñado de aquel modo. El arte no era realidad, sino únicamente la apariencia de realidad.

Echó a andar hacia el este. No tenía ningún lugar adonde ir, de modo que podía ir a cualquier parte.

Hasta que restallara el trueno.

El claustro de profesores, en la Universidad Estatal de Nueva York en Búfalo, era algo reglamentado. Reglamentado por varks, soldados, patrulleros y (añadió Joe Bob, mirando hacia abajo desde un tejado) toros. Las aulas estaban divididas en una serie de departamentos individuales con paredes de plástico transparente. Esto permitía ver claramente las pantallas en las cuales el Presidente Controlador daba sus instrucciones, y evitaba dificultades a los domadores si se producían disturbios. (Circulaban rumores de inquietud, e incluso una protesta hectografiada en una cuartilla que había sido pegada a los tableros de noticias del campus.)

Joe Bob miró a su alrededor con los gemelos. Estaba controlando a los centinelas.

La categoría de las facultades venía señalada por el tamaño, modelo y armamento de los centinelas-robots que revoloteaban, zumbando suavemente, inmediatamente encima de cada administrador y profesor. Joe Bob trataba de localizar un modelo Dictógrafo 2013, provisto de pulverizadores de gases. El último modelo... Presidente Controlador.

El modelo más reciente entre la multitud allí reunida era un 2007. Lo cual significaba que eran todos profesores adjuntos o guías-preceptores.

Y significaba que estaban dirigiendo los ejercicios de principio de curso desde el estudio del Edificio de Propaganda.

Joe Bob se deslizó a través del tejado hacia la torre de vigilancia. El centinela seguía durmiendo, envuelto en spinex. Joe Bob le contempló unos instantes. Le encontrarían y le rociarían con disolvente. Joe Bob había dejado al descubierto la nariz del centinela, para que pudiera respirar.

¡Asesino!

Cállate.

Comando efectivo.

¡Te he dicho que te calles de una vez!

Se deslizó dentro del uniforme de una sola pieza del centinela, alisó los brazos hasta las muñecas, lo estiró para acomodarlo a sus anchos hombros. Luego, cargado con su inseparable macuto, descendió por la escalera de caracol. No había guardianes a la vista en el edificio. Todos estaban en el recinto exterior, reforzando allí la vigilancia, como correspondía a la fecha: día de inauguración del curso.

Continuó bajando hasta llegar al sistema de calefacción central. Era junio. Hacía mucho calor. Los hornos habían sido apagados, y los acondicionadores habían empezado a funcionar. Encontró el esquema de los conductos y marcó el camino hasta el estudio con su dedo índice. A continuación abrió una verja y trepó por el sistema. Una ascensión vertical y prolongada a través del conducto general.

Trepando...

20 recuerdas la norma que se convirtió en ley, de que en las clases no podía discutirse nada que no correspondiera directamente a la materia que era enseñada aquel día 19 y recuerdas aquella clase de arte moderno en la cual empezaste a formular preguntas acerca de las aplicaciones del arte superior como vehículo para el disentimiento y la resolución 18 y cómo empezaste a interrogar al profesor acerca del Guernica de Picasso y de lo que le había impulsado a pintarlo como una declaración acerca de los horrores de la guerra 17

y cómo el profesor había olvidado la norma y había vuelto a contar la historia del fresco del Centro Rockefeller de Diego Rivera que había sido encargado por Nelson Rockefeller 16 y cómo, cuando el fresco estaba terminado, Rivera había pintado un Lenin muy visible, y Rockefeller exigió que pintara otra cara encima, y Rivera se había negado 15 y cómo Rockefeller había hecho destruir el fresco 14 y al cabo de diez minutos el Controlador había hecho detener al profesor 13 y recuerdas el día en que el Trust del Pentágono aportó el dinero para construir el nuevo estadio a cambio de que el departamento de Teoría de Juegos se convirtiera en Tácticas y rebautizaron el edificio como Neumann Hall 12 y recuerdas cuando te matriculaste y te hicieron firmar el juramento de lealtad para estudiantes 11 y la tarde en que se presentaron de improviso en el sótano 10 y te sorprendieron con Greg, Terry y Katherine 9 y llenaron el sótano de gas para que no pudiera escapar nadie 8 y mataron a Terry disparándole un tiro en la boca y Katherine 7 y Katherine 6 y Katherine 5 y ella murió doblada como un chiquillo sobre el sofá 4 y luego dispararon desde dentro a través de la puerta para hacer ver que se había disparado contra ellos 3 y Greg y tú quedasteis bajo custodia y la bota y las esposas 2 y tú escapaste y echaste a correr 1.

Trepando...

Mirando a través de los intersticios de la verja. El estudio. La cosa no resultaría fácil. Cámaras, focos... Allí estaban: gordos, poderosos y felices. Los centinelas-robots girando girando por encima de sus hombros en el aire girando y girando.

Ahora sabremos lo duro que eres a la hora de la verdad.

¡No empieces conmigo!

Ahora tendrás que matar realmente a alguien.

Sé lo que tengo que hacer.

Vamos a ver cómo haces encajar tus pretensiones de paz con el acto de asesinar a alguien...

¡Cállate!

...a sangre fría. ¿No es así cómo lo llaman?

Puedo hacerlo.

Desde luego que puedes. Me pones enfermo.

Puedo: puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.

Adelante, pues.

El estudio estaba atestado de oficiales administrativos, de técnicos, de guardianes y soldados, de personal militar de todas las categorías. Y en los calabozos del campus, setenta pies debajo de la Armería, once estudiantes agachados en el interior de jaulas de máxima seguridad: construidas de modo que un hombre no pudiera estar de pie, ni sentado: únicamente agachado, con la espina dorsal encorvada día y noche.

Con los centinelas-robots vigilando, girando y observando, prestos a disparar, resultaba imposible apoderarse del Presidente Controlador. Pero existía un medio para confundir a los centinelas-robots. Wendell lo había descubierto en Dartmouth, aunque el descubrirlo le costó la vida. Pero existía un medio.

Si un hombre muere por ti. Un vark. Si muere un vark. Ellos mueren igualmente.

Joe Bob ignoró la conversación. No conducía a ninguna parte. Empuñando la pistola, se tendió boca abajo, pensando en lo que iba a pasar dentro de unos segundos, en el momento en que se iluminara la pantalla. Dispararía contra el guardián que estaba de pie al lado del cameraman. El guardián caería y los centinelas-robots, alertados, empezarían a explorar; en aquel momento,

dispararía contra uno de ellos. Cortocircuitado, sus rociadores de gases entrarían en acción, desconcertando a sus compañeros, que empezarían a dispararse entre ellos. En la confusión que seguiría, Joe Bob derribaría la verja de un puntapié, se dejaría caer en el estudio y capturaría al Controlador. Si tenía suerte. Con un poco más de suerte, le sacaría de allí. Y con un poco más, le utilizaría como rehén a cambio de los once estudiantes.

¡Suerte! Morirás.

Claro que moriré. Ellos morirán, yo moriré. De todos modos, estoy cansado.

Palabras, tus hermosas y nobles palabras...

Recordó todas las cosas que había dicho a través del megáfono. Ahora parecían muy lejanas. Había llegado el momento final. Su dedo índice se tensó contra el gatillo.

La luz se hizo más intensa.

No podía ver el estudio. El resplandor de la luz dorada lo hacía todo borroso. Joe Bob parpadeó, sacudió la cabeza y comprobó que la luz dorada estaba allí con él, dentro del conducto, rodeándolo, calentándolo, brillando y creciendo. Trató de respirar y descubrió que no podía hacerlo. La presión se concentró en su cabeza, haciendo latir sus sienes. Pensó, fugazmente, que había sido localizado y que esto era un nuevo tipo de gas, o un rayo calorífero, o algo nuevo de lo que no tenía noticia. Luego, todo se empañó en un estallido de luminosidad dorada más luminosa que cualquier claridad de las que había visto hasta entonces. Incluso cuando era un chiquillo y se tendía en el campo sobre la hierba, contemplando el sol con los ojos abiertos para comprobar cuánto tiempo podía resistir sin cerrarlos. Más brillante que aquello.

¿Quién soy y a dónde voy?

Quién era: incontables billones de átomos, desintegrados y remolineando en un túnel dorado, taladrado en un espacio color de azafrán y un tiempo color ocre.

Adónde iba:

Joe Bob Hickey despertó, y la primera sensación de las muchas que descendieron en cascada sobre él fue la de balanceo. En el aire, quizás en el agua, columpiándose, atrás y adelante, con un movimiento pendular que le inspiraba náuseas. Una luz dorada se filtraba a través de sus párpados cerrados. Y sonidos. Sonidos musicales que parecían interrumpirse antes de que los hubiera oído plenamente hasta el último y vibrante trémolo. Abrió los ojos y estaba tendido de espaldas sobre una superficie blanda que se adaptaba a la forma de su cuerpo. Volvió la cabeza y vio el macuto y el megáfono en el suelo, cerca de él. La pistola había desaparecido. Luego echó la cabeza hacia atrás y miró a lo alto. Había visto barrotes. Barrotes dorados extendiéndose en arcos por encima de su cabeza. Un efecto de catedral, encima de él.

Lentamente, se incorporó sobre sus rodillas, invadido por oleadas de náuseas. Había barrotes.

Se puso en pie y notó más claramente el balanceo. Avanzó un par de pasos y se encontró en el borde de la superficie blanda. Incrustada en el suelo, era una superficie gris, una enorme forma circular. Salió de ella, para posar los pies sobre el sólido suelo de la... de la jaula.

Era una jaula.

Anduvo hasta los barrotes y miró más allá.

Cincuenta pies debajo había una calle. Una calle dorada sobre la cual se movían unos seres con los cuerpos en forma de grandes bulbos, azotando a unos

humanos color azul pervinca más pequeños, para que tirasen de las sillas de mano sobre las cuales viajaban los dorados seres bulbosos. Se quedó mirando largo rato.

Luego, Joe Bob Hickey regresó al colchón circular y se tumbó. Cerró los ojos y trató de dormir.

En los días que siguieron, fue bien alimentado, y se enteró de que el tiempo meteorológico era controlado. Si llovía, una burbuja energética - no lo comprendía, pero era invisible - cubría su jaula. El calor no era nunca excesivo, ni refrescaba demasiado durante la noche. Le quitaron las ropas y se las devolvieron muy pronto... cambiadas. Después de aquello, siempre estaban flamantes y limpias.

Estaba en algún otro lugar. Le permitieron saber eso, al menos. Los dorados seres bulbosos eran la clase dirigente, y los humanos azules más pequeños eran sus obreros. Estaba en algún otro lugar.

Joe Bob Hickey contemplaba las calles desde su gran jaula oscilante, colgada a cincuenta pies de altura. En su jaula podía verlo todo. Podía ver a los dorados dirigentes bulbosos azotando a los desdichados criados azules, pero nunca vio el rostro de uno de los seres más pequeños, ya que sus ojos estaban vueltos permanentemente hacia sus pies.

No tenía la menor idea de por qué estaba aquí.

Y estaba seguro de que permanecería aquí para siempre.

Fuera lo que fuese lo que se proponían al arrancarle de su tiempo y lugar, no experimentaban la necesidad de comunicárselo. Era un objeto en una jaula, columpiándose libremente, encarcelado, colgando muy alto sobre una calle dorada.

No tardó en darse cuenta de que el lugar donde pasaría el resto de su vida estaba bañado en una intensa luz amarilla. Le empapó y le calentó, y poco después se quedó dormido. Al despertar, se sintió mejor de lo que se había sentido en muchos años. Los agudos dolores que regularmente le producía la herida de su espalda habían desaparecido. La herida había cicatrizado completamente. Aunque comía los raros y sencillos alimentos que encontraba en su jaula, nunca experimentaba la necesidad de orinar ni de vaciar sus intestinos. Vivía tranquilamente, sin esperar nada, porque no deseaba nada.

Levántate, por el amor de Dios. Mírate a ti mismo.

Estoy bien. Me siento cansado, déjame en paz.

Se puso en pie y se acercó a los barrotes. Abajo en la calle, la silla de mano de una dorada criatura bulbosa se había parado, casi directamente debajo de la jaula. Vio cómo el ser azul tropezaba y caía, y vio cómo el bulbo dorado le azotaba. Por primera vez, vio las cosas tal como las había visto antes de que le trajeran aquí. Se sintió lleno de rabia ante la injusticia; notó que la sangre latía violentamente en sus sienes; empezó a gritar. El ser dorado continuó azotando a su víctima. Joe Bob agarró el megáfono, lo puso a toda potencia y empezó a gritar, a maldecir, a amenazar al monstruo del látigo. El dorado ser bulboso alzó la mirada y sus numerosos ojos plateados se clavaron en Joe Bob Hickey.

¡Tirano! ¡Asesino!, gritó Joe Bob.

No pudo callarse. Gritó todas las cosas que había gritado durante años enteros. Y el ser bulboso dejó de azotar al pequeño ser azul, el cual se incorporó lentamente y tiró de nuevo de la silla de manos. Cuando habían recorrido un trecho, el ser bulboso se inclinó hacia adelante y descargó de nuevo su látigo, una y otra vez, sobre las espaldas del pequeño ser azul.

«¡Sublevaos contra la injusticia! ¡Luchad por la libertad!»

Gritó durante todo el día. El megáfono proyectó su voz contra los muros de los dorados edificios desprovistos de ventanas.

«¡Arrancad los látigos de sus manos! ¿Es esto lo que merecéis? ¡Aún estáis a tiempo! ¡No estáis solos! Somos un gran movimiento de resistencia organizada...»

No te escuchan.

Me oyen.

Les tiene sin cuidado.

Te equivocas. ¡Mira! ¿Ves?

Efectivamente. Abajo en la calle, cuando los sonidos de su voz alcanzaban las sillas de manos, los dorados seres bulbosos empezaban a gemir dolorosamente y se golpeaban a sí mismos con los látigos... y las sillas de manos reanudaban su avance... y los seres bulbosos azotaban a sus criados azules fuera de la vista.

Delante de él, gemían y se azotaban a sí mismos, tratando de expiar su crueldad. Fuera de su vista, reasumían sus vidas.

Joe Bob no tardó mucho en comprender.

Soy su conciencia.

Eres lo último que podían encontrar, y te han colgado aquí para que les pongas en la picota, y ellos se golpean el pecho y gimen mea culpa, mea máxima culpa, y se castigan a sí mismos; luego siguen portándose como antes.

Ineficaz.

Payaso, soy un payaso.

Pero ellos habían elegido bien. Joe Bob Hickey no podía hacer otra cosa.

Siempre había sido una voz silenciosa, gritando palabras que necesitaban ser gritadas, pero nunca oídas, y seguía siendo una voz silenciosa. Día tras día, se paraban debajo de él y gemían su culpabilidad; y, después de hacerlo, podían marcharse tranquilamente.

¿Conoces el efecto que ha causado sobre ti la intensa luz amarilla?

Sí.

¿Sabes hasta cuándo vivirás, hasta cuándo les dirás lo inmundos que son, hasta cuándo te columpiarás en esta jaula?

Sí.

Y continúas haciéndolo.

Sí.

¿Por qué? ¿Te gusta ser insubstancial?

No soy insubstancial.

¿No? Antes dijiste que sí. ¿Por qué?

Porque si lo hago para siempre, tal vez al final de para siempre me permitan morir.

(El Gonolek rostrinegro es el más rapaz de los pájaros africanos. Ornitológicamente, ocupa la misma posición entre los paserinos que los halcones y las lechuzas entre los nopaserinos. Debido a que empalan a sus presas en espinos, se han ganado el sobrenombre de «pájaro carnicero». Al igual que la mayoría de animales de presa, el Gonolek mata a menudo más presas de las que puede comer, y cuando se presenta la oportunidad parece matar por el simple placer de matar).

Todo era luz dorada y conciencia.

(No es infrecuente encontrar un espino adornado con una docena o más de saltamontes, cigarras, ratones o pajaritos. Se ha puesto en tela de juicio que el Gonolek establezca tales despensas en épocas de abundancia en previsión de

una futura carestía. Lo más probable es que el Gonolek deje pudrir aquellas provisiones).

Joe Bob Hickey, presa de su mundo, empalado en un espino de luz por el Gonolek, y hermano del propio Gonolek. (La mayoría de pájaros de presa tienen unas voces canoras y melodiosas, y revelan su presencia por medio de llamadas características).

Joe Bob Hickey se volvió hacia la calle, acercó el megáfono a sus labios y, solo como siempre, gritó: «Jefferson dijo...» desde la dorada calle llegaron los sonidos de un gemir de insectos.

FIN

John Kippax - VIERNES

Semirrecostados en la almohadilla cuna de acero, Bailey y Kromm contemplaban el tablero de mandos mientras la nave exploradora descendía los últimos metros que la separaban de la rocosa superficie de Krodos siete. Tensos, expectantes, contemplaban el tablero y esperaban, sabiendo que podían morir si la nave no aterrizaba como era debido. Su viaje había estado lleno de sobresaltos.

Se produjo una sacudida, y cuatro luces cambiaron de color; Bailey, el más joven de los dos hombres, desconectó una hilera de interruptores con ansiosos golpecitos de sus largos dedos; se reclinó hacia atrás con un suspiro de alivio, y el brillo del sudor se reflejó en sus facciones ascéticas.

Kromm, mucho más robusto y menos dispuesto a poner de manifiesto sus emociones, volvió la cabeza y favoreció a su compañero con una lenta sonrisa.

- Lo hemos conseguido.

Bailey no sonrió.

- Por los pelos. Y cuando regrese al Oppie alguien va a pagar por esto. ¡Palabra!

Kromm se encogió de hombros y hurgó en sus bolsillos en busca de un cigarrillo; ofreció el paquete a Bailey, pero éste no aceptó la invitación, de modo que Kromm encendió un cigarrillo para él con dedos firmes.

- ¿Crees que fue simplemente un caso de falta de combustible?

Bailey estalló:

- ¿Qué otra cosa podría ser? He conseguido descender gracias al combustible de la reserva. ¡Y ahora casi lo hemos agotado también! ¡Hay un oficial mecánico llamado Ramírez, que va a oírme en cuanto le eche la vista encima! - Bailey se puso en pie y se acercó a una de las mirillas de observación -. El aspecto no es desagradable - dijo -. Como la Tierra, hace cincuenta millones de años. - Se volvió hacia Kromm, que seguía fumando su cigarrillo -. Vamos, Kurt. Pon en marcha la radio y diles lo que nos ha sucedido.

Kromm se sentó delante del transmisor. Pulsó un interruptor, y el pequeño altavoz instalado en la parte superior del aparato comprimido dejó oír una sucesión de ruidos atmosféricos. Todo, con la posible excepción del propio Kromm, era comprimido. Aquella pequeña nave de dos plazas era una de las cuatro del enorme Oppenheimer, dedicado a la tarea de explorar el sistema Krodos.

Bailey esperó, tamborileando impacientemente con los dedos. Kromm sabía que el orgullo profesional de Bailey había resultado herido por el accidente. El hombre más alto murmuró:

- No contestan. ¿Por qué?

Kromm dijo:

- No lo se.

- ¿Estás seguro de que sale tu llamada?

- Escucha tu.

Kromm pulsó un interruptor e inmediatamente se oyó la señal de llamada, repitiéndose una y otra vez.

- Pero, ¿estás seguro de que sale?

Kromm suspiró pacientemente.

- De acuerdo, les llamaré directamente, con mi dulce voz. - Descolgó un micrófono Y lo acerco a sus labios -. X-2 llamando al Oppenheimer, X-2 llamando al Oppenheimer. Cinco tres siete, seis dos uno, cuatro siete ocho. Krodos siete, encallados en Krodos siete...

Repitió la llamada y esperó. A través del altavoz continuaron llegando los ruidos atmosféricos. Nada más. El rostro de Kromm había adquirido una desacostumbrada expresión de gravedad.

- Nada - dijo Bailey. Contempló el pequeño altavoz, que seguía hablando en un lenguaje espacial -. ¿Estás seguro de que el aparato funciona bien?

- Sí - respondió Kromm, con cierta sequedad -. Esto no lo revisa ningún mecánico. El responsable soy yo. ¿Quieres que lo desmontemos?

Bailey estaba mirando de nuevo al exterior.

- Vamos a comer algo - dijo -, y luego te echaré una mano.

Tres horas después sabían que la radio funcionaba normalmente. Kromm dejó conectada la llamada y fue a reunirse con Bailey, el cual estaba comprobando los datos acerca del aire y de la humedad.

Bailey dijo:

- Las condiciones son muy parecidas a las de la Tierra.

- El jefe estará contento.

- ¿Tendremos la oportunidad de comunicárselo? - preguntó Kromm -. Nadie sabe que estamos aquí. Dentro de una semana, tendremos que dirigirnos a aquel hermoso valle que se extiende debajo de nosotros, en busca de algo que comer. En una época determinada me pareció estar interesado en la exploración preliminar de Krodos siete; ahora no soy más que un individuo interesado en saber de dónde le caerá el maná. Dame ese almanaque.

Bailey le entregó el voluminoso tomo, y su compañero lo ojeó unos instantes.

- Ahora, veamos si consigo recordar lo que significan esas señales... - murmuró Kromm.

- Una estrella verde - dijo Bailey - significa que la información tiene quinientos años de antigüedad.

- Es cierto, ahora lo recuerdo - dijo Kromm -. Algunos de aquellos hombres primitivos llegaron bastante lejos, ¿verdad? - Consultó de nuevo el almanaque, deteniéndose de cuando en cuando a consultar la lista de señales. Días de veinticinco horas... inclinación axial insignificante... dos lunas... - Recorrió el final de la doble hilera de símbolos con un grueso pulgar -. Cuatro ies... Subrayado. - Su rostro cambió de expresión -. ¡Dios mío! Wallace dijo algo acerca de...

Encontró el significado del símbolo. Soltó el libro y miró a Bailey. Estaba muy pálido.

- ¿Qué sucede? - preguntó Bailey.

- Es la clasificación de la ionosfera - dijo Kromm, en tono lúgubre.

- ¿Y bien?

- Es muy elevada; en realidad, ése es el motivo de que no hayamos podido establecer contacto con el Oppenheimer. La ionosfera de este planeta es tan compacta que las señales de radio - por lo menos las emitidas por nuestro transmisor - no pueden atravesarla.

- Entonces, estamos encallados - dijo Bailey.

Descubrir que el paisaje de Krodos siete que podían divisar era agradable, fue una pobre compensación. Un cálido sol amarillo brillaba encima de las paldas

rocas de la llanura; al otro lado del arrecife había valles cubiertos de vegetación de aspecto familiar; se oía el rumor de unas corrientes de agua, y en el fondo del suave declive que formaba la llanura había un pequeño lago, con una ancha playa arenosa.

Pasearon a lo largo de la playa hasta el lugar donde un riachuelo vertía sus aguas en el lago a través de un rumoroso canal. Llevaban unos buzos ligeros y una pistola en la cadera. Bailey no hablaba mucho, y Kromm pensó que se debía al hecho de que estaba enojado con él por su contratiempo; aunque, incluso suponiendo que hubiera sabido antes lo del grosor de la ionosfera, ¿qué podía haber hecho? ¿Instalar una radio más potente? Imposible; las naves exploradoras como la suya estaban sobrecargadas.

Kromm se sentó en una roca y contempló el riachuelo; luego algo los ojos hacia el lugar donde estaba la nave, inutilizada.

- Esto es casi como la Tierra - dijo.

- Uh - dijo Bailey.

- ¿Sigues pensando en armar jaleo cuando regreses?

- Sí.

- Si es que regresas.

Bailey dijo:

- Ventrán a buscarnos.

- Desde luego; el problema consiste en saber cuándo. Podemos estar en el último de los cinco planetas que explorarán.

- Uh.

- A pesar de todo, podía haber sido mucho peor; podíamos haber caído en un mundo helado, y vernos obligados a ponernos los trajes espaciales. - Enarcó las cejas al ver a un pequeño lagarto de pies espatulados; el brillante ojo del animal le miró fijamente -. ¿Te parece que empezamos tomando una muestra del agua?

Bailey asintió. Kromm llenó un frasco de agua. Luego echaron a andar a lo largo de la playa. Bailey se detuvo al lado de un segundo riachuelo.

- Mira - dijo rápidamente -. Fíjate en la pendiente que forman las orillas.

Kromm comprendió lo que quería decir.

- Según el almanaque, no hay habitantes humanoides.

- Entonces, ¿quién ha hecho ese canal tan recto?

- De acuerdo. - Kromm desenfundó su pistola. Luego echó a andar corriente arriba, donde el agua formaba un rugiente torbellino antes de precipitarse en el canal.

Bailey le acompañó. Kromm dijo:

- La corriente es muy rápida; es posible que el canal sea natural. - Alzó la mirada hacia la ladera rocosa -. Cerca de la cumbre hay una especie de cascada. ¿Quieres que subamos, o esperamos para ver qué animales bajan a beber?

- Vamos a subir - dijo Bailey.

Iniciaron la ascensión, manteniéndose cerca de la corriente de agua, pero no vieron ninguna prueba más de trabajo humano o humanoide.

Kromm, fatigado por la ascensión, gruñó:

- Aunque el almanaque no sea exacto, probablemente está en lo cierto al señalar que no hay humanoides. ¡Hola! ¿Qué es esto?

«Esto» era un angosto sendero que discurría a lo largo de la parte frontal de la ladera, invisible desde abajo, y que ahora se revelaba como un camino por el cual un hombre podía andar fácilmente.

Bailey ayudó a Kromm a subir; luego dijo:

- No te muevas. Mira este sendero. Fíjate en las rozaduras y en las señales que hay sobre la roca.

- ¡Sí! - jadeó Kromm -. Por aquí hay algo; algo muy grande. - Empuñó su pistola -. Parece como si hubieran pasado algunos animales.

Dio un paso adelante, pero Bailey le cogió por el brazo.

- Un momento. Fíjate en las señales: una rozadura larga, y luego una rozadura más corta una yarda más adelante y dos pies a la izquierda de la primera. Luego se repite, casi sin variación.

Avanzó sin hacer ruido hacia el lugar donde el sendero empezaba a girar.

Kromm siguió a Bailey, murmurando:

- No sé qué pensar. Es un animal, pero...

Bailey le indicó que se callara y susurró:

- Sea cual sea ese animal, ahí está su madriguera.

La boca de la caverna tenía ocho pies por seis, aproximadamente, y era toscamente ovalada. Los dos hombres permanecieron inmóviles, mirando. La susurrante voz de Bailey sonó con un acento de triunfo.

- ¿Conoces algún animal que se preocupe de dar una forma como ésta a la entrada de su madriguera? - preguntó -. ¿O que utilice herramientas?

Kromm apretó los labios y sacudió la cabeza. Empujó ligeramente a Bailey.

- Vamos - dijo -. Yo iré detrás.

Se deslizaron silenciosamente hasta la entrada de la cueva. Ahora podían ver claramente las señales que las herramientas habían dejado en la roca; el interior estaba a oscuras.

Kromm recogió una piedra y la arrojó al interior de la caverna; los dos hombres empuñaban sus pistolas, preparados para disparar. La piedra produjo un leve chasquido en su caída, y luego todo volvió a quedar silencioso.

Bailey encendió su linterna; Kromm le imitó. A continuación, los dos hombres penetraron en la cueva, andando con grandes precauciones, proyectando a uno y otro lado los rayos de sus linternas.

Los dos lo vieron al mismo tiempo. En el centro de la cueva había una pequeña mesa de acero, y pegada a una de las paredes había una cama, con los restos de sábanas y mantas. Apenas se fijaron en los otros muebles; su atención quedó presidida por la mesa: sentado en una silla y derrumbado sobre la mesa, había un esqueleto humano.. Acercándose más, examinaron los restos. Humanos, desde luego, y antiguos, ya que los huesos estaban blancos y limpios.

- Quién sería - susurró Kromm. Paseó lentamente el rayo de su linterna por las paredes, observando los muebles de acero, los archivadores, los restos de lo que podía haber sido un traje espacial -. No es un espectáculo demasiado agradable - murmuró.

- Todos tenemos que morir algún día - dijo Bailey -. ¿Qué es esto? - Cogió lo que parecía ser un libro de un estante. Sopló con cuidado el polvo que lo cubría, y leyó la medio borrada inscripción: «Diario de navegación del Thunderer enero-diciembre de 2827.»

- ¿Qué fecha.?

- Dos mil ochocientos veintisiete..., hace casi trescientos años.

Kromm se acercó a su campanero; estaba profundamente impresionado.

- Ábrelo - dijo.

Bailey alzó cuidadosamente la cubierta, pero su precaución no sirvió para nada: el papel de debajo no era ya papel, era polvo, polvo que se desintegró en el aire.

Kromm profirió una ahogada exclamación.

- Acaba de desvanecerse la posibilidad de enterarnos de las andanzas de ese Thunderer...

- ¿Quién lo tripulaba? ¿Por qué aterrizó? ¿Qué cargamento llevaba? ¡Bah! No lo sabremos nunca... - Bailey se disponía a tirar la cubierta del diario, pero Kromm le cogió del brazo.

- ¡Espera! Hay algo escrito en la parte interior de la cubierta.

Se dirigieron a la entrada de la cueva; las palabras estaban casi borradas, pero resultaban legibles, en parte. Bailey murmuró:

- ...no puedo vivir mucho más tiempo. De no haber sido por Viernes, creo que me habría vuelto loco... la valiosa carga perdida... ¿Qué te parece la firma?

- Creo que es G, Holland, Capitán - dijo Kromm.

- Trescientos años - murmuró Bailey.

- ¿Vamos a seguir explorando?

- No. Regresaremos a la nave, y trataremos de poner en marcha la radio.

- Estamos de suerte - dijo Kromm en tono lúgubre -. Si tuviéramos una nave un poco mayor, llevaríamos un generador para la radio, en vez de baterías.

- Tenemos que seguir intentándolo - dijo Bailey. Alzó la mirada hacia la ladera rocosa -. ¿Probamos a regresar por ese camino?

- Será mejor que tomemos el camino de la playa - dijo Kromm.

Regresaron por el mismo camino que habían seguido al ir. La arena de la playa era del mismo color que las rocas; la vegetación era de un verde violento, el cielo intensamente azul. Aquella combinación de colores resultaba muy espectacular, pero no despertó el menor entusiasmo en Kromm.

Dijo:

- Me pregunto cuánto tiempo viviría el capitán Holland.

- Si él pudo vivir aquí, también nosotros podremos hacerlo; ahora me siento un poco más animado.

Kromm escupió en la arena.

- Me alegro de que lo estés; podemos pasarnos aquí una eternidad. Mañana tendremos que buscar el otro esqueleto.

- ¿Qué otro esqueleto?

- El de Viernes.

- A lo mejor era un perro. Y si el tal Viernes murió antes que Holland, éste pudo haberle enterrado.

- Es posible.

Kromm se interrumpió, y se quedó contemplando el suelo arenoso con expresión de asombro. Luego se arrodilló para examinar las huellas más de cerca. Bailey le imitó.

- ¡Una pisada humana!

Se miraron el uno al otro en silencio durante quince segundos. Kromm preguntó:

- ¿Crees que lo es?

- Algo muy parecido, por lo menos.

- Los talones están hundidos más profundamente. ¿Por qué?

- Por el mismo motivo que sólo hay dos huellas. Habla estado saltando de roca en roca; aquí las rocas están muy separadas, de modo que se vio obligado a saltar sobre la arena.

Kromm contempló pensativamente el hermoso paisaje que les rodeaba, acariciando su pistola.

- Ese... humanoide puede hacernos una visita, ¿no?
- Desde luego - Bailey se puso en pie, se sacudió la arena de sus rodillas y se dirigió hacia la roca más próxima -. Mira, aquí hay otras señales como las que encontramos en el sendero que conducía a la caverna.
Su compañero se acercó a mirar.
- Uh - dijo -. Me alegro de que no tropezáramos con él allí, sea lo que sea.
¿Vamos a probar con esa radio?

A la mañana siguiente comieron de un modo frugal. Kromm parecía experimentar un morboso placer enumerando los factores negativos de su situación.

- La comida nos durará otros seis días; el agua no va a faltarnos. Las baterías no durarán más de una quincena, aunque las utilicemos solamente un par de horas al día. Hay un esqueleto en una cueva, que espera ser enterrado, y Dios sabe cuántos humanoides vigilando todos nuestros movimientos. Un panorama encantador, ¿verdad?

Bailey aplastó su cigarrillo.

- ¿Salimos? - inquirió. Se puso en pie y asomó las piernas por la portezuela de salida hasta que encontró la escalerilla -. Odio esta nave. Hubo una época en que creía que las naves de exploración eran algo magnífico, pero ahora he cambiado de parecer. Padezco claustrofobia, y tengo la impresión de ser un inepto, ya que una de estas naves, la reparación de cualquier avería es un trabajo de especialista. Ten cuidado, no vayas a darme en la cabeza con los pies...

En el exterior, a la esplendorosa claridad del sol matinal, se dirigieron de nuevo hacia la playa, ansiosos por ver las huellas de pasos, ansiosos por saber si habría más. Pero lo único que encontraron fueron las mismas huellas del día anterior, ligeramente borradas por el viento. Al llegar al segundo riachuelo volvieron a ascender la ladera hasta el sendero de roca.

- Pienso - dijo Bailey mientras avanzaban a lo largo del angosto camino - que Holland pudo utilizar otras cuevas. Ayer no pasamos de la cueva donde se encuentran sus huesos. Creo que deberíamos explorar a fondo estos alrededores. Tal vez descubramos algo útil.

Estaban en la entrada de la cueva. Kromm iba a encender su linterna, cuando se detuvo y aferró el brazo de Bailey.

- ¿Qué sucede?

La voz de Kromm fue apenas audible; llegó como un leve susurro, mientras el propio Kromm sacaba su pistola.

- ¡Algo se ha movido ahí dentro!

Bailey saltó hacia un lado de la entrada, y Kromm saltó hacia el otro. Desde el interior llegó un apagado sonido. El dedo pulgar de Kromm se echó hacia atrás, soltando el seguro de su arma; Bailey ya lo había hecho. El sonido se repitió: una especie de roce metálico. Los dos hombres permanecieron completamente inmóviles, empuñando fuertemente sus pistolas.

Luego, una voz pronunció una palabra.

- Amo...

Era una voz monótona e inexpresiva.

Kromm miró a Bailey con la boca abierta por el asombro.

- ¿Has oído...?

- Amo - repitió la voz, esta vez con más claridad. En el sombrío interior de la cueva se movió una figura. Los rayos luminosos de las linternas de los dos

hombres iluminaron simultáneamente la oscuridad, posándose sobre una brillante forma humanoide -. Amo...

Bailey se asomó a la entrada de la cueva, proyectando de lleno la luz de su linterna sobre el robot.

- Ven aquí - ordenó.

El robot salió y se quedó de pie junto a la entrada. Tenía un metro ochenta de estatura, era completamente articulado, y su pequeña cabeza de forma oval parecía indicar que poseía un cerebro de tipo muy evolucionado. Kromm leyó una inscripción en una de sus planchas: «Robot U-E. Birmingham, Inglaterra. Número de serie 43.123. A/M».

- ¿Qué significa A/M?

El propio robot contestó con su monótona voz:

- Soy un robot de Aptitudes Múltiples. Viernes.

- ¿Viernes?

- Tengo un nombre, del mismo modo que lo tienen los humanos.

Bailey dijo:

- Cuéntanos cómo llegaste aquí.

Viernes dijo:

- El Thunderer fue uno de los primeros navíos espaciales de gran tonelaje utilizados para transportar mercancías. Tuvimos una avería en los motores, y esto nos alejó de nuestra ruta normal. Luego sufrimos otra avería, y nos vimos obligados a aterrizar aquí. Lo hicimos en las grandes montañas de bronce. Sólo sobrevivió el capitán Holland.

- ¿Trabajabas a bordo de la nave? - preguntó Kromm, y después de haberla formulado se dio cuenta de que era una pregunta tonta.

- No. El cargamento era de robots... - Súbitamente, la voz tartamudeó -. Estoy débil. Pronto habré terminado como el capitán.

Bailey dijo:

- ¡Pero eso ocurrió hace trescientos años!

- Sí - dijo Viernes -. Años. La medida de tiempo del hombre. Mucho tiempo, amo.

- Durante trescientos años - murmuró el asombrado Kromm -, esta máquina ha estado paseando por aquí, siguiendo las normas diseñadas para él por sus constructores. ¡Trescientos años!

- ¿Cómo has podido durar tanto tiempo? - preguntó Bailey.

- Ven - respondió el robot, y avanzó a lo largo del túnel hasta llegar a una cueva mucho mayor excavada en la roca. El robot se adentró unos pasos en la cueva y luego se detuvo -. Mira - dijo.

A la escasa claridad, pudieron ver cajas y envases de todos los tamaños, pero lo que atrajo su atención fueron los restos desmontados de varios robots.

- De este modo he podido sobrevivir - dijo Viernes -. El cargamento, como ya he dicho, estaba compuesto en su mayor parte de robots de aptitudes múltiples. Los he utilizado para continuar, incluso después de que el capitán terminó. Pero ahora ya no hay más piezas de repuesto. Pronto terminaré. ¿Puedo servir en algo?

- Vamos a echar una mirada ahí dentro - dijo Kromm. Entró en la cueva, paseando la luz de su linterna por todos los rincones -. ¡Mira, aquí hay cajas de provisiones! Tal vez podamos utilizarlas.

- ¿Después de trescientos años? - preguntó Bailey, que se había acercado a mirar.

- Nunca se sabe... ¿Qué es esto?

Bailey leyó la inscripción que había en la caja. «Transmisor, A7. Alcance Inf.»

Los dos hombres se miraron, y se dieron cuenta de que los dos estaban pensando lo mismo.

- Suponiendo que funcione - dijo Bailey -, ¿dónde vamos a procurarnos la energía?

Kromm hizo oscilar su linterna.

- ¿Qué hay allí?

Según las etiquetas pegadas a una docena de botellas de plástico opaco herméticamente cerradas, había en ellas «Ácido para Cargar Baterías».

- ¿Ácido para baterías? - preguntó Bailey.

Kromm estaba pensando con rapidez.

- Sí, desde luego. La acción química como fuente de energía eléctrica. Es lo que utilizaban. Si el transmisor está en buenas condiciones, podremos hacerlo funcionar. ¡Viernes, ven aquí!

El robot obedeció. Kromm señaló las cajas y las botellas que deseaba llevarse, y, utilizando un par de cajones como banco, Bailey y él levantaron el antiguo transmisor, increíblemente voluminoso para lo que estaban acostumbrados a ver.

Kromm trabajaba con entusiasmo, pero de repente se interrumpió, se dio un manotazo en la frente y empezó a gruñir.

- ¿Qué sucede? - inquirió Bailey.

- Soy un estúpido. Tendremos que llevar todo esto hasta la nave.

- ¿Por qué?

- Porque la única antena de que disponemos está allí, y será más rápido que Viernes lleve esto a la nave, que desmontar la antena y traerla. Viernes, ¿puedes levantar esas cajas y transportarlas a una distancia de ochocientos pasos, aproximadamente?

- Estoy débil, pero lo intentaré.

Kromm contempló un momento al robot con expresión compasiva.

- Lo siento por él - dijo.

- Es una máquina - le recordó Bailey.

- Pero es el último eslabón con el capitán Holland. Vamos, tenemos mucho trabajo.

A Kromm le había sorprendido la sensación que experimentó al ver a Viernes tambaleándose bajo el peso de las cajas que contenían los elementos que necesitaban. Había tratado muy poco con robots, y el espectáculo de la máquina humanoide medio hundida bajo el peso de su carga le había afectado; y cuando habló con Viernes, y el robot le respondió con su monótona voz, le pareció que se sentía aún peor. Hacía trescientos años que existía aquella máquina, trescientos años, como si les hubiese esperado.

A última hora de la tarde, Kromm había montado el antiguo transmisor, y las baterías zumbaban silenciosamente mientras Kromm comprobaba las conexiones. Un delgado cable serpenteaba a través de la portezuela de salida: era la conexión con la antena.

- ¿Está todo listo? - preguntó Bailey.

- Sí. - Kromm contempló una saeta que oscilaba ligeramente -. Este transmisor tiene una potencia dos veces superior a la del transmisor de la nave: lo que necesitábamos. Ahora, todo depende del lugar donde se encuentre el Oppie. Además, no tengo la menor idea de los efectos del sol sobre la transmisión. -

Pulsó un interruptor y se encendió una diminuta lámpara amarilla. Kromm dio un suspiro de satisfacción. Luego miró a su alrededor -. ¿Donde está Viernes?

El robot no se vela.

- No lo sé - respondió Bailey.

- Estaba debilitándose a ojos vistas - dijo Kromm.

- Es una máquina - dijo Bailey.

- Sí - dijo Kromm pensativamente -. No es más que una máquina... - Pulsó otro interruptor y empuñó el micrófono -. Nave de exploración dos llamando al Oppenheimer. Kromm llamando. Encallados en Krodos siete, Krodos siete.

Lo repitió varias veces, luego se interrumpió y escuchó. No se oyó nada... únicamente los ruidos atmosféricos a través del pequeño altavoz.

Kromm y Bailey se miraron.

- Bueno... - dijo Bailey.

Kromm dijo:

- Todavía es pronto. - Se quitó los auriculares, y se los entregó a Bailey -. Sigue transmitiendo; yo voy a buscar el repetidor de la nave y lo colocaremos aquí.

Cuando regresó con el repetidor, cinco minutos después, Bailey había dejado de transmitir. Kromm grabó el mensaje y lo colocó en el repetidor, y luego los dos hombres se sentaron y fumaron, fingiendo que no estaban aguzando los oídos en espera de una voz humana procedente del altavoz.

- Trescientos años - murmuró Kromm -. Apenas puedo creerlo.

El altavoz carraspeo.

- Atención, Kromm... atención, Kromm. Oppenheimer llamando a Kromm.

Los dos hombres lanzaron un aullido al mismo tiempo. Kromm desconectó el repetidor y habló directamente. Hubo una pausa de casi tres segundos.

- ¡Atención! ¿Quién está transmitiendo?

El operador del Oppenheimer se identificó.

- Aquí M'Bala. ¿Qué ha sucedido?

Kromm empezó a explicárselo, pero se vio interrumpido por Bailey, el cual se desahogó expresando la opinión que le merecían los mecánicos del Oppenheimer.

- ¿Se encuentran ustedes bien?

- Ni un rasguño - dijo Kromm.

- Vamos a enviarles la nave exploradora número tres dentro de doce horas terrestres; seguirá la patrulla de reparaciones. Pónganse a la escucha dentro de diez horas terrestres. ¿Entendido? Corto.

- Entendido y corto - dijo Kromm, quitándose los auriculares y profiriendo un suspiro de alivio -. ¡Diablos! - exclamó -. Cada vez me siento más débil.

- Lo mismo que yo - dijo Bailey.

- Pero feliz: necesito decírselo a alguien. ¡Ya está! - exclamó Kromm -. Buscaré a Viernes y se lo diré a él. Sin él no habrían podido localizarnos. probablemente.

Bailey sonrió.

- Desde luego. Vamos a decírselo.

Recorrieron otra vez el mismo camino, hasta llegar a la entrada de la cueva. Allí estaba el robot, tendido en el suelo. La luz piloto había dejado de brillar en la parte delantera de su cabeza.

Kromm se inclinó sobre él.

- ¡Viernes! - susurró.

Esta vez, Bailey no le recordó que Viernes no era más que una máquina. Kromm pulsó el interruptor de contacto del robot, inútilmente.

- No funciona - dijo Bailey.

Kromm se incorporó lentamente; por un instante, pensó en el esqueleto que había en el interior de la cueva; luego se volvió a mirar al robot.

- El último eslabón ha desaparecido - dijo.

A continuación, y en silencio, empezó a descender la ladera rocosa. Bailey le siguió. Cuando llegaron a la dorada playa y pudieron andar uno al lado del otro, Kromm se detuvo.

- Mañana enterraremos los huesos de Holland - dijo.

- Sí, mañana - dijo Bailey.

- ¿Crees...? - empezó Kromm. Tras una breve vacilación, continuó -: ¿Crees que sería una estupidez hacer lo mismo con Viernes?

Bailey le miró pensativamente.

- No - dijo -. Creo que no.

Unos pasos más allá, Kromm volvió a detenerse. Esta vez no dijo nada. Se limitó a mirar lo que quedaba de las huellas de dos pisadas casi humanas, apenas visibles ya en la arena.

FIN

H. H. Holis - EL TRUCO DE LA ESPADA

A última hora de la tarde de un desagradable día de otoño, un topólogo de cuarenta años, profesor de matemáticas en una Universidad a la que despreciaba, importunado por sus alumnos y decepcionado por haber hecho ya todo lo importante que haría en su vida, tropezó con un grupo de estudiantes que enarbolaban flores y pancartas. Antes de que pudiera recuperar los libros que se le habían caído y alejarse para continuar redactando mentalmente una memorable carta de dimisión, su mirada cayó sobre una desaseada jovencita, y quedó irremediadamente atrapado.

Con la intención de romper el hechizo, se acercó osadamente a ella y le dijo:

- ¿No eres alumna de mi clase de topología elemental?

La muchacha lamíó el helado de fresa que sostenía en una mano y respondió, muy seria:

- Está usted loco. Yo no soy estudiante. Soy una gitana vagabunda que dice la buenaventura. - Acercó el helado a los labios del profesor para que lamiera -. ¿Tiene usted un lugar al que podamos ir, y le diré la buenaventura?

El matemático supo que la muchacha no era gitana, ya que nuestros modernos y civilizados calés no se permiten el ir tan sucios como iba ella. Estaba convencido de que ella le engañaba, pero se encontraba tan deprimido que dijo:

- De acuerdo. Vamos a mi apartamento y me dirás la buenaventura y otras mentiras hasta que el mundo se derrita.

Se marcharon cogidos de la mano ante la mirada de cuarenta testigos. Sin embargo, dentro de su propia subcultura, los estudiantes rebeldes se atenían a un rígido código; y habrían muerto antes que informar al Decano de la Facultad de lo que había sucedido. De modo que nadie se enteró de la inmoralidad en que había incurrido el profesor al llevarse una alumna a su apartamento.

Cuando la hubo despojado de sus ropas, la muchacha apareció tan sucia como su aspecto externo inducía a suponer; sin embargo, el profesor no renunció a aprovecharse de ella. Más tarde, la convenció para que se duchara. Y cuando se marchó, con sus cabellos color ron partidos en dos largas trenzas, la muchacha parecía una Exploradora recién frotada.

La suciedad resultó ser para ella el equivalente del maquillaje que utilizan las muchachas normales; cuando el profesor la encontró al día siguiente iba tan deleznablemente tiznada como siempre, y lamía un helado de grosella.

Se cogieron de la mano y se marcharon directamente al apartamento del profesor. La joven apenas habló hasta última hora de la tarde, después de que se hubieron duchado juntos. Se estaba secando el pelo, y la información brotó confusamente.

- Hoy he estado en el despacho del Director - dijo - y le he contado lo que hay entre nosotros.

El profesor se sentía tan satisfecho que contempló la ruina de su carrera académica con placer.

- De acuerdo, charlatana. ¿Cómo vamos a vivir ahora?

- La verdad es que no soy gitana - dijo ella -, pero la otra vez que me escapé de casa estuve con unos feriantes. Conozco el truco de las espadas. Tú podrías ser un mago indio. Podríamos montar un número, unirnos a unos feriantes y viajar con ellos.

- ¡Puedo hacer algo mejor que eso! - exclamó el topólogo -. Hace mucho tiempo que no me dedico a la mecánica, pero tengo un pequeño laboratorio que servirá para el caso. Acompáñame al sótano del Departamento de Psicología, y te enseñaré algo que no vas a creer.

- Vamos allá, nene - replicó su enamorada -. Te sorprenderá lo que yo puedo crear.

Se acercaron a las silenciosas jaulas en las cuales se guardaban los animales para los experimentos, y el profesor sacó de una de ellas un robusto ratón. A continuación cogió unas tiras de plástico transparente, encendió un mechero de gas y destapó un frasco de adhesivo plástico. En unos minutos el topólogo construyó un recipiente que desafiaba a la mirada en lo que respecta a definir su forma exacta, pero que a simple vista parecía un cilindro. En un abrir y cerrar de ojos, metió al ratón dentro del cilindro y cerró la parte superior. El ratón podía ser visto a través del plástico, pero parecía encontrarse en una postura fija, flotando en el aire con las patas y la cola extendidas, tal como había sido introducido en el recipiente.

Calentando una varilla puntiaguda, el profesor practicó un agujero, primero en un lado del pandeado cilindro, luego en el otro. Cuando la larga aguja se hubo enfriado, introdujo su aguda punta a través de un agujero y atravesó el corazón del roedor, haciendo salir después la punta por el segundo agujero. Agitando el cilindro sobre la mano de la muchacha, el profesor depositó una gotita de sangre arterial ratonil sobre su muñeca.

Mientras contemplaba la gotita de color escarlata, unas lágrimas asomaron a los ojos de la muchacha.

- ¡Asesino de ratones! - sollozó. - ¿Crees acaso que un ratón salvaje se metería en ese tubo de plástico?

- Corazón mío - replicó el profesor -, no es un tubo. Ni siquiera es un cilindro, y desde luego no es una ratonera. Es una tesela, como sabrías si hubieras leído una obra muy popular sobre topología.

- ¡Oh! Sé perfectamente lo que es una tesela: un dado con un dado en cada uno de los lados. Pero esa ratonera no me parece que sea seis dados rodeando a un dado.

- Desde luego que no, ya que de ser así nuestro ratón estaría muerto. Esto es una tesela, es decir, una ilusión temporal.

- ¡Una ilusión temporal!

- Sí, querida - dijo el profesor -, una ilusión temporal. La topología nos enseña que las propiedades matemáticas pueden ser completamente independientes de la forma aparente. Un círculo continúa siendo un círculo, aunque parezca una pasta empanada, como ocurre cuando es arrastrado sobre una superficie ondulada. Esta ratonera es un dado cubicado, parcialmente desplazado a lo largo de la dimensión del tiempo. Por eso tiene un aspecto deforme. Ven, tócalo.

Desde luego, al tacto parecía bastante sólido: un dado con un dado en cada uno de los lados; pero incluso cuando se sostenía en la mano y se tocaba, el objeto seguía pareciendo un cilindro ondulado, y el ratón seguía permaneciendo inmóvil, aparentemente muerto.

- ¡Este ratón está muerto! ¡Ecch! - exclamó la muchacha.

El topólogo tiró de la diminuta espada, abrió la parte superior de la caja y depositó al ratón sobre su mano. El animalito se sentó inmediatamente sobre sus patas traseras y agitó las patas delanteras, como pidiendo queso.

- ¿Cómo has hecho eso? - gritó la muchacha, excitada.

- Es muy sencillo - respondió el pensador -. El exterior fluctúa con este momento del tiempo, debido a la leve torsión que le di a la forma cuando lo construía; pero el interior está fijo en el tiempo, porque la mayor parte de la masa interna está extendida alrededor del continuo, muy amplio pero finito, de espacio y tiempo que es nuestro universo. El «tiempo» ha pasado tan lentamente para este pequeño granuja, que los procesos de regeneración y de reparación de su cuerpo se han desarrollado como instantáneamente, y la herida aparentemente mortal sólo fue para él un leve pinchazo. ¿Crees que podrías meterte en una gran tesela como ésta y dejar que yo te atravesara con una espada..., sabiendo que no sufrirías el menor daño?

La muchacha palmoteó de placer.

- ¡Oh, sí, cariño! Eso sería un truco mucho más desconcertante para el espectador que el antiguo truco de la espada.

El número obtuvo un éxito sensacional. Los espectadores quedaban embobados por la belleza de la muchacha. Y cuando el topólogo introducía una afilada espada a través de su maravilloso cuerpo, tan ligero de ropa como permitían las leyes locales, las multitudes se quedaban con la boca abierta. Cuando se hacía girar la caja para mostrar la punta enrojecida de la espada, las mujeres - y muchos hombres - se desmayaban. Más tarde, pagaban un dólar por cabeza por examinar la diminuta herida mientras se cerraba y desaparecía, habitualmente debajo de uno de los espectaculares senos de la muchacha.

Aquella vida de feriantes fue un idilio. Sin embargo, aunque cuarenta años no significan que un hombre sea viejo, tampoco significan que sea joven; y el profesor de matemáticas terminó por descubrir que volvía a sentirse fastidiado. El vocabulario de la muchacha no mejoraba, y su afición favorita continuaba siendo el consumo de helados. La diferencia de sus edades era suficiente para que sus actitudes sexuales básicas resultaran irreconciliables. Para él, el amor carnal necesitaba el estímulo de lo «prohibido»; para ella, el acto sexual era una función natural, como el respirar o el defecar, de modo que entre los dos no cabía un entendimiento total, ni siquiera en la cama.

De acuerdo con la moda que había adoptado su generación, la muchacha era fiel. Podría haber otros más tarde, pero ahora ella no concedía sus favores a nadie. Al profesor le era negado incluso el acibarado condimento de los celos.

Cada noche, al final de su última actuación, cuando entraban en su alojamiento, solía levantar los brazos y, marcando unos pasos de baile como una danzarina de un harén, decía: «Ayúdame a prepararme para el baño, cariño».

Casi no sostenían ninguna otra conversación.

Al final, el idilio se convirtió en una esclavitud para el profesor. Encontró algún respiro cuando descubrió que un fakir hindú, que formaba parte del espectáculo durmiendo sobre clavos, vertiendo plomo derretido en sus ojos, etcétera, era un ex profesor de Matemáticas de la Universidad de Rawalpindi. Hablando con él, el topólogo pudo evitar el volverse completamente loco. Sin embargo, estaba un poco chiflado. Detestaba a la muchacha y sólo soñaba en lo que haría cuando ella le abandonara; pero ella no se marchaba y continuaba levantando sus brazos delante de él y marcando pasos de baile, tan exquisitamente fastidiosa como un perrito que continúa tirando del calcetín de uno cuando ha dado por terminado el juego.

Empezó a actuar de mala gana; en realidad, la tesela sólo le había interesado realmente en su fase experimental. En cierta ocasión la espada que empujaba se

desvió del agujero y cayó de punta sobre el dedo gordo de su pie derecho. Aquella fue una herida real, en el tiempo real, no extendida a lo largo del continuo espacio-tiempo, y por espacio de una semana le produjo unos terribles dolores. Cada vez que cojeaba, el dolor le reafirmaba en su decisión de librarse de la muchacha, hasta que al fin su fecunda mente topológico encontró el medio.

El profesor poseía una colección de espadas que utilizaba para su espectáculo, y una noche dejó junto a su cama, al alcance de la mano, una imitación bastante lograda de una espada corta romana. En su época, aquella espada había representado un gran avance tecnológico para los fabricantes de armas, y a la belleza de su forma añadía un terrible poder de penetración.

Cuando terminó la última función, el profesor se mostró más cariñoso que de costumbre con la muchacha. Y mientras se secaban el cuerpo el uno al otro, después de su baño ritual, el profesor besó a su compañera y le dijo:

- Querida, ¿te importaría dejarme practicar la última parte del número? Últimamente no me siento muy seguro en escena...

Ella estaba tan contenta al ver que él volvía a estar contento, que accedió inmediatamente. De modo que montaron una tesela de repuesto que guardaban en su alojamiento y la muchacha se introdujo en ella con una sonrisa que casi hizo reconsiderar al profesor lo irremediable del acto que había planeado. Luego recordó los meses de fastidio y endureció su corazón. Sin que le temblara el pulso, introdujo la espada lo más cerca posible del corazón de la muchacha, al tiempo que con el pie daba un par de golpes a la construcción de plástico, modificando su forma: en vez de un cilindro pandeado, como hasta entonces, apareció como un solo dado de unas seis pulgadas de lado, con un dibujo abstracto en cada cara.

El dado era mucho más pesado de lo que parecía, ya que una parte substancial de la masa de la muchacha estaba distribuida a lo largo del conjunto del continuo espaciotiempo cilíndrico esférico. Mientras contemplaba la superficie lisa como un espejo de una de las caras del dado, un ojo y una ceja se extendieron lentamente a través del plano; pero en aquel ojo no había pánico ni reconocimiento. El profesor se dio cuenta de que para la ocupante de aquella caja singular, sus movimientos eran tan rápidos en apariencia como para resultar una simple maculatura. Silbando, el profesor introdujo el pesado dado en su maleta y salió de su alojamiento. Se cruzó con el fakir hindú y le dijo:

- Hasta la vista, amigo. Nos hemos cansado de este circo y de sus pulgas y vamos en busca de nuevos horizontes.

Así desapareció Grax, el Espadachín del Tiempo, y apareció de nuevo un topólogo de gran talento que se había tomado unas vacaciones fuera de temporada.

Las frustraciones que casi le habían consumido antes de su aventura parecían haberse desvanecido. Se instaló con placer en una nueva rutina académica y se convirtió en un experto en su ejecución. Cada cinco años, quizá, tenía un alumno realmente prometedor; pero la escasez ya no le preocupaba. El caso era ascender en el escalafón académico.

El pesado dado era ahora un pisapapeles sobre el escritorio de su apartamento. Nadie reconoció nunca en los dibujos abstractos de sus lados los contornos topologizados de un ser humano muerto. A grandes intervalos, aparecía a través de una de las caras del prisma alguna característica anatómica identificable con la cual el profesor había trabado íntimo conocimiento, y entonces experimentaba una vaga sensación de pesar, recordando la única aventura de su

vida y su trágico desenlace. Pero en aquellas raras ocasiones llenaba su pipa, abría la Revista de Topología y volvía a sumergirse en la vida apacible de la Universidad.

Cuando tenía sesenta años y era casi calvo, apareció en su clase el estudiante de sus sueños, que comprendía todo lo que él decía en su difícil especialidad y replicaba con elegante desparpajo y desacostumbrada intuición a sus complicados planteamientos matemáticos. Objetivamente, sabía que el muchacho lo era todo menos guapo, pero subjetivamente (y en privado, desde luego, ahora era muy formal) consideraba que el muchacho tenía «muy buen aspecto». Esta sensación le intrigó hasta que un día, repasando unos antiguos boletines universitarios, encontró un retrato suyo de su época de estudiante. Su mejor alumno era lo bastante parecido a él como para poder ser su doble, o al menos su hermano menor.

Poco después de aquello, el profesor confió al muchacho la historia de su escapada. Al hacerlo obedeció a un impulso inexplicable, sabiendo que no era prudente; pero el muchacho empezaba a revelar el mismo raro talento que el profesor poseía para traducir las abstracciones topológicas en utensilios que hacían cosas peculiares. Y a pesar de que el muchacho afectaba la amoralidad total propia de su generación, quedó impresionado por el relato; impresionado y también intrigado. Cogió la caja y la sacudió.

- Tal vez está viva - dijo -. Después de todo, el interior sólo ha sido un instante. Vamos a abrirla.

- No seas ridículo - dijo el profesor, tomando la caja y colocándola de nuevo sobre su escritorio -. En primer lugar, ella no está viva. Mientras se encuentre dentro del dado, no existirá ninguna prueba del crimen. En segundo lugar, si estuviera viva, podría acudir a la policía; o, peor aún, podría decidirse a renovar aquellas horribles y fastidiosas relaciones. Y en tercer lugar, no podemos abrirla. El dado es ahora un sistema cerrado, y ninguna parte del interior es asequible a este aspecto del tiempo y del espacio. Eventualmente, será distribuida de un modo equitativo a través de todo el universo. ¡Decididamente, no! Te prohíbo que pienses en ello. ¿Cuándo vas a darme aquel documento sobre los reinvertebrados topológicos?

La conversación languideció, y el estudiante no tardó en despedirse. Un par de días más tarde, el profesor encontró al muchacho hurgando en los bordes del dado con un aparato a base de espejos, lo cual provocó una acalorada discusión, pero paulatinamente sus relaciones volvieron a ser casi tan cordiales como antes.

Un día, el estudiante se presentó en el apartamento del profesor llevando en la mano un pequeño trozo de metal, cuya forma resultaba muy difícil de determinar. Mejor dicho, parecía cambiar de forma continuamente.

- ¿Qué diablos llevas ahí? - preguntó el profesor, en tono irritado.

- Es una cinta movediza, cromada, retráctil, invertida y universal - dijo el joven.

El profesor se echó a reír. Todos los escolares saben que una cinta movediza es una tira de cualquier material, uno de cuyos extremos ha sido retorcido (media vuelta) antes de unirlo al otro para formar un aro. La consecuencia de aquella media vuelta es que la cinta movediza se convierte en una figura geométrica que tiene un solo lado y un solo borde; aunque el sentido común puede distinguir claramente, al examinarla, que tiene dos lados y dos bordes. Sin embargo, un lápiz que trace una línea partiendo del centro de «un lado» se encontrará con su propia señal, cuando tendría que verse una línea dibujada sobre «ambos lados»... Porque sólo hay un lado, ¿os dais cuenta?

Pero todos los escolares saben lo que es una cinta movediza: una simple curiosidad. El profesor le explicó todo esto a su alumno, y terminó diciendo:

- Y supongo que ahora vas a decirme que tiene alguna aplicación práctica.

- Sí - dijo el muchacho -, la tiene.

Y antes de que el profesor pudiera impedirlo, se acercó al escritorio, hurgó en el dado con la cinta movediza metálica y sacó los restos de una espada corta romana.

Al cabo de unos instantes, el cilindro había recobrado su antigua forma y tamaño y una joven completamente desnuda había salido de él. Estupefacto, el profesor vio una sonrosada herida triangular, que evidentemente había acabado de cicatrizar, debajo del seno izquierdo de la muchacha.

- ¡Cariño mío! - exclamó ella -. ¡No vuelvas a utilizar esa cuchilla de carnicero! ¡Ha sido algo horrible!

Y envolvió al estudiante en un apasionado abrazo.

Luego vio al profesor y se ocultó detrás del joven.

- ¿Quién es ese viejo calvo? - inquirió -. Yo sé lo que hay que hacer con los viejos verdes, cariño.

Y, tras un guiño y un gesto de asentimiento, la joven y el estudiante introdujeron al profesor en el dado expansionado y lo distorsionaron hasta que se convirtió en una pequeña caja.

Incluso en el interminable instante en que se ha convertido en el interior del dado, el tiempo ha empezado a parecerle muy largo al topólogo. Sabe que la muchacha y el estudiante se han convertido en polvo hace ya mucho tiempo en el caleidoscópico mundo exterior. Está empezando a ser transparente, de modo que sabe que su substancia se está extendiendo lentamente a lo largo de todo el continuo espacio-tiempo cilíndrico-esférico. Ha comprendido que cuando él esté completamente distribuido, el universo llegará a su fin; y ha redactado mentalmente un asombroso documento, explicando todo el fenómeno. Lo único que siente es que nunca podrá enviarlo a la Revista de Topología para su publicación.

FIN

Robert Moore Williams - **COMO TIMBRES DE ALARMA**

El joven guardián, Ve, estaba muy excitado. Había hecho un descubrimiento de tal magnitud que insistía en informar personalmente a Lor, el guardián jefe de aquel sector del universo.

Su superior inmediato le dijo que enviara el informe por conducto regular.

- Lor lo recibirá a su debido tiempo - dijo su superior -. Esas cosas no corren prisa. Hazlo sin prisas, y todo saldrá bien.

Ve no quiso escucharle. El conducto regular era bueno para los informes rutinarios - nivel de radiación de los diversos soles, paso de cometas, explosiones de supernovas, y cosas por el estilo -, pero aquel informe era importante, demasiado importante para que sufriera un retraso. Apeló al antiguo derecho de todos los guardianes a presentar personalmente sus informes a Lor si, al observar los mundos del espacio, notaban algo anormal.

Su superior suspiró. Ve era joven e impetuoso. Ve no había aprendido aún a través de la experiencia que todas las cosas suceden a su debido tiempo, y que, en realidad, es muy poco lo que se puede hacer en lo que a ellas respecta. Pero si Ve invocaba el derecho de los guardianes a presentar informes personales a Lor, tenía que permitirle cruzar la línea. Si Lor le despedía con cajas destempladas por molestarle con nimiedades sin importancia, Ve podría añadir aquella experiencia al acervo de sus conocimientos.

De modo que su superior firmó los pases necesarios y Ve fue acompañado a través de la jerarquía de mandos, a través del equivalente de capitanes, comandantes, coroneles y generales hasta ser introducido a presencia de Lor.

Lor no llevaba ningún emblema. Iba modestamente vestido, y parecía un obrero, quizás un vigilante de una sola estrella, pero Ve no necesitó ver al general de cinco estrellas que estaba a la derecha de Lor, ni al general de cinco estrellas que estaba a su izquierda - los generales de cinco estrellas eran utilizados como mensajeros -, para saber que se encontraba en presencia del jefe supremo. Ya que Lor estaba rodeado de un aura de autoridad. Parecía enorme, acostumbrado a mandar.

Lor estaba sentado ante su escritorio. Había un fruncimiento de concentración en su rostro mientras estudiaba las cifras extendidas delante suyo. No advirtió la presencia de Ve.

Ve esperó. Los generales de cinco estrellas le miraron sin verle. Ve se dio cuenta, súbitamente, de que los técnicos, segunda categoría, no se movían en el mismo plano que los generales de cinco estrellas. Y él había ido a hablar con Lor, que utilizaba a aquellos generales como mensajeros.

Ve, inquieto mientras esperaba, deseó repentinamente no estar allí. Deseó haber seguido el consejo de su superior presentando su informe por conducto regular. Se retorció y se preguntó si podría salir de la estancia sin que Lor se diera cuenta. Empezó a deslizarse hacia la puerta.

El general que estaba a la derecha de Lor se enteró súbitamente de su existencia.

- Quédate donde estás - dijo.

Ve enrojeció.

- Yo... pensé...

- Y cállate - añadió el general.
Ve casi se mordió la lengua en su apresuramiento por cerrar la boca.
Lor levantó los ojos. Miró directamente a Ve.
- ¿Qué deseas? - dijo.
Ve saludó rápidamente.
- Señor, he invocado el antiguo derecho de todos los guardianes...
- De no ser así, no estarías aquí - dijo Lor -. ¿Cuál es tu información? Estoy muy ocupado, como ya has podido ver.
Ve deseó que el suelo se abriera y le tragara.
- Señor, los bichos del Planeta Tres del Sistema Solar 31.941...
Lor parpadeó. Era evidente que no pensaba en lo que Ve estaba diciendo.
- ¿Qué es eso? - Preguntó.
- Los bichos del Planeta Tres del Sistema Solar...
- ¿Bichos? - inquirió Lor.
- Así fueron clasificados en el último informe, señor. El informe fue redactado por la última expedición regular que visitó su planeta, hace 4.200 años. Tiene prevista una inspección cada cinco mil años. Posiblemente, la próxima inspección podrá clasificarlos de un modo distinto, pero de momento están anotados como bichos.
Lor hizo un leve gesto con las manos. Un gesto de impaciencia por algo trivial.
- Eso no importa. La clasificación es probablemente correcta. ¿Dónde dices que están situados?
- En el Planeta Tres del Sistema Solar 31.941.
Lor enarcó las cejas.
- ¿Y dónde está situado ese Sistema Solar? - inquirió.
Ve quedó boquiabierto por el asombro. Siempre había supuesto, no, le habían dicho específicamente una y otra vez en sus conferencias de adoctrinamiento, que Lor lo sabía todo. Le impresionó intensamente comprobar que Lor ni siquiera sabía dónde estaba situado el Sistema Solar 31.941.
- Bueno, está debajo de las Pléyades - dijo, buscando el modo de explicarle a Lor dónde estaba situado aquel sol y sus nueve planetas -. Al sur de Vega, y...
- Humm - murmuró Lor. Se volvió al general que estaba a su izquierda -. Tráeme el mapa estelar.
El general salió apresuradamente de la habitación. Regresó con el inmenso mapa que mostraba el emplazamiento de todos los soles de aquel sector del Universo. Al fin, Lor consiguió localizar el sistema solar 31.941.
- Aquí está - dijo -. Bueno, no son tan pequeños. ¿El tercer planeta del sol, dices? Tráeme una lupa.
Le entregaron una magnífica lupa. Examinó el mapa con ella durante un largo rato.
- Ahora veo el planeta - dijo, transcurridos unos instantes -. Tiene una sola luna. Bien.

Lor pareció complacido por haber localizado aquel sistema solar. Después de todo, era casi una hazaña haber podido localizar un único sol y nueve planetas circundantes, situados en una de las secciones menos pobladas del universo. El hecho de que aquel sol y sus planetas estuvieran señalados en los mapas indicaba una organización eficaz, lo cual resultaba muy agradable para el jefe supremo.

- Bueno - dijo Lor, alzando la mirada hacia Ve. - ¿Qué pasa con los animales de ese planeta que te ha inducido a presentarme un informe personal?

Ve respiró a fondo. Eso era lo que le había llevado allí, después de recorrer una cuarta parte del universo.

- Señor - dijo -. ¡Han descubierto la energía atómica!

A pesar de no ser más que un técnico de segunda categoría, Ve sabía lo importante que era aquella noticia. La energía atómica, la energía básica del universo. La raza que la poseyera podría trasladarse a cualquier parte y hacer cualquier cosa. No podrían hacerlo inmediatamente, pero una vez realizado el descubrimiento fundamental, todo lo demás llegaría por sus pasos contados.

Los bichos del Planeta Tres poseían la energía atómica.

Los rostros de los generales habían expresado una gran sorpresa cuando Ve habló. Incluso Lor pareció impresionado.

- No - dijo -. Debes de estar equivocado.

- No estoy equivocado - insistió Ve -. Cuando noté la primera vibración procedente de una lejana explosión atómica, llevé a cabo una minuciosa investigación. No cabe ninguna duda. Han conseguido liberar energía nuclear y mantener una reacción en cadena en uno de los elementos más pesados.

Ve se dio cuenta de que la noticia afectaba seriamente a Lor.

- ¡Energía atómica! - exclamó Lor -. Eso significa que no tardarán en construir naves espaciales.

Ve asintió.

- Tienen una luna, señor, a la cual pueden llegar con naves espaciales rudimentarias. Y una vez alcancen su luna, no tardarán en volar por todo el sistema solar. Después, no pasará mucho tiempo sin que se presenten aquí.

- Sí - murmuró Lor -. Y cuando nos encuentren...

Ve comprendió la pregunta que se formaba en la mente de Lor. Se estremeció. Por algún motivo desconocido para él, se sentía atraído por los diminutos seres que vivían en el Planeta Tres. A pesar de estar clasificados como bichos, eran grandes en un sentido. A Ve le disgustaba tener que informar a Lor de lo que sabía acerca de ellos, pero tenía que hacerlo.

- ¿Son una raza pacífica? - inquirió Lor.

Ve vaciló. Sacudió la cabeza.

- No - dijo -. No son pacíficos. Por el contrario, son muy aficionados a la guerra. Están luchando unos contra otros continuamente, declarándose la guerra por los motivos más nimios, o sin motivos.

Pudo ver el descontento que estas noticias provocaban en Lor. Los generales, en cambio, las acogieron con agrado.

- No llegarán hasta nosotros en seguida - dijo Lor, mirando a Ve -. ¿Crees, por lo que sabes de ellos, que habrán aprendido los caminos de la paz cuando estén en condiciones de llegar hasta nosotros?

Ve suspiró.

- No he visto nada en su historia que lo haga suponer - dijo.

- Entonces, tenemos que hacernos a la idea de que una nueva raza caerá sobre nosotros a través del espacio - observó Lor, con tristeza.

Los generales sonrieron.

En la oficina del jefe supremo se hizo un profundo silencio. Lor estaba meditando en el problema que acababa de presentárseles a los guardianes del espacio.

Ve pensaba también en aquel problema. Las palabras de Lor: «Una nueva raza caerá sobre nosotros a través del espacio» martilleaban incesantemente su cerebro. Poco a poco, empezó a captar el sentido de aquellas palabras. Significaban que los bichos del Planeta Tres cruzarían el espacio. Como eran una raza de guerreros, llegarían en grandes naves de combate, en cruceros espaciales de gran autonomía. Una patrulla de rápidas naves de exploración iría delante de ellos. Habría guerra.

Sólo podía haber guerra. Los bichos del Planeta Tres no conocían otra cosa. Confiar en que cambiaran sus instintos bélicos, era como esperar que el cielo se desplomara. Habían luchado durante tanto tiempo unos contra otros, que el luchar era en ellos una segunda naturaleza, algo que aceptaban sin pensar.

Los guardianes del espacio eran pacíficos. A pesar de que seguían manteniendo una organización militar, casi habían olvidado el propósito por el cual fue creada. Únicamente los generales recordaban cosas como aquéllas. Desde luego, los guardianes poseían grandes poderes, enormes poderes, pero si se permitía que los bichos crecieran demasiado, ni siquiera los grandes poderes de los guardianes bastarían para rechazarlos.

- ¿Qué sugieres tú? - preguntó Lor, de pronto, mirando al general que estaba a su izquierda.

- Eliminarlos - respondió inmediatamente el general -. Antes de que alcancen la importancia suficiente para retornos, borrar su planeta de la faz del cielo. Una pequeña expedición puede encargarse del trabajo. Me ofrezco voluntario para conducirla.

- ¡No! - exclamó Ve,

Lor le miró y le ignoró. Se volvió al general que estaba a su derecha.

- Y tú, ¿qué sugieres? - preguntó.

El general sonrió.

- Sugiero que esperemos un poco.

- ¿Por qué? - preguntó Lor.

El general hizo un expresivo gesto con las manos.

- Si esperamos, se harán más fuertes. Destruirlos entonces será una prueba mucho mejor para nosotros. Desde luego, no sugiero que esperemos hasta que se hagan demasiado fuertes - se apresuró a añadir.

- ¿Sólo lo suficientemente fuertes para permitirnos unas maniobras militares en gran escala? - preguntó Lor.

- Algo por el estilo - respondió el general que estaba a su derecha -. Puedo organizar un equipo especial que elabore los planes para su destrucción en cuanto sean tan fuertes que su aniquilamiento no resulte un juego de niños.

- Hum - murmuró Lor.

En su rostro no se reflejaba la menor satisfacción. Miró a los dos generales con expresión pensativa, y luego se volvió hacia Ve.

- Me ha parecido comprender, por tu exclamación, que no apruebas la destrucción de esos bichos - dijo.

Los dos generales estaban mirando a Ve con fijeza. Le estaban viendo, no había duda. La expresión de sus rostros le dijo a Ve lo que le harían si se atrevía a oponerse a sus planes.

Tomó aliento.

- No, señor - dijo.

No miró a los generales. Miró únicamente a Lor.

- ¿Por qué? - preguntó Lor.

Era una pregunta que Ve no podía contestar. Pero trató de encontrar una respuesta. Pensó en los pequeños seres del Planeta Tres. Mientras atendía a sus obligaciones, había tenido ocasión de observarlos de cerca. Les había visto realizar cosas excelentes, cosas audaces. Les había visto enfrentarse con un planeta poblado de bestias enormes, de enmarañadas selvas, de estériles desiertos. Les había visto enfrentarse con el hielo de los polos, con el oscuro horror de los grandes océanos. Les había visto hacer aquellas cosas sabiendo que las bestias podían matarles, que la selva podía estrangularles, que los polos podían helarles, que los desiertos podían achicharrarles. Les había visto enfrentarse con la muerte en mil formas distintas, sin temblar. Para Ve, había cierta grandeza en ellos, en su obstinación en seguir adelante, en su no darse nunca por vencidos.

Pero ése no era el motivo de que no deseara que fueran destruidos; no el único motivo, al menos. Y sabía que los generales no aceptarían ningún motivo. Ya que, indiscutiblemente, unos bichos poseedores de la energía atómica eran unos bichos peligrosos. Ve sacudió la cabeza.

- Ignoro el motivo, señor - dijo.

- Hay que destruirlos ahora - apremió el general que estaba a la izquierda de Lor.

- Es preferible esperar un poco y luego destruirlos - dijo el general de la derecha.

- No sé si podemos destruirlos - dijo Lor.

- ¿Eh? - exclamaron a dúo los sorprendidos generales -. Nosotros tenemos el poder.

- Hay implicado algo más que poder - dijo Lor.

Se volvió hacia Ve.

- Dime - inquirió -, ¿han descubierto la energía atómica por sí mismos? ¿Es un secreto que han arrancado a la naturaleza por su propia inteligencia, o han obtenido alguna ayuda para conseguirlo?

Ve no pudo comprender el alcance de aquellas preguntas. Los generales lo comprendieron, y miraron a Ve.

- Han obtenido ayuda para conseguirlo - dijeron los generales -. ¿No es cierto? Han obtenido ayuda.

- No - dijo Ve. Nadie les ha ayudado. Lo han descubierto por si mismos.

Lor miró a sus dos generales.

- Entonces, esto responde a vuestras preguntas. Si han hecho el descubrimiento por sí mismos, no podemos destruirles para protegernos. Existe una ley del universo que dice que una raza o una especie que consiga un adelanto por su propia inteligencia, por su propia fuerza, no será destruida sólo por el descubrimiento que ha hecho. De no ser así, la evolución en los mundos del espacio se interrumpiría.

Los generales escucharon aquellas palabras con el ceño fruncido.

- Seguramente, la ley no rige para los bichos - sugirió uno de ellos.

- La ley rige para todas las formas de vida - replicó Lor -. No olvidéis que hay guardianes que nos vigilan a nosotros, del mismo modo que nosotros vigilamos a los seres que están por debajo nuestro. Si quebrantamos su ley, nos condenaremos a nosotros mismos.

Lor sacudió la cabeza. Un gesto definitivo.

Ve contempló a su jefe, intrigado. Allí había alta política, que él ni siquiera había empezado a comprender. Sabía, desde luego, que existían poderes más elevados que los guardianes del universo, pero no se le había ocurrido que aquellos poderes más elevados pudieran estar interesados en los bichos. Al parecer, lo estaban. Al parecer, su protección se extendía sobre todas las formas de vida, incluso sobre los seres del Planeta Tres.

Ve se sintió mejor. La destrucción inmediata estaba descartada. Esto era seguro. Lor lo había dicho así.

- No podemos emprender ninguna acción contra ellos - continuó Lor -. La ley les protege. Pero la ley también prevé determinadas protecciones para nosotros, establece determinadas salvaguardias. Durante los siglos que han de transcurrir antes de que los bichos lleguen hasta nosotros, esas salvaguardias tendrán tiempo más que suficiente para actuar.

Sus dedos tamborilearon, impacientes, sobre el escritorio. El descubrimiento de la energía atómica le enfrentaba con un grave problema. Estaba prohibido destruir a los seres que habían efectuado el descubrimiento, pero, si no les destruía, podía verse obligado eventualmente a luchar contra ellos.

Lor miró al general que estaba a su izquierda.

- Prepara el equipo de exploración de probabilidades para que empiece a funcionar inmediatamente - dijo -. Que lo enfoquen sobre ese planeta donde se desenvuelven los bichos. Aunque no los destruyamos ahora, antes de que hayan tenido una oportunidad para desarrollar el descubrimiento que han hecho, podemos enterarnos si tendremos que destruirlos o no en el futuro. La ley les concede tiempo para su desarrollo. Si no utilizan ese tiempo provechosamente, podríamos eliminarlos alegando incompetencia.

- Enterado, señor - respondió el general.

Mientras el general salía de la estancia, Lor se volvió hacia Ve.

- Examinaremos los diversos caminos que esa raza puede seguir en el futuro - explicó - Veremos si las salvaguardias funcionan. Como recompensa por tu diligencia en informarme acerca del descubrimiento de la energía atómica, puedes venir con nosotros y ver lo que el futuro reserva a los bichos del Planeta Tres.

Ve siguió a Lor al sector del cuartel general donde estaba instalada la máquina de probabilidades. Nunca había visto aquella máquina, pero conocía la teoría en que se basaba su funcionamiento. Dicho en pocas palabras, era una máquina que revelaba los futuros. No el futuro, sino los futuros, los distintos caminos que un planeta, una raza o un individuo podían seguir.

Cuando entraron en la amplia habitación donde se encontraba la máquina de los futuros, Ve se dio cuenta de la intensa agitación que reinaba a su alrededor. La máquina no era utilizada con frecuencia. Ahora que había sido ordenado su funcionamiento, los técnicos se afanaban en ponerla a punto. Numerosas baterías de calculadores estaban siendo encendidas y comprobadas. Un equipo de bibliotecarios estaba reuniendo la información necesaria acerca del Planeta Tres del Sistema Solar 31.941, información que tenía que ser suministrada a la enorme máquina antes de que pudiera calcular y exponer los diversos futuros que se abrían ante el planeta y ante la raza que lo habitaba.

- Estamos preparados, señor - informó un general -. Si quiere pasar a la sala de visionamiento...

Cuando estuvieron sentados en la sala de visionamiento, todas las luces se apagaron. La oscuridad era absoluta. Toda claridad, toda radiación de cualquier tipo, habían sido eliminadas de aquella sala, incluidos los rayos cósmicos.

- Hemos llegado ya a la conclusión de que el Planeta Tres del Sistema Solar 31.941 tiene tres posibles futuros - dijo la voz de un técnico en la oscuridad -. Pueden existir otros, pero hemos descubierto las tres potencialidades más importantes, los tres caminos que el planeta puede seguir en el futuro. A continuación va a ser explorado el camino número uno.

Se oyó un suave chasquido en la oscuridad, y un sonido sibilante que se apagó rápidamente. Ve sabía que la máquina de los futuros estaba emitiendo intensas corrientes de energía etérea, que se movían a una velocidad varias veces superior a la de la luz y que estaban concentradas sobre el Planeta Tres, explorándolo. Aquellos rayos de energía estaban pesando, midiendo todo el sistema solar, y enviando datos a la máquina.

En la parte delantera de la sala, la oscuridad se aclaró. Empezó a formarse un cuadro, el cuadro de un sol y nueve pequeños planetas subalternos, en miniatura. Tal como era proyectado por la máquina de los futuros, el sistema solar parecía un hermoso juguete capaz de entusiasmar a un chiquillo, pero Ve sabía que aquello era solamente un cuadro, y que la realidad era muy distinta. Había visto de cerca a aquel sol de juguete. Conocía la enorme radiación que desprendía. Aunque en la pantalla pareciera un juguete para niños, Ve sabía lo inmenso que era, allí, en las inexploradas profundidades del espacio.

- Camino número uno, formándose - anunció la voz del técnico.

El pequeño sistema solar empezó a moverse. El movimiento se hizo más rápido a medida que la máquina avanzaba en el Tiempo buscando una de las probabilidades del sistema.

Luego, el sistema solar desapareció y en la pantalla quedó un solo planeta, el Planeta Tres.

El Planeta Tres flotaba en el espacio, un hermoso globo de forma redondeada. Aumentando de tamaño en la pantalla, se hizo visible el azul oscuro de sus mares, el pardo de sus desiertos, el verde de sus fértiles valles y llanuras. Las blancas caperuzas polares resplandecieron bajo los rayos de aquel lejano sol.

Era un espectáculo maravilloso. Ve se removió en su asiento, emocionado por aquella belleza. Incluso Lor, que permanecía muy quieto, mirando con profunda atención, pareció impresionado por la belleza de la escena.

El Tiempo pasaba rápidamente sobre el planeta. Los años discurrían como segundos. Ve miraba atentamente, buscando alguna señal de actividad.

Sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Se produjo una cegadora explosión.

La pantalla se iluminó súbitamente en un infierno de resplandores blancos, mientras el Planeta Tres estallaba.

Una bomba brilló en el cielo.

Ve se olvidó de respirar.

La pantalla se oscureció.

Lor se removió en su asiento.

- Ese es un posible futuro - dijo, lentamente -. Después de descubrir la energía atómica, empiezan a experimentar con los elementos más ligeros. Provocan una reacción en cadena, probablemente a base del átomo de hidrógeno, que hace estallar todo el planeta.

Uno de los posibles futuros del Planeta Tres era la desintegración. El que llegara o no aquel futuro dependía de la forma en que utilizaran el nuevo poder que habían descubierto. Si lo utilizaban de un modo, se volarían a sí mismos y a su planeta antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía.

- La posibilidad de que hagan volar su propio planeta es una de las salvaguardias que he mencionado - dijo Lor -. Si siguen ese camino, no tenemos nada que temer de ellos.

Pero, ¿seguirían aquel camino?

Ve no sabía el camino que seguirían, ni lo sabía ninguno de los guardianes, ni siquiera el propio Lor. Aquel camino era solamente un futuro potencial, algo que podía suceder. Pero había otros caminos.

Se oyó de nuevo el sonido sibilante, y de nuevo brillaron en la pantalla los nueve pequeños planetas y su sol, como juguetes capaces de entusiasmar a un chiquillo.

- Camino número dos - anunció la voz del técnico.

Ve miró atentamente.

El Planeta Tres aumentó de tamaño en la pantalla, tan hermoso como siempre. Se produjo un movimiento en el aire, encima del planeta. Ve aguzó la mirada para ver lo que estaba sucediendo.

- ¡Guerra! - susurró Lor.

Entonces, Ve vio lo que era aquel movimiento. Bandadas naves cruzaban el aire. En el cielo se estaban produciendo unas feroces luchas. Las naves se embestían y destruían mutuamente. Vio desaparecer ciudades enteras.

Vio el final de la guerra.

Una a una, las naves desaparecieron.

Las ciudades cesaron de desintegrarse.

Ve esperó ver lo que sucedería cuando la guerra hubiera terminado.

Esperó y esperó.

No sucedió nada.

- Acercad más el foco - ordenó Lor.

Los técnicos obedecieron. En la pantalla, el planeta aumentó todavía más de tamaño.

Ve vio lo que había sucedido.

El Planeta Tres estaba muerto. Las ruinas de las ciudades yacían bajo un cielo vacío. Las carreteras estaban desiertas. Los campos aparecían desnudos.

Los ríos discurrían, los mares brillaban al sol, los vientos soplaban, pero en el mundo no había ninguna vida visible. Ninguna forma de vida.

Ningún animal se movía, ninguna vegetación brotaba del suelo.

- Veo lo que ha sucedido - dijo Lor -. Han lanzado un gas radiactivo, tratando de matar a sus enemigos. El gas se ha esparcido a través de toda la atmósfera y ha matado a todas las cosas vivientes del planeta. Un importante producto de la desintegración atómica es la radiactividad...

Ve sabía lo mortíferas que eran las emanaciones radiactivas de la gente del Planeta Tres. Habían hecho una guerra, contaminando de radiactividad toda la atmósfera, destruyéndose a sí mismos.

- Si siguen el segundo camino, no tenemos nada que temer de ellos - dijo Lor -. Nuestra salvaguardia funciona.

El pequeño mundo giraba sin vida en el tranquilo cielo. Eventualmente, cuando hubieran transcurrido unos centenares de siglos, los gases radiactivos se

desvanecerían y la vida brotaría de nuevo, para volver a iniciar el largo proceso evolutivo.

Pero aquello costaría millares de años.

- Existen otros caminos - dijo Ve en tono esperanzado.

Era evidente que confiaba en que los habitantes del Planeta Tres seguirían otro camino, escogerían otro futuro, y se salvarían a sí mismos de la destrucción.

- El técnico dijo que había por lo menos otro futuro potencial importante - dijo Ve.

En la oscuridad, se daba cuenta de que Lor le estaba mirando.

- Creo - dijo Lor -, creo que en lo íntimo de tu ser esperas que consigan dominar la energía atómica y eventualmente se lancen contra nosotros.

- No - se apresuró a responder Ve -. Nada de eso.

En lo más íntimo de su ser, le disgustaba ver a aquellos pequeños seres, aunque estuvieran clasificados como bichos, destruyéndose a sí mismos y destruyendo a su mundo. Y ahora sabía por qué no quería verles destruidos. ¡Le atraían a causa de su osadía!

¡Se atrevían a manejar el átomo! Sabiendo que podía destruirles, se atrevían a manejarlo y a investigar sus secretos. Era toda una hazaña. ¡Unos seres tan osados y tan valientes no debían desaparecer del universo!

- Camino número tres, formándose - anunció el técnico.

De nuevo danzaron en el cielo el sol y sus planetas.

Ve contuvo el aliento. Había otro camino que podían seguir en el futuro. ¿Escaparían a la destrucción si seguían este camino? Ve lo ignoraba, pero casi no se atrevía a mirar.

Otra vez la guerra ardió en el planeta, espantosa, terrible, una guerra total.

- ¿No aprenderán nunca? - inquirió Ve, pronunciando las palabras casi involuntariamente -. ¿No aprenderán nunca a evitar la guerra? ¿Será siempre una parte de su cultura? ¿No aprenderán nunca que la guerra y la energía atómica no pueden mezclarse?

A lo largo del camino tres se extendía la guerra.

El foco se acercó más y Ve contempló el comienzo de la destrucción. Vio derrumbarse las orgullosas ciudades, vio caer del cielo la lluvia mortífera, vio abrirse enormes agujeros en la martirizada corteza del planeta a medida que los proyectiles atómicos se hundían en busca de las ciudades que habían sido construidas bajo tierra. Esperó, preguntándose cómo se destruirían a sí mismos esta vez.

El átomo podía ser mal empleado de muchas formas. ¡Había tantas cosas que podían hacerse equivocadamente con él!

Lor había llamado a las cosas que podían hacerse equivocadamente con el átomo «salvaguardias», y desde el punto de vista de los guardianes, desde el punto de vista de la gran raza que vigilaba el espacio eran salvaguardias, pero desde el punto de vista de los pequeños seres que habitaban el Planeta Tres eran trampas que conducían a la muerte repentina, a la destrucción total.

Ve miró, sin atreverse a respirar.

La guerra terminó.

El planeta no estaba destruido.

No había ninguna ciudad en pie. La población había quedado reducida a una cuarta parte de lo que era antes de empezar la lucha, inapreciables recursos naturales habían desaparecido para siempre.

Pero la guerra había terminado.

Y el Planeta Tres continuaba en el cielo, y continuaba estando habitado. Ciertamente, la mayoría de los bichos habían muerto, pero habían quedado bastantes vivos.

Ve se dio cuenta de que Lor estaba muy inquieto.

Se dio cuenta de que los generales tenían una expresión vigilante.

La salvaguardia de los guardianes había fallado. Los habitantes del Planeta Tres no habían hecho estallar su mundo, ni se habían destruido a sí mismos.

Manejando el átomo, habían aprendido a dominarlo.

Ese era el motivo de la inquietud de Lor.

El Tiempo corrió rápidamente sobre la pantalla, revelando el futuro de aquella raza, revelando un posible futuro.

La raza empezó a edificar de nuevo.

No edificaban ciudades. Vivían en pequeños grupos, parecían controlar su número a fin de no sobrepasar sus posibilidades en el terreno de los alimentos. ¡Y seguían adelante, unidos!

No luchaban.

Construían.

Ve vio que empezaban a construir naves espaciales.

Vio la primera nave que despegaba del planeta.

Los técnicos, variando rápidamente el foco de la máquina de los futuros, siguieron el vuelo de aquella nave espacial.

Ve vio que la nave aterrizaba en la luna del planeta.

Supo, entonces, que el primer paso había sido dado.

Supo por qué Lor estaba ahora tan inquieto, por qué los generales permanecían tan vigilantes.

El camino número tres conducía a la conquista del espacio, conducía eventualmente a los lugares donde moraban los guardianes.

El discurrir del Tiempo reveló la construcción de pistas de aterrizaje en la luna, el establecimiento de un tráfico regular, los grandes aprovisionamientos de nuevas materias primas, minerales de todas clases, extraídos del satélite.

Aquella raza ya disponía de suministros adecuados.

Las naves espaciales empezaron a despegar de la luna. Empezaron a volar hacia los planetas. Volaban pacíficamente, a través de las inmensidades del espacio.

- Es suficiente - dijo Lor -. Detened la máquina.

La sala volvió a iluminarse. Ve y los generales siguieron a Lor cuando éste salió de aquel sector del cuartel general donde se albergaba la máquina de los futuros, para regresar a su despacho.

Lor se acercó a la ventana y miró al exterior.

Su ventana se abría al espacio, a la inmensidad de la nada que se extendía entre los mundos. Lor contempló aquel espacio, sin hablar.

La mente de Ve giraba alrededor de una idea central.

- ¿Qué camino seguirán, señor? - preguntó tímidamente. En la amplia estancia reinaba un profundo silencio.

- Lo ignoro - respondió Lor -. Tendrán que escogerlo por sí mismos.

El silencio se hizo más pesado.

- Pero, yo creo - continuó Lor al cabo de unos instantes -, creo que será mejor que nos preparemos para recibir visitantes algún día.

El corazón de Ve brincó al oír aquellas palabras.

- Entonces, ¿cree que seguirán el camino número tres? - inquirió.

- Opino que sí - respondió Lor.

Los generales parecieron repentinamente excitados.

- Así que deberemos preparar nuestras defensas - dijeron.

- No - replicó Lor.

Los generales se quedaron contemplándole, asombrados.

- No necesitamos ninguna defensa - continuó Lor -. El único camino que conduce hasta nosotros es, después de un inicial periodo de conflicto, un camino pacífico. Todos los otros caminos conducen a la destrucción. El único camino que conduce hasta nosotros es el camino de la paz. No necesitaremos ninguna defensa contra unos seres que llegarán en son de paz.

Los generales permanecieron silenciosos.

En su interior, Ve se sintió feliz. Aquellos pequeños seres que se atrevían a manejar el átomo no estaban desahuciados: había aún esperanza para ellos.

- Haremos preparativos para recibirles - dijo Lor -. Llegarán hasta nosotros, en son de paz, cuando se hayan dominado a sí mismos y hayan dominado todos los caminos del universo.

Habla algo profético en el tono majestuoso de su voz.

- ¿Quién sabe? - continuó -. Quizás en alguna época futura podrán ocupar nuestros lugares aquí, como guardianes de este sector del universo, en tanto que nosotros ascendemos a mayores glorias. Este, creo, es su destino.

Su voz se apagó. Ve permaneció silencioso. Los generales permanecieron silenciosos.

Muy lejos, a través de las vastas profundidades del espacio, los bichos del Planeta Tres trabajaban en su bomba atómica.

FIN

David Langford - TILB

Era como quedar atrapado en el medio de una luminosa superposición de imágenes filmadas. Las gafas quebraban la calle oscura, la partían y reordenaban a lo largo de líneas diagonales: un cartel fosforescente de Kerabs aparecía trastocado al tipo de letra que llamaban «Quebrada». Robbo había decidido que era más seguro dejarse las gafas puestas. Aun bajo la vacilante media luz eléctrica de antes del anochecer, uno nunca sabía lo que podía llegar a ver. Mala suerte si el molde se le caía de debajo del brazo y se desenrollaba ante sus ojos mientras él hacía garabatos en la acera.

Aquél sería un buen lugar, detrás de la parada del ómnibus 34 (un quebrado 34). Era su parte de la ciudad; todas las mañanas, las mujeres se congregaban aquí, vestidas con sus saris y gorjeando como brillantes canarios alienígenas. Buen lugar, allí junto a la vidriera clausurada con tablas, que estaba repleta de avisos de recitales sujetos con alfileres.

Robbo escrutó la calle buscando algún movimiento, se miró la mano para que el borroso spaghetti de dedos le infundiera confianza. Las suyas eran gafas genuinas del Ejército - el Grupo tiene amigos en sitios extraños -. Dicen que el ojo en algún momento logra ajustarse. Un día algo hace clic y uno empieza a ver los contornos de las cosas con claridad. Vaciló mientras desenrollaba el grueso plástico; después se tranquilizó y presionó el molde con la mano izquierda contra un cartel hecho jirones, mientras que en su mano derecha siseaba el tubo de aerosol.

El olor dulzón y penetrante de la pintura para automóvil hizo que todo le pareciera extrañamente distante de un acto de terrorismo.

Descubrió que había tenido un descuido, lo cual era fácil en la luz de ese falso crepúsculo y mirando por esas lentes: cuando volvió a enrollar al Loro vio que tenía pequeñas manchas en los dedos. Dentro de unas pocas horas, bajo la brillante luz matinal, las mujeres de piel parda jugarían al juego de los guiños... Dios, ¿cuánto tiempo había pasado desde que era niño y jugaba a lo mismo? Debían de ser unos cinco años. El que había sacado el naípe del asesino te miraba y guiñaba el ojo, y tú tenías que morir con muchos espasmos y sobreactuación. Para sobrevivir, necesitabas localizar al asesino antes que él te localizara a ti y lanzar la acusación... o por lo menos necesitabas saber a qué sitio no debías mirar.

Hacía frío. Hora de marcharse, de escoger otro lugar. Con o sin gafas, no se volvió para mirar la imagen del Loro. Tal vez éste podría guiñarle un ojo.

SECRETO BASILISCO

Distribución Reino Unido Lista B únicamente

...llamado así debido a que se considera que su silueta, al procesarse para poder ser observada sin causar lesiones, recuerda a la de dicha ave. En el Apéndice 3 de este informe, página A3-II, se muestra una imagen parcial procesada (anamórficamente elongada). LA MENCIONADA PAGINA NO DEBE MIRARSE A TRAVÉS DE NINGUNA FORMA DE LENTE CILÍNDRICA. SE RECOMIENDA ENFÁTICAMENTE EVITAR SU OBSERVACIÓN PROLONGADA. LÉASE LA PAGINA A3-I ANTES DE PROCEDER.

2-6. Este primer ejemplo de la Técnica de Imagen Lógica de Berryman (de aquí en más llamada con el acrónimo habitual, TILB) evolucionó a partir de los trabajos sobre IA con la supercomputadora de Cambridge IV, ahora discontinuados. V. Berryman y C.M. Turner elaboraron la hipótesis de que los programas de reconocimiento de patrones de alta complejidad podrían ser vulnerables al «impacto de ingreso Gdeliano», en forma de datos incompatibles con la representación interna. Berryman fue aún más lejos y sugirió que la existencia de semejante ingreso potencial era una necesidad lógica...

2-18. Para este nivel de información no se suministran detalles sobre los algoritmos de construcción TILB de Berryman/Turner. Los detalles sobre la eventual brecha en la seguridad de Cambridge IV tampoco están disponibles, ni se conocen en su totalidad. Los detalles sobre la cantidad de víctimas en Cambridge IV son, por el momento, de carácter confidencial (sub judice).

- De algún modo, el IRA se apoderó de él - le había dicho Mack -. Los profesionales. Hacemos algunas de nuestras compras en los mismos lugares, gelinita y esas cosas... Nos pasaron una copia.

El tubo de cartón que Robbo tenía en la mano de pronto le había parecido diez veces más pesado. Había esperado que fuera un mapa, un plan de acción del Grupo, tal vez el diagrama de algo feo que plantar en el templo Sikh de la calle Victoria.

- ¿Quieres decir que funciona?

- Mierda, sí. Lo probé... con un voluntario - Mack sonrió. Simplemente, sonrió y le guiñó un ojo -. Oye, esto es veneno. Usa las gafas cuando estés cerca. Si haces una estupidez y das un solo vistazo a algún trocito del Loro, debes hacer esto, es lo que me dijeron: enciértrate con una botella de vodka y tómatela toda. Eso te descontamina, te borra la memoria visual de corto plazo, algo así.

- Dios mío. ¿Y los profesionales? Si este cuento de hadas tiene asidero, ¿por qué no lo han...? - Robbo se diluyó en un vago gesto de su mano que no pudo evocar a una bomba neutrónica de papel.

La sonrisa de Mack se ensanchó hasta mostrar una embestida de dientes aserrados y parducos, igual que sucedía cuando hablaba de alguna acción importante del Grupo.

- Tal vez les desagradan las ideas nuevas... pero podría ser que estén reservándose para algo grande. ¿Alguna vez se te ocurrió tomar por asalto un canal de TV? ¿Sólo por una hora? No lo pienses, te hará mal.

...Varias pantallas de TV apagadas lo miraban desde otra vidriera, un almacén que también alquilaba videos hindúes. Ellos se la habían buscado. ¿Por qué no aprendían inglés los muy maricas? El Grupo les daría una lección: el molde del Loro ya estaba en posición; el aerosol ya salía de su bolsillo, la pistola más rápida del oeste.

En la escuela, Robbo jamás había ganado una pelea, siempre lo habían golpeado hasta hacerle saltar rastreras lágrimas: ahora había aprendido buenas, seguras y satisfactorias formas de devolver los golpes. Trabajar poniendo trampas cazabobos del Grupo Doble A era lo mejor de todo, una emoción constante y adictiva.

Por ahora, sería mejor que esta fuese la última, o penúltima. Veinte sería un buen número de explosiones, pero el cielo parecía estar aclarando detrás de la descolorida luz de sodio que lo opacaba.

Si iba por la calle Alma podría poner una en el «Marqués de Granby», donde todos decían que se juntaban los homosexuales locales. Esos bastardos, tomando posesión de un bonito bar antiguo, torcidos como sacacorchos sin sentir vergüenza de ello, contagiándote el SIDA con sólo mirarte. La pondría justo en el medio de su puerta barnizada, entonces, con chillona pintura roja y de treinta centímetros de altura...

La luz lo golpeó como un puño de acero. Las gafas la convertían en barras brillantes, dolorosas. Robbo giró media vuelta, tratando de escudarse los ojos con la cosa pesada y aleteante que tenía en la mano izquierda. La cosa pesada tenía un gran agujero irregular; a través de él vio la luz de una linterna y oyó una voz que, acercándose rápidamente, decía:

- ¿Podría decirme qué es lo que está usted...?

Mientras el rayo de luz lo inundaba y la voz quedaba rezagada, vio el contorno tembloroso de un casco policial a través de la silueta del Loro. Detrás de las melladas imágenes residuales apareció un rostro, un rostro asiático, como era de esperarse en esta zona de la ciudad. Los ojos estaban ciegamente fijos, la boca se movía. Robbo había leído viejos relatos de misterio donde un cuerpo sin marcas tenía una inexplicable expresión de conmoción y pánico. Un cadáver caliente cayó sobre él y su inercia los hizo caer a ambos a través de una ventana que se disolvió en tintineantes fragmentos.

Se suponía que no debía ocurrir esto. Se suponía que la bomba no debía explotar hasta que uno estuviera a diez kilómetros de distancia. En algún lado vio la silueta quebrada de un segundo casco.

SECRETO BASILISCO

...descubierta independientemente por al menos dos aficionados a los gráficos de computadora, ya fallecidos. La «Estrella Fractal» se genera por medio de un proceso iterativo relativamente simple que determina si cualquier punto de un espacio bidimensional (el campo complejo) pertenece o no pertenece a su dominio. Este algoritmo es ahora confidencial.

3-3. La Estrella Fractal no exhibe propiedades TILB en su macroestructura. Puede observarse su apariencia general: véase Apéndice 3, página A3-3III. Esta característica permitió que la Estrella se difundiera ampliamente a través de una popular revista de computación, habiéndose publicado una versión del algoritmo bajo el título «Diviértase con Gráficos». Lamentablemente, el texto adjunto sugería que los usuarios rescribieran el software para «enfocarlo» en ciertos aspectos de la microestructura fractal visualmente atrayente del dominio. En varias zonas del campo complejo, esto puede producir efectos TILB cuando el detalle fino resultante se visualiza en un monitor de computadora de más de 600 x 300 pixels de resolución.

3-4. Aproximadamente un 4% de los 115.000 lectores de la revista descubrió y visualizó patrones TILB latentes en la Estrella Fractal. En la mayoría de los casos, también fueron presenciados por otros miembros del grupo familiar y/o por personal de los servicios de emergencia al revisar a la víctima o víctimas. Es difícil determinar las cifras totales, pero como primera aproximación...

- Envuelve el sobre con cinta adhesiva, todo alrededor. Así es. Y escribe a ambos lados, con letras grandes y rojas: PELIGRO, NO ABRIR.

- Así que conoces esto.

- Ha salido en los boletines. Los del escuadrón especial recogieron cincuenta en aquel operativo de Belfast. El Departamento de Inteligencia de Leeds atrapó a otro... otro bastardo igual que este. Te digo, este trabajo ha sido una carnicería durante años, pero ahora es un puto desastre. Tres alguaciles y un sargento muertos por agarrar a esta mierdita roñosa que uno podría hacer volar por el aire con una escupida...

Robbo sentía dolor en varios lugares, pero se mantenía quieto y callado, con los ojos cerrados, desparramado en el duro banco donde lo habían dejado caer unas manos poco gentiles. Les había informado todos los sitios donde las había colocado, pero ellos siguieron lastimándolo. No era justo. Sintió la corriente de aire de una puerta al abrirse.

- Identificación fotográfica positiva, señor. Robert Charles Bitton, diecinueve, dos arrestos previos por perjuicio criminal, se sospecha que es miembro del Grupo Acción Albión. No hay mucho más en el informe.

- Supongo que tiene sentido. Asquerosos depravados... ¿te has topado con ellos, Jimmy? De lo que tenemos aquí, es lo que más se acerca al maldito Ku Klux Klan.

- Este saldrá de circulación por un largo tiempo.

- Jimmy, no has estado actualizándote en este asunto de la TILB, ¿verdad? Es lo mismo que esa puta pesadilla de los chicos y sus computadoras hogareñas. Dios sabe hasta cuándo podrán mantener tapado este asunto. Tarde o temprano nos alcanzará a todos... Mira, tenemos cuatro policías militares con causa de muerte desconocida, causa inmediata de muerte: insuficiencia cardíaca, ¿y todavía tengo que decírtelo con todas las letras?

- Aaahhh.

- La única evidencia está en ese maldito sobre, una clara prueba para el juicio, ¿eh? Recuerdo cuando atraparon a aquellos piratas del teléfono internacionales y de lo único que pudimos acusarlos fue de uso ilegal de la electricidad, por un valor de sesenta peniques. En aquellos días no había una ley para piratas telefónicos. Y ahora no tenemos ley para piratas cerebrales.

- ¿O sea que nosotros limpiamos el estropicio que hizo este bastardo, le damos una bonita habitación para que pase la noche, y punto?

- Ah - El tono de voz implicaba que sucedería algo más: un gesto, un dedo colocado significativamente a lo largo de la nariz, un guiño -. La Patrulla Tres limpiará el estropicio; ellos tienen el equipo de protección ocular, si es que sirve para algo. Nosotros acompañamos al joven Maestro del Terrorismo Urbano hasta sus aposentos palaciegos, de la manera más amable, por supuesto. Y después, Jimmy, cuando entre el siguiente turno, haremos el velatorio de nuestros compañeros recientemente desaparecidos. No bromeo. Apareció en el último boletín. Realmente te encantará enterarte del por qué.

Robbo se puso rígido cuando las manos volvieron a aferrarlo. Las perspectivas sonaban casi promisorias.

SECRETO BASILISCO

...análisis informacional adopta un punto de vista matemático de algún modo purista, en donde se considera que las TILBs codifican «corruptores» Gdelianos, es decir, programas implícitos que el equipo mental humano no puede utilizar de modo seguro. En su monografía final, Berryman argumentó que, aunque los dispositivos meta-lógicos permiten la asimilación y el seguro reconocimiento de lazos auto-referenciales («Esta oración es falsa»), las analogías gráficas de

«círculos viciosos» más sutiles podrían evadir la protección del análisis verbal, haciendo efecto directamente a través del córtex visual. Esto puede no ser coherente con los efectos observados en la TILB «Lector» tratados en el capítulo 7, poco usuales no solamente porque su incapacitación de la actividad cortical es temporaria - si bien se observaron algunas lesiones permanentes en voluntarios del Ejército - sino también porque sus efectos se verifican específicamente en personas de lengua inglesa o de lenguas que utilicen alfabetos iguales al del inglés. Además, puede que resulte lógicamente incoherente con las consideraciones que se desarrollan en el capítulo 12.

10-18. La contrahipótesis bioquímica post facto de Gott se consideró menos drástica. Esta propone que en el cerebro pueden formarse «memotoxinas» a partir de la actividad electroquímica asociada con el almacenaje de ciertos patrones de datos. Aunque atractiva, la hipótesis aún no ha sido...

12-4. La situación actual se asemeja a la de la «explosión» en la física de partículas. No solamente continúan emergiendo nuevas especies de TILB, sino también familias completas de derivados, como se resume en el Apéndice A2. Una controvertida interpretación también invoca la teoría de resonancia mórfica de Sheldrake: podría resultar más sencillo concluir que la emergencia del concepto TILB era inevitable, dado el nivel que había alcanzado la investigación sobre IA. La pérdida de vidas en las filas de los teóricos más prominentes, en especial las de aquellos con marcados poderes de visualización matemática, constituye un obstáculo fundamental para poder comprender...

La celda estaba azulejada de blanco hasta la altura de los hombros, pintada de un blanco satinado de allí hasta el techo. El tufo a desinfectante parecía lana de acero subiendo por la nariz, bajando por la garganta. Con la vaga idea de sacar el mayor provecho de las instalaciones, Robbo hizo uso del inodoro de porcelana blanca y se restregó las manos fútilmente en el lavabo (el agua fría no podría eliminar esas manchas de acrílico rojo) antes de acostarse a esperar.

No podrían hacerle nada, realmente. Tal vez multarlo bajo una tonta acusación de vandalismo, y tal vez hacerlo caer accidentalmente de la escalera algunas veces más antes de llegar a la corte de los magistrados... Ahora, la dura litera le provocaba dolor en toda clase de lugares hinchados y amoratados del cuerpo. Pero a la larga estaría bien.

Ellos lo sabían.

Ellos lo sabían pero no parecían molestos, ¿verdad?

Entonces tuvo una visión de ellos, de ellos sonriendo. «No vamos a presentar cargos» y «Por aquí, señor» y «Si es tan amable, recoja sus pertenencias...» Se abriría una puerta y ¿adivinen quién estaría esperando allí a que él lo viera?

Tonterías. No lo harían. Pero supongámoslo.

Pasó el tiempo. Era fácil imaginar el desenlace. Lo había visto tantas veces, a través de las lentes quebradas: el alargado contorno de un pájaro, recortado en un ángulo y vuelto a ensamblar irregularmente: salame de loro. La silueta contra paredes, ventanas y carteles; el cuerpo sólido de un rojo centelleante cuyo color se diluía hasta transformarse en un resplandor anaranjado sodio; otra vez la silueta cuando sus ojos se encontraron con los ojos rotos del hombre muerto.

La figura parecía estar suspendida allí, detrás de sus párpados cerrados. Los abrió y fijó la mirada en el lejano cielorraso, que estaba salpicado de innumerables manchas y manchones gracias a los esfuerzos de pasados ocupantes. Si uno unía los puntos con la imaginación comenzaban a construirse

imágenes, igual que figuras zodiacales poco convincentes. Pasado un tiempo, una imagen en especial amenazó con quedar claramente en foco...

Se clavó los dientes en el labio; se refugió en el breve paréntesis de dolor.

Lo tenía dentro. Ellos lo sabían. Aunque con protección, había mirado al abismo demasiado tiempo, desde demasiados ángulos. Estaba infectado. Robbo se sorprendió azotando la pesada puerta metálica, ensangrentándose las manos. Era inútil, porque así como no había un crimen evidente que él pudiera haber cometido, tampoco había una buena razón médica para que la antipática policía le ofreciera una masiva dosis de alcohol que le obnubilara la memoria.

Otra vez tirado en la litera, recorrió su vida. El Loro lo acechó hasta las grises horas de la mañana, alisándose las plumas fractales, entremezclándose lentamente con la claridad, como si fuese el final de una luminosa superposición de imágenes filmadas, hasta que por fin su mente tuvo que acusar recibo de una forma, una forma, un guiño.

FIN

Gary Jennings - **TARDE O TEMPRANO O NUNCA JAMÁS**

La tribu de los anula, al nordeste de Australia, asocia el pájaro-dólar con la lluvia, hasta llegar a llamarlo el pájaro de la lluvia. El hombre que tiene ese pájaro como su tótem puede hacer llover en una charca determinada. Toma una serpiente, la introduce viva en la charca y, tras tenerla sumergida en el agua cierto tiempo, la saca, la mata y la deposita junto al lecho del río que quiere llenar de agua. Luego fabrica un haz en forma de arco con tallos de hierba en imitación del arcoiris y lo coloca sobre la serpiente. Después, lo único que hace es cantar sobre la serpiente y el arcoiris de hierbas; tarde o temprano, la lluvia caerá.

SIR JAMES FRAZER

La rama dorada

Reverendísimo Orville Dismey
Deán de Vocaciones Misioneras
Colegio Protestante Southern Primitive
Grobian, Virginia

Reverendísimo señor:

Ha pasado muchísimo tiempo desde que nos despedimos, pero la cita de Frazer quizá le ayude a recordarme: Soy Crispin Mobey, su antiguo alumno en el querido y añorado SoPrim. Como sea que se me ha ocurrido que quizás haya oído usted sólo un relato superficial sobre mis actividades en Australia, le envío la presente para que así tenga un informe completo.

Por ejemplo, debo en primer lugar refutar cualquier información que haya podido llegar a su conocimiento procedente del Sínodo del Pacífico de los Protestantes Primitivos sobre que la misión que he desarrollado entre la tribu de los anulas no haya tenido ningún éxito digno de mención. Si en algo he ayudado a que los anulas se alejen de los sortilegios paganos - y este es un hecho cierto -, creo que habré contribuido sin duda a acercarlos mucho más a la palabra de Dios, y que mi misión habrá valido lo que costó.

Asimismo, para mí ha representado la realización de un sueño acariciado toda mi vida. Ya de niño, en Dreer, Virginia, me veía como un futuro misionero que recorrería los rincones más atrasados y faltos de luz de este mundo, y toda mi vida me comporté de modo que pudiera llegar a realizar plenamente la visión que llevaba en mi interior. Entre los jóvenes más incultos y rudos de Dreer a menudo se me llamaba, con una especie de respetuosa actitud, «ese Cristo Mobey». Yo, con toda la humildad del mundo, deploraba el hecho de que me pusieran en tal pedestal.

Pero cuando entré en los sagrados muros del Colegio Southern Primitive mis, hasta aquel momento, vagas aspiraciones encontraron su verdadera dirección. Fue durante el último curso en mi querido y añorado SoPrim cuando descubrí el compendio antropológico en doce volúmenes «La rama dorada», escrito por Sir James Frazer, en el que se hallaba un relato sobre la pobre y abandonada tribu de los anula. Hice unas investigaciones y descubrí para alegría mía que la mencionada tribu existía todavía en Australia, y que estaba aún tan desgraciadamente necesitada de la Salvación como lo había estado en la época en que Frazer escribiera sobre ella, y que tampoco había acudido nunca ninguna misión de los Protestantes Primitivos a redimir a aquellas pobres almas. Era

incuestionable, me dije a mí mismo, que la necesidad, la oportunidad y el hombre se conjugaban milagrosamente. Entonces empecé a presionar para conseguir que el Consejo Misional me concediera el permiso para el adoctrinamiento de los olvidados anulas.

No fue asunto fácil. Los regidores se quejaron de que estaba a punto de sufrir un fracaso catastrófico en asignaturas básicas de la carrera eclesiástica tales como Gerencia de Ofertorios, Histriónica o Canto Nasal. Pero usted, deán Dismey, vino en mi ayuda. Recuerdo todavía la discusión que tuvo usted por mí: «Efectivamente, las notas académicas de Mobey tienden a la C, pero tengamos la bondad de ponerle una C de celo, mas que de cero, y otorguémosle su petición. Sería un crimen, caballeros, que no enviáramos a Crispin Mobey al Outback australiano».

Creo que el presente informe sobre mi misión demostrará que la fe que depositó usted en mí, deán Dismey, no estaba fuera de lugar. Diré, modestamente, que durante mis viajes por la gran isla fui descrito en multitud de ocasiones como «el verdadero retrato de un misionero».

Hubiera de buena voluntad aceptado trabajar para costearme el pasaje a Australia e internarme en el Outback con mis propios recursos, e incluso vivir en el mismo estado primitivo que mi grey mientras les enseñaba la palabra de Dios. En lugar de ello, quedé muy sorprendido al encontrar una generosa aportación que la Fundación Mundial de Misiones ponía a mi disposición; era, de hecho, demasiado generosa, pues todo lo que pretendía llevar conmigo eran algunos abalorios y cuentas.

- ¡Lentejuelas! - exclamó el tesorero de buró de Misiones cuando presenté la solicitud -. ¿Pretende usted gastarse toda la ayuda económica en cuentas de cristal?

Intenté explicarle lo que había aprendido por mis lecturas. Los aborígenes australianos, si lo había entendido bien, son la gente más primitiva de la tierra. Son un resto viviente de la Edad de Piedra y no han llegado en la escala evolutiva ni a desarrollar el arco y las flechas.

- Mi querido muchacho - dijo amablemente el tesorero -, las cuentas y abalorios son de la época de Stanley y Livingstone. Le iría mucho mejor llevarse un carro de golf eléctrico para el jefe y pantallas de lámpara para sus esposas... Las usan como sombreros ¿sabe?

- Los anulas no han oído hablar del golf, ni llevan sombreros. En realidad, no llevan nada en absoluto.

- Todos los mejores misioneros - dijo con tono bastante frío el tesorero - están locos por las pantallas...

- Los anulas son prácticamente cavernícolas - insistí yo - No tienen cucharas, ni lenguaje escrito. Tienen que ser educados partiendo de poco más que un mono. Quiero llevarme las lentejuelas para captar su interés, para mostrarles que soy amigo suyo.

- El rape siempre es bien recibido - intentó mi interlocutor como último recurso.

- Lentejuelas - repuse con firmeza.

Como podría usted deducir de las facturas, mi asignación cubrió una tremenda cantidad de abalorios multicolores de cristal. En realidad debería haber esperado a comprarlas en Australia y evitarme así la excesiva factura por el transporte, pues llenaron un contenedor entero del barco con el que partí de Norfolk aquel día de junio.

Al llegar a Sydney, trasladé la carga a un almacén de la zona portuaria de Woolloomooloo y me presenté de inmediato al obispo de zona de nuestra Iglesia, monseñor Shagnasty (quien gusta llamarse a sí mismo con todo el título de su autoridad, cosa comprensible si tenemos en cuenta que durante la guerra fue capellán de la Marina). Encontré a aquel augusto caballero, tras una serie de preguntas y averiguaciones, en el local social de la Unión de Angloparlantes.

- Esto es una fortaleza, un refugio entre estos australes - me dijo -. ¿Me acompañará a tomar uno de estos deliciosos brebajes?

Decliné la invitación y empecé a explicarle el propósito de mi visita.

- ¿Así que va a ver a los anulas, eh? ¿A los territorios del Norte? - dijo al tiempo que asentía juiciosamente -. Una magnífica elección. Es un territorio virgen. Encontrará buena pesca.

Una magnífica metáfora.

- A eso es a lo que vine, señor - dije con todo entusiasmo.

- Sí - musitó él -. Allí perdí un cochero real en el río Roper, hará unos tres años.

- ¡Dios se apiade de mí! - exclamé yo, horrorizado -. No sabía que esos pobres paganos fueran hostiles. Si incluso uno de los propios cocheros de la reina...

- ¡No, no, no! ¡Hablabas de un anzuelo para truchas! - exclamó. Se quedó mirándome y prosiguió -: Empiezo a comprender por qué le han enviado al Outback. Supongo que deseará partir inmediatamente hacia el Norte, ¿no?

- Antes de partir desearía aprender el lenguaje de los nativos - repuse -. Los de la academia Berlitz de Richmond me contaron que podía estudiar la lengua anula en su delegación aquí, en Sydney.

El día siguiente, cuando localicé la escuela Berlitz, descubrí para mi desgracia que antes tendría que aprender alemán. El único maestro de lengua anula era un sacerdote melancólico y ensotado que pertenecía a una orden de católicos alemanes. El hombre había sido misionero también durante una parte de su vida y no hablaba inglés casi en absoluto.

Durante tres meses me dediqué sin descanso y con gran energía a aprender un poco de alemán (mientras se amontonaban las facturas por el almacenamiento de las lentejuelas) antes de empezar a aprender del ex sacerdote el lenguaje anula. Herr Krapp, así se llamaba el sacerdote. Como puede usted imaginarse, deán, yo me mantenía en guardia contra cualquier sutil propaganda papista que pudiera intentar colarme durante las lecciones, pero lo único que encontré extraño fue que todas las palabras y frases anulas que parecía saber Herr Krapp consistían principalmente en frases y palabras cariñosas. Con frecuencia le oía murmurar casi descorazonado, y en su propio idioma, «Ach, das liebenwerte schwarze Madchen», tras lo cual siempre se relamía los labios.

A finales de setiembre Herr Krapp me había enseñado todo lo que sabía, y ya no hubo excusa para retrasar más mi salida hacia el Outback. Alquilé un par de conductores y dos camiones que me llevaron a mí y a mis lentejuelas. Además disponía de una pequeña tienda de campaña muy anticuada y propia de los misioneros, y todo mi equipaje consistía en un Nuevo Testamento, las gafas, el diccionario inglés-alemán, la edición en un volumen de «La rama dorada» y un libro de texto sobre el lenguaje nativo, «Die Gliederung der australischen Sprachen», de W. Schmidt.

Luego acudí a despedirme del obispo Shagnasty. Le encontré otra vez, o todavía, en la Unión de Angloparlantes, acodado en la barra.

- ¿De regreso del campo, verdad? - me saludó -. Tómese un stingaree. ¿Que tal esos negritos?

Intenté explicarle que todavía no me había marchado, pero me interrumpió para presentarme a un caballero de aspecto militar que estaba junto a él.

- El mayor Mashworm es el Encargado de Protección de los Aborígenes. Seguro que le interesará mucho escuchar lo que usted haya visto entre esos negritos, pues me parece que éste es el lugar más cercano al Outback que ha pisado el mayor en su vida.

Estreché la mano del mayor y le expliqué que todavía no había visto a sus queridos negritos, pero que esperaba hacerlo en un breve plazo.

- ¡Vaya, otro yanqui! - dijo tan pronto como me oyó hablar.

- ¡Señor! - dije yo, enojado -. ¡Yo soy sureño!

- ¡Claro, claro! - repuso, como si no tuviera ninguna importancia -. ¿Se ha circuncidado usted?

- ¡Señor mío! - rugí -. ¡Soy cristiano!

- Por supuesto. En fin, si quiere llegar a alguna parte con las tribus aborígenes, tiene que circuncidarse o no le aceptarán como individuo adulto. El brujo curandero aborígen le someterá a la operación, si es necesario, pero me imagino que preferirá que se la hagan en un hospital. La ceremonia nativa también consiste en sacarle a golpes uno o dos dientes incisivos, y luego abandonar el poblado y vivir sin acercarse a nadie hasta que haya sanado.

Si hubiera sabido esto de los anulas desde el principio, mi celo podría haber sido menor, pero habiendo llegado hasta allí, no vi nada que me impidiera someterme a la operación. A pesar de todo, debió advertírseme la situación mucho antes, y así hubiera estado listo en el momento en que terminara el estudio del idioma. En aquel momento ya no podía retrasar por más tiempo la partida hacia el Norte. Así pues, fui operado aquella misma noche en Sydney Mercy por un incrédulo doctor y dos enfermeras que no podían disimular su jolgorio, e inmediatamente después salí con mi pequeña caravana a la carretera.

El viaje fue una auténtica agonía, una maratón de dificultades. Durante la convalecencia era obligado a llevar un molesto artilugio, mezcla de entabillado y braguero, que era imposible de esconder ni siquiera bajo un mackintosh varios números mayor que mi talla. No quiero relatar las numerosas humillaciones que me asediaron en los puntos finales de etapa de nuestro camino. Sin embargo, usted se hará una pequeña idea, reverendísima, si se imagina en mi tiernísima situación, montado en un camión reliquia de la guerra mal conservado por una carretera prácticamente inexistente, en viaje de Richmond al Gran Cañón.

Todo el vasto interior de Australia se conoce generalmente por el Despoblado, el Outback. Sin embargo, el territorio del Note adonde me dirigía está aún más allá del Outback, y se conoce entre los australianos como la Tierra de Nunca Jamás. Es un territorio del tamaño de Alaska, pero tiene tanta gente exactamente como mi pueblo natal de Dreer, Virginia. Los territorios de la tribu anula se hallan en el extremo norte de esa Tierra de Nunca Jamás, en la meseta de Barkley, entre la zona de arbustos y las marismas tropicales del golfo de Carpentaria, a casi cuatro mil terribles kilómetros de mi punto de partida en Sydney.

La ciudad de Cloncurry (1995 habitantes) fue nuestro último vistazo auténtico a la humanidad. Para ilustrar mis palabras, le diré que la siguiente población que tocamos, Dobbyn, tenía un número de habitantes de unos cero, y el último lugar que tiene nombre en aquellas tierras salvajes de Nunca Jamás, Brunette Downs, tenía una población de menos algo.

Allí fue donde me dejaron mis conductores, tal como habíamos acordado al salir. Era el último punto donde podían tener alguna posibilidad de que alguien les

recogiera y les devolviese a la civilización. Me indicaron la dirección que debía tomar a partir de allí y reanudé mi peregrinación a lo desconocido llevando yo mismo uno de los camiones y dejando el otro en Brunette Downs para cuando hubiera necesidad.

Los conductores me dijeron que finalmente me encontraría con una estación experimental dedicada a la agricultura donde los funcionarios me darían indicaciones sobre el lugar en que habían sido vistos por última vez los nómadas anulas. Sin embargo, cuando llegué allí una tarde a última hora encontré un lugar desierto, salvo unos cuantos lánguidos canguros y una arrugada y patilluda rata del desierto que salió corriendo con un extraño grito de bienvenida.

- ¡Jooo...! ¿Y pues? ¿Y pues? Dios, es increíble encontrarse a un maldito tipo nuevo husmeando por aquí, maldito Dios.

(No vaya usted a horrorizarse por esta última expresión, deán. Al principio, enrojecí ante las aporreadas blasfemias y obscenidades que acostumbran a emplear los australianos empezando por Mashworm y siguiendo por todos los demás. Después me di cuenta de que utilizaban aquellas locuciones de un modo tan espontáneo e inocente como la puntuación. Al ser así esta forma coloquial de diálogo, nunca he llegado a distinguir con claridad cuándo debo enrojecer ante una palabrota, cuándo es deliberada o no, pues no sé cuáles son las realmente ofensivas. Por ello, antes que tratar de censurar o cambiar por eufemismos cada frase que murmuraba aquel hombre, me limitaré a relatar las conversaciones al pie de la letra y sin más comentarios.)

- ¡Bueno, apalanca un poco tu culo, tipo! Tengo la manduca en el fuego. Nos partiremos una torta y nos montaremos una buena juerga, ¿qué dices?

- ¿Cómo está usted? - intenté intervenir.

- ¡Oh, vaya! ¡Un yanqui! - exclamó, sorprendido.

- ¡Señor! - dije en tono digno -. ¡Sepa usted que soy virginiano!

- ¿En serio? Pues si estás buscando perder la virtud estás en un lugar condenadamente jodido. No hay un solo chochito a quinientos kilómetros a la redonda, como no sea que quieras ir de juerga con una cabra.

Todo aquello no tenía para mí ningún sentido, así que cambié de tema y me presenté.

- ¡Mierda! Otro fastidioso Hermano. Tendría que haberlo adivinado cuando me anunció que era virgen. Ahora tendré que cuidarme la jodida lengua.

Si realmente «cuidó» su modo de hablar, no noté que lo hiciera de un modo apreciable. Me repitió varias veces una propuesta que sonó a obscena antes de que comprendiera que se trataba de una invitación a tomar un taza de te («enrollarse con Betty Lee») con él. Mientras tomábamos el te, preparado sobre un fuego de ramas, me contó cosas de él. Al menos supongo que era eso de lo que hablaba, aunque todo lo que saqué en claro fue que se llamaba McCubby.

- He estado haciendo una excursión por el campo buscando wolframio, pero mi rumiante se jodió las patas y me encontré en una buena colgada. Por eso apalanqué mi paquete aquí en la estación experimental y esperé una matrícula, un colono, quien fuera, aunque fuera un maldito cazador de dingos. Pero no funcionó, y estaba ya seco como un hueso cuando asomaste el morro.

- ¿Y qué está haciendo aquí?

- Ya dije, estaba buscando el wolframio.

- Vaya, tienen ustedes tantos animales extraños aquí en Australia - dije en son de disculpa -. Nunca había oído hablar de éste.

Con un aire de sospecha en la mirada me aclaró:

- El wolframio es el mineral del tungsteno.

- Hablando de la fauna australiana - respondí -, ¿podría decirme qué es un pájaro-dólar?

(El pájaro-dólar, recordará usted, señor, es el agente totémico que mencionara Frazer en su relato de la ceremonia de la lluvia. Había llegado hasta allí sin lograr descubrir qué era un pájaro-dólar.)

- No es ningún fauno - dijo McCubby -. Y puede alegrarse de que así sea. Fue un pájaro-dólar el que se echó un tifa en su guardacocos.

- ¿Qué?

- Sigo olvidándome de que es un recién llegado - suspiró -. El guardacocos es el sombrero. Un pájaro-dólar ha pasado sobre usted y ha dejado caer algo...

Me quité el sombrero y lo limpié con un patojo de hierba seca.

- El pájaro-dólar - prosiguió en tono pedante McCubby - es llamado así por la mancha circular de color plateado que tienen sus alas extendidas.

- Gracias - dije yo, para a continuación empezar a contarle cómo aquel pájaro había inspirado mi misión entre los aborígenes...

- ¡Los aborígenes! - gritó McCubby -. Y yo que había creído que iba a predicarles a los estúpidos roncadores de Darwin. Presumo que todo el resto de la humanidad se ha hecho ya cristiana para que Dios se ponga a rascar el tonel y quiera convertir a esos negros también.

- Lamentablemente, no es así - dije -. pero los aborígenes tienen tanto derecho como los demás a aprender la Divina Palabra. A aprender que sus dioses paganos son ilusorios demonios que les tientan y les llevan al fuego del infierno.

- Mire, reverendo, esos tipos esperan llegar al infierno - dijo McCubby -, que no puede ser sino una mejora sobre el Nunca Jamás. ¿Es que no tienen todavía suficiente desgracia sin que usted se les acerque para castigarlos con el rollo de la religión?

- La religión es la savia - dije yo, citando a William Penn - que penetra en el árbol de la vida hasta las ramas más lejanas.

- Parece que les esté trayendo usted a los binguis toda una catedral - dijo McCubby -. ¿Qué clase de mejunjes les lleva en el carro?

- Lentejuelas - dije yo -. Nada más que lentejuelas.

- Lentejuelas, ¿eh? - repuso, dirigiendo una mirada al enorme camión -. Debe de ser un gran amante de los cuescos sonoros.

Antes de que pudiera corregir su equívoco, se subió a la parte de atrás del vehículo y empezó a abrir puertas. El remolque estaba repleto de las baratijas hasta el techo, sin envoltorio alguno. Por supuesto, se encontró inmediatamente atrapado por la avalancha que se le vino encima, al tiempo que varios miles de cuentas inundaban una buena zona de la llanura en que estábamos; muchas de ellas se esparcieron brillantes hasta formar como una nube cada vez más sutil alrededor de la masa principal. Un rato después, apartado el montón formado bajo el vehículo, apareció entre blasfemias la cabeza peluda de McCubby.

- Mire lo que ha hecho - dije, con una exasperación bien justificada.

- Por todos los diablos - repuso él -. Es la primera vez que las lentejas casi me ahogan.

Recogió una de las cuentas, la probó con los dientes y dijo:

- Le harían daño hasta a un casuario, reverendo.

Luego la observó más detenidamente y se me quedó mirando desde el otro lado del montón, al tiempo que se sacaba de todos los pliegues y bolsillos los cristales que le quedaban.

- Mire, hijo - prosiguió -, alguien se la ha dado a usted con queso. Lo que tiene ahí no son lentejas, sino pedazos de cristal.

Me temo que le contesté con un ladrido.

- ¡Ya lo sé! ¡Son para los nativos!

Me miró, demudado. Se volvió, todavía sin expresión en el rostro, y miró poco a poco la brillante extensión que parecía llegar hasta el horizonte por todas direcciones.

- ¿Y de qué religión dice que es? - preguntó con cautela.

Le ignoré.

- Bueno - suspiró -. No tiene sentido que nos pongamos a recogerlas antes del amanecer. ¿Le importa si acampo aquí hasta mañana?

Durante la noche me despertó en varias ocasiones un ruido horrible y crujiente en la zona extrema del mar de cristal donde nos hallábamos, pero, al ver que McCubby no se inmutaba, intenté que tal sonido no me perturbara.

Nos levantamos con el sol, y toda la parte del mundo en que nos hallábamos brillaba «como la puñetera tierra de Hoz», según McCubby. Tras el desayuno me dediqué a la labor, digna de Hércules, de recoger toda la mercancía con una pala oxidada que hallé en una caseta derruida de la estación. McCubby me abandonó un rato para deslizarse por encima de las lentejuelas hasta donde ya casi no había. Cuando volvió, sonreía de felicidad con toda una brazada de jirones de piel sanguinolentos.

- Son pieles de dingo - rió con gran satisfacción -. Valen cada una un pavo de prima. Reverendo, igual ha cambiado el curso de todo este maldito continente. Por ahí está repleto de cadáveres de dingos, conejos y ratas de arena que han estado intentando digerir sus baratijas. ¡Bien, mierda!

Se sentía tan contento ante el repentino golpe de su suerte que aún volvió a por otra carga y luego me ayudó a recoger las que quedaban. Para cuando tuvimos cargado el camión era ya casi de noche otra vez, y solo habíamos logrado recoger la mitad de lo que había caído. El terreno que rodeaba la estación experimental parecía todavía Disneylandia.

- Bueno - dije en tono filosófico -. Menos mal que todavía tengo otro camión bien cargado en Brunette Downs.

McCubby pegó un salto, se me quedó mirando y se fue murmurando para el cuello de su camisa.

La mañana siguiente me enteré de los últimos detalles que me interesaban para la piadosa misión que me había impuesto. McCubby me contó que se había encontrado con la tribu anula en el viaje que le llevara a la estación. Estaban acampados en un pequeño grupo de acacias, dijo, y se dedicaban a escarbar en busca de bulbos y raíces, la única comida que podían encontrar en la estación seca.

Y allí les encontré, precisamente al anochecer. La tribu entera no tendría más de setenta y cinco almas, cada una de ella más inquietante que la anterior. Si no hubiera sabido de la desoladora necesidad que tenían de mí, me hubiera echado atrás. Los hombres eran tipos de hombros cuadrados y anchos, de color negro cobrizo, con unas barbas aun más negras y una cabellera que peinaban alrededor de sus frentes huidizas, con ojos taciturnos y una nariz chata con el hueso agujereado. Las mujeres tenían más cabello y no llevaban barba. Sus pechos colgaban flácidos y vacíos de los cuerpos como si fueran un par de medallas allí colgadas. Los hombres llevaban solamente una especie de correajes en la cintura, de los que colgaban los boomerangs, los palos de música, los plumas de

honor y cosas parecidas. Las mujeres llevaban nagas, una especie de falditas de cortezas vegetales. Los niños iban con baberos.

Alzaron la cabeza con semblantes sombríos cuando paré el camión. No tenía constancia alguna de ser bienvenido ni tampoco hallaba gesto alguno de hostilidad. Me subí al capó del camión y grité en su lengua:

- ¡Hijos míos, venid a mí! ¡Os traigo una buena nueva que os llenará de alegría!

Algunos de los niños se acercaron un poco más y se me quedaron mirando extasiados. Las mujeres volvieron a su búsqueda de raíces entre las acacias con sus varas de ñame. Los hombres continuaron simplemente sin hacer nada. Pensé que todos eran muy tímidos y que nadie quería ser el primero.

En vista de ello, di unas zancadas hacia el centro del grupo y tomé del brazo a un adulto arrugado y dotado de una barba blanca y larga. Le empujé hacia la cabina del camión, abrí la trampilla que daba acceso al remolque y forcé al viejo a que metiera la mano en el interior, a lo que se resistía. Por fin la sacó con un puñado de polvo y una lentejuela verde, a la vista de la cual parpadeó con perplejidad.

Como esperaba, la curiosidad hizo que se acercara el resto de la tribu.

- ¡Hay muchas para todo el mundo, hijos míos! - les grité en su idioma.

Tiré de ellos, les empujé, y uno a uno les fui obligando a subir a la cabina. Con gran obediencia fueron alargando el brazo por la trampilla, tomaron un cristal cada uno y regresaron a sus ocupaciones como si afortunadamente la ceremonia hubiera concluido.

- ¿Qué sucede? - le pregunté a una joven vergonzosa, la última del desfile y la única que había tomado dos cristales -. ¿Es que estas preciosas maravillas no gustan a nadie?

La chica bajó la cabeza como si se sintiera culpable, dejó una de las lentejuelas y escurrió el bulto.

Yo me sentí pasmado ante aquella falta de entusiasmo. En aquellos momentos, los anulas tenían una pieza cada uno, y yo alrededor de seiscientos mil millones.

Empecé a sospechar que algo andaba mal, lo que pude comprobar al colocarme entre ellos y escuchar su conversación, furtiva y secreta. No entendía una sola palabra. «horror», pensé. Si no podíamos comunicarnos no habría esperanza de que llegaran a aceptar los cristales... ni mi presencia... ni la del Evangelio. ¿Acaso me había topado con otra tribu, o es que deliberadamente hacían ver que no me comprendían y hablaban entre ellos en argot para que no supiera lo que decían?

Había una manera de descubrirlo, y la puse en práctica sin más. Di la vuelta con el camión y regresé atropelladamente hacia la estación, con la esperanza de que McCubby no se hubiera marchado aún.

En efecto, allí estaba. Los perros salvajes seguían suicidándose en masa por el sistema de comerse los cristales, y McCubby no proyectaba marcharse hasta que se agotara aquel magnífico negocio. Cuando llegué a la estación se levantaba el sol, y le encontré ocupado en la recogida de los cadáveres de aquella noche. Salté del camión y le expliqué el problema en que me encontraba.

- Ni yo les entiendo a ellos, ni ellos a mí. Antes se ufano usted de que conocía la mayor parte de lenguas aborígenes. ¿Qué hago mal, dígame? - Le solté una frase en anula y luego le pregunté con gran ansiedad -: ¿Lo ha entendido usted?

- Cojonudamente - respondió -. Me acaba de ofrecer treinta pfennings para que meta mi negro culo en la cama con usted. Sucio bastardo - añadió.

Yo le rogué, un tanto desconcertado:

- No tiene importancia lo que dijera. ¿Qué es lo que falla? ¿Es mala mi pronunciación?

- No, no. Chamulla usted un pitjantjatjara perfecto.

- ¿Qué?

- Que es un idioma considerablemente diferente del anula. Los anula tienen nueve clases distintos de nombres. El singular, el dual, el trial y el plural se expresan mediante prefijos que se colocan a los pronombres. Los verbos transitivos incluyen los pronombres con la función de complemento directo. Los verbos tienen gran cantidad de tiempos y modos y también poseen una conjugación negativa diferente de las demás.

- ¿Qué?

- En cambio, en la lengua pitjantjatjara, los sufijos que indican el pronombre personal se colocan al final de la primera palabra de la frase, y no simplemente tras la raíz verbal.

- ¿Qué?

- No quiero reírme de sus logros lingüísticos, compañero, pero el pitjantjatjara, aunque tenga cuatro declinaciones y cuatro conjugaciones, está considerado el menos complicado de todos los malditos dialectos australoides.

Me había quedado sin habla.

- ¿Cuántos son treinta pfennings en peniques y chelines? - me preguntó finalmente McCubby.

- Quizá sea mejor - murmuré pensativo - que dirija mis esfuerzos evangelizadores a la tribu pitjantjatjara, visto que conozco su lengua.

McCubby se encogió de hombros.

- Esos tipos viven en el quinto coño, al otro lado del Gran Desierto de Arena, y no son pacíficos recolectores de raíces como estos anulas. Ahora están todos liados con el pastoreo y el arreo de animales en las estaciones ganaderas de ovejas merinas de la bahía de los Tiburones. Además, sus curas harían lo posible por convertirle a usted a su religión, y seguro que eso no le gustaría, porque son sus odiados católicos.

Bueno, al menos aquello tenía sentido, y yo empezaba a comprender por qué Herr Krapp me había confundido de aquella manera.

Mi siguiente movimiento estaba clarísimo: tomé como intérprete a McCubby para que me ayudara a entenderme con los anulas. Al principio se negó. La bolsa de gastos que me habían otorgado estaba por aquel entonces tan vacía que no podía ofrecerle una cantidad lo bastante elevada para tentarle y alejarle de su floreciente negocio con las pieles de dingo. Finalmente, pensé en ofrecerle todos los cristales que tenía en el segundo camión, «suficiente para acabar con todos los dingos del Outback», según le expliqué. Aquello le convenció para dejar sus ocupaciones y tomar el volante (pues yo estaba mortalmente cansado de conducir). A continuación salimos de nuevo hacia el territorio anula.

Por el camino le conté a McCubby la manera en que tenía pensado introducir a los aborígenes al moderno protestantismo primitivo. Le leí en voz alta el párrafo de Sir James Frazer referente a la invocación a la lluvia:

«Y después de eso lo único que hace es cantar sobre la serpiente y el arcoiris de hierbas...»

- ¡Lo único que hace! - gritó McCubby.

«Tarde o temprano, la lluvia caerá» - terminé, cerrando el libro -. Y ahí es donde entro yo. Si la lluvia no cae, los nativos verán claramente que su magia no funciona y yo podré lograr que sus ojos se vuelvan con interés hacia la

cristiandad. Si la lluvia cayera, simplemente les explicaría que a quien en realidad dirigían sus plegarias, aunque no lo supieran era al verdadero Dios, el de los protestantes, y que el pájaro de la lluvia no tenía nada que ver en el asunto.

- ¿Y cómo pretende convencerles para que monten el aquelarre con el pájaro de la lluvia?

- Cielos, lo más seguro es que lo hagan todos los días. El buen Dios sabe lo mucho que necesitan el agua. Todo este territorio está quemado y cruje como el papel.

- Si realmente llega a llover - murmuró con tono cavernoso McCubby -, vaya, hasta yo me pondré de rodillas.

Desafortunadamente, no podía suponer por aquel entonces qué quería decir con aquello.

La recepción en el campamento anula fue bastante distinta esta vez. Los aborígenes se acercaron corriendo para dar la bienvenida a McCubby; tres de las muchachas más jóvenes parecieron alegrarse especialmente de su llegada.

- ¡Ah, mis queridas pollitas! - les dijo él en tono afectuoso. Luego, tras una pequeña charla con los más ancianos de la tribu, me dijo -: Quieren ofrecerle una lubra a usted también, reverendo.

Una lubra es una hembra, y yo había previsto ya aquella oferta de hospitalidad, pues sabía que era una costumbre entre los anulas. Le pedí a McCubby que les explicara las razones de tipo religioso por las que no podía aceptar el ofrecimiento, y me fui a trabajar en el montaje de la tienda de campaña sobre un otero que dominaba el campamento de los nativos. Cuando me dispuse a entrar en ella, McCubby me preguntó:

- ¿Ya se va a sobar?

- No, sólo voy a quitarme las ropas - respondí -. Donde fueres, haz lo que vieres. Mire a ver si me puede conseguir una de correas que se ponen en la cintura.

- ¡Un misionero desnudo! - exclamó, escandalizado.

- Nuestra iglesia enseña que el cuerpo no significa nada - le contesté -. No es sino una máquina que contiene un alma. Además, creo que un verdadero misionero no debe colocarse nunca por encima de su rebaño en asuntos de vestir o de comportamiento social.

- Un verdadero misionero - dijo secamente McCubby - no tiene la piel de cocodrilo como estas gentes.

A pesar de sus observaciones, me trajo por fin una cinta manufacturada con crines. Me la ató a la cintura y coloqué en ella el Nuevo Testamento, un peine de bolsillo y el estuche de las gafas.

Cuando me encontré desnudo de aquella manera me sentí muy vulnerable y vagamente vulgar. A una persona tan pudibunda e introvertida como yo le resultaba doloroso pensar en mostrarme en público, especialmente a la vista de aquellas hembras, con aquella desnudez blanquecina y total. Sin embargo no lo era tanto, me consolé, como la de mi rebaño pues, de acuerdo con las órdenes del médico de Sydney, tenía que seguir llevando mi artilugio de vendas durante una semana más por lo menos.

Salí a rastras de la tienda y me levanté bailando ligeramente debido al daño que me producían los guijarros del suelo al clavarseme en los pies. ¡Señor, todos aquellos ojos blancos tan grandes y visibles en aquellos rostros tan negros! McCubby me miraba con la misma atención e incredulidad que todos los demás. Estuvo un rato moviendo los labios antes que surgiera alguna palabra de su boca.

- ¡Hostia! ¡No me extraña que sea virgen, desgraciado!

Los aborígenes empezaron a cerrar el círculo en cuyo centro me encontraba y a balbucear y a medir el aparato como si se les estuviera pasando por la cabeza hacerse una copia para ponérsela, al fin, bastante preocupado, le pregunté a mi intérprete, que todavía se reía por lo bajo, a qué venía tanto alboroto.

- Ellos creen que o estás fanfarroneando o eres un farsante, y, maldita sea, yo también.

Así pues le conté lo de la operación a que me había sometido según la costumbre anula. McCubby repitió mis palabras a la concurrencia. Los negros asintieron y se miraron maliciosamente entre ellos, parlotearon en un tono todavía más alto que antes y se acercaron uno por uno hasta donde me encontraba para darme un ligero toque en la cabeza.

- ¡Ah! Dan su aprobación, ¿no es cierto? - dije, Heno de una gran satisfacción.

- Más bien piensan que está más chalado que un chorlito - dijo llanamente McCubby -. Creen que trae buena suerte acariciar a un tonto.

- ¿Cómo?

- Si quiere echarle una mirada a su grey - me sugirió -, se dará cuenta de que la costumbre de la circuncisión pasó de moda hace algún tiempo.

Miré, y era cierto. Me descubrí formando unos propósitos muy poco cristianos dedicados al mayor Mashworm. Para elevar un poco mis pensamientos, propuse tratar de distribuir las lentejuelas otra vez. No sé lo que les diría McCubby a los negros, pero la tribu entera echó a correr en bloque hacia el camión y regresó con las manos repletas de cuentas y abalorios. Hubo varios que realizaron dos o más viajes. Me sentí muy complacido.

El breve crepúsculo tropical se cernía ya sobre nosotros; los fuegos donde los anula cocinaban empezaron a asomar bajo las acacias. Yo ya no podía hacer nada más aquel día, así que preparé junto con McCubby nuestro propio fuego y algo de comer. Apenas nos habíamos sentado, enormemente fatigados, cuando se nos acercó uno de los aborígenes y con una sonrisa me tendió un pedazo de corteza en la que había una especie de comida nativa. Fuera lo que fuese, tenía un aspecto asqueroso, como gelatina, y al mirarlo no pude evitar un gesto de disgusto.

- Es grasa de emú - me dijo McCubby -. Es un plato muy especial para ellos. Se lo ofrecen a cambio de las lentejuelas.

A mí me gustó mucho el gesto, pero aquel manjar era nauseabundo y difícil de ingerir. Era como comerse un plato de labios.

- Si yo fuera usted me lo zamparía - me advirtió McCubby, tras una corta visita a los fuegos de los nativos -. Dan la impresión de que vendrán y se lo quitarán en cuanto se cansen de los cristales.

- ¿Qué?

- Que llevan dos horas hirviéndolos y parece que todavía no tienen muy buen sabor.

- Pero... ¿se están comiendo las lentejuelas?

Pareció comprender mi consternación y añadió, casi con amabilidad:

- Reverendo, lo único que hacen estos negros es vivir para comer para poder seguir viviendo. No tienen casas, ni tampoco bolsillos, así que carecen también de sentido de la propiedad. Saben que son feos como el pecador, así que no tienen utilidad alguna para ellos las cosas bellas. Si descubren algo nuevo, tratan siempre de comérselo, por si acaso.

Me sentía demasiado deprimido como para preocuparme; me arrastré a la tienda con el único deseo de hundirme bajo tierra. Tal como fueron las cosas, sin embargo, no tuve ocasión de dormir mucho. Tuve que estar toda la noche deshaciéndome de una larga procesión de jóvenes negras que, supongo, tenían un capricho infantil por dormir bajo la lona, por el cambio que tal cosa representaba para ellas.

La mañana siguiente me desperté muy tarde y encontré a todos los anulas reunidos todavía, gruñendo y tendidos sobre sus esteras waga.

- Hoy me temo que no verá el aquelarre del pájaro de la lluvia - me dijo McCubby -. Las difíciles lentejuelas les deben haber pegado una buena patada en el hígado.

Ahora sí que estaba yo realmente preocupado. ¡Imagínese usted que hubieran muerto todos como había sucedido con los dingos!

- Mire, reverendo, esto no lo haría por nadie más que por usted - dijo McCubby, hurgando en sus pertenencias -, pero voy a malgastar unas cuantas chucherías con ellos.

- ¿Qué?

- Chocolate. Eso es lo que yo uso para comerciar y sobornar a los binguis. Lo prefieren a cualquier abalorio.

- ¡Pero eso es chocolate purgante! - exclamé cuando lo sacó.

- Así es como les gusta. Un placer por ambos extremos.

De los sucesos del resto del día más vale no hablar. El ocaso recogió los brillantes reflejos de pequeños montones de cristales aquí y allá por las onduladas tierras de las cercanías, y yo me enfrentaba con mis propias dificultades también: me había empezado a picar todo el cuerpo de un modo intolerable. McCubby no se mostró sorprendido.

- Pueden ser las hormigas de la carne - teorizó -, o las del azúcar, o las hormigas blancas, o las moscas del búfalo, o las de los pantanos. También hay por aquí mosquitos anófeles. Ya se lo dije, reverendo, que los misioneros no están hechos para ir por ahí con el culo al aire.

Así pues, y sin demasiados remordimientos, abandoné la idea de vivir de un modo tan primitivo como mi desnudo rebaño lo hacía y volví a ponerme mis ropas.

Sin embargo, aquel día no fue baldío del todo. Le recordé a McCubby que necesitaríamos un pozo de agua para el ritual previsto, y me llevó al oasis tribal de los anula.

- No es más que un riachuelo en la estación seca - admitió. La charca tenía una anchura y profundidad muy respetables, pero sólo contenía una capa de barro fétida y llena de verdín, por la que serpenteaba un hilillo de agua verdosa y triste, del grosor de un lápiz -. Pero espere a que llegue la estación húmeda y pensará usted en imitar a Noé. Sea como sea, supongo que éste es el punto que buscaba. Es la única agua que hay en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

Si el héroe de Frazer había estado tan desesperado para intentar conjurar la lluvia, me pregunté cómo se las había ingeniado para encontrar un pozo donde hacerlo. Sin embargo, lo que murmuré fue:

- Bueno, maldita sea, ya está.

- Reverendo, me siento sorprendido ante su intemperante y sucio lenguaje...

Me expliqué. Haríamos una presa artificial y temporal que cruzara el extremo inferior del charco. Para cuando los anulas se recuperasen de sus deficiencias gastrointestinales, el agua habría negado al nivel que queríamos. Nos pusimos a trabajar, tanto McCubby como yo: alzamos y amontonamos piedras y rellenamos

los orificios entre las piedras con barro, que el fiero sol convirtió en una especie de adobe. Al llegar la noche lo dejamos, cuando el agua nos cubría ya por encima de los tobillos.

La mañana siguiente me desperté al oír un tumulto de gritos, alaridos y estrépito procedente del campamento de los anulas. «Ah», pensé yo, estirándome con complacencia, «acaban de descubrir su nueva y mejorada presa y lo están celebrando». En aquel instante McCubby introdujo su cabeza peluda por la puerta de la tienda y me anunció con gran excitación:

- ¡Se ha declarado una guerra!

- ¿No será con América? - dije yo, pues el tono en que me había dicho lo anterior sonó bastante acusatorio, pero mi interlocutor había ya desaparecido de la vista.

Me calcé las botas y me reuní con él en el otero. Allí me di cuenta de que se había referido a una guerra tribal.

Había allí abajo el doble de aborígenes de los que yo recordaba, y cada uno de ellos estaba ululando como si fueran dos o tres más. Se movían en masa, acosándose los unos a los otros con lanzas y porras de ñame, lanzándose piedras y boomerangs y tirando brasas que tomaban de las hogueras a los ensortijados cabellos de sus enemigos.

- Es la tribu vecina, los bingbingas - dijo McCubby -. Viven más abajo, en la cañada, según se sigue la corriente, y al levantarse esta mañana han visto que no les llegaba agua. Ahora culpan a los anula de que han querido cometer un asesinato premeditadamente, a fin de apoderarse de sus territorios de yamé. ¡Si no son esas unas buenas razones para una guerra...!

- Pero, ¿tenemos que hacer algo!

McCubby revolvió un poco su macuto y sacó una pistola como de juguete.

- Es sólo un calibre veintidós, pero sólo con que vean las armas del hombre blanco comprenderán que les conviene más

Los dos juntos bajamos la pendiente y llegamos al campo de batalla, McCubby disparando al aire ferozmente con su pequeño revólver y yo blandiendo el Nuevo Testamento para proclamar que el Derecho estaba de nuestro lado. Naturalmente, los invasores bingbingas retrocedieron ante aquella intensa y furiosa embestida. Se separaron de aquella confusión retirando consigo a sus heridos. Los perseguimos hasta la cima de una colina cercana, desde donde nos mostraron amenazadoramente los puños y nos gritaron insultos y amenazas durante un rato, antes de retirarse, vencidos, en dirección a su territorio.

McCubby se paseó por el campamento anula echando polvos para pies de atleta - única medicina de que disponía - sobre los que mostraban heridas más graves. En realidad, los lesionados no eran muchos, y la mayor parte tenían o bien la nariz partida o bien el cráneo magullado o heridas superficiales, y zonas donde el pelo o las patillas se veían arrancados. Hice de capellán castrense lo mejor que pude en un show mudo, con gestos que les proporcionaron el alivio espiritual que necesitaban. Hubo un hecho positivo: todos los anulas parecían haberse recuperado magníficamente de la dieta de lentejuelas que les había tenido postrados la jornada anterior. Aquel ejercicio matinal les había resultado muy provechoso.

Cuando las cosas se hubieron calmado, y tras desayunar, envié a McCubby a que buscara entre los varones de la tribu que no estuvieran ocupados alguno que tuviera por kobong, por tótem, al pájaro dólar. Encontró a un joven, y me lo trajo, venciendo su tenaz resistencia.

- Este es Yartatgurk - me dijo McCubby.

Yartatgurk caminaba renqueante, como recuerdo de un golpe de bastón que le había propinado un bingbinga en la espinilla, y sólo llevaba barba en el lado izquierdo del rostro, como consecuencia de una brasa arrojada por otro bingbinga. El resto de la tribu nos rodeó y se quedó expectante alrededor de nosotros tres, como si estuvieran dispuestos a ver qué nueva amenaza individual tenía guardada para el joven.

- Ahora tenemos que montar todos los preparativos - dije, empezando a leer la descripción de «La rama dorada» en la que aparecía la ceremonia, y que McCubby se encargó de traducir frase por frase. Al terminar, el joven Yartatgurk se levantó de repente y, pese a la cojera, inició una vigorosa carrera en dirección al lejano horizonte. Los demás anulas empezaron a murmurar entre ellos y a tocarse las frentes con el índice.

Cuando McCubby hizo volver al joven Yartatgurk, que todavía se mostraba desconfiado, le dije a mi intérprete:

- Seguramente todos ellos están familiarizados con la ceremonia.

- Dicen que si tienes una sed tan jodida como para pasar por todo este follón, te hubiera costado mucho menos traer lo necesario para excavar un pozo artesiano en lugar de todos esos abalorios. Y tienen toda la razón.

- No se trata de eso - dije yo -. Según Frazer, existe la creencia de que hace mucho tiempo el pájaro-dolar tenía por compañera a una serpiente. Esta vivía en una charca y hacía llover escupiendo al cielo hasta que aparecían las nubes y un arcoiris y la lluvia caía sobre los campos.

Aquella frase, una vez traducida, hizo que los anulas iniciaran un frenesí de comentarios aun más agitado que antes, sin que por un momento cesaran de llevarse los dedos a la frente.

- Dicen - tradujo McCubby - que les enseñe usted un pájaro que se aparee con una serpiente y le traerán toda el agua que quiera, aunque tengan que trasvasar el maldito golfo de Carpentaria sobre las manos.

Era una frase muy deprimente.

- Estoy totalmente seguro de que un antropólogo de tan reputada fama como Frazer no mentiría nunca sobre las creencias tribales de esta gente.

- Si tiene algún parentesco con el Frazer que conocí hace mucho tiempo, el viejo «Chaquetas» Frazer, le diré que éste mentía hasta en cuál era su mano derecha y cuál su izquierda.

- Bueno - repuse, insaciable -. He recorrido dieciocho mil kilómetros para repudiar esa costumbre y no me voy a rendir. Bueno, dile a Yartatgurk que acabe con esos gemidos y sigamos adelante.

McCubby se las ingenió para convencer a Yartatgurk, mediante un gran pedazo del chocolate, de que la ceremonia - asunto estúpido desde su ignorante punto de vista -, no iba a hacerle daño alguno. Los tres fuimos primero a comprobar cómo estaba la charca y la encontramos gratamente llena de una repulsiva agua marrón y de una profundidad y anchura suficiente incluso para sumergir nuestro camión. A partir de ahí, nos internamos en la interminable sabana.

- En primer lugar - dije - necesitamos una serpiente. Una serpiente viva.

McCubby se mesó las barbas.

- Va a resultar complicado, reverendo. Los aborígenes se han comido la mayoría de las serpientes de sus territorios de caza. Además, ellos las cazan desde una cautelosa distancia, mediante el boomerang o una lanza. De las

serpientes que hay en la tierra de Nunca Jamás, no quisiera encontrarme ninguna viva.

- ¿Y eso?

- Bueno, pues te puedes encontrar la serpiente tigre y la víbora de la muerte, cuyo veneno se ha demostrado que es veinte veces más poderoso que el de la maldita cobra. Luego está la taipán, que una vez vi morder a un caballo y matarlo en menos de cinco minutos. Luego están...

Se interrumpió para agarrar a Yartatgurk, que estaba tratando de escabullirse otra vez. McCubby señaló la pradera y envió al negro hacia el horizonte con instrucciones muy detalladas. Yartatgurk se marchó cojeando, mirando nerviosamente alrededor y dándole lametones escandalosos a su pedazo de chocolate. McCubby no parecía muy contento mientras seguíamos a distancia al nativo.

- Me gustaría que fuera ese jodido Frazer el que caminara delante de nosotros en esta expedición - murmuró lleno de disgusto.

- ¡Oh, vamos! - le dije para animarle -. Seguro que debe haber alguna variedad de serpiente no venenosa que sirva a nuestros propósitos

- No habrá ninguna que nos vaya bien si antes nos encontramos con una de las otras - dijo McCubby.

Hubo una súbita conmoción frente a nosotros, en el lugar donde habíamos visto por última vez a Yartatgurk avanzar con cautela, encorvado, entre los montículos de hierba.

- ¡Tiene una! - grité, al ver surgir de entre la hierba al negro y escuchar su grito estrangulado.

Su silueta quedaba marcada contra el cielo y se vio que luchaba trabajosamente con algo enorme cuya cola le golpeaba, algo que era un temible asomo de cómo era el animal en realidad.

- ¡Que el diablo me lleve! - suspiró McCubby con un deje de sorpresa y temor -. Nunca había visto una pitón de Queensland tan al oeste...

- ¡Una pitón!

- Así es - repuso, admirado de verdad -. Si es un macho puede llegar a los siete metros.

Eché una mirada a la escena espeluznante que tenía lugar ante nosotros, y que parecía una reproducción de Laoconte. Yartatgurk casi resultaba invisible entre los anillos que le presionaban, pero se le podía oír con toda claridad. Por un momento me pregunté si no habríamos ido más allá de nuestras posibilidades, pero alejé fríamente aquel asomo de incertidumbre. Era evidente que el buen Señor seguía fielmente el guión de Frazer.

- Yartatgurk pregunta - dijo tranquilamente McCubby - que a qué estamos esperando.

- ¿Crees que romperemos el hechizo si le echamos una mano?

- Lo que se romperá será el negro como no se la prestamos. Mire allí.

- ¡Dios tenga piedad de nosotros! ¡Está escupiendo sangre!

- No es sangre. Si se hubiera comido usted cien gramos de chocolate purgante y luego se viera abrazado por una pitón, también lo escupiría.

Nos adelantamos hasta el lugar donde se desarrollaba la pelea y por fin logramos que la criatura aflojara su abrazo mortal. Nos costó la fuerza de los tres abrir los anillos y procurar que no volvieran a cerrarse. Yartatgurk se había puesto casi tan pálido como yo, pero se colgó valientemente de la cola de la pitón que lo movía y zarandeaba, a veces muy por encima del suelo, mientras McCubby, en la

parte de la cabeza, y yo agarrado a su parte central, parecida a un tonel, la transportábamos hacia la charca.

Cuando llegamos allí, los tres habíamos sido lanzados al aire en alguna ocasión y habíamos caído y tropezado innumerables veces.

- Y ahora - dije entre las convulsiones de la serpiente - tiene que mantenerla debajo del... ¡uf!... debajo del agua...

- No creo - dijo McCubby a mi izquierda - que le guste mucho - prosiguió, esta vez desde detrás de mí -. Cuando grite ¡ya! - dijo, ahora a mi derecha - la soltamos todos a la vez. - Esta vez su voz me llegaba de arriba -. ¡Buenooo...! ¡Ya!

A la voz de McCubby, éste y yo balanceamos las partes de la pitón que teníamos asidas sobre el agua y las soltamos. La serpiente cayó con el desdichado Yartatgurk, que agitaba desesperadamente los brazos, y ambos desaparecieron con un ruido sordo.

Al instante la charca se transformó en un hirviente caldo marrón.

- Las pitones - dijo McCubby cuando recuperó el aliento - odian el agua más aun que los gatos.

En aquel momento advertí que la tribu anula entera se había aproximado y formaba un racimo en el otro lado de la presa, y seguían con gran atención la función, con los ojos abiertos como platos.

- Si me lo preguntara - me dijo al cabo de un momento, ya más descansado - me resultaría difícil decidir quién mantiene a quién debajo del agua.

- Supongo que ya ha habido suficiente - decidí.

Nos metimos hasta la cintura en la charca y, tras unos cuantos golpes, nos las ingeniamos para asir los escamosos anillos del reptil y volver a situarlo en la orilla. Yartatgurk, según comprobamos con complacencia, saltó también, comprimido en uno de los anillos de la cola de la pitón.

En un punto de la obra que habíamos construido, la presa hecha a mano se derrumbó. El barro de que estaba compuesta se había erosionado gradualmente por la presión de las aguas durante la noche y la mañana. La agitación producida por la serpiente había desmontado la ya de por sí débil estructura y toda el agua recogida se fue con un rugido. Aquello resultaría muy positivo para los sedientos bingbingas de más abajo, reflexioné, en el caso de que no se ahogasen con la primera oleada del agua.

La prolongada inmersión había debilitado las fuerzas del animal, aunque no gran cosa. McCubby y yo nos llevamos unos cuantos morados y contusiones durante esa parte de la lucha, mientras intentábamos inmovilizar la parte de la cabeza de aquella cosa. Yartatgurk no nos servía de gran ayuda, pues estaba ya totalmente sin fuerzas y, con el movimiento ondeante de la cola de la pitón, era golpeado como una cachiporra contra los árboles de los alrededores y contra el suelo.

- Es hora de que nuestro amigo la mate - le grité a McCubby.

Este escuchó lo que Yartatgurk le murmuraba de un modo casi inaudible y finalmente me informó:

- Dice que nada le causaría un placer mayor.

Nuestra fantástica batalla duró todavía un buen rato, hasta que se hizo evidente que nuestro amigo aborigen no estaría en condiciones de acabar con la bestia en bastante tiempo, y llamé a McCubby para preguntar qué hacer a continuación.

- Yo la agarraré lo mejor que pueda - respondió, entre maldiciones y gruñidos -. Vaya a buscar mi macuto y coja la pistola. Luego dispárele a esa maldita cosa..

Le obedecí, pero con recelo. Tenía miedo de que los dos blancos que estábamos en el asunto estuviéramos interviniendo demasiado en aquella ceremonia - quizá confiados inconscientemente en nuestra superioridad - y que arruináramos lo que de significación mística tuviera para los nativos.

Volví a la carrera con la pistola sostenida con ambas manos. La pitón parecía haberse recuperado del mal rato que pasara en el agua y hacía ahora esfuerzos más enérgicos que nunca, hasta llegar a alzar al mismo tiempo por los aires a los dos hombres que la sujetaban. Con toda aquella confusión, y debido también a mi propia excitación, así como al nerviosismo y la impericia en el uso del arma, realicé un disparo sin ton ni son y le di en pleno pie a Yartatgurk.

Este no se quejó en voz alta (aunque creo que lo hubiese hecho, de haber podido) pero sus ojos eran todo elocuencia. Sentí que estaba a punto de llorar al ver la expresión helada de decepción con que me miró. Era algo aleccionador contemplarlo, pero supongo que incluso el líder espiritual con mayor inspiración divina debe haberse encontrado con algo así a lo largo de su carrera. Nadie es perfecto.

Mientras tanto, McCubby se había apartado del lío formado por hombres y bestia. Me arrebató la pistola y vació el cargador en la terrible cabeza del animal. Luego estuvimos un largo rato apoyados el uno en el otro, jadeantes, mientras la serpiente y el negro yacían en el suelo, uno al lado del otro, ambos sumidos en fuertes convulsiones.

La herida de Yartatgurk, tengo que decirlo, no era muy seria. En realidad, había sufrido más por su permanencia bajo el agua que a causa del disparo. McCubby tomó sus flácidos brazos y los movió arriba y abajo, lo que le hizo devolver una cantidad realmente asombrosa de agua, barro, semillas y restos vegetales, mientras yo me dedicaba a envolverle el agujero del pie con un fragmento de mis propias vendas.

El calibre veintidós dispara, al parecer, unas balas increíblemente pequeñas, y la que nos ocupaba había atravesado limpiamente el pie del indígena sin siquiera dañar un tendón. Como el plomo no había quedado dentro y sangraba limpiamente, no parecía haber mucho de lo que quejarse, aunque cuando recobró la conciencia comenzó a vociferar como un condenado.

Decidí dejar disfrutar al muchacho de un corto descanso y de la condolencia de sus cloqueantes compañeros de tribu. Además, en aquel momento yo estaba tan metido en la ceremonia que supuse que el hecho de que éstos intervinieran un poco más no haría daño alguno. Por ello fui yo mismo a realizar el paso siguiente del ritual: construir una «imitación del arcoiris» con hierbas y colocarla sobre la difunta serpiente.

Tras un rato considerable de infructuosos esfuerzos en aquel proyecto, regresé y le dije desesperadamente a McCubby:

- Cada vez que trato de liar las hierbas para hacer un arco, se me desmenuzan hasta hacerse polvo.

- ¿Y qué coño esperaba - me repuso agriamente - si lleva más de ocho meses sin llover?

Aquella era otra evidencia, como la de las charcas secas, que no podía conciliar con el relato de Frazer. Si la hierba aquella estaba lo bastante seca como para justificar la ceremonia de la invocación de la lluvia, también estaba tan seca que resultaba imposible doblarla.

Entonces tuve una inspiración y fui a mirar el limo de la charca donde habíamos instalado la presa. Como esperaba, había allí unas cuantas hierbas que habían crecido dispersas, y que estaban magníficamente cargadas de agua por haber pasado toda una noche sumergidas. Recogí todas las que pude y las até en un arcoiris utilizando los cordones de las botas. Coloqué después aquel objeto cuya forma recordaba la herradura de un caballo alrededor del cuello de la serpiente, dispuesto de un modo tan airoso que parecía la herradura de un caballo de carreras en el círculo de ganadores.

Sintiéndome muy satisfecho de mí mismo, me volví hacia McCubby. Este, como el resto de los anulas, contemplaba a Yartatgurk con simpatía mientras el aborigen relataba, imagino, toda la historia de su herida a partir del día en que nació.

- Ahora dile que todo lo que ha de hacer es cantar - le indiqué por primera vez, McCubby pareció resistirse a seguir mis instrucciones. Tras dedicarme una larga mirada, se cruzó las manos a la espalda. Luego, dejó vagar su mirada por la orilla de la charca rezongando para sí. Por último se encogió de hombros, emitió una especie de risa entrecortada y se arrodilló junto al excitado y harto Yartatgurk, interrumpiendo su discurso.

Mientras McCubby le explicaba el próximo y definitivo paso, la cara de Yartatgurk fue asumiendo gradualmente la expresión de un caballo malherido al que se le pidiera que se diese a sí mismo el coup de grace. Tras lo que me pareció un diálogo innecesariamente largo entre los dos, McCubby dijo:

- Yartatgurk le ruega que le excuse, reverendo. Dice que estos últimos días le han dado mucho en que pensar. Primero tuvo que meditar en la naturaleza de esas lentejuelas que usted le dio; luego tuvo que tragar que los bingbingas le quemaran la barba, que le había costado tres años cultivar para desaparecerle ahora en un abrir y cerrar de ojos; luego ha sido medio reducido a pulpa, tres cuartos ahogado y nueve décimos vapuleado hasta morir, sin hablar del agujero del pie. Dice que su pobre y primitivo cerebro negro está tan lleno de materias en que pensar que se le ha olvidado la letra de todas las canciones.

- No hace falta que le ponga letra, cualquier melodía un poco animada servirá, si la canta mirando hacia el cielo y de forma correcta y respetuosa.

Se produjo un corto silencio.

- En este desierto - repuso McCubby, conteniendo el aliento - hay un ser humano cada quince kilómetros cuadrados, y tenía que ser precisamente usted el que me tocara a mí.

- McCubby - le expliqué con tono paciente -, ésta es la parte más importante de todo el ritual.

- Bueno. Ahí va mi último chocolate.

Le entregó la tableta al aborigen y se lanzó a una larga y convincente argumentación. Por fin, con un extraño brillo rojizo en los ojos, se volvió hacia mí y se entregó a un extraño y clamoroso cántico, de un modo tan súbito que sobresaltó a todos los presentes. Los demás nativos parecían ligeramente inquietos y empezaron a retirarse hacia el campamento.

- ¡Hostia! Está usted escuchando algo que pocos blancos han oído alguna vez - dijo McCubby -. Es el antiquísimo canto de la muerte de los anula.

- ¡Tonterías! - repliqué -. No va a morir ni mucho menos.

- ¡No, él no! ¡Usted!

Moví la cabeza en señal de desaprobación y continué:

- No tengo tiempo para bromas. Debo ponerme a trabajar en el sermón que predicaré cuando todo esto haya concluido.

Se dará usted cuenta, deán Dismey, que me había impuesto una considerable tarea. Debía tener dos versiones preparadas, según tuviera éxito o no la ceremonia. Sin embargo, los sermones tenían ciertos puntos en común; por ejemplo, en ambos me refería a la oración como a «un talonario de cheques en el banco de Dios». Esto, desde luego, planteaba el problema de explicar qué es un talonario en términos comprensibles para un aborigen del Outback.

Mientras trabajaba en la soledad de mi tienda, no dejé de prestar oídos al cántico de Yartatgurk. Conforme avanzaba la noche, empezó a enronquecer. Y en varias ocasiones pareció estar a punto de abandonar. En cada una de estas ocasiones, dejaba mi pluma a un lado y bajaba hasta el otro lado de la charca a animarle por señas a que siguiera. Y en cada una de ellas también, esta indicación de mi continuado interés no dejó de inspirarle y prestarle fuerzas para continuar su canto.

El resto de los anula permanecía sin dar señales de indigestión, fatiga u otras molestias. Agradecí al Cielo que ningún clamor extraño interrumpiera mi concentración en los sermones y así se lo hice notar a McCubby:

- Los nativos parecen tranquilos esta noche.

- No es cosa de cada día que esos pobres diablos llenen su estómago de buena carne de pitón.

- ¡¿Se han comido la serpiente ceremonial?! - exclamé.

- No importa - repuso para consolarme - aún está el esqueleto entero bajo su arquito de hierbas.

«Bueno», pensé, «a estas alturas ya no hay nada que hacer». Y, como McCubby indicaba, el esqueleto debería ser un símbolo tan potente como el cadáver entero.

Bastante después de medianoche, justo cuando acababa mis notas para el servicio religioso del día siguiente, se presentó una delegación de los ancianos de la tribu.

- Dicen que le quedarían muy agradecidos, reverendo, si se diera prisa en morir, como está mandado, o si no que calme a Yartatgurk de alguna manera. No pueden pegar ojo con tanto aullido.

- Dígales - repliqué, con un gesto magistral de la mano - que todo terminará muy pronto.

No supe cuánta verdad encerraban mis palabras hasta que, pocas horas más tarde, me vi bruscamente despertado por mi tienda, que se plegaba como un paraguas - fuac - y desaparecía en la oscuridad.

En el mismo instante, y con la misma brusquedad, la oscuridad fue eliminada por la más brillante, culebreante, chispeante y crepitante cascada de relámpagos que jamás esperé ver. A continuación volvió una oscuridad aún más densa, inundada por el acre olor del ozono y un rugir de truenos que parecía sacudir como una sábana todo el Nunca Jamás.

Cuando pude oír de nuevo, distinguí la voz de McCubby que surgía de la oscuridad con una nota de horror.

- ¡Así me vuelva ciego!

Eso me pareció lo más probable. Iba a reconvenirle para que moderase su impiedad cuando un segundo cataclismo cósmico, aún más impresionante que el primero, atravesó la reverberante cúpula celestial.

No había logrado recobrar de la impresión cuando un viento huracanado me cogió por la espalda y me envió rodando por los suelos. Fui rebotando dolorosamente por eucaliptos, acacias y otros obstáculos inidentificables hasta que tropecé con otro cuerpo humano. Aunque nos agarramos el uno al otro, seguimos viajando hasta que el viento amainó unos instantes.

Por una maravillosa fortuna, mi compañero resultó ser McCubby, aunque debo decir que él no pareció ver la fortuna de aquel encuentro por ningún lado.

- ¿Pero qué coño ha hecho usted? - preguntó estremeciéndose.

- ¿Qué ha hecho el Señor? - le corregí yo.

Aquello provocaría una reacción inolvidable entre los anulas cuando les explicara que todo lo que sucedía no era obra realmente del pájaro-dolar.

- Ahora - no pude evitar la exclamación - ¡si tan sólo cayera algo de lluvia!

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras cuando McCubby y yo nos vimos otra vez aplastados contra el suelo. La lluvia caía como la bota de Dios. Me aplastaba sin piedad contra el suelo, hasta casi impedirme respirar. Eso, pensé en mi agonía, era más de lo que había pedido. Tras un lapso de tiempo incalculable, logré acercar mis labios a la oreja de McCubby y gritar con la suficiente fuerza para que me oyera:

- ¡Tenemos que encontrar las notas para mi sermón antes de que la lluvia las arruine!

- Sus malditas notas deben estar en Fiji, a estas horas - me respondió también a gritar - Y ahí es adonde iremos a parar también si no nos damos el piro cagando leches.

Traté de argüir que no podíamos dejar a los anulas ahora, cuando todo iba tan bien y cuando se me presentaba una ocasión tan providencial de lograr la espléndida conversión de la tribu en pleno.

- ¿Es que no se lo puede meter en su estúpida cabezota? - gritó -. ¡Es el Cockeye Bob! Llega anticipado y con más furia que jamás lo he visto. Toda esta región quedará inundada, y nosotros con ella, a no ser que el viento nos arrastre mil kilómetros o nos destroce en la espesura.

- Pero toda mi misión habrá sido en vano - contesté entre el rugir de la tormenta - y los pobres anulas quedarán privados de...

- ¡A la mierda esos malditos bastardos negros! - aulló. Luego continuó -: Hace ya horas que se han marchado. Debemos alcanzar el camión, si es que no ha volado, y llegar a las tierras altas en la zona de la estación experimental.

Siempre agarrados, conseguimos a duras penas abrimos camino a través de lo que parecía una sólida masa de agua. Los rayos y los truenos se producían simultáneamente, cegándonos y ensordeciéndonos en el mismo momento. Ramas desgajadas, matorrales arrancados, y árboles de tamaño cada vez mayor cruzaban el cielo de Nunca Jamás como oscuros meteoritos. Pasamos rozando uno de los misiles más extraños: el esqueleto de la pitón de Yartatgurk, misteriosamente aerotransportado, adornado aún con su elegante collar de hierba.

Me pareció extraño no encontrar a ninguno de los negros. Lo que sí encontramos por fin fue el camión, que trepidaba sobre sus ballestas y gemía en cada uno de sus remaches como pidiendo auxilio. El agua transportada por el viento azotaba el lado que quedaba a la intemperie y formaba una nube sobre el techo como el rocío que desplazan los huracanes marinos. En realidad creo que sólo el peso muerto de las lentejuelas que quedaban, y que llenaban todavía tres cuartas partes del remolque, hizo que el camión no volcara.

McCubby y yo alcanzamos a duras penas la puerta más resguardada y la abrimos, en cuyo momento el viento casi la arrancó de sus goznes al batir sobre ella. El interior de la cabina no estaba más tranquilo que fuera, con el rumor terrible y enloquecedor del trueno y la lluvia mordiendo prácticamente la carrocería, pero el aire más tranquilo hacía más fácil respirar.

Cuando dejó de jadear, McCubby se escurrió el agua de las patillas, que formó otro chaparrón de menor entidad, y puso finalmente en marcha el motor.

- No podemos abandonar así a los anulas - dije -. ¿No podríamos desprendernos de las lentejuelas y cargar en el remolque a las mujeres y a los pequeños?

- Ya le dije que hace horas que todos ellos se dieron el piro.

- ¿Eso quiere decir que se han marchado?

- En cuanto usted se metió en la tienda. Y ya estaban bien apartados de las tierras bajas para cuando llegó el Cockeye Bob.

- Mmm - repuse, un tanto herido -. Es algo muy desagradado por su parte eso de desertar de su consejero espiritual sin avisarle.

- Reverendo, le aseguro que le están agradecidos - se apresuró a afirmar McCubby -. Por eso se marcharon sin hacerle nada; usted les ha hecho ricos. Dios mío, si ahora tienen una fortuna. Han tomado el camino a Darwin, donde venderán la piel de esa serpiente a una fábrica de calzado.

Yo sólo pude susurrar:

- Los caminos del Señor son inescrutables...

- Al menos, esas fueron las razones que me dieron - continuó McCubby mientras el camión empezaba a avanzar -. Pero ahora sospecho que olfatearon la tempestad que se acercaba y desaparecieron a toda prisa, como hacen los animales cuando se aproxima un incendio.

- ¿Sin avisarnos?

- Bueno, verá: Yartatgurk había invocado al diablo para que se lo llevase a usted con aquella canción de muerte.

Al cabo de un instante prosiguió en tono cavernoso.

- Y no comprendí que ese maldito tipo me estaba jodiendo a mí también.

Tras esto, dirigió el camión hacia la estación experimental. Ni los limpiaparabrisas ni los faros nos servían de nada. No había carreteras, y el ligero rastro que habíamos seguido al venir estaba ahora totalmente perdido. El aire estaba lleno todavía de escombros. El camión experimentaba de vez en cuando fuertes sacudidas cuando a consecuencia del viento huracanado chocaba con un eucalipto, o con un pedazo de roca, o con un canguro. Fue un verdadero milagro que no nos entrara nada por el parabrisas.

Poco a poco el terreno fue elevándose a medida que avanzábamos por las suaves pendientes de una meseta. Cuando llegamos a la máxima altura nos dimos cuenta de que estábamos a salvo de las aguas, y cuando enfilamos la bajada por el otro lado pudimos advertir que la extrema violencia del viento y la lluvia disminuía ligeramente, al encontrarnos protegidos por la meseta que nos servía de pantalla.

Cuando fue quedando atrás el estrépito, rompí el silencio para preguntarle a McCubby qué iba a ser de los anulas a partir de entonces. Aventuré que tenía la esperanza de que gastaran su recién hallada riqueza en herramientas y aparatos que mejoraran su nivel de vida.

- Quizá construir una iglesia rústica - musité -, y apuntarse a un circuito de predicadores...

McCubby soltó un juramento.

- Para ellos la riqueza es poseer un par de pavos, que es todo lo que les van a dar por esa piel. Y se lo gastarán todo en una gran farra. Se comprarán unas cuantas botellas del matarratas más barato que encuentren y estarán borrachos una semana entera. Lo más probable es que se despierten sobrios en el calabozo entre unos cuantos chorizos.

Aquello era de lo más descorazonador. Parecía que no había cumplido nada de lo que viniera a hacer allí, y así lo dije.

- Bueno, tenga por seguro que nunca le olvidarán, reverendo - dijo McCubby con los dientes apretados -. Ni tampoco lo harán todos los demás tipos de este territorio a los que ha cogido con los pantalones bajados. Ha traído usted la estación húmeda con dos meses de adelanto, y ha surgido como una venganza. Es probable que haya ahogado todas las ovejas del Nunca Jamás, que haya barrido la línea permanente del ferrocarril, arruinado a los cosecheros, hecho evacuar a los que cultivan cacahuets y a los de las plantaciones de algodón...

- Por favor - supliqué -. No siga...

Hubo otro silencio largo y lóbrego. Entonces McCubby sintió lástima por mí. Y realmente me elevó el ánimo, al tiempo que daba razón de ser a mi misión, con una especie de palabras de consuelo un tanto indirectas:

- Si vino usted aquí - dijo - con la idea primordial de apartar a los binguis de la costumbre de conjurar a los diablos paganos para que hagan llover, le aseguro que puede apostar la mejor Biblia que tenga a que nunca más volverán a hacerlo.

Y con esa nota cargada de optimismo podré ya llevar la historia hacia su feroz conclusión.

Varios días después, McCubby y yo llegamos a Brunette Downs. Transportó la carga de lentejuelas a una caravana de Land Rovers y puso rumbo otra vez al Outback. No dudo de que desde entonces se habrá convertido en un auténtico multimillonario a base de acaparar el mercado de pieles de dingo. Yo pude contratar a otro conductor y entre ambos devolvimos a Sydney los camiones que había alquilado.

Cuando regresé a la ciudad, no tenía ni un penique y en cambio presentaba una apariencia pintoresca y escuálida. Me dirigí enseguida, antes de nada, a la Unión de Angloparlantes a buscar al obispo Shagnasty. Tenía la intención de hacer una solicitud para algún empleo de poca importancia en la organización eclesial de Sydney y pedir un pequeño adelanto. Sin embargo, en el momento en que encontré al obispo Shagnasty, quedó absolutamente claro que no estaba de un humor muy caritativo.

- No hago otra cosa que recibir estas cartas tan apremiantes de las autoridades portuarias de Sydney - me dijo malhumorado -. Hay allí una consignación de carga a su nombre. No puedo retirarla, ni siquiera enterarme de qué se trata, pero no dejan de enviarme unas facturas fantásticas en concepto de almacenamiento.

Iba a decir que yo estaba tan a oscuras en aquel asunto como podía estarlo él, pero el obispo no me dejó hablar.

- No le recomendaría que se quedase por aquí, Mobey. El mayor Mashworm vendrá de un momento a otro y va tras usted. De momento ya me ha estado pegando la paliza a mí.

- Yo también tengo algo pendiente con él - no pude reprimir.

- No dejan de llegarle cartas de reconvención del Comisario encargado del territorio del Norte en las que se le pregunta a santo de qué autorizó la presencia de usted entre los aborígenes, a los que ha corrompido. Parece que toda una tribu

bajó en masa a Darwin, se emborrachó totalmente y destrozó media ciudad antes de que pudiesen reducirla. Cuando se recuperaron y estuvieron lo bastante sobrios para explicarse, dijeron que un nuevo Hermano - sin duda se referían a usted - les había proporcionado el dinero para la juerga.

Intenté musitar una explicación, pero el obispo siguió hablando sin darme una oportunidad.

- Y aún hay más. Uno de los negros dijo que el Hermano le había disparado y herido en un pie. Otros contaron que el misionero había provocado una guerra entre tribus. Otros más afirmaron que había bailado desnudo ante ellos y que les había dado alimentos envenenados, aunque esto último no ha quedado muy claro.

Traté de intervenir, pero una vez más me resultó imposible.

- No sé exactamente qué es lo que hizo usted, Mobey, y para ser franco no me importa en absoluto. Sin embargo, me sentiría eternamente agradecido de escuchar de sus labios una cosa.

- ¿Cuál, reverendísima? - pregunté, con voz ronca. Alzó la mano y dijo:

- Adiós.

Al no tener mucho más que hacer, me llegué a los almacenes de Woolloomooloo para preguntar por el misterioso cargamento. Resultó haber sido enviado por el querido y añorado Gabinete Mundial de Misiones del SoPrim, y consistía en un carrito eléctrico para golf de dos asientos marca Westinghouse, siete gruesas de pantallas para lámparas Lightolier, con un total de 1.008 pantallas, y varios cartones de rapé Old Crone.

En aquellos momentos estaba demasiado paralizado y descorazonado para evidenciar sorpresa alguna. Firmé una hoja y me dieron un comprobante. Lo llevé al barrio de los marinos, la parte baja de la ciudad, donde se me acercaron varios individuos de aspecto sospechoso. Uno de ellos, jefe de un transporte marino ocupado en introducir lujos capitalistas para los subdesarrollados comunistas de la China roja, me compró todo el cargamento, sin siquiera mirarlo. No me cupo duda alguna de que resulté tímido en aquella transacción, pero me sentía satisfecho con sólo poder pagar las tasas de almacenamiento acumuladas, y me quedó lo suficiente para comprarme un pasaje de tercera clase en el primer mercante que salía para los queridos Estados Unidos.

La única escala que realicé en este país fue Nueva York, así que ahí fue donde desembarqué, apenas hace unas noches. De ahí el sello de la presente carta, ya que todavía estoy en esta ciudad. Cuando llegué estaba nuevamente sin un centavo, pero se dio la afortunada coincidencia de que visité el Museo de Historia Natural de la ciudad (sólo porque la entrada es gratuita) precisamente cuando preparaban una nueva sala de aborígenes en el ala del museo dedicada a Australia. Cuando mencioné mi reciente estancia entre los anulas, fui contratado de inmediato como consejero técnico.

El sueldo era modesto, pero me las he ingeniado para ahorrar un poco con la esperanza de volver pronto a Virginia y al querido y añorado Southern Primitive para descubrir cuál ha de ser mi siguiente misión. Sin embargo, en los últimos días he descubierto que hay una misión que me llama precisamente aquí.

El artista que pintaba el telón de fondo de la sala aborígen, resultó ser un tipo italiano; se hace llamar Daddio y me ha introducido en lo que llama su «grupo in», que son los habitantes de una barriada en los mismos confines de la ciudad de Nueva York. Me llevó a una especie de celda, sucia y llena de humo (su «guardia»), que estaba llena de gente de ese tipo, barbudos, malolientes y

apenas capaces de hablar, y yo me sentí casi transportado a los aborígenes que dejara en Australia. Daddio me dio un codazo y me susurró:

- Venga, dilo. En voz alta, y tal como te he enseñado, tío.

Así pues, me puse a declamar ante toda la concurrencia la introducción tan peculiar que me había hecho aprender de memoria antes de llegar al antro:

- Soy Crispin Mobey, hermano misionero. Acabo de ser circuncidado y he aprendido pitjantjatjara de un sacerdote que colgó la sotana cuyo nombre es Krapp.

Las personas que había en la habitación, y que hasta aquel momento habían estado charlando sin interés entre ellos, se quedaron silenciosos de inmediato. Entonces dijo uno, con un susurro tímido y reverente:

- Este Mobey está tan in, que todos nosotros quedamos out...

- Es como si de repente - respiró otro -, el Aullido no fuese más que un ejercicio literario...

Una muchacha de cabello lacio se levantó de un cojín y se puso a garabatear en la pared con su lápiz de labios verde: «Leary no, Larry Welk, sí».

- El Almuerzo desnudo - dijo otro - es, en comparación, un tentempié de Pascua.

- Tíos - dijeron varios a la vez -, se nos ha dado un líder.

Ninguna de estas cosas me dicen más de lo que me decían los murmullos arcanos de McCubby o de Yartatgurk, pero en este lugar he sido aceptado como nunca lo fui entre los anulas. En la actualidad siempre esperan con sus barbudos rostros boquiabiertos a que pronuncie las palabras más trilladas, y atienden con más avidez que cualquier otra congregación que nunca haya visto mis sermones más recónditos. (El de la oración que es como un talonario de cheques; lo he recitado en varias ocasiones en las tabernas de mi nueva tribu, acompañado de música de cuerda auténticamente tribal.)

Así pues, deán Dismey, la voluntad divina me ha guiado sin preguntas ni vacilaciones a la segunda Misión de mi carrera. Cuanto más aprendo de la vida de esos pobres diablos del barrio y de sus pobres e ilusorios ídolos, más siento la certeza de que, tarde o temprano, les resultaré de ayuda.

He escrito a las oficinas centrales del sínodo local de la Iglesia de los Protestantes Primitivos para que me concedan las credenciales adecuadas. Me he tomado la libertad de poner el nombre de usted, deán reverendísimo, y el del obispo Shagnasty, como referencias. Cualquier palabra que su reverendísimo fuera tan amable de decir en mi favor sería más que apreciada por:

su hijo en obediencia.

Crispin Mobey

FIN

Brian Aldiss - T

Cuando T cumplió diez años su máquina ya se hallaba en los confines de la Galaxia. T no era su nombre - nunca pasó por las mentes del laboratorio la idea de bautizarle - sino el símbolo que figuraba en el casco de su máquina y como nombre era más que suficiente. Además, tampoco era su máquina; era más bien él quien pertenecía a ella. No podía alegar que desempeñaba el honorable papel de piloto, ni siquiera el más humilde de pasajero; era un instrumento cuyos segundos de utilidad estaban a doscientos años en el futuro.

Yacía como un gusano en el corazón de una manzana en el mismo centro de la máquina, mientras ésta atravesaba rauda el espacio y el tiempo. Permanecía inmóvil; no se le presentaba el impulso de moverse, ni hubiera podido obedecerlo de habersele presentado. En realidad, T había sido creado sin piernas... su único miembro era un brazo. Además, la máquina le rodeaba estrechamente por todos lados. Lo alimentaba mediante tubos que introducían en su cuerpo una fina corriente de vitaminas y proteínas. Hacía circular su sangre gracias a un diminuto motor que palpitaba en el mamparo de estribor como un corazón. Expulsaba sus productos residuales mediante un sifón que funcionaba continuamente. Producía su provisión de oxígeno. Regulaba de tal modo a T, que éste no crecía ni envejecía. Gracias a ello, seguiría vivo dentro de doscientos años.

A cambio, T tenía que realizar una misión. Sus oídos oían constantemente un zumbido invariable y ante sus ojos sin párpados había una pantalla sobre la cual una banda rojo oscuro bajaba constantemente siguiendo una línea verde fija. El zumbido representaba (aunque no para T) una dirección a través del espacio, mientras que la banda roja indicaba (aunque no para T) una dirección en el tiempo. De vez en cuando, tal vez cada década, el zumbido variaba su intensidad o la banda se apartaba de la línea verde. Estas variaciones se grababan en la conciencia de T como agudas incomodidades y entonces él ajustaba con su mano una de las dos ruedecillas, hasta que las condiciones volvían a ser normales y se continuaba aquel constante temor de monotonía.

Aunque T se percataba de su propia existencia, la soledad era uno de aquellos innumerables conceptos que sus creadores habían dispuesto que no sintiese jamás. Permanecía pasivo, lleno de un contento artificial. Su tiempo no estaba dividido por el día y la noche, el sueño y la vigilia o las comidas a horas fijas, sino por el silencio y el habla.

Una parte de la máquina le hablaba a intervalos fijados; eran unos breves monólogos sobre el deber y la recompensa, o instrucciones acerca del funcionamiento de un aparato cuyos servicios se requerirían dentro de dos siglos. La voz que hablaba presentaba a T una imagen cuidadosamente falseada de su medio ambiente. No aludía en absoluto a la noche intergaláctica que reinaba en el exterior, ni al rápido paso del tiempo. La idea de movimiento no era un factor que viniese a turbar la vida enclaustrado de un ser como T. Pero la voz se refería a los Koax, en términos reverentes, para hablar también - pero con palabras rebosantes de odio - de aquel enemigo inevitable de los Koax que, se llamaba Hombre. La máquina informaba a T de que de él dependería la completa destrucción del Hombre.

T estaba completamente solo, pero la máquina que le transportaba iba acompañada en su viaje. Otras once máquinas idénticas - cada una de las cuales

contenía un ser semejante a T - cruzaban el espacio sideral. Aquel espacio estaba vacío y sin luz, y su relación con el universo era la misma que tiene un pliegue en un vestido de seda respecto al vestido; cuando los lados del pliegue se tocan, la tela forma un túnel en el interior del vestido. O, si lo deseamos, podemos compararlo al carácter negativo de la raíz cuadrada de menos dos, que posee un valor positivo. Era un vacío dentro de un vacío. Las máquinas no podían ser detectadas mientras atravesaban las tinieblas eternas como si fuesen luz, hundiéndose entre los milenios en reposo como si fuesen piedras.

Las doce máquinas fueron construidas para un caso de peligro por una raza no humana y tan antigua, que había abandonado la construcción de otras clases de maquinaria hacía incontables siglos. Habían progresado hasta tal punto, que ya no necesitaban ayudas materiales... ni cuerpos sólidos.. e incluso ni planetas a los que asociar sus tenues seres. En su espléndida madurez, habían terminado por llamarse únicamente por el nombre de su Galaxia, Koax. En aquella segura isla formada por millones de estrellase ellos se movían y existían, meditando sobre el inminente fin del universo. Pero mientras ellos permanecían sumidos en sus meditaciones, otra especie, en una Galaxia más allá de toda distancia concebible, alcanzó la edad adulta.

La nueva especie a diferencia de los Koax, era extravertida y belicosa; se desparramó entre las estrellas como una explosión.

Se llamaba el Hombre. Llegó un tiempo en que esta raza, que provenía de un cuerpo celeste infinitesimal, se multiplicó y llenó su propia Galaxia.

Durante un tiempo detuvo su expansión, como si quisiera tomar aliento, el salto interestelar no puede compararse con el salto entre las grandes estrellas..., pero entonces se formularon las ecuaciones de tiempo/espacio y el Hombre se dirigió a la Galaxia más próxima armado con la más terrible de todas las armas: la Estasis. Aquella atrevida raza descubrió que la relación temporal masa/energía que regula el funcionamiento del universo, podía trastocarse en alguna de las Galaxias menos pobladas de estrellas, impidiendo su revolución orbital, lo cual causaría, virtualmente, la fijación del factor temporal o Estasis, a consecuencia de la cual todos los seres afectados dejan de seguir la corriente temporal del universo, cesando por lo tanto de existir. Pero el Hombre no tuvo necesidad de emplear esta arma aniquiladora, pues mientras saltaba de una galaxia a otra gracias a su subproducto, la propulsión estática, no encontró en ninguna de ellas rivales ni aliados. Parecía hallarse destinado a ser el único ocupante del universo. Los innumerables planetas que visitó le revelaron únicamente que la vida era un accidente fortuito. Y entonces llegó a la galaxia de los Koax.

Los Koax conocían la existencia del hombre antes de que este se enterase de la de aquellos, y su substancia material se estremeció al pensar que pronto se vería rasgada por las atronadoras naves de la Flota Suprema. Actuaron con prontitud. Materializándose en una enana negra, un grupo de sus mejores mentes se dispuso a combatir al invasor con todos sus recursos. Podían hacer algunas cosas muy útiles; no era la menor de ellas la capacidad de alterar y decidir el curso de soles y astros. De este modo, nova tras nova estalló en el centro de la Flota Suprema. Pero el Hombre prosiguió invencible su carrera, lanzándose entre los Koax como un cataclismo. De una pequeña tribu asustada formada por unos cuantos centenares de individuos que vagaban por una tierra hostil, se convirtió en una ilimitada multitud que señoreaba las estrellas. Pero mientras los Koax destruían nave tras otra, el Hombre decidió eliminar su nido mediante la Estasis y

al punto se iniciaron los preparativos. Las fuerzas del Hombre se reunieron para lanzar el golpe decisivo con toda su fuerza.

Por desgracia, una nave-biblioteca de la Flota cayó intacta en poder de los Koax, y gracias a ella éstos descubrieron ciertos detalles de la larga y confusa historia del Hombre. Incluso apresaron un plano del sistema solar tal como era cuando el Hombre se enteró de su existencia. Por primera vez, los Koax conocieron al Sol y su cortejo de astros. En aquella época el Sol, en el otro extremo del universo, se había convertido en un pedazo de escoria que emitía una débil radiación y cuyo diámetro era el doble del sistema planetario que en tiempos remotísimos giró a su alrededor. A medida que envejecía y se expansionaba, fue absorbiendo los planetas; en la actualidad incluso Plutón había caído para alimentar aquel horno moribundo. Por último, los Koax consiguieron elaborar un plan que les permitiría librarse para siempre de sus enemigos. Como éstos no podían luchar en el presente contra los inagotables recursos del Hombre, elaboraron un plan maquiavélico para atacarle en el remoto pasado, cuando ni siquiera existía. Construirían una docena de máquinas que se deslizarían a través del tiempo y el espacio para aniquilar a la Tierra antes de la aparición del Hombre sobre ella; los proyectiles la alcanzarían, según quedó decidido, durante el Período Silúrico y reducirían el planeta a sus átomos componentes. Así nació T.

- Los venceremos - declaró uno de los Koax más ilustres en tono de triunfo, cuando los proyectiles partieron -. Si las antiguas crónicas terrestres no mienten (y no hay razón para creer que mientan), en los tiempos primitivos el Sol tenía a nueve planetas girando a su alrededor, antes de que empezase a envejecer. De fuera a dentro, por el orden lógico, estos planetas eran (tengo sus nombres aquí, gracias al sentimentalismo del Hombre) Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, Marte, Tierra, Venus y Mercurio. La Tierra, como podéis ver, es el séptimo planeta por este orden, o el tercero que fue devorado por el Sol en su vejez. Este es nuestro objetivo, hermanos; una mota perdida en las profundidades del tiempo y del espacio. Procurad que vuestros cálculos sean exactos... el séptimo planeta es el que debe ser destruido.

No hubo error. El séptimo planeta fue destruido. El Hombre no tuvo la más mínima posibilidad de localizar y aniquilar a T y a sus once sombríos compañeros, pues aún no había descubierto el pliegue del continuo espacio-tiempo por el que viajaban. Su débil posibilidad de intercepción variaba inversamente con la distancia que cubrían, pues a medida que se iban aproximando a la primera galaxia del Hombre, el tiempo retrocedía hasta la época en que realizó sus primeras tentativas dentro de la Vía Láctea. Las máquinas avanzaban retrocediendo en el tiempo. Cada vez todo era más antiguo. Los Koax volvían a ser una joven raza que aún no poseía el secreto de los viajes por el espacio infinito y que iba degenerando y haciéndose cada vez más pequeña en el otro extremo del universo. El hombre sólo poseía unas anticuadas naves de combustible líquido, que recorrían y exploraban medio centenar de sistemas planetarios. T seguía postrado en su posición fija, esperando incansablemente. Sus dos siglos de existencia, la larga espera tocaban a su fin. En algún rincón de su frío cerebro algo le decía que el momento culminante se acercaba. No todos sus compañeros podían considerarse tan afortunados, pues las máquinas que los transportaban, perfectas cuando salieron, fueron sufriendo averías durante el largo viaje (los doscientos años representaban una distancia en el espacio/tiempo de unos nueve mil quinientos millones de años luz). Los Koax eran filósofos y matemáticos natos, pero hacía mucho, muchísimo tiempo que no se ocupaban de

la mecánica... de lo contrario, hubieran imaginado algún sistema de relevo para realizar la misión asignada a T.

En una de las máquinas, el sistema de alimentación fue proporcionando paulatinamente una cantidad creciente de alimento, y el ser que transportaba murió no por comer demasiado, sino por el dolor creciente que experimentaba al crecer y rellenar poco a poco los mamparos de acero, terminando por obtener los conductos de aire en su propia carne. En otras de las máquinas, se fundió una válvula, acortando el viaje por el hiperespacio; la máquina penetró al espacio real y terminó enterrada en una estrella variable tipo M. En una tercera máquina, el sistema de dirección perdió el gobierno y el proyectil fue acelerando su velocidad, hasta que se quemó, friendo a su ocupante. En una cuarta, el tripulante enloqueció de pronto y accionó una pequeña palanca que no debía tocarse hasta dentro de cien años. Su máquina se convirtió en un volcán radiactivo, cuyas partículas destruyeron además las otras dos máquinas.

Cuando el Sistema Solar solamente estaba a unos cuantos años luz de distancia, las restantes máquinas pararon sus motores principales y emergieron al espacio/tiempo normal. Sólo tres de ellas habían completado el viaje, T y otras dos. Se encontraron en una galaxia desprovista de vida. Sólo las grandes estrellas bañaban con su luz sus nuevos planetas, acabados de salir, por decirlo así, del vientre de la creación. El hombre había retrocedido hacía mucho tiempo para hundirse de nuevo en el fango primigenio y los soles y planetas todavía no tenían nombre. Sobre la Tierra, se cernían las nieblas de los primeros siglos del Período Silúrico y en sus aguas someras, los moluscos y los trilobites eran la única expresión de vida.

Entre tanto, T concentraba su atención en el séptimo planeta. Había realizado ya los sencillos movimientos necesarios para situar nuevamente su máquina en el Universo normal; a la sazón, lo único que le quedaba por hacer era vigilar una pequeña esfera indicadora de la presión. Cuando la máquina penetrase en la alta atmósfera del séptimo planeta, la pequeña manecilla del manómetro empezaría a ascender. Cuando llegase a una línea claramente indicada sobre el cuadrante, T haría girar una pequeña rueda (la cual accionaría los amortiguadores..., pero T no necesitaba saber el Cómo ni el Porqué). Entonces otras dos esferas graduadas se pondrían en movimiento. Cuando sus indicaciones coincidiesen, T tenía que tirar de la pequeña palanca. La voz le había explicado todo esto a intervalos regulares, no le explicó que sucedería al accionar la palanca, pero T sabía perfectamente que aquello significaría la destrucción del Hombre y esto ya le bastaba.

El séptimo planeta apareció en posición frente a la roma nariz de la máquina de T y fue aumentando en tamaño aparente. Era un mundo joven, con un futuro que iba a ser borrado para siempre en la pizarra de la probabilidad. Cuando T penetró en su atmósfera, la aguja del manómetro empezó a moverse. Por primera vez en su vida, algo parecido a la excitación dominó el fluido cerebro de T. No vio el panorama que se extendía bajo él, ni le importó, pues la máquina no disponía de portillas. Lo único que habían visto sus ojos desde que fue creado, eran las esferas indicadoras, tenuemente iluminadas.

Sus reacciones fueron exactamente las mismas que habían previsto los Koax. Cuando la manecilla llegó a la parte superior de la esfera, hizo girar el volante de los amortiguadores y los otros dos indicadores empezaron a moverse. Estaba atravesando la estratosfera del séptimo planeta. Se había calculado que la carga haría explosión antes del impacto, pues como los Koax no poseían detalles acerca de la composición del planeta, se aseguraron de que la carga estallase

antes de que la máquina chocase con la superficie del planeta y T pereciese. Las medidas de seguridad que se habían tomado eran perfectas. T tiró de la última palanca cuando estaba a treinta kilómetros de altura. En el holocausto que inmediatamente se produjo, él sucumbió presa de un sombrío júbilo,

La misión de T fue coronada por el éxito más completo. El séptimo planeta fue desintegrado. Las otras dos máquinas no tuvieron tanto éxito. Una de ellas no consiguió penetrar en el Sistema Solar y se perdió en las profundidades del espacio como una motita que transportaba un ser que agonizaba pacientemente. La otra se acercó mucho más al objetivo. Avanzaban cerca de T y se dirigió hacia el sexto planeta. Por desgracia, hizo explosión a demasiada altura y aquel planeta, en lugar de quedar totalmente desintegrado, fue hecho pedazos, convirtiéndose en millares de piedras que siguieron órbitas irregulares entre las órbitas del colosal planeta quinto y el octavo, que era un pequeño cuerpo celeste en torno al cual gravitaban dos diminutos satélites. El noveno planeta, por supuesto, no sufrió daño alguno; siguió gravitando serenamente por el espacio, acompañado por su pálido satélite y transportando su carga de formas biológicas elementales.

Los Koax realizaron la misión que se habían propuesto cumplir. Habían calculado alcanzar el séptimo planeta y lo consiguieron, aniquilándolo.

Pero aquel éxito ya figuraba en la única carta celeste que tenían como guía. Si lo hubiesen interpretado bien, hubieran visto que...

Así, mientras el sexto planeta fue hecho pedazos por accidente, el séptimo desapareció sin dejar rastro. Pues el orden era: Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, el planeta que se convirtió en cinturón de asteroides, el planeta destruido por T, Marte, la Tierra, Venus, Mercurio...

En el noveno planeta, los moluscos se movían suavemente, bañados por los brillantes rayos solares, que se filtraban a través del agua...

FIN

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>